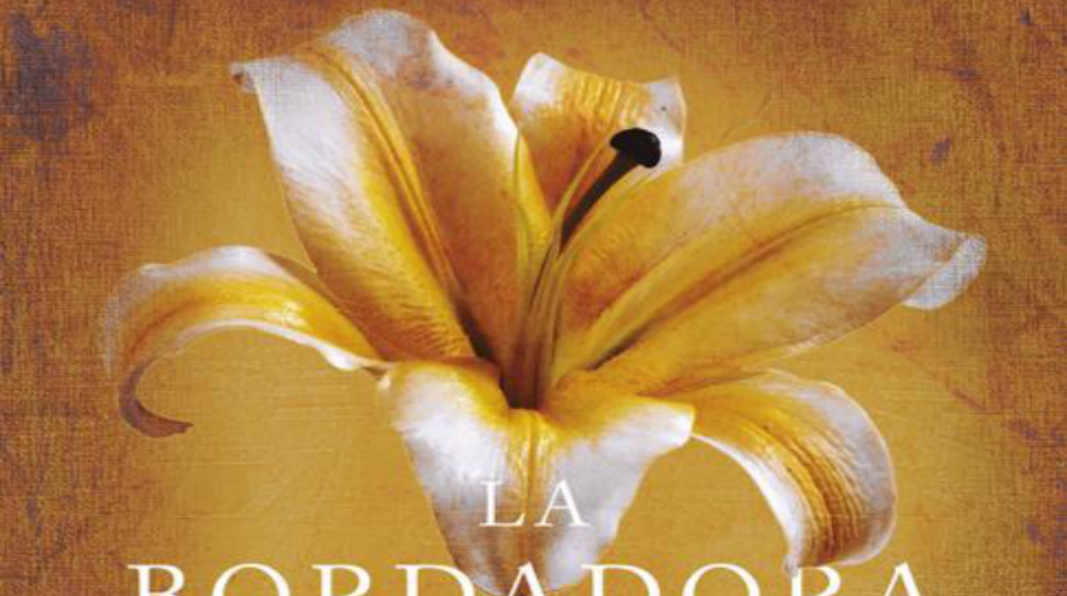
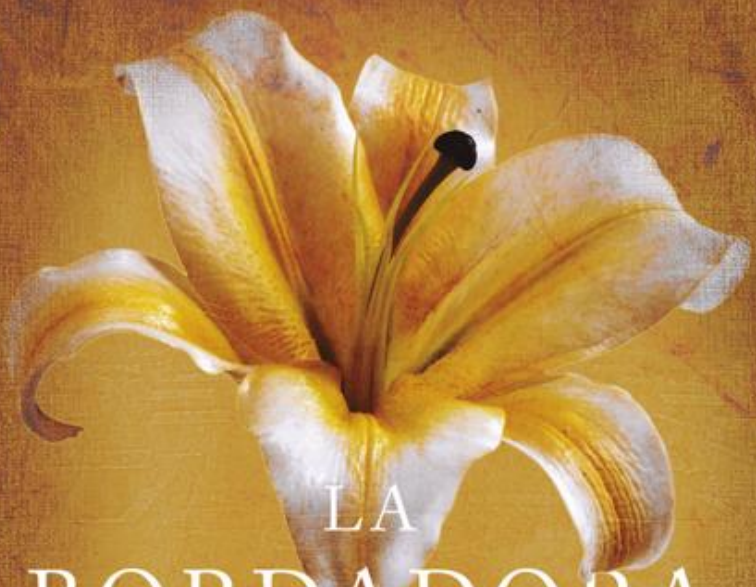
BEGOÑA PRO URIARTE



LA BORDADORA DE MELODÍAS

txertoa

Begoña Pro Uriarte



LA BORDADORA DE MELODÍAS

txertoa

Nació en Pamplona, en 1971. Licenciada en Ciencias de la Información y apasionada de la Edad Media, es autora de la tetralogía *La chanson de los infanzones* (Ttarttalo), ambientada en la Navarra de los siglos XII y XIII, durante los reinados de Sancho el Sabio y Sancho el Fuerte, y de las novelas *Bajo las cenizas de la Navarrería, La dama blanca de Champaña y El alférez del estandarte real*, editadas por Txertoa. También ha publicado un libro de relatos, *La trovera del Runa* (Pamiela), y se ha internado en la novela fantástica con *Al pie de la muralla* (Multiverso). Ha obtenido diversos premios y reconocimientos.

Gracia Sánchez de Cascante está a punto de casarse con Martín Ximénez de Aibar, descendiente del asesino de su abuelo. Su matrimonio fue concertado cuando ella era todavía muy niña por el gobernador de Navarra, Beaumarchais, con el propósito de sellar la paz entre los Almoravid y los Cascante, las dos familias que se enfrentaron durante la Guerra de la Navarrería de 1276. Mientras Gracia trata de evitar por todos los medios los esponsales, muere Jeanne I de Navarra, y el reino se rebela contra su esposo Philippe IV de Francia, empeñado en seguir ejerciendo el poder a través de gobernadores. Quienes encabezan la rebelión y reclaman la presencia en Pamplona del heredero, Louis, son precisamente Martín Ximénez de Aibar y su abuelo Fortún Almoravid. Pero hay que tener cuidado con lo que se desea. Philippe envía por fin a Louis para que sea coronado rey de Navarra… y, de paso, le ayude en su empeño de acabar con los templarios. Además, el comportamiento caprichoso y despótico de Louis pondrá a prueba el endeble vínculo afectivo entre Gracia y Martín.

La bordadora de melodías es, como novela histórica, tremendamente solvente; como novela de aventuras, muy entretenida y, sobre todo, emocionante.

txertoa

narrativa

Begoña Pro Uriarte

LA BORDADORA DE MELODÍAS

PORTADA: **UNAI ARANA**
DISEÑO DE COLECCIÓN: **UNAI ARANA**

© BEGOÑA PRO URIARTE
© ELKAR ARGITALETXEAK S.L. (TXERTOA), 2022
I.S.B.N.: 978-84-7148-685-1

TXERTOA
HAIZPEA INDUSTRIAGUNEA, 1
20150 - ADUNA, GIPUZKOA
Tel. 943 310 267 - TXERTOA@TXERTOA.EUS
WWW.TXERTOA.EUS

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Producción del ePub: booqlab

A mi padre, José Luis, y a mi prima, Ana Pro, por su disponibilidad para corregir mis textos. Gracias por vuestros consejos y por dedicar parte de vuestro tiempo libre a leer mi manuscrito.

"Quienes han acusado a las mujeres por pura envidia son hombres indignos que, como se encontraron con mujeres más inteligentes y de conducta más noble que la suya, se llenaron de amargura y rencor. Son sus celos los que les llevan a despreciar a todas las mujeres porque piensan que de esa forma ahogarán su fama y disminuirán su valía, como aquel infeliz, cuyo nombre no recuerdo, que en un tratado titulado pomposamente *Sobre la Filosofía* se esfuerza en demostrar que es indecoroso para un hombre tener consideración hacia una mujer, sea la que sea. Afirma que quienes den alguna prueba de estima hacia las mujeres pervierten el nombre mismo de su libro haciendo de 'filosofía' una 'filofolía', es decir, del amor a la sabiduría un amor a la locura. Ahora créeme, con todas las argucias y falacias que se permite, quien hace de su libro una verdadera 'filofolía' es él".

Christine de Pizan (1346-1430),
extracto de *La Ciudad de las Damas*

ÍNDICE

ALREDEDORES DE MONTEAGUDO, MAYO DE 1305
PAMPLONA, JUNIO DE 1305
MONTEAGUDO, FINALES DE JUNIO DE 1305
PAMPLONA, PRIMEROS DE JULIO DE 1305
MONTEAGUDO, MEDIADOS DE JULIO DE 1305
LACARRA, PRINCIPIOS DE JULIO DE 1305
TUDELA, MES DE JULIO DE 1305
ALREDEDORES DE EVRIACUM, ISLA DE FRANCIA, FINALES DEL MES DE JULIO DE 1305
TUDELA, PRINCIPIOS DEL MES DE AGOSTO DE 1305
PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, PRINCIPIOS DE AGOSTO DE 1305
TUDELA, MEDIADOS DE AGOSTO DE 1305
PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 1305
TUDELA, PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 1305
ISLA DE FRANCIA, PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 1305
TUDELA, PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 1305
MONTEAGUDO, PRINCIPIOS DE OTOÑO DE 1305
TUDELA, COMIENZOS DE OTOÑO DE 1305
TUDELA, PRINCIPIOS DE OTOÑO DE 1305
VERNON, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1305
AIBAR, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1305
VERNON, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1305
VERNON, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1305
AIBAR, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1305
AIBAR, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1305
PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1305
IRULEGUI, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1305

LYON, 14 DE NOVIEMBRE DE 1305
IRULEGUI, 14 DE NOVIEMBRE DE 1305
PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, 19 DE MAYO DE 1306
IRULEGUI, 19 DE MAYO DE 1306
ESTELLA, 11 DE OCTUBRE DE 1306
PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, 31 DE OCTUBRE DE 1306
IRULEGUI, 30 DE NOVIEMBRE DE 1306
PALACIO DE LA CITÉ, PARIS, 23 DE DICIEMBRE DE 1306
IRULEGUI, 23 DE DICIEMBRE DE 1306
CORBEIL, 21 DE ENERO DE 1307
OLITE, 28 DE ABRIL DE 1307
PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, 14 DE AGOSTO DE 1307
IRULEGUI, 19 DE AGOSTO DE 1307
POITIERS, 19 DE AGOSTO DE 1307
TOULOUSE, 24 DE AGOSTO DE 1307
PAMPLONA, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1307
TOULOUSE, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1307
PAMPLONA, 1 DE OCTUBRE DE 1307
PAMPLONA, 13 DE OCTUBRE DE 1307
TIEBAS, 14 DE OCTUBRE DE 1307
PUENTE LA REINA, 15 DE OCTUBRE DE 1307
ESTELLA, 20 DE OCTUBRE DE 1307
OLITE, 1 de noviembre de 1307
TUDELA, 30 DE NOVIEMBRE DE 1307
PAMPLONA, 13 DE DICIEMBRE DE 1307
PAMPLONA, 14 DE DICIEMBRE DE 1307
ESTELLA, 14 DE DICIEMBRE DE 1307
IRULEGUI, 14 DE DICIEMBRE DE 1307
PAMPLONA, 15 DE DICIEMBRE DE 1307
SAN JUAN DE PIE DE PUERTO, 15 DE DICIEMBRE DE 1307
TOULOUSE, 19 DE DICIEMBRE DE 1307
TOULOUSE, 21 DE DICIEMBRE DE 1307
TOULOUSE, 24 DE DICIEMBRE DE 1307
TOULOUSE, 25 DE DICIEMBRE DE 1307
LYON, 31 DE DICIEMBRE DE 1307

SAN JUAN DE PIE DE PUERTO, 31 DE DICIEMBRE DE 1307
IRULEGUI, 6 DE ENERO DE 1308
IRULEGUI, 15 DE FEBRERO DE 1308
NOTAS HISTÓRICAS
Personajes
Bibliografía

ALREDEDORES DE MONTEAGUDO, MAYO DE 1305

Desde lo más alto del árbol, Gracia contempla el horizonte. Le gusta el lugar en el que ha nacido. Y adora el solar palaciego, situado a la sombra del castillo, en el que se ha criado. Se siente libre y feliz. Cierra los ojos. La primera imagen que recuerda de su vida es precisamente la de sí misma subida al roble que crece detrás de su casa, buscando alcanzar el cielo, donde su aya siempre le decía que estaban Dios y su madre. Desde entonces, no ha dejado de trepar por los troncos más difíciles, aunque ya no espera poder divisar a su progenitora.

El viento revolotea entre las ramas cargadas de tiernas hojas y juguetea con sus cabellos. Su boca esboza una sonrisa y su rostro se ilumina. "Nunca me iré de Monteagudo", se dice convencida. Le gusta escuchar los sonidos que vienen de Tulebras y de Ablitas, y también los que llegan de Aragón. Mira hacia la frontera y su expresión se torna seria. Si la viera María allí subida, pondría el grito en el cielo. María, siempre María, estropeando sus mejores momentos. Describiéndole cientos de peligros. Hablándole de las terribles mesnadas que en cualquier momento entrarán desde las cercanas tierras aragonesas o desde Castilla. Menos mal que nunca hace caso a sus lamentaciones. Si lo hiciera, no podría disfrutar. "Si me viera… Tienes que ser prudente, me diría. Soy prudente, le contestaría yo. Mi leal Garra siempre me acompaña. Y desde cualquier punto puedo ver acercarse una mesnada con la suficiente antelación como para encerrarme en el castillo de Monteagudo y comerme un cerdo entero".

Con la mano izquierda retira un mechón de su pelo claro y ondulado, enganchado en su boca. Tararea una canción. Se mece entre las ramas como si bailara. Estira su brazo y señala un punto al azar en el horizonte, pretendiendo que el tiempo se detenga en el extremo más sur del reino. Tiene el brazo todavía extendido cuando Garra emite una especie de ladrido-aullido que la sobresalta y le hace desviar la vista hacia el suelo.

–¿Qué sucede? –interroga al animal.

Baja la vista y ve acercarse a María. Suspira con fastidio mientras le dice a su fiel compañero que se esconda. Obediente, el animal menea la cola y se tumba allí donde le señala su ama.

"Estoy harta de ir tras sus pasos. Siempre anda escondida, salvando animales, o subida a las ramas de los árboles, espiando a los vecinos. O lo que es peor, preparándose para caer sobre mí y sobresaltarme. Y ya no es una niña, sino una mujer que estará desposada antes de que termine el año. De hoy no pasa que hablo con Juan Sánchez de Monteagudo para que meta en vereda a su hija. ¿Quién la va a querer así? Tan rebelde, tan salvaje. Siempre con el cabello alborotado y la ropa remendada y sucia. Y está mal que yo lo diga, pero antes tenía que haber domado su padre a este potrillo si sigue queriendo casarla con el nieto del alférez. Dicen que es buen mozo. Armado caballero antes de llegar a los veintiún años. Y ella lo va a estropear todo. Que por muy galante que sea el prometido, no me las quisiera ver yo con su abuelo, don Fortún Almoravid, del que dicen provoca tanto pavor que los pájaros dejan de cantar cuando él anda cerca".

–¡Gracia! ¡Gracia! ¿Dónde estás?

"¿Dónde se habrá metido esta muchacha? ¡Ay, Virgen del Camino, guiadme! Luego pondrá cara de arrepentida y yo la perdonaré. Pero no, no habrá perdón. Es la última vez que malgasto mi tiempo. Se acabó. ¡Qué ganas tengo de que se case y se marche de Monteagudo! Y así yo conseguiré la paz y lo que más ansío: tener por fin a Juan y poder cuidar de él. Que la vejez se acerca; para él y para mí; y no hay cosa peor que la soledad. Y él prometió desposarse conmigo cuando Gracia se marche de su casa. ¡Qué alborozo siento solo con pensarlo! Que una, aunque no desciende de los ricoshombres del reino, también tiene nobleza en su sangre. Pronto seré su esposa y la señora de Monteagudo".

–¡Gracia! Apiádate de esta tu aya. ¡Gracia!

"Es inútil. Yo me voy. Regreso a Monteagudo. Pero ¿y si le pasa algo? Si le sucede algo malo, el señor no me lo perdonaría y no se casaría conmigo como prometió. Y eso no lo puedo consentir".

–¡Gracia!

Desde arriba, la muchacha vigila a María y a su fiel sabueso, que permanece agazapado tal y como le ha ordenado. Todavía se acuerda del día en que su padre lo llevó a casa, cuando apenas era un cachorro. Se lo compró a un gascón afincado en Tudela para acompañarlo a cazar. El perro ladra de repente, mirando hacia el pueblo.

–Silencio, Garra, o María nos descubrirá.

A sus oídos llega entonces otro sonido: el de una campana. La muchacha

desciende deprisa por las ramas. Da un salto desde la última y se deja caer al suelo.

Garra corretea a su lado y vuelve a ladrar. La muchacha acaricia su pelaje moteado, mientras fija la vista en el perfil de Monteagudo. Algo ha sucedido y el compás de la campana conduce hasta sus oídos el sonido estremecedor de la muerte. De pronto echa a correr seguida por Garra. A mitad de camino se tropieza con María.

–¡Demonio de muchacha! ¿Dónde te habías metido?

–Corre, María, corre. ¿Es que no oyes la campana?

–¿Qué campana?

–La campana toca a muerto.

María se persigna tres veces, mientras Gracia da dos vueltas a su alrededor.

–Vas a matarme a mí también. ¡Ay, Virgen del Camino! –dice volviendo a persignarse.

–¡Corre, María, corre!

–¿Te crees que puedo?

Conforme se acercan al pueblo, el sonido de la campana se distingue con mayor precisión. Cerca de la iglesia, se han juntado ya algunos vecinos. Gracia ve a su padre y se dirige directamente hacia él.

–¿Qué ha ocurrido, padre? –le pregunta con apremio.

–La reina Jeanne ha muerto.

Las palabras de Juan Sánchez de Cascante provocan exclamaciones ahogadas, seguidas de un denso silencio.

–Iñigo López de Lumbier, prior de la iglesia de Pamplona y vicario general de la seo vacante, ha declarado el luto en el reino y ha decretado que se celebren cien misas en memoria de la reina en todas las iglesias de Navarra –continúa Juan, tras comprobar que todos los vecinos de Monteagudo –cristianos, judíos y moros– se encuentran ya en la puerta de la iglesia.

Don Pere sale de la penumbra del atrio sofocado. Cualquiera diría que es él quien ha estado bandeando las campanas. Todos lo miran esperando la confirmación de la noticia. Contesta con una silenciosa afirmación.

La primera de las misas se celebra inmediatamente. Gracia se coloca entre su padre y María. Durante la celebración está como ausente. Por encima de las palabras de don Pere puede escuchar el redoble mortecino, extendiéndose por todo el reino. Gracia nunca ha visto a la reina y se pregunta cómo sería.

Cuando salen del servicio fúnebre, se dirigen hacia la casa de los Monteagudo. Los hombres de armas de su padre los siguen. María se encierra en la cocina y los hombres se reúnen en una de las salas de la planta baja. Gracia se cuela en la estancia y se oculta en un rincón.

–¿Qué creéis que pasará ahora? –pregunta Bernardo de Barrens, un hombre alto, espigado y de cabellos ensortijados, uno de los alcaides de Monteagudo.

Mientras toman asiento, todos miran a Juan.

–No ha llegado ninguna noticia al respecto desde Pamplona, pero supongo que no tardarán en convocar a los Estados del reino y celebrar Cortes –contesta el de Monteagudo.

–¿Y qué creéis que se decidirá? –cuestiona Juan de Villanova, el más veterano de todos, al que una profunda cicatriz parece partirle la ceja izquierda en dos y que en estos momentos es el segundo alcaide de Monteagudo–. ¿Creéis que vendrá el heredero?

–Debería, si quiere el trono –recalca Bernardo con manifiesta indignación.

–¿Iréis a Pamplona? –inquiere Villanova con la vista puesta en Juan.

–En cuanto llegue la convocatoria.

La conversación se interrumpe al entrar María. Lleva en sus manos una jarra de barro llena de vino y varios vasos que coloca en la mesa.

–Puedes retirarte, María. Nosotros nos serviremos.

El aya hace un gesto de asentimiento y se gira para marcharse. En ese instante ve a Gracia. Su expresión se torna severa. Con gestos de impaciencia le recrimina su presencia en la sala y la insta a marcharse. Cuando la muchacha se pone en pie, la agarra del brazo y la saca a empujones. Luego cierra la puerta detrás de ellas.

–¿Se puede saber qué hacías ahí?

–Mi padre me ha dado permiso.

–Gracia, que te conozco y sé que no es verdad. ¿Cómo si no ibas a estar escondida en un rincón? ¿Cuántas veces te tengo que decir que eso son asuntos de hombres que a ti no te incumben?

–Pero quiero saber qué va a pasar. ¿Sabes que se van a convocar Cortes? ¿Y que se va a pedir al heredero que venga a Navarra?

Le entusiasma la idea. Le encantaría conocer al heredero, al nuevo rey de Navarra. Ese día hará una excepción y dejará Monteagudo para ir a Pamplona a verlo. O tal vez no haga falta, seguro que él quiere conocer su nuevo reino y viajará con su séquito de norte a sur y de este a oeste y llegará a Monteagudo.

–Gracia, siéntate conmigo y vamos a cenar –la voz de María la saca de sus pensamientos.

–¿Cómo era la reina, María?

–Qué cosas tienes, muchacha. ¡Qué sé yo!

–Pero tú debías vivir cuando nació.

María se persigna. Al notar cómo cambia su expresión, Gracia se apresura a rectificar.

–No he querido decir que tú seas vieja, solo…

–Lo sé, hija, pero no es una cuestión que yo pueda contestarte. La reina Jeanne ni siquiera tenía edad de andar cuando se fue a Francia, de donde no se ha movido en toda su vida y donde la ha sorprendido la muerte. No creo que

haya nadie en el reino que la recuerde. Y los que echen la vista atrás, hacia esa época, no se acordarán de la reina, sino de la terrible Guerra de la Navarrería[1].

Gracia agacha la cabeza. Se le ha quitado el apetito. La noticia le ha hecho olvidar lo importante. Se levanta y hace un movimiento hacia la puerta.

–¿Se puede saber qué haces? ¿A dónde vas?

–Estoy cansada, María. Me voy a dormir.

–¡Pero si ni siquiera has probado bocado!

Sale de la cocina. Está enojada consigo misma. "¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Cómo he podido olvidarlo?", se lamenta. Sin hacer ruido se escabulle fuera de la casa y se dirige al castillo. Sabe que a Bernardo y a Villanova no les importa que pase ratos en el lugar donde ambos moran. Es más, tiene su consentimiento para visitarlo siempre que quiera, aunque ellos no estén. Se encamina hacia el profundo aljibe, excavado en la roca sobre la que se asienta la fortaleza. Es uno de sus sitios preferidos. Se sienta sobre la piedra y mira a un fondo que se pierde en las entrañas de la tierra. La nostalgia la envuelve. "¿Cómo he podido ser tan necia de olvidar a mi abuelo? Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante. Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante", se repite. Su abuelo murió durante la Guerra de la Navarrería. Fue cruelmente asesinado por García Almoravid. A traición, por la espalda, sin darle tiempo a defenderse. Lo odia. Odia al asesino de su abuelo y a toda su familia. Y, por ende, también odia a su prometido.

"¿Cómo pueden obligarme a casarme con él? ¿A desposarme con un familiar del asesino de mi abuelo? Nunca daré mi consentimiento a este matrimonio. Nunca me casaré con Martín Ximénez de Aibar". De la rabia, una lágrima se escapa de sus ojos, recorre su mejilla y se queda colgando del ángulo de su rostro. En ese momento Garra se acerca y se acomoda a su lado, colocando su hocico sobre sus piernas.

–¿Recuerdas a la abuela Elis de Champaña? –le pregunta.

El perro se limita a emitir un sonido gutural. Gracia echa la vista atrás. La recuerda frágil, triste y enferma, aunque siempre le han asegurado que era alegre y tenaz. Siente un desgarro. Una pena infinita le llega desde el pasado. Nota el alma rota, tal y como la debió de sentir su abuela cuando vio morir a su esposo a sus pies. El rugido del viento se escucha de fondo. Su abuela seguramente fue alegre, pero su alegría debió de morir el mismo día que arrancaron la vida del cuerpo de Pedro Sánchez de Cascante. "Por eso, se dice Gracia, por eso la recuerdo taciturna y llorosa". Se levanta y Garra la mira.

–¡Vamos! Todavía hay luz.

Con absoluta fidelidad, el perro la sigue. El viento barre su nostalgia en la puerta del castillo. Mirando hacia su casa, se atreve a sonreír de nuevo. Ella no va a dejar que nadie le arranque la sonrisa.

1 Conflicto armado que tuvo lugar en 1276. A la muerte de Henri I en 1274, su hija y heredera Jeanne apenas tenía dieciocho meses, por lo que la reina madre, Blanca, quedó como regente. Tanto Castilla como Aragón propusieron un matrimonio de sus respectivos herederos con la pequeña Jeanne. El reino se dividió en dos facciones: los que apoyaban la causa castellana, al frente de los cuales se alzó García Almoravid, y los que se inclinaron por la propuesta aragonesa, cuyo cabecilla fue Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante. Mientras se decidía una u otra opción, la reina viuda se refugió en la corte francesa de su primo, Philippe III, quien prometió a Jeanne con su hijo Philippe IV el Hermoso. El rey francés, convertido en salvaguarda de los intereses de su sobrina, envió al reino como gobernador a Eustache de Beaumarchais. Cuando más tarde Aragón se retiró del conflicto, Pedro Sánchez de Monteagudo se unió a la causa de Beaumarchais. El conflicto llegó a su máxima tensión en el verano de 1276. García Almoravid se hizo fuerte en el burgo de la Navarrería de Pamplona, esperando la llegada de las tropas castellanas, acuarteladas en la sierra del Perdón. Por su parte, Beaumarchais se refugió en el burgo de San Cernin y pidió ayuda al rey francés. Este envió tropas al mando de Roberto de Artois. La Navarrería fue atacada sin piedad mientras sus cabecillas huían de forma deshonrosa. Las tropas castellanas, por su parte, se retiraron hacia su reino.

PAMPLONA, JUNIO DE 1305

Martín Ximénez de Aibar aguarda impaciente la conclusión de las Cortes. Alrededor de la catedral, la gente comenta en corrillos la muerte de la reina Jeanne, la reunión de los Estados y los últimos cotilleos. Pasea su vista de unas personas a otras. Retazos de conversaciones resuenan en sus oídos, sin que ninguna le llegue a causar interés. Los detalles del fenecimiento de Jeanne corren de boca en boca. Que si sucedió en Vincennes, que si murió de parto, que si fue envenenada, que si el rey Philippe, su esposo, se ha quedado muy triste, que si en su testamento ha dejado dicho que se funde un colegio en París con el nombre de Navarra…

Pasado un tiempo, sin que desde el interior de la seo llegue ningún movimiento que sugiera la conclusión de la reunión, Martín se quita el yelmo. Hace calor. Con su mano izquierda se revuelve los cabellos rubios que han quedado apelmazados por el sudor. Poco después advierte algunas miradas posadas en su persona. Alza la cabeza con el orgullo propio de sus diecinueve años. No muchos pueden presumir de ser caballeros a tan temprana edad y tener la guarda de la tenencia de Irulegui. "Es el nieto del alférez del estandarte real de Navarra"[2], escucha. "Es hermoso. Suerte tendrá la mujer que se despose con él". "Creo que es una Cascante". "¡Una Cascante con él, que desciende de los Almoravid!". "Pero no hay duda de que es un Aibar. Mirad que porte. Y esos ojos. Dicen que los ha heredado de su madre". "Y no olvidéis que es alcaide de Irulegui. Dicen que su abuelo influyó sobremanera para que le fuera otorgada la custodia de ese castillo. Y que el propio Beaumarchais le apoyó".

Sonriente, sabiéndose el centro de miradas y comentarios, se pavonea delante de la puerta, tratando de llamar la atención de las jóvenes que, junto a sus madres o sirvientas, aguardan a que salgan los hombres convocados a Cortes.

El sol va cayendo hacia su ocaso. El nerviosismo se palpa en el aire. Nadie quiere marcharse a casa y perderse las últimas noticias. Las sombras se estiran por las piedras del suelo. Los ojos azules de Martín brillan con el último rayo de sol.

El estruendo de pasos hace que todos se arremolinen cerca de la puerta. El desfile de los representantes del reino comienza, encabezado por el gobernador, Alonso Robray, e Iñigo López de Lumbier, prior de Pamplona. Con la reina y el obispo, Miguel Pérez de Legaria, muertos, ellos son los máximos representantes del reino. Tras ambos marchan los delegados militares, eclesiásticos y de las buenas villas que tienen asiento en las Cortes. Los vecinos reclaman información. Quieren saber qué ha ocurrido, qué decisión han tomado y, sobre todo, si el nuevo rey va a venir a Navarra.

Martín clava sus ojos en la figura de su padre, que sale erguido de la reunión. Ximeno también se fija en su hijo. Sus miradas coinciden un instante fugaz que perpetúa el distanciamiento existente entre ambos. Ninguno de los dos es consciente del asombroso parecido que existe entre ellos. El alférez, Fortún Almoravid, llega al lado de Martín y le pide que vaya a buscar sus caballos. Obedece. Parece que su abuelo tiene mucha prisa por marcharse; algo que agradece. Aunque tiene mucho interés por saber cuáles son las decisiones que han tomado las Cortes, también tiene muchas ganas de sentarse a descansar, comer y beber algo; lleva todo el día de pie al sol. Pero sobre todo, tiene ganas de apartarse de su progenitor. Martín ayuda a montar al alférez y lo sigue. Con rapidez, ambos jinetes atraviesan Portalapea y se introducen en el burgo de San Cernin. Enseguida llegan a la casa donde se hospedan. Se trata de la misma que ocuparon hace unos años, cuando Beaumarchais regresó de manera efímera a Navarra.

–Desensillad los caballos y cercioraos de que están bien alimentados. Después venid a servirme la cena.

Martín toma las riendas y deja escapar una bocanada de disgusto. A veces le cuesta comprender a su abuelo. Lo sigue tratando como si fuera un simple escudero. Y no lo es. Sus espuelas de oro así lo certifican. Con diligencia, desensilla los caballos, les quita las bridas y cepilla sus lomos. Después se dirige a la casa para cumplir con sus obligaciones.

Fortún medita cerca de la chimenea apagada. Tiene la vista perdida y Martín se pregunta en qué pensamientos andará enredado.

–Señor –llama su atención con un carraspeo.

El viejo alférez se sienta a la mesa sin mediar palabra, con la mirada todavía extraviada.

–¿Hay novedades de las Cortes? –pregunta Martín, deseoso de saber noticias.

Fortún menea la cabeza de lado a lado antes de contestar. La celebración de las Cortes parece haberle enfadado. Todavía tarda en hablar. Se entretiene dando un buen bocado al pan y a la carne que su nieto ha servido. Con la boca llena pronuncia las primeras palabras.

–Discutir y más discutir. El gobernador goza discutiendo y poniendo pegas

a todo lo que se dice. Y el prior no le va a la zaga.

–¿Pero se ha llegado a alguna decisión o la sesión se va a prolongar mañana?

–Supongo que es hora de que os lo diga. Al fin y al cabo, también os afecta a vos.

–¿A mí? ¿Por qué habría de afectarme?

–Tras muchos debates, se ha decidido enviar una embajada a París para ofrecerle la corona a Louis y pedirle que venga al reino –Martín deja de comer y aguza los ojos todavía sin comprender qué tiene que ver eso con él–. Yo iré en esa embajada y, por ende, vos me acompañaréis.

–¿Yo? ¿A… París? –la sorpresa le hace tartamudear.

Fortún lo mira divertido al ver su reacción.

–Pensaba que os haría ilusión viajar a la corte francesa.

–Y me hace, solo que…

–¿Qué? –le cuestiona, a lo que él reacciona poniéndose colorado–. ¿Tantas ganas tenéis de reuniros con vuestra futura esposa?

–Prometí viajar a Monteagudo a principios de año. Lo retrasé al conocer la noticia de la muerte de la reina y ahora…

–Escribidle otra carta. Lo entenderá. Las mujeres siempre lo entienden. Y así irá acostumbrándose a lo que le espera si se va a casar con vos. Ya encontraréis a alguien por el camino con quien… ya sabéis. Y en la corte francesa a buen seguro que no os han de faltar damas a las que conquistar.

–¿Cómo os atrevéis a insinuar…?

Enfadado con las palabras de su abuelo, se levanta y se marcha del comedor sin probar bocado. Y eso que tenía tal hambre que se habría comido un buey. Las carcajadas del alférez le acompañan mientras sale a la calle. Mira al cielo. El asunto de su matrimonio con Gracia le asusta y le atrae al mismo tiempo. Lleva casi cinco años preguntándose cómo será su prometida, buscándola en cada viaje que ha hecho y en cada población que ha visitado. ¿Se habrán visto sin saber que están destinados el uno al otro? ¿Habrán coincidido sin saberlo en algún mercado, en alguna plaza? ¿Habrán cruzado sus miradas sin reconocerse?

"¡Que le escriba una carta!", se dice mientras pasea de lado a lado, rascándose la cabeza con su mano derecha. "¿Y qué le digo? ¿Os amo? ¿Os echo de menos? ¿Disculpadme por no poder ir a veros? ¿Por retrasar otra vez nuestro matrimonio?". Se detiene. Cansado, se sienta sobre el suelo de tierra. "¿A París?". Pensando en su próximo viaje, eleva la cabeza hacia el cielo y contempla las estrellas. "Tal vez Gracia esté mirando también estas mismas estrellas. ¿Querrá verme? ¿Deseará nuestro enlace? ¿Pensará en mí alguna vez? ¿Cómo será? ¿Y si no es de mi agrado? ¿A París?".

Los pensamientos se atropellan en su mente. Recuesta su espalda sobre el muro de piedra de la casa y deja que su cabeza se apoye también sobre el

relieve rocoso. Escucha pasos y supone que es su abuelo.

–¿Os habéis hecho ya a la idea?

–¿París?

–Es una gran oportunidad.

El joven nieto del alférez respira hondo y fija la mirada en sus botas. Sabe a qué se refiere su abuelo. Conocer antes que nadie al rey es un gran honor; ganarse su confianza, una gran oportunidad que puede tener su recompensa. Por un momento siente vértigo. Pero es algo pasajero. Mientras rumia sobre su destino, una sonrisa se abre paso en su rostro. Sin duda es una gran oportunidad. El nombre de París se va entrelazando con sus pensamientos, hasta convertirse en el protagonista de ellos. Con rapidez se olvida de sus últimos prejuicios e incluso de Gracia.

–Sí, lo es –acepta cada vez con mayor entusiasmo–. ¿Cuándo partimos?

–Pronto.

–¿No hay fecha?

–En cuanto estén preparadas las cartas para el rey Philippe y don Louis, se acepte la asignación económica para el viaje y se lleven a cabo los preparativos pertinentes.

–¿Hemos de aguardar en Pamplona?

–Sí.

Martín abre su boca para hablar una vez más, pero Fortún lo interrumpe, anticipándose.

–No, no esperéis que os dé tiempo para desplazaros hasta Monteagudo. Haceos a la idea de que no la veréis hasta nuestro regreso. Mañana podréis ir a Irulegui y traeros todo lo que creáis que nos va a hacer falta para el viaje. Pero os aconsejo que vayáis ligero. Y, ahora, entrad y comed algo –le invita.

Martín sigue a su abuelo al interior de la casa. Fortún lo deja con sus pensamientos. La cocina está iluminada tan solo por los rescoldos del fuego. Su resplandor tiñe de rojo sus pestañas. Come con rapidez y se dirige a sus aposentos. Enciende un par de velas, prepara los utensilios de escritura y escribe una carta para su suegro, Juan Sánchez de Cascante, y otra, para su prometida. Habría sido más fácil si Juan hubiera venido a Pamplona para las Cortes, como tenía previsto. Pero, según le han dicho, una caída fortuita del caballo lo mantiene postrado en cama.

---

2 Originalmente, caballero que tiene el honor de enarbolar el estandarte real en la batalla. En la época en la que está ambientada la novela, jefe militar encargado de vigilar las fronteras del reino en tiempo de paz y guiar a las tropas al combate en tiempo de guerra.

MONTEAGUDO, FINALES DE JUNIO DE 1305

Hay tensión en las fronteras desde que Aragón y Castilla supieron de la muerte de la reina. Algunas mesnadas han penetrado en tierras navarras y el recelo se ha colado en los hogares fronterizos, despertando viejos fantasmas. El gobernador Robray ha puesto en alerta castillos y hombres. Desde hace días, varios soldados patrullan por las cercanías de Monteagudo, ataviados con cotas de malla, yelmos y ballestas de cuerno pintado, que aquí llaman *lerragua*. Los soldados han sido entrenados ex profeso para el uso de estas armas mortales a cien pasos de distancia. Y, aunque el papa Inocencio II prohibió su uso contra otros cristianos en el concilio de Letrán de 1139, no parece que eso haya frenado a Robray a la hora de equipar a las tropas. Patrullas pertrechadas con ballestas de este tipo y otras fabricadas con la madera de tejo de la sierra de Urbasa se han hecho habituales en las inmediaciones.

La llegada de un correo rompe las rutinas en casa de los Cascante. Ante su insistencia, es llevado a presencia de Juan. Tiene órdenes de entregarle la misiva que porta solamente a él.

–¿Sois Juan Sánchez de Cascante? –pregunta al hombre que descansa postrado en una cama con la pierna inmovilizada.

–Así es. ¿Ocurre algo?

–Os traigo una carta de Martín Ximénez de Aibar. Me ha pedido que os la entregue personalmente; al igual que este obsequio.

Juan recoge el lienzo doblado y el paquete envuelto en terciopelo negro que le tiende el correo. Una vez en su mano, invita al recién llegado a acercarse a las cocinas para refrescarse y comer algo. Entre tanto, Juan rompe el sello lacrado que protege la carta e inicia la lectura.

> A mi señor, don Juan Sánchez de Cascante, de su servidor, Martín Ximénez de Aibar:
> Siento que una caída os haya impedido acercaros a Pamplona y estar presente en las Cortes celebradas en esta ciudad. Aunque me imagino que Bernardo de Berrens y Juan de Villanova os servirán cumplidas noticias de cuanto aconteció en las sesiones, he de adelantaros que se ha estipulado enviar una embajada a París, para hablar en persona

con el primogénito de nuestra reina Jeanne, a quien Dios tenga en su Gloria, e invitarle a venir al reino para proceder a su coronación. Consensuada esta decisión, se ha establecido que sea el alférez del estandarte real una de las personas que se han de desplazar hasta París para hablar con el rey don Louis. Decisión que implica mi participación al lado de Fortún Almoravid en la embajada.

Aunque he de admitir que formar parte de esta delegación me honra, he de participaros que también me llena de pena y aflicción, ya que habré de posponer, otra vez, mi viaje a Monteagudo. Y, por ende, retrasar el cumplimiento del juramento que le hice a mi prometida, hija vuestra, Gracia Sánchez de Cascante, de visitarla a comienzos de este año del Señor de mil y trescientos y cinco.

Os ruego se lo expliquéis de mi parte y le hagáis entrega del humilde obsequio que acompaña estas letras, que espero sepa apreciar como muestra de mi compromiso y lealtad hacia su persona. Os hago entrega también de otra carta que he escrito para ella con el encargo de que se la hagáis llegar de mi parte.

Que Dios os guarde a ambos durante mi ausencia.

Vuestro servidor:

Martín Ximénez de Aibar

Juan deja la carta a un lado de la cama y desenvuelve el regalo. Dentro descubre una hermosa tela de seda azul. Después lee la carta dirigida a su hija para cerciorarse de que no contiene nada pecaminoso y hace sonar una campanilla para llamar a María.

Esta acude rauda a la llamada de su señor, llevándole dulces y una jarra de agua bien fría.

–¿Acaso no hay vino en esta casa? –se queja Juan.

–¡Oh, sí, por supuesto, señor! Ahora mismo os lo traigo.

–María –dice–, ve a buscar a mi hija y deja el vino para después.

–De acuerdo –María se dirige hacia la puerta, pero se detiene sin traspasar el umbral–. ¿Acaso hay buenas noticias? ¿Don Martín ha anunciado que viene?

–María, dile a Gracia que la espero.

–Está bien, señor, tenéis razón; no es de mi incumbencia.

El aya sale de los aposentos de su señor mascullando entre dientes.

"¿Dónde andará esta muchacha en estos momentos? ¿Se ha de escapar siempre que su padre la reclama? Si es que ya no sé dónde buscarla. ¿Estará en el castillo? A buen seguro que se ha ido con Garra y en estos momentos puede hallarse en cualquier sitio. ¿Acaso habrá ido a El Plano o a Cigüeña? ¿O se habrá atrevido a acercarse al río Queiles? ¿Habré de buscarla en el monte Itura? ¿O habrá tomado el Camino Real y estará escondida entre las tumbas del cementerio de la Virgen del Camino? A estas alturas, sabiendo que pronto se va a casar, no debería andar por ahí jugando en los árboles ni vagar sola. ¡Ay, Jesús, con los tiempos que corren y lo peligrosos que están los caminos en la frontera! Espero que Martín Ximénez de Aibar tenga el carácter de su

abuelo y sepa meterla en vereda".

–¡Gracia! ¡Gracia! ¿Dónde estás, muchacha? Tu padre te busca. Hay noticias… ¡Garra! ¡Garra! ¿Acaso no me oirás tú?

Gracia mira al horizonte. El cierzo despeina sus cabellos. Se siente tan libre en lo alto del árbol… Cierra los ojos y se permite una tímida sonrisa. Estira el brazo y deja que el viento se deslice entre sus dedos. Abajo, Garra permanece sentado. Menea el rabo de lado a lado, alerta, con las orejas levantadas.

–Grrrr…

–¿Tú también la has oído, verdad? –pregunta Gracia abriendo los ojos–. ¿Qué querrá ahora?

De un salto aterriza al lado de su perro. Este se pone de pie y da varias vueltas alrededor de sus piernas mientras ladra un par de veces.

–Vamos, no quiero que se irrite.

Los dos echan a correr. Se encuentran con María enseguida.

–¡Ay, muchacha! Me vas a matar del susto.

–¿Qué ocurre, María? ¿Acaso le ha sucedido algo a padre?

–No, gracias a Dios. Pero quiere verte de inmediato.

–¿No estará aquí él, no?

–No sé por qué esa tirria a decir su nombre. Se llama Martín Ximénez de Aibar.

–Me da igual cómo se llame, puesto que yo nunca he de llamarle. Jamás me iré a vivir con él.

–¡Qué cosas tienes, muchacha! Regresemos ya, que tu padre te requiere desde hace un rato.

–Pero no estará él aquí, ¿verdad?

–No, Martín no está aquí, pero creo que algún asunto concerniente a él quiere tratar contigo.

–En ese caso…

–En ese caso bien harías en correr a su lado.

–¡Qué fastidio! –dice por lo bajo.

Contrariada, Gracia se acomoda al paso de María.

–Deberías pasar menos tiempo al sol, muchacha. Tu piel se está tornando oscura. Pareces más una labriega que una dama.

–María, sabes que eso no es cierto y que, aunque lo fuera, me daría absolutamente igual.

–Pero vuestro prometido lo apreciará y…

Gracia se detiene, su rostro parece congestionado por la rabia que siente dentro.

–No me importa lo que mi prometido piense de mí. Es más, cuanto más le desagrade, más posibilidades tengo de que no quiera desposarse conmigo.

–¿Así que se trata de eso? Quieres parecerle una necia y una salvaje para que no se case contigo. De verdad que no entiendo por qué le tienes tanta tirria a Martín.

–Bien sabes por qué, María. ¿Cuántas veces tendré que repetir que no me casaré con un descendiente de quien mató a mi abuelo, para que se me haga caso?

–¡Él ni siquiera había nacido!

–Pero lleva la sangre de García Almoravid, el asesino de Pedro Sánchez de Monteagudo. ¿Acaso no es bastante desgracia que me hayan puesto su mismo nombre?

–¿De qué hablas, Gracia?

–De eso hablo, María. ¿No ves que me llamo Gracia igual que García?

Las últimas palabras se agolpan en el pecho de la muchacha y la dejan sin aliento. Su respiración se convierte en un jadeo. Rabiosa y enfadada, echa a correr hacia su casa.

–No es bueno que guardes tanta inquina por algo que no viviste y que no alcanzas a comprender, Gracia. Eres ya una mujer de dieciséis años y debes empezar a comportarte como tal. ¿Me escuchas?

Gracia no escucha las palabras de su aya. Seguida por Garra, atraviesa la puerta principal. Se detiene unos instantes para tomar aire, serenarse y ordenarle a su perro que la espere allí. Cuando está preparada, sube las escaleras.

–¿Cómo estáis, padre? –le pregunta, sentándose en la cama y sirviéndole un poco de agua.

–Esto ha llegado para ti –le dice, entregándole el paquete que ha traído el mensajero.

–Si es de él, ya sabéis…

Juan levanta su mano con suavidad. El gesto basta para detener las palabras de su hija.

–Martín ha escrito para excusarse. Debe partir a un viaje que durará varios meses.

El rostro de Gracia se cubre de satisfacción. “Varios meses”, piensa con agrado.

–¿Acaso no te entristece ni un poco la noticia?

–Bien sabéis que no, padre, sino todo lo contrario.

–¿No vas a abrir el regalo?

–No –asegura, aunque lo mira intentado descifrar su contenido.

–¿No sientes siquiera un poco de curiosidad?

–Si piensa que va a comprarme con sus regalos, está muy equivocado.

–Martín Ximénez de Aibar está muy solicitado entre las grandes familias

del reino. Que los Aibar hayan propuesto este matrimonio es un gran honor para nosotros.

–No sé de quién fue la idea y me da igual, pero lo que no entiendo es cómo podéis olvidar todos al abuelo como si nada hubiera pasado.

–Nadie olvida al abuelo, Gracia. No tienes ni idea de lo difícil que fue para todos. Especialmente para tu abuela. Pero hay que perdonar y seguir hacia delante.

–Me habéis enseñado a odiar a los Almoravid. No sé por qué ahora os extraña que los deteste.

Gracia se levanta deprisa y se va. De nuevo se siente muy atribulada y el enojo crece hasta convertirse en odio visceral. Echa a correr escaleras abajo y se escabulle hacia el castillo. Se deja caer cerca del pozo y se echa a llorar. "¡Ojalá Martín no regrese nunca de su viaje!".

A los pies de su cama, alguien –seguramente María– ha dejado un paquete y una carta. Gracia reconoce el regalo de Martín. Lo mira con desprecio, pero no puede apartar la vista de él. Le duele y le intriga a la vez. "¡Es tan extraño recibir un regalo de un desconocido!". Se sienta en el borde de la cama. Su mano se despega y se acerca al terciopelo que lo envuelve. Muy despacio desata el nudo del envoltorio y abre el terciopelo. Dentro se encuentran varios metros de un tejido tan suave y hermoso que le hace lanzar una pequeña exclamación de sorpresa. De inmediato vuelve a colocar el terciopelo como estaba y lo esconde. Sus sentimientos estallan sin que pueda controlarlos. Con rabia, toma el regalo y lo lanza a la chimenea.

–¡Lástima que estés apagada! –dice en alto–. Tranquilo, Garra, no es por ti –le asegura a su fiel compañero que se ha asustado por el tono utilizado. El perro vuelve a tumbarse a sus pies.

Gracia se deja caer en la cama. Suspira dos veces antes de tomar la carta entre sus manos. Con dificultad, comienza a leer.

A Gracia Sánchez de Cascante:

No podéis haceros una idea de lo difícil que es para mí tener que escribiros para deciros que, una vez más, he de posponer nuestro primer encuentro. Entendería que me odiarais por ello y, aunque no tengo ningún derecho, os pido que no me guardéis rencor.

Creedme cuando os digo que cuento las horas para poder conoceros, pero los acontecimientos vividos en el reino este último mes han determinado que deba ausentarme durante un tiempo. He de partir hacia Francia, lo que demorará mi viaje a Monteagudo seguramente hasta el otoño.

Pienso en vos a menudo y me pregunto cómo seréis, si os gustará mi elección como vuestro esposo, si estáis tan ansiosa por conocerme como lo estoy yo por conoceros… De tanto nombraros y pensar en vos es como si formarais parte de mi vida y os tengo tan presente que sé que una parte de vos viajará conmigo a Francia.

Me he permitido la licencia de encargar para vos un tejido que me han dicho que es muy hermoso. Lo han traído de las tierras champañesas, de donde era originaria vuestra abuela, Elis. Me han asegurado que solo allí se consigue tintar los tejidos de un azul como este, al que llaman nerf. Espero que resalte el color de vuestros ojos, pues me han asegurado que su intenso azul hace palidecer al mismo cielo. Quería dároslo en persona, pero espero que os sirva para acordaros de mí hasta que podamos estar juntos.
Estad segura de que os llevaré en mis pensamientos todos los días, en cada uno de mis pasos y que haré todo lo posible por reunirme con vos antes de que caiga la primera hoja del otoño.
Que Dios os acompañe, os proteja y os guarde de todo mal.
Vuestro siervo:
Martín Ximénez de Aibar

A Gracia le tiembla la mano cuando termina de leer la carta. Nerviosa, la dobla y la tira a la chimenea junto a la tela. No tiene ninguna intención de aceptar ni las palabras ni el regalo de Martín Ximénez de Aibar, por mucho que todo el mundo se empeñe en decir que es su prometido y que las palabras de futuro ya están dichas.

PAMPLONA, PRIMEROS DE JULIO DE 1305

Martín se toma un pequeño descanso y bebe agua. Tiene tanta sed que vacía todo el pellejo sin respirar. Las últimas gotas resbalan por las comisuras de sus labios. El sudor brilla en su pecho y en sus brazos. Hacer de intendente para un viaje tan largo es nuevo para él y está hecho un lío.

–Os veo perdido.

Martín no puede creer que la voz que acaba de escuchar sea real.

–¿Frey Pere? –al girarse y constatar que es cierto, el semblante del joven se torna totalmente sonrisa–. ¡Qué agradable sorpresa!

–Os veo bien. Aunque mucho me temo que, si de vos dependiera en estos momentos el avituallamiento del ejército navarro, ningún soldado iba a llegar bien alimentado al frente. Creo que os vendría bien un poco de ayuda.

–No os lo voy a negar.

Frey Pere se quita la capa bordada con la cruz patada del Temple y se pone manos a la obra.

–En el fondo no es tan complicado. Solo tenéis que saber cuántas personas viajarán con vosotros, los días que estaréis fuera, la mejor manera de conservar los alimentos, de transportarlos, cómo organizarlos. ¡Ah! Y el agua, aunque mejor que sea vino; no os olvidéis de la bebida. Cargad poca agua y mucho vino e hidromiel.

–Parece realmente fácil –dice socarronamente Martín.

La presencia de Pere levanta su ánimo.

–¿Qué os trae por Pamplona? –le pregunta, mientras carga un saco de cebada en el carro.

Pere deja lo que está haciendo y mira con curiosidad a su antiguo alumno.

–¿Es que no lo sabéis?

–¿Saber? ¿Qué tengo que saber? –pregunta, intrigado.

Antes de responder, frey Pere deja transcurrir un tiempo de espera. Martín enarca las cejas, en un gesto que quiere invitar al templario a hablar de una vez. Este se hace de rogar.

–¿Vais a hablar ya?

Pere explota en una sonora carcajada.

–Voy a viajar con vosotros a París.

–¿Es eso cierto? –pregunta, incrédulo.

–Sabía que os iba a gustar la compañía.

–Es una estupenda noticia.

–¿Cuál es esa noticia estupenda? –pregunta el alférez, que llega en ese momento.

–No me habíais dicho que frey Pere viaja con nosotros.

–¿Y distraeros de vuestras tareas? –dice examinando todo cuanto hay alrededor para ver si Martín ha concluido sus labores de avituallamiento.

–Como veis, ya he terminado.

–Entonces, partamos ya. Pasaremos por la catedral. Allí se nos unirá don Iñigo López de Lumbier. Una vez estemos listos, emprenderemos camino hacia el norte. ¡Vamos, espabila! –le reprende.

Termina de cargar las últimas armas y va a buscar los caballos. El día ha llegado. Es el último en abandonar la casa de San Cernin. Mira hacia atrás, por encima del hombro, como si olvidara algo. Aunque, en realidad, lo que le falta es una respuesta. Esperaba haber recibido carta de Gracia, pero desde Monteagudo no ha llegado ningún mensaje. Sacude la cabeza, pica espuelas y sigue a su abuelo hacia la Navarrería.

La pequeña comitiva atraviesa la puerta que da acceso al viejo burgo desaparecido durante la Guerra de la Navarrería. Frey Pere se coloca al lado de Martín y este aprovecha para preguntarle cuál es la extraña casualidad que ha hecho que se una a esta embajada. El templario le explica que frey Berenguer de Cardona, maestre de Aragón, ha visitado recientemente la encomienda de Aberin y que, al saber la noticia de la embajada, le ha propuesto viajar a París para llevar una carta a los templarios residentes en esa ciudad.

–¿No se os hace raro dejar Aberin?

–Ciertamente, pero debo confesaros que me atrae la idea de desempeñar otras tareas dentro de la orden.

Se detienen delante de la puerta del cabildo. Tras anunciarse, Fortún pregunta por el prior. López de Lumbier no tarda en aparecer, seguido de un joven acólito. El eclesiástico encargado de servir al altar, camina cabizbajo y descubre su rostro cuando llega a su lado. Su mirada humilde se torna insultante y altiva cuando se cruza con la de Martín. Este lo mira desafiante al reconocerlo. Es Juan, alguien con quien, en otro tiempo, tuvo bastante más que palabras. Instintivamente se lleva la mano derecha al pomo de su espada. Lo acaricia un instante y aprieta las riendas de su montura. Su rostro permanece impertérrito mientras nota cómo Juan lo escruta con una sonrisa maledicente. No hay rastro de sorpresa en su gesto. El joven caballero

comprende que el acólito sabía perfectamente con quién se iba a encontrar. Muy al contrario que Martín, que desconocía quiénes iban a ser sus compañeros de viaje.

–¿Cómo ha acabado él en el cabildo catedralicio? –la pregunta la dirige a frey Pere de manera apenas audible. Este pone una mano sobre el hombro de su pupilo.

–Comportaos como lo que sois, un caballero, y todo irá bien.

"¿Todo irá bien?, se pregunta Martín. Nada puede ir bien si él está aquí. Él me metió en los más oscuros líos en la encomienda de Aberin adonde me envió mi abuelo para recibir formación. Él planeó el robo de la comida y del Lignum Crucis[3] de tal manera que yo pareciera el culpable. ¿Cómo va a ir nada bien con esos antecedentes? Y luego trató de matarme y de vender a mi abuelo a los castellanos tras la toma de Nájera", piensa mientras hace que su caballo se adelante unos pasos y rodee a Juan. Martín no desvía su mirada de la del muchacho con el que se crio en la encomienda del Temple de Aberin durante un tiempo. Quiere dejarle bien claro que él ahora es caballero. Y, que si una vez lo venció con un puñal, mucho más fácil será hacerlo ahora con una espada. Ya no es el niño débil e inocente que un día llegó a Aberin. Ahora es caballero y él… él no es nadie.

–¿Habéis olvidado algo?

La voz de Juan le parece tremendamente irritante.

–No. ¿Y tú, Juan, has olvidado algo?

–Por favor, no me llaméis así. Ahora soy Juan de Dios.

–Juan de Dios. Que nombre tan apropiado.

El aludido se limita a sonreír de manera incitadora. En ese momento, Martín ve claramente que la actitud de su viejo amigo no ha cambiado. Es más, está seguro de que ha mejorado su arte para enredar a cualquiera en sus embrollos. Pero él está preparado.

---

3 Los *lignum crucis* –literalmente, madera de la cruz– son reliquias sagradas del cristianismo. Se trata de fragmentos de madera a los que la fe atribuye proceder de la cruz en la que murió Jesús de Nazaret.

MONTEAGUDO, MEDIADOS DE JULIO DE 1305

A Gracia le gusta el silencio que rodea la pequeña ermita de la Virgen del Camino. De las colmenas cercanas llegan los zumbidos laboriosos de las abejas. El viento, convertido en suave brisa, parece derramar sosiego sobre los campos. Entiende por qué su madre decidió ser enterrada en este lugar apartado del pueblo.

Hace días que intenta asimilar el hecho de que debe abandonar Monteagudo. Todavía no se le ha pasado el enfado que le provocó saber que su padre la enviaba a Tudela, a casa de una familia judía, para que aprenda a llevar el hogar de un noble. Tan fuera de sí se puso al conocer sus intenciones, que a su padre no le quedó más remedio que castigarla.

Así que no debería estar aquí. No debería haber abandonado el hogar de los Monteagudo ni haber caminado hasta la ermita de la Virgen del Camino. Muy al contrario, debería estar encerrada en su habitación. Pero necesita sacarse de encima toda la rabia que corroe su cuerpo.

Garra se detiene y olisquea el aire. Gracia tiene sus ojos fijos en el horizonte. También está enfadada con María, que le dio la razón a su padre. Garra se detiene de repente en actitud defensiva. Gruñe.

–¿Qué ocurre, Garra? –le pregunta mirando hacia el lugar al que su fiel compañero rezonga.

Nada más terminar la pregunta, una sombra emerge de entre los arbustos. Gracia se sobresalta mientras nota cómo todo su cuerpo se pone en tensión.

–¿Estás perdida? –un hombre de mediana edad se coloca delante de ella.

–No, no lo estoy –responde, dando media vuelta.

–¿Estás sola?

–Por supuesto que no.

Gracia intenta ponerse en camino, pero el hombre le cierra el paso.

–No me estoy refiriendo a la compañía de tu perro –le dice el hombre que se aproxima un poco más a ella.

La muchacha echa a correr, seguida de Garra, pero el hombre corre más, la

alcanza y la tira al suelo. Gracia se revuelve, patalea, lanza arañazos. Uno de ellos alcanza al agresor en la mejilla. Enfadado, este golpea a Gracia con el revés de su mano. La acción la pilla de improviso y siente como si alguien hubiera hecho explotar su cabeza. Se duele y lanza un pequeño grito.

–Si te estás quieta, no te haré daño.

El miedo se enreda en su alma. Tiene tanta certeza de lo que va a ocurrir, que por un instante se queda paralizada.

–No, por favor –se oye decir a sí misma–. No, por favor. No…

Sin fuerzas, aturdida por el golpe, está dispuesta a claudicar. Los ladridos de Garra le llegan desde muy lejos, tanto, que tiene la distorsionada idea de que la ha abandonado. De su ojo izquierdo se escapa una lágrima.

–Por favor, no.

Unas manos grandes y ásperas recorren su cuello y se deslizan hacia sus pechos. La joven siente repugnancia. Abre los ojos. Hasta este instante, no se había dado cuenta de que los tenía cerrados. Comienza a tomar consciencia de nuevo de cuanto la rodea. El letargo que la había condenado a la sumisión desaparece. El viento vuelve a soplar a su lado, los ladridos de Garra se hacen más audibles, el peso del hombre sobre su cuerpo más palpable.

–Ataca, Garra, ataca –se oye decir.

–¿Crees que tu perro me da miedo? Mira lo que hago con él.

El hombre coge una piedra y se la lanza a Garra. Este retrocede por el impacto.

–Tu perro es un cobarde –dice entre fuertes carcajadas.

–Mi perro no es ningún cobarde –le asegura ella con cierta fiereza.

Espoleada por el hecho de que su agresor ha atacado a un ser indefenso que ella debe proteger, comienza a resistirse.

–¡Ataca, Garra! –le grita a la vez que ella coge una piedra del suelo y golpea a su agresor.

El impacto no hubiera sido muy efectivo de no ser porque Garra ha decidido obedecer al mismo tiempo, mordiendo la pierna del hombre. Se escucha un alarido. En cuanto Gracia nota que la presión sobre ella cede, se revuelve hasta conseguir salir de debajo de su agresor. Este le engancha de la pantorrilla, pero ella le da una patada. Garra tampoco quiere dejar a su presa y muerde su muslo.

–Maldito bicho –le oye decir mientras ve refulgir un cuchillo.

Asustada, Gracia logra ponerse en pie. El hombre también se levanta. Su instinto le dice que corra, pero al ver cómo el hombre va a abalanzarse sobre su fiel compañero, se sube a su espalda y lo golpea. Garra lo retiene todavía del muslo con sus dientes. Entre ambos consiguen hacer caer al agresor. Entonces Gracia no se lo piensa y, esta vez sí, echa a correr y no para hasta llegar a la puerta de Monteagudo.

Solo una vez que sus manos tocan los muros de la localidad, detiene su paso. Sin aliento, mira hacia atrás. Trata de ver si Garra la ha seguido. No lo ve por ninguna parte. Empieza a preocuparse, pero no se atreve a regresar para comprobar qué ha sido de él. Cruza los brazos sobre su pecho. La exaltación de un primer momento se desvanece. Tiembla. Se apoya en la pared y recoloca sus vestiduras y su pelo. De repente se da cuenta de que su labio arde. Se lleva la mano hacia allí y nota la sangre que escurre hacia su cuello. Deja pasar un rato. Y un rato más. Mira de nuevo hacia atrás, intentando distinguir la figura de Garra. Pero no hay rastro de él. La tierra se oscurece con la caída del sol. Sabe que debe entrar si no quiere que su padre descubra que lo ha desobedecido. Y sabe, también, que Garra está en apuros y que debería ir a ayudarle. "¡Garra, mi fiel Garra!". Las sombras impiden ya ver con nitidez los contornos. Pronto, María subirá con la cena. No puede esperar más.

Regresa. Se cuela por la parte de atrás. Escala por el tronco del roble que da a la ventana de su habitación y se introduce por el estrecho ojo rectangular abierto en la pared. En cuanto pisa el suelo del cuarto, se deja caer sobre la cama.

María toca poco después en la puerta.

–Vete y deja la comida en la entrada. Ya la cogeré más tarde –dice con la esperanza de que María la deje sola.

Pero la sirvienta entra en la habitación oscura. Gracia esconde su cara entre los pliegues de las sábanas.

–Tienes que comer algo y beber.

–Déjame, María. Quiero estar sola.

–Llevas todo el día encerrada. Y no digo que no te lo merezcas, pero muchacha, no has comido nada desde ayer. Vas a enfermar.

–De verdad, María. Necesito estar sola.

La sirvienta se sienta a su lado. Su intuición le señala que algo ocurre. La voz de Gracia no es desafiante como lo ha sido en los últimos días. Hay en ella algo…

–¿Qué te ocurre, hija?

–Nada. Solo quiero dormir.

El aya se levanta. Pero no sale de la habitación como cree Gracia, sino que enciende una vela. Con cuidado de que no se caiga, la deja en una mesita cercana. Se vuelve a sentar en la cama y acaricia el pelo de Gracia.

–No debes estar triste. Tu padre solo hace lo que cree que es mejor para ti.

–¿Lo mejor, María? Si ni siquiera me ha dado razones.

–Anda, siéntate. Y hablemos despacio.

–He hecho algo horrible, María.

–Ya sabes que tu padre tiene buen corazón y no te lo tomará en cuenta y que

aceptará tus disculpas. En cuanto a mí, sé que cuanto me dijiste, no lo pensabas de corazón.

–Eso también fue horrible, pero me refiero a algo mucho más horrible.

–Vamos, mi niña, ¿qué cosa tan horrible es esa que crees haber hecho?

Gracia se sienta en la cama y deja que María la vea bien.

–¡Santísima Virgen del Camino! ¿Qué…? ¿Cómo…? ¿Cuándo…?

María toma las manos de Gracia y las envuelve entre las suyas. La joven no sabe cómo empezar a explicarse. Así que lo suelta de golpe.

–Esta tarde me he escapado por la ventana. Y he estado a punto de… de ser forzada por un hombre. Afortunadamente, Garra me ha defendido.

La sirvienta escucha atentamente. Se estremece. Desearía abofetear a Gracia por su desobediencia, pero se limita a abrazarla. Sabe que, si esto trasciende, ella también recibirá su castigo.

–Te curaré esa herida de la cara.

María empapa un poco de vino en un lienzo limpio y presiona sobre su labio.

–¿Duele?

Ella niega con la cabeza, aunque el dolor es agudo.

–Tengo miedo por Garra, María. No ha vuelto y me temo que ese hombre lo haya matado. ¿No puedes enviar a alguien a buscarlo?

–Es casi de noche y nadie se aventurará a salir en pos de Garra. En cuanto amanezca, mandaré a mi hermano a buscar por los alrededores. Ahora come algo y duerme. Sobre todo, duerme. Te hará bien descansar.

Obediente, por primera vez en varios días, Gracia come algo de lo que le ha subido María y luego se tumba en la cama.

–Gracias, María. Todas esas palabras horribles que te dije, no las pensaba en serio.

–Lo sé. Espero que esto te sirva de escarmiento y te empieces a comportar como lo que se espera de ti. Tu viaje a Tudela no puede ser más oportuno.

"Menuda has liado, Gracia. Callaré, pero no por ti, sino por mí. Si tu padre se entera, me echará de esta casa. No sabes cuántas ganas tengo de que te vayas de Monteagudo".

Mira desde la ventana. No ha pasado buena noche. Su sueño ha sido ligero, emborronado por el recuerdo del atacante que la quiso forzar y la desazón de saberse culpable de la suerte que haya podido correr Garra. Desde el encierro de su habitación trata de seguir las pesquisas de María sobre él. Es más de mediodía y no hay noticias.

Su oído capta un sonido lejano. Se acerca a la ventana, deseosa de saber algo. Solo escucha algunas palabras que difícilmente puede asociar con Garra, pero tiene un pálpito. Alguien se acerca; lo delatan unos pasos acelerados.

Gracia se aproxima a la puerta y retrocede un poco cuando intuye que se va a abrir. La cara de María le dice que algo no va bien.

–Lo han encontrado, mi niña. Pero está muy malherido. Mi hermano dice que lo mejor será sacrificarlo para que no sufra.

–No, María. Por favor, tráelo aquí. Lo cuidaré. Se lo debo.

El aya sale con pasos ligeros, dejando la puerta entreabierta. Gracia no se atreve a traspasar el umbral. Un peso muy grande cubre su pecho. El hermano de María llega con Garra en brazos. Se derrumba al ver a su fiel compañero tan mal herido.

–Déjalo ahí –le señala mientras cubre el suelo con una manta–. Yo lo cuidaré. Por favor, muy despacio.

Un débil quejido le revela que Garra sufre. Sin pensárselo, se tumba a su lado. Las lágrimas se le escapan. Su mano derecha acaricia el pelaje de su amigo mientras le susurra suaves palabras cerca de sus orejas. Y así pasa varias horas, sin moverse, solo atenta a la respiración de Garra.

Apenas entra ya luz por la ventana cuando la puerta se vuelve a abrir. María trae algo de comer y de beber.

–Nada comeré hasta que él pueda comer también.

–Que caigas enferma no ayudará a Garra.

–Él me salvó, María. Me salvó de aquel hombre que… –no puede terminar la frase. La angustia le provoca un nudo en la garganta y las palabras se ahogan en sus sollozos.

–Niña mía –le dice sentándose a su lado–, tu pena también es la mía –"aunque por otros motivos", piensa–. ¿Por qué no intentas darle algo de comer también a él?

Al principio, Garra se muestra esquivo, pero Gracia consigue hacerle comer unos bocados y que beba algo de agua.

–Tu padre ha salido de viaje. Dice que a la vuelta hablará contigo. ¿Me escuchas, Gracia?

–Te escucho, María. Te escucho. ¿Ha preguntado por mí?

–Solo me ha dicho que regresaría en un par de días.

–¿No le habrás comentado nada sobre…?

–Sabe lo de Garra, por supuesto, pero nada he dicho sobre tu ausencia.

–Voy a cuidarte mucho. Voy a estar a tu lado hasta que te recuperes –le asegura Gracia al can.

Dos días después, Juan Sánchez de Monteagudo llama a su hija a su presencia. La espera en la sala donde se suele reunir con sus hombres de armas.

–Acércate –la muchacha camina hasta situarse en frente de su padre.

–Padre, quiero disculparme por todo lo que os dije la última vez que hablé

con vos –su voz suena algo más apagada de lo normal. Juan lo achaca a un veraz arrepentimiento.

–Una hija debe obedecer y honrar a su padre –Gracia siente un escalofrío al escuchar las palabras de su progenitor–. Hasta ahora, a veces he pasado por alto los caprichos de una niña. Pero ya no eres una niña, Gracia, sino una mujer y, pronto, una esposa.

"Una esposa", piensa ella con dolor. Y otro escalofrío recorre su espina dorsal.

–Y como tal –sigue su padre–, debes comportarte. Hace tiempo que María me viene advirtiendo de que tus modales no eran los que se esperaban de una dama. Pensé que eso se corregiría solo, al tiempo que ibas cumpliendo años. Pero María tenía razón en algo: te faltaba el ejemplo en el que mirarte, la mano que guiara tus pasos y te mostrara cómo debías comportarte. Por eso, he decidido que pases una temporada en Tudela con la familia Falaquera.

–¿Por qué judíos, padre?

–Tengo mis razones que no voy a discutir contigo. Los Falaquera son una familia muy respetada en la aljama y en toda Tudela. Ananiel be Aboraç goza de gran consideración y es uno de los *judei maiores*[4], además de un prestigioso tratante de tejidos. Su esposa, Bonastruga, te enseñará a bordar, coser y a llevar un hogar.

–Padre, son judíos y yo, cristiana. ¿Qué creéis que pueden enseñarme…?

–¡Basta, Gracia! ¿Es que acaso no has escuchado ni una sola palabra de lo que te he dicho? Pensaba que estos días de encierro te habían servido para meditar y arrepentirte.

Gracia agacha la cabeza y se lanza a los pies de su padre.

–Os prometo que seré obediente y acataré todas vuestras órdenes sin rechistar, pero os suplico que dejéis que me quede en Monteagudo. Aquí aprenderé de María…

–Levántate y no me deshonres más, hija, y compórtate como una buena cristiana. Ahora ve y prepara todos tus enseres. En una hora estará aquí el sobrino de Ananiel. Solo te pido una cosa, que te comportes como corresponde al estado que muy pronto alcanzarás.

Gracia se levanta. Por primera vez en su vida siente la derrota de una manera dolorosa. Esta vez sabe que no habrá más batallas. Una hora… Una hora y se marchará de Monteagudo.

–Con vuestro permiso, padre –dice vencida, marchándose hacia la puerta.

–Gracia, ¿cómo está Garra? María me ha contado lo del ataque que sufrió.

La muchacha se gira desde el umbral.

–Está muy malherido, pero confío en que se recupere. ¿Puedo llevármelo a Tudela?

–No, Gracia. Será mejor que permanezca aquí. Los Falaquera no pueden

cuidar de él. María se encargará, aunque ve haciéndote a la idea de que Garra puede morir. El hermano de María me ha contado el estado en el que lo encontró.

Los ojos de Gracia se humedecen. Las lágrimas se agolpan en la comisura de sus párpados.

–De acuerdo –dice, girándose de nuevo mientras las lágrimas riegan sus mejillas.

La diligente María ha terminado de preparar ropajes y enseres varios. El silencio se hace espeso en la habitación de Gracia.

–Es la hora, mi niña.

Gracia está tumbada junto a Garra. No ve la forma de poder separarse de él.

–Lo cuidaré bien, te lo aseguro.

–No dejarás que lo sacrifiquen, ¿verdad?

–Te lo prometo. Debes bajar ya. Tu padre espera para despedirse de ti.

–Lo abandono de nuevo, María.

El aya se agacha junto a Gracia y le pone una mano en el hombro.

–No te lo he preguntado antes, pero… ¿estás segura de que aquel hombre no mancilló tu honor?

A Gracia le duele revivir aquel momento. Sus recuerdos son confusos y no está segura de cómo ocurrió todo.

–Estoy segura –le dice con amargura.

Se abraza a Garra y lo llena de besos. Alguien llama a la puerta.

–Gracia, ¿estás lista?

–Ahora mismo voy, padre.

Se levanta, se limpia el rostro y se encamina hacia la entrada.

–Adiós, María.

Abre la puerta, detrás está Juan, aguardándola. Juntos bajan y salen a la puerta principal. En cuanto pone un pie en la calle, un muchacho al que no conoce se acerca a ella.

–Soy Abiroc –se presenta–. Mi tío Ananiel be Aboraç me envía para guiarte hasta su casa.

Gracia mira a su padre. Intenta sonreír.

–Adiós, padre.

–Te mandaré llamar en cuanto tenga noticias de tu prometido.

Gracia asiente y deja que Abiroc la ayude a subir al carro que la llevará hasta Tudela. Se sienta mirando hacia atrás. Las mulas se mueven cansinamente y Monteagudo tarda en desaparecer de su vista.

---

4 La aljama tudelana estaba dominada por los *judei maiores*, oligarquía que controlaba la actividad económica en la Ribera de Navarra. La formaban doce estirpes que comprendían unos 50 cabezas de familia.

LACARRA, PRINCIPIOS DE JULIO DE 1305

Las ovejas balan a lo lejos. En el horizonte próximo, se perciben los tejados de un puñado de casas. Un perro se acerca a todo correr hacia ellos. A unos pocos pasos de distancia, se detiene y gruñe a los caminantes. Juan de Dios se apea de su mula y avanza hacia el animal. Le da a oler su mano y lo acaricia. El perro se le rinde dócilmente. Pero de repente se vuelve rabioso hacia el resto de la comitiva y, situándose cerca del caballo de Martín, comienza a gruñir de nuevo.

–No le gustáis, Martín –dice el acólito, divertido.

El aludido levanta su mano y hace ademán de tirar algo. El perro sale corriendo y se pierde en la lejanía del camino.

–¡Bruto! –le espeta Juan de Dios.

Al entrar al pueblo, López de Lumbier se apea de su montura con la ayuda de Juan de Dios y toca en la puerta de la primera casa. Se asoma una mujer. Es alta y tiene los ojos del color de las briznas de hierba. Su porte, sin ser altivo, tiene pinceladas de orgullo. Sus ademanes son sencillos, pero atractivos.

–Buscamos a Juan Enríquez de Lacarra.

Antes de contestar, la mujer escruta a los recién llegados.

–¿Puedo saber quién pregunta por él?

López de Lumbier hace un gesto resignado, como si fuera obvio.

–¿Acaso no te has fijado bien en nosotros?

–Lo siento, pero ¿acaso pensáis que la vista de esta pobre vieja funciona igual que antaño?

A Martín se le salta la risa, que disimula con una fuerte tos. Juan de Dios le lanza una mirada recriminatoria. Frey Pere toma la palabra en ese momento, presentando a todos los viajeros.

–El hombre al que buscáis no está aquí. Ha ido a San Juan de Pie de Puerto, donde tenía negocios que atender.

–Una lástima no haberlo sabido antes, venimos de allí –dice el prior.

–De cualquier forma, no creo que tarde en regresar. Dijo que estaría aquí

para la hora sexta y es hombre de palabra. Si aceptáis mi hospitalidad, podéis esperarle en mi casa.

–Os lo agradecemos –dice el prior, entrando sin esperar a la decisión de los demás. Tiene prisa por sentarse y descansar sus posaderas del trajín de la cabalgadura.

La mujer les ofrece carne seca, vino y queso. Martín la observa con disimulo mientras bebe un sorbo de su copa de vino. La bebida le parece áspera al pasar por su garganta, pero, una vez en el estómago, siente que le reconforta.

–¿Cuál es tu nombre, mujer? –le pregunta López de Lumbier–. Me gustaría agradecerte la hospitalidad.

–Disculpad, pero creo que el hombre al que buscáis está pronto a llegar. ¿Escucháis los ladridos del perro?

Sin aguardar respuesta, la mujer sale a la calle. Se empina y coloca su mano sobre la frente. Con pasos firmes avanza por el camino hasta vislumbrar, por fin, la figura de un jinete.

–¡Madre! ¿Qué hacéis aquí afuera? ¿Ocurre algo?

–Hijo, están aquí el prior de Pamplona y el alférez del estandarte real de Navarra. Y también un templario, un caballero y un servidor del prior.

–Así que es cierto –dice Enríquez, desmontando y besando a su madre en la frente.

–¿Qué es cierto, hijo?

–Me he enterado en San Juan de Pie de Puerto. Tras morir mi hermanastra, el prior viaja a París para ofrecerle la corona navarra a su hijo, Louis.

–Vuestro sobrino.

–Medio sobrino –dice con una sonrisa que acentúa sus ojos azules y hace brillar su barba rubia–. Vamos, agasajemos al prior y que se vaya cuanto antes –apostilla.

–Ilustrísima –saluda al prior–. Mi madre me ha dicho que estabais de visita en Lacarra[5]. Tenéis nuestra hospitalidad y protección.

Martín mira con atención al hombre que acaba de entrar. Algo más alto de la media, en él no solo se destaca su avispada y sincera mirada, sino su calidez. Sin perder detalle, el joven caballero sigue la escena. Sonríe al ver la rabia contenida del prior tras percatarse de que ha tenido delante a la mismísima Garaztar de Lacarra y no la ha reconocido y al observar la satisfacción de ella precisamente por lo mismo.

–Os agradecemos vuestra hospitalidad –dice López de Lumbier clavando su mirada en la mujer que le sonríe desde la puerta–. Os presento a Fortún Almoravid, alférez del estandarte real; su nieto, Martín Ximénez de Aibar, tenente de Irulegui; frey Pere de Zarradorta y él es Juan de Dios, quien me acompaña en este viaje. Hemos debido cruzarnos en San Juan de Pie de Puerto.

–Eso parece, pues de allí vengo. Pero sentaos y continuad con la comida. ¿Qué os trae por Lacarra?

–Estamos de paso hacia París.

Enríquez centra su mirada en el prior.

–París. Asuntos de la corona, supongo –le comenta mientras su madre sale al exterior, dejando a los hombres solos.

–Suponéis bien –añade el prior–. La corona de Navarra corresponde ahora al primogénito de la reina Jeanne, Louis.

–Un menor de edad, ¿lo habéis previsto?

–Louis tiene edad suficiente.

–No creo que su padre piense lo mismo.

–¿Tanto conocéis al rey Philippe?

Enríquez se ríe espontáneamente, con una risa franca y contagiosa.

–Tal vez deberíais aprender algo de las leyes francesas mientras llegáis a París.

Garaztar regresa en ese momento con una copa para su hijo y algo más de vino.

–¿Pernoctaréis aquí? –le pregunta Enríquez al prior.

–Será un honor –afirma López de Lumbier.

–¿Os encargáis vos, madre?

Garaztar asiente sin decir palabra y vuelve a salir. Fortún le hace un gesto a su nieto y este sale tras ella.

–Me gustaría ayudaros –se ofrece a la mujer. Esta se agarra a su brazo y ambos desaparecen por la puerta. La conversación se pierde tras los muros, mientras Martín sonríe por la amabilidad y confianza con la que lo trata Garaztar–. ¿Son vuestras estas tierras?

–De mi familia.

–Un hermoso lugar –certifica mirando a los alrededores.

–Lo es.

–¿Por dónde empezamos?

–Traeremos paja limpia y sacudiremos los colchones.

–Perfecto, me servirá para desentumecer los músculos después de la cabalgada.

Garaztar se ríe.

–No sé si pensaréis lo mismo cuando llevéis un rato sacudiendo y sacudiendo.

Martín se afana en sus nuevas tareas. Remueve la paja acumulada en un montón que sobrepasa su altura y la ordena para llevarla a la casa. Así se lo encuentra poco después Enríquez, quien toma otra horca en sus manos y le ayuda.

–Me han llamado la atención vuestras espuelas –le dice sin ambages–. ¿Así

que sois caballero?

–Os extraña que calce espuelas de oro.

–No me parece que hayáis cumplido los veintiún años. ¿Qué hicisteis para merecer el espaldarazo?

–Muchos méritos.

–No lo dudo. Me gustaría escucharlos.

Martín apoya sus manos sobre el mango de su horca y mira a Enríquez.

–Una vez, en el sitio de Nájera, salvé al alférez de morir bajo el ataque de los castellanos. Otra vez, me batí contra un enemigo que me tenía maniatado en un árbol y que me sacaba tres cabezas. Con meticulosos ardides logré que me soltara. Me hice con un puñal y me enfrenté a su espada.

Enríquez lo mira con una mezcla de fascinación y de escasa convicción.

–Veo que no os lo creéis.

–¿Os lo creéis vos?

–Es la verdad.

–Alardear demasiado tiene sus peligros.

–No alardeo. Me habéis preguntado y yo…

–Vos tan solo habéis moldeado la realidad a vuestro antojo. ¿Eso es lo que os ha enseñado vuestro maestro templario?

–¿Cómo sabéis que frey Pere ha sido mi maestro de armas?

–Él me lo ha dicho.

–Ya. ¿Y qué hay de vos? ¿Quién os armó caballero?

–No soy caballero –le asegura, sentándose y dejando la horca junto a la pared.

–Eso no es verdad –dice Martín llegando a su lado–. Sois hijo de un rey.

–¡Oh, sí! Se me olvidaba que hoy vais a albergaros en mi enorme castillo.

Martín siente cierta conexión con Enríquez. La charla le ha recordado a otras mantenidas con su tío Martín Almoravid, a quien todos conocen como *Guante Negro*, y su amigo Juan Alfonso de Haro.

–Prosigamos con la tarea y llevemos esto dentro.

Los dos vuelven a levantarse y llevan la paja que recubrirá el suelo de las habitaciones dentro de la casa.

–Lacarra es un hermoso sitio para vivir –se admira Martín.

–Lo es.

---

5 En la Edad Media, la localidad de Lacarra (Lacarre en francés, Lakarra en lengua vasca) aparece denominaba como Lecarre.

TUDELA, MES DE JULIO DE 1305

El carro se detiene en una calle estrecha, enfrente de una casa silenciosa. Abiroc salta del transporte y ayuda a descender a Gracia. Por primera vez en su vida, la muchacha se siente insegura. La mano le tiembla cuando la pone encima de la del sobrino de los Falaquera. La amabilidad con la que la trata el muchacho e intenta introducirla en el hogar judío le ponen nerviosa.

–Ananiel es un hombre muy ocupado. No suele estar mucho en casa. En cuanto a mi tía, Bonastruga, ha ido a atender unos asuntos en casa de unos parientes. Te llevaré a tu habitación.

Mientras lo sigue, se da cuenta de lo diferente que es todo a su Monteaguedo natal.

–Esta es tu habitación. Es la que ocupaba la hija de los señores antes de casarse. Es una bonita estancia, te agradará. Ahora subiré tus pertenencias. Espera aquí.

Gracia se queda sola. La habitación es más espaciosa que la de su propia casa, pero siente que le falta el aire. Abiroc regresa enseguida.

–Creo que aquí está todo. Ahora vendrá Cidiela, la cocinera. Ella te atenderá mientras llega la señora.

–Abiroc, gracias.

El muchacho le sonríe antes de marcharse. A Gracia le llaman la atención sus dientes blancos y perfectos. Cuando se cierra la puerta, el silencio se le hace más intenso, agravado por la soledad. Se abraza y se sienta sobre la cama. Poco después siente el eco de unas pisadas aproximándose.

–¿Gracia? –escucha a continuación.

La muchacha aprecia un acento diferente al que está acostumbrada al escuchar su nombre.

–Adelante.

Ante la muchacha se presenta una chica algo mayor que ella, de largos cabellos negros y mirada humilde, pero inquieta.

–Soy Cidiela –dice escuetamente.

–Abiroc me ha dicho que ibas a venir.

–Sígueme. Me han ordenado que te enseñe los lugares de la casa a los que te

está permitido acceder y cuáles te están prohibidos. Luego esperaremos en las cocinas hasta que llegue la señora. Allí te explicaré algunas cosas que debes saber y que la señora me ha pedido que te comente ya que, como cristiana, desconoces.

Gracia la sigue por el interior de la vivienda.

–Este es el despacho del señor. A veces se reúne aquí con otros adelantados[6]. La entrada está totalmente prohibida. Ni siquiera la señora puede interrumpir a su esposo. En esa parte que tenemos enfrente están las estancias de los señores. Allí tampoco puedes acceder. Ahora iremos hacia las cocinas.

Gracia nota el intenso calor del lugar. Un aroma desconocido penetra hasta sus pulmones y le produce cierto malestar. Le llama poderosamente la atención el orden y la limpieza.

–La señora es muy exigente en todo lo que tiene que ver con la organización –comenta al verle escudriñar todo.

Por un instante, las dos se quedan sin saber qué decir. Gracia mira el fogón donde está suspendida una única cacerola de la que se eleva una fina columna de humo. A un lado aprecia varios calderos perfectamente apilados. Cidiela baja la mirada, incómoda por la presencia de la desconocida. En una primera impresión le ha parecido algo altiva.

–¿Tú te encargas de las cocinas?

–Sí.

–¿Y qué más haces?

–Cocinar es una responsabilidad muy grande. Hay que tener cuidado de que todo sea *kashrut*.

–¿*Kashrut*? –pregunta confundida.

–Sí, de que todo sea apropiado.

–¿Apropiado para qué?

–Para ser cocinado. Por ejemplo –dice Cidiela con un entusiasmo cada vez mayor al poder explicar a alguien su trabajo–, la carne nunca debe ser cocinada junto a la leche, ni tampoco comida a la vez. Si queremos tomar leche, debemos esperar un rato. No comemos peces que no tengan escamas, ni…

–¡Vaya aburrimiento! –le corta Gracia que ha perdido el interés–. ¿Y qué hacéis aquí para divertiros? ¿Cuándo hay mercado en Tudela? Me gustaría salir a tomar un poco el aire. Aquí hace demasiado calor.

Cidiela la mira casi escandalizada. Para su alivio, escucha pasos lejanos y deduce que su señora ya ha llegado y así se lo indica a Gracia. La muchacha mira hacia la puerta justo en el instante en que una mujer algo entrada en carnes, pero vigorosa y fuerte, la mira con una sonrisa en los labios.

–Soy Bonastruga. Sé bienvenida al hogar de los Falaquera.

–Muchas gracias, señora –le contesta de manera cortés.

–Ven, cenaremos algo y te explicaré cuáles serán tus tareas a partir de mañana.

Bonastruga se muestra amable y asequible y eso tranquiliza a Gracia, quien la sigue sin ni siquiera despedirse de Cidiela.

–Quiero explicarte las normas que hemos establecido mi esposo y yo para que tu estancia en nuestra casa sea de lo más provechosa para ti sin que distraigas ni entorpezcas nuestras costumbres. No saldrás de esta casa sin nuestro permiso. Los domingos, Abiroc te llevará a la parte cristiana para que puedas cumplir con las obligaciones de tu religión. Te esperará a la salida de la iglesia y regresarás con él inmediatamente después. No mirarás a nadie, no hablarás con nadie. ¿Lo has entendido?

–No del todo. Por lo que decís, ha sonado como si fuera a estar prácticamente encerrada en esta casa.

–No es nada habitual –le dice mientras Cidiela le sirve un pequeño plato con una comida frugal– que una cristiana se hospede en casa de judíos. Tu presencia aquí no tiene por qué dar problemas si obedeces en todo momento las directrices que te marquemos mi esposo y yo. Estás aquí como un favor personal hacia tu padre, pero si interrumpes la armonía de este lugar y tu presencia supone algún inconveniente para la paz de la comunidad, no dudes de que serás reprendida y castigada. Mi esposo ha insistido mucho en que te deje claro este punto. Por eso te pregunto de nuevo si lo has entendido.

–Ha quedado claro –responde resignada.

–He establecido una rutina de tareas para ti que creo que suplirán con creces todo lo que tu padre ha estipulado que se te aleccione. Por las mañanas estarás en las cocinas con Cidiela. Ella te enseñará todas las tareas relacionadas con los alimentos, desde su compra y conservación hasta su preparación. Te guiará para saber cómo elegir los mejores productos y cómo aprovecharlos al máximo.

Va a protestar, pero la mano de Bonastruga se eleva unas pulgadas y Gracia se reprime.

–Por las tardes, yo misma te enseñaré a coser y prepararás tu propio ajuar. Después, mi sobrino, Abiroc, reforzará tus conocimientos de las letras y de los números, que me han dicho que son escasos, bajo mi supervisión. Y, antes de acostarte, ayudarás a Cidiela a recoger todo.

Gracia se siente indignada. "Mi padre me ha enviado a esta casa como si fuera una simple sirvienta", se dice con fastidio.

La comida se le atraganta después del panorama que se acaba de abrir ante ella. Con gran esfuerzo, se termina todo lo que le han servido.

–Creo que te vendrá bien descansar. Mañana te espera un día ajetreado. Ahora regresa a tu cuarto, coloca tu ropa en su sitio y duerme. Preséntate al amanecer en las cocinas.

Gracia regresa al silencio de sus aposentos. Se siente extraña y desubicada y

Bonastruga le ha dejado una sensación ambigua entre la buena acogida y el desamparo.

La luz del amanecer la saca de su sueño. Se incorpora en la cama, desubicada, hasta que la realidad la golpea. No cree que pueda soportar la disciplina que Bonastruga le planteó el día anterior. Además, trajinar en las cocinas le parece una tarea impropia de su estamento social. Aguarda unos instantes, esperando que alguna sirvienta suba a ayudarla a vestirse. Una llamada en la puerta le hace esbozar la primera sonrisa.

–Por fin –dice en voz alta–. Ya era hora.

Sin abrir la puerta, la voz de Abiroc traspasa la barrera de madera.

–Cidiela se pregunta por qué no estás ya en las cocinas.

–Pues muy sencillo. Estoy esperando a que alguien venga a ayudarme a vestirme. ¿Puedes pedirle a alguna sirvienta que venga?

La fuerte risa de Abiroc se escucha con fuerza.

–Si quieres algo de agua, tendrás que ir tú a buscarla y no hay ninguna sirvienta para ayudarte.

–Pero la señora tendrá alguien que la ayude.

–Tú lo has dicho. La señora Bonastruga tiene su sirvienta, pero es suya. Te espero fuera para llevarte con Cidiela.

Acostumbrada a que María se ocupe de preparar sus ropas y de peinarla, se siente frustrada. No entiende cómo no le han asignado una sirvienta. Es lo primero que piensa decirle a su padre. Le parece una falta de respeto hacia su persona y hacia su alcurnia.

–¿Siempre eres así? –le pregunta Abiroc cuando la ve salir airada.

–¿Así cómo?

–Pareces enfadada.

–¿Y tú eres siempre así de molesto?

Abiroc no parece tomarse muy a pecho el desaire de Gracia.

–Que Dios te regale un feliz día.

"Lo dudo", piensa Gracia bajo el quicio de la puerta de las cocinas.

---

6 El gobierno de la judería de Tudela estaba dirigido por una serie de jurados o adelantados.

ALREDEDORES DE EVRIACUM, ISLA DE FRANCIA, FINALES DEL MES DE JULIO DE 1305

Por las informaciones que les han facilitado en las últimas poblaciones por las que han pasado, no debe faltar mucho para llegar a París. Martín observa el rostro sudoroso de Juan de Dios, sus pies descalzos llenos de heridas y polvo, su mirada lánguida, sus labios resecos. Pasado Lacarra, decidió convertirse en penitente y comenzó a hacer a pie el mayor número de leguas posibles. Su decisión derivó en su día en toda una serie de alabanzas y lisonjas. Lejos de unirse a ellas, Martín se mantuvo al margen, creyendo firmemente que su enemigo de la niñez pecaba de soberbia, convirtiendo su fingida mortificación en un acto preparado para recibir halagos. Y esta decisión de Martín le ha acarreado no pocos desencuentros con el penitente.

La comitiva hace un alto. Juan de Dios se sienta a la sombra de un árbol de pequeño tamaño. López de Lumbier toma su pellejo para ofrecérselo a su pupilo, pero lo encuentra vacío.

–¿A alguien le queda vino?

Frey Pere niega y el alférez tampoco encuentra nada en el suyo. Martín, que en ese momento da un largo trago al suyo, se ve interrumpido por la voz del prior de la iglesia de Pamplona.

–Martín, compartid vuestro vino con Juan de Dios.

La orden, aunque dicha con cortesía, le suena demasiado autoritaria y se rebela ante ella.

–¿Por qué tengo que compartir con él? Que se hubiera administrado mejor.

La respuesta de Martín enfurece a López de Lumbier.

–Creo que necesitáis una corrección de humildad, mi querido hijo.

–Si lo decís por vuestro pupilo, estoy totalmente de acuerdo.

–Es a vos a quien hablo, a vos que no habéis parado de molestar y poner obstáculos al camino de santidad que ha iniciado Juan de Dios.

–Perdonad si me río.

–Vuestra actitud jactanciosa no hace sino ofender al mismo Dios –dice mientras se santigua.

La discusión ha captado la atención de frey Pere y de Fortún, quienes miran con interés.

–No os cuesta nada compartir vuestro vino –intercede el templario.

–¿Ahora vos estáis de su lado?

–No se trata de estar de uno u otro lado, sino de convivir.

Enfadado, Martín da la espalda a López de Lumbier, con intención de marcharse.

–No os he dado permiso para marcharos –le insta. Martín suspira–. Frey Pere tiene razón. Se trata de convivir. Y de tener el viaje en paz. Creo que es hora de que lo entendáis y que lo aprendáis, Martín Ximénez de Aibar.

–¿Y qué vais a hacer? –le pregunta con tono de desafío, volviéndose muy lentamente.

–Creo que os vendría bien un escarmiento para que aprendáis a controlar vuestra actitud jactanciosa y vuestra lengua.

–No creo que en este asunto la culpa sea solo de Martín –interviene entonces el alférez.

La interrupción no gusta a López de Lumbier, quien endurece el gesto, ignorando al alférez y mirando a los dos jóvenes antes de volver a hablar.

–Para que aprendáis a respetaros y a poneros el uno en la piel del otro, he decidido que intercambiéis vuestras personalidades. A partir de ahora, Martín vestirá las ropas de Juan de Dios y será mi acólito, y viceversa. Y así se hará hasta que aprendáis a llevaros bien.

–¡No hablaréis en serio!

–Totalmente.

Martín mira a Fortún y a frey Pere pidiendo ayuda. El primero parece divertido a juzgar por la risa que a duras penas puede contener. El segundo no manifiesta su oposición al proyecto. Se encuentra solo.

–Ni hablar –decide.

–No es una opción, Martín. Hacedlo ya.

Juan de Dios, con la cabeza gacha, no dice nada, pero Martín sabe que está disfrutando.

Martín se siente muy extraño con las ropas de Juan de Dios. La sangre le hierve. Su mirada está perdida en algún punto entre el suelo y su cabeza. Ni siquiera mira a su compañero; pero se culpa por haber sido tan necio como para dejar que Juan de Dios le gane la partida, otra vez. Martín le da el cinturón y las botas, pero se niega a entregarle la espada y las espuelas de oro, que esconde entre sus enseres. “Si las quiere, que se las gane, como hice yo en

su día".

Poco después se ponen de nuevo en camino. Martín intenta mantener el ritmo de la marcha, pero poco a poco se descuelga.

–¿Le esperamos? –pregunta frey Pere preocupado, al notar que la distancia entre ellos y el penitente obligado va en aumento.

–Ya llegará y, si no, es su problema –enfatiza López de Lumbier con ganas de arribar a la siguiente localidad y descansar.

Las casas de Evriacum[7] ya se ven en la distancia. Y en ellas fija su mirada el prior, con la mente puesta en un merecido descanso y una rica comida.

La embajada sigue su camino a buen paso. El alférez es el primero en percibir el sonido que producen varios cascos de caballos al galope. Gira su cabeza y refrena el paso de su montura. Frey Pere, que va hablando con él, enseguida se percata de su gesto y lo imita. No muy lejos de ellos, casi a la altura de Martín, se recorta la figura de seis jinetes que, azuzando a sus caballos, parecen pretender arrasar con todo lo que se ponga a su paso. Los dos experimentados guerreros aguzan su vista.

–¿Qué demonios pretenden? –pregunta el templario–. Se van a echar sobre Martín.

Fortún observa la maniobra de su nieto, que se aparta para dejarlos pasar. Sin embargo, los jinetes, en vez de proseguir su camino, comienzan a rodear al joven y a golpearlo con la parte plana de sus espadas. Martín se defiende como puede, moviendo su cuerpo y cubriéndose con sus brazos, pero los golpes son demasiado seguidos y contundentes, lo que hace que el falso acólito dé con sus huesos en el suelo.

Frey Pere y Fortún pican espuelas y salen hacia donde se encuentra Martín.

–Proseguid camino. Nos veremos en Evriacum –grita Fortún ya volcado sobre el cuello de su caballo.

López de Lumbier obedece, pero Juan de Dios, en un impulsivo arrebato, vuelve grupas y sigue la estela de los dos guerreros.

–¿Qué haces, insensato? –le pregunta el prior. Pero sus palabras no son escuchadas por un acólito que se ha metido tanto en el papel de caballero, que ya se ve capaz de las mayores gestas.

El prior tiene unos instantes de vacilación y, para cuando quiere reaccionar, se encuentra con que otros seis jinetes, a los que no ha visto llegar desde la dirección de Evriacum, se le echan encima, rodeándolo. Lo único que le da tiempo a ver antes de perder el conocimiento es la inútil carrera de Juan de Dios y la lucha inconmensurable de Fortún y de frey Pere contra los seis jinetes.

Martín se despierta aturdido. Le duelen la cabeza y el hombro, y hasta sus fosas nasales le llega el indudable olor a sangre, la suya. Alguien chista a su

lado. Girar la cabeza le produce un dolor agudo en la sien.

–Martín, Martín.

Las últimas imágenes acuden a la mente del joven como fogonazos que se encienden dentro de su cerebro. Ha oscurecido y una brisa fría se cuela entre sus humildes ropas. El sonido de su nombre le llega con un eco lejano. Dirige su vista hacia su hombro, el lugar en el que ha recibido el primer impacto. El recuerdo de ese momento acude a su cabeza. Ha sido un golpe lanzado desde arriba, con la parte plana de la hoja que, muy diestramente, el dueño de la espada ha girado para producirle un corte superficial al retirar el arma. Trata de mover su mano para palpar la herida y comprobar su alcance, pero al intentar hacerlo, se da cuenta de que tiene sus manos atadas.

–Martín –vuelve a escuchar.

Eran seis, recuerda. Seis malditos salvajes que se le han echado encima como depredadores. ¿Qué pretendían? ¿Robarle? Si su abuelo y frey Pere hubieran llegado un poco antes...

–Martín, ¿estáis bien?

El joven reconoce la voz de López de Lumbier. Su mente se empieza a despejar y, poco a poco, toma conciencia de cuanto le rodea. Gira su cuello hacia su izquierda y ve a López de Lumbier maniatado, como él. A su alrededor, una docena de hombres disfruta de un buen yantar.

–Creo que sí –dice con voz algo ronca–. ¿Dónde están los demás?

La luz que les llega del resplandor de las hogueras le permite ver el gesto del prior. En frente de ellos, al otro lado de hombres y fuegos, descubre a frey Pere, Juan de Dios y Fortún, atados a un árbol por gruesas cuerdas.

–¿Quiénes son?

–Caballeros aburridos, que se dedican al pillaje.

–¿Qué van a hacer con nosotros?

–Nada han dicho al respecto, pero supongo que querrán sacar un buen rescate por nosotros.

–Ya –replica con fastidio al darse cuenta de su situación–. Los templarios supongo que estarán dispuestos a negociar un rescate por frey Pere y querrán sacar tajada de tener en sus manos a dos caballeros navarros, incluso a un prior...

Martín se ríe con cierta estridencia.

–¿Qué os hace tanta gracia?

–Que me habéis convertido en un elemento prescindible.

–Supongo que tenéis razón.

–No parecéis muy preocupado por mí.

López de Lumbier calla durante un rato. Martín mira hacia los árboles donde el resto de la embajada permanece retenida. Le gustaría estar al lado de su abuelo y de frey Pere y poder saber si tienen algún plan en marcha.

–Martín –la voz del prior interrumpe el divagar de sus pensamientos–, tenéis que hacer algo. ¿Me escucháis? Algo acorde a vuestro estatus.

El falso acólito lo mira con fastidio. Se mueve con cierta dificultad, se pone de rodillas y comienza a recitar el padre nuestro.

–¿Qué hacéis? –le interrumpe el prior con enfado.

–Lo que habéis ordenado. Rezo para pedir un milagro.

–No soy yo quien vaya a reprochar vuestra fe, pero no es eso lo que os estoy pidiendo. Lo que quiero es que os comportéis como lo que verdaderamente sois.

–¿Un caballero? ¡Ah, disculpad! ¿Cómo no se me ha pasado por la cabeza? Con lo fácil que resultaría si tuviera mis armas de caballero que me vi obligado a esconder y que probablemente ahora estén en manos de nuestros captores.

–No os hagáis la víctima. Si no os hubiera hecho trocar vuestras personalidades, ahora estaríais peor, atado a un árbol de pies y manos, y sin vuestras armas. Al menos aquí nos podemos mover un poco.

–Tal vez.

–Hijo, tengo un puñal –el joven lo mira con sorpresa–. No me han registrado. Lo guardo entre mi ropaje. Acercaos con disimulo y buscadlo. Está cerca de mi cintura, en el lado izquierdo.

–Me sorprendéis. ¿Vos? ¿Un puñal? ¡Si sois totalmente contrario a las armas!

–No os burléis y daos prisa.

Sin demora, Martín se acerca al prior. Se coloca de espaldas a él y rebusca entre sus ropajes hasta dar con el objeto buscado.

–¿Qué hacéis? Daos prisa, van a sospechar.

–No es tan fácil, ¿sabéis? Lo tengo, pero la cuerda limita los movimientos de mis muñecas y manos y no puedo maniobrar para sacarlo. Inclinaos un poco.

–¡Eh! ¿Qué hacéis? –la voz de uno de los captores sobresalta al joven. No ha entendido exactamente las palabras, pero su instinto le dice que se han dado cuenta de su maniobra. En un movimiento rápido, arranca por fin el arma y se queda quieto, mirando al bandido que se aproxima.

El hombre sigue hablando. El joven caballero nota cómo se aceleran los latidos de su corazón mientras mira al bandido con cierta insolencia.

–Mostraos humilde –le ruega el prior.

El aludido se lamenta de no haber sido más rápido. De haberse soltado ya, saltaría sobre ese hombre sin dudar un instante.

–Sed prudente.

El bandido comienza a hablar con rapidez mientras agarra y sacude a Martín. Este siente que, de un momento a otro, el puñal se le va a escurrir de las manos. Se aferra a él como puede, tratando de controlar las sacudidas del

hombre que le tiene asido por las ropas.

Un vocerío exagerado irrumpe de pronto desde el otro lado del campamento. Eso parece distraer momentáneamente a su captor. Martín distingue las voces del alférez y del templario y eso le transmite cierto alivio. Parece que su maniobra de distracción ha surtido efecto. El joven se ve de repente en el suelo, empujado por el hombre que ahora se dirige con rapidez hacia el otro lado del campamento.

–¿Lo tenéis? –le pregunta López de Lumbier.

–Sí.

–Desatadme.

Antes de proceder, Martín mira primero a los hombres. Estos, borrachos y cansados, se preparan para dormir. No pierde el tiempo y desata al prior. Una vez logrado, este toma el puñal y se aproxima al resto de la embajada mientras Martín recoge caballos y armas. Poco después, los cinco jinetes se escapan al galope por el camino hacia París.

---

7 Actual Evry.

TUDELA, PRINCIPIOS DEL MES DE AGOSTO DE 1305

Las manos de Gracia descansan sobre la tabla sucia. Cidiela le insta a que se dé prisa. La muchacha cierra los ojos un instante, mientras una gota de sudor se despeña por su columna vertebral y le recorre la espalda. Al abrir de nuevo los párpados, fija la vista en sus manos manchadas. Le duelen los brazos y las piernas, desacostumbrados a las tareas del hogar.

–Date prisa, muchacha –le insiste Cidiela–. Mañana es *sabbat*.

Sí, mañana es *sabbat* y no se puede cocinar, no se puede comprar, no se puede salir a la calle, no se puede sembrar, no se puede arar, no se puede aventar, no se puede amasar, no se puede coser, no se puede encender fuego, no se puede… Podría seguir así todo el día y no terminaría la lista de las prohibiciones para el *sabbat*.

Los músculos de su rostro se contraen al intentar evocar los campos de Monteagudo. Añora el azote del cierzo sobre las ramas de los árboles, el siseo de las hojas temblonas sometidas a su castigo, la compañía de Garra… El humo de las cocinas se le agarra a la garganta haciéndola toser. Distraída, deja que sus manos descansen un instante sobre la olla.

–Gracia, todo el fondo tiene que estar cubierto con las cáscaras de la cebolla antes de colocar los huevos. ¿Me has oído, muchacha?

Gracia parpadea. Tiene la sensación de que la ha abandonado la voluntad. Cidiela le da un golpe en la espalda.

–¡Vamos, espabila! Hay muchas cosas que hacer y poco tiempo.

Coloca las cáscaras y sobre ellas los huevos. Siguiendo las indicaciones de la sirvienta, los cubre con más cáscaras y vierte agua hasta sobrepasar el límite de los alimentos. Luego añade las especias.

–Tienen que cocerse de manera muy lenta, así que vigila el fuego.

De manera muy lenta, piensa Gracia. Tan lenta que el sol apenas ha sobrepasado la hora sexta y habrá que esperar casi hasta completas para que el plato esté listo. Un nuevo golpe de Cidiela en la espalda le hace lanzar una

exclamación de fastidio.

–No sé qué te pasa hoy, muchacha, pero como sigas así, le haré saber a la señora Bonastruga el poco interés que demuestras en la cocina. Y por lo que sé, tampoco te esmeras mucho con la aguja, ni con las letras. No sé por qué te empeñas en deshonrar de esta forma el nombre de tus padres.

Gracia gira la cabeza hacia Cidiela. El fastidio que sentía poco antes da paso a un súbito enfado. Mira a la sirvienta con rabia y sale de las cocinas con prisa. Casi ha alcanzado la puerta cuando una sombra sale a su encuentro. No mira a ver quién es. Necesita aire.

–Gracia, ¿qué ocurre?

Abiroc la agarra del brazo y la muchacha se gira un instante. Él observa el rostro congestionado y sudoroso de la cristiana, recorrido por surcos negros provocados por el humo. Gracia se suelta con fuerza y sale a la calle sin escuchar los requerimientos del interior.

–Cidiela, ¿qué ha ocurrido? –se interesa Abiroc.

–Esta muchacha no nos traerá más que disgustos. Es peor que una mula. Harías bien en avisar a tu tío y enviarla de vuelta a Monteagudo o como se llame el sitio del que nos la han mandado. Hay que estar encima de ella para que siga unas simples instrucciones.

–Yo hablaré con ella.

–Hazlo, sí. Y que regrese cuanto antes a las cocinas, que quedan muchos platos por preparar.

Gracia se ha detenido en la esquina, a la sombra. Mira al cielo azul como si fuera la primera vez que lo viera. ¿Cuánto tiempo hace que no sale a la calle? Desde el último domingo, se dice echando la vista atrás. Abiroc camina hasta situarse a su lado.

–No tienes mucha paciencia, ¿verdad? –ante el silencio de la muchacha, Abiroc continúa hablando–. ¿Qué ha pasado?

–Nada que te importe.

–Claro que me importa. Mi tío dice que…

–Mira, Abiroc, no me interesa lo que tu tío diga o haga.

–Pero es importante que aprendas a…

–¿A qué? –le interrumpe de nuevo–. ¿Crees que alguna vez voy a cocinar platos judíos a mi esposo cristiano? ¿Piensas que alguna vez voy a recitar salmos judíos en la corte? ¿O que algún día voy a enseñar a mis hijos a escribir letras judías?

A Abiroc se le salta la risa.

–¿Te parece divertido lo que digo?

–Eres irreverente y salvaje y…

–Y… ¿qué más?

Abiroc no sabe qué más añadir.

–Gracia, por favor, regresa a las cocinas.

–¿Y si no lo hago, qué? ¿Vas a devolverme a Monteagudo?

–No conoces al tío Ananiel enfadado.

–¡Oh!, perdona. Pensaba que siempre estaba enfadado.

–Eres injusta.

–Yo no he pedido estar aquí.

–Pero estás. Lo quieras o no, estás aquí. Y es una pena que lo desaproveches.

Abiroc se da por vencido y regresa a la casa. Gracia devuelve su vista al cielo azul donde un sol inmisericorde parece deslumbrar toda la ciudad de Tudela. Le impacta el silencio que se extiende por toda la judería. ¿Cómo será?, se pregunta. ¿Cómo será la vida en la localidad? ¿Cómo serán las gentes que viven aquí? En el tiempo en el que ha permanecido en la ciudad apenas ha tenido contacto con nadie. Solo sale de los muros de casa de los Falaquera para ir a la iglesia los domingos. Hasta allí la escolta Abiroc y la recoge cuando termina el oficio religioso. Debe ir con la cabeza cubierta. No puede mirar a nadie; mucho menos hablar. Debe pasar inadvertida. Pero, ¿acaso Ananiel no se da cuenta de que su sola presencia en la puerta de la iglesia, a la que llega con tanto misterio, ya despierta harto interés? ¿O es que no se percata de que la gente murmura y se pregunta quién es y de dónde viene esa muchacha encapuchada y escoltada por un judío? Ni susurros ni rumores ni chismes necesitan de ningún medio especial para transmitirse. Vuelan de boca en boca, de oído en oído.

–¿Eres la cristiana?

La pregunta la sobresalta. No es solo el eco silencioso de un cotilleo. Alguien se ha dirigido directamente a ella.

–He oído que te llaman Gracia.

La muchacha mira hacia los lados.

–Aquí, en la ventana.

La aludida dirige la vista hacia la pared de enfrente. En la oscuridad que rodea el pequeño hueco, apenas se distingue el contorno de una cabeza con el pelo largo y liso.

–¿Quién eres?

–¿Vendrás a verme?

–¿A verte?

–Tengo que irme.

–Espera…

–Margelina, ¿dónde estás? –Gracia escucha la voz recriminatoria que llega de las profundidades de la casa vecina justo antes de que la silueta desaparezca.

Margelina, repite Gracia varias veces, pronunciando un nombre que no había escuchado nunca antes. Sin apartar la vista del pequeño hueco se dirige

hacia él en busca de la muchacha que responde a ese nombre singular, pero no hay nadie Intrigada, regresa a casa de los Falaquera. Al verla entrar, Cidiela comienza a recriminarle su actitud y a decirle lo retrasadas que van con todos los preparativos del *sabbat*. Pero Gracia no le hace caso, ya que solo puede pensar en lo que acaba de pasar y en Margelina.

–Anda, ayúdame. Al menos has llegado a tiempo para romper las cáscaras de los huevos. Tienes que hacerlo así –le muestra–; las rompes, pero sin quitarlas. ¿Has entendido?

–Sí –concede ella por fin–. ¿Y ahora qué hago con ellos? –pregunta cuando rompe la cáscara del último.

–Hay que meterlos de nuevo en la olla para que sigan cociéndose. Y esmérate, son para la primera comida de mañana.

Suspira. Cada vez odia más el *sabbat*.

Los preparativos para el *sabbat* han concluido en las cocinas. Cidiela le indica un viernes más a Gracia todo lo que deben disponer para que el calor de los platos que se servirán al día siguiente se mantenga sin necesidad de hacer fuego. También le recuerda cómo debe servir la cena.

En el comedor, Bonastruga enciende tres velas. Gracia mira a aquellos desconocidos a los que ha de servir esta noche. Está allí sin terminar de estar del todo. Sigue sintiéndose desubicada y terriblemente sola. Comprende menos que nunca los motivos que han impulsado a su padre a llevarla a casa de los Falaquera y las razones por las que Ananiel ha aceptado. "¿Hasta cuándo permaneceré en este infierno? ¿Hasta que llegue Martín y me lleve a otro infierno?".

Un carraspeo interrumpe sus pensamientos. Sin mirar a ningún sitio en particular, se adelanta hasta la mesa y sirve la comida empezando, como le ha insistido Cidiela, por Ananiel. Una vez concluido su cometido se retira hasta la pared y aguarda de pie.

–Siéntate con nosotros –le pide el señor de la casa por primera vez en *sabbat*.

La invitación la pilla por sorpresa, pero mucho más a Bonastruga, quien mira interrogativa a su esposo, aunque no se atreve a decir nada.

–Gracias –dice sin apenas elevar la voz.

Ananiel comienza a recitar unas palabras. Lo hace en ese idioma desconocido para ella, por lo que se centra en su plato sin decir nada. Abiroc la observa de reojo. Gracia se acaba de meter un trozo de su comida en la boca cuando Ananiel entona una canción. Inmediatamente deja de masticar. La voz que escucha tiene una resonancia perfecta. Nunca antes Ananiel había cantado en *sabbat*. Levanta la cabeza y dirige su vista hacia su anfitrión. Embelesada, lo observa sin parpadear. No tiene ni idea de lo que está diciendo, pero le

transmite una gran paz. Cuando el canto concluye, siente como si la melodía perviviera dentro de ella.

–Puedes retirarte a tu habitación, Gracia –las palabras de Bonastruga rompen el momento–. Cidiela recogerá todo esto.

Traga el bocado que se le había quedado en la boca, se levanta y se marcha en silencio. Sin desvestirse, se tumba en el lecho. El cansancio y el calor le impiden dormirse. Sus pensamientos se vuelven hacia Margelina mientras de fondo escucha la voz profunda del señor Falaquera. *Ki esmera shabbat El yishmrein*[8].

Pronto llega otro *sabbat*. Acalorada, busca algún lugar fresco en el que sentarse. El día se le está haciendo largo, puesto que hoy no hay clases de costura con Bonastruga ni de escritura con Abiroc.

–¿Adónde vas? –le pregunta el muchacho judío al tropezarse con ella en el pasillo.

–Necesito que me dé un poco el aire.

–Fuera hace incluso más calor que aquí y además…

–Sí, lo sé. Además no puedo salir de aquí si no es para ir a misa el domingo.

Enfurruñada, se gira para volver a su habitación cuando Abiroc vuelve a hablar.

–Si quieres, puedes ir a la parte de atrás de la casa. Hay un pequeño patio al que apenas le da el sol y se está fresco.

–No quiero molestar a la familia en *sabbat*.

–Nunca va nadie allí.

Gracia se lo piensa unos instantes.

–De acuerdo. ¿Me indicas por dónde ir?

–Haré algo mejor. Te acompañaré.

–¡Ah! ¿Y puedes acompañarme?

–¿Por qué eres siempre tan irritante?

Gracia no le contesta. Tras atravesar toda la planta baja, llegan a una puerta muy estrecha. Abiroc la abre y la atraviesa, invitándola a ella a hacer lo mismo. Es un patio pequeño con algunas flores y algo de hierba. Está cuidado, aunque no con demasiado buen gusto.

–Yo me encargo de mantenerlo.

–Eso explica su estado.

Abiroc hace esfuerzos por morderse la lengua y no contestar una grosería. Debe recordarse que es la invitada de sus tíos y les ha prometido honrarla como se merece. Aunque bien pensado, no cree que Gracia merezca ser honrada de ninguna manera.

–Eres cruel, Gracia. Solo trataba de ser amable contigo, pero veo que me he equivocado.

El muchacho hace ademán de marcharse.

–Lo siento, Abiroc. Pero es desesperante no poder salir de aquí. Yo necesito… necesito sentir el viento en mi rostro, correr con Garra, subirme a los árboles... Y odio no poder hacer nada de eso. El *sabbat* es una pesadez.

–El *sabbat* no es una pesadez, sino sinónimo de alegría, de paz, de entrega, de amor a Dios.

–Pero, si apenas podéis hacer nada.

–Es el día en el que descansamos igual que hizo Dios. Y sí hay cosas que se pueden hacer.

–¿Como cuáles?

–Podemos leer, conversar, cantar…

Mientras escucha a Abiroc se pasea por el pequeño espacio del patio. Se detiene delante de una azucena. La acaricia muy despacio, reflexiva.

–¿Conoces a Margelina? –le pregunta de repente.

–¿Mar...gelina? –replica confundido.

–Sí, Margelina, la chica que vive enfrente de tus tíos.

–¿En la casa de enfrente?

–Sí. ¿Por qué repites todo lo que te digo? Parece que te has quedado tonto.

–Es que en la casa de enfrente no hay ninguna Margelina.

Gracia arruga el entrecejo.

–Yo la he visto. Había una muchacha en la ventana y su madre la ha llamado Margelina. Estoy segura.

–Creo que te has equivocado. Los Bayo no tienen ninguna hija. Solo tres hijos.

–Pero yo estoy segura de que...

–Te habrás confundido o te lo has imaginado. Creo que tienes mucha imaginación.

Los dos se quedan mirándose. Una extraña corriente pasa de uno a otro. Gracia lo escruta con intensidad, hasta que Abiroc, algo avergonzado, baja su mirada. El muchacho se levanta y se excusa.

–Debo... debo irme. Yo... seguro que mi tío...

Gracia lo sigue con la vista hasta que desaparece en el interior de la casa. Piensa en Margelina. ¿Es posible que se lo haya imaginado? No. Está segura de que la vio, aunque solo recuerda una imagen fugaz de una silueta recortada entre las sombras del ventanuco. Pero le habló. Y su voz no es algo que se haya podido inventar. "Tú me entenderías, Garra. Tú lo harías", piensa con tristeza, recordando a su fiel amigo.

---

8 Porque salvaguardo el *sabbat*, Dios me salvaguardará a mí.

PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, PRINCIPIOS DE AGOSTO DE 1305

Apoyado sobre uno de los muros defensivos del palacio del Louvre, Martín observa el curso del río Sena. Está nublado y la corriente ha adquirido un color verde pálido. Con ojos curiosos observa la torre que se alza al otro lado del río, justo enfrente de otra muy similar construida en el complejo amurallado del palacio del rey, que queda justo a sus espaldas. Escucha pasos que se acercan. No le hace falta volverse para saber que se trata de frey Pere.

–¿Alguna novedad? –le pregunta fijándose en sus cuidadas ropas que lo identifican como templario.

El interpelado niega un par de veces.

–¿Qué miráis con tanta fijeza?

–Quería ver de cerca la ingeniosa forma que tienen los parisinos de cerrar la navegación nocturna en este punto. Estas noches, desde mis aposentos, he visto cómo se extienden grandes cadenas entre ambas orillas, pero me faltaba perspectiva para saber cómo lo llevan a cabo. Ahora veo que se sirven de esos grandes pilares a los que amarran dos barcas que usan como punto de sujeción para las cadenas. Sería estupendo poder verlo en funcionamiento –dice con exaltación–. Y fijaos en ese farol que permanece encendido toda la noche. Es enorme.

El templario mira hacia donde Martín señala con el dedo y asiente.

–¿Esa construcción pertenece también al rey? –pregunta el joven con marcado entusiasmo.

–Se construyó en tiempos de Felipe Augusto –Martín arruga su frente–. Veo que no os suena ese nombre, pero deberíais saber que fue el rey de Francia al que acudió la infanta Blanca, hija de Sancho, el sexto de su nombre en Navarra, para conservar los derechos sucesorios en el condado de Champaña y Brie para Teobaldo I. Por lo demás, la torre creo que pertenece a Amaury de Nesle, de quien toma su nombre.

Los dos hombres observan la torre unos instantes.

–¿Me acompañáis?

–¿Adónde? –pregunta Martín con gran interés, deseoso de salir del Louvre.

–Ahora lo veréis. Vamos a por los caballos.

Cabalgan con lentitud, de manera que Martín tiene tiempo de observar las estrechas calles de París y las casas que se arremolinan a uno y otro lado. Cuando más entusiasmado está, frey Pere espolea su caballo y trota, alejándose.

–¡Esperad! –le grita siguiendo a duras penas la estela de la cruz patada roja de la capa del templario–. ¿Adónde me lleváis con tanto misterio?

Martín cambia de postura y echa su cuerpo sobre la grupa para controlar mejor su montura. Cuantos se encuentran con él se apartan como pueden para dejarle paso. Va lanzado tras su maestro cuando de pronto se da de frente contra una fortaleza que lo deja sin aliento. Por encima de la muralla que tiene prácticamente a su lado, se eleva una enorme torre.

–Debe de tener más de sesenta pies –exclama fascinado, cuando, por fin, se pone a la altura del freyre.

–Casi sesenta y seis[9] –le responde el templario con la emoción a flor de pie.

–¿Qué sitio es este?

–Bienvenido a la casa matriz del Temple en París.

Los ojos de Martín se abren asombrados, espolea a su caballo y grita enfebrecido.

–Después de esto, Aberin os parecerá una nimiedad.

–Estoy muy orgulloso de Aberin.

–Pero mirad esto. Es prácticamente como toda la ciudad de Pamplona. ¿Vamos a entrar ya o solo me habéis traído aquí para ver piedras?

Frey Pere no puede dejar de sonreír. La impaciencia y el entusiasmo de Martín son contagiosos, aunque tampoco a él le hacen falta demasiados estímulos para sentir un hormigueo en su cuerpo. Agradece su fortuna de poder pisar la casa matriz de la orden a la que pertenece. Descabalga frente a la puerta principal y su pupilo lo imita. Un sirviente, vestido con ropas oscuras, sale a su encuentro y toma las riendas de sus caballos, dándoles la bienvenida. Martín se siente como si estuviera en casa. El lugar es tan diferente a la encomienda de Aberin como un árbol y su sombra y, sin embargo, todo le parece terriblemente familiar.

–Esperadme aquí –le pide el templario–. Debo entregar una carta. Y no os metáis en ningún lío.

Martín se queda en medio de una pequeña plaza, brazos en jarras, mirando a su alrededor. Hay mucha actividad y la mezcolanza de lenguas es increíble. A su lado pasan igual sirvientes que caballeros. "La ciudad del Temple", se repite. Sus pasos lo encaminan hacia la iglesia. Entra en la edificación gótica. El silencio lo sobrecoge de tal manera que cae arrodillado.

El eco de los cánticos de Aberin reverbera dentro de él. Se ve a sí mismo como

el niño frágil y manipulable que llegó a la encomienda para luego ser consciente de la fortaleza de su propio cuerpo y también de su espíritu. Frey Pere no tarda en regresar.

–Vamos, Martín –le dice en un tono acorde con el sitio en el que se encuentran.

–¿Está aquí? –le pregunta el de Aibar una vez fuera de la iglesia.

–¿Quién?

–¿Quién va a ser? Vuestro maestre, Jacques de Molay.

–¿Por qué lo preguntáis?

–Porque quiero elevar una queja sobre vos.

–Martín, no estoy para bromas –le recrimina yéndose.

–¿Ni un vaso de agua? ¿Me traéis a la casa matriz de vuestra orden y ni un vaso de agua?

Riéndose, el templario sigue su camino.

–¿Ni siquiera me vais a llevar a ver la torre?

Frey Pere cede y le lleva hasta los pies de la torre rectangular, salvaguardada por cuatro torres circulares en cada una de sus esquinas. Martín se queda fascinado con la edificación. La estudia con curiosidad. El templario sabe que la examina con ojos no solo de *milites*, sino también de constructor. En Aberin demostró que podría haber sido uno muy bueno, pero Fortún dejó muy claro que su destino estaba al servicio de las armas.

–Inexpugnable –le dice el templario.

–Yo no diría tanto. Si lanzáramos desde aquí una cuerda y enlazáramos…

–Sois incorregible. Regresemos.

Cuando llegan al Louvre, el alférez los está buscando. Hay buenas noticias, el rey Philippe los recibirá en unas horas.

---

9 Se cree que la torre de la casa del Temple en París tenía veinte metros de altura.

TUDELA, MEDIADOS DE AGOSTO DE 1305

Hace ya un rato que los Falaquera han salido de casa para ir a la sinagoga.

Gracia está sola en su habitación, añorando a Garra y preguntándose si habrá sobrevivido. Después, sus pensamientos vuelven sobre Margelina. Le han dicho, una vez más, que no abandone la casa. Pero, ¿quién se va a enterar si lo hace? Al asomarse a la calle, una corriente cálida azota su rostro. Cruza al otro lado y se acerca al ventanuco y llama a la muchacha.

–¡Margelina!

–¡Cristiana! –escucha tras un breve instante de silencio.

–¡Déjame entrar!

–No puedo.

–De acuerdo –acepta–. Hablaremos así. Me llamo Gracia.

–Lo sé. Yo soy Margelina.

–Yo también lo sé.

Por primera vez, la dos comparten una risita de complicidad.

–¿A ti no te llevan a la sinagoga?

–No.

–¿Por qué?

–Supongo que tienen sus razones.

Razones o no, Gracia se alegra de que la hayan dejado en casa.

–¿De dónde sois? –pregunta la judía después de dejar pasar unos instantes.

–De Monteagudo.

–Nunca he oído hablar de ese sitio. ¿Está muy lejos?

–No, no muy lejos de aquí.

–¿Cómo es Monteagudo?

Gracia mira a su interlocutora, sin poder verle el rostro a pesar de estar a escasas pulgadas de ella. Eso le pone un poco nerviosa, pero la quietud que trasmite Margelina termina por hacerle sentir cómoda. Toma aire antes de centrarse en sus recuerdos y comienza a hablar de su casa, de su padre, de María y de Garra. Y le cuenta cómo es su vida en Monteagudo. Le describe el

castillo con su pozo y el lugar donde está enterrada su madre.

–Debo irme –dice de pronto Margelina. Mi familia ya está aquí.

–¿Podré volver a verte?

–¡No lo sé!

–Pon un lazo en el ventanuco cuando estés de nuevo sola. Así sabré que puedo venir –le sugiere.

En dos zancadas, Gracia atraviesa la calle y se mete precipitadamente en casa de los Falaquera. Tiene el tiempo justo de llegar a su habitación antes de que lleguen sus anfitriones. Se tumba en la cama; esta vez, feliz y contenta por tener a alguien con quien hablar fuera de los muros de esta casa.

La tela que tiene sobre sus rodillas es una de las más suaves que ha tocado en su vida. Bonastruga le ha indicado qué es lo que tiene que bordar en ella y se ha marchado con la excusa de que debe hacer una visita ineludible, no sin antes advertirle que estará de regreso para supervisar, como siempre, las clases de lectura y de escritura con su sobrino y recordarle que examinará todo el trabajo que haga con la aguja.

Gracia la ve marchar y se queda absorta en la tela unos instantes, con su mirada perdida en el verde oscuro que resalta sobre su piel blanca. Toma la aguja para iniciar su cometido, pero una idea se cruza en su mente. A su cabeza vienen las imágenes de las azucenas que crecen en el pequeño jardín de atrás y el nombre de Margelina, que le recuerda al de las margaritas. Y decide cambiar el esquema que le ha marcado la judía y recrear motivos florales. A fin de cuentas, se dice, el vestido va a ser para ella; justo es que se lo haga a su gusto. Cierra los ojos, como hace siempre que quiere concentrarse. Trata de recordar el trazado de los pétalos y de los tallos. Elige cuidadosamente hilos y agujas antes de decidirse. Y, cuando tiene enhebrado el primero de los hilos, sus manos comienzan a ejecutar lo que su mente evoca. Por primera vez se aplica a su tarea con paciencia, disciplina y gran entusiasmo. Y ya no la encuentra tediosa, sino que empieza a convertirse en algo con lo que disfruta y se relaja. Es como si en su cabeza sonara una melodía que dirigiera sus manos. Bonastruga no está para corregirle. La aguja sube y baja, baja y sube, mientras la primera margarita toma forma y la primera azucena pugna por brotar en todo su esplendor. Sus manos sudan y a veces la aguja se traba en la tela. Pero Gracia no desiste. La suave tela se ha convertido en un pentagrama de emociones.

Se encuentra tan absorta en su trabajo que, mucho tiempo después, no se percata de la llegada de Abiroc con sus utensilios de escritura y sus libros.

–¿Y mi tía?

Gracia da un bote sobre su asiento.

–¡Por lo que más quieras, Abiroc! ¿No sabes anunciar tu llegada? ¡Me has

sobresaltado! Tu tía ha dicho que tenía que salir a hacer una visita y que vendría más tarde.

El muchacho enarca mucho su ceja izquierda y dirige su mirada hacia el bordado.

–¡Vaya!

–¿Te gusta? –le pregunta con cierto orgullo.

Cuando va a contestar, la voz de Bonastruga lo disuade.

–¿Qué es lo que te gusta, Abiroc?

–¡Tía, ya estáis aquí! Admiraba el bordado de Gracia.

Bonastruga toma en sus manos la tela verde y la mira sin pestañear. La muchacha sonríe al ver cómo la cabeza de la judía hace un gesto afirmativo. Cree sinceramente que le ha gustado, hasta que su alegría se topa con las duras palabras que le lanza su anfitriona.

–¿Qué es esto, Gracia?

–El bordado que he estado haciendo esta tarde.

–¿Hasta dónde va a llegar tu grado de soberbia e indisciplina? ¿Acaso es esto lo que yo te he mandado hacer? ¿Dónde están las figuras geométricas que te había encargado?

–Esto es mucho mejor.

–¡Basta! –le corta fulminando su buen humor–. Siéntate inmediatamente para dar la clase con Abiroc. Mientras, yo desharé este… esto que has hecho, –¡No! –grita como si le fueran a amputar el corazón.

Tiene ganas de llorar de rabia. Pero se muerde la lengua.

–¡Ahora! Obedece.

Sin dejar de mirar la tela verde, se sienta frente a la ventana, donde Abiroc ya ha dispuesto la tinta y la pluma.

–Esto es lo que tienes que copiar hoy –le dice mostrándole un texto.

Sin abrir la boca, sin apenas respirar, Gracia toma el útil de escritura y lo empapa de tinta. La punta se clava en el pergamino hasta hacerlo chirriar. Vuelca sobre él toda la rabia que siente hasta convertirlo en el campo de su propia batalla. De tal forma, que cuando Abiroc le corrige la apertura o forma de alguna de las letras, ella unta la pluma en la tinta y deja caer una gota sobre el pergamino hasta emborronar la palabra. Abiroc no la culpa, pero tampoco comprende su actitud.

Cuando terminan, Gracia se levanta y da las gracias de una manera apenas audible. Después, sin mirarla, se despide de Bonastruga, que continúa con su tarea de deshacer el trabajo de toda una tarde. El muchacho judío la sigue con la mirada hasta que desaparece por la puerta. Luego toma el pergamino en el que ha practicado esa tarde. Parpadea incrédulo ante lo que ve. Gracia no ha estado emborronando las palabras, como él creía, para fastidiar o como desquite. Gracia ha formado un precioso dibujo en el que letras y borrones han

recreado un hermoso ramo de azucenas y margaritas. Discretamente, dobla el pergamino y se lo esconde en la túnica.

Abiroc se acerca a la habitación de Gracia. Bien sabe que no debería hacerlo y que si sus tíos se enteran, un enorme castigo recaerá sobre él. Pero está preocupado. Conoce su temperamento y teme una reacción airada. Puede que haya engañado a su tía y Bonastruga piense que su silencio se debe a que ha acatado su castigo, pero a él algo le dice que la tormenta solo se ha retrasado. Con cuidado, toca en la puerta.

–Gracia, ¿estás bien?

Por respuesta solo le llega el silencio.

–Solo quiero que sepas que me gustaría hablar contigo y saber cómo te encuentras.

Espera unos instantes, pero ante la ausencia de respuesta, decide marcharse. Gracia debe de estar francamente enfadada.

Hace calor y sabe que no podrá dormirse en ese momento, así que se dirige hacia el jardín trasero.

–Yo de ti no daría ni un paso más –la voz de Gracia lo detiene en la entrada.

–Así que estabas aquí.

–He dicho ni un paso más. Quiero estar sola. Y, aunque sea tu jardín, yo he llegado primero. Así que ahora me pertenece.

Abiroc no hace caso de las palabras y se acerca a la muchacha.

–¿Qué haces aquí? –le pregunta sentándose a su lado.

–¿A ti qué más te da? –el enfado se nota en el tono de la pregunta.

–Tu bordado era hermoso.

Gracia juega con unas ramitas que sostiene entre sus manos.

–¿Sabes?, no me importa. No me importa, porque cuantas veces tu tía deshaga mis bordados, tantas otras yo los volveré hacer. Haré como Penélope, pero al revés.

–Veo que a veces escuchas lo que te digo en las clases.

Una suave brisa mueve el cabello de la muchacha, cuyos rasgos han adquirido el tono pálido y brillante de la luna que preside la noche. Abiroc se lleva la mano a la túnica, saca el pergamino y se lo muestra a Gracia.

–A veces me asusta tu rebeldía. ¿Qué crees que pensaría mi tía si lo viera?

Gracia sonríe maliciosamente. Abiroc se mueve hasta ponerse de rodillas delante de ella. La mira fijamente y ella le sostiene la mirada.

–Me pareces hermosa. Dichoso el hombre destinado a ser tu señor.

–Te aseguro que cuando me conozca el hombre destinado a ser mi señor, no querrá ser mi señor.

–Tal vez te guste.

–¿Quién? ¿Martín Ximénez de Aibar? –dictamina con cierto desdén.

–¿Así se llama? –le pregunta, atreviéndose a tomar su mano derecha entre

las suyas. Gracia nota el contacto suave de su piel y, aunque su primera reacción es apartarse, deja que sus dedos permanezcan encerrados en la concavidad de la mano de él.

–Os juro ahora y aquí que haré todo lo que esté en mi mano para conseguir que Martín Ximénez de Aibar rompa su compromiso conmigo –le dice en un susurro.

Durante un buen rato, los dos permanecen muy quietos, hasta que ella alarga su mano libre hacia el cuello de él y lo empuja suavemente hasta que sus frentes se tocan. Y entonces Abiroc se deja llevar por el momento y hace una locura. Acerca sus labios a los de ella y los besa muy despacio. Es consciente de que, tal vez, ella castigue su osadía, pero su corazón borra por un instante esa posibilidad.

Gracia separa ligeramente sus labios.

–Abiroc –le dice en tono confidencial–, en tu honor y en recuerdo de este día, llevaré siempre bordada una azucena en mi vestido.

–¿Vas a hacer eso por mí?

–¿No te lo crees?

–De ti me creo eso y más.

–Será mejor que te vayas.

–Me gustaría permanecer aquí, contigo.

–Entonces, me iré yo –le amenaza.

–No –acepta resignado.

Gracia está sola en la casa. Se pasea por la sala de costura, tentada de seguir sus bordados. Sin embargo, se resigna a no avanzar. Aunque ella no es judía, las normas de los Falaquera dicen que debe respetar el *sabbat*. Se asoma a la ventana y, de repente, sus ojos captan algo en el ventanuco de casa de los Bayo. "¡No puede ser!", se dice, echando a correr. "¿Es eso un lazo?". Cruza la calle deprisa y se aproxima al ventanuco.

–Pensaba que igual no podrías venir –escucha.

–Margelina, no sabes las ganas que tenía de volver a verte. ¿Estás sola?

–Sí, aunque no sé durante cuánto tiempo más. ¿Os gustaría entrar? He preparado algo fresco para beber.

–¡Me encantaría!

–Hay una puerta pequeña a vuestra derecha.

Gracia accede al interior de la vivienda. Margelina la recibe en un pequeño zaguán. La cristiana observa que Margelina lleva un sencillo vestido en tonos oscuros y su cabeza tapada, por lo que no puede distinguir sus facciones. Con sus vasos en las manos, ambas se sientan en el suelo.

–El otro día te hablé de Monteagudo y de mi familia. Hoy te toca a ti.

–No hay mucho que contar.

–¿De dónde eres?

–Creo que nací en Zaragoza.

–¿Crees?

–Mis padres no hablan mucho sobre ello.

–¿Por qué?

–De hecho, no hablan casi de nada conmigo.

–No lo entiendo.

Gracia siente como si el silencio la envolviera en un turbador torbellino y poco después se da cuenta de que su nueva amiga está llorando.

–¡Margelina! ¿Qué te ocurre?

–No es nada –le asegura.

–¿Me dices que no es nada aquello que te hace llorar? ¿Qué es lo que tienes? –le pregunta arrodillada a su lado.

Margelina, muy lentamente, se lleva la mano a la capucha que cubre su cabeza. Gracia nota cómo le tiemblan los dedos. Con un delicado movimiento, la anfitriona desliza la tela hacia atrás. A pesar de la escasa luz, Gracia puede ver el rostro castigado de la muchacha. En la zona izquierda, parte de su frente y de su mejilla muestran una densa cicatriz que una quemadura lejana ha dejado como evidencia. La marca se extiende también hacia su cuello.

–¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? ¿Te duele? –le dice, acariciando su rostro con una ternura que conmueve a Margelina hasta el extremo.

–Fue hace mucho tiempo. Yo no lo recuerdo. Dicen que todavía era un bebé y que estuve a punto de morir. Pero no sé cómo ocurrió. Y no, ya no duele.

–No sabes cuánto lo siento.

Gracia aprieta sus manos.

–Entendería que quisierais marcharos.

–¿Marcharme? ¿Por qué iba a querer marcharme?

–Por mí. Por esto.

Gracia se sienta a su lado sin dejar de apretar sus manos.

–Cuando alguien encuentra un tesoro, no lo abandona fácilmente, Margelina.

–Me alegra oír eso porque todo ha cambiado para mí desde que vinisteis aquí. Tenía miedo de contároslo y de que ya no quisierais verme más.

–Me alegro de que me lo hayas contado y de que quieras ser mi amiga.

–Y yo, también, porque no sabéis lo aburrido que es pasar todo el día sin hacer nada y sin poder pisar la calle.

–¿Qué quieres decir?

Margelina le cuenta que nunca ha salido al exterior, que jamás ha pisado las calles de Tudela ni la sinagoga. Sus hermanos se burlan de ella y apenas hace vida en familia. Gracia opina que es injusto y cruel y le asegura que, a partir de

ese momento, ella le enseñará a bordar, a leer y a escribir. Y con esa decisión se despide de su nueva amiga. Con el alma cargada de un nuevo regocijo, le desea lo mejor.

PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 1305

Para causar buena impresión, los representantes navarros se han vestido con sus mejores galas. Con cierta impaciencia, aguardan a que los guardias les franqueen el paso. Martín observa absorto la flor de lis tallada en la madera de la puerta. Ese símbolo, que los Capeto utilizan desde que Luis VII lo añadió a su escudo, está por todas partes. Le han dicho que no hable, que bajo ningún concepto se dirija al rey –ni al rey de Francia ni al de Navarra–, que no lo mire directamente a los ojos, que se muestre humilde, receptor, que sea prudente, que se mantenga siempre en la parte de atrás, que oiga sin abrir la boca, que observe sin tomar partido.

Cuando abren la puerta, Martín se coloca en el último lugar, dispuesto a obedecer. Mientras caminan al encuentro de los dos reyes, el joven de Aibar no puede dejar de admirarse ante la opulencia de la sala. Los ricos tapices que cuelgan de las paredes, los exquisitos trajes de los sirvientes, los pendones, incluso diversos objetos de oro. Cada detalle ha sido estudiado a conciencia y colocado en el lugar adecuado para sorprender a la embajada. Se detienen unos cuantos pasos antes de llegar al lugar donde aguardan los dos monarcas. Philippe está sentado sobre un pedestal. Su capa arrastra por el suelo, envolviéndolo en un halo de lejanía. Su rictus es serio, distante, frío. Martín sabe que no debe mirarlo, pero no puede evitar fijarse en su mirada glacial. Su primogénito está sentado a su derecha.

Louis parece inquieto. Es todavía más niño de lo que se había imaginado. A diferencia de su padre, su mirada recorre varias veces a cada uno de los integrantes de la embajada, sin detenerse demasiado tiempo en ninguno de ellos, hasta que llega a Martín. Este no rehúye el contacto. Tras un somero repaso, concluye que padre e hijo no se parecen demasiado físicamente. Tal vez los rasgos de Louis se deban a su madre. Un leve codazo le hace apartar la mirada y clavarla en el suelo. De reojo, vuelve a centrar su vista en el muchacho al que le están ofreciendo la corona de Navarra. Su brazo derecho

se mueve y Martín observa los botones de sus puños, cuyo diseño se reproduce en su pechera. El brillo de los colores de sus ropajes delata la exquisitez de los paños con los que se han confeccionado, probablemente seda y camelot[10]. En los laterales hay decenas de sirvientes, pajes e incluso escuderos; expectantes, pendientes de cada gesto y palabra de Philippe. Martín intenta empaparse de cuanto ve, grabando cada gesto en su memoria. Un movimiento leve le hace fijarse en un personaje que acaba de hacer su entrada. Viste una hopalanda[11] larga en tono granate. Las largas mangas dejan ver en su interior un tono más claro, casi blanco, que contrasta y armoniza con el exterior. Sus manos son finas y muy blancas. Lleva el pelo por encima de los hombros, ondulado y perfectamente peinado. Sus ojos son vivos y muy profundos, pero el rasgo más representativo de su rostro es su barbilla partida. En el momento en que Martín está haciendo su inspección, el hombre gira la cabeza y fija su mirada en el joven navarro. Este siente de repente un pequeño latigazo en su interior que le hace desviar la vista. La sensación es extraña. "¿Quién será ese hombre?", se pregunta, volviendo su atención al acto protocolario.

El traductor hace las introducciones correspondientes, seguidas de los intercambios de regalos. En nombre de Philippe les da la bienvenida y les invita a exponer el motivo de su embajada.

Al recibir la aquiescencia del rey, don López de Lumbier interviene. Su voz se escucha con una dicción perfecta. Agradece los obsequios y traslada al rey el más sentido pésame en nombre de todo el pueblo navarro por el fallecimiento de la ilustre y preclara reina Jeanne. Tras lo cual, le manifiesta cuál es el sentir del reino y su plena disposición a recibir al ilustre Louis como sucesor de su madre en el trono navarro.

Sus palabras son traducidas al oído del rey Philippe, que permanece impasible mientras escucha, como si fuera una estatua de marfil. El rey toma la palabra poco después. Apenas son unos bisbiseos al oído del traductor. Cuando el rey termina, el intérprete se dirige a ellos de manera muy formal. Y les comunica que el rey y su hijo recibirán y leerán atentamente las cartas remitidas desde Navarra y que serán debidamente informados de su decisión en cuanto sea posible. Tras lo cual, sin dar pie a ninguna otra intervención, son invitados a abandonar la sala. López de Lumbier deposita las misivas en una bandeja, recalcando que una es para el rey Philippe y otra está dirigida al príncipe Louis, a quien ya consideran rey de Navarra.

A Martín se le hace corta la recepción. Tantos días esperando, para pasar apenas unos instantes en presencia del rey de Francia. Sin disimulo, sigue observando a Louis. Le acaban de ofrecer la corona del reino. ¿Será digno de llevarla? Sus reflexiones se ven cortadas al notar que el personaje de la hopalanda granate se ha movido hacia la puerta y le observa sin disimulo. Siente otra vez ese pequeño latigazo que le hace bajar la vista mientras nota

que el calor se agarra a sus mejillas, volviéndolas tan granas como el traje del misterioso personaje.

Poco después del encuentro con los dos reyes, alguien toca en la puerta de sus aposentos. La llamada le pilla aburrido, paseándose en el pequeño espacio de la habitación que le han asignado y suspirando por no tener nada que hacer.

–Adelante –invita.

Un sirviente le dice en un rudimentario romance navarro que lo acompañe. Martín se señala a sí mismo con el dedo, algo confuso. Tras verificar que es a él al que busca, lo sigue. Cuando llegan a su destino, Martín se sorprende de ver allí al personaje de la hopalanda granate.

–Así que vos sois el joven al que Beaumarchais armó caballero.

El hombre se dirige a él en la lengua de oil, pero habla despacio, de manera que Martín pueda comprender. Aun así, tiene que hacer un esfuerzo para asimilar las palabras. Sobre todo, porque la revelación le sorprende. La expresión de su cara debe parecer divertida ya que el hombre suelta una pequeña carcajada. Martín no percibe en ella maldad alguna.

–¿Qué edad teníais? –el joven mueve su cabeza, en señal de no entender muy bien, y su interlocutor trata de hacerse comprender–. ¿Años cuando Beaumarchais…?

–¡Ah! Catorce, *monseigneur* –le dice con cautela, al tiempo que aflora en él cierta introversión, ese rasgo que le acompañó durante su infancia y que todavía no le ha abandonado.

–Los mismos que yo –le dice examinándolo con detenimiento; lo que hace que Martín se vuelva a sentir incómodo–. ¿Sabéis quién soy? –ante la negativa de Martín, continúa–. Soy Charles Valois, hermano del rey de Francia.

Avergonzado, Martín casi cae de rodillas, lo que hace que el rostro de Valois se ilumine con una sonrisa de satisfacción. El hombre que para entonces ya ha sido conde de Valois, de Anjou y Maine, de Alençon y Chartres y rey de Aragón por imposición papal y ahora es cabeza del Imperio Romano de Oriente sin llegar a conseguir llevar corona alguna, casi perfora con su mirada al joven que tiene delante.

–Siento mucho no haberos reconocido, *monseigneur*. Nadie me había dicho que estabais en el palacio.

–Acabo de llegar. ¿Sabéis por qué os he hecho llamar? –le pregunta mientras le invita a beber con él.

Martín niega varias veces con su cabeza antes de tomar asiento.

–Para hablar de Navarra. O más bien, para que me mantengáis informado sobre Navarra.

–Perdonad, *monseigneur*, pero creo que no os entiendo bien.

–Claro que me habéis entendido. Louis es en estos momentos un pobre

coquebert[12] al que lo único que le importa es tener tiempo para practicar ese deporte que llaman *jeu de paume*[13]. Pero me preocupo por la familia y quiero que en Navarra se le trate como corresponde a alguien de su linaje. Quiero asegurarme de que será bien recibido en el reino de su madre.

–Eso podéis darlo por sentado –dice algo molesto.

–Me gustaría poder contar con vos para mantenerme informado sobre cualquier cosa que ocurra en Navarra.

–¿Qué esperáis de mí? –pregunta con enojo.

–Que seáis mis oídos y mis ojos en Navarra y que, si algún día necesito información, pueda contar con vos para obtenerla. No tendréis que hacer nada. Yo me pondré en contacto con vos a través de alguien de confianza. Habéis de saber que soy generoso con mis aliados.

Valois eleva su copa y Martín le imita. Un sudor frío recorre toda su espalda. No tiene ni idea de qué clase de trato acaba de sellar con el tío del rey de Navarra.

Cinco días han pasado desde que la embajada fue recibida por el rey. Martín aguarda la caída del sol para salir del palacio y acudir a su cita secreta. Se ajusta la túnica, se pasa la mano por el pelo rebelde y estira los hombros hacia atrás mientras alarga el cuello. De puntillas recorre los pasillos hasta dar con la puerta adecuada para salir al exterior. Inhala con fuerza, sintiendo la frescura que llega desde el Sena. Avanza unos pasos, guiado por la claridad que despide el enorme farol colgado en la pared. Muy cerca de la torre, desde donde se dirige la maniobra para cerrar la navegación del río, lo espera ya Jean.

El verdadero nombre de Jean es Juan, pero hace mucho tiempo que no lo usa porque delataría su origen navarro. Encontrarse con él fue toda una casualidad y una suerte. Sucedió hace cinco noches, cuando malhumorado tras la recepción del rey y la desconcertante entrevista con Valois, decidió bajar a ver la maniobra del Sena. Y allí estaba Jean quien, para su asombro, comenzó a chapurrear unas palabras en un idioma comprensible para Martín. Según le contó Jean, su madre formó durante muchos años parte del hostal de la reina Jeanne. Era una de las pocas personas de origen navarro a las que la reina viuda, Blanca de Artois, permitió viajar desde Navarra con ellas cuando salieron a toda prisa del reino en 1274 para ponerse bajo la protección de Felipe III de Francia. Teresa, que así se llamaba su madre, no se lo pensó dos veces cuando la reina madre le ofreció la oportunidad. Viuda y con un hijo de cinco años a su cargo, empaquetó sus pocas pertenencias y partió hacia la corte parisina. Allí Jean creció y llegó a desempeñar varios trabajos de bastante importancia dentro del Louvre, pero, a partir de la muerte de su madre, hacía ya tres años, fue, poco a poco, apartado de la esfera más cercana a la familia real. Ahora que había muerto la propia reina, ya apenas contaban con él. Por

suerte había encontrado un puesto como controlador de la apertura y cierre del Sena que compaginaba con labores de vigilancia. Gracias a eso sobrevivía en un París cada vez más descontento.

Martín responde al saludo con un movimiento de su brazo. Impaciente, aprieta el paso para abarcar cuanto antes los últimos pies de distancia. La postrera claridad del día resbala sobre la superficie de un Sena tranquilo.

–Llegáis justo a tiempo.

Martín sonríe con placer. Desde que vio de cerca las cadenas, ansiaba tener la oportunidad de ver toda la maniobra de cierre.

–¿Podré hacerlo yo?

–¡Ah!, joven, joven. Vos solo veis –dice con esfuerzo.

–Pero yo pensaba…

–Yo no puedo… dejar esto en tus manos. ¿*Compris*? –le pregunta mientras encoge sus hombros–. *Regardez* –le dice llevándose el dedo índice de su mano derecha al ojo.

Martín tuerce el gesto. Se había hecho a la idea de poder manipular él mismo el cierre.

Jean toma un farol pequeño y lo agita en el aire. Al poco, un destello semejante se ve en la orilla contraria. Hay un intercambio de pareceres entre Jean y el hombre del otro lado del río que Martín no comprende. Luego se hace el silencio.

–*Regardez* –le insiste Jean copiando el movimiento de hace unos instantes.

El vigilante de origen navarro se acerca a un punto de la orilla y remueve unas ramas. Martín observa cómo de entre ellas surge una barca pequeña. Jean la empuja hacia la orilla. Su siguiente maniobra requiere de una precisa combinación de movimientos para introducir el extremo de la cadena dentro de la barca, subirse a ella y meter la barca en el río sin que embarcación, cadena u hombre acaben volcados en el agua.

–*Aidez-moi, aidez-moi* –le pide el hombre.

–Para esto sí quieres ayuda, ¿no? –masculla Martín entre dientes al ver que Jean le pide que empuje la barca.

–Vos fuerte. Muy fuerte. Luego yo invito.

"Esto se pone interesante", piensa Martín, al que ya no le importa tanto no poder ir él mismo en la barca. Desde la orilla, aguza la vista para no perderse ningún detalle. Primero es el tintineo de la cadena al desplegarse lo que llama su atención. Después el chapoteo en el agua del remo con el que se ayuda Jean hasta que llega a la torre donde deberá anclarla.

"Es perfecto. La cadena está hecha justo a la medida. No sobra ni una pulgada".

Poco después Jean está de vuelta en la orilla.

–Yo invito –insiste.

Siguen el trazado del río. Jean le conduce directo a una tafurería[14] donde se juega a los dados.

–¿Cómo se llama este juego? –pregunta Martín.

–Passe-dix.

Intrigado, el navarro observa sin decir nada. Le cuesta un poco entender la dinámica. Por turnos, cada uno de los jugadores ejerce de banca y uno se encarga de lanzar los tres dados. Se hacen las apuestas entre el jugador que lanza y la banca, aunque el resto de jugadores también pueden apostar. Si los dados suman menos de diez, gana la banca y recoge el resultado de todo lo apostado. Si suman más de diez, el que tiene la banca en ese momento debe doblar el valor de la apuesta de cada jugador. Se decide a probar suerte, aunque Jean le aconseja que mejor se dedique a mirar. Entusiasmado, hace su primera apuesta, con la que saca buenos réditos. Cuando le toca hacer de banca, se produce un tremendo altercado a sus espaldas. Varios soldados del rey irrumpen de improviso volcando mesas y bebidas y llevándose todo el dinero que encuentran. Maldiciendo, Jean se lleva a Martín hacia la salida.

–¿Qué ha sucedido? Me han robado mis ganancias.

–El dinero de Francia cada vez vale menos. Mejor nos vamos o acabaréis en prisión. Os recompensaré. Prometido.

Martín no da crédito a lo sucedido. Una vez en el Louvre, Jean lo invita a su habitación y le entrega una hermosa copa de metal con un zafiro engarzado.

–No puedo aceptarla.

–Insisto. Compensación por vuestras pérdidas hoy –Jean envuelve el obsequio en un trozo de terciopelo viejo y se lo entrega.

–Gracias. Siempre recordaré esta noche. Debo regresar a mi habitación.

–Por aquí –le indica.

–¿De quiénes son esas voces que llegan tan nítidas hasta aquí?

–¿Queréis conocer a vuestra futura reina? Se llama Marguerite.

Jean le hace un gesto y le acompaña hasta una galería superior desde la que se puede ver la capilla sin ser visto. Abajo descubre la figura de tres damas.

–La del medio es Marguerite de Bourgogne, futura esposa de Louis. Las otras son sus primas Jeanne y Blanche de Bourgogne.

Martín clava su mirada en ellas, reconociendo a aquellas que vio de pasada uno de sus primeros días en el palacio. Jean deja que su joven amigo espíe a las tres primas durante un rato; apenas unas niñas de quince, trece y nueve años; luego lo conduce hasta las proximidades de su habitación.

–Recto y a la derecha.

–Gracias, Jean. Por todo.

Casi ha llegado a la puerta de su alcoba cuando escucha que alguien le llama. No se detiene, porque identifica la voz con la de Juan de Dios y no tiene

ninguna gana de hablar con él. Pero el acólito echa a correr y lo alcanza.

–¿Acaso no me habéis oído? Llevo un rato buscándoos.

–Pues ya me has encontrado. ¿Qué es eso tan urgente que me quieres decir? –le manifiesta con tono cortante y de fastidio. Empieza a notar sueño y cansancio.

–El alférez me ha mandado buscaros. Dice que estéis prestos para partir al alba.

–¿Ya hay respuesta del rey?

–Si queréis saber algo más, habladlo con el alférez.

En dos zancadas se planta en la puerta de su alcoba, la abre y se lanza sobre la cama. La copa que le ha dado Jean cae a su lado, quedando unos instantes al descubierto. Al ver la mirada de Juan de Dios dirigida hacia ella, la guarda precipitadamente entre los pliegues internos de su túnica. Martín cierra la puerta de mala gana.

En el patio de armas todo está preparado para el regreso de la embajada navarra. El rey Louis no les acompañará. Philippe ha dicho que debe organizar todo con sumo cuidado y que, en cuanto señale una fecha para la partida de su hijo, la hará saber en el reino a través de su gobernador. El prior no puede disimular su decepción. Como única deferencia, el rey de Francia en persona sale a despedir a los navarros. Junto a él están todos sus hijos: Louis, Felipe, Charles, Isabelle y Robert[15].

---

10 Se llamaba así al tejido de pelo de camello o de cabra.

11 Hopalanda: en la Edad Media era una prenda de vestir exterior que usaban tanto varones como féminas. Se caracterizaba por tener unas mangas muy largas que llegaban hasta el suelo.

12 *Coquebert*: tonto.

13 El *jeu de paume* era un juego medieval que consistía en golpear una pelota con la palma de la mano. La pelota se confeccionaba con piel de oveja. Se considera este juego como un posible antecesor tanto del tenis como de la pelota vasca. El rey Louis era muy aficionado a él. Lo normal era practicarlo al aire libre, pero se dice que Louis era muy friolero y que prefería jugar en el interior.

14 Tafurería: tahurería, casa de juegos.

15 Jeanne y Philippe tuvieron siete hijos. Además de los nombrados aquí consta una niña de nombre Margarita, que estuvo prometida a Fernando IV de Castilla, pero que murió a los cuatro años de edad, y Blanca, que falleció al año de su nacimiento.

TUDELA, PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 1305

Un fuerte cierzo sopla desde el amanecer. Mientras se prepara para asistir a misa, Gracia siente cómo su furia golpea contra las puertas y ventanas de la morada de los Falaquera. En el cielo zigzaguean algunos relámpagos. Abiroc la apremia para subir al carro. Pronto llegan a las inmediaciones de la iglesia de San Miguel, donde el judío la ayuda a bajar.

–Vendré a buscarte en un rato –se despide.

Gracia asiente. Se prepara para escuchar los murmullos que su llegada provoca siempre. Pero se sorprende al ver que, esta vez, ocurre algo diferente. En cuanto Abiroc desaparece, un grupo de vecinos se acerca a ella.

–¿Quién eres?

–¿Te tienen secuestrada los judíos?

–Nosotros te ayudaremos.

–No tienes nada que temer.

En medio del caos trata de hacer comprender a la gente que se arremolina a su alrededor que no está secuestrada y que pronto regresará a Monteagudo. Se ve obligada a apartar a la gente a empujones para entrar en el templo. Durante el oficio apenas presta atención, preocupada por lo que ha ocurrido. Con un ojo puesto en el sacerdote y otro en la puerta, en cuanto finaliza el acto religioso, se apresura hacia la salida. A pesar de su diligencia, los vecinos la rodeen en la calle. La gente eleva la voz. Le dicen que no se preocupe, que la van a proteger, que la van a rescatar y que no tiene por qué regresar al barrio judío.

Ella trata de hacerles entender que es una invitada en casa de los Falaquera, aunque nadie parece creerla. Siente un alivio tremendo al ver aparecer el carro que la debe llevar de vuelta a casa.

–¡Abiroc! –grita.

Su llamada, más que solucionar el asunto, lo agrava, puesto que al ver regresar al judío, muchos se vuelven hacia él con amenazas e imprecaciones. El

muchacho consigue alcanzar a Gracia y la conduce hacia el carro a empellones. Ella se lanza sobre el carro mientras él toma las riendas y apremia al caballo para que salga de allí lo más rápido posible. Se marchan en medio de una lluvia de piedras.

Llegan a la morada de los Falaquera sin resuello.

–¿Estás bien? –se interesa Abiroc.

–Sí –dice ella aún incrédula–. ¿Y tú? ¡Oh! Estás sangrando. Te han alcanzado en la cabeza.

Abiroc se lleva entonces la mano a la zona cercana a su oreja izquierda.

–Es solo un rasguño. ¿Qué ha pasado?

–Vamos dentro y te lo cuento mientras te lavo la herida.

Gracia empapa una tela limpia en vino y aprieta para detener la hemorragia. El muchacho no se atreve a mirarla a los ojos. Su cercanía le produce una sensación de indefensión profunda.

–¿Qué estáis haciendo? –la voz de Bonastruga suena recriminatoria. Los dos se sonrojan, como si hubieran sido sorprendidos en un acto indecoroso. La tela empapada de sangre cae sobre el suelo de tierra–. ¿Y qué te ha pasado en el rostro? –dice tomando a su sobrino por la barbilla sin miramientos.

–Nada de importancia, un pequeño percance –acierta a decir él–. Ha sido al salir del oficio religioso…

Bonastruga interrumpe a Abiroc y pide a Gracia que se vaya a su cuarto. La cristiana mira una última vez al muchacho, pero sus ojos están muy lejos de mirarla a ella. Cabizbaja, obedece.

En el silencio de su habitación, siente flotar una extraña corriente. Los relámpagos y truenos todavía se escuchan en la lejanía. No sabe qué le está contando Abiroc a su tía ni cómo va a reaccionar esta. Se tumba en su jergón. Fija los ojos en el techo ensombrecido por la oscuridad que ha traído la tormenta. La casa está aparentemente tranquila. El golpe suave de la puerta de entrada le anuncia que Ananiel ha llegado. Las preguntas se agolpan en su cabeza. ¿Le contará Bonastruga lo que ha sucedido? ¿Cómo se lo tomará el judío? ¿La reprenderán a ella? Poco después, Gracia escucha otro golpe en la puerta de la casa y después un relincho. Alguien ha abandonado el recinto. Tal vez el propio Ananiel o Abiroc. No pasa demasiado tiempo hasta que nuevos ruidos llegan hasta la habitación. Varias personas han entrado en la casa. Se escuchan voces y, poco después, otra vez el silencio.

Ya debe de ser la hora de la cena. La oscuridad ahora es total dentro de su aposento. La noche avanza sin que nadie se acuerde de ella. Mecida por el viento que sigue soplando con fuerza, se adormece.

La despiertan unos fuertes gritos. Sobresaltada, se levanta de la cama. A tientas, intenta llegar hasta la ventana. Los chillos son cada vez más numerosos. Desde el pequeño hueco de la ventana de su habitación, puede ver

el trasiego de luces y sombras de las calles cercanas. Se escuchan carreras y otros golpes que la muchacha identifica con rotura de muebles, puertas… Algo estalla contra la pared, muy cerca de su ventana. Instintivamente se agacha y se cubre la cabeza con las manos. Un chillido seco y corto sale de su garganta. Alguien está asaltando la ciudad, deduce. Pero ¿quién puede estar haciéndolo y con qué fin? ¿Habrán enviado tropas desde Aragón o desde Castilla? Las paredes de la casa parecen temblar. Gracia se aleja de la ventana y se arrastra hacia la puerta. No sabe qué hacer, pero su instinto la lleva a abrirla y a escapar. Pegada a la pared, echa a correr. Su avance se detiene de golpe, al chocar contra alguien.

–¿Abiroc? ¿Qué sucede?

El muchacho la coge por los brazos antes de contestarle.

–Métete en el cuarto y no salgas.

–¿Qué?

–Que te encierres en tu cuarto y no salgas. Atranca la puerta con el jergón.

–Pero… ¿qué está ocurriendo? ¿Por qué…?

–Haz lo que te digo –le dice empujándola hacia la habitación. No abras hasta que mi tío o yo vengamos a buscarte.

El rostro de Abiroc se torna serio, de tal forma que en esos momentos a Gracia le parece mucho mayor de lo que es.

Abiroc la deja sola. Los gritos envuelven todo el barrio judío. Las manos le tiemblan y también la barbilla. Como puede, arrastra el jergón hasta la puerta. Los golpes arrecian y ahora les acompaña un intenso olor a quemado. El pánico regresa. ¿Han incendiado la casa de los Falaquera? Intenta asomarse al pequeño ventanuco para hallar una respuesta, pero el agujero es demasiado pequeño. El caos fuera sigue siendo enorme. La situación empeora cuando una pequeña cortina de humo se cuela dentro de su habitación. A Gracia le empiezan a escocer los ojos. La garganta se le irrita. Siente unas ganas enormes de toser. Se agacha en el suelo y se cubre con una manta. Pero la sensación de agobio, lejos de desaparecer, se acentúa. El humo se condensa a su alrededor. Y la algarada del exterior le llega a los oídos. Le cuesta respirar. La sensación es angustiosa. Tanto que piensa que si no sale de allí va a morir.

Se concentra en volver a mover el jergón. Ahora le parece que pesa el doble. Siente un cansancio infinito. Estira de la madera, que parece haberse incrustado en la puerta. El mueble apenas se mueve. Tras mucho esfuerzo, consigue separar un poco la cama. Tira de nuevo entre toses y espasmos. Los ojos apenas le dejan intuir las formas que la rodean. Por un momento se siente ir. Solo algo muy dentro de su cabeza la obliga a seguir luchando. Tira de nuevo, con rabia, hasta que el jergón se separa un poco más de la puerta. El hueco es pequeño, pero bastará. Mete la cabeza. Siente que la madera le araña

el rostro, pero consigue pasarla. Y después un hombro y su cuerpo van detrás, obedeciendo a un impulso salvaje de supervivencia.

El pasillo está lleno de humo. Avanza a cuatro patas. Se arrastra por el suelo hasta que un fuerte golpe en la cabeza la detiene.

ISLA DE FRANCIA, PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 1305

Martín mira hacia atrás. Se endereza en su montura. Eleva sus hombros y se recoloca la túnica, como si le molestara. El gesto no pasa desapercibido para Juan de Dios.

–¡Oh, mirad! Por allí. El polvo los delata, van a volver a asaltarnos.

Martín fija entonces su vista al frente. Todo está pacífico. No se ve ni un alma.

–Eres un borrego.

–Os he asustado, reconocedlo.

–No asustarías ni a un ratón.

Frey Pere chasca la lengua, recriminando a su discípulo. Martín transmite la orden a su caballo para que acelere el paso y se adelanta a la pequeña comitiva.

–No os alejéis mucho, nos detendremos en la siguiente población y ya se ve el humo de sus casas en el horizonte –escucha mientras se aleja a galope.

Cuando llega al poblado, salta del caballo y busca la protección de un árbol para aguardar al resto. Con la vista intenta alcanzar el lejano París. Tan lejano, que le parece que lo ha visitado en otra vida. La torre del Temple se le antoja ahora distante, igual que la torre Nesle, el palacio del Louvre o el mecanismo para cerrar las aguas del Sena, que tanto le impresionó. Se sienta a la sombra de un árbol y cierra los ojos. Como si alguien hubiera descorrido una cortina, sus pensamientos vuelan hacia Navarra. Pronto verá a Gracia. "¿Qué voz tendrá? ¿Cómo será su piel?".

Su mano, apoyada sobre la hierba, arranca una ramita. Sus compañeros de viaje se detienen junto a él mientras López de Lumbier busca alojamiento. Nota la mirada de Juan de Dios en él. No dice nada y eso es extraño, ya que siempre aprovecha cualquier momento para provocarle. ¿Qué estará tramando?

El prior los llama desde la distancia. Ellos lo siguen hasta el lugar donde pasarán la noche.

La posada es una pequeña construcción con dos habitaciones diminutas. Deciden que la más amplia sea ocupada por el prior y su ayudante. La menor queda asignada a don Fortún, mientras que frey Pere y Martín se preparan para pasar la noche al raso. Tras tomar una cena frugal, se retiran a dormir. Martín no está cansado y se tumba mirando al cielo infinito de estrellas.

–¿Creéis que el rey irá pronto a Navarra?

–No es un asunto que me concierna.

–¿Cómo podéis decir eso? –replica sorprendido–. A todos nos conciernen los asuntos de quien gobierna.

–Los asuntos templarios no dependen de quién gobierne en Navarra ni de quién lo haga en Francia. El Temple depende directamente del papa.

–No sé si lo entiendo muy bien. ¿No es cierto que guardáis el tesoro de Francia en vuestros cuarteles generales de París? ¿Y no fue el mismo Philippe quien os lo pidió?

–Entended algo y entendedlo bien, Martín, no hablo de asuntos de la orden con personas ajenas a ella.

–Sí que estáis de mal humor –le dice Martín, que no se esperaba una contestación tan áspera–. Estad seguro de que lo recordaré.

Se levanta molesto y elige un lugar para dormir. No entiende la reacción de frey Pere, quien siempre le ha mostrado afecto y le ha permitido compartir con él muchos momentos. De hecho, lo llevó de visita a los cuarteles generales de la orden. Si no quiere compartir sus inquietudes sobre el Temple, hubiera bastado con decírselo en un tono amable.

Se adormece bajo el cielo lleno de estrellas. Todavía no se ha quedado dormido del todo cuando el ruido de pisadas lo saca de su duermevela. Abre los ojos. Muy cerca de él se mueven unos pies. Gracias al resplandor de la hoguera puede comprobar que alguien registra sus pertenencias. Reacciona con rapidez. Con sigilo, toma su espada, que descansa cerca de él, y se pone de pie de un salto.

–Quieto, si no quieres morir ahora mismo –Martín agarra al intruso por detrás y coloca el filo de su espada sobre su cuello.

Al pronunciar la frase, un objeto cae al suelo, muy cerca de los pies de ambos. Frey Pere, que tiene el sueño ligero, se despierta sobresaltado. En lo que tarda en abrir los ojos, su espada ya está pronta en su mano diestra. Y poco después apunta al extraño.

–¿Quién eres y qué haces aquí?

–No me hagáis daño, por favor. Solo hacía unas comprobaciones.

–¿Juan de Dios? –pregunta el templario, lo que hace que Martín apriete con más fuerza el cuello de su presa–. ¿Cómo es posible?

–¿Qué pretendías? –le increpa el de Aibar, consciente de que el objeto codiciado por el ahora ayudante del vicario general de la seo de Pamplona es la

copa que le regaló Jean–. ¿Ibas a robarme?

–Solo… solo quería cerciorarme de que no habíais sustraído nada del palacio del Louvre.

–¿Cómo te atreves a insultarme? –la furia de Martín le hace apretar con más fuerza.

–Por favor, frey Pere, vos sois más razonable que Martín, decidle que solo cumplía con mi deber. Antes de partir vi cómo metía una copa entre sus cosas y quería asegurarme de que no la había robado –dice con palabras entrecortadas.

–¡Mientes! –le grita el joven–. Ibas a robarme el regalo de Jean.

–Frey Pere… decidle que no…

–No, mejor acláranos tú por qué merodeabas entre nuestras pertenencias.

Con un gesto rápido, Martín hace girar el cuerpo del acólito hasta que queda encarado con él y le sujeta con gran fuerza por la muñeca, con su mano izquierda.

–Te han hecho una pregunta.

–Sois un ladrón y lo quería demostrar –lejos de amedrentarse, Juan de Dios se envalentona.

–Tengo una idea mejor –le dice el de Aibar–, demostremos lo indigno y ruin que eres.

–¿Qué vais a hacer? ¿Pegarme? Exhibiré con orgullo esas heridas que no harán sino delatar lo innoble de vuestro proceder.

–Lo que voy a hacer es trataros como se merece un ladrón –le asegura estirando de su muñeca hasta hacer que su mano se asiente sobre un tronco. Martín eleva su espada por encima de su cabeza.

–¿Qué vais a hacer? –tartamudea Juan de Dios tratando de zafarse de la mano que le aprieta contra la madera–. No, por Dios… ¿Es que no vais a hacer nada para detenerlo, frey Pere?

Martín hace un gesto significativo con su mano. Brazo y espada bajan con fuerza en dirección a la mano del acólito.

–No, por favor, por favor. Que alguien me ayude. ¡Piedad! ¡Socorro!

Martín detiene su brazo justo cuando el filo de su espada roza la fina carne de la extremidad de Juan de Dios, provocándole tan solo una pequeña herida. Luego suelta su presa. Juan de Dios nota cómo disminuye la presión sobre su antebrazo y se acerca el miembro herido hacia su pecho.

–Pagaréis por esto –le asegura con rabia.

–Idos, si no queréis que me arrepienta.

–Sois solo un crío que cree tener derecho a jugar con espadas.

–Soy un caballero. Y gracias a ello todavía conservas tu mano derecha. No lo olvides nunca. Y vete ya o le diré a López de Lumbier que te encontramos de madrugada, en medio del camino. Tus tripas colgaban de tu vientre abierto.

Y nada pudimos hacer por ti.

Juan de Dios se aleja sin decir más, pero la rencilla le corroe por dentro hasta el extremo de tener todos los músculos de su cuerpo en tensión.

–Deberíais haberle cortado la mano.

Martín se vuelve hacia su tutor.

–Hoy estáis muy extraño. Pensaba que ibais a regañarme y a darme un sermón sobre la caridad. Incluso esperaba que detuvierais mi locura.

–Locura es lo que arde en las entrañas de ese demente. Hasta ahora he intentado comprender su comportamiento y esperaba que hubiera encauzado su vida. Pero no es así. No me queda más remedio que reconocer que sigue siendo el Juan que echamos de Aberin. Guardaos bien las espaldas. Por alguna razón tiene fijación por vos.

–No me dan miedo sus amenazas.

–Sé que sabéis defenderos bien, pero muy pronto estaréis casado y tendréis hijos y no podréis proteger siempre a toda vuestra familia.

–¿Insinuáis que intentará hacer daño a mi esposa? ¿Incluso a mis hijos, si los tengo?

–Solo os prevengo –dice mientras se sienta cerca de su saco de dormir, aunque sin meterse en él. Martín se acomoda a su lado.

–¿Estáis bien? –inquiere después de un prolongado silencio.

–Sí. Lo estoy.

–No lo parece. Supongo que es algo que no podéis hablar conmigo, pero si hay algo que yo pueda hacer, ya sabéis que no tenéis más que pedirlo.

Frey Pere coloca su mano sobre el hombro del muchacho.

–Ya no soy el comendador de Aberin, Martín.

–¿Eso es lo que tanto os atribula?

–Dejé Aberin como comendador y vuelvo como un simple templario.

–No entiendo. ¿Qué ha pasado?

–Cuando fui a la casa madre del Temple en París se sorprendieron mucho de verme. Me dijeron que les había llegado la noticia de que había muerto. Añadieron que ya habían nombrado a un nuevo hermano para el cargo. Debimos cruzarnos por el camino con el correo que llevaba el nuevo nombramiento.

–¿Y de dónde sacaron que habíais muerto?

–No lo sé. Solo me dijeron que habían recibido una carta desde Navarra contando mi defunción y pidiendo que nombraran un nuevo guía para la casa de Aberin.

–Lo siento. ¿Quién pudo hacer una cosa así?

–No lo sé.

–¿Creéis que Juan de Dios…?

Frey Pere no contesta. Ambos se quedan en silencio.

–¿Qué os ha detenido? ¿Por qué no habéis cortado su mano? –le pregunta de pronto el templario.

El interpelado se toma su tiempo.

–No estoy seguro. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Deseaba arrancarle la mano y tirársela a la cara. Pero de repente me ha venido a la mente la figura de Jean entregándome la copa. Y he pensado que no deseo empañar el recuerdo de este viaje con un incidente así.

–Podíais haber sido un buen templario.

–Hubo un tiempo en que deseé con todas mis fuerzas que me interpelarais sobre eso. Que me hicierais la pregunta de si quería prepararme para entrar en la orden.

–¿Y ahora? ¿Lo deseáis?

La respuesta de Martín no llega de inmediato, por lo que frey Pere suelta una carcajada.

–¿Qué os hace tanta gracia?

–Dudáis y creo saber por qué.

–¿Ah, sí? ¿Tan bien me conocéis como para leer mis pensamientos?

–Ahora habéis probado las delicias de la carne y corregidme si me equivoco, pero no estáis preparado para prescindir de ellas.

–Lo estaría si me lo propusiera.

–Será mejor que los dos aprovechemos para dormir.

Martín coge la copa que se ha quedado olvidada en el suelo y la introduce entre sus pertenencias. Se tumba y contempla las estrellas a través de las hojas y de las ramas que lo cobijan. El viento sopla con fuerza, zarandeando la frondosa vegetación que ha sobrevivido hasta el final del verano.

TUDELA, PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 1305

Alguien pronuncia su nombre. Suena lejano y con un acento extraño. Vuelve a escuchar su nombre. Esta vez, suena cerca de su oído. Abre los ojos e intenta moverse, pero un súbito dolor en su cabeza detiene su movimiento. Es de noche. Está tumbada sobre algo blando y deduce que debe de estar en el pequeño jardín de la casa de los Falaquera, aunque no sabe cómo ha llegado hasta aquí. El viento introduce en sus fosas nasales un intenso olor a quemado. De pronto recuerda el incendio y la sensación de asfixia que durante unos instantes sintió en sus habitaciones.

–¡Gracia! ¡Gracia!

Es Abiroc quien la llama. El dolor es cada vez más intenso y alcanza a todo su cuerpo, especialmente a su cabeza y a su muñeca. Se lleva la mano hasta la sien y nota algo líquido y espeso. Sangra.

–¡Gracia! ¿Estás bien?

La voz no le sale. Tiene la garganta irritada. También duele.

–No te muevas. Cidiela ha ido a por un poco de agua.

En ese mismo instante se asoma la figura de la cocinera. Con un trapo refresca su rostro y su cabeza, apretando en la herida del lado izquierdo. Entonces el dolor se multiplica dentro de todo su ser. Su quejido suena débil. Abiroc sigue preguntando si está bien, pero ella no tiene fuerzas para contestar. Siente que se marea y la consciencia baila dentro de ella hasta desaparecer.

Abiroc está muy preocupado por Gracia. Desde que se ha declarado el incendio, todo ha sido un caos en el barrio judío. La rapidez en reaccionar de los vecinos ha hecho que el fuego no se expandiera y que no afectara demasiado a la vivienda de los Falaquera, foco del siniestro. El único problema ha sido que ha empezado a arder leña mojada y eso ha provocado mucho humo.

La algarada se ha iniciado justo cuando todos los *judei maiores* se acababan de reunir en casa de Ananiel para tratar el suceso acontecido con Gracia durante el acto litúrgico. Allí les ha pillado a todos el asalto de los cristianos que acudían a rescatar a uno de los suyos.

El asunto se ha ido de las manos. Pero, gracias a Dios, el mismo humo que se ha formado al arder la leña mojada, expandido con fuerza por el viento, ha hecho que los asaltantes abandonaran la empresa. Ahora que todo está más tranquilo, los *judei maiores* vuelven a estar reunidos para decidir cómo manejar el asunto y ver cómo proceder respecto a Gracia.

–Ve con tu tía –le dice Cidiela. Te necesita para poner orden en la casa.

El joven vacila. Quiere asegurarse de que Gracia está bien antes de separarse de ella.

–Anda, date prisa. Y de paso mira a ver si llega el médico. Y no te preocupes por Gracia, solo se ha desmayado. Y mejor así, porque no sufrirá cuando tengan que coserle la herida.

La explicación de Cidiela, lejos de tranquilizarle, le produce cierto temor. "¿Y si le queda una horrible cicatriz en la cabeza y Martín Ximénez de Aibar ya no quiere casarse con ella?", piensa con horror, pero a la vez con un atisbo de esperanza. "Entonces yo me desposaría contigo, Gracia, lo haría aunque tú seas cristiana y yo judío", decide mientras echa a correr hacia la casa.

–¿Ha llegado ya el médico, tía Bonastruga?

–Mira, ahora entra. Acompáñale hasta el jardín mientras yo preparo mi habitación para atender a Gracia.

–Por aquí –le dice al médico indicándole la dirección a seguir.

El recién llegado examina a la muchacha en el mismo jardín, en presencia de Cidiela y Abiroc.

¿Está bien?

–Aparte de la herida en la cabeza, tiene un fuerte golpe en la muñeca, pero no hay fractura. Por lo demás, está bien. Me gustaría trasladarla a un lugar con luz para coser la herida.

–Mi tía está preparando sus aposentos. Yo la llevaré –dice Abiroc cogiéndola del suelo en brazos.

Una vez en la habitación, Bonastruga y el médico se encargan de ella. A Abiroc no le queda más remedio que quedarse fuera. La luz está encendida en la sala que su tío utiliza para sus reuniones. Se percata en ese momento de que los *judei maiores* estás reunidos allí. Por el tono elevado de sus discusiones, Abiroc deduce que están muy molestos con lo que ha pasado.

–Fue un error traerla aquí –oye que se lamenta uno de ellos.

Ananiel defiende su postura. Dice que tenía una deuda con Juan Sánchez de Cascante y que, aun así, antes de tomar la decisión lo consultó con ellos y todos le dieron su bendición. Las palabras llegan en un tono de enfado que el

muchacho jamás había escuchado en su tío.

–Hay que vengar este incidente –propone uno de los más viejos.

–Por supuesto que este suceso no puede quedar sin represalia.

–Mantengamos la calma –la voz de Ananiel se escucha por encima de las demás–. He concertado una cita con los representantes de los cristianos. Nos veremos dentro unas horas. Mientras tanto, quiero que hagáis un exhaustivo recuento de todos los daños ocasionados, porque pediremos cuenta de todos ellos.

El ruido de una puerta cercana hace que Abiroc se desentienda de la conversación de los *judei maiores* y se centre en los aposentos donde descansa la cristiana.

–¿Cómo está Gracia, tía Bonastruga?

–El médico ha cosido la herida de su cabeza. Ahora descansa.

–¿Puedo pasar a verla?

–Será mejor que intentes dormir un poco.

–Lo haré –le asegura, aunque su intención es quedarse cerca de la habitación donde se recupera la cristiana.

Lo primero que nota es un fuerte pinchazo en el lateral izquierdo de su cabeza, al que sigue un fogonazo en sus pupilas. Una voz extraña le asegura que tendrá dolores durante una larga temporada. Tarda en enfocar la silueta que tiene delante. Se asombra al ver un rostro desconocido.

–¿Quién eres?

Su voz retumba dentro de su cabeza y el dolor regresa de nuevo.

–Mi nombre es Suamen. Soy médico.

Gracia lo observa con interés. Nunca había conocido un médico judío y tiene curiosidad porque gozan de muy buena reputación.

–¿Recuerdas algo de lo que ha ocurrido?

La muchacha bucea en su memoria. Imágenes entrecortadas se asoman a su mente. Lo que mejor evoca es el humo, tan denso que pensaba que iba a morir ahogada.

–Logré salir de la habitación –explica–. Iba a gatas. El humo lo cegaba todo y me hacía llorar y luego no sé qué pasó.

–Algo debió golpearte en la cabeza, tal vez una viga, y te quedaste inconsciente.

–¿Y cómo llegué al jardín?

–Bonastruga me ha dicho que Abiroc te encontró y te llevó hasta allí.

Cierra los ojos, entumecida por la situación y las medicinas. Cuando se despierta poco después, se encuentra sola. Siente un poco de congoja al darse cuenta de que no se encuentra en su habitación. Debe de tratarse de la de Bonastruga, deduce. Y eso la asusta todavía más. Si ocupa este espacio, debe

de ser porque sus aposentos han quedado destrozados. Sin embargo, se pregunta por qué la han traído aquí y no, por ejemplo, a la habitación de Cidiela. Hasta sus oídos llegan voces acaloradas. Pero no entiende lo que dicen. En ese momento se abre la puerta y la discusión se escucha con mayor intensidad.

–¿Qué ocurre? –pregunta Gracia a Suamen, que acaba de entrar.

–Nada que deba preocuparte. ¿Cómo te encuentras?

–Tengo sed. Y me duele la cabeza como si me la estuvieran pisando.

Suamen esboza una sonrisa.

–Déjame ver la herida.

Obediente, Gracia ladea la cabeza. No puede reprimir una mueca de dolor cuando el médico aprieta sin miramientos los bordes.

–Parece que todo está correcto. Bébete esto que te he traído. Te hará dormir un rato y recobrarás fuerzas. ¡Ah! Y te quitará la sed.

–Gracias.

Suamen se dirige hacia la puerta. Cuando ya está en el umbral se lleva la mano a la frente y se gira hacia la cama.

–¡Qué cabeza la mía! Abiroc me ha dado un mensaje. Dice que reza por ti y que espera que te recuperes pronto.

–Dile que se lo agradezco mucho.

La habitación se queda silenciosa y en penumbra. Gracia no puede evitar sonreír al saber que Abiroc se acuerda de ella. Da un trago a la medicina que le ha traído el médico. No sabe bien, pero tampoco es demasiado amarga. A sorbos, se toma todo el vaso. Después se recuesta con cuidado, para no apoyarse en la herida, y se queda mirando al techo. Por un instante piensa en lo próxima que ha estado la muerte. La medicina poco a poco hace su efecto. Sus párpados comienzan a cerrarse, aunque ella intenta mantenerlos abiertos.

Las obras de rehabilitación de la casa han comenzado ya. Los arreglos se han centrado en la parte más damnificada, que se corresponde con el lugar que ocupa la habitación de Gracia. Por el hogar de los Falaquera han empezado a desfilar los mejores especialistas en cada uno de los gremios. No han escatimado en gastos, porque están seguros de que los pagarán los cristianos que asaltaron el barrio judío. Y ya han empezado las reclamaciones.

La rutina ha cambiado para Abiroc. Echa de menos a Gracia. El habitual sosiego de la morada se ha desvanecido. Las voces de los obreros lo inundan todo con sus órdenes y contraórdenes. También las reuniones de los *judei maiores* son ahora más tensas y acaloradas. Bonastruga y Cidiela son las únicas que no levantan la voz, pero sus susurros y cuchicheos son incluso más irritantes que los alborotos de los hombres.

Lo peor de la situación es que todos parecen haberse olvidado de él. Sus

obligaciones diarias prácticamente han desaparecido, por lo que dispone de un gran número de horas libres. Eso estaría bien si pudiera emplearlas en lo que le apeteciera, estar con Gracia, pero las mujeres de la casa parecen haber desarrollado un detector especial y, cuando ronda la habitación donde se recupera la joven, aparecen, obligándolo a huir de inmediato.

Sin nada que hacer, ha centrado su interés en el pequeño jardín de la casa. Es el lugar en el que ahora pasa más tiempo, atendiendo el crecimiento de las azucenas, cuyo desarrollo sigue con atención. Cada día se las arregla para entrar en la casa a la hora en que viene el médico. A veces intercambia unas palabras con él sobre la evolución de Gracia. Otras, cuando su tía o Cidiela andan cerca, apenas puede comunicarse con él con un gesto de cabeza. Gracias a esos breves intercambios sabe que las heridas de la joven de Monteagudo van sanando bien, aunque de vez en cuando la asaltan unos fuertes dolores de cabeza.

Sus manos aplanan la tierra alrededor de los rosales situados cerca de la pared del jardín. Los mima especialmente, anhelando que florezcan para regalarle una rosa a Gracia. La muchacha está a todas horas en sus pensamientos. Y no entiende por qué. Es cristiana y eso debería bastar para mantenerla lejos de su vida. Pero cuando la encontró con su rostro ensangrentado y la cara ennegrecida por el humo, sintió que algo se partía dentro de él. Detiene su trabajo y se enjuga el sudor con el antebrazo. Eleva su mirada hacia el tejado de la casa. El olor a quemado todavía se percibe con claridad y las huellas que el intenso humo provocó escurren lacerantes por la fachada del hogar de sus tíos. “Gracia pudo haber muerto. Yo la obligué a recluirse en su habitación”. Una extraña congoja se agarra a su pecho. “Yo la obligué a encerrarse ahí”.

MONTEAGUDO, PRINCIPIOS DE OTOÑO DE 1305

Una vez en suelo navarro, cada uno de los miembros de la embajada toma su camino. López de Lumbier y Juan de Dios ponen rumbo a Pamplona, donde informarán al gobernador de sus diligencias. Frey Pere, el alférez y Martín, por su parte, van a Irulegui. Desde allí, tras una breve estancia para reponer fuerzas, Fortún se dirige a Sangüesa, mientras el monje templario y el joven caballero comparten camino hasta Aberin.

Tras pernoctar en la encomienda templaria, el de Aibar prosigue camino en solitario. Deja atrás Dicastillo y su monasterio de San Pedro de Gazaga, y Allo y su cenobio de San Miguel. Avanza hacia Sesma, localidad que en tiempos del rey García Iñíguez fue testigo del choque entre las fuerzas del emir Abd al-Rahman II y las del rey pamplonés, asistido por los Banu Qasi. Deja atrás la villa señorial de Lodosa y se adentra en Sartaguda, penetrando después en tierras castellanas de Calahorra, donde se detiene.

Tras mucho pensarlo, ha decidido pedir a su tío, Guante Negro, y a Juan Alfonso de Haro que lo acompañen para escoltar a su prometida. Después de todo, qué mejor compañía que la de los dos hombres que más significan en su vida y que, en cierto modo, son sus hermanos de armas.

Los tres caballeros dejan Calahorra y viajan hasta Murchante y Cascante, localidades conquistadas a los sarracenos en tiempos de Alfonso I el Batallador. Por fin, dejando atrás el monasterio cisterciense de Tulebras, llegan hasta Monteagudo.

–¿Cuál es la casa de Juan Sánchez de Cascante? –pregunta Martín a un hombre a las afueras de la localidad.

–La que se encuentra justo bajo el castillo.

Martín toma la delantera y se dirige hacia allí con aplomo. Cabalgan a buen paso y se detienen en el lugar indicado por el hombre. El de Aibar pega en la puerta. El primero en recibirlo es un perro. El animal, buen ejemplar de su raza, tiene una leve cojera. Se detiene a unos pasos y gruñe amenazante.

Una sirvienta sale poco después.

–¡Garra, atrás! ¡Garra! ¿Quién va?

María se asoma a la puerta. La sorpresa es mayúscula al encontrarse con los tres hombres.

–¿Qué se os ofrece?

–Buscamos a don Juan Sánchez de Cascante.

–¿Y quién lo busca?

–Soy Martín Ximénez de Aibar.

Juan se queda totalmente sorprendido cuando María le anuncia que Martín Ximénez de Aibar está en Monteagudo y que viene acompañado por dos caballeros. A toda prisa, trata de adecentar su atuendo, maldiciendo el momento en que se les ha ocurrido presentarse sin previo aviso.

–¿Les has hecho pasar?

–No, les he dicho que esperen fuera.

–¿A quién se le ocurre? Invítalos a entrar y diles que ahora mismo salgo a recibirlos.

Obediente, María sale de nuevo y les abre el hogar de los Cascante en Monteagudo.

–Mi señor Juan vendrá enseguida a recibiros. ¿Puedo ofreceros algo? –pregunta sin apartar la mirada de Martín, a quien escruta sin disimulo.

–Gracias, aguardaremos al señor de la casa –dice Guante Negro.

–¿Y Gracia? ¿Dónde está? –pregunta Martín con curiosidad.

–Gracia… está…

–Sed bienvenidos a mi humilde hogar –las palabras de Juan interrumpen el tartamudeo de María.

–¡Vamos, Garra! –dice María, dando gracias a Dios por la aparición de su señor. El perro la sigue, pero antes de llegar a la puerta, se desentiende de la vieja aya y se coloca a los pies de Martín, meneando la cola.

–No os esperaba tan pronto. ¿Ya habéis regresado de París? ¿Y cómo es que no habéis mandado recado de que veníais?

Martín, que hasta el momento se había sentido muy seguro, mira inquieto a su alrededor, temiendo ser espiado por su prometida y que le esté viendo antes de que él pueda verla a ella.

–Hace unos días que retornamos de nuestro viaje –le dice saludándole–. Estos son Martín Almoravid, mi tío, a quien todos llamamos Guante Negro, y su hermano de sangre, Juan Alfonso, señor de Cameros.

Juan no puede evitar mirar a Martín Almoravid con cierto recelo. Después de todo, hay viejas heridas que siempre supuran. Y entre los Almoravid y los Cascante todavía es reciente el río de sangre que se vertió en la Guerra de la Navarrería, por mucho que él mismo haya intentado convencer a su hija de que debe olvidar un pasado que ella no vivió.

–Sed bienvenido –le dice Juan a Guante Negro. Después se dirige al otro caballero–. ¿Castellano? –le pregunta a Juan Alfonso cuando lo saluda.

El aludido sonríe ante el comentario y responde a su saludo con afabilidad.

–Soy un gran amigo de la familia. Quiero a Martín como si fuera mi propio hijo y es un honor para mí poder escoltar a la novia hasta Aibar y asegurarme de que Martín se comporta correctamente hasta que Dios sea testigo de su unión con vuestra hija –le confía mirando al futuro esposo.

–Juan Alfonso, por si no os habéis dado cuenta, estoy aquí delante y os oigo con absoluta claridad. Pero hablando de vuestra hija, ¿dónde está? Estoy deseando conocerla.

–Veréis. Hay un pequeño problema.

–¿A qué os referís? –esta vez es Guante Negro quien pregunta.

–Gracia no está en Monteagudo –cuando Juan pronuncia el nombre de su hija, Garra lanza dos ladridos y menea de nuevo la cola.

–¿Y dónde está? –pregunta Martín algo nervioso, temiendo que algo le haya pasado a su prometida.

–Está en Tudela. La envié a casa de unos conocidos para que pasara allí unas semanas antes de su boda. Si al menos hubierais mandado mensaje de vuestra llegada, habría podido ir a buscarla. Ahora que sé de vuestro regreso, me acercaré a recogerla. Yo mismo me encargaré de acompañarla hasta Aibar. Estaremos allí el día que me indiquéis.

El trastorno que eso supone para Martín, que ya se había hecho a la idea de ver hoy a su prometida, se trasluce en su rostro. Su tío le da un pequeño codazo para que reaccione.

–El acuerdo era que yo venía a buscarla –duda un instante–. ¿Qué os parece si viajamos todos a Tudela? –dice al cabo–. Podemos partir al rayar el alba y estar allí antes de que el sol alcance su punto más alto.

Juan no está muy convencido de querer presentarse en Tudela acompañado de los tres caballeros. Era otra la idea que tenía en mente para la presentación de Martín Ximénez de Aibar a su hija. Pero la coyuntura manda y la presencia de los recién llegados es ya de por sí una razón de peso para cumplir los deseos del novio.

–¡María! –llama al aya.

Esta se presenta casi de inmediato, como si hubiera estado cerca, escuchando.

–Prepara alojamiento para nuestros huéspedes.

La mujer hace un leve asentimiento y se marcha a cumplir su encargo.

–Será todo un honor descansar en vuestro hogar –asegura Martín.

Mientras todo se prepara, Juan los guía hasta los establos para que puedan ocuparse de sus monturas. Detrás de Martín marcha Garra, cojeando un poco, pero sin perder su estela.

"Maldito animal", piensa el de Aibar sin saber que se trata del más fiel amigo de su prometida.

Los establos son pequeños, pero se las apañan bien para dar cabida a los tres nuevos inquilinos. Ellos mismos se ocupan de desensillar los caballos y de acercarles comida. Basatia[16], el caballo de Guante Negro, muestra su nerviosismo piafando al verse encerrado en un sitio tan pequeño. Su dueño responde sujetándole de la brida y acariciando su cabeza.

–Tenéis muy mal acostumbrado a vuestro caballo –le dice Martín.

–Basatia no está hecho para estar encerrado.

–¿Y quién lo está? –pregunta Juan Alfonso justo en el momento en que Garra sube sus pezuñas hasta casi los hombros del de Aibar–. Creo que le gustáis –añade divertido.

–Es solo un sucio perro –afirma contundente, haciéndole bajar y dándole una patada que lo pone a la fuga.

–¿Qué te parece Juan? –le pregunta entonces su tío.

–Apenas me ha dado tiempo de conocerlo.

–Creo que no se esperaba que os presentarais sin avisar –interviene Juan Alfonso.

–Y eso ha trastocado sus planes –completa Guante Negro.

–También ha trastocado los míos que Gracia no esté en Monteagudo –argumenta con fastidio.

–Sois muy impaciente –le recrimina su tío.

–Hace cinco años que espero.

María interrumpe entonces la conversación, avisándoles de que Juan los aguarda para compartir su mesa. Sin ningún disimulo, observa al prometido de Gracia. Esperaba a alguien de más edad, tal vez como Juan Alfonso o Guante Negro. Alguien que pueda dominar a su rebelde Gracia, pero eso no es asunto suyo. Después de todo, lo único que importa es que, por fin, Martín Ximénez de Aibar está aquí y ella va a ser libre para desposarse con el padre de Gracia. "Todo empieza a ir bien para mí. Bastantes años he tenido que esperar para que esto ocurra", piensa.

–Algo que aceptamos gustosos –contesta el prometido–. El camino da hambre.

La mesa del hogar del señor de Cascante es modesta, pero confortable. Juan, sobrepuesto de la primera sorpresa, parece más relajado en presencia de los tres forasteros.

–¿Y desde cuándo está Gracia en Tudela?

–Desde que anunciasteis vuestra partida. Me pareció conveniente que pasara una temporada lejos de Monteagudo. Después de todo, nunca ha salido de aquí y, aunque María se ha aplicado para que Gracia aprendiera a dirigir un

hogar, mucho me temo que no lo estaba consiguiendo. No habría sido lo mismo de vivir mi esposa, pero… Así que decidí enviarla con los Falaquera.

Guante Negro, que justo va a coger un trozo de carne de la bandeja que ocupa el centro de la mesa, amaga el gesto y mira a Juan.

–¿Los Falaquera? ¿No son judíos? –le pregunta.

–Sí –afirma en el momento en que a Martín parece atragantársele el bocado que masticaba, provocándole un fuerte acceso de tos hasta hacerle saltar las lágrimas.

–¿Habéis mandado a vuestra hija con una familia judía? –logra recomponerse y preguntar.

–Los Falaquera son viejos amigos y me consta que la señora Bonastruga habrá sabido transmitir a mi hija, con su ejemplo, cómo ha de dirigir la casa de un señor tan noble como el que va a ser su esposo.

Martín suspira. No sabe si le parece bien que Gracia haya estado con los judíos estas últimas semanas. De hecho, cada vez que lo piensa, le desagrada más la idea.

–Dicen que los judíos son muy disciplinados –comenta Juan Alfonso para su sorpresa.

–Y lo son. Y eso, os aseguro, es lo que necesitaba mi hija –afirma mirando de soslayo a su futuro yerno.

–¿A qué os referís? –se interesa Martín mientras su tío esboza una sonrisa divertida y se acomoda en su asiento.

–Quería asegurarme de que mi hija contaba con el ejemplo de una mujer que sabe administrar muy bien su casa antes de dejarla en vuestras manos –le dice, ocultándole la verdadera razón por la que ha mandado a Gracia a Tudela.

Martín va a seguir interrogando a su futuro suegro, pero este les sorprende excusándose.

–Podéis terminar la comida sin mí. Si me disculpáis, tengo que atender unos asuntos y preparar el viaje de mañana. Estáis en vuestra casa. María os indicará dónde está vuestra habitación. Si necesitáis algo, podéis pedírselo a ella.

Martín sigue con la mirada al señor de Cascante. Retira la comida hacia un lado y apura su vaso de vino.

–Voy a dar un paseo.

Su tío y Juan Alfonso elevan su vaso y brindan por los novios. Sale del pueblo. Sin querer, toma el mismo camino que su prometida tomó la última vez antes de partir hacia Tudela. A su espalda escucha un ladrido. Garra se acerca.

–Perro del demonio –casi grita–. Vamos, vete –le anima haciéndole movimientos con la mano.

El sabueso ladra y se acomoda a su paso. No parece que tenga muchas

intenciones de marcharse.

–Está bien, perro cabezota.

Ignorándolo, continúa por el camino hasta llegar a una pequeña iglesia. La contempla sin demasiado interés y sigue adelante. La oscuridad se hace más intensa. Ralentiza el paso hasta pararse. Mira en derredor. En el pueblo de su prometida apenas se distinguen cuatro luces difuminadas. El sabueso ladra de nuevo, llamando su atención.

–Garra, ¿no? Así es como te ha llamado María –se agacha y lo acaricia.

El perro mueve la cola y ladra, volviéndose hacia Monteagudo.

–De acuerdo, volvamos.

Obediente, lo sigue hasta sus aposentos y se coloca a los pies de su cama.

---

16 Salvaje, indómito, en lengua vasca.

TUDELA, COMIENZOS DE OTOÑO DE 1305

La primera hoja del otoño se desprende con sutileza de la rama, zigzaguea en el aire y se posa con suavidad en el mullido suelo. Gracia sigue todo su recorrido y clava su vista allí donde se ha detenido. "Haré todo lo posible por estar con vos antes de que caiga la primera hoja del otoño". Las palabras que le escribió Martín Ximénez de Aibar le vienen de repente a la cabeza.

Inhala hasta sentir sus pulmones colmados de oxígeno. Es el primer día que sale al exterior después del incidente. Sentada en el jardín, se deja abrazar por los remolinos que forma el viento a su alrededor. Cierra los ojos y el silencio se hace más pronunciado. En los últimos días apenas ha tenido contacto con nadie. La soledad ha marcado el tránsito de sus dolores de cabeza, la debilidad de su brazo y el lento discurrir del tiempo.

Se levanta despacio. Al hacerlo, siente cierto mareo. Afortunadamente dura poco. Camina agradeciendo el roce del viento en el rostro, pero maldiciendo las horas de reclusión en Tudela. Todo lo que ha aprendido en casa de los Falaquera no compensa el precio que ha tenido que pagar por ello. Está inmensamente aburrida. Con el revuelo del incendio se han suspendido sus sesiones de labor y sus clases de escritura.

La inactividad le hace pensar en Margelina ¿Cómo hará ella para soportar el aislamiento? ¿Será cierto que nunca ha salido de su casa? No tiene por qué mentirle, pero le cuesta creer que su familia la tenga escondida hasta el punto de que ningún vecino sepa de su existencia. Porque Abiroc sigue insistiendo en que los Bayo no tienen ninguna hija.

Pensando en la muchacha, entra en la vivienda. Estoy sola, piensa, y los Falaquera aún tardarán en regresar de la sinagoga. Sin darle más vueltas, decide salir a la calle. Se pega a la fachada de la casa de los vecinos y golpea varias veces en la ventana de Margelina, aunque no hay ninguna señal que le indique que ella pueda escucharla. Insiste, y su perseverancia da resultados.

–¡Gracias a Yahvé! –escucha una voz desde la oscuridad de la casa de los Bayo–. Pasad.

Gracia se aproxima a la puerta que la judía abre enseguida. Las dos se abrazan.

–Temía por vuestra vida. Vuestro accidente se ha comentado últimamente mucho en la casa.

–¿En serio? ¿Y qué decían?

–¿Qué más da lo que decían? Contadme vos lo ocurrido.

–No sé qué sucedió para que se formara un gran alboroto en el barrio. Solo sé que Abiroc me ordenó que me encerrara en mi cuarto y moviera la cama para impedir el paso. Así lo hice. Me costó mover la cama; al final, lo conseguí. Pero después empezó a entrar mucho humo y llegó un momento en que me asfixiaba. Así que me dispuse a retirar la cama, pero no tenía fuerzas. Por fin logré moverla lo suficiente como para abrir un resquicio y colarme por allí. Los ojos me escocían y no paraban de llorar. El humo se colaba dentro de mí cuando trataba de respirar. Lo último que recuerdo es que intentaba avanzar a gatas.

–Pobrecilla –se apena Margelina–. ¿Y cómo van vuestras heridas de la cabeza y del brazo?

–¿Cómo sabes de ellas?

–Como os he dicho, se ha hablado mucho de lo sucedido. Mi padre se ha reunido constantemente con todos los *judei maiores* en casa de Ananiel desde que ocurrió el asalto.

–¿Qué asalto? Nadie me ha contado nada.

–Un grupo de cristianos creyó que os teníamos secuestrada en el barrio judío y quisieron liberaros. Los *judei maiores* han elevado una queja en la que piden indemnizaciones por todos los destrozos que se produjeron.

–¿Y crees que los que organizaron el asalto pagarán?

–Lo harán. La comunidad judía ha amenazado con endurecer las condiciones de los préstamos, o incluso con cancelarlos si no les pagan las reparaciones. Han llegado a amenazarles diciendo que, si no, aplicarán la ley del talión.

–¿Qué ley es esa?

–Ojo por ojo, diente por diente. Y no creo que ni a las autoridades tudelanas ni al gobernador le interese que estalle un conflicto en el sur del reino.

–¡Vaya la que se ha liado!

–Pero vos estáis bien, ¿no?

–Sí. Me duele un poco la cabeza todavía y no tengo mucha movilidad en el brazo, pero estoy bien. Y tú, ¿cómo estás? ¿Qué has hecho estos días?

–Rezar, Gracia. Rezar mucho por vos para que no murierais y pudiera volver a veros otra vez.

–Ya ves que aquí estoy. Agradezco tus oraciones.

Las dos se funden en un fuerte abrazo. Saben que disponen de muy poco tiempo.

–Será mejor que regrese. ¿Crees que tus padres te dejarían salir de casa conmigo algún día?

La pregunta entristece a Margelina.

–No lo creo.

–Te prometo que no me iré de Tudela sin conseguir dar un paseo contigo por las calles de la ciudad.

Gracia se despide con otro abrazo y una amplia sonrisa. Sale contenta de la casa. Casi saltando se dispone a cruzar hacia la de los Falaquera. Cuando centra su mirada en la puerta, su sonrisa y buen humor se congelan. Un rostro congestionado y serio la mira con gesto recriminatorio.

–¡Ah! –exclama paralizada en medio de la calle.

La mirada de Abiroc la traspasa. Gracia siente como si un cuchillo la rasgara desde la cabeza a los pies. El dolor del incendio se queda pequeño en comparación con el desgarro que le provoca el desdén con que el muchacho la mira. Está paralizada. El suelo parece moverse bajo sus pies mientras él se le acerca.

–¿Qué hacías en casa de los Bayo? –Abiroc la zarandea con fuerza–. ¿Estabas robando?

–No. No… –tartamudea tratando de soltarse, con su rostro congestionado y un terrible dolor de cabeza que de pronto estalla dentro de ella.

–Tendrás que darle explicaciones a mi tío.

–Por favor, Abiroc. Solo estaba hablando con Margelina. Te lo ruego, no se lo digas a tu tío.

–¿Con Margelina? ¿Ya estás otra vez con eso? –le recrimina, arrastrándola hacia la casa.

–Déjame explicarme.

–Entremos –le dice sin contemplaciones–. Mis tíos no tardarán en regresar.

Una vez dentro, Abiroc le hace sentarse en el despacho de Ananiel.

–Abiroc, no me encuentro muy bien…

–Como para estarlo. Di, ¿qué has robado? –le recrimina registrando su saya.

–No he robado nada. Margelina me ha invitado.

–Deja ya de repetir eso. Así no haces sino quedar en evidencia.

Gracia está al borde de las lágrimas. Se levanta de la silla con intención de marcharse. No está dispuesta a escuchar más groserías.

–¿Adónde te crees que vas? –Abiroc la intenta sujetar por el brazo, pero se suelta.

–Trata de detenerme y le diré a todo el mundo que has intentado…

–¿Qué ocurre aquí? –la voz seria y grave de Ananiel se interpone en la

sentencia que Gracia ha estado a punto de pronunciar–. ¿Abiroc?

El silencio se queda agarrado a las paredes de la casa.

–¿Abiroc? –repite Ananiel con una intensidad tal que hace retumbar a las paredes.

–He pillado a Gracia saliendo del hogar de los Bayo.

–¿Es eso cierto?

Abiroc ve el odio de Gracia dirigirse hacia él a través de su mirada.

–¿Es eso cierto? –repite poniéndose enfrente de la muchacha.

–Solo estaba visitando a Margelina. Ella me ha invitado.

–En primer lugar, tenías prohibido salir de nuestra casa. Y, en segundo lugar, ¿de qué Margelina hablas?

–De vuestra vecina, la hija de los Bayo.

–Gracia cree que los Bayo tienen una hija llamada Margelina –le aclara Abiroc.

–Déjanos solos.

El muchacho sale, no sin antes lanzar a Gracia una mirada de advertencia. Ella, lejos de amilanarse, se centra en Ananiel. El señor de la casa se quita el gorro picudo que lo distingue como judío y lo deja sobre la mesa.

–Si he entendido bien, has estado en casa de nuestros vecinos. ¿Es eso cierto?

Gracia tarda unos instantes en contestar. Instintivamente recela de las preguntas de su interrogador y del camino que estas puedan tomar.

–¿Gracia?

–Sí.

–¿Cómo has entrado?

–Me ha invitado Margelina, ya lo he dicho.

–Gracia, no tolero las mentiras.

–Pero es que os estoy diciendo la verdad.

–Comenzaré de nuevo, ¿qué hacías en casa de los Bayo?

–Conversaba con Margelina. Ella me ha invitado.

Ananiel se pone de pie. Su imponente figura lo acapara todo, infundiendo en la muchacha una fuerte sensación de pequeñez.

–Muéstrame tus manos.

–¿Qué? –pregunta con sorpresa.

–Que me muestres tus manos.

Sus brazos se mueven con lentitud hasta desplegar sus manos delante de él. Gracia piensa que tal vez Ananiel piense que esconde algo. Pero se equivoca. Con agilidad, el judío toma una vara que descansa cerca de donde ha depositado su gorro y la lanza contra las palmas desnudas. Un latigazo de dolor se irradia desde el lugar del impacto hacia su cerebro. Su cuerpo se tambalea.

–Ahora, Gracia, cuéntame la verdad. ¿Por qué has entrado en el hogar de los Bayo?

Gracia se muerde la lengua de rabia mientras el dolor de su mano herida se agarra a su muñeca. Sus ojos están a punto de desbordarse, pero no por dolor, sino por el rencor que en este momento siente hacia su patrón. Respira a trompicones por la boca. Se mira las manos. El fogonazo de dolor se replica en su cuerpo al sentir un nuevo golpe. Se derrumba y se deja caer al suelo, sentándose sobre los talones.

–Gracia, te he hecho una pregunta.

–¿Por qué creéis vos que he entrado?

La cuestión deja a Ananiel confuso unos instantes, pero se rehace enseguida.

–¿Robar? ¿Curiosear? ¿Desobedecer? Cualquiera de las razones que te pueda dar son igual de graves y merecen un buen castigo.

–Entonces, castigadme ya que no vais a atender a razones y no os interesa la verdad.

–¡Basta! –grita perdiendo los estribos de una forma que hasta a él, que se tiene por hombre comedido y justo, le sorprende–. Ahora mismo vamos a ir a casa de los Bayo y vamos a aclarar este asunto. Y como falte algo en su casa, haré que todo el reino sepa que la hija de Juan Sánchez de Cascante es una ladrona. ¡Levántate!

La perspectiva cambia para Gracia. Poder ir a casa de los Bayo se antoja como la única manera de aclarar todo el asunto.

–¡Abiroc! –llama a su sobrino.

El joven se presenta de inmediato.

–Tío, ¿en qué puedo ayudaros? –dice sin atreverse a levantar la vista hacia Gracia.

–Avisa a Micelan. Dile que necesito verle ahora para tratar un asunto urgente.

El muchacho se marcha rápido a cumplir su encargo. Ananiel hace un gesto a la joven con la cabeza. Esta sale hacia el pasillo. No le sorprende encontrarse allí a Bonastruga y Cidiela, que la miran como diciendo: "De aquellos polvos vienen estos lodos".

Gracia pasa delante de ellas. Se siente humillada, aunque no debería. Ella no ha hecho nada inconveniente. De acuerdo, ha salido de casa cuando tenía orden de quedarse dentro. ¿Pero acaso la situación de Margelina no lo justifica? ¿Acaso no es odioso e inhumano tener a una criatura como ella encerrada en casa, sin dejarla salir, marginada como si no existiera? ¿Es que acaso ella se merece ese trato solo por el hecho de tener la cara afectada por un accidente o por una imprudencia?

Cruzan la calle deprisa. La casa de Micelan los acoge en silencio.

–Aguarda aquí –le dice a Gracia señalándole un punto en el zaguán–. Quédate con ella –le ordena a su sobrino.

Gracia lo mira, pero él mantiene la vista fija en algún punto del suelo. Transcurre un largo rato en el más absoluto silencio. Gracia se muerde los labios y mira hacia el interior de la casa esperando no ya el regreso de Ananiel, sino la presencia de Margelina. Al cabo de un rato, una sombra se proyecta en el suelo. El rostro de Gracia se anticipa con una sonrisa que muere en su propia nacimiento, al comprobar que es Ananiel quien se asoma.

–Voy a devolverte a tu padre. Mañana mismo le escribiré una carta contándole lo que es verdaderamente su hija.

–¿Qué? No. ¿Qué ha pasado?

–Eres una mentirosa. Inventarte la existencia de esa Margelina para entrar en casa de una familia honrada de judíos. Has deshonrada mi casa, que yo te he abierto como si de una hija se tratara.

–No. No es cierto. Margelina existe, no me la he inventado –dice mientras trata de entrar en la casa–. ¡Margelina! ¡Margelina!

–Será mejor que no te pongas más en ridículo y que aceptes el castigo que tus actos merecen.

–¡Margelina!

–Abiroc, llévala de vuelta a nuestro hogar.

Azorado, el muchacho trata de convencer a Gracia interponiéndose en su camino, pero ella está decidida a buscar a su amiga y confidente.

–¡Margelina! –grita desesperada.

Abiroc la atenaza con sus brazos. Ella se revuelve sin dejar de llamar a la hija de Micelan. Saca fuerzas de donde no las tiene, intentando zafarse de su captor.

–Por favor, Gracia. No lo pongas peor. Vamos a casa.

Las palabras de Abiroc provocan en ella un estallido de odio. Su rostro está pegado al pecho del muchacho. Ese pecho que un día ella anheló y que ahora se torna hostil y desagradable.

–¡Margelina! –grita, pero esta vez apenas surge un ahogado susurro de su garganta. Exhausta, bañando el pecho de Abiroc de lágrimas, se da por vencida.

–¡Margelina! –el susurro se pierde en el jubón del joven judío.

–¡Gracia! –el desgarro con que una voz femenina, casi infantil, pronuncia el nombre detiene el tiempo por un instante en casa de los Bayo.

Gracia gira su cabeza en cuanto escucha la voz de la propia Margelina. Las dos repiten el nombre de la otra. La cristiana no puede ver el rostro demudado de Ananiel ni el gesto hostil de Micelan. Tampoco percibe el corazón rasgado de Abiroc quien, impotente y desconcertado, cede al esfuerzo de retenerla.

De rodillas en medio de la entrada, las dos muchachas se abrazan entre lágrimas y se tocan los rostros para asegurarse de que son ellas, de que están bien. Nadie habla y solo las voces melosas y trémulas de las dos muchachas se elevan en una casa que se ha quedado muda. El reencuentro se rompe cuando Micelan decide intervenir. Su voz suena como una sentencia.

–¡Margelina! –exclama con una mano amenazante, dispuesto a golpear a la muchacha.

Gracia reacciona a tiempo y se interpone entre padre e hija, recibiendo ella el manotazo.

–¡Padre! ¿Qué habéis hecho? –pregunta mientras socorre a su amiga que, por el impacto, se ha caído al suelo.

–Abiroc –Ananiel interviene por primera vez–, acompaña a Gracia a nuestra casa.

–Vamos, Gracia –el tono del muchacho ha cambiado y ahora se muestra mucho más suave y comprensivo.

–No me iré sin Margelina.

–Ella no saldrá nunca de aquí –amenaza el padre.

–Margelina, vamos –le dice Gracia, cogiéndola de la mano, haciendo caso omiso a los requerimientos paternos.

–No –asevera Micelan utilizando un tono autoritario.

–Ella viene conmigo –asegura la cristiana, poniéndose de pie y tomando de la mano a su amiga.

Margelina está dispuesta a marcharse, aunque se la ve dudar un instante. Es entonces el propio Ananiel el que le pide a Abiroc que se lleve a las dos muchachas a su casa para que él pueda hablar con los Bayo.

–Dile a tu tía que venga. La necesito aquí.

El joven obedece y ambas se marchan con él. Gracia entra en la casa y se va directamente al jardín. Allí invita a su amiga a sentarse cerca de donde se cultivan las azucenas. Abiroc coge de la muñeca a Gracia justo cuando esta hace el ademán de sentarse al lado de Margelina.

–¡Ay! –se queja al notar un pinchazo en su muñeca.

–Lo siento, Gracia. ¡Dios mío! Tu muñeca vuelve a estar hinchada y amoratada.

Gracia se la mira. Con todo el jaleo se le habían olvidado los azotes de Ananiel sobre las palmas de sus manos.

–Voy a avisar a mi tía y traeré unas vendas y el ungüento que dejó preparado Suamen.

Cuando Abiroc se marcha, Gracia se deja caer sobre la hierba, aliviada, pero exhausta.

–¿Estáis bien?

–No me creían, Margelina. No me creían cuando les decía que existías.

La joven judía se sienta al lado de su mejor amiga.

–Me alegro de haberte sacado de ese lugar donde te tenían encerrada.

Gracia detiene su discurso al escuchar los llantos contenidos de su compañera.

–¿Qué va a pasar ahora, Gracia?

–No lo sé, pero te aseguro que no te voy a dejar sola.

Cuando Abiroc regresa, las encuentra abrazadas, sollozando. Carraspea.

–He traído esto –dice arrodillándose junto a Gracia sin atreverse a mirarla a los ojos.

–Déjalo ahí y vete. Déjanos solas.

–Gracia, yo…

–Me voy de aquí, Abiroc. Mañana, ¿me oyes? Díselo a tu tío. Y dile que Margelina se viene conmigo a Monteagudo.

–Gracia, no te precipites. Es mejor…

–La decisión está tomada. Nos iremos y lo haremos aunque tengamos que marcharnos andando y en medio de un gran escándalo. Y, ahora, déjanos.

Una vez solas, las muchachas se vuelven a abrazar. Gracia se siente un poco mareada y empieza a notar dolor en su cuerpo. Se tumba mientras Margelina le unta la muñeca con el ungüento que ha dejado Abiroc y la venda con suma delicadeza. Por primera vez, ambas sonríen.

A Gracia ha dejado de importarle lo que puedan estar hablando Ananiel y Micelan. Todos sus pensamientos están volcados en su regreso a Monteagudo. Mientras Margelina le comenta sus temores, su cabeza se concentra en organizar su salida de Tudela. Está decidida a desafiar la autoridad del viejo judío y de Bonastruga. Conforme cae la tarde, el impulso que la mueve a marcharse es más y más determinante.

–Hemos de prepararlo todo –dice de pronto.

–Gracia, ¿estás segura de todo esto? –la angustia se trasluce en su voz–. Yo… yo…

–Recogeremos mis cosas. No llevará mucho tiempo. Son pocas y casi todas están… casi todas están sucias o quemadas –recapacita dejando la mirada perdida unos instantes–, pero no importa. En el fondo, no quiero llevarme nada que me recuerde a este lugar. A ti sí, Margelina. No me mires con esa cara. Vamos, debes de tener hambre. Yo, por lo menos, estoy hambrienta. Seguro que Cidiela ha dejado algo en el fuego.

Y tirando de la pequeña judía, Gracia se acerca a la cocina. Y no precisamente con la intención de colaborar con la cocinera.

Cerca de la puerta de entrada, Abiroc aguarda expectante cualquier noticia que pueda llegar del exterior o del interior de la casa. Todavía no sale de su asombro. ¡Margelina existe! No es una invención de Gracia. Al poner en orden

esta primera idea, siente cierto alivio. Se frota las manos con insistencia y se mordisquea los labios. "¡Cómo he podido ser tan necio de no creerla! ¡Cómo ha podido llegar mi estupidez a tratar a Gracia de embustera! ¡Cuánto daría por poder volver atrás en el tiempo! Tomaría a la muchacha por la mano, entraría en casa de los Bayo y no me iría de allí sin conseguir que mostraran a la pequeña Margelina. Pero ya es tarde. ¿Qué pensará Gracia de mí?", se pregunta lanzando un manotazo de impotencia al aire.

A sus oídos llega la voz lejana de la huésped de sus tíos. Siente la tentación de salir a su encuentro, pero no quiere pasar por la humillación de tener que reconocer que estaba equivocado. No hasta que consiga algo más de información sobre qué ocurre. ¿Quién es esa Margelina y por qué estaba escondida en casa de sus vecinos?

Algo arde dentro de él cuando escucha la voz de Gracia. Mira hacia la puerta, deseoso de ver entrar a sus tíos mientras sus oídos están atentos a las palabras que, entrecortadas, le llegan desde el interior. Por fin se decide, y se dirige hacia las cocinas. Aunque las muchachas están solas y no hay rastro de Cidiela, se queda a cierta distancia, observando entre las sombras el proceder de ambas. La risa espontánea y enérgica de Gracia contrasta con la tímida sonrisa de la otra muchacha, que permanece con la cara escondida tras una capucha. La cristiana gesticula y ríe a la par que elige un buen bocado de la olla donde se estaba preparando la cena de aquel día. Se las ve tan felices que Abiroc se contagia de esa corriente embriagadora. En ese instante, la capucha que oculta a Margelina cae y Abiroc es testigo de la desdicha de su vecina. La mitad de su rostro está envuelto en una vieja cicatriz. Nota una punzada en su pecho. Y no es solo por acabar de descubrir la verdad sobre los Bayo, sino porque se ha percatado de que Gracia ha presentido su presencia. Siente la mirada de la muchacha clavada en él mientras abraza a Margelina. Y entonces descubre que la cristiana puede ser altiva, pero no hay duda de que tiene un gran corazón.

–Vamos –escucha decir a Gracia.

–¿Adónde? –pregunta con cautela la otra muchacha.

–Vamos a recoger mis pertenencias.

Ambas pasan por delante de Abiroc.

–¿Quién es? –cuestiona Margelina.

–¿Ese? Nadie.

Abiroc siente como si le mordieran el cuello. Si hace un instante ha pensado que Gracia tenía un gran corazón, ahora piensa cuán errado estaba. Su corazón es de piedra.

Al entrar en la estancia que ha ocupado en casa de los Falaquera hasta antes del incendio, Gracia siente vértigo. Con cierto pánico descubre que las obras

van bastante adelantadas y que sus pertenencias ya no están allí.

–¡Vaya! –dice con fastidio.

–¿Qué ocurre?

–Alguien ha debido retirar mis cosas. Aquí no queda nada.

–Tuvo que ser horrible.

Gracia recorre el lugar con la mirada. Le parece más pequeño de lo que recordaba. Tal vez sea por la ausencia de muebles.

–Iremos de nuevo al jardín.

Margelina la sigue dócil. Una vez allí, se vuelven a sentar cerca de las plantas de las azucenas.

–Son hermosas cuando florecen –le dice a la judía. Gracia fija su mirada en las hojas verdes y en los bulbos. Su semblante se torna serio y por sus pupilas pasa un halo de tristeza.

Gracia va a preguntar a Margelina si tiene frío, cuando nota que el rostro de su amiga se contrae. Al girar su cabeza descubre el motivo.

–Es Bonastruga –la tranquiliza–, la esposa de Ananiel.

–Quiero hablar contigo, Margelina –el tono usado por Bonastruga es conciliador.

–Pero ella no quiere hablar con vos –salta Gracia de manera brusca.

–Puedes estar presente si lo deseas, Gracia. No tienes por qué marcharte –la respuesta de Bonastruga sorprende a la cristiana, dejándola boquiabierta.

–¿Estás bien, Margelina?

Cabizbaja, la aludida apenas responde con un movimiento de su cabeza.

–Micelan nos ha explicado tu situación. Y hemos decidido consultar con los *judei maiores*. Serán ellos los que decidan sobre tu futuro.

–No es justo. Margelina se vendrá conmigo a Monteagudo. Mañana mismo. Ya está decidido.

–Gracia, debes comprender que este es un asunto que compete a nuestra comunidad y que será resuelto según nuestras leyes y costumbres.

–¿La volveréis a encerrar? ¿Es eso lo que vais a hacer?

–De momento, pasará aquí la noche, y mañana Ananiel nos dirá lo que debemos hacer.

–Mañana nos iremos –amenaza muy convencida Gracia–. Y ni vosotros ni toda la comunidad judía podrá impedirlo porque, si no, haré saber a los cristianos que era verdad que me tenías aquí recluida contra mi voluntad.

–¡Gracia!

Pero la muchacha no da tiempo a más explicaciones. Tirando de la manga de su amiga, se meten en la casa. Sin saber adónde ir, la conduce hacia la habitación de Bonastruga. Una vez dentro, atranca la puerta y se sientan en la cama.

–¿Qué va a ser de mí?

Gracia se tumba. Necesita descansar y ordenar sus ideas. Los momentos de tensión vividos y su reciente accidente hacen que se sienta algo mareada. Nota palpitaciones en la parte izquierda de su cabeza y el dolor se irriga desde el punto del impacto en todas direcciones.

–Todo va a salir bien –dice, tratando de convencer a la muchacha judía, pero también a sí misma. Su padre se sorprenderá cuando las vea aparecer, pero lo tolerará como ha tolerado siempre cuantas peticiones le ha hecho. Sabrá convencerlo. Le dirá que la necesita para que la ayude en su nueva vida de casada–. Todo irá bien –repite sin querer aceptar todas las consecuencias que puede traer su decisión–. Ahora, ¿por qué no descansas mientras voy a prepararlo todo?

–No me dejéis sola, por favor…

La petición se queda en el aire cuando llaman a la puerta.

–Soy Abiroc

–¿Qué haces aquí? –le espeta Gracia.

–Vengo en son de paz –anuncia.

–Pues ya te puedes ir marchando por donde has venido o gritaré y le diré a tu tía que intentabas propasarte.

–Es mi tía la que me envía.

–¿En serio? ¿Pretendes que me cre…?

Margelina baja de la cama, se acerca a la puerta y la abre para sorpresa de Gracia. La judía mira a Abiroc con la curiosidad de alguien que no ha visto en su vida más que a su propia familia. Para sorpresa de los dos, la muchacha le interpela en hebreo y la discusión queda suspendida.

–¿Se puede saber qué estáis diciendo? –pregunta indignada Gracia.

Ninguno le hace caso. Que se hayan expresado en un idioma desconocido para ella hace que se sienta totalmente discriminada.

–¿Es que no me estáis escuchando? Brrr.

Gracia se vuelve a tumbar en la cama. Cierra los ojos. Siente su frente arder y el dolor de cabeza amenaza con dejarla inerme. Se lleva las manos a las sienes. Una voz lejana le dice que debe mostrarse fuerte, especialmente ahora que Abiroc está presente. Se incorpora y se acerca a la ventana. El silencio imperturbable del barrio judío lo envuelve todo.

–Creo que deberíais escuchar a Abiroc.

–¿Qué? –pregunta sorprendida por la petición de Margelina.

–Deberíais escucharlo.

Abiroc se acerca unos pasos y ella retrocede, aunque acepta.

–De acuerdo. Lo hago solo porque tú me lo pides. ¿Qué quieres, Abiroc?

El aludido parece buscar las palabras adecuadas. Gracia nota su rostro algo congestionado, pero en esos momentos no está dispuesta a ayudarlo. Clava su

mirada febril en él hasta traspasarle el alma. Y para su sorpresa, se da cuenta que no puede mirarlo sin sentir una punzada de afecto. La mandíbula de él tiembla levemente y en su ademán se ve que desea acercarse pero, prudente, se mantiene a distancia.

–Mi tía me ha pedido que hable contigo –suspira–. Perdona. Creo que no debería empezar por ahí. Gracia yo… lo siento de veras. Debería haberte creído.

–Pero no lo hiciste. Y me delataste a tu tío.

–Eso fue… ¡Ah! Eso fue lo correcto, aunque también fue estúpido.

–Por eso te odio.

–¡Gracia! –la voz de Margelina hace que los dos se giren hacia ella–. Está intentando disculparse.

–No te culpo –prosigue él–. Yo también me odio.

Los dos agachan la cabeza. Un silencio incómodo los rodea.

–Y… ¿qué quiere tu tía? –pregunta por fin ella con cierta suavidad.

–Que te haga entender que Margelina debe quedarse con nosotros.

–Deberías decirle que pierde el tiempo y que mañana me iré de aquí. Nos iremos las dos.

–Creo –Abiroc duda–. Creo que hay una posibilidad.

–¿A qué te refieres?

–He estado pensando que si cambias tu tono amenazante…

–Yo no uso ningún tono amenazante.

–Y escuchas antes de lanzarte como un perro a una cacería.

–Te equivocas al compararme con un perro de caza.

–Y le planteas a mis tíos la posibilidad de que Margelina pase una temporada contigo, diciéndoles que antes le pedirías permiso a tu padre y les expones lo bueno que sería para ella y para ti que pasarais unas semanas juntas. Y les prometieras que vas a ocuparte de que Margelina esté asistida por algún judío y les demostraras y agradecieras todo lo que has aprendido aquí…

–Yo no he aprendido…

Los dos se callan. Gracia se lleva la mano derecha a las sienes. Se siente algo abotargada y dolorida. Nota puestos en ella no solo los ojos suplicantes de Abiroc sino también los de Margelina.

–Dime al menos que lo pensarás.

–De acuerdo. Lo pensaré.

Sus palabras hacen que Abiroc relaje el gesto mientras se despide torpemente.

Cuando se quedan solas, Gracia se tumba sobre la cama. El cansancio y la tensión amenazan con derrumbarla. El peso del sueño se clava en sus párpados. Se siente febril. Su cuerpo apenas responde a los estímulos del exterior. Busca la mirada de Margelina. Esta se acerca. La toma de las manos.

Gracia intenta sonreír, pero le puede la sensación de abotargamiento. Despacio, se tumba y cierra los párpados.

Se despierta sobresaltada. Bonastruga está a su lado. Inquieta busca en las sombras a su nueva amiga. Su ritmo cardíaco se acelera al no encontrarla cerca.

–Chiss. Margelina está con Cidiela. ¿Tienes ganas de comer?

Gracia niega con un gesto.

–¿Tal vez un poco de agua? –le pregunta acercándole un vaso.

La joven acepta y bebe a sorbos. Cierra los ojos y se tumba de nuevo. Bonastruga coloca un paño húmedo sobre su frente. La sensación de alivio dura tan solo unos instantes.

–Gracias –musita–. Bonastruga, yo…

–Chiss… No hace falta que digas nada. Hablaremos mañana.

La judía entona una canción en un tono muy bajo. Gracia se deja llevar por la melodía. Y viaja muy lejos, hacia su infancia, hacia Monteagudo, hacia su madre. Esa madre ausente a la que nunca conoció y que, sin embargo, parece hablarle a través de la música de Bonastruga. Poco a poco su cuerpo se relaja, ayudado por la medicina que le han administrado en la bebida, y cae en un profundo sueño mientras la música se extiende por la casa de los Falaquera.

TUDELA, PRINCIPIOS DE OTOÑO DE 1305

Las hojas de los árboles caen en cascada derramando sus lágrimas sobre Gracia. En su mirada perdida se refleja el brillo de unas azucenas que murieron hace tiempo. Aunque el dolor de cabeza no se ha ido del todo, se siente algo más despejada que la noche anterior. Van tres veces que suspira y tres veces que sus ojos se cierran intentando alejarse del mundo. No es el mejor de sus días.

–Gracia.

Su nombre le llega lejano, envuelto en una nebulosa de interferencias y sentimientos. Pensaba que estaba sola en la casa. Ananiel sigue reunido en la sinagoga con los *judei maiores*. Y las mujeres, incluida Margelina, se han trasladado al hogar vecino. A Gracia le ha costado decidirse a seguir el consejo de Abiroc y plantearle a Bonastruga, sin exigencias, la posibilidad de que su nueva amiga pase una temporada con ella en Monteagudo. Para su sorpresa, la judía ha accedido a estudiar ese planteamiento. Ahora, aguarda una respuesta. En esos pensamientos está, cuando vuelve a escuchar su nombre. Esta vez más cercano.

Cuando abre los ojos se sobresalta al ver a Abiroc arrodillado a su lado. Ni siquiera se había percatado de que había entrado en el jardín. No rehúye su mirada.

–Antes de que me eches me gustaría hacer las paces contigo. No me agradaría saber que te has ido de Tudela odiándome.

–No te odio, Abiroc.

–¿No? –pregunta mientras su ceño se frunce en un gesto de claro desconcierto.

–Bueno, solo un poco. Antes. Ahora… –Gracia suspira y desvía su mirada hacia el muro que oculta el jardín–. Mi aya dice que soy demasiado… impulsiva. Y que si se me mete algo en la cabeza, no hay forma de que me tire del burro, o algo así.

La expresión le arranca a Abiroc un esbozo de sonrisa.

–Será que te bajes del burro.

–Es posible.

–¿Podrás perdonarme?

–No lo sé, Abiroc.

Abatido por la contestación, el muchacho hace ademán de levantarse para irse.

–Tal vez sea yo la que tiene que disculparse.

El muchacho cambia el rumbo de su movimiento y se sienta próximo a Gracia.

–No lo entiendo.

–Mi aya también dice que soy incapaz de ponerme en el lugar del otro. Y que tal vez es porque nací sin corazón.

–No creo que tu aya esté en lo cierto.

–A veces pienso que tiene algo de razón, aunque nunca lo reconoceré delante de ella.

Las miradas de los dos confluyen en ese instante.

–¿Te enfadarías conmigo si te dijera que cuando pienso en que te vas a ir pronto se me revuelve el estómago y se me encoge el corazón?

–No quiero enfadarme más contigo, Abiroc –le dice fijándose en su barba incipiente y en sus ojos castaños, tan transparentes que parece poder ver en ellos la sinceridad de sus palabras.

Abiroc acerca su cabeza a la de ella y aproxima sus labios a los de Gracia hasta tocarlos de manera tan sutil que apenas se distingue de una suave brisa. Tras el contacto, los dos se quedan próximos. La frente de uno pegando a la del otro. Gracia nota una gran calma. Por primera vez desde que llegó a Tudela se siente bien. El viento caracolea a su lado envolviéndolos primero en una ráfaga de felicidad, para arrojar después sobre sus cuerpos una sombra grande que los cubre como si una bandada de cuervos hubiera ocultado el sol.

–¡Quita tus sucias manos de ella! –las palabras la sobrecogen en el mismo momento en que Abiroc es apartado de su vera.

La sorpresa la deja sin reacción. Hace justo un instante estaba respirando del aliento del judío y ahora este se encuentra hecho un ovillo en el suelo, retorciéndose mientras trata de zafarse de la fuerza bruta de un caballero que no para de lanzarle patadas en todas las direcciones.

–¡Basta! ¿Os habéis vuelto loco? ¿Quién os habéis creído que sois para entrar en esta casa con semejante brutalidad, sin respetar a sus dueños? –reacciona Gracia, interponiéndose con cierto descaro al tiempo que intenta empujar al desconocido lejos del cuerpo de Abiroc–. Lo digo en serio. ¡Cesad vuestras hostilidades o yo misma elevaré una queja al rey y le haré saber con cuánta arrogancia se comportan sus caballeros!

Las palabras de Gracia no surten gran efecto.

–Hablo en serio –dice al ver que el recién llegado continúa con su actitud hostil. Empieza a temer por la integridad del judío–. Si sois uno de esos cristianos que atacaron el barrio judío, habéis de saber que no estoy aquí retenida, sino bajo la hospitalidad de los Falaquera, a quienes mi padre encomendó mi custodia. ¡Deteneos! –enfatiza. Y esta vez acompaña sus palabras con un acto inverosímil. Con un movimiento ágil y rápido, roba la espada del recién llegado estirando de su empuñadura–. He dicho que voy en serio.

Al sentir la espada deslizarse de su funda, el caballero se detiene. Gracia le mira a los ojos por primera vez. "¡Es muy hermoso!", reconoce escrutando sus rasgos y dejando que su mirada resbale primero por sus cabellos claros y rizados, después por sus labios finos hasta detenerse de nuevo en los ojos azules que la escrutan de manera semejante a como lo está haciendo ella.

Sin decir nada, él le hace un gesto con la mano para que le devuelva la espada. Ella, lejos de acceder a su petición, le amenaza con la punta en el mismo momento en que Abiroc, renqueante, se coloca en un claro gesto de protección.

Lejos de intimidarse, el joven caballero sonríe como si se tratara de un juego.

–¿No habéis tenido bastante con la algarada del otro día? ¿No os bastó con tratar de quemar toda la judería? Pudo haber muerto mucha gente. Yo misma estuve a punto de hacerlo.

El caballero se abalanza sobre ella. Gracia agarra la espada con las dos manos y la coloca delante de su pecho, protegiéndose. Por el rabillo del ojo ve moverse a Abiroc, aunque no sabe muy bien con qué intención. Ella se concentra en el arma que cada vez le pesa más, pero que trata de mantener enhiesta.

–¿Pensáis matarme?

–No seré yo responsable si vos avanzáis y os claváis vuestra propia espada –le reta, agarrando fuerte el arma con ambas manos.

El caballero hace un movimiento rápido con sus brazos, consiguiendo, primero, apartar la espada y, después, agarrar a Gracia, apretando firmemente su antebrazo entre su pecho y su cuello.

–¿Tenéis algo que decir ahora? –le pregunta tras recuperar su arma.

–Dejadme. No me toquéis –grita mientras sus manos se agarran al antebrazo de su captor, que le impiden respirar.

Abiroc, aunque renqueante, intenta ayudarla.

–Ni se os ocurra aproximaros –le ordena el caballero, amenazándole con el arma y sin soltar a Gracia.

La joven se resiste, pero su captor tiene la suficiente fuerza como para

inmovilizarla solo con un brazo. La única forma que se le ocurre de defenderse es mordiéndole. Se prepara para ello, pero su reacción se ve interrumpida por una voz que llega desde la entrada del jardín.

–¡Martín!

El corazón de Gracia da un vuelco cuando ve aparecer a otros dos hombres. Ahora sí que no entiende qué está pasando. Se la van a llevar. Esos cristianos todavía creen que está retenida, piensa totalmente sorprendida.

–¡Socorro! –grita con todas las fuerzas de que es capaz.

–¿Qué es lo que habéis hecho? –pregunta entonces uno de los caballeros a quien la tiene retenida. Gracia aprovecha la pequeña distracción de su captor para revolverse y soltarse de él.

–Solo protejo el honor de mi prometida.

"¿Prometida?". El eco de este pensamiento le hace palidecer, pero a la vez saca su orgullo. Nunca permitirá que Martín Ximénez de Aibar la vea rendida. Recobrando su compostura mira ahora al joven caballero de diferente manera. Sin perder el contacto con sus ojos, lo rodea, escrutándolo sin disimulo. Cuando da por concluida su inspección, se aleja hacia la salida. Pasa sin mirar por medio de los otros dos caballeros, dejando a los cuatro hombres mudos en el jardín.

Abiroc tiene un nudo en su estómago. No es solo que el prometido de Gracia le haya golpeado de manera inmisericorde, sino que ha llegado en el momento más inoportuno. Su corazón le pide salir en pos de Gracia, pero ni lo intenta porque sabe que Martín nunca se lo permitirá.

Derrotado, ve cómo el de Aibar marcha en pos de la mujer que le pertenece. Le sigue el caballero de los cabellos oscuros. El otro hace ademán de irse, pero se vuelve hacia él, algo que aprovecha para interrogarlo.

–¿Sois alguno de los dos el padre de Gracia?

–No. Mi nombre es Juan Alfonso de Haro. ¿Y tú eres?

–Abiroc. Soy el sobrino de Ananiel –dice en un tono que trasluce su derrota y su vergüenza.

–Abiroc, si quieres un consejo, no te dejes ver mucho por aquí en las próximas horas. Y lávate las heridas del rostro.

El judío exhala aire con fuerza, intentando echar lejos la impotencia que siente. Pero, ¿qué puede hacer él contra el hombre que se va a casar con Gracia? Con su Gracia. Martín nunca la va a comprender como él. Nunca la va a tratar como él. Nunca va a entender por qué borda azucenas y margaritas en sus vestidos. El judío tiene los puños apretados y sus uñas se encarnan dentro de sus manos. Sabía que esto pasaría, que llegaría un día en que Gracia desaparecería para siempre de su vida. Pero no esperaba que sucediera tan pronto. O más bien, no esperaba que sucediera justo en el momento de

saborear sus mieles.

–Iré a avisar a mi tío.

–No hace falta. Nos encontramos hace un rato con él en la calle y ahora está reunido con el padre de Gracia.

–De acuerdo. Entonces, volveré a mis quehaceres –le dice iniciando la marcha hacia el interior de la vivienda.

–Será lo mejor. ¡Eh! –el de Haro lo detiene poniendo su mano en el pecho. Abiroc constata que le duele–. Un asunto más, ¿qué es lo que ha pasado?

–Un malentendido hizo que varios cristianos asaltaran la judería…

–No me refiero a eso. ¿Qué ha pasado para que Martín reaccionara así?

–Nada. No ha pasado nada –enfatiza marchándose.

Al entrar en la casa de sus tíos siente que algo ha cambiado para siempre. La morada se le hace fría y triste. A lo lejos, en la estancia privada de su tío, cree escuchar las voces de los caballeros recién llegados, no así la de la muchacha. Empieza a notar el sabor amargo del desgarro, que se aferra a sus intestinos como sierpe que los rodea hasta estrangularlos. Sabe que su tío lo castigará severamente por lo que ha pasado. Bien ha podido comprobar que Martín Ximénez no es de los que pasa por alto una ofensa. A estas alturas ya habrá interpuesto una demanda ante la comunidad judía para resarcirse y limpiar el honor de su prometida. El desgarro deja paso a una punzada de miedo. Sus piernas flaquean hasta hacerle detenerse. Apoya su mano diestra sobre la pared. Aunque joven, Martín es un caballero. Y, por lo que parece, está bien respaldado. ¿No ha venido incluso acompañado por el señor de Haro? Ese tal Juan Alfonso le ha dicho que es mejor que desaparezca durante las próximas horas. Sabe que no es un mal consejo. Es más; debería seguirlo. Pero no quiere… No puede dejar marchar a Gracia sin despedirse. Sobrepuesto del primer sobresalto, incluso tiene la tentación de ir a buscar a su amiga. Si no está con los hombres, a buen seguro se habrá encerrado en las habitaciones de su tía.

–¡Abiroc!

El grito lo deja paralizado unos instantes.

–¿Sí, tío?

–Ve a buscar a las mujeres y tráelas a casa. Dile a Bonastruga que esta noche tendremos invitados a la mesa. Cuatro comensales más. Explícale quiénes son para que prepare todo.

–Sí, tío.

–¿Qué haces parado? ¿Es que no me has entendido?

Abiroc asiente dos veces, pero no se marcha de inmediato. Antes, estira el cuello hacia la puerta que su tío ha dejado abierta. Tiene curiosidad por conocer al padre de Gracia.

–¡Ve!

La interpelación de su tío le impide seguir con su escrutinio. Enfadado, marcha a cumplir su encargo.

Gracia se ha encerrado en el cuarto de Bonastruga. Su corazón todavía está acelerado por la rabia. "¡Cómo se ha atrevido a ponerme las manos encima!". Muy dentro de su interior casi cree escuchar la voz de María recriminándola: "¿Cómo esperabas que reaccionara? Te ha pillado besando a otro muchacho. ¡A un judío! Gracia, ¿es que te has vuelto loca?". Loca, sí. Ahora tiene una nueva razón para odiar a Martín. "¿Cómo se le ocurre aparecer en Tudela sin avisar?".

Unos golpes en la puerta le hacen girar su rostro hacia la entrada.

–¡Padre! –exclama antes de abrir.

Da tres pasos, pero se detiene antes de alcanzar el pomo. Entrelaza sus manos en el pecho. "¿Le habrá contado Martín el pequeño percance? ¿Cómo reaccionará?", se pregunta con la respiración agitada. Se prepara para hacer frente a su progenitor. Tiene muy claro lo que le va a decir: Que su prometido ha malinterpretado lo que ha visto. Que lo único que quiere es hacerle daño a ella y a su familia y que los Almoravid nunca han traído nada bueno para los Cascante. ¿Qué más pruebas necesitáis para romper el compromiso?". Pone la mejor de sus sonrisas. Decidida, gira el pomo y abre la puerta.

–¡Padre!

El rostro de felicidad de Gracia se marchita al instante. No es su padre el que está en la puerta, sino Martín.

–¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo osáis presentaros en los aposentos de una dama indefensa con actitud hostil?

–No vengo a pelear con vos –anuncia el joven abriendo sus brazos y mirándola con interés.

–Por vuestro atuendo, no lo parece –le replica de forma seca, fijando su vista en la espada que cuelga de su cintura.

Martín sonríe y acerca las manos al cinturón que sujeta su espada, desabrochándolo.

–Os recuerdo que hace unos instantes erais vos la que la esgrimíais –le dice poniendo el arma en sus manos.

–Y lo haré de nuevo, si osáis acercaros a mí –le contesta tomando cinturón y espada de manera veloz.

Con cierta elegancia, para sorpresa de Martín, Gracia se ajusta el cinturón a su propia cintura y deja caer la espada, que llega prácticamente al suelo.

Una suave risita hace que la muchacha eleve su cabeza. Hasta ese momento no se ha dado cuenta de que Martín no ha venido solo.

–Es mi tío, todo el mundo le llama Guante Negro.

–Aunque mi verdadero nombre es –le dice mientras la toma de las manos y

se acerca a ella– Martín Almoravid de Elcarte.

Gracia intenta zafarse del apretón de aquel hombre que en su presencia ha osado pronunciar el nombre de los Almoravid. Sin embargo, se encuentra con sus ojos oscuros clavados en ella y, por alguna extraña razón y para su propia sorpresa, no siente odio por uno de aquellos a quien ella misma ha declarado su mortal enemigo. Incómoda con sus propios sentimientos aparta sus manos del contacto de Guante Negro.

–Vuestro padre nos ha enviado a buscaros para llevaros a su presencia.

Gracia mira con suspicacia a ambos caballeros.

–¿Por qué no ha venido él mismo?

–Tiene algunos asuntos que resolver con el judío –le responde Martín–. Nos ha dicho que la aljama sufrió un ataque y que esta casa fue una de las más afectadas y vuestra persona una de las más gravemente heridas.

El de Aibar se acerca a su prometida y le acaricia los cabellos, separándolos allí donde ha oído que sufrió una terrible herida.

–¿Os duele? –le pregunta en un susurro, observando la cicatriz todavía fresca y reblandecida.

–No –le asegura, aunque su gesto dice todo lo contrario. Molesta, Gracia le aparta la mano de su cabello.

–El judío nos ha dicho también que fue Abrioc quien os salvó de perecer bajo las llamas.

–Abiroc.

–¿Qué?

–Se llama Abiroc.

–Solo por eso me abstendré de acusarlo ante su comunidad y de pedir un resarcimiento por lo que hizo.

–Abiroc no hizo nada por lo cual vos debáis pedir un resarcimiento.

–Vi cómo os besaba. Pero estoy dispuesto a pensar que fue un gesto de afecto por lo que pasó.

–¡Qué caballeroso sois! –comenta, aplicándole un tono de sarcasmo a la frase–. Estoy lista para ser conducida ante mi padre –añade adelantándose hacia la puerta.

–¿No se os olvida algo? –le pregunta Guante Negro cuando pasa por su lado.

Gracia se detiene, desata el cinturón y toma en sus manos la espada que ha atado a su cintura. Mira a Guante Negro primero y, después, a su prometido. Dirigiéndose hacia este último, le entrega su arma. Martín la agarra del brazo con suavidad.

–Desde el mismo instante en que se decidieron nuestros esponsales juré que os defendería y os protegería con mi vida. Espero que vos seáis digna de ese juramento y respetéis el nombre de mi casa, una casa que, a partir de ahora, es

la vuestra. Pasaré por alto este incidente si me juráis que él no ha mancillado vuestro honor.

–Mancilláis mi honor solo con pensar que me he podido entregar a Abiroc –le dice soltándose de él–. Pero si no me creéis, tal vez prefiráis romper nuestro compromiso.

Gracia camina con grandes pasos al encuentro de su progenitor. Siente unos enormes deseos de dejar atrás a los dos caballeros que la escoltan. A Guante Negro porque, aunque lo ha intentado, no puede odiarlo. A su prometido, porque mantiene la intención de que el matrimonio no se celebre.

Al llegar ante la puerta de la habitación privada de Ananiel, Gracia se detiene. Martín entonces se adelanta, golpea la puerta y la abre sin esperar respuesta.

–Vuestra hija está aquí, don Juan –anuncia–. Os dejaremos solos, seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar.

La muchacha entra despacio. Al ver a su padre, no puede evitar esbozar una sincera y espontánea sonrisa. A pesar de que se marchó de Tudela enfadada, aquello le parece ahora muy lejano y lo único que siente por su progenitor es un inmenso afecto y un gran privilegio por tenerlo cerca.

–¡Padre! ¡Qué alegría veros!

Gracia hace un gesto de inclinación de cabeza para saludarlo y honrarlo. A lo que su padre responde acercándose a ella y abrazándola con cariño. Gracia se siente reconfortada y a la vez abrumada por el recibimiento.

–Ananiel me ha contado el ataque a su casa y lo cerca que has estado de morir.

Ahora comprende el porqué de esa exhibición tan profusa de cariño. El saber que su hija podía haber fallecido, le ha llevado sin duda a sentir un gran alivio.

–Por lo que veo, hay mucho que festejar.

–De eso quería hablaros. Padre… no quiero desposarme con Martín.

–Gracia, el acuerdo está sellado.

–Pero yo tendré algo que decir al respecto.

–Lo único que tienes que hacer, hija, es aceptar el pacto.

–No quiero casarme con Martín, lleva sangre del linaje Almoravid en sus venas. ¡Sangre del maldito que asesinó a mi abuelo!

Gracia se ha exaltado tanto que la fuerza de sus palabras le ha hecho elevar mucho la voz.

Juan parece tomar aire y a la vez aspirar cierta dosis de paciencia.

–Eres mi hija. Mi única hija –el semblante de Juan se vuelve serio–. Cuando murió tu madre, todo me parecía poco para compensar su ausencia. No hay deseo que no hayas expresado en voz alta que yo no haya convertido en realidad. Pero ahora has crecido y tienes que tomar responsabilidades acordes

con tu rango y tu linaje. Y si sigues con tu cabezonería de no desposarte con Martín Ximénez de Aibar y deshonrar mi palabra y la estirpe de los señores de Cascante y descubro que mis desvelos por darte lo mejor solo han conseguido una hija malcriada y caprichosa, te aseguró que yo mismo te echaré de mi solar.

El labio inferior comienza a temblarle. No se esperaba unas palabras tan duras de su padre.

–Tu madre no toleraría esta insubordinación. Y si tanto quieres honrar a tu difunto abuelo, será mejor que te olvides de hacer un desplante a los Aibar. ¿Lo has entendido bien, hija?

Gracia aprecia el tono de amenaza que contienen las palabras de su progenitor. Agacha la cabeza incapaz de contestar, reteniendo la furia que siente dentro.

–María me ha contado por qué Garra sufrió aquellas heridas –las palabras de Juan hacen que Gracia note los latidos de su corazón en las sienes– y sé que estabas con el judío en actitud indecorosa cuando hemos entrado en esta casa. Así que te lo preguntaré solo una vez. ¿Está tu honor intacto?

–¿Cómo os…? –Gracia se deja caer sobre la silla que tiene cerca–. Sí, lo está. Os lo juro.

–Bien. Entonces, no hay más que hablar. Ahora, ve a prepararte. Mañana nos iremos de Tudela.

VERNON, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1305

En el viejo castillo de Tourelles no hay nadie ocioso. El servicio, que se ha desplazado desde París, apenas tiene tiempo de respirar. Las sirvientas se desviven por caldear las habitaciones, engalanarlas y preparar las camas con los mejores paramentos. En las cocinas se terminan de guisar los distintos platos, según las directrices pautadas por el rey: pocos, pero exquisitos manjares. Las bandejas donde se servirá el banquete están apiladas en un cuidado equilibrio y el copero escancia los vinos para tenerlos listos. A la capilla se han trasladado ya los estandartes con las flores de lis y las armas de Navarra y las del ducado de Bourgogne. Un agradable aroma se extiende desde el altar, donde se han depositado las últimas flores del otoño, esperando a los pocos invitados que tendrán el honor de presenciar la boda del próximo rey de Francia y de Navarra.

En una de las habitaciones del torreón sur, Eudeline repasa los trajes que usarán el rey y los príncipes, dando las últimas puntadas a un par de descosidos.

–Ya llega. ¡Ya está aquí el príncipe Louis! –grita alguien.

Eudeline se adecenta los cabellos y se pasa el antebrazo por la frente para arrastrar el sudor. Después, echa a correr hacia la entrada. Tiene la impresión de llevar dos días corriendo. El cansancio se trasluce en la palidez de su rostro y el sueño se acumula bajo sus ojos. Intenta poner buena cara. A pesar de que lo más probable es que el príncipe ni siquiera repare en ella, les han ordenado sonreír y estar lo más presentables posible para recibir a los hijos del rey, especialmente al primogénito. Llega al zaguán justo en el momento en que Louis baja del carruaje que lo ha trasladado a Vernon. A una señal del panetero, todos agachan su cabeza y bajan la mirada.

Louis desciende del vehículo dando un ágil salto. Inquieto, mira de hito en hito, despachando a cuantos se acercan para agasajarlo con un gesto significativo y airado de su mano.

–¿Y mi padre? –pregunta de inmediato–. ¿Dónde está el rey? Llevadme ante

su presencia.

–Vuestro padre ha ordenado que os acompañemos directamente a vuestros aposentos.

–¿Acaso no me habéis oído? Llevadme ante él. ¿Dónde está?

Nadie osa mirarlo ni responder.

–¿Os habéis quedado sordos y mudos? Os he preguntado dónde está el rey. ¡Atajo de inútiles! –se lamenta cuando nadie le contesta, iniciando la marcha hacia la puerta del pequeño castillo de Vernon. Cuando está a punto de atravesar el umbral, se gira.

–Tú, ¡acompáñame!

Eudeline siente que el corazón se le encoge. "¿Se refiere a mí?".

–No lo repetiré dos veces. Te haré azotar si no obedeces, ¿me has oído?

–Por supuesto, *sire*.

Eudeline, roja hasta la misma raíz de sus cabellos negros, sigue al príncipe. Casi tiene que correr para no perder su estela.

–¿Dónde está? –pregunta sin volver su cabeza.

–Creo que en la segunda planta, *sire*.

–¿Crees? No voy a estar dando vueltas por estas torres todo el día. ¿Ha llegado ya Marguerite?

–No, *sire*. Vuestra prometida todavía no ha llegado.

–¡Lástima! ¿Está aquí? ¿En esta habitación?

–Sí –dice tratando de parecer segura y rezando al mismo tiempo para que el rey se encuentre allí.

–¡Padre! –escucha decir al príncipe para su alivio. Pero poco dura su relajamiento porque, inmediatamente, Louis le da la orden de aguardarle fuera. La puerta se cierra y Eudeline se queda al margen de la privacidad de los soberanos.

Philippe interrumpe su conversación con su consejero, Guillermo de Nogaret, de mala gana. Ambos hombres andaban en confidencias cuando los ha sorprendido la entrada del príncipe.

–Louis, había dado orden de que os condujeran a vuestros aposentos y de que me avisaran de vuestra llegada. ¿Están ya aquí vuestros hermanos?

–No, aunque no tardarán en llegar. La nodriza ya tenía todo preparado cuando yo he dejado París. En cuanto a mí, quería veros. Debo tratar unos asuntos con vos de vital importancia –dice mirando de reojo a Nogaret y remarcando sus palabras con el propósito de conseguir que el noble abandone la sala o de que su padre le diga que los deje solos. Pero ninguno de los dos se da por aludido, así que Louis decide continuar y decirle a su progenitor lo que ha venido a tratar con él–. ¿Vernon, padre? ¿Vernon? Dijisteis que ibais a darme la mejor de las bodas.

–Os dije que os iba a dar la mejor de las bodas, dadas las circunstancias.

–Vos os casasteis en París. Yo no merezco menos.

–Estamos de luto, Louis. ¿Acaso lo habéis olvidado? ¿Habéis olvidado a vuestra madre? –el tono de Philippe es categórico y recriminatorio. Su mirada fija y silenciosa escruta sin piedad el rostro de su primogénito, mientras que los ojos inquietos de Louis parecen revolotear como una mariposa, sin terminar de posarse en ningún sitio.

–No, por supuesto que no lo he olvidado. ¿Cómo podría olvidar a mi madre? Pero ahora soy tan rey como vos.

Philippe levanta su mano y hubiera cruzado la cara de su hijo de no ser porque un leve movimiento del brazo de su consejero lo distrae lo suficiente como para sostener su impulso. Louis, consciente de lo que acaba o, mejor dicho, no acaba de suceder, contiene su ira a duras penas. Su cólera la descarga con una mirada intencionada sobre Nogaret, quien parece complacido con su ascendencia.

–Seréis rey cuando yo lo diga. Y no antes –las palabras de su padre sientan a Louis como la bofetada que no ha recibido.

–Perderemos Navarra. El reino de mi madre –dice con un tono más comedido, pero ardiente por dentro, como si le hubieran abierto en canal.

–Tengo hombres competentes que me informan de cuanto ocurre en Navarra y acatan mis órdenes de gobierno. No debéis preocuparos por eso. Ahora id a vuestros aposentos y preparaos para la cena. El arzobispo de Rouen, Guillaume de Flavacourt, nos acompañará esta noche y oficiará la ceremonia nupcial mañana.

–¿Y Marguerite?

–Vuestra prometida llegará un poco antes de la boda.

Louis va a replicar, pero sabe que no conseguirá nada más de su padre. En cuanto a Nogaret, piensa, ya llegará el tiempo en que se pueda vengar de él; cuando la corona no solo de Navarra, sino la de Francia, recaiga sobre su cabeza.

Se despide y deja la sala. Está tan enfadado que se aleja distraído, con el paso apretado. Se detiene cuando escucha unos pasos por detrás. Se gira y descubre a la sirvienta de la que se ha hecho acompañar. Al menos ella ha tenido la decencia de alejarse de la puerta lo suficiente como para no escuchar la conversación con su padre. Algo que agradece. Cuando el príncipe la mira, Eudeline se detiene.

–¿Cómo te llamas?

–Eudeline, *sire*.

–Bien, Eudeline. Me gustaría retirarme a descansar.

–Os acompañaré a vuestros aposentos. Por este otro lado llegaremos antes. Si me permitís, *sire*, os guiaré.

La sirvienta lo precede, dirigiéndolo hacia uno de los torreones.

–Es una habitación preciosa. Desde la ventana podéis ver el Sena…

–No te he pedido que me des explicaciones –dice mientras estudia detenidamente el espacio. Alguien ha colocado algunas flores secas de manera estratégica para que se esparza un agradable aroma por toda la estancia. Los paramentos de la cama se han engalanado con flores de lis y con las armas de Navarra. Todo es sobrio, pero a la vez elegante.

–¿Quién ha preparado esta habitación?

–He sido yo, *sire*. Yo… si hay algo más que deseéis…

–¿Perteneces al hostal de mi padre?

–No, *sire*. Soy nueva en vuestro hostal.

–Bien. Serás mi camarera mientras estemos aquí. ¿Me has escuchado?

–Por supuesto, *sire*. Será todo un honor.

–Más te vale hacerlo bien. ¿Dispone este castillo de algún lugar para practicar el *jeu de paume*?

–No, *sire*. Pero seguro que Antoine, el maestrehostal, puede habilitaros un espacio apropiado.

–Encárgate de ello y tráeme algo para beber.

–Ahora mismo, *sire*.

Mientras Eudeline se marcha a cumplir sus encargos, Louis se acerca a la ventana. Es estrecha, pero como ha dicho la sirvienta, desde ella se pueden ver las aguas del Sena que discurren muy próximas al castillo de Tourelles. Se toma un tiempo para descansar y se tumba en la cama. Al hacerlo, el aroma se intensifica, lo que le lleva a suponer que Eudeline ha colocado algunos saquitos de flores secas entre las sábanas.

Los pensamientos de Louis divagan sobre su futura vida. Una nueva vida que comenzó el día que murió su madre y que se consolidará con su inminente boda. “Diga lo que diga mi padre, soy el rey de Navarra. Tengo la carta que me enviaron los navarros. Es a mí a quien consideran su rey y no a mi padre”.

–Adelante –dice cuando escucha unos golpes en la puerta.

–Os traigo un poco de vino. Y Antoine dice que en unos instantes tendréis preparado el salón verde, que se encuentra en el primer piso, para que podáis practicar el *jeu de paume*.

–Excelente. Ayúdame a cambiar mi atuendo –le pide mientras da un sorbo al vino que le acaban de servir–. Excelente, también.

Mientras el príncipe paladea la bebida, la sirvienta localiza el traje que Louis utiliza para practicar su deporte favorito. Ella misma le ayuda a vestirse y, poco después, le conduce hasta el salón verde donde todo está dispuesto para el joven heredero francés.

–Puedes retirarte. Te haré llamar si te necesito.

Eudeline se despide con una corta reverencia y sale. Louis se dirige hacia el

centro de la sala. Allí, sobre una silla, en una cesta, hay varias pelotas preparadas. De manera exhaustiva las sopesa y revisa hasta elegir una de ellas. Antoine le ha buscado un contrincante, un joven de Vernon perteneciente a la baja nobleza que dice conocer las reglas del juego. Se llama Hugues. Tras un breve saludo, Louis se coloca en su lugar correspondiente. Por primera vez desde que ha llegado a la localidad, que un día ya lejano del siglo XII asedió el rey Felipe Augusto para arrebatársela a Ricardo Corazón de León, el rey de Navarra sonríe.

Louis prepara sus manos untándolas con aceite y después pasándolas por harina, para que la pelota se agarre bien. Una vez dispuesto, coge la pelota elegida y la golpea con todas sus fuerzas, imprimiendo toda su ira en el saque. Le gusta el efecto que ha cogido y que ha hecho inútil la estirada de su rival.

–¡Quince! –grita, eufórico.

En un espacio pequeño, cerca de la puerta, Antoine sigue el desarrollo del juego. Le ha pagado lo suficiente al joven contrincante del príncipe para que se deje ganar, pero nunca se sabe qué puede pasar con el espíritu combativo de un cuerpo en plena efervescencia. Y él, como único espectador, tiene la responsabilidad de hacer de árbitro en caso de que haya alguna jugada dudosa.

Louis vuelve a sacar, pero esta vez su rival está mucho más atento y consigue hacerle tres tantos seguidos, llegando a cuarenta.

–¡*Mordiable*![17] –exclama el príncipe.

Antoine, en su rincón, se pone nervioso. El juego no ha hecho más que empezar, pero no quiere tener que escuchar las quejas airadas del príncipe, a quien no le gusta perder el control de la partida.

Respira algo más tranquilo cuando Louis consigue el tanto treinta y después la igualada a cuarenta. El juego alcanza entonces un grado máximo de tensión. El sudor resbala por la frente del príncipe. El último tanto ha sido largo y disputado. Y este lo está siendo más. Antoine ha contado ya sesenta y cinco pelotazos seguidos. Por fin el tanto cae del lado del príncipe.

Poco a poco se hace de noche y la luz se difumina. Antoine enciende varias lámparas. Ambos contrincantes mantienen su esfuerzo al máximo, forzando posturas, llegando a pelotas imposibles.

–Bien jugado –Hugues agasaja al rey.

Antoine, en su rincón, se muerde la lengua. Se está jugando el último tanto y ambos van empatados a quince. Si gana Louis, la partida habrá concluido. Si gana Hugues hará que le devuelva todo el dinero que le ha pagado y lo hará azotar. De eso puede estar seguro, por mucho que la de Hugues, aunque de baja alcurnia, sea una de las familias más influyentes de Vernon.

El último tanto está en juego. La noche se ha cernido sobre el castillo de Tourelles, pero Louis parece reinar entre las tinieblas cuando golpea con todas sus fuerzas la última de las pelotas de aquella tarde.

–¡Sí! –grita.

Hugues se acerca a él y hace una reverencia.

–Un placer haber sido hoy vuestro contrincante, *sire*.

–Has sido un buen rival –le responde. Después se dirige al sirviente–. Antoine, recuerda invitar a Hugues al Louvre. Me encantará jugar otra vez contra él.

–Así se hará, *sire*.

Satisfecho, Louis abandona la sala y se dirige hacia sus aposentos. Cuando entra, le sorprende una grata sensación de calor y humedad. Eudeline le ha preparado un baño caliente. Se sumerge en el barril apenas se desnuda. El agua está en su punto. Cierra los ojos. Su euforia se desvanece al pensar en su boda. Había soñado con casarse en París, con la presencia de toda la corte. Había soñado con que todos los pares de Francia lo agasajaran. Había soñado también con el momento en que todas las damas lo miraran con adoración. Pero sus sueños se han roto y el gran banquete que su padre le prometió se desvanece también entre sus deseos incumplidos. "Todo cambiará cuando sea rey". "Ya soy rey, mal que le pese a mi padre". "Yo soy rey. Y ya tengo casi dieciséis años. Edad más que suficiente para asumir mis responsabilidades como tal".

El príncipe tira de la campanilla y Eudeline aparece de inmediato. Le agrada la diligencia de la muchacha. La observa con detenimiento mientras se acerca con una toalla enorme para cubrir y secar su cuerpo. Le satisface su silencio respetuoso, su mirada perdida, pero a la vez consciente, concentrada en sus obligaciones.

–¿Han llegado mis hermanos?

–Hace ya un rato que han llegado, *sire*. Vuestra hermana Isabelle ha preguntado por vos.

Al escuchar esto, la boca del príncipe se ensancha en una amplia sonrisa.

–¡Vísteme, deprisa! Estoy deseando ver a Isabelle –le apremia a la sirvienta.

Esta se esmera por cumplir los dictados de su señor. Poco después, Louis sale de sus aposentos, mientras Eudeline se queda recogiendo la habitación.

Isabelle lo está esperando cerca de la puerta del salón donde se servirá la cena. Se ha negado a entrar hasta que él no llegara. Quiere hacerlo de su brazo, le dice de corrido mientras lo saluda. Louis clava sus ojos en los de la pequeña princesa, a la que quiere con adoración.

–¡Mi pequeña flor de lis!

–¡Louis! –grita alborozada.

–¿Cómo estás?

–He preguntado por vos, pero me han dicho que estabais jugando una partida de *jeu de paume*.

–Pues ya estoy aquí. Dispuesto para la cena.

Ambos entran en el comedor. La mesa larga se ha dividido en dos. En la zona más cercana a la puerta se ha colocado a los príncipes, mientras que en el extremo del fondo aguarda el rey, con su consejero y el obispo de Rouen. Nadie se ha sentado todavía. Sus tres hermanos lo reciben con ruidos variados hechos con la boca, distintos tipos de taconeos y palmas. Para Louis no pasan desapercibidos los guiños que le dedican y las palabras obscenas que articulan los labios de los dos mayores, sin llegar a ser pronunciadas. Entre palmadas en la espalda, Louis consigue llegar hasta el lugar donde se encuentran los adultos. La mirada fría y reprobatoria de su progenitor termina momentáneamente con el recibimiento irritante de los príncipes.

Con una actitud mucho más educada, la pequeña Isabelle, a sus once años, saluda con una larga reverencia a su padre, besa la mano del obispo e inclina su cabeza ante Nogaret, quien le revuelve los cabellos en un gesto de simpatía.

–¿Cómo estáis padre? –pregunta Louis.

El rey se limita a hacer un leve movimiento con su cabeza y Nogaret lo recibe con una amplia sonrisa que a Louis le revuelve el estómago y le hace regurgitar la palabra cretino. El caluroso recibimiento de Guillermo de Flavacourt le hace olvidar al consejero de su padre y centrar su atención en el arzobispo que le casará al día siguiente. Este se interesa por su estado, por su salud y le muestra su más sincero apoyo en estos días de luto, mientras le hace ver lo abnegada, santa y magnánima que era su madre.

Cuando el maestresala anuncia que la cena está preparada, todos toman asiento. La primera decepción de Louis viene por la distribución en la mesa. Para su escarnio, su padre ha decidido que tiene que ocupar un sitio al lado de sus hermanos. Está rabioso. Él es rey. Y está a punto de casarse. ¿Por qué su padre le ha relegado a un lugar reservado a los menores?

Felipe y Charles, sentados uno a su izquierda y otro a su derecha, comienzan a hacer ruidos de nuevo. Esta vez, sin la mirada reprobatoria de su padre y sin que nadie les llame la atención, se explayan a sus anchas.

–¿Así que mañana os casáis? –pregunta Felipe, quien a pesar de ser menor que Louis es algo más alto que él.

–¿A qué viene esa pregunta cuando sabes perfectamente a qué hemos venido a Vernon?

–Solo quería saber qué es lo que vais a hacer mañana vos y Marguerite en la cama –insiste dándole una patada a Charles por debajo de la mesa.

–Creo que antes deberíais ir a los establos –afirma convencido el menor de los hermanos.

–¿Por qué habría de ir allí?

–Para ver cómo lo hacen los caballos.

–Eres un bruto, Charles. Yo ya sé todo lo que hay que saber sobre ese tema.

Y ahora será mejor que os calléis los dos. Vais a ofender a nuestra hermana.

–¿Por qué se va a ofender Isabelle? –quiere saber Robert.

–¿Yo puedo ir a los establos? –pregunta entonces Isabelle, a lo que sus hermanos mayores contestan con grandes carcajadas, mientras Robert se ríe también sin saber la razón.

–¿Te has dado cuenta de algo, Charles? –pregunta Felipe.

–¿De qué?

–Nuestro hermano se va a casar mañana y pretende ceñir pronto la corona de Navarra y ni siquiera es caballero. ¿Cómo crees que le van a obedecer los súbditos navarros?

Las carcajadas de sus dos hermanos provocan la segunda decepción del príncipe en la noche. ¡Qué tonto ha sido! Él ni siquiera ha caído en eso.

–Yo también seré rey algún día –asegura Charles muy convencido.

–¡Tú! –se burla Felipe–. Antes le saldrá pelo a este castillo. Yo, sin embargo, tengo alguna opción. Si algo le ocurriera a nuestro querido Louis… –le dice dándole golpecitos a su hermano mayor en la espalda.

–Yo sí seré reina –asegura Isabelle. Y su afirmación provoca la carcajada de Felipe y Charles, quienes le aseguran que, como mucho, llegará a duquesa o condesa.

–Si Isabelle dice que será reina, lo será –afirma convencido Robert–. Y yo seré su rey.

Sin prestar atención a los últimos comentarios de sus hermanos, la mente de Louis divaga por otros derroteros, mientras mira de frente a los tres adultos que cenan ajenos a cualquier asunto que suceda a más de diez palmos de distancia.

–¿Queréis un poco más de asado? –le pregunta solícito el maestresala.

–No –los comentarios le han quitado el apetito.

---

17 *¡Mordiable!*: sería algo así como ¡mierda!

AIBAR, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1305

Gracia siente un hervidero de emociones. Además, le duele la cabeza, lo que contribuye a que todo parezca caótico a su alrededor. Su malestar le ha servido de excusa durante todo el camino para no tener que hablar con nadie. Pero eso no la ha librado de escuchar la perorata de María; con sus abrumadores consejos y sus lamentos sobre lo mal que han preparado el viaje.

Y ahora tiene que soportar también las miradas recriminatorias de su padre, instándola a parecer contenta. Con el alivio que sintió cuando el día anterior Martín le anunció, a la altura de Eslava, que él y Guante Negro se adelantaban para preparar su recibimiento en Aibar.

El único que parece comprenderla es Garra, que ha permanecido tumbado a sus pies durante todo el camino, sin apenas moverse. Se alegra por haberse reencontrado con él y por saber que, salvo una pequeña cojera, se encuentra perfectamente.

Viaja mirando hacia atrás, negándose a afrontar un futuro que no le pertenece y regocijándose de las nubes negras que se van formando a su alrededor, cuya fuerza bruta, en forma de lluvia torrencial, espera para poder envolverse en su furia.

–Estamos llegando –anuncia su padre, que cabalga a la altura del carro, vigilante.

Gracia mira al cielo, preguntándoles a las nubes a qué están esperando. Justo en el momento último de su interrogante, la primera gota se desliza y cae sobre su mano. Tras ella, llegan miles. El cielo se rasga de golpe y el agua se precipita como una gran cascada. La joven novia nota su frialdad y su humedad impregnándose en sus vestidos. Pero ella no se inmuta. Su sonrisa impertérrita sigue escrita en su rostro, decidida a hacer lo que sea para obligar a Martín a replantear su compromiso.

La voz de su padre, animando a bestias y arrieros a cabalgar más deprisa, apenas se escucha por el estruendo que lo copa todo en varias leguas a la redonda. Las cortinas de agua son visibles por todo alrededor.

–¡Santa Madre! ¿Qué pecado hemos cometido para semejante recibimiento? ¿Es que no teníamos suficiente con venir casi sin tiempo para preparar todo

bien? Ya lo avisé yo. Los preparativos deberían haber empezado antes. O haber retrasado la boda. ¿Pero alguien me hizo caso? Por supuesto que no –las quejas de María se precipitan igual que el agua que cae sobre sus cuerpos. A ella sí se la escucha por encima del estrépito–. Y encima esta lluvia. ¡Santa Virgen del Camino! ¿Qué hace ahí toda esa gente?

La pregunta sorprende a Gracia quien, a pesar de su empeño por entrar en Aibar de espaldas, se gira para seguir la mirada de su aya. Aunque el aguacero limita la visibilidad, la joven puede ver a un grupo de unas veinte personas en el camino, un poco antes de la entrada al pueblo. Y lo más extraño de todo es que agitan sus manos a modo de saludo. Entre ellos hay niños, mujeres y ancianos.

–¿Qué dicen, María?

–Parece que gritan vuestro nombre.

–¿El de mi padre?

–No, el vuestro.

Gracia frunce el ceño. María tiene razón. Ahora que están más próximos a ellos puede apreciar el sonido de su nombre en sus bocas. Se ha puesto de pie en el carro, guardando el equilibrio y Garra, uniéndose al coro, ladra desafiando a la lluvia. Los más pequeños les hacen gestos con las manos, apremiándoles a alcanzarlos. El resto del grupo les sigue después y comienzan a correr delante y a los lados del carro, guiándoles por las calles y anunciando que la novia ya está llegando a Aibar.

"¡Madre mía! ¿Será esto idea de Martín?". Intenta localizarlo entre los que han salido a recibirlos, pero no lo encuentra.

–Dicen que os sentéis. Que os vais a caer.

Gracia obedece casi por inercia. Pero esta vez no se sienta de espaldas, sino de frente, para no perderse detalle de cuanto sucede.

–Se han vuelto todos locos –decide al ver la algarabía que se ha montado.

Conforme avanzan, los vecinos se asoman a las puertas de sus casas, atraídos por el griterío, y también la saludan. Un muchacho ágil y espigado, de unos doce años, salta al carro en marcha y se coloca al lado de Gracia.

–Soy Ximen –se presenta, extendiendo una capa por encima de las cabezas de ambos.

La lluvia deja de golpearla. Gracia aprecia el aroma de la grasa de caballo con la que está tratada la tela que la cubre para que resbale el agua. Ximen se acerca a ella y le sonríe. Gracia lo mira con atención. En su rostro cree reconocer los ojos claros de su futuro esposo. El carro se detiene de golpe.

–Saltad. Yo os ayudo –se ofrece el muchacho.

Apenas pone un pie en el suelo, Ximen tira de ella hacia el interior del castillo.

–No os detengáis, que os enfriaréis.

Al entrar, nota un calor agradable.

–¡Gracia! ¡Qué alegría teneros ya en Aibar! Soy Johana, la madre de Martín. Estábamos impacientes.

Ximen le ofrece agua. Johana, una toalla. Alguien pone también algo caliente en sus manos.

–Os acompañaré a vuestros aposentos para que podáis cambiaros enseguida.

–Yo…

A pesar de que lo intenta, a pesar de todos sus esfuerzos por estar enfadada, no puede evitar sentirse agasajada y querida. Mira atrás, mientras el brazo de Johana y la mano de Ximen la conducen hacia el interior. Ni rastro de María ni de Garra ni de su padre.

La habitación a la que la conducen huele a esencias perfumadas. En mitad de ella, la aguarda un barril con agua caliente y una doncella que enseguida se ofrece a retirarle la ropa mojada.

–Ximen, espera fuera.

Antes de retirarse, el muchacho la coge de las manos.

–Bienvenida a la familia. A partir de mañana seremos cuñados.

–Vamos, vamos, Ximen, o Gracia cogerá un constipado y no se podrá casar mañana.

Las tres mujeres se quedan solas. El agua todavía cae con fuerza fuera. Su estruendo retumba en las paredes de piedra de la vivienda, haciendo que estar dentro resulte todavía más placentero.

–¿Habéis tenido un viaje agradable? –le pregunta Johana.

–Sí, ha sido muy entretenido.

–Pero esta lluvia…

–¡Oh! Estábamos ya llegando a Aibar cuando ha empezado a llover. Y toda esa gente esperando a la intemperie…

–Como podrás comprobar enseguida, la familia Aibar es tremendamente cariñosa y acogedora.

–Os agradezco todas vuestras atenciones, pero mi aya…

–No os preocupéis ahora por ella. Vos debéis quitaros esos vestidos mojados y entrar en calor. Vendré enseguida. Quiero dar la bienvenida a vuestro padre. Teresa os ayudará.

Asistida por la sirvienta, la joven se desnuda y se mete en el agua.

–¿Está suficientemente caliente? –la voz de la muchacha denota su extrema juventud.

–¿Puedes añadir un poco más?

–Ahora mismo.

La sirvienta agarra con un trapo la olla de agua puesta en el fuego. Apenas tiene fuerzas suficientes para acercarlo, pero se muestra diestra a la hora de añadirlo al barril donde Gracia intenta poner en claro sus ideas, sin dejarse

llevar por el halo contagioso de un recibimiento tan acogedor. Se tiene que recordar cuán enfadada está por tenerse que casar con Martín, por tener que emparentar con la sangre del asesino de su abuelo. Cierra los ojos mientras la sirvienta frota su espalda y cuello con una tela suave. Al remover el agua, el aroma a esencias se acentúa, creando una atmósfera agradable.

Johana regresa al poco.

–Espero que hayáis entrado en calor –le dice. Se nota que está de buen humor.

Gracia se fija más en ella. Tiene los cabellos oscuros de los Almoravid, pero sus iris son de un azul intenso, muy diferentes a los de su hermano, Guante Negro. Las arrugas que se forman alrededor de sus ojos cuando sonríe contagian alegría.

–Ha sido muy agradable.

–Teresa, ya puedes marcharte. Ve a ayudar en las cocinas. Yo me ocuparé de Gracia.

Cuando la puerta se cierra tras la sirvienta, Johana se dirige a la joven novia.

–Os traigo un presente –le dice, extendiendo un paquete de tamaño considerable sobre la cama. Un excelente paño de terciopelo azul oculta lo que hay dentro.

Al destaparlo, Gracia descubre un hermoso vestido que la deja sin palabras.

–Creo que os estará bien. ¿Os apetece estrenarlo esta noche?

Gracia quiere decir que no. Que no lo estrenará ni esa noche ni ninguna otra noche. Y que lo único que desea es marcharse de Aibar. Pero el momento pasa y su mano, traidora, acaricia la suave tela con la que está confeccionado el vestido. Reconoce su calidad y la hermosura de sus bordados.

–¿Quién lo ha hecho?

–Lo encargué para vos en Pamplona y yo lo he adornado con los bordados.

–Son realmente… –las palabras se pierden por unos instantes entre la emoción del momento– preciosos.

–¿Así que os lo pondréis hoy?

Gracia quiere negarse. Es su última oportunidad.

–Sí. Me lo pondré ahora –le traiciona su corazón.

–¿Queréis que os ayude o preferís que llame a vuestra aya?

–Creo que prefiero prescindir de María, por el momento.

Johana ayuda a la novia a vestirse con su traje nuevo.

–Estáis muy hermosa.

Ante el cumplido, Gracia se pone seria y se sienta encima de la cama.

–¿Qué os ocurre?

–Johana, yo en realidad, no quiero casarme con vuestro hijo.

La dama se sienta a su lado y la toma de las manos. A Gracia le gusta el modo en que la mira a los ojos, de manera directa, pero a la vez franca y

comprensiva.

–Es normal rebelarse en estos momentos. No siempre es fácil convivir con alguien a quien no se conoce. Además, soy consciente de que, a veces, los corazones no marchan en la misma dirección. ¿Es eso lo que os ocurre?

–No –asegura deprisa–. No hay nadie a quien ame, si es eso a lo que os referís –el sonrojo acude a sus mejillas.

–Martín es buen hombre. Os acostumbraréis pronto a él. ¿Queréis que os deje unos instantes a solas?

–Sí, por favor.

Gracia centra su mirada en el fuego, dejándose hechizar por la magia de unas llamas que arden rojizas. Y en ese momento tiene la certeza de dos cosas: la primera, que echa mucho de menos a su madre; la segunda, que tampoco podrá odiar a Johana Almoravid.

La fuerte tromba de agua ha sorprendido a Martín recorriendo los campos cercanos a Aibar. Después de la llegada del mensajero de Aberin con noticias de que frey Pere no podrá asistir a sus esponsales, ha salido dolido de su casa y se ha marchado todo lo más lejos que ha podido. Cuando ha visto cómo se formaba la tormenta en el horizonte, ha decidido regresar, pero ya era demasiado tarde. El agua ha comenzado a caer con fuerza y el único refugio que ha encontrado ha sido un saliente horadado de una roca. A pesar de cobijarse, no ha podido evitar calarse hasta los huesos. Ahora, que ya ha amainado, la humedad de sus ropas se empieza a convertir en una incómoda compañera. Reconduciendo sus pasos hacia el hogar de los Aibar, divisa en la lejanía la silueta de un perro. Lo ve moviendo la cola y ladrando, como si requiriera su presencia, impaciente. No lo reconoce hasta que no dista de él apenas quince pasos.

–¡Garra!

El animal se acerca a la carrera y da varias vueltas a su alrededor, brincando de un lugar a otro, hasta detenerse a sus pies.

–¿Gracia ya está aquí? ¡Vamos, vete! ¡Ve con tu dueña! –le exhorta sin obtener el resultado requerido.

El animal se limita a responderle con un fuerte y corto ladrido, pero no se mueve de su sitio. Se agacha a su lado y le hace carantoñas. Cuando se da por satisfecho, vuelve a ladrar y echa a correr, como si quisiera anunciar la llegada del novio. Contagiado, el joven caballero también aprieta el paso. Desde lejos puede escuchar la algarabía de su casa. El ambiente festivo se deja traslucir a través de las voces altas y de los ensayos de los músicos afinando sus instrumentos. Todo se acelera cuando percibe el olor del asado y su deseo de entrar en el castillo se acentúa. Coloca su mano sobre la puerta y empuja. Nada más poner un pie dentro del hogar de sus padres, le salen al encuentro

primos, tíos y otros parientes lejanos, dedicándole sonrisas y guiños. Unos le acarician la cara, otros le revuelven el pelo mojado. Una de sus tías le insta a que se cambie de ropa mientras los susurros inundan sus oídos: "Ella ya está aquí". "La novia ha llegado". "Gracia está en Aibar".

"Gracia está en Aibar", se repite, mientras se encierra en su habitación. Con rapidez, se quita las calzas y la camisa y las sustituye por otras nuevas y secas. Su madre le ha dejado encima de la cama una túnica de terciopelo azul. La coge y se la ciñe con un cinturón de cuero. Echa un rápido vistazo a la sala y esboza una sonrisa al recorrer el escenario donde al día siguiente yacerá con Gracia por primera vez. Va a salir de la estancia, pero su hermano Ximen, que lo espera en la puerta, lo retiene.

–Todavía, no –le advierte haciéndole entrar de nuevo en la habitación.

–¿Por qué no?

–Porque tenéis que esperar a que salga Gracia.

–¿La has visto?

Ximen tuerce la boca.

–¡Ojalá yo encuentre alguien como ella!

–Ven aquí, ladronzuelo. Ya te llegará tu turno –le asegura con aprecio. Lejos queda aquel día que odió a su hermano por nacer y ocupar su sitio en el corazón de su madre. Tiene que reconocer que congenia mucho más con Ximen que con su otro hermano, Pedro.

Johana entra en ese momento y le pide a su hijo menor que los deje solos. Cuando Ximen sale, se acomoda en el lecho y le hace un gesto a Martín para que se siente a su lado.

–Estoy muy orgullosa de vos, hijo. Orgullosa del niño que fuisteis, del caballero que sois y del hombre que seréis.

–Madre…

La dama toma las manos de su hijo de la misma manera que un momento antes ha tomado las de Gracia.

–Si pensasteis que vuestra vida cambiaba el día que os armaron caballero, estabais muy equivocado. Mañana, tras vuestra boda, será el momento en que todo se transformará.

–Eso ya lo sé.

–No, no lo sabéis.

–¿No? –pregunta, extrañado.

–A partir de mañana tendréis a vuestro cargo una familia.

–Creo que exageráis.

–Martín, juradme que respetaréis esa familia que se formará mañana, que respetaréis a Gracia.

–¿A Gracia? ¿A esa Gracia a la que pillé en brazos de un judío?

–¡A saber en brazos de quién habréis estado vos!

–¡Madre!

–Martín, a veces, no os comprendo a ninguno de vosotros. Os esforzáis en conquistar el corazón de vuestra amada cuando la verdadera empresa, la empresa más digna, no es sino conquistar el corazón de vuestra esposa.

–No estoy muy seguro de entenderos. ¿Por qué tratar de conquistar algo que ya es nuestro?

–¿De verdad? ¿De verdad, Martín, es vuestro?

–Pues cla… Por sup…

–Id, hijo, id a buscar a vuestra prometida y conducidla al banquete.

María da los últimos retoques a su vestuario y a su peinado. Gracia siente sus huesudas manos en la cabeza y en los hombros. La repasa una y mil veces mientras no para de hablar y darle consejos.

–Lo único que tenéis que hacer es obedecer a vuestro esposo y hacer lo que él os diga, y todo irá bien la noche de vuestra boda.

–Pero, ¿no podéis ser un poco más explícita?

–Es lo único que debéis saber. Todo cambiará para vos a partir de mañana. Pronto seréis madre, si Dios así lo quiere, y formaréis una familia. Respetad a vuestro esposo y obedecedlo y todo irá bien.

–Todo irá bien –repite la joven sin convicción.

En ese momento se abre la puerta y por ella asoma Martín.

–He venido a buscar a mi dama para llevarla al banquete de esta noche –anuncia muy ceremonioso.

–¿No os han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar? –pregunta Gracia molesta.

–Estaba ansioso por veros –dice dirigiéndose a la novia para después mirar a la vieja aya y requerirle que los deje solos.

Gracia mira con ojos suplicantes a María, pero esta se marcha rezongando algo ininteligible por lo bajo. La joven se levanta de inmediato y se pone en actitud defensiva, sin apartar la vista de su prometido, notando el repaso que hace de su persona.

–Todos nos están esperando.

Ella enarca su ceja izquierda. Para su agrado, constata que ese gesto pone nervioso a Martín.

–Quería veros, a solas, antes de que todo se volviera caótico entre mi familia. ¿Habéis conocido a mi madre?

–Sí. Es… Johana es una mujer excepcional. Ha sido muy agradable charlar con ella. Se ha tomado muchas molestias para hacerme sentir cómoda.

–Quiere que sea feliz, que seamos felices.

–Pero eso no está en su mano.

Martín extiende su brazo para alcanzar el de ella, pero Gracia lo rechaza.

–Solo os ofrezco mi mano para guiaros hasta el salón donde se servirá la cena.

–Os seguiré –le asegura, evitando cualquier contacto entre ellos.

Cuando abren la puerta, el bullicio, que ya era mucho, crece. Los Aibar, los Almoravid, los Monteagudo y los Gil se agrupan en torno a la pareja, abrumándolos y felicitándolos. Comienza la música mientras los prometidos se encaminan hacia el centro de la mesa, donde se sentarán en breve. Antes, todos pasan a saludarlos. Gracia reconoce a su tía Milia, hermana de su padre, que le sonríe abiertamente; a Fortún, que le hace un gesto elegante con la cabeza; a Guante Negro, que la obsequia con una reverencia y besa su mano; al pequeño Ximen, que le toca el hombro y la abraza… Al resto, Martín se los va presentando.

–Mi padre –le dice. Gracia hace un leve movimiento con su cabeza en forma de saludo mientras comprueba el asombroso parecido que hay entre ambos y la tensión que se palpa cuando se miran a los ojos–, Ximeno Martínez de Aibar.

–¿Así que Gracia Sánchez de Cascante? –le dice Ximeno, acercándose mucho a su oído para que solo ella pueda escucharle–. Si queréis huir, tengo un caballo dispuesto para vos.

La muchacha va a preguntarle qué ha querido decir, pero su futuro suegro se retira y la ocasión se desvanece, porque el resto de los invitados también quiere hablar con los homenajeados. Martín termina de presentarle a sus tíos, a sus primos y a su hermano Pedro, que se queda el último de la fila.

Los prometidos toman asiento uno al lado del otro. Juan, a continuación, lo hace a la izquierda de Gracia, y Johana a la diestra de Martín, y así hasta que la gran mesa está llena de invitados. Las viandas se desplazan deprisa entre los comensales mientras los músicos reproducen agradables melodías. El vino corre por los gaznates y las conversaciones y las carcajadas se suceden de uno a otro lado de la mesa. Uno se lanza a decir una poesía cortés sobre la novia. Otro, a recitar unos versos subidos de tono. Otros hacen piruetas. Las niñas más pequeñas le obsequian con una guirnalda de flores y la sacan a bailar. Otros se animan también a danzar y Gracia se encuentra agasajada y rodeada por su familia política como si fuera una más. Baila con Ximeno Martínez de Aibar, que le recuerda su oferta de huir. Danza con Guante Negro, que en uno de los giros la agarra de la cintura y la atrae hacia sí cuando está a punto de caer tras tropezar con otro de los bailarines. Y danza con su prometido, mientras todos les hacen corro y dan palmas.

Y al rato, cuando ya todo está oscuro fuera y no queda más luna que soñar, cae rendida sobre su lecho, sintiendo que le han tendido una trampa y que ha caído en ella.

VERNON, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1305

Sabe que Marguerite está en el castillo. La ansiedad que tenía por verla se ha vuelto impaciencia al no dejarle acercarse a ella. Y su excitación le hace comportarse de manera irascible. Sus ojos brillan con denodado fulgor cuando piensa en sus empresas, cuando se ve armado caballero, ciñendo su corona de rey de Navarra o sosteniendo la mano de su nueva esposa. Pero se vuelven opacos y extraños cuando se choca contra la muralla que su padre parece haber construido a su alrededor y que le impide presentarse como rey del reino que ha heredado de su madre, esgrimir la espada que le correspondería por su posición o hacer que todos se mueran de envidia por lo excelso de sus esponsales.

"¿Hasta cuándo?", piensa dando un puñetazo a la mesa sobre la que descansan las viandas que le ha traído Eudeline. "¿Hasta cuándo tendré que aguantar los desprecios de mi padre?".

No se ha contenido a la hora de abofetear a uno de sus sirvientes por no atarle correctamente el broche de su capa ornada con las armas de Francia y de Navarra. Y ahora se contempla la mano enrojecida que Eudeline masajea y en la que ha colocado un anillo con su sello como rey de Navarra. Su contacto ha conseguido calmarle un poco mientras da los últimos retoques a su atuendo y estira la capa para que arrastre de manera correcta sobre el suelo.

–Cuando queráis, sire.

Con su mirada perdida, el príncipe sonríe.

"Sí. Cuando yo quiera, piensa. Ahora soy rey y es y será cuando yo quiera. Y tal vez deban esperarme un poco más".

–Eudeline, repasa mi peinado –le dice, sentándose de nuevo.

La sirvienta, lejos de parecer escandalizarse por esta petición, acude rauda para ayudarle a sentarse de manera correcta, estirando de nuevo la capa para adaptarla a su nueva posición. Después, toma el peine de hueso con filigranas vegetales y, muy despacio, lo desliza sobre el cabello dorado y ondulado del novio.

Louis cierra los ojos y se imagina que es Marguerite quien está junto a él. Un deseo urgente, febril, surge de repente.

–¡Basta! Debo ir ya.

Eudeline aparta despacio sus manos y deja que el príncipe se levante, volviendo a colocar su capa. Sin mirar atrás, sale despacio, ceremonioso, hacia la capilla del castillo.

El estuche de marfil está decorado con imágenes de la vida de la Virgen María. Dentro, esconde un pequeño espejo de mano en el que Marguerite se mira, inclinando la cabeza.

–Padre dijo que el rey me colmaría de piedras preciosas el día de mi boda. Quince, en total. Una por cada año que he cumplido. ¿Y qué recibo? Un espejo en el que ni siquiera alcanzo a ver mi rostro –Marguerite se lamenta ante su madre mientras lanza el objeto sobre el lecho.

–Es hermoso –le replica su madre, Agnès de Francia, cogiendo el regalo de Louis entre sus manos–. Y las piedras, ya llegarán.

Agnès toma las manos de su hija y le hace sentarse sobre la cama.

–Debemos mostrarnos agradecidas. Hoy es un gran día para vos, hija. En unas horas os convertiréis en reina de Navarra y dentro de unos años seréis reina de Francia.

–Pero padre me habló de grandes banquetes el día de mis esponsales y hasta me narró cómo sería pasar de la mano de Louis delante de todos los pares de Francia. Toda la corte estará en pie, me dijo, pendiente de vos.

–Nadie esperaba la muerte de la reina Jeanne, Marguerite. Debemos honrar su memoria, igual que la de vuestro abuelo, Louis, el noveno de su nombre, dos personas cuya santidad y devoción hemos de tener siempre como ejemplo.

–¡Y a mí qué su santidad si me han fastidiado la boda!

La expresión de Marguerite hace que Agnés se levante y se persigne.

–¡Hija mía!

–Lo siento, madre –dice un poco más contrita–. Sé cuánto admirabais a vuestro padre, a quien consideráis un santo. Y en cuanto a la que debía haber sido mi suegra, sé cuán sabia y prudente fue, pero reconoced que su fallecimiento no ha podido ser más inoportuno.

–Recordad que es precisamente su muerte lo que ha acelerado vuestro matrimonio. Habrá muchas fiestas en la corte y vos seréis la mejor anfitriona. Pero ahora es momento de duelo en la familia real, momento de reflexión y acompañamiento al rey Philippe. No estropeéis la hermosura de vuestro rostro con enfados sin sentido ni enturbiéis la memoria de vuestros antepasados con feas palabras.

–Está bien, madre. Pondré buena cara –dice mientras toma el espejo y se mira en él–. Seré la novia más hermosa que haya tenido Francia y la reina más

envidiada de Navarra.

–Esa es la actitud, hija.

–Madre, pero es que ni siquiera han invitado a mis primas, Blanche y Jeanne. Y Louis sabe cuán unida estoy a ellas.

–Una boda austera no tiene por qué ser triste, hija. No te lastimes por lo que no puedes tener en estos momentos. Todo llegará.

La puerta se abre y por ella entra Roberto II de Bourgogne. Fuera se escucha el alboroto de toda la prole de los duques de Bourgogne, que es mucha y muy ruidosa. Agnès sale entonces de la habitación y deja a su esposo a solas con Marguerite. Antes de cerrar la puerta, la novia puede escuchar claramente la voz de sus hermanos: Hugo, Blanca, Juana, Odón, María, Luis y Roberto.

El duque mira a su hija y asiente repetidamente.

–Padre, ¿no vais a decir nada?

Roberto la mira con seriedad.

–Hija, vais a ser reina de Navarra y reina de Francia –le dice con las manos apoyadas en sus antebrazos–. Tengo grandes esperanzas puestas en vos.

–Padre, ¿no se os olvida algo? –la joven novia tuerce los labios y abre mucho los ojos. Sabe que su progenitor no se puede resistir cuando lo mira así.

Roberto se palpa la túnica bicolor que luce y extrae una bolsita de cuero que pone en manos de su hija. Ella desata el nudo y extrae un hermoso collar.

–¡Padre! Es precioso.

–Esto hará enrojecer al rey de Francia por no daros lo que os merecéis.

–Os adoro, padre –dice mientras se lo pone y se mira en el espejo henchida de orgullo. Después, con desdén, deja caer el regalo de Louis sobre el lecho y acerca su mano a la de Roberto.

–Estoy lista, padre.

Los adornos contribuyen a realzar lo trascendente del momento, pero han convertido la capilla en un lugar lúgubre. Louis mira la llama oscilante del gran cirio que tiene justo enfrente. Apenas presta atención a las palabras del arzobispo Flavacourt. Sus pensamientos vuelan lejos del castillo de Tourelles, lejos de Vernon, lejos de la corte… hasta que el movimiento de la mano de Marguerite le hace girar la cabeza. Su prometida, la que va a ser su esposa en unos instantes, sonríe abiertamente. Pero no es a él. Tampoco es una sonrisa de deleite por la situación gozosa de emparentar con los Capeto franceses. El príncipe sigue la mirada de la joven, que le lleva a recalar en Hugo de Vernon.

El gesto de Louis se contrae rojo de ira. "¡Cómo osa un simple advenedizo sonreír a mi esposa!". El momento se queda grabado en su interior y a partir de este instante, lo único en lo que piensa es en introducir muy lentamente su daga en el corazón de Hugo y en llevarse a Marguerite a la cama para poseerla

cuanto antes y marcar su territorio. Un carraspeo le hace mirar hacia delante. Extiende su mano derecha y toma la de su joven esposa, rubricando un pacto que firmaron sus padres prácticamente desde el nacimiento de Marguerite. El biznieto de san Luis de Francia aprieta la mano de la nieta de san Luis de Francia. El momento provoca en ella una risita tonta.

Louis mira por primera vez a los ojos de Marguerite como su esposa. No puede ver en ellos la ambición que los desborda, para él es tan solo la mujer que asegurará su descendencia en los tronos de Francia y de Navarra. Un trámite por el que hay que pasar. Sus encuentros han sido habituales en la corte. Han compartido juegos y celebraciones, siempre bajo la atenta mirada de ayas, nodrizas y pajes. Ahora Louis la ve por primera vez bajo otro prisma. Marguerite ha dejado de ser de repente la niña que pasaba temporadas en la corte, la muchacha con la que sus padres habían concertado su matrimonio, para convertirse en su esposa.

"Ya está hecho. Ya soy la reina de Navarra y algún día lo seré también de Francia". El pensamiento se repite en su cabeza, produciéndole una gran satisfacción. "Hoy es el día", se dice. "Hoy es mi día". Está tan complacida que ni siquiera le importuna el sobrio banquete que ha organizado Philippe. Ya habrá tiempo de revancha. Eso le ha dicho su padre. Para compensar el desprecio de su suegro, organizará decenas de bailes que serán la envidia de toda Francia.

Marguerite ni siquiera mira a Louis, que está sentado en frente de ella. Habla con su madre, situada a su derecha. Y contesta con dulzura, gracia y verdadero fervor las preguntas que el arzobispo le dirige. Siente que Louis la mira y, entonces, reacciona moviendo los hombros, llamando su atención sobre el collar, regalo de la rama de Bourgogne, que su padre le ha ajustado al cuello.

Sus movimientos reproducen los de las damas que frecuentan la corte y a las que tantas veces ha espiado desde corredores y escaleras. Inclina la cabeza y eleva su ceja izquierda tal y como hacía su tía Béatrice cuando su difunto esposo, Hugues XIII de Lusignan, no la miraba y trataba de llamar la atención de algún joven caballero. Y luego mueve su mano delante de la cara con la misma sutiliza con que su tía Isabelle se exhibía para llamar la atención del señor de Neauphle, su segundo marido. Se ríe y, melosa, se lleva la mano al cuello y se palpa el collar mientras deja resbalar su mirada por el rostro que la contempla desde el otro extremo de la mesa.

El banquete se termina y apenas hay tiempo para escuchar una breve pieza musical y una recitación. El repentino movimiento del rey, levantándose, pilla a Marguerite con su atención puesta en su cuñado, Felipe, que imita con aspavientos la dicción del trovador. Cuando todos se levantan, la joven esposa siente la mano de su madre sobre su brazo. Un hormigueo que hasta entonces

no había percibido se instala en su estómago. Esta vez, dirige su vista hacia Louis y sonríe.

Philippe sale, llevándose a su primogénito, quien mira hacia atrás mientras su padre le susurra algo al oído. Detrás marcha el resto de su prole, el arzobispo y, después, los parientes de la novia. Marguerite es conducida por su madre a sus aposentos.

–¿Qué significa esto, madre? –pregunta al ver su equipaje empaquetado.

–Nos vamos a París.

–¡A París! Eso es fantástico. Una gran idea. No quería pasar mi noche de bodas en este burdo y minúsculo castillo –dice entusiasmada, pensando que, por fin, algo sale realmente bien aquel día. El Louvre es el lugar donde siempre ha soñado que la tomaría Louis.

Sus mejillas se arrebolan. Una joven criada entra en ese momento en la habitación.

–Me envían para ayudar con los preparativos –dice obsequiosa, dirigiéndose hacia el equipaje preparado para ir bajando todos los bultos.

–¡Sucia sirvienta! –exclama de pronto Marguerite, empujándola y tirándola al suelo–. ¿Cómo osas tocar mis cosas?

–¿Qué ocurre? –Louis llega en ese momento y pregunta con cierto desconcierto.

–¡Oh, esposo mío, esta sirvienta inútil pretendía tocar mis pertenencias! –dice acercándosele y poniendo sus manos sobre su pecho.

El príncipe repara entonces en Eudeline, caída en el suelo, con la cabeza muy baja, arreboladas sus mejillas, también, pero de vergüenza.

–Debería hacerla azotar.

–Dejadme eso a mí –le contesta, tomando sus manos y besándoselas.

–¿Nos vemos en unas horas en París?

Louis se aparta de ella.

–¿Qué ocurre? –le pregunta Marguerite preocupada.

–¿Podéis dejarnos a solas? –pide el príncipe.

Eudeline aprovecha entonces para levantarse e irse, no sin antes dedicarles una pequeña reverencia que nadie aprecia. Sin embargo, Agnès no se mueve.

–Es tarde, querido hijo –dice dirigiéndose a su yerno–. Si queremos llegar a París con luz, hemos de apresurarnos.

Marguerite ve dudar a Louis. Mira a su madre y a su esposo de hito en hito.

–Veréis, Marguerite. Mi padre me ha ordenado quedarme en Vernon. Dice que en unos días os hará llamar a la corte, a su lado y al mío.

–Pero… no entiendo. Madre, ¿no vamos a París?

–Pasaremos la noche en París y regresaremos mañana a Bourgogne.

–¿Qué? ¿Madre?

–Son las órdenes del rey, al que debemos obediencia.

–¿Louis?

–He venido a despedirme de vos y a desearos un buen viaje. No hay nada que desearía más que acompañaros; pero como dice vuestra madre, son órdenes del rey.

Marguerite nota cómo la sangre se le sube a la cabeza. "¿Y padre? ¿Está él de acuerdo?", se pregunta ofendida por el revés. Intenta mantener la dignidad mientras Louis toma su mano. Y con ese mismo orgullo, ladea la cabeza y eleva su ceja mientras respira profundamente para que se note el movimiento de su pecho.

–Solo serán unos días. Os prometo que, cuando nos volvamos a ver, habré preparado para vos las estancias más lujosas que se hayan visto jamás en Francia.

–Eso espero. ¿Nos vamos ya? –pregunta girándose hacia su madre.

Louis regresa a su habitación. Solo. Está furioso. "Seguro que ha sido idea de Nogaret. Me tiene envidia. Robarme así mi noche de bodas. Cuando yo sea rey de Francia, lo haré envenenar. O quizás incluso lo haga antes". Toda la rabia que ha tenido que contener delante de su padre y del arzobispo comienza a salir ahora como una chimenea que hubiera estado atascada. Tiene las mejillas encendidas y los puños apretados. Dentro de su mano puede sentir el callo que se le está formando por jugar al *jeu de paume*. Pensar en el juego le enciende todavía más. La imagen de Marguerite coqueteando con Hugues de Vernon lo encoleriza.

–¡*Mordiable*! –grita, estampando su puño contra la pared de piedra.

La piel de sus nudillos se abre, enrojeciendo el dorso de la mano. El color de la sangre no hace sino enfurecerlo más. Dando una patada a la silla que tiene al lado de su cama, sale de la habitación. Desciende aprisa las escaleras, precipitándose hacia la planta baja, de tal forma que a punto está de caer rodando. Tras afianzar el pie en el siguiente escalón, continúa su descenso frenético hasta aterrizar en el suelo de un salto. El eco de sus pasos rebota en el castillo silencioso y oscuro. Debe de ser tarde, aunque no está seguro de cuántas horas han podido pasar desde que los Bourgogne se fueron. Deambula sin destino unos instantes dentro de un edificio cuya distribución desconoce. Al fondo de un pasillo distingue la única luz que se puede vislumbrar. Empuja la puerta entreabierta. Los rescoldos del fuego donde se ha cocinado el banquete todavía están encendidos y reflejan parte del fulgor que hasta hace un rato sostuvieron las llamas. Un ruido le hace girarse y desenvainar su daga.

–¿Quién anda ahí?

–Soy… soy yo, ¿*sire*? Soy Eudeline.

–Acércate.

–¿Habéis venido a azotarme, *monseigneur*?

–¿Azotarte? –le pregunta, intentando ver bien su rostro y tratando de discernir el porqué de su pregunta. Y de pronto le viene a la mente la escena de la partida de su esposa.

–Levanta tu rostro.

Louis aprecia un golpe en el pómulo y lágrimas escurriendo por sus mejillas.

–Mírame.

–No osaría miraros, *sire*.

Louis se acerca más a ella y roza su mejilla.

–Te lo pide tu rey. Mírame, Eudeline.

La sirvienta obedece, mordiéndose los labios.

–No debes inquietarte, Eudeline. ¿Qué haces a estas horas en las cocinas?

–No podía dormir, *sire*. Por lo que ha pasado antes con vuestra esposa. Así que he pensado que, tal vez, podía ir adelantando tareas para mañana. Lo siento tanto… Pero ella tiene razón, *monseigneur*. No debí tocar sus pertenencias sin su consentimiento.

–Olvídate de eso ahora y prepárame algo de comer.

–Ahora mismo, *sire*.

Eudeline se aparta. Louis la ve rebuscar entre las sobras uno de los manjares exquisitos que nadie ha querido degustar.

–Creo que esto os gustará, *sire*. Os lo he calentado un poco en las brasas que he rescoldado –le dice, poniendo en su mano un gran trozo de pan que ha rellenado con pedazos escogidos del cordero asado.

–Está bueno –sentencia.

Eudeline sonríe de manera espontánea.

–¿Queréis que os prepare algo más?

–No.

–¿Deseáis estar solo?

–No –le asegura acercándose a ella y poniendo en su boca un trozo de carne.

–*Sire*, no debéis…

–Chiss... Pruébala. Está deliciosa.

–Lo está –dice casi avergonzada–. Os habéis lastimado la mano, *sire*.

Y sin esperar a que el príncipe diga algo, empapa un paño en vino y lo pasa delicadamente por sus nudillos.

–Gracias, Eudeline –dice pronunciando su nombre al lado de su oreja.

Louis deja el pan cerca de las brasas y lleva su mano al cuello de la sirvienta. Luego son sus labios los que lo recorren desde el lóbulo de la oreja hasta la clavícula.

–No puedo prometerte un futuro, Eudeline. Así de triste es la vida de un rey.

–No hace falta que me prometáis nada, *sire*. Pero si me lo permitís, me gustaría haceros una pregunta.

–Te lo permito –le dice desplazando sus ósculos hacia su pecho.

–Me gustaría que me respondierais con sinceridad.

–Lo haré.

–¿Qué pasará si me quedo embarazada? –le pregunta al oído provocando en Louis un temblor de placer.

–Te prometo que, si eso sucede, nunca os faltará nada ni ti ni al bebé, con la única condición de que nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, asocies a esa criatura conmigo.

–Gracias. Os juro que nunca saldrá palabra de mi boca concerniente a ese asunto. Si es que sucede –le dice ella buscando con mano firme y segura entre sus calzas–. Y que si cumplís vuestra palabra os haré volar hasta el cielo esta noche y cuantas noches me reclaméis a vuestro lado.

AIBAR, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1305

Cuando se despierta, las palabras de Ximeno Martínez de Aibar todavía rebotan en sus oídos. "Tengo un caballo esperando. Si quieres huir, todavía estás a tiempo". Tal vez esas no fueron sus palabras exactas, pero son las que le ha repetido en su sueño.

Se levanta y se dirige hacia la ventana. La lluvia del día anterior ha dejado un rastro de barro en las calles. "Aún puedes huir", parece escuchar detrás de ella; lo que le provoca un escalofrío. Se abraza para mitigar el efecto. "Un hombre extraño, Ximeno", decide respirando con intensidad, barajando la posibilidad de tomarle la palabra a su suegro.

Se viste deprisa, con lo primero que encuentra, y sale dispuesta a encontrar ese caballo que está aguardándola. Cuando llega a los establos, tal y como le dijo Ximeno el día anterior, se topa con un palafrén ensillado y listo. El animal, al notar su presencia, relincha. Sin pensárselo dos veces, busca un taburete para subirse a él y montar. Pero el caballo se revuelve un poco y gira sobre sí mismo, haciendo que la joven deba recolocar el asiento.

–¡Maldito animal! –dice, intentando poner un pie en el estribo.

–¿Necesitáis ayuda? –una voz a sus espaldas la sobresalta.

–¡Santísima Virgen del Camino! ¡Me habéis asustado! ¿Qué hacéis aquí?

Gracia y Martín se miran casi como retándose.

–Al parecer… socorrer a una dama –le contesta sujetando con firmeza las bridas del caballo y ofreciendo su ayuda para que monte.

–No necesito vuestra ayuda. Siempre he montado sola –hace una pausa–. ¿Habéis dormido aquí? –le pregunta, fijándose en las briznas de paja que cubren sus cabellos.

–Creo que sí. No recuerdo muy bien cómo llegué aquí anoche.

–¿Solo? –inquiere inclinando un poco su cabeza y enarcando la ceja izquierda de manera reprobatoria.

–¿Qué insinuáis?

–Solo os pregunto si habéis dormido solo.

–No es de vuestra incumbencia.

–Cierto –le dice–. No es de mi incumbencia.

Y sin decir más, monta en el caballo y sale de los establos sin mirar atrás.

No tarda mucho en notar que alguien la sigue. Fastidiada, hace que su montura acelere el paso por las inclinadas calles de Aibar. Pero por más que intenta correr, no logra que Martín se despegue de ella. A las afueras del pueblo detiene su marcha y se gira para enfrentarse con el joven Aibar. Enhiesto en su caballo, en el que ha montado a pelo, la mira entre desafío y súplica.

–Os ruego que dejéis de seguirme.

–¿Os vais? ¿Os vais de Aibar?

–Adonde vaya, no os importa.

–Os lleváis el caballo de mi padre.

–Me ha dado permiso –dice poniendo al trote a su cabalgadura.

–Solo. He dormido solo –escucha que le grita Martín. A lo que ella le hace un gesto con su mano sin volverse–. Pero deseaba dormir con vos. Por eso me he ido a los establos, porque teneros cerca y no poder estar con vos me dolía demasiado.

Gracia no tiene intención de doblegarse ante las palabras cariñosas que le dedica su prometido, pero entonces escucha el ladrido de Garra y gira su cabeza un instante. De alguna manera se las ha arreglado para seguirlos y se ha detenido al lado de Martín.

–Vamos, Garra. Ven aquí –le grita.

Pero el perro no se mueve. Se sienta al lado del caballo del joven y menea el rabo.

–Me parece que vais a tener que venir con nosotros –escucha decir a su prometido con una sonrisa de oreja a oreja.

Gracia mira al frente y luego a sus espaldas. Su corazón tira de ella hacia el camino. Su cabeza, hacia Martín.

–Brrr –resopla mientras tira de las riendas y se aleja al galope.

No pasa mucho tiempo antes de que el trote de un caballo se escuche detrás.

–No deberíais viajar sola por estos lares. Es zona fronteriza.

–Monteagudo también lo es –le recrimina, aunque no puede dejar de sentir un pinchazo de miedo cuando recuerda el incidente que casi les cuesta la vida a Garra y a ella… Su melena suelta cae en cascada sobre su espalda. Gracia nota los agradables latigazos de su cabellera cada vez que su cuerpo se adapta al trote del caballo. Se centra en ellos y cierra los ojos, alejando ese recuerdo tan desgarrador.

–Permitidme al menos acompañaros adonde quiera que vayáis.

Gracia permanece en silencio. Le da igual lo que haga Martín. En cuanto a ella, prefiere no pensar. Simplemente se deja llevar por el camino. El viento sopla cerca de sus oídos y le regala susurros de libertad. “Vete, vete y aléjate de

él", le parece escuchar. Y haciendo caso al silencioso requerimiento, mantiene el ritmo sin volver la vista atrás. Las ráfagas de viento mecen las ramas de los árboles a su paso. Los buitres señorean el cielo, describiendo grandes círculos sobre sus cabezas.

A lo lejos ve las casas de una localidad y hasta ella llega el rumor de una corriente caudalosa. Descabalga y toma las riendas en su mano izquierda. Presto, Martín se coloca a su lado. No parece molestarle su indiferencia. Despacio cruzan el puente de siete arcos que permite acceder a la localidad de Sangüesa. Es la primera vez que Gracia la visita y mira curiosa sus calles.

–¡Martín! –escucha la voz de un vecino que sale a su encuentro–. ¿Es esta vuestra prometida? ¿La mujer que vais a desposar?

–Hermosa, ¿verdad?

–No la hay más en toda la merindad –le asegura–. Me gustaría ofreceros un obsequio. Aguardad.

Al poco, el hombre sale con su mujer, que trae bien apañada una cesta con fruta y verdura.

–No es necesario –dice ella algo cortante.

–No está acostumbrada a los agasajos –se adelanta Martín tomando la cesta y agradeciendo el detalle.

Gracia siente la mirada inquisitiva de Martín, pero sin hacer caso, prosigue su camino. No es el único obsequio que obtienen en su tránsito por Sangüesa. Otros vecinos le regalan telas y ornamentos, también quesos y otros alimentos que Martín coloca en las alforjas del caballo de su padre. La joven avanza hacia la salida de la localidad. Una vez fuera, vuelve a montar, tomando el camino y prosiguiendo ruta sin tener un destino prefijado.

Suspira profundamente, apartándose de la ruta principal y tomando un sendero secundario. El lugar es agradable, piensa. Las ramas de los árboles se enredan sobre su cabeza formando una especie de gruta. El suave aroma de la vegetación se concentra, aportando frescura y sosiego.

–¿Qué sitio es este? –pregunta más para sí que esperando una respuesta de Martín. Casi actúa como si estuviera sola. Desmonta y decide proseguir andando.

–Cerca de aquí está la iglesia de San Adrián. Pertenece a los monjes cluniacenses. Si miráis en la dirección adecuada, desde el castillo de Aibar podréis ver su linterna de fuego en las noches, iluminando el camino.

–¡Ya!

–¿No me creéis? –ante el silencio de Gracia, Martín sigue hablando–. Habéis elegido un bonito lugar. Aquí desemboca el río Onsella en las aguas del Aragón. Antes había por aquí cerca un vado, el vado luengo se llamaba, por el que se cruzaban las aguas del Aragón antes de que se construyera el puente que acabáis de atravesar en Sangüesa. ¿Sabíais que aquí, precisamente

en la iglesia de San Adrián de Vadoluengo, se firmó un tratado entre Aragón y Navarra justo cuando García Ramírez fue proclamado rey de Pamplona? Acudieron todos los magnates y nobles aragoneses y pamploneses para acordar la separación de ambos reinos que habían estado ligados desde el magnicidio en 1076 del rey Sancho, el cuarto de su nombre.

–No, no lo sabía. Y no es algo que me interese demasiado.

–¿A qué viene ese desdén? Vuestra altanería ha molestado a los vecinos de Sangüesa que humildemente os han ofrecido el fruto de su trabajo y de su esfuerzo. ¿Qué creéis que han pensado de vos? ¿Sabéis en qué lugar me habéis dejado?

–Así que de eso se trata. Solo os importa lo que habrán pensado de vos. No creo que debáis preocuparos por eso. Se ve que todos os aprecian mucho.

–He vivido en Sangüesa con mi abuelo desde que mi abuela falleció.

–No lo sabía.

–¿Por qué ibais a saberlo? Sin duda, nadie os ha hablado de mí. Y si alguien lo ha hecho, ha sido para daros de mí una imagen distorsionada. ¿Quién ha sido? ¿Mi padre?

–¿Vuestro padre? ¿Qué tiene que ver él en esto?

–Os ha prestado su caballo y sin duda habéis decidido iros de Aibar.

–Vos tampoco conocéis mucho sobre mí. Si no, sabríais que antes preferiría que me partiera un rayo a casarme con vos. Y eso nada tiene que ver con vuestro padre.

Sin esperar respuesta, deja el caballo atado en las ramas de un árbol y se encamina hacia el río. Se sienta cerca de la orilla y se descalza, metiendo sus pies en el agua. Le sorprende lo fría que está, aunque a la vez nota una agradable sensación. Corta pequeños trocitos de hierbas y las lanza sobre la corriente. Mete su mano derecha en el agua. El torrente se desliza entre sus dedos imparable, incontinente, irrevocable.

Martín llega poco después a su lado.

–Habéis dicho antes que preferirías que os cayera un rayo encima a casaros conmigo. ¿Es eso verdad?

–Claro. Siempre hablo en serio.

–¿Cuál es la razón que os lleva a afirmar semejante barbaridad?

–¿Por qué iba a querer casarme con el asesino de mi abuelo?

–Disculpadme. ¿De qué estáis hablando? ¿A qué abuelo os referís?

–A mi abuelo paterno.

–Pedro Sánchez de Cascante. Si no recuerdo mal, murió antes de nacer yo. ¿Cómo iba a ser su asesino?

Martín puede ver la ráfaga de odio que cruza por los iris de su prometida.

–Un Almoravid segó su vida de la manera más vil e infame.

–No os aconsejo beber del veneno de la venganza, acabará emponzoñando vuestro propio corazón, pero si queréis ser vos quien ajuste cuentas con el pasado en mi persona, prefiero que lo hagáis ahora a pensar que me podéis apuñalar un día mientras duermo. Vamos, golpeadme lo más fuerte que queráis. Os juro que no tomaré venganza.

–Podéis burlaros y reíros de mí, pero habéis de saber que os odio y eso no va a cambiar.

–Pensad lo que queráis, pero estáis perdiendo la oportunidad de ajustar esa cuenta pendiente entre vuestra familia y la mía.

Gracia se coloca delante de él. Lo mira con tal intensidad que Martín está seguro de que lo va a abofetear. Se prepara para recibir el golpe, pero por algún motivo, Gracia detiene su mano justo antes de llegar a su rostro.

–Os odio, Martín Ximénez de Aibar. Os odio. Os odio. Os odio –le asegura echando a correr.

Tras alejarse un buen trecho, se detiene. Su pecho sube y baja con rapidez. Desorientada, mira a uno y otro lado. Por detrás ve acercarse a Martín.

–Dejad de seguirme u os aseguro que me arrojaré al río.

–De acuerdo, tiraros. No voy a ser yo quien os lo impida –le asegura aproximándose despacio.

Garra se acerca en ese momento. Gracia lo llama, pero el perro parece preferir quedarse al lado del caballero.

–Traidor –le dice. Gracia hace ademán de tirarse, pero Martín reacciona con rapidez y la agarra del brazo. Los dos caen y ruedan por el suelo. La joven trata de desasirse del contacto de Martín.

–Dejadme. ¿Se puede saber a qué habéis venido? –le pregunta.

–A tomar lo que es mío, si ha de ser mío. Y si no, a escuchar de vuestros labios que, definitivamente, no queréis ser mi esposa.

–¿Queréis que repita lo que ya os he dicho? ¿Queréis que os repita cuánto os odio?

–Quiero que me digáis lo que sentís de veras mirándome a los ojos y que lo hagáis apartando los prejuicios del pasado.

–¿Y lo aceptaréis?

–Si me lo decís con vuestra mano en el corazón, sí.

Gracia fija la vista en los ojos del joven Aibar.

–Tomadme aquí.

–¿Qué?

–¿Acaso estáis sordo?

–No. No estoy sordo. Solo que no sé si he comprendido bien vuestro lenguaje.

–Lo habéis entendido muy bien. Pero por si acaso, os lo repetiré. Os he dicho que me toméis ahora. Habéis dicho que habías venido aquí a tomar lo

que era vuestro, si había de ser vuestro, o a escuchar de mis labios que no quería ser vuestra esposa. ¿Y acaso me habéis escuchado decir que no quiero ser vuestra esposa?

–Pero…

–¿Qué mejor sitio que este, donde hemos discutido por primera vez, para que sea también el lugar de nuestra primera vez?

–Estáis loca –le dice acercándose a ella sin intención de perder la oportunidad. Se levanta y arrastra con él a Gracia. La coge en brazos y la sube en volandas–. Rodeadme con vuestras piernas, le pide mientras camina hacia el árbol más próximo y apoya la espalda de ella en el tronco. Antes de seguir, la mira para ver la expresión de sus ojos.

–¿Estáis segura?

Gracia asiente, incapaz de pronunciar ninguna palabra. Ha tomado una decisión. Si Martín la toma en este instante, ya no habrá marcha atrás, ya no podrá huir. Es la única manera que se le ocurre para obligarse a cumplir la palabra que le ha dado a su padre y desechar de su cabeza la idea de huir para siempre.

Martín busca sus labios. Ella nota la humedad de su lengua al introducirse en su boca. La sensación le agrada.

–Solo déjate llevar –le susurra él con la voz algo quebrada y su respiración entrecortada.

–¿Estáis bien? –Martín siente la respiración todavía agitada de Gracia, que tiene el rostro apoyado en el hueco entre su cuello y su hombro.

–Sí, lo estoy –le dice.

–¿Ha sido como esperabais, como imaginabais?

–No lo sé. Es… Pensaba…

–La segunda y las siguientes veces serán mejores –le asegura.

Gracia se queda en silencio unos instantes. Se endereza un poco para cambiar de postura –le duele un poco la espalda– y mira a Martín. Este pasa su mano por el rostro de ella, apartando un mechón de pelo que se ha quedado pegado a su frente. Ninguno de los dos retira su mirada.

–¿Y qué hay de vos? Vuestra primera vez, ¿fue como la habíais imaginado?

–¿Qué? ¿Acaso insinuáis que esta no ha sido mi primera vez?

–No me insultéis, esposo mío, y no me toméis por lo que no soy.

–¿Ahora soy vuestro esposo?

–Eso parece. Pero contestadme.

–No es algo de lo que un esposo deba hablar con su esposa.

–¿Todavía la veis? ¿Todavía os acostáis con ella?

–¡Por Dios, Gracia! ¿Es que no tenéis ni un poco de rubor?

–María siempre me decía que debo tratar toda clase de temas con mi

esposo. Y vuestra madre me dijo que confiara en vos.

–Estoy seguro de que cuando María os decía toda clase de temas no se refería precisamente a este. Y, en cuanto a mi madre, no creo tampoco que quisiera que os diera explicaciones sobre esto –dice intentando dejar a Gracia en el suelo, pero esta se agarra más a su cintura con sus piernas.

–Ahora, ¿qué pasa?

–Habéis dicho que la segunda y las demás veces es mejor. Y yo quiero saber si es verdad.

–¡Mi rebelde Gracia!

A las puertas de la iglesia de San Pedro se han congregado todos los familiares de los novios. Se respira un ambiente festivo. Muchos de ellos estiran constantemente sus cuellos para ser los primeros en ver salir a los ya esposos, tras dejar constancia de su matrimonio ante los ojos de Dios. Están deseando llevarlos hasta el castillo y que empiece el banquete. El aroma de los guisos que se están cocinando se ha extendido por el pueblo y todos están impacientes.

–¡Ya salen! –grita Ximen, deseoso de ver de nuevo a su cuñada.

–¿Quieres dejar de vociferar como una mujer? –le recrimina su hermano Pedro.

Tal y como está previsto, una vez que han salido los novios, todos se dirigen hacia el hogar de los Aibar, en la cima del pueblo. El banquete ya está dispuesto en las mesas. Los sirvientes llenan las jarras con vino para los hombres y reparten hidromiel para las mujeres. Desde su puesto de honor, Gracia recorre con la mirada a todos. Martín se ríe feliz. Su padre parece respirar tranquilo después de que todo esté transcurriendo según sus designios. Se le hace imposible descifrar la mirada de su suegro que bebe sin parar y que parece no hacer caso a nada ni a nadie más que a su propia jarra. Le divierte la actitud de su cuñado Ximen, que le guiña un ojo y le sonríe sin parar, pero le asusta la forma en que su otro cuñado, Pedro, mira a su esposo. La joven dama se pregunta si habrá algo entre ellos, alguna deuda pendiente entre los hermanos. Johana se comporta como una verdadera matrona, controlándolo todo, dando discretas órdenes y ocupándose de que no falte de nada. A un gesto suyo, la música comienza a sonar. Gracia desvía su vista hacia la esquina de la mesa. Allí está Guante Negro. Siente una punzada al darse cuenta de que él también la observa. Le sonríe e iza su copa. Después se levanta de su asiento y la invita a bailar.

–Agradezco vuestra invitación. ¿Os puedo llamar tío?

–Todo el mundo me llama Guante Negro, pero dejaré que vos elijáis.

–¿Puedo preguntaros cuál es el motivo de ese apodo?

Gracia lo ve dudar.

–Durante el asalto de las tropas francesas a la Navarrería, en 1276, caí a los pies de un caballo, que me pisó la mano derecha. Perdí varios dedos. Cuando fui creciendo, me avergonzaba de mi mano y la oculté bajo un guante negro que, como veis, nunca me quito.

–Lo siento. Debíais ser muy niño cuando ocurrió. Me gusta el nombre de Guante Negro –le dice en uno de los giros. ¿Y Juan Alfonso? Pensaba que al final estaría hoy en Aibar.

–No ha podido venir. Tal vez os visite en otro momento.

–¿Y vos? ¿Nos visitaréis en Irulegui?

–Es una invitación que acepto gustoso, aunque no pueda aseguraros que pueda ir.

–Me encantará veros en Irulegui –le asegura justo cuando termina la canción.

–Os acompaño a vuestro asiento.

–Sois muy amable, pero ¿no os gustaría seguir danzando?

–No quiero acaparar a la novia.

–No veo que nadie más quiera bailar conmigo.

–En ese caso…

La música sigue sonando. Gracia sonríe mientras intercambia giros con Guante Negro, con Ximen, con Pedro… En el siguiente baile decide tomarse un descanso y beber algo. Tiene mucha sed. Mientras contempla a todos, siente una rara nostalgia. Tal vez esté provocada por su rápida rendición a aceptar este matrimonio o, tal vez, sea solo que ha tomado más hidromiel del que está acostumbrada. Sea como sea, decide poner algo de distancia y salir a respirar.

Pendiente de sus pasos, Guante Negro sale tras ella. La ve caminar por el pasillo y dirigirse al torreón más alto. Asciende las escaleras en pos de sus pasos, agitado por una premura que le corroe el alma.

–¿Qué hace aquí sola la novia más hermosa de todos los reinos?

–¡Guante Negro! Me habéis asustado. Martín me ha dicho que en San Adrián de Vadoluengo encienden por las noches una gran linterna y que si miraba en la dirección adecuada, la podría ver incluso desde el castillo de Aibar. Así que me he subido a la torre más alta que he encontrado.

El viento agita sus cabellos.

–Tenéis que mirar en aquella dirección.

–¿Dónde?

–Allí –le orienta, señalando con su dedo hacia el este, colocándose detrás de ella y protegiéndola del frío con su propio cuerpo.

–La veo –dice entusiasmada.

–Gracia, ¿puedo deciros algo?

–Claro, tío. Digo, Guante Negro.

El caballero tiene un momento de indecisión. Coloca sus manos sobre los hombros de ella y cierra los ojos aspirando el perfume que emana de sus cabellos.

–¿Qué ocurre? –le pregunta al ver que él no dice nada.

Guante Negro hace una ligera presión sobre los hombros de Gracia y esta se gira. En ese momento se encuentra con los ojos inquietos y dulces de la joven novia y algo se rompe dentro de él. El veterano caballero desanuda su capa y la coloca sobre los hombros de ella.

–Gracias.

–Solo quiero pediros que cuidéis bien de mi sobrino. A veces es demasiado impulsivo y no quiero que su impaciencia le arrastre a una muerte prematura.

–Lo haré –le asegura–. ¿Y quién cuida de vos?

–Yo sé cuidarme solo.

–¿Puedo preguntaros algo?

–Por supuesto.

–¿Juráis contestarme, aunque la pregunta os parezca extraña?

–Os lo juro –dice sin vacilar.

–¿Es cierto que os parecéis a vuestro tío, García?

Antes de contestar, Guante Negro lanza un profundo suspiro, intuyendo por dónde va la línea de pensamiento de Gracia.

–Lo habéis jurado.

–Sí –contesta escuetamente sin quitar la vista de la novia.

–¿Sí? ¿No vais a añadir nada más?

–¿Os asusta eso?

–No –declara bajando la vista unos instantes.

–Bien, porque me habría sorprendido cualquier otra respuesta. Sé que sois una mujer valiente –le dice pegándose mucho a su rostro, buscando sus labios despacio, muy despacio, hasta encontrarlos y rozarlos suavemente con los suyos y luego buscando un contacto mucho más íntimo.

–Debo irme –dice Gracia de repente, separándose de él y lanzándose escaleras abajo. Sobre el suelo del torreón queda tendida la capa de la que se ha desprendido antes de marcharse.

Guante Negro se detiene unos instantes en la puerta antes de bajar. Recoge la capa y se maldice porque, desde que murió Mencía, no ha sentido nada igual por ninguna otra mujer y se odia porque tenga que ser precisamente la esposa de su sobrino la que toque las cuerdas de su corazón roto y las haga sonar.

Le tiembla todo. Desde el corazón hasta las uñas de los pies. Le tiembla la mano que no ha podido extender hacia el rostro de Guante Negro. Y también

los labios que le ha costado separar de los suyos. Se recrimina su precipitación al abandonar el contacto del caballero. "Es lo que teníais que hacer", le asegura su conciencia. Pero no es lo que su cuerpo deseaba. ¿Por qué? ¿Por qué se siente atraída por él? Si detesta a Martín por llevar la sangre del asesino de su abuelo en sus venas, ¡cuánto más debería odiar a Guante Negro! Él mismo le ha dicho que se parece a García.

Como atraído por su pensamiento, Guante Negro penetra en la sala del banquete. Gracia posa su mirada en él. Y Guante Negro también lo hace. Le sonríe y su expresión no solo la reconforta, sino que la hace temblar de nuevo. "Podría llegar a amarle, piensa asustada". El pensamiento se cuela hiriente, intentando quebrar un ánimo que siente eufórico. Si le pidiera que huyera con él, lo haría de inmediato, sin mirar atrás.

Se aproxima y ella retira un instante su mirada intentando parecer cohibida, pero deseando notar su presencia tan cercana que pueda beber de su aliento. Martín Almoravid de Elcarte es tan distinto de Martín Ximénez de Aibar como la noche del día. El noble se sienta a su lado y le ofrece una copa de hidromiel.

–Con mis disculpas –le dice.

Ella acepta el vaso y lo mira. Está tan confusa que es incapaz de decir una palabra. Así que, por primera vez en su vida, opta por callarse. Pero lo que ella no dice, se lo dice su propio cuerpo. Horrorizada descubre que su corazón palpita con fuerza cuando él está cerca, que se le acelera el pulso y que solo ansía sentir de nuevo el contacto de sus labios.

VERNON, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1305

Al despertar, Louis tiene una agradable sensación. Se deja mecer por las caricias que siente en su espalda. Ha elegido bien. Eudeline es una amante experimentada. No quiere preguntarle dónde ha aprendido a hacer lo que le hizo la noche pasada por miedo a sentir celos de otros amantes. La sonrisa se le ensancha cuando los dedos de la muchacha llegan hasta su rabadilla. Se vuelve con rapidez y la mira a los ojos. Lo que ve le agrada. Vestida de sirvienta, simplemente es una sirvienta. Pero allí, con los cabellos sueltos desparramados entre las sábanas, parece una reina.

–*Monseigneur* y rey, habéis de saber que ya está amaneciendo.

Louis cierra los ojos, como si así pudiera hacer retornar la noche.

–Ordenaré a la luna que vuelva a ser la reina del cielo.

La idea hace reír a Eudeline.

–Estoy segura de que os haría caso, *sire*, si se lo ordenarais. Pero, ¿no sería mejor, por ventura, aguardar a ver qué depara la próxima noche?

–En muy alta estima te tienes si piensas que puedes superar…

Eudeline pone su dedo índice sobre los labios del rey de Navarra y le sonríe.

–Esperemos a ver qué pasa, *sire*. Y, ahora, si dais vuestro permiso, debería comenzar mis quehaceres.

–Tus quehaceres son cumplir mis deseos.

–Y los cumpliré. Todos y cada uno –le dice con sus labios pegados a su oído.

–¿Lo juráis?

Eudeline se aparta de la cama y recoge su ropa.

–¿Lo juráis? –le vuelve a repetir mientras ella se coloca la camisa, la saya y el vestido. Con gran destreza se desenreda los cabellos con sus propios dedos y se recoge el pelo.

–Os traeré agua para lavaros.

Louis nota un tremendo vacío cuando Eudeline se aleja de su lado. Se levanta y suspira complacido. Su noche de bodas no podía haber acabado mejor. Apoyado en la pared de piedra, observa desde el hueco de su ventana la

corriente del Sena.

La puerta se abre sin que nadie llame. Louis se gira.

–Isabelle. Has madrugado mucho.

–¿Habéis pasado buena noche, hermano?

–No me puedo quejar. ¿Y tú?

La pequeña se encoge de hombros.

–Madre ha venido a verme.

–No digas tonterías, Isabelle. Sabes que eso enfada mucho a nuestro padre.

–Pero es verdad, Louis. Madre me ha visitado esta noche.

–Ven. Desde aquí se ve el río. ¿Quieres verlo?

–Es un río, Louis. ¿Qué tiene de misterioso?

–No es un río, Isabelle. Es el Sena.

–De acuerdo. Es el Sena. ¿Qué vais a hacer hoy?

El príncipe se queda callado durante unos instantes. Ni siquiera ha planificado su día. Se había imaginado que Marguerite estaría a su lado y que pasarían la jornada juntos.

–¿Saldréis a cabalgar conmigo? Quiero que me llevéis en vuestro nuevo caballo.

–De acuerdo. Lo haremos. Te llevaré a dar un paseo.

–¿Habéis elegido nombre para él?

–Creo que lo llamaré Fortuné.

–No me gusta ese nombre.

–Pues te tendrás que aguantar. Es a mí a quien las gentes de Champaña y Brie se lo han regalado.

–Yo les obligaré a mis súbditos a que me regalen un caballo y lo llamaré Envahisseur[18].

–¿Ah, sí? Y qué piensas invadir con él.

–Todavía no lo sé.

Unos golpes en la puerta desvían la atención de Louis.

–Adelante.

Eudeline entra en la estancia con agua y una bandeja con algo de comida.

–¡Ah, *demoiselle* Isabelle! Me alegra verte levantada tan pronto.

–Nadie te ha dado permiso para hablar –dice Isabelle caminando hacia la puerta. Desde allí se dirige a su hermano–. Deberíais enseñar a vuestra sirvienta cómo debe dirigirse a sus señores.

–Lo haré, Isabelle. No te preocupes.

–Os espero en las caballerizas.

La puerta se cierra y Louis se acerca a Eudeline.

–Ya has oído a mi hermana. Tendré que azotarte.

Eudeline sonríe y al hacerlo su expresión se torna descarada.

–Lo que vos deseéis, *sire*.

–¿Está mi padre ya despierto?

–Hace ya un rato que ora en la capilla.

–Ayúdame a vestirme. Quiero hablar con él.

Philippe el Hermoso fija la mirada en la talla de marfil que representa a la Virgen y el Niño. Fervoroso, con las manos entrelazadas, no aparta su vista de ella, recreándose en las formas perfectamente ejecutadas por el maestro tallador. La pequeña escultura tiene un trazo curvado que aprovecha perfectamente el cuerno de elefante sobre el que está ejecutada. La mirada de la madre y el hijo confluyen en un espacio minúsculo y a la vez inabarcable. Los detalles están cuidados al máximo. Cada pliegue, cada cabello, cada rasgo está trabajado de una manera única y armoniosa. La belleza de la efigie, cuando los rayos de sol se desparraman sobre ella tras atravesar la ventana, es infinita.

En la soledad de la capilla, recuerda a su esposa. Todavía rememora el día en que, siendo muy niños, le prometió que siempre estaría a su lado y que sería ella la que cerraría sus ojos y la acompañaría en el tránsito de la muerte. Sería grosero echarle en cara que no cumplió su promesa, pero a veces es irremediable culparla por faltar cuando más la necesita. Se levanta por fin, santiguándose. Nogaret acude rápido para ayudarle.

–Vuestro hijo os aguarda, *sire*.

–¿Cuál de ellos?

–Louis.

–Decidle que le llamaré enseguida, antes quiero despachar con vos unos asuntos.

Philippe se dirige hacia la parte noble del castillo. El consejero no tarda en llegar.

–¿Cómo estaba mi hijo?

–Impaciente. Pero, si me lo permitís, *sire*, ¿cuándo no lo está?

–Es como un león enjaulado.

–Mientras esté enjaulado…

Philippe levanta su brazo y la frase de Nogaret se queda en el aire.

–Sentaos, por favor. Hay algo que quiero pediros.

–Sabéis que estoy a vuestras órdenes.

–¿Habéis contactado ya con Bertrand de Got[19]?

–Le he escrito de vuestra parte, como pedisteis.

–Dejad todo lo que tengáis entre manos y centraos en este asunto. Tomad a cuantos hombres necesitéis, pero aseguraos de controlar todos sus movimientos y de atraeros al nuevo papa a nuestra causa.

–Estad seguro de que se hará según vuestros deseos. ¿Queréis que haga venir a Louis?

–Sí. Creo que debo dejarle claros algunos asuntos.

–¿Vais a dejarle marchar a Navarra?

–¿Creéis que he perdido el juicio?

–Por supuesto que no, *sire*. Ahora le aviso.

Philippe deja su vista en la puerta cerrada, por donde de un momento a otro entrará su hijo.

–Padre…

–¿Es así como saludas al rey de Francia? –no sabe por qué, pero la presencia de Louis lo irrita. Le gustaría alejarlo unos días. No obstante, Navarra no es la solución.

Louis parece turbarse unos instantes, pero se rehace y se sienta enfrente de su padre.

–¿Por qué os habéis llevado a mi esposa? Debería haber pasado esta noche con ella. De hecho, ahora debería estar con ella.

–Por lo que sé, no habéis pasado mala noche.

–¿Qué…? ¿Cómo…?

–Louis, ¿creéis que podéis hacer algo sin que yo lo sepa?

El joven príncipe se levanta y camina hacia la ventana evidentemente contrariado.

–En realidad, padre, no es eso lo que he venido a discutir con vos. Quiero saber cuándo regresamos a la corte y cuándo podré estar con Marguerite.

–Sentaos, Louis. He dicho que os sentéis –insiste al ver que su primogénito no le obedece. Philippe carraspea–. He decidido comprar la torre Nesle para que vuestra esposa y vos os instaléis allí –la expresión del príncipe cambia por momentos–. Pero no será de inmediato. Antes habrá que prepararlo todo y deberéis llevar a cabo algunas reformas.

–¿Sabéis lo que me costará adecuar la residencia?

Louis golpea la mesa con su puño. Su padre vuelve a carraspear. Su mirada intimidatoria no basta para frenar la lengua de su primogénito.

–¡Suficiente, Louis! Veo que tenía razón al pensar que pretendéis una corona que no merecéis. Os estáis comportando como un niño. Lo que he dicho es palabra de rey. Tendréis que buscar los recursos para pagar los cambios por vuestra cuenta.

–Los champañeses me ayudarán con su dinero.

–Y deberéis esperar a tener mi aprobación antes de dar por finalizadas las obras.

–Tampoco creo que haya que hacer tantas renovaciones.

–En cuanto todo esté listo, Marguerite podrá trasladarse a Nesle con vos. Mientras tanto, residirá en el palacio de la Cité.

–En cuanto a eso…

–Mis condiciones no son negociables. Mañana volveremos a París y podrás

inspeccionar la torre. Eso es todo, Louis. Podéis retiraros.

Philippe se sienta. Tiene otros asuntos que atender y las finanzas del reino son una de sus prioridades. No tarda mucho en ser interrumpido.

–¡Padre! Le habéis dado a Louis la torre Nesle.

–Y a ti te haré conde de Poitiers, Felipe.

–Pero mi hermano ya tiene el título de conde de Champaña y Brie.

–Cuando te cases, Felipe, cuando te cases tú también podrás vivir en la torre Nesle con tu esposa. ¿Te parece bien?

–¿Lo prometéis, padre?

–Por supuesto.

–¿Puedo retirarme?

–Hazlo.

Impasible, Philippe rebusca en el interior de su túnica y extrae el sello céreo de su esposa. Lo mira como si fuera un objeto extraño y ajeno, aunque si lo examina bien, todavía puede ver las huellas de Jeanne impresas en él. Entre las flores de lis y el carbunclo de Navarra emerge la silueta grácil y bondadosa de la reina. La recuerda así, tal cual aparece en su sello, aunque seguramente nunca se pareció a la imagen que la representa. Extraña a su compañera de vida, a su casi hermana.

---

18 Invasor. El 22 de septiembre de 1326, Isabelle, al frente de mil quinientos hombres, invadió Inglaterra. La biografía de Isabelle es realmente novelesca. Se casó en 1308 con Eduardo II de Inglaterra. Sus desavenencias crecientes tanto en lo político como en lo personal hicieron que aprovechara una visita a Francia para reunir un pequeño ejército en compañía de su amante, Roger Mortimer, a quien previsamente había rescatado de la Torre de Londres, donde se hallaba preso por su oposición a Eduardo. Aquel ejército fue suficiente para hacer abdicar a su marido en el hijo de ambos, que subiría al trono con el nombre de Eduardo III. Pero, durante su minoría de edad, fueron Isabelle y Mortimer quienes gobernaron el reino.

19 Bertrand de Got fue elegido papa el 5 de junio de 1305 en Perugia. Su coronación tuvo lugar el 14 de noviembre de ese año en Lyon. Tomó el nombre de Clemente V.

AIBAR, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1305

Gracia apenas ha dormido. A su lado descansa el cuerpo de un extraño. Un desconocido que ahora acaricia su espalda, recorriéndola despacio mientras musita palabras que ella no escucha. En este momento se odia por desear que sea otra mano la que recorra sus vértebras. No puede sacarse a Guante Negro de la cabeza. Pensaba que, tal vez, el amanecer le haría ver las cosas de otro modo, pero solo ha hecho que se odie doblemente; por enamorarse y por hacerlo de un Almoravid.

"¡Bosta de caballo!", se dice con rabia.

Nota el calor que desprende el cuerpo de su esposo. Le envuelve el olor a heno del que toda la habitación parece impregnada. Sus manos se mueven buscando sus senos y sus labios se clavan en el nacimiento de su cuello. "Martín", suspira ella. Pero es a otro Martín a quien reclama en su cama. Martín Ximénez de Aibar busca amarla de nuevo y ella tiembla.

–Mi rebelde Gracia. ¿Conocéis Irulegui?

Irulegui, la palabra maldita. El lugar al que se tendrá que ir a vivir. No quiere que amanezca. No quiere levantarse y descubrir que se ha enamorado de alguien que no debe.

–No.

Ese desconocido, al que la han unido para toda la vida, se pega más a ella.

–Ese es nuestro destino. Nuestro primer destino.

Mientras el amanecer va llenando la estancia de formas, piensa que no desea saber cómo será su futuro al lado de Martín. Y tampoco le importa dónde vivirán o si Dios les dará hijos. A su lado, Martín habla de cómo es el castillo, de los caminos que llevan a él, del cercano río Sadar, de las poblaciones aledañas, de las vistas, de los muros y lienzos, de las obras que llevará a cabo… Y Gracia tiembla mientras los dedos de su esposo visitan sus entrañas y sus labios acarician sus hombros.

A Guante Negro le duele la cabeza. De hecho, le duele todo el cuerpo a pesar de que ya es pasado el mediodía. Se lleva la mano a los labios preguntándose sin ningún arrepentimiento si debió llegar más lejos. Si debió retener a Gracia

a su lado cuando esta hizo ademán de irse. Desde Mencía no había conocido a nadie tan extraordinariamente hermosa. Aunque en el corazón de Gracia anida cierta rebeldía que nunca descubrió en la que fue su amor de juventud. Tal vez sea eso lo que le atraiga de ella y por ese motivo el beso que le dio le ha sabido a poco. En cualquier caso, el momento pasó y la oportunidad se ha perdido. Decide ir a buscar a su sobrino y despedirse. Es hora de retornar a Calahorra. Encuentra a Martín en los establos.

–Sois afortunado –le dice.

–Lo sé –afirma sin ambages.

–Veo que habéis pasado una buena noche.

–No os daré detalles, así que no me los pidáis. Parece que os marcháis. Me había hecho a la idea de que os quedaríais un poco más.

–Así es la vida del caballero. Aprendedlo bien. ¿Y Gracia? Me gustaría despedirme de ella.

–Está en la torre. Al parecer, le gusta el paisaje que se ve desde allí.

–Iré a decirle adiós.

–Os deseo un buen viaje –le dice Martín mientras recibe su abrazo–. Y decidle a Juan Alfonso que lo extraño y que me gustaría verlo.

–Se lo diré.

El veterano caballero sube a la torre. Sobre los hombros lleva su capa. Encuentra a Gracia mirando hacia Vadoluengo. Tiene los ojos entornados.

–Vengo a deciros adiós.

–Se ve mejor de noche, ¿no creéis?

–Sí. De noche se ve todo mucho mejor. Especialmente si lo que hay que ver es tan bello como vos.

–No debió ocurrir.

–Pero sucedió y de lo único de lo que me arrepiento es de haberos dejado marchar de mi lado.

Gracia se gira hacia él.

–No debió ocurrir y lo sabéis –al decirlo, la joven no sabe muy bien si se refiere al beso o a enamorarse de él.

–Os recordaré todos los días –le asegura quitándose la capa y colocándola sobre sus hombros–. Es un regalo. Os abrigará en las frías noches de Irulegui. Y tal vez penséis en mí cuando os sentéis junto a la chimenea.

Guante Negro se marcha.

–Aguardad –tras un momento de silencio, sigue hablando–. Lo haré. Pensaré en vos cuando me siente junto a la chimenea.

Él sonríe antes de comenzar a descender los peldaños. Y con esa misma sonrisa llega hasta las caballerizas.

Estira de las bridas de su montura, ya preparada para la marcha, y sale del castillo. Cuando alcanza cierta distancia, vuelve su cabeza. En la torre más

alta, la silueta de Gracia se recorta entre las almenas. Sabe que lo está mirando. Inclina la cabeza rindiéndole cortesía antes de poner rumbo a Calahorra.

PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1305

La mandíbula está tan apretada que ha cambiado hasta la expresión de su rostro. Y su ceño fruncido semeja un pergamino arrugado. Su mal humor ha hecho que despache a Eudeline con gritos y reproches que han inundado la estancia con la palabra *puterelle*. Algo de lo que no se arrepiente. Apretado contra la pared de piedra, mira por la estrecha ventana de sus aposentos a la altiva torre Nesle. ¿Cómo ha podido su padre engañarlo así? ¿Cómo ha podido creer que había comprado la torre Nesle para él? "¡*Baronnet*![20]", piensa en silencio dirigiendo su ira hacia su progenitor. Todavía le duele la carcajada del conde de Clermont cuando ha escuchado que ahora iba a ser su morada. "¡Vuestro padre no tiene dinero para comprar esta propiedad!", le ha escupido a la cara. Lo ha comprobado. Para su escarnio, Philippe no ha hecho ninguna diligencia para adquirir la torre.

Su mal temple, en vez de disolverse, aumenta. Decide jugar una partida de *jeu de paume* y para eso recluta a varios jugadores entre el personal del castillo. Juega duro, rápido y sin piedad, humillando a sus rivales. Reprende a los que juegan mal, por su incompetencia. Y a los que juegan bien, porque no soporta que nadie le haga sombra. Los insultos se esparcen por la sala igual que la pelota sale con brusquedad de su brazo.

Pronto oscurecerá y Louis despacha a todos entre alborotos y una nueva tanda de insultos que todavía reverberan en la sala mucho después de que el último de los jugadores se haya marchado. Mientras camina hacia sus aposentos, su cabeza solo se centra en sorprender a Eudeline y acostarse con ella. Piensa regalarle la mejor flor que encuentre. Y se promete a sí mismo que encargará ámbar, almizcle y rosa, que él mismo restregará por su nívea piel. Lejos de su mente se encuentra la pelea de hace unas horas. Los insultos se han descolgado de sus recuerdos y la palabra *puterelle* se ha transformado, simplemente, en diosa. Solo un deseo le arde por todo el cuerpo mientras anticipa el encuentro. En esos momentos sería capaz de colmarla de joyas y de prometerle el cielo. ¡Eudeline!, exige. ¡Eudeline!, requiere. ¡Eudeline!, ansía.

Sabe que Eudeline acudirá a él.

---

20 Insulto de la época dirigido a los nobles. Significaría algo así como barón de mierda.

IRULEGUI, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1305

La primera sombra que anticipa el atardecer se extiende sobre los campos abrasados de un verano que ya se ha convertido en otoño. En la cima de Irulegui, el viento azota con furia ropajes y cabellos y mece con violencia las ramas cercanas. Gracia tiene sus ojos puestos en la lejanía, febril su mirada en un punto inconcreto de los Pirineos que se aprecian en lontananza. Irulegui es una fortaleza preparada para defender el reino, desde la que se divisa toda la cuenca de Pamplona, el valle de Izagaondoa, el de Lizoáin, Arazuri… Gracia siente el silencio de un lugar demasiado alejado de todo, a pesar de que desde allí se domina medio reino de Navarra. Irulegui está lejos del bullicio de Pamplona, aunque puede ver la torre de la catedral, todavía sin reparar, después del grave asalto que sufrió en 1276 durante la Guerra de la Navarrería. Irulegui está también lejos de su Monteagudo natal, por mucho que su padre le haya asegurado que siempre lo llevará en su corazón. Y está todavía más lejos de Margelina y de Abiroc, aunque una azucena bordada en su vestido le recuerde sus días vividos en Tudela.

No hay nada alrededor de Irulegui, salvo el rugido del viento y una eterna vigilia castrense. Los ecos del poblado vascón que un día bulló a sus pies, han desaparecido entre las losas que hoy configuran el recuerdo nostálgico de unos hombres, de unas mujeres, de unos niños, que tal vez murieron defendiendo ese suelo que ahora le toca proteger a su esposo.

Incluso las almenas le hablan de soledades perdidas, mientras siente la necesidad de reivindicarse en un territorio incómodo y escarpado, donde los caminos hacia la cima han sido borrados por la maleza. Todavía los hombres siguen acarreando las bestias que trasiegan con sus enseres hacia lo alto de la peña, empujándolas por los riscos que bordean el castillo. Martín aguarda dos pasos por detrás de ella. Espera hasta que tome posesión de su nuevo hogar. Pero algo dentro de ella la empuja a demorarse. Tal vez lo haga solo por fastidiarle porque, en realidad, le gustaría estar en otro lugar, con otra persona.

–¿Qué os parece? –mientras lo pregunta, Martín se sitúa a su lado, mirando

también al frente.

–¿Queréis la verdad?

–¿Qué más podría esperar?

–Es un lugar maravilloso –le asegura, aunque eso no sea lo que siente.

Nada más traspasar la puerta se topa de bruces con dos sirvientes. Martín le ha dicho sus nombres durante el ascenso, pero no los recuerda. Debería haber prestado más atención. Los dos hablan deprisa mientras se presentan e intentan guiarla por las distintas dependencias.

–Solo enseñadme mis aposentos. María se encargará de llevar mis pertenencias. ¡Ah! Y que nadie me moleste. Quiero descansar.

Se tumba en su lecho. El lugar es húmedo y por las grietas de la pared se cuela el viento. La habitación es más pequeña que la que usaba en Monteagudo, pero la chimenea es más grande; preparada para los duros inviernos de la merindad de Pamplona. Dirige su mirada a través de la estrecha saetera por la que apenas entra luz. María llega sofocada. No le ha gustado tener que subir esa cuesta. Gracia tiene ganas de desahogarse con ella.

–¡Por fin has llegado! ¿Has visto qué sitio? ¡Todo está sucio y desordenado! ¡Ni siquiera hay muebles en esta estancia!

Gracia se calla al ver que detrás de María aparece el sirviente de la entrada cargado con las pertenencias de la joven dama.

–¿Dónde os dejo esto?

–María se encargará de todo. Déjalo ahí –le señala un lugar detrás de la puerta– y vete.

–¡Ah!, de eso nada –contesta de pronto el aya–. ¿No os lo ha dicho vuestro padre? No me voy a quedar en Irulegui.

–¿Cómo que no te vas a quedar?

–Ya lo habéis oído.

–Pero…

Sin hacerle más caso, María se dirige al sirviente y le pide que mande a buscar a su esposa para que ayude a Gracia. Esta se revuelve contra la orden.

–He dicho que no –descarga Gracia de manera rotunda–. ¿Desde cuándo eres tú quien da las órdenes aquí? –dice saliendo de la habitación–. ¿Dónde está mi padre? ¡Padre, Padre!

Gracia encuentra a Juan charlando en la entrada con su esposo. Sin importarle importunarlos, se dirige a su progenitor interrumpiendo la charla.

–¿Qué es eso de que María no se queda en Irulegui?

–Hablaremos de eso luego.

–¿Luego? ¿María se va? ¿Y me dejáis aquí sola?

Está tan furiosa que la sangre se le sube a la cabeza.

–María no se va a ir.

–Me acaba de decir que ni siquiera va a ayudarme a organizar mis

pertenencias. Ya podéis arreglar esto. ¡Padre, por favor! Hablad con ella.

Juan carraspea antes de volver a hablar.

–Os dejaré solos –dice Martín, alejándose hacia el patio de armas.

–¿Se puede saber qué os pasa? Si vuestra madre estuviera…

–Pero no está.

–¡Basta, Gracia!

La joven frunce el ceño, dispuesta a hablar de nuevo, pero el gesto de su padre es rotundo.

–No sé a qué viene todo este alboroto. En primer lugar, María se queda con vos en Irulegui. Mi decisión está tomada desde que apalabramos vuestro matrimonio. Quiero que ella permanezca a vuestro lado. Sé que os será fiel a vos y a mí. Y, en segundo lugar, es cierto que vuestra madre no está aquí, que no la conocisteis, pero os voy a decir cómo se comportó ella el día que entró por primera vez en su casa como esposa mía. Saludó a todos los sirvientes, habló con ellos, se interesó por sus vidas y por las tareas que realizaban en la casa. Después, mandó bendecir la vivienda e, inmediatamente, comenzó a gobernar sobre nuestro hogar. Supe desde el primer momento que mi casa estaba en buenas manos. Que no importaba cuándo ni por cuánto tiempo debería ausentarme, porque sabía que al regresar todo estaría en orden y preparado. Tardamos cinco años en concebiros, pero os juro que durante ese tiempo vuestra madre fue la verdadera alma de mi hogar, el consuelo en mis días de fatiga, la mano que siempre estaba ahí, callada y tranquila, con su sonrisa siempre presta. A veces, sus silencios decían más que sus palabras. Jamás tuve que levantarle la voz, porque ella sabía exactamente lo que tenía que hacer y cuándo debía hacerlo. Por eso, Gracia, tengo que deciros que vuestro comportamiento está del todo fuera de lugar. Fuisteis muy osada al escaparos antes de la boda. No os dije nada porque no me pareció oportuno afearos vuestra conducta delante de vuestra familia política. Pero os juro que si Martín tiene alguna queja de vos, no os daré una segunda oportunidad. Yo mismo vendré a buscaros y os llevaré al convento de Santa Engracia. Vuestro matrimonio es más que la unión de dos apellidos ilustres de Navarra, Gracia. Vuestro matrimonio es la rúbrica con que dos familias sellan la paz. Tenedlo en cuenta porque la responsabilidad será solo vuestra si con vuestro comportamiento iniciáis de nuevo esta guerra. Y ahora, espero que empecéis a comportaros como la señora que sois. Nada de juguetear con judíos como Abiroc o de abrir vuestro corazón a caballeros que pueden comprometer vuestro matrimonio. No confundáis un gesto caballeroso con una prenda de amor. ¿Está claro?

–Lo está, padre –asegura tragándose su orgullo.

–Entonces, no tengo nada más que decir.

Con gesto mohíno, Gracia regresa a su habitación. Allí encuentra a María

discutiendo con la sirvienta. Esta, al verla, calla y agacha la cabeza. El aya aprovecha para marcharse despechada.

–Me has dicho que tu nombre era…

–Ortissa, señora.

–Bien, Ortissa. Yo soy Gracia.

–Lo sé, señora. Vuestro esposo nos habló mucho de vos antes de partir a vuestro encuentro.

–¿Cuáles son tus tareas en Irulegui?

–Ahora mismo me ocupo de las cocinas, de la ropa, de la limpieza… pero puedo hacer lo que mandéis.

–Está bien. Iremos viendo. Ahora, me gustaría que me ayudaras a instalarme.

–Mi esposo os ha traído este arcón –le dice señalando un punto al fondo–. Podemos guardar vuestros vestidos. Y hay otro más pequeño que también podéis utilizar. Lo he dejado encima del lecho para que os sea más fácil meter aquello que necesitéis tener más a mano.

–De acuerdo, comencemos entonces. ¿De qué discutías con María?

–¡Oh, no era nada, señora!

–¿Seguro?

–Seguro. No os preocupéis por eso.

En ese momento, Gracia escucha un ladrido y al instante Garra se presenta en la habitación.

–¿Es vuestro perro?

–Sí.

–Es precioso. ¿Puedo?

Ortissa estira su mano y se la da a oler al perro.

–¿Creéis que le gusto?

–Eso parece.

Martín se ha subido a las almenas. Desde allí contempla con orgullo la tierra abierta ante sus ojos. En un infinito de trescientos sesenta y cinco grados puede apreciar con nitidez cualquier polvareda que se levante a cientos de miles de pasos. Cualquier incursión, cualquier movimiento militar contra Pamplona, por mínimo que sea, se puede advertir inmediatamente. Brazos en jarras, su juventud desafía al viento, convencido de que es capaz de vencer a cualquier enemigo. “Necesito un escudero, piensa. Tal vez mi hermano pequeño”. Los ladridos de Garra le hacen girar la cabeza y esbozar una sonrisa al ver a su esposa.

–¿Está todo bien con María?

–Sí. No os preocupéis por eso.

–Me preocupa que estéis bien.

–Y lo estoy –le asegura con un tono de voz algo más chillona de lo habitual.

–Creo que vamos a ser muy felices aquí –dice convencido, mirando con emoción a un cielo donde las nubes se deslizan a toda velocidad–. Es un buen sitio para que crezcan nuestros hijos. Y también para medrar en el escalafón social. Irulegui es una tenencia importante. Estaba pensando –dice fijando su mirada en su esposa– que quizás sería bueno hacer venir a mi hermano Ximen. Creo que se lleva bien con vos. Y se podría formar aquí como escudero.

–Sí, estaría bien.

–Mañana mismo enviaré un mensaje a mi madre.

Martín se mueve y su espada golpea en la falda de Gracia. Sonríe débilmente. Tiene un enorme deseo de acercarse a ella, de abrazarla, pero se contiene. Estira su mano hasta alcanzar la de ella. Sus dedos no llegan a entrelazarse.

–Creo que será mejor que vaya dentro. Todavía no me hago una idea de cómo es este castillo.

Un suspiro le brota inconsciente desde lo más profundo de su ser. Su mirada sigue la estela de su esposa hasta que esta se pierde engullida por la sombra de la fortaleza. A su lado, Garra mira a uno y a otra y, tras vacilar, decide quedarse en el exterior. Martín aguarda unos instantes más, girándose hacia poniente. Los últimos rayos del sol se esparcen tímidamente sobre Pamplona. Su mano se posa sobre la piedra de Irulegui. Permanece en la misma postura hasta que el sol desaparece por el horizonte, observando cómo las casas de Pamplona pierden sus formas y las montañas se diluyen en la tenebrosidad de la madre noche.

–Mi señor, vuestra esposa pregunta si queréis cenar con ella y con su padre.

–Enseguida voy –dice tratando de aprehender hasta el último resquicio de luz de su primer día oficial como alcaide de Irulegui.

LYON, 14 DE NOVIEMBRE DE 1305

El 25 de julio de 1305, Bertrand de Got decidió que tomaría el nombre de Clemente V cuando ciñera la tiara papal. Tras acordarse que la ceremonia de coronación tendría lugar en Lyon el 14 de noviembre, la tiara había sido traída desde Perugia fuertemente protegida. Mientras se perfilan los últimos detalles, la joya más simbólica de los pontífices aguarda en la basílica de Saint-Just, custodiada por varios caballeros franceses. Philippe la observa sin pestañear. Sus ojos están fijos en las piedras preciosas que la adornan, especialmente en el rubí encendido en sangre que remata la tercera corona.

–Todo está listo, *sire* –la voz de Nogaret no perturba la silueta hierática del monarca, quien alarga la contemplación de la tiara unos instantes más.

–Vayamos –dice utilizando la voz neutra, pero cargada de poder, que siempre asombra a cuantos le escuchan.

Philippe camina con ese don que solo tienen algunas personas de atraer las miradas de los demás hacia ellos. Cualquiera podría pensar que se trata de su propia ceremonia de coronación y no de la del papa 195 de la iglesia. No tiene prisa en ocupar su lugar, precisamente porque sabe que nada empezará hasta que él no haga acto de presencia. Por delante, una ceremonia que durará más de seis horas. La basílica está atestada de gentes que se arremolinan para seguir el acontecimiento. El avance de Philippe arranca el silencio allí por donde pasa. En cuanto el rey francés ocupa su lugar preeminente, comienza el ritual. Las voces del coro se elevan mientras el presbítero cardenal acompaña al nuevo papa desde la sacristía hasta el altar mayor.

Un poco más tarde, cuando el rito de la oración comienza, las miradas de Philippe y Bertrand de Got, ya más Clemente que Bertrand, confluyen unos instantes.

Conforme avanza la ceremonia y se suceden la imposición de manos y la imposición de los Evangelios, más alejado se siente Philippe de todo lo que lo rodea. Aparentemente, se le ve muy concentrado, con su mirada pétrea fija en la colección de cardenales que rodean a la figura que él ha aupado al sillón pontificio. La ceremonia sigue su curso. Los cardenales obispos de Albano, Leonardo Pastrasso; de Porto, Giovanni Minio; y de Ostia, Nicolás de Prato,

realizan la oración de la consagración.

Sin parpadear, Philippe lanza una somera mirada alrededor. Muchos nobles siguen la ceremonia desde el coro de los canónigos. Algunos incluso se han tenido que quedar fuera. El coro entona un nuevo canto. Clemente desaparece unos instantes para cambiar su vestimenta, siguiendo el ritual. Poco después reaparece y el cardenal Nicolás de Prato le muestra el palio al nuevo papa. Un respetuoso silencio acompaña al acto más simbólico de la ceremonia. Las voces del coro se elevan de nuevo. Las miradas de papa y rey vuelven a confluir. El francés nota en ese instante un leve temblor bajo sus pies. Sus pupilas se dilatan apagando el azul de sus iris y su mirada se dirige hacia atrás. Para cuando vuelve a mirar al papa, ya se ha iniciado el acto del beso de la paz y todos los cardenales presentes hacen fila para tener el honor de participar en él.

La última parte de la ceremonia comienza poco después con el oficio de la misa, dirigido por el nuevo papa, Clemente V.

Las campanas tañen, inundando la ciudad de Lyon con su repique agudo. El griterío se extiende por toda la orilla del Saône. Philippe se adentra en la zona privada para entrevistarse con Clemente. Se detiene al escuchar el griterío que se expande por doquier.

–¿Qué ocurre? –pregunta.

Nogaret, que procura estar siempre a la derecha del rey, se adelanta unos pasos e interroga a uno de los caballeros para buscar información.

–Al parecer, *sire*, se ha venido abajo el muro que protegía el coro de los canónigos durante la coronación, aplastando a cuantos estaban siguiendo la ceremonia desde allí. Hay muchos heridos y muertos.

–¿Alguno de los nuestros?

–Todavía no lo sabemos, *sire*.

Mientras da vueltas al anillo que lleva en el dedo índice de su mano diestra, Philippe rememora el momento de la ceremonia en que ha sentido un temblor bajo sus pies. Ahora entiende que lo que ha provocado esa sensación ha sido el derrumbamiento del muro. Nogaret aguarda expectante.

–Vamos. No nos demoremos –dice por fin después de unos instantes de reflexión–. Clemente me espera.

Encuentra al nuevo papa contrariado.

–¿Sabéis lo qué ha ocurrido? –le pregunta en cuanto lo ve, despachando con un gesto de su mano a todos los que merodean a su alrededor–. La zona del coro de los canónigos se ha derrumbado.

–Lo he oído.

–¿Y sabéis qué dicen? Dicen que es una señal del cielo. Por todo Lyon ha corrido ya el rumor de que mi papado está maldito. Vos –dice señalando con

su dedo índice hacia el rey–, vos me convencisteis para que la ceremonia fuera aquí.

–¿Y qué mejor lugar que este? Aquí se encuentran las reliquias de Saint-Just y las de su discípulo Viator.

Clemente se vuelve con ira hacia el rey y lanza la tiara sobre su lecho. Su cabeza calva queda al descubierto.

–¿No es irónico? Saint Just fue obispo de Lyon y se marchó de aquí después de aquel incidente con un asesino que había pedido santuario en su iglesia. Lo convencieron para entregarlo, asegurándole que lo tratarían de manera justa. ¿Y qué hicieron en cuanto lo tuvieron en sus manos? Lo ajusticiaron allí mismo. Saint Just se marchó de incógnito después de eso y terminó sus días en Egipto como un anónimo eremita. Os aseguro que yo no quiero acabar así mis días.

–Y no lo haréis. Ese no es vuestro destino.

–No les tengo miedo a las supersticiones, Philippe. Pero a veces los ríos corren más que nosotros y el rumor ya se ha esparcido.

–Entonces, ya sabéis lo que hay que hacer.

–¿Combatirlo? ¿Cómo combatir lo que ya corre hacia el mar?

–¿Combatirlo? –Philippe se permite una pequeña carcajada–. No. Como bien decís, combatirlo sería como estamparnos contra un muro. Lo que hay que hacer es distraer la atención para que el asunto se olvide cuanto antes. Lo que haremos será lanzar otros rumores.

–¿Qué tipo de rumores?

–Otros –el rey hace un ademán con su mano como si se le acabara de ocurrir la idea y no tuviera todo pensado ya en su mente.

–Me prometisteis vuestra protección.

–Ya la tenéis. Y vos me prometisteis que haríamos frente común ante los enemigos de Dios y de Francia.

–Y cumpliré mi parte.

Philippe asiente varias veces con su mirada fija sobre los ojos del papa, hasta hacerle sentir tan incómodo que tiene que apartar la vista. El rey de Francia sonríe.

IRULEGUI, 14 DE NOVIEMBRE DE 1305

Desde arriba, el agua del aljibe se ve oscura. Una superficie en la que parece reflejarse la noche más profunda. Gracia lanza el cubo y lo iza sin mucho esfuerzo. Sus brazos se han acostumbrado al trabajo arduo y rutinario de la fortaleza. Y sus piernas se han robustecido a base de subir y bajar las empinadas cuestas para acceder al castillo. Se mira las manos de uñas rotas y palmas endurecidas; rojas por el frío y el roce. El viento se cuela por su boca, penetrando hasta la garganta y provocándole una sensación de intenso frío. La sombra de Martín se proyecta sobre el suelo, a pocos pasos de ella. Hace días que repasa el estado de los muros y Gracia lo ve a menudo subido en andamios que él mismo construye; trayendo y llevando piedras, herramientas y utensilios.

Mira hacia arriba, donde su esposo trabaja ajeno al frío y a las inclemencias del tiempo, con su torso apenas cubierto por una camisa. La joven esposa toma el cubo y derrama el contenido sobre un balde. Repite la operación un par de veces más. Con el balde en la mano, se dirige hacia el interior, justo en el momento en que Ortissa sale a su encuentro.

–Alguien se acerca, señora. Mi esposo me ha pedido que os avise.

–¿Cuántos hombres?

–Solo uno.

Gracia camina hacia la muralla y sube unas escaleras que permiten el acceso al adarve. Desde allí otea el horizonte. Tal y como le ha avisado la sirvienta, por la ladera del viejo poblado vascón se distingue la silueta de un muchacho. Detrás de él avanza un caballo, cuyas riendas lleva bien sujetas a su mano izquierda.

–Rápido, Ortissa, avisa al señor. Dile que su hermano ya está aquí.

Desciende todo lo rápido que puede y sale a recibirlo. La entrada principal del castillo se encuentra justo en el lado opuesto del lugar por donde sube su cuñado, en la ladera más escarpada e inaccesible. Rodea la muralla y espera en la cima.

Ximen hace un gesto amplio con su brazo y ella le responde con un movimiento de su mano.

–Por fin estás aquí. Ya pensaba que había ocurrido algún contratiempo en casa de los Aibar.

–¡Gracia! –le dice dándole un gran abrazo–. Tenía muchas ganas de veros. ¿Y mi hermano?

–Ortissa ha ido a avisarle. Está haciendo algunos arreglos en los muros internos. Dice que esta fortaleza tiene que resistir cualquier asedio.

–Tenía muchas ganas de venir. En cuanto recibí la carta de Martín, me puse a preparar todas mis cosas. Este es un sitio magnífico –reconoce mientras recorre con la mirada la fortaleza y todo cuanto la rodea.

–¿Sí? ¿Te lo parece?

–Por supuesto. Este es el mejor sitio para aprender el arte de la guerra.

–Sí, en eso te doy la razón.

En el interior, Martín se encuentra en una peligrosa maniobra de deslizamiento que él practica con total naturalidad. En la base, Garra ladra meneando la cola, atento a los gestos del joven caballero. Cuando Martín pone por fin los pies en el suelo, los dos hermanos se saludan con afecto.

–Cuando Gracia me ha dicho que estabais haciendo arreglos en el castillo, no me imaginaba que erais vos mismo quien los estaba ejecutando.

–Es un trabajo que me relaja.

–¿Estar colgado a gran altura os relaja?

–Estoy seguro de que también a ti te gustaría. ¿Por qué no vais los dos dentro? Termino un detalle que me falta y enseguida estoy con vosotros.

Sin esperar respuesta, Martín se sube a pulso por una de las cuerdas y vuelve a su trabajo. Gracia le enseña el camino a su cuñado.

–Esta será tu habitación –le dice, señalando una puerta en la planta baja de la fortaleza. No es muy grande. Martín dice que debes acostumbrarte a las estrecheces desde el principio.

–Me gusta.

–Mientras te instalas, voy a ver cómo están las cosas en las cocinas.

Hasta su nariz llega un olor intenso que le provoca una náusea. Mira al frente, buscando el origen.

–¿Qué ocurre? –pregunta al entrar y encontrarse a Ortissa y María discutiendo.

–Ortissa ha dejado que se quemara la cena de esta noche.

–¡Ortissa! ¿Cómo has podido dejar que suceda algo así?

–Lo siento señora, juraría que había apartado la cacerola del fuego.

–¡Qué desastre! –comprueba Gracia, quien se lleva la mano a la boca y tapa su nariz para reprimir otra náusea–. Será mejor que os deshagáis de todo esto y preparéis algo de inmediato. Ximen acaba de llegar y seguro que trae hambre

del viaje.

–¡Ah no! A mí no me miréis. Que se encargue Ortissa. Ella ha provocado este desastre.

–Lo haré –asegura–. Os prometo que la cena estará a su hora, pero me gustaría estar sola en la cocina.

–Te dejaremos sola, pero date prisa. Y asegúrate de que no vuelve a ocurrir. ¡Menuda faena! Y precisamente hoy.

Mareada por el olor, Gracia corre en busca de aire fresco. Empuja la puerta y sale al patio de armas.

–Esto es maravilloso.

–¡Ximen! ¡Me has asustado! ¿Ya te has instalado?

–Tenía pocas cosas que ordenar. Y estaba deseando ver la vista que se abarca desde la fortaleza. Sois muy afortunados. Apuesto diez gruesos torneses a que mi hermano es el caballero más joven que jamás ha poseído esta plaza.

La afirmación arranca una sonrisa a Gracia. Mientras habla, Ximen no para de moverse de un lado a otro.

–Voy dentro, Ximen. Seguro que vienes con hambre.

Más calmada y sin esa sensación de mareo que le ha provocado la situación en las cocinas, entra en la fortaleza. La mesa ya está preparada. El mal olor se ha disipado bastante, cubierto por otros aromas más agradables pero que, curiosamente, también le revuelven el estómago. Se lleva las manos a la cabeza y aprieta las sienes.

–Gracia, tenéis que hacer algo con Ortissa. Es un verdadero desastre. Hoy ha quemado la cena. El otro día dejó comida fuera de su sitio y los gatos se la comieron. La semana pasada descubrí que por su culpa se había perdido parte del vino que el señor había reservado…

–De acuerdo, me hago una idea. Hablaré con ella.

–Eso ya me lo dijisteis hace unos días y no veo que nada haya cambiado.

–Te he dicho que hablaré con ella, María.

Los dos hermanos entran en ese momento conversando sobre los arreglos que Martín está realizando en el muro.

–¿Te acuerdas de María, Ximen? Mi aya.

–Por supuesto. ¿Cómo iba a olvidar a la mujer que ha criado a mi cuñada?

El halago hace que la cara seria de la aludida se abra en una breve sonrisa.

–Sé bienvenido a Irulegui –le dice.

–¿Por qué no nos sentamos a la mesa? ¿Podéis decirle a Ortissa que ya puede servir la cena? –pregunta Martín.

Gracia llama a la sirvienta.

–Por cierto, ¿qué era ese olor a quemado que llegaba hasta el muro? –pregunta el señor de Irulegui.

–Ortissa, que ha quemado la cena de hoy, señor –acusa María justo en el

momento en que la mencionada lleva a la mesa una bandeja con comida.

–Lo siento, señor. Ha sido un descuido, pero ya está solventado –se disculpa con sonrojo.

–Espero que sea la última vez –dice Martín mirando a su esposa.

–Por supuesto que lo será. ¿No es así, Ortissa? –pregunta Gracia.

La sirvienta agacha la cabeza y se lo asegura al borde de las lágrimas.

–Cuéntanos las novedades que traes de Aibar, Ximen
–pide Martín a su hermano, dejando los asuntos domésticos para su esposa.

El pequeño de los Aibar se aclara la garganta, llamando así la atención del resto. Les habla de las últimas reses que han adquirido y de cómo, algunas noches, junto al fuego, hablan de su boda y de lo bien que lo pasaron. Les cuenta que su padre ha tomado la costumbre de desaparecer durante días sin dar explicaciones y que eso hace que su madre esté inquieta. Que tuvo una discusión con su hermano Pedro cuando se enteró que venía aquí y que ahora él también está pensando en marcharse a servir a algún señor. Ximen les entretiene con sus palabras hasta el final de la cena.

–Y por aquí, ¿qué novedades hay? –pregunta cuando termina de relatar las nuevas.

–Gracia está embarazada –salta María de repente.

–¡María! –exclama Gracia.

–¿Qué? –pregunta al mismo tiempo Martín.

–¡Qué gran noticia! –dice Ximen entusiasmado.

–¿Es eso verdad? –reclama Martín.

Gracia mira a María y a Martín.

–Os he hecho una pregunta.

La joven baja la mirada.

–¿Por qué no me lo habéis dicho? ¿Creéis que es este modo de enterarme de una noticia así?

Airado, Martín se levanta de la mesa y se va. Gracia marcha detrás de él.

–¡Aguardad! ¡Martín!

Aprieta el paso, pero la estela de su esposo ha desaparecido. Al pasar por las cocinas escucha voces. Es Ortissa, que habla con Azeari. "Lo hizo a propósito", escucha que dice la mujer. "Estoy segura de que María puso otra vez la cacerola al fuego. Y que fue ella la que sacó la comida para que se la comieran los gatos".

"Lo que faltaba, piensa Gracia. Qué valor tiene esta mujer acusando a María y justificando sus faltas. Porque ahora no tengo tiempo que, si no, me iba a oír".

Sale al exterior y busca a su esposo.

–¡Martín! ¿Dónde os habéis metido?

Avanza hasta el lugar de las obras sin encontrarlo. Todo es oscuro delante

de ella y también detrás. El viento que sopla con fuerza no ha amainado con la entrada de la noche y ruge buscando su hueco entre las ramas de los árboles cercanos. Silba poderoso, engullendo la llamada de Gracia.

"Virgen del Camino, si no se ve nada. Y ahora, ¿cómo bajo de aquí?".

–¡Martín!

Extiende las manos delante de ella y avanza arrastrando los pies para no encontrar el vacío en un paso en falso. Una mano agarra su brazo justo cuando su pie izquierdo está a punto de tropezar con uno de los utensilios de su esposo.

–¿Queréis mataros?

–¡Martín! ¿Por qué os habéis ido así? ¿Qué va a pensar vuestro hermano?

–Lo que piense mi hermano me importa lo mismo que una bosta de caballo. ¿Por qué no me lo habéis dicho?

–Yo… ni siquiera estoy segura.

–Pero se lo habéis dicho a María.

–No. Supongo que ella ha sacado sus propias conclusiones.

–Pero deberíais haber compartido conmigo vuestras sospechas.

–¿Cómo? Siempre estáis colgado de alguna de las paredes de esta fortaleza. Os levantáis con el alba y solo os vais a dormir cuando ya no queda más luz que puedan absorber vuestras pupilas.

–Pero esa no es excusa. Es un asunto importante.

–Tan importante como la escasa o nula atención que me prestáis.

–¿Cómo osáis decir eso? Claro que os presto atención.

–¿Ah, sí? Mucho sospecho que, desde vuestra muralla, se os escapa todo lo que ocurre muros adentro.

Hay un momento tenso de silencio. Gracia cierra sus ojos. No se atreve a moverse por miedo a caer, aunque lo que desearía es marcharse a todo correr lejos de Martín. Nota la respiración agitada y, poco después, la mano de su esposo en su rostro, buscándola a tientas.

–Así que voy a ser padre –dice más calmado.

–Creo que sí.

La joven nota el abrazo de su esposo, que la atrae hacia sí, envolviéndola y protegiéndola del viento y del vacío que se extiende a sus pies. Ella se resiste a dejarse llevar por él, a fundirse definitivamente con su esposo.

PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, 19 DE MAYO DE 1306

Philippe se pasea por la sala del pabellón noreste con las manos en la espalda. Sus pasos lentos parecen matemáticamente acompasados a sus pensamientos. Desde hace días tiene algo en mente y ha llegado el momento de rematar el asunto. Los judíos se han negado a prestarle más dinero y pagarán por ello.

–¿A qué aguardamos?

La pregunta de Louis le hace cerrar los ojos y tomar aire con un leve mohín de fastidio.

–Padre, ¿por qué me habéis hecho llamar?

Impaciente, el joven heredero del trono francés se levanta de su asiento. El rey sabe que no tiene intención de marcharse, sino de llamar la atención.

–Sentaos. No os he dado permiso para marcharos.

–¡*Mordiable*! –dice entre dientes.

–¿Qué habéis dicho?

En ese momento la puerta se abre y por ella entra Nogaret.

–*Monseigneur*, he estado revisando todo lo que me habéis pedido –dice sin prestar atención a Louis.

–¿Y bien? –pregunta el rey de Francia.

Nogaret despliega una serie de documentos sobre la mesa y enarca su ceja izquierda.

–¿Y bien? –repite Philippe.

–Puede haber una ley que ampare vuestros proyectos.

–¿Puede? ¿Estáis aquí porque se supone que sois el mejor legista de Francia y lo único que me decís es que *puede*?

Philippe sabe que, en cualquier otra circunstancia, el halago habría hecho que el pecho del consejero se hubiera henchido de satisfacción, pero no es su intención alabar el trabajo, bien remunerado por otra parte, de Nogaret, sino recordarle dónde está su lugar y a quién tiene que agradecer su fortuna.

–¡Explicaos! –le exige el rey.

–*Sire*, se trata de expulsar a cien mil personas. No es algo…

–¡Ya sé de lo que estamos hablando!

–¿Y de qué estáis hablando? –pregunta Louis entre confundido e intrigado–. ¿Cien mil personas?

–Louis, limitaos a ver, oír y callar –reclama con falsa condescendencia su progenitor.

Lejos de estarse quieto, el rey de Navarra se acerca hasta el punto de la mesa donde Nogaret ha extendido sus legajos. Philippe toma uno de los documentos y comienza a leer.

–Esto puede servir como base –dice el rey señalando un punto–. A partir de aquí, deberéis ingeniároslas para justificar su expulsión. Y, si es necesario, promulgad una ley que la ampare. Una ley que combata la usura. Yo haré que sea aprobada. Pero hacedlo pronto. Quiero que todo esté preparado para el 22 de julio. Y, Nogaret, mientras tanto, discreción. No me gustaría saber que el plan se ha venido abajo porque alguien se ha ido de la lengua.

–Sabéis que contáis con mi total discreción y mi más ferviente fidelidad –asegura mirando de reojo a Louis.

Philippe hace un gesto con su mano. Nogaret inclina su cabeza y recoge todos los expedientes que ha colocado sobre la mesa.

–Preparad la orden tal y como lo hablamos y que los detalles estén explicitados.

–Así lo haré, *sire*.

Podéis retiraros.

El consejero inclina su cabeza y se despide.

–Prepararé todo enseguida. Os mantendré informado. Con vuestra venia, *monseigneur*.

Cuando Nogaret se marcha, Louis mira a su padre, que parece perdido en sus propias divagaciones. Pero Philippe es totalmente consciente de los movimientos de su hijo, a quien escruta sin que este lo note.

–Padre, *monseigneur*, ¿a quién vais a expulsar y de dónde?

–Lo sabréis a su debido tiempo. Y ahora, vos también podéis retiraros.

–Me gustaría hablar con vos sobre la torre Nesle.

–¿Qué ocurre con la torre Nesle?

–Me la prometisteis.

–Y la tendréis; a su debido tiempo. Alegraos de tener aquí a Marguerite ya instalada en la Cité.

–¿Marguerite? Pero si la tenéis vigilada de tal forma que para verla tengo que pedir audiencia y todavía no he podido pasar ni una noche con ella. Es frustrante, padre. Si la situación no cambia, la secuestraré y me iré de aquí.

–¿Adónde, Louis? ¿Adónde piensas llevarla? –Philippe disfruta con cada una de las derrotas de su hijo–. ¿Creéis que ella os seguirá y dejará todos los

lujos que tiene aquí en el palacio de la Cité y en su corte borgoñona?

–Me iré a Navarra –le amenaza–. Allí al menos me tratarán como al rey que soy.

–Haréis muy bien en guardaros de viajar a Navarra.

–¿También eso me vais a prohibir?

–Iréis a Navarra cuando estéis preparado.

–¿Preparado para qué?

–Para reinar.

–¿Creéis que no estoy preparado para gobernar el reino de mi madre?

–Habréis de esperar hasta los 21 años. Mientras tanto, yo tengo la guarda y potestad sobre vuestra herencia.

–Me voy, padre –le dice haciendo una reverencia exagerada y acercándose a la salida–. ¡*Mordiable*! –exclama entre dientes al llegar al vano de la puerta.

Cuando se queda solo, Philippe retoma su paseo por la gran sala del pabellón noreste. Su díscolo hijo y el reino de Navarra son ahora el menor de sus problemas. Se detiene unos instantes delante de la ventana y se centra en sus planes: expulsar a cien mil judíos de Francia en julio. Está seguro de que no será difícil obtener el beneplácito del papa, aunque se conformaría con que pasara por alto su acto sin pronunciarse al respecto. En su cabeza ya ha hecho cuentas de los beneficios de la confiscación de sus bienes y propiedades. A Nogaret ya le ha dejado claro que debe explicitar en la orden que tan solo podrán llevarse la ropa que tengan puesta en ese momento y una pequeña cantidad de dinero. Sobre la mesa ha quedado un único documento en el que está preparado el censo de los judíos de Francia. Ellos todavía no lo saben, pero sobre todos recae ya una orden de arresto que los sentencia al destierro.

Marguerite mueve sus brazos y gesticula con elegancia, mientras recita unos versos que aprendió con su tutor en Bourgogne. A su alrededor, varios parientes y algunos miembros de su hostal aplauden su donaire y desenvoltura. Su refinamiento se refleja en cada uno de sus gestos, en su vestuario y en su perfecto peinado. Tras los aplausos, saluda inclinándose a un lado y a otro y toma asiento. Los aplausos se renuevan y su prima Jeanne de Bourgogne, sentada a su lado, le pide con entusiasmo que recite otro verso. A la petición se une el resto de la comitiva, y su cuñado, Felipe, se ofrece a acompañarla con su *leus*[21]. Felipe se levanta de su sitio y toma el instrumento en sus manos. La ejecución de los primeros acordes, hecha con gran fuerza, provoca las carcajadas de los asistentes. El joven Capeto guiña un ojo a Jeanne de Bourgogne, con quien está prometido, y después se centra en los acordes. Marguerite eleva su voz clara y limpia, haciendo que un respetuoso silencio envuelva la estancia. Los versos, que narran la historia de un engaño amoroso, hacen reír a los espectadores.

Al terminar la actuación, Marguerite vuelve a recibir halagos y ovaciones. Con el ruido, nadie se percata de que se ha abierto la puerta y de que por ella ha entrado Louis. La primera en darse cuenta es la propia princesa.

–*Sire*, esposo mío. ¡Qué agradable sorpresa veros en la Cité! Pasad y sentaos con nosotros.

Marguerite sigue la mirada de su esposo, repasando a cuantos se hallan con ella en la sala, parándose detenidamente cuando llega al lugar de su hermano, Felipe. La joven puede ver el gesto de fastidio y el reproche que ambos se dedican.

–Haced un sitio al rey de Navarra –grita.

Su orden es ejecutada de inmediato, pero en vez de situarlo al lado de Marguerite, los guardias se dan prisa por colocar una silla justo en frente de ella.

–Estábamos recitando unos versos de vuestro bisabuelo, el rey trovador, Thibaut de Champaña –le miente.

–Proseguid.

Los invitados de Marguerite le piden que ejecute otra *chanson* y ella se presta a cantar de nuevo, moviéndose dentro del círculo que han formado los asistentes. Marguerite sonríe abiertamente. Y mientras ejecuta su actuación deja que su mano resbale por el brazo de Felipe, provocando en Louis un gesto de enojo. Después se acerca a su esposo. Situada justo en frente, se mueve como si estuviera recitando solo para él. La expresión de su rostro pasa de la rabia a la sonrisa.

Cuando Marguerite termina, es el primero en aplaudir. Luego pide a todos que se vayan, pues quiere estar con su esposa. Obedecen. Sin embargo, los guardias de su padre, que tienen orden de no dejar que Marguerite y Louis se vean a solas, permanecen en la sala. Abocados a un entorno sin intimidad, la conversación entre ambos poco a poco decae. Marguerite nota cómo la mirada de su esposo se diluye. Hace tiempo que ya no le presta atención y ella ya no sabe de qué más hablarle. Está a punto de bostezar cuando Louis anuncia que se marcha.

–Algunos asuntos de mi padre me requieren –le anuncia.

Al salir, le invade una sensación de aspereza. Su padre siempre interfiriendo entre él y Marguerite, mientras su hermano tiene libre acceso a los aposentos de su esposa y a sus reuniones privadas. Enfadado, abandona la Cité y se marcha hacia el Louvre, pensando en reunirse con Eudeline. De camino, se detiene para contemplar la torre Nesle, que parece burlarse de él. "Algún día serás mía. Mi padre cumplirá su promesa y serás mía. Y, entonces, mandaré muy lejos al preboste Amaury de Nesle", dice con saña entre dientes. Tiene que conseguirlo pronto. No quiere ser el hazmerreír de la corte y que París empiece a llamarle bucéfalo o algo peor. Aprovechando la aparición de un

barquero, le hace un gesto y le pide que le acerque a la otra orilla. Nada más entrar en el Louvre se tropieza con su hermano.

–Felipe, ¿qué haces aquí?

–Vivo aquí. No sé si lo recordáis –Louis lo ignora, pero él lo sigue–. Decidme, oh, gran rey, ¿vais a intentar de nuevo llegar hasta la cama de vuestra esposa?

–Déjame en paz, *gringalet*[22].

–¿Qué vais a hacer si no me aparto?

–Esto –le dice propinándole un puñetazo en el rostro.

Ambos hermanos se enzarzan en una pelea. Louis es algo más fuerte que Felipe, pero este es más alto y rápido. Tras golpearse el uno al otro y zarandearse, los dos terminan cayendo al suelo, revolcándose y rodando.

Al ruido acuden algunos guardias y su hermano Charles. Mientras los primeros tratan de separarlos, Charles les jalea para que sigan con su lucha. Por fin los adultos logran su objetivo para frustración del menor de los hermanos, que ve acabada su diversión.

Sin mirar a Felipe, Louis se marcha y se encierra en sus aposentos.

---

21 Especie de laúd que se utilizaba en Francia.

22 *Gringalet*: delgaducho.

IRULEGUI, 19 DE MAYO DE 1306

Fortún Almoravid, alférez del estandarte real, ha llegado de visita a Irulegui pasado el mediodía. Como hace buen tiempo, él y su nieto Martín caminan por las murallas.

–He oído que el merino de Estella está pagando espías para saber quién está de parte del rey.

Martín permanece callado mientras un sudor frío recorre su espalda. El mismo que cuando selló el pacto con el conde de Valois. Él también es un espía. ¿Lo es? Desde que habló con Charles en París nadie se ha puesto en contacto con él ni le ha pedido las informaciones solicitadas.

–Martín, ¿me habéis oído?

–¡Claro! Os he oído. ¿Creéis que puede perjudicar nuestros intereses y reivindicaciones? –pregunta recomponiéndose de la primera impresión.

–No tendría por qué. Nosotros no estamos en contra de Louis. Muy al contrario, queremos que venga para ser coronado en la catedral de Pamplona.

–Pero, si me lo comentáis –expresa Martín–, es porque os preocupa.

El joven de Aibar espera impaciente la respuesta de su abuelo. Él, más que nadie, conoce lo revueltas que bajan las aguas en el reino. Hay descontento entre los diversos sectores de la sociedad. Todo el mundo esperaba que para estas fechas el rey estuviera en Navarra. Sin embargo, todavía no se ha concretado una fecha de llegada, y el gobernador y los distintos representantes de la corona francesa solo dan largas. Las últimas noticias que les ha facilitado el gobernador, Hugo de Visac, es que Philippe esperaba a la coronación de Clemente V para que bendijera a su primogénito antes de ponerse en camino, pero ya han pasado varios meses desde que el nuevo papa tomó posesión de su cargo y sigue sin haber novedades.

–No es un buen momento para andar espiándonos unos a otros –se explaya el alférez–. Conozco cuán ruin puede ser la naturaleza humana. Algunos, por unas monedas, estarían dispuestos a vender incluso a su propio padre. Actitudes como esa no hacen sino avivar las llamas de un fuego que solo la llegada de Louis a Pamplona puede extinguir. Si esta situación se prolonga, habrá problemas en el reino.

–¿Creéis que se pueden repetir las disensiones del año 1276? –le pregunta Martín abiertamente. Fortún siempre le ha hablado de la Guerra de la Navarrería con total naturalidad, sin ocultarle el papel que jugó la familia aquellos años y cómo tuvieron que huir a Castilla tras ser desterrados.

–De momento, creo que todos en el reino remamos en la misma dirección, pero si el merino anda metido en asuntos de espías, puede acabar consiguiendo que el asunto discurra por otros derroteros. Habrá que estar pendientes y presionar en las Cortes para que el rey Louis llegue cuanto antes a Navarra.

Gracia regresa de su paseo con las mejillas sonrosadas y un enorme ramo de flores en su mano izquierda. Su fiel Garra la sigue de cerca. Pendiente de ella, hasta parece entender que la joven está en un momento delicado de su embarazo. Tras ladrar dos veces, lame su mano. Cuando Garra echa a correr, ella sale detrás de él, con el infortunio de tropezar y caer.

–¡Bosta de caballo! –dice sofocada después de rodar por el suelo.

Asustada, se sienta y se lleva la mano al vientre. "¿Está todo bien?", se pregunta sintiendo un fuerte dolor en su pierna. Se palpa la tripa, esperando sentir el movimiento de su hijo. Se le muda el semblante al no notar nada. "¡Oh, Dios mío!", exclama asustada. Intenta mantener la calma. "Estoy bien", se dice mientras se levanta. Comienza a andar muy despacio. Cojea. Las flores se quedan extendidas entre las piedras. Garra ladra. Parece querer marcarle el camino hacia el castillo. Intenta controlar su respiración. Un fuerte dolor en el bajo abdomen la hace detenerse. Se parece a una especie de rayada que, afortunadamente, se pasa en unos pocos segundos. Se lleva la mano a su tripa y se detiene. Empieza a asustarse. Todavía no es el momento del parto. El dolor se repite, pero esta vez se prolonga un poco más. Cuando remite, Gracia se pone de nuevo en camino para recorrer los últimos pasos que la separan de la puerta del castillo.

Nada más entrar, llama a María y a Ortissa.

–¿Qué os ha pasado? –le preguntan al verla.

–Me he caído –les dice angustiada–. Me he dado un fuerte golpe en la pierna.

La llevan a su habitación. Ortissa le sirve un poco de hidromiel.

–No sé qué pasa. Algo no va bien –les comenta.

–Echaos un poco y se os pasará –le recomienda María.

–Creo que el parto está próximo –sentencia Ortissa tras mirarla bien.

–¿Cómo puedes afirmar semejante cosa? ¿No has oído a Gracia? Se ha caído y le duele la pierna. Un poco de reposo y estará como nueva. Además, nadie ha pedido tu opinión.

Gracia intenta poner paz entre las dos mujeres. Parece que van a enzarzarse

en otra de sus inacabables disputas. La joven empieza a estar harta de Ortissa. Tal vez también sea momento de pedirle a Martín, con la excusa del nacimiento de su hijo, que busque más ayuda para ella y así podría relegarla a otras tareas o prescindir de ella.

–Creo que el parto es inminente, señora –insiste–. Por vuestro rostro y por…

–¡Calla, Ortissa! No digas sandeces.

De la boca de Gracia sale entonces un pequeño chillo.

–¿Qué ocurre?

–No sé qué ha pasado –dice Gracia de repente–. Es como si me hubiera orinado encima.

–Son las aguas que preceden al parto –le explica Ortissa.

–Tonterías –insiste María.

–¿El parto es, entonces, inminente? –pregunta Gracia con temor.

–Tranquilizaos –intenta calmarla la sirvienta–. Está próximo, pero no es inminente –Ortissa ha acompañado sus palabras con una sonrisa y eso tranquiliza un poco a Gracia–. Le pediré a Azeari que vaya a buscar a la partera. Y avisaré también a vuestro esposo. No os preocupéis por nada. Yo me encargo de acondicionar vuestros aposentos. Ya tengo preparada la medalla de la Virgen para colocarla en la cabecera de vuestro lecho. Traeré sábanas limpias y pondré agua a hervir. ¡Ah! y que no se me olvide la piedra ceraquiz que ayudará a que el parto vaya bien… –dice más para sí que para las dos mujeres que la escuchan.

–Harás venir a la partera en vano y perderás el tiempo en preparativos inútiles. Todavía faltan varias semanas para el alumbramiento y ya sabes cuánto se retrasan las primerizas. Y por todos los inconvenientes que estás creando, le pediré a Martín que te haga azotar por molestarle con banalidades –grita María.

–Tal vez sea solo un aviso –plantea Gracia cada vez más nerviosa.

Pero Ortissa no hace caso de las últimas palabras de las otras dos mujeres. Para cuando Gracia acaba la frase, la sirvienta ya ha desaparecido para cumplir todas sus tareas. Afortunadamente, ha sido previsora y tiene muchas cosas preparadas. Gracia se queda a solas con su aya.

–Estoy asustada, María. ¿Qué tengo que hacer?

–¿Qué vais a tener que hacer? Nada. Solo descansar y todo se pasará. Todavía os faltan cuatro o cinco semanas para que nazca vuestro hijo.

–¿Y si Ortissa tiene razón?

–¿Cuándo ha tenido razón esa mujer? Si dependiera de mí, hace ya mucho tiempo que estaría mendigando por las calles, puesto que no se merece otra cosa.

–María, ¿es que no tienes caridad cristiana?

–¡Caridad, decís! ¿Qué clase de caridad tiene ella, que no hay día que no haga algo de lo que tengamos que lamentarnos?

Tras diez horas en las que parecía que se habían puesto en marcha todos los mecanismos para que Gracia diera a luz a su primer hijo, las contracciones se han detenido de repente. Lejos de sentir alivio, la joven nota un terrible cansancio y un dolor incrustado en los riñones que le impide encontrar una postura cómoda. A su lado, Ortissa y María no paran de dirigirle órdenes contradictorias. Respira con dificultad mientras se acomoda en el lecho, al que se ha retirado a descansar unos instantes, abandonando la silla preparada para el parto. Está sofocada y siente un calor intenso recorrerle desde la cabeza a las piernas acalambradas.

–Intentad levantaros y andar para que la criatura se termine de encajar –le recomienda la sirvienta.

–¡Qué sandeces dices! Lo mejor es que repose y descanse para que dentro de unas horas se levante como nueva –le recrimina el aya.

–¿Y la partera? –pregunta Gracia, que necesita a su lado alguien que sepa lo que está pasando.

–No tardará, no os preocupéis –la tranquiliza Ortissa.

–¿Es que acaso no veis que no necesita de la partera? Las contracciones han cesado.

–Sé de lo que hablo –dice por fin la sirvienta, que está a punto de perder la paciencia–. He dado a luz a seis criaturas y he ayudado a traer al mundo otras tantas.

–¡Y yo he visto nacer decenas!

Y así siguen y siguen mientras Gracia cierra los ojos e intenta no hacerles caso. Tanta tensión la empieza a irritar. Nota la piel del vientre muy tirante, como si estuviera a punto de explotar. Se lleva la mano a la tripa y nota el tobillo de su hijo. Por primera vez se pregunta cómo estará. ¿Y si algo va mal y la criatura está sufriendo más que ella? Su mano tiembla. Le gustaría saber más sobre lo que está sucediendo, sobre lo que va a pasar en las próximas horas. Las voces de María y Ortissa empiezan a sonar lejos. Adormecida por el dolor y el cansancio, siente la necesidad de dejarse llevar.

Martín tiene los ojos puestos en la puerta detrás de la cual se encuentra su esposa.

–¿Es normal que tarden tanto? –pregunta. Ha pasado ya mucho tiempo desde que el último rayo de sol se posó en la ladera de la montaña sobre la que se eleva Irulegui. Y hace también muchas horas que se marchó Azeari en busca de la partera.

Ximen se encoge de hombros. ¡Qué sabe él de asuntos de mujeres! Sin

embargo, el muchacho está preocupado por su cuñada, a la que aprecia sinceramente. Fortún suelta una carcajada.

–Estos asuntos suelen alargarse incluso más de un día. Hay que ser paciente.

Pero Martín no puede esperar. Se escuchan voces, pero no entiende qué dicen. Solo ha visto pasar varias veces a Ortissa con agua hirviendo, pero no tiene ni idea de por qué hace tal cosa.

–Ni se os ocurra –le advierte Fortún al ver que su nieto hace ademán de dirigirse a la puerta.

Martín resopla como si fuera una bestia encarcelada.

–¿Qué nombre le vais a poner?

–¿Qué?

–Que si ya habéis elegido nombre para vuestro hijo.

–¿Cómo podéis pensar ahora en eso, abuelo?

–Es el momento para hacerlo, ¿no creéis?

–No estoy seguro –le he oído decir a María que Gracia no está cumplida. ¿Y si hay alguna complicación? ¿Y si mi esposa o mi hijo…?

–¡Callad, necio! –le corta su abuelo. Vuestro hijo está a punto de nacer. Gracia es una mujer fuerte. Todo se va a desarrollar con normalidad. Vuestro tío García tardó más de un día y medio en nacer.

–Algo no va bien. Ortissa y María parecen estar discutiendo.

–Esas dos mujeres siempre están discutiendo –aclara Ximen.

–¿En serio? –cuestiona Martín–. No me había fijado.

–Pues es algo obvio.

–¿Y bien? ¿Habéis pensado ya el nombre que daréis a vuestro hijo?

–O hija –dice Ximen, mirando con interés a su hermano.

Si sigue la tradición familiar, su primogénito debería llamarse Ximeno, como su padre y como él. Pero Martín no se lleva muy bien con su padre y eso tal vez le haga elegir otro nombre. Aguarda su respuesta porque le haría mucha ilusión que su primer sobrino llevara su nombre.

–Si es una damita –dice el futuro padre con la mirada perdida–, dejaré que Gracia elija su nombre. Y si es un varón… se llamará… Ximeno.

–¡Bien! –exclama el joven Ximen, que no puede contener su alegría–. Será un gran guerrero, como su padre y como su bisabuelo. ¡Abuelo! ¿Os habéis dado cuenta de que vais a ser bisabuelo?

–No muchos llegan a conocer a sus biznietos. Me siento afortunado. Pero no por eso voy a abandonar la primera línea de batalla. Os lo advierto.

–No esperábamos tal cosa, abuelo.

Las contracciones han vuelto. Gracia nota la primera de ellas, que la saca de su sopor como si le hubieran clavado una horca en los riñones. No puede evitar

lanzar un pequeño grito.

–Vuelven las contracciones –aclara Ortissa.

–Como sigas diciendo sandeces te echo de la habitación. Si quieres ayudar, será mejor que te calles y dejes que yo me ocupe –dice el aya.

–¿Y la partera?

–Muy pronto estará aquí con Azeari. Mientras tanto, yo me ocuparé de todo.

–¡Tú! ¡Antes dejo que un gato se haga cargo a que tú pongas una mano sobre mi niña!

Sin hacerle caso, Ortissa empieza a murmurar algo.

–¿Qué haces?

–Rezo avemarías para saber cada cuánto tiempo tienen lugar las contracciones.

–No me extrañaría que anduvieras invocando al diablo.

Hace ya un rato que ha amanecido y la luz del día se cuela por la ventana hacia la que ahora mira Gracia. El dolor de la última contracción ha sido muy intenso y la ha dejado totalmente exhausta. Solo desea que todo pase cuanto antes. Que le saquen la criatura que lleva en sus entrañas como sea, porque no sabe si podrá soportar otra punzada como la última.

–¿Y la partera? –repite sin apenas fuerza en la voz.

–Voy a asomarme a ver si la veo por la ladera del castillo. No creo que tarde ya en llegar.

El tiempo parece haberse ralentizado dentro de la habitación. Gracia nota cómo va a llegar otra contracción y solo le da tiempo a rogarle a María que le saque como sea a su hijo.

–¡Ay, mi pequeña! No creo que estéis de parto –insiste.

"Si esto no es el parto, entonces es que me voy a morir", piensa Gracia en un momento de profundo desespero. Aprieta los ojos muy fuerte. Siente una oleada de dolor irradiar desde sus riñones mientras nota cómo los huesos de su pelvis se mueven.

La puerta se abre y por ella entra Ortissa.

–La partera llega ya, no os preocupéis. La he visto a lo lejos. Tardará un poco, pero está ya de camino. Ahora voy a masajearos el vientre y a lubricar vuestro útero para que os sintáis más relajada.

Una vez concluido el ritual, Ortissa le pide a María que la ayude a levantar a la señora de la cama. Esta obedece a regañadientes. La sirvienta le indica a Gracia que se coloque de cuclillas, cerca de la silla y agarrada a esta, sobre un suelo que ha cubierto de sábanas y hierbas.

–Cuando notéis la siguiente contracción, deberéis empujar todo lo más fuerte que podáis. Yo os ayudaré y sostendré, no tengáis miedo. Cuando notéis

que llega, avisadme.

Cuando llega el momento, Ortissa no duda y coloca sus manos debajo de la parturienta.

–¡Qué haces! ¡Vas a matar a la criatura y a su madre! –le grita María dándole un empujón.

–El momento es inminente –dice recolocándose–. Ya noto la coronilla de la criatura.

–Gracia, ¿vais a hacer caso a esta mujer?

La joven parturienta apenas puede controlar su respiración. Nota cómo llega otra contracción. A Ortissa no le hace falta que le avise su señora. Nota, por su expresión, que el momento se acerca.

–¿Es que pretendéis dejarla en esa postura? No os lo permitiré.

–Será mejor que vayas a por más agua hervida –le pide Ortissa, cansada de sus continuas protestas.

–No te dejaré sola con…

–¡Hazle caso, María! ¡Vete ya! –grita la joven.

Por primera vez, Gracia empieza a hacerse cargo de la situación.

–Empujad, señora. Ya casi está –la anima, agarrándole unos instantes del brazo para que sienta su presencia. Ortissa sonríe. La cabeza del bebé está a punto de salir.

–Ya está aquí, señora. Lo estáis haciendo muy bien. Casi lo tengo –le dice estirando de la cabeza que ya está fuera.

Ya viene, señora. Es un varón, Gracia. Es un varón –le repite, inspeccionándolo y golpeándolo para hacerle llorar. Su llanto es débil, pero está vivo.

–¡Déjamelo ver! –pide, apoyándose en la silla que tiene cerca y dejándose caer de rodillas.

–No os mováis. Hay que esperar a que expulséis la placenta. Mientras, voy a preparar al niño. Por cierto, señora, hay algo por lo que os tengo que pedir perdón.

–¿De qué se trata?

–Os he mentido al deciros que ya llegaba la partera. Lo siento, pero no quería preocuparos.

–Me gustaría que no me mintieras otra vez.

–Lo siento de veras.

Tras cortar el cordón umbilical, Ortissa sumerge al recién nacido en la tina preparada con el agua previamente hervida, tras comprobar que la temperatura es la adecuada. Adecenta con cuidado su cuerpecito y se centra después en su boca, orejas, ojos y nariz, limpiándolas con sumo cuidado. Tras sacarlo del baño, lo frota vigorosamente con aceite de mirto y de sésamo y mueve sus extremidades una a una, comprobando que todas se doblan con normalidad y

que no hay lesiones en la cadera. Después, lo envuelve en un lienzo limpio antes de dárselo a la madre. Sentada en la cama, Gracia contempla por primera vez a su hijo.

–¡Es tan pequeño!

–Lo es, mi señora. Pero comprended que se ha adelantado varias semanas.

Gracia sonríe por primera vez después de muchas horas. Acurruca al bebé en su regazo y le da un beso en la frente. Lo destapa un poco, para comprobar que, como dice la sirvienta, es un varón. Está arrugadito. Tiene los puños cerrados. Sus piernas están dobladas, seguramente ocupando el mismo espacio y la misma posición que tenían en el seno materno. Mete su dedo índice en la mano y el pequeño lo agarra con fuerza. Es una sensación nueva y extraña. Por un momento se siente caer en un abismo, pero al mismo tiempo es como si ese puñito cerrado la sujetara para no despeñarse.

Mientras Gracia disfruta de los primeros momentos con su hijo, Ortissa recoge la sábana del suelo con todos los restos del parto y le hace un nudo. En ese momento, aparece el aya con más agua.

–Es un varón, María –le anuncia la joven madre.

El aya deja el cubo de agua en el suelo con brusquedad, a consecuencia de lo cual se derrama parte del contenido. Se acerca a la madre.

–Yo se lo mostraré al padre.

–Sí, llévaselo a Martín y muéstraselo.

María toma al recién nacido y sale de la habitación. Está dolida porque se ha perdido el momento del nacimiento del primer hijo de Gracia. "¡Ortissa, esa odiosa mujer! Por su culpa no he visto nacer al niño". Su rostro tenso, en el que la ira ocupa todo su espacio, se torna amabilidad y sonrisa cuando se encuentra frente a Martín.

–Mi señor, aquí tenéis a vuestro hijo. Es un varón. Yo no sé lo que ha pasado, pero este niño ha nacido con varias semanas de antelación –le señala, aunque en este instante, Martín, entusiasmado con su nuevo vástago, no presta mucha atención al comentario.

María lo coloca en sus manos. El joven apenas sabe cómo cogerlo. Le parece que se va a romper.

–¿Un varón, dices? ¿Oís? ¡Es un varón! Hola, Ximeno –le dice cerca del oído.

–Debo llevarme a la criatura –exige el aya al poco.

–¿Puedo ver a la madre?

–Todavía no. Ya os avisaré.

Martín aguarda con impaciencia. Quiere ver a Gracia y no se le hace el momento de poder estar con ella. Sin esperar más a que le den permiso, entra

en la habitación.

–Sentaos junto a ella –le dice con amabilidad la sirvienta, que acaba de limpiar a la madre y de asearla y la ha ayudado a tumbarse en la cama.

Lo primero que nota el joven es un profundo olor que no reconoce. "Así debe ser como huele la vida", piensa mientras le pregunta a Gracia cómo se encuentra. Ella deja que la coja de la mano. En este momento, Martín se siente torpe de palabras. Así que no dice nada.

–¿Habéis elegido un nombre para vuestro hijo?

–Se llama Ximeno. ¿Os gusta? –le dice cubriéndola con la capa que le regaló Guante Negro.

–Ximeno –repite Gracia en un susurro. Cierra los ojos, agotada. Desliza su mano por la capa mientras murmura el nombre de Martín. Se adormece escuchando el crepitar del fuego y la respiración de su esposo y de su hijo.

ESTELLA, 11 DE OCTUBRE DE 1306

Gracia está nerviosa. Hoy es el día en que se reencontrará con Margelina. Después de varios meses y de muchas cartas cruzadas entre Tudela, Monteagudo e Irulegui, por fin ha conseguido que Micelan y Ananiel dejen pasar a la joven unos días con ella. Para ello han hecho falta muchos esfuerzos y mucha insistencia. Y en última instancia, lo que ha inclinado la balanza a favor ha sido el apoyo de la comunidad judía de Pamplona que, de algún modo que no acierta a comprender, ha conseguido Fortún. Supone que, para ello, su abuelo político habrá tenido que empeñar su palabra en asegurar que, durante su estancia en una casa de cristianos, se iban a respetar el *kashrup* y todas las costumbres judías.

La intención de Gracia era haberse reunido con Margelina mucho antes, pero su boda y el traslado a Irulegui hicieron que el proyecto se quedara aparcado durante un tiempo. Tras el nacimiento de su hijo, pensó que ya era momento de retomar el asunto. La pena es que solo ha logrado que a la muchacha judía le den permiso para pasar cinco días fuera de casa. El acuerdo exige que el sábado Margelina esté en Pamplona para poder celebrar el *sabbat*.

Toda la familia se encuentra a las puertas del barrio judío de Estella, lugar pactado para el encuentro. El punto de reunión ha estado en el aire hasta el último momento. Primero se pensó en Pamplona, pero debido a los últimos acontecimientos políticos, el encuentro se ha trasladado a Estella, donde Martín asistirá en unas horas a la sesión de Cortes. En cualquier caso, Gracia está satisfecha, ya que ese imprevisto le ha permitido hacer un viaje más largo, alejarse de la soledad de Irulegui y conocer Estella, un lugar en el que nunca antes había estado.

Mira hacia la puerta conteniendo la respiración mientras busca no solo a Margelina, sino también a Abiroc. No puede evitar recordar lo precipitado de su despedida, la irrupción de Martín en su vida en el momento en que en ella se empezaban a despertar ciertos sentimientos. Se pregunta si habrá viajado a Estella.

–Ya salen –anuncia al reconocer a Ananiel. Junto a él camina otro hombre que debe de ser Micelan. No lo recuerda muy bien. Detrás de ellos se acercan

otras personas, pero no las puede reconocer porque permanecen tapadas por quienes vienen delante.

Martín da unos pasos para salir a su encuentro. Va vestido con una túnica de vuelo en la que se combinan dos tonos de azul. Los puños ceñidos van decorados con varios botones forrados de la misma tela que el tono más oscuro. Lleva la espada al cinto y anda con los cinco sentidos alerta. Fortún y él han hablado de lo tensos que están los ánimos después de las Cortes que se celebraron el 9 de octubre. Los reformadores[23] de Francia habían anunciado que el rey llegaría el 26 de marzo del año siguiente y eso había hecho hervir la sangre de muchos de los presentes, entre ellos las del alférez y su nieto. Empiezan a estar hartos de las falsas expectativas que llegan desde Francia. Antes de levantarse la sesión, se había decidido que se reunirían de nuevo en Estella en dos días para tomar las decisiones oportunas al respecto.

–Es grato encontrarnos con vosotros. Mi esposa y yo nos alegramos de que Margelina pueda estar con nosotros en Irulegui.

Gracia se adelanta unos pasos para saludar a su antiguo anfitrión.

–Me alegra veros de nuevo, Ananiel.

–¡Gracia! –escucha en esos momentos. Casi había olvidado la voz alegre de la muchacha que encontró escondida en Tudela. La joven dama recibe con júbilo el abrazo de la judía.

–¡Cuánto me alegro de verte! –le dice con júbilo.

–Y yo –responde la tudelana sin dejar de abrazarla–. ¿Es cierto que habéis sido madre?

–Sí, María lleva al pequeño Ximenín –confirma señalando a su aya.

–¿Puedo verlo?

Cuando cortan el abrazo, Gracia ve por primera vez a Abiroc. Tras reconocerlo, ambos se quedan mirándose sin saber muy bien cómo saludarse.

–Me alegro de verte de nuevo –le dice ella.

–Yo, también –le contesta el judío.

A Gracia le da la impresión de que su voz suena más recia. Se diría que ha dejado atrás al muchacho que conoció en Tudela. Ahora parece más adulto. La joven se fija en la profundidad de una mirada que parece ausente. La sensación es extraña y decepcionante. Es como si todo lo que vivió en Tudela hubiera desaparecido de golpe y en ella no se despertara ninguno de los sentimientos que notó en el jardín de la casa de Ananiel, entre el intenso aroma de las azucenas.

–Bonita azucena –le dice él, señalando la que ella lleva bordada en su vestido.

En ese momento Martín interrumpe su conversación.

–Albiro, ¿verdad?

–Abiroc –le corrige él.

–Lo siento. No estoy muy familiarizado con los nombres judíos.

–Me gustaría felicitaros por vuestra reciente paternidad –dice conteniéndose. Todavía recuerda el momento en que Martín irrumpió en el pequeño jardín de Tudela y lo separó de Gracia.

–Estamos orgullosos –afirma Martín tomando del brazo a su esposa–. Por cierto, me ha dicho Ananiel que vendrás a buscar a Margelina a Irulegui el viernes.

–Así es.

–Entonces, nos vemos dentro de cuatro días. Siento tener que dejaros así, pero he de asistir a Cortes.

–Ha sido un placer veros de nuevo –le dice entonces Ananiel.

Tras despedirse de los judíos, Martín habla con su esposa.

–Esperadnos pasado el río, a la salida de Cortes.

–De acuerdo.

Cuando Martín se marcha junto con su hermano, los judíos se despiden también y las cuatro mujeres se quedan solas. Margelina está encantada con el bebé de Gracia y le pide poder llevarlo un rato.

Callejean por la ciudad. Gracia está feliz por haber dejado la ladera de Irulegui y por haberse reencontrado con Margelina. Le gusta el bullicio de Estella. El sonido de sus calles, frente al silencio de la fortaleza, le recuerda lo sola que se encuentra en aquel lugar, donde apenas llegan almas.

Dos horas después, con casi todos sus encargos cumplidos, se retiran a las afueras, donde aguarda Azeari. Mientras el sirviente va a recoger las mercaderías, las cuatro mujeres aprovechan para descansar y para que Gracia amamante a su hijo. Todavía es pequeño para su edad, pero poco a poco va cogiendo fuerza. Sentadas cerca del río Ega, Gracia interroga a Margelina sobre su vida en Tudela.

–¿Te has integrado en la vida de la comunidad?

–Bueno, sí. Más o menos.

Un ruidito del pequeño Ximenín hace que todas se rían. La conversación gira entonces en torno al pequeño. Gracia le narra lo prematuro de su llegada al mundo y cuántas preocupaciones le dio durante las primeras semanas. Las cuatro se callan y centran sus miradas en el bebé.

Fortún y su nieto han sido los promotores de esta reunión de Cortes, a la que se ha convocado, como es costumbre, a nobleza, infanzones, prelados y buenas villas. El encuentro ha sido acalorado y, en ocasiones, se ha hecho difícil imponer el silencio. Cada uno tiene su propia opinión sobre la fecha del 26 de marzo de 1307, que hace dos días los reformadores franceses marcaron como límite para la llegada de Louis a Navarra. Tras dos horas de discusiones, Fortún toma la palabra para expresar las conclusiones ante todos.

–Disponemos guardar el reino a Louis hasta la fecha señalada, tomando como fecha de expiración de este acuerdo el 3 de abril del año del señor de mil trescientos y siete. Mientras tanto, reconoceremos al hijo de nuestra reina Jeanne solo como señor natural, pero no como rey –las palabras suscitan un murmullo de aprobación, unido también a alguna voz discordante; lo que hace que el alférez interrumpa su discurso y eleve la voz–. Y, en conclusión, pasada esa fecha definida del 3 de abril, exponemos que, de no presentarse Louis en el reino, no reconoceremos a ningún gobernador ni lugarteniente enviado desde Francia.

La mayoría de nobles chocan las puntas de sus espadas contra el suelo, los representantes de las buenas villas y prelados aplauden.

–¡Silencio, por favor! –dice Fortún con su voz potente. Una vez logrado que más o menos todo el mundo se calme, continúa con su discurso–. Si alguien está en contra de esta resolución, que lo diga.

Nadie se atreve a elevar su voz discordante y todo permanece, ahora sí, en absoluto silencio.

–Se levanta la sesión de Cortes –anuncia.

El silencio se rompe, a la par que los hombres empiezan a moverse. La decisión está tomada. Ahora hay que esperar a que los reformadores lleven la noticia a Francia. Y aguardar, también a que se cumplan los plazos.

A la salida, casi todos se quedan en corrillos, charlando, siguiendo la sesión de las Cortes en la calle, discutiendo sobre lo discutido. Fortún y Martín también comentan los acontecimientos, algo apartados del resto. A su lado aguarda Ximen expectante y empapándose de todo lo que está ocurriendo.

–¿Creéis que esta vez será la definitiva? –pregunta Martín.

–¿Medio año? Si Louis no viene en seis meses, que dé por perdida su corona –afirma contundente Fortún.

–¿Y a quién se la ofreceréis? La corona, digo. ¿Acaso pensáis que vos podríais ser un buen rey? –interfiere una voz de repente.

–¡Juan de Dios! ¡Qué sorpresa tan agradable! –dice Martín, remarcando mucho la palabra agradable para que el aludido se percate de lo poco que le place su aparición.

–No soy yo, pero… dicen por ahí que ya sois demasiado viejo para ondear el estandarte real.

–Creo que te llama el obispo.

–El obispo está en Pamplona. Yo he venido en su representación.

–Por eso mismo. Sus gritos se oyen desde aquí. Deberíais poneros ya en camino.

–Estáis hoy muy gracioso. En cualquier caso, debo marcharme. Tengo que atender unos asuntos. Nos veremos pronto.

–Espero que no –le responde Martín siguiendo su estela hasta que se

detiene a hablar con uno de los reformadores.

El joven caballero se vuelve hacia su abuelo unos instantes después.

–Lo odio. No sabéis cuánto –su repentina confesión hace estallar a Ximen en carcajadas.

–¿A quién odiáis? –pregunta una voz conocida viniendo a saludarlos.

Martín se gira y descubre a Juan Enríquez de Lacarra. Su cuerpo ancho y alto tapa la silueta del sol, que ha comenzado a descender por el horizonte.

–¡Lacarra! Solo me dirigía a un mentecato que… bueno, es igual. Discutíamos sobre si Louis vendrá al reino en la fecha establecida. ¿Qué pensáis vos?

–Mucho me temo que el joven Louis no puede tomar esa decisión y que todo dependerá de las disposiciones de su padre.

–Vuestras palabras son muy razonables. Esperemos que Philippe tome entonces la decisión acertada.

–¿Regresáis a Irulegui? –le pregunta a Martín.

–Sí, partiremos de inmediato, en cuanto recojamos a las mujeres, que nos esperan a las afueras.

–En ese caso, haré parte del trayecto con vosotros, si me lo permitís.

–Estaremos encantados.

Gracia mira con impaciencia al puente sobre el río Ega. Hace ya rato que sabe que la sesión de Cortes ha terminado y está impaciente por regresar a Irulegui. ¡Quién se lo iba a decir!

–Creo que el alférez y vuestro esposo vienen por allí –señala Ortissa hacia el puente–. Y también Azeari.

–Eso ya lo has dicho tres veces por lo menos –critica María.

–Antes solo he dicho que había dos hombres que se parecían…

–Es lo mismo.

–¡Martín! –exclama Gracia poniendo fin a la discusión.

–Les acompaña otro hombre –dice Ortissa sin apartar la vista del puente.

El joven aibarés se acerca a su esposa y comprueba que todo está preparado.

–¿Habéis tenido tiempo de hacer todas vuestras compras?

–Sí –le asegura.

–Os quiero presentar a alguien. Este es Juan Enríquez de Lacarra. Hará parte del viaje de vuelta con nosotros.

Al mencionar a Lacarra, Gracia presta más atención a la figura del hijo natural del rey Enrique. Nunca lo había visto. Dicen que no se parece mucho a su padre, aunque al igual que él es alto. Sin embargo, no ha heredado su gordura extrema, esa que dicen que le llevó a la muerte prematura. Es ancho de espaldas y bastante apuesto. En cuanto ve a las mujeres, empezando por Gracia, las saluda cortésmente y tiene un cumplido para cada una de ellas,

ganándose en ese mismo instante el corazón de las cuatro, incluida la judía.

Galante, atrevido e incluso pícaro, entretiene a las mujeres que viajan en el carro haciéndolas reír constantemente. Incluso Margelina ríe feliz y, lo que es mucho mejor, olvida la cicatriz que cruza su cara y todo lo que ello conlleva.

Abriendo la marcha, Martín escucha las conversaciones y mira de reojo a su abuelo, que parece ajeno a cuanto acontece a su alrededor. En algún instante, Martín sonríe también y en otros se escandaliza por las palabras que aplica en sus trovas y en sus *chansones* el hijo del rey Enrique. No parecen escandalizarse en cambio las mujeres, que no paran de reír. Gracia incluso se atreve a añadir sus propias rimas y chanzas.

Conduciendo el carro, Azeari no puede menos que unirse a las risotadas que de vez en cuando surgen de las gargantas de las mujeres. Al otro lado, en paralelo a Lacarra, Ximen cabalga atento a cuanto se dice. Sin embargo, no se atreve a meter baza.

Tan alegres van todos que el regreso se hace demasiado corto.

–¡Quedaos en Irulegui! –le pide Gracia.

Y Lacarra acepta la invitación, encantado.

Aunque cansados, la presencia de Lacarra les hace llegar contentos y con ganas de más conversación. Sin embargo, tras comer un poco de carne acompañada de un buen vino, deciden irse a descansar.

Gracia está en su cuarto. Acaba de amamantar a Ximenín y el pequeño se ha quedado dormido. La puerta se abre en ese momento y por ella aparece Martín. El joven se queda un momento en el umbral contemplando a su familia. Poco después se decide y entra.

–¿Así que una dama que murió de amores al casarse con el hombre que detestaba?

–¿Qué?

–Sobre eso iba vuestro poema. Sobre una dama que amaba a un caballero y su padre la destina a ser la esposa de un hombre al que odia. Pero ella se venga al nacer su hijo.

–No sabía que habíais estado atento a nuestras palabras.

–Más de lo que imagináis. Su hijo trajo su venganza. Eso es lo que habéis dicho.

Gracia deja de mirar a su hijo y posa sus ojos en Martín.

–¿Qué os pasa? ¿Por qué habláis ahora de las chanzas del viaje con ese tono?

–¿Es eso lo que habéis hecho? ¿Os habéis vengado de mí teniendo un hijo con vuestro amante? –Martín está realmente enfadado. Cuando escuchó la historia de Gracia, a sus oídos asomaron las palabras que le dijo María al mostrarle a su hijo por primera vez, en las que insinuaba que había nacido de manera prematura. ¿Y si no había sido así? ¿Y si Gracia ya estuviera

embarazada cuando se casaron? ¿Y si ella y Abiroc hubieran compartido más que un beso?

–¿Qué? –increpa Gracia encarándose con su esposo–. ¿Podéis repetir eso otra vez? Aunque os juro que, si escucho una insinuación así de nuevo, no volveréis a vernos más ni a mí ni a vuestro hijo.

Y tomando a Ximenín y colocándolo en la tela preparada para llevarlo colgado de la parte delantera, se aleja empujando a su esposo. Sale al patio y se interna por el adarve buscando soledad.

–Tu padre es un necio. Un necio muy grande. Se cree alguien con sus espuelas de oro y esta tenencia colocada en uno de los lugares más inhóspitos que conozco. ¡Bosta de caballo! Será…

Es noche cerrada. A diferencia de lo que es habitual en Irulegui, no sopla ni una brizna de aire. Toda la agitación que falta fuera se conjura dentro del pecho de Gracia. Está tan enfadada que sería capaz de darse con una piedra en la cabeza y no sentir nada.

–¿Quieres ver las estrellas, Ximenín? Lo malo de querer ver las estrellas es que hay que levantar mucho la cabeza. Pero nos podemos tumbar.

Gracia no ve la cara de su hijo, pero puede sentir su respiración sobre su torso. Suspira. No tiene sueño, no tiene ganas de ir a dormir. En estos momentos le encantaría marcharse de Irulegui. "¿Adónde iríais?", le pregunta una voz dentro. "A cualquier sitio", se responde. Aunque ese cualquier sitio no sea su querido Monteagudo. Hace tiempo que ha comprendido que ha perdido a su padre. Ya no tiene contacto con él. Le avisó de que había sido abuelo y todavía espera su contestación. Ni siquiera le mandó unas palabras con el emisario que ella le había enviado. Seguro que ha estado con Martín en las Cortes y ni siquiera ha sido capaz de preguntar por ella ni por Ximenín. Porque si le hubiera preguntado a su esposo, le habría comentado que estaba en Estella y se podía haber acercado a hablar con ella, a conocer a su único nieto. No, no volvería a Monteagudo. Se marcharía más lejos. A un lugar donde nadie conociera su nombre ni el de su hijo. Tal vez debería irse en este momento. Cierra los ojos y a su cabeza llega la imagen del rostro de Guante Negro.

Se incorpora y deja de mirar las estrellas. Apoya su espalda sobre la piedra de Irulegui, clavándose los salientes imperfectos entre sus costillas mientras echa de menos la presencia protectora de Martín Almoravid de Elcarte. En su mente recrea el momento en que puso su capa sobre sus hombros. Reclina su cabeza hacia atrás. A su izquierda ve moverse una luz. Sabe que es Martín. Espera que no la vea. Pero no tiene suerte. Su esposo se conoce cada palmo de la fortaleza y sabe cuándo algo está fuera de su sitio.

–No teníais que haberos enfadado así –le recrimina sentándose a su lado.

Gracia no le contesta. Se limita a comprobar que su hijo está bien sujeto en

su cama móvil, se levanta y se marcha.

–¿Adónde vais? ¿No veis que en esta oscuridad os podéis caer y…?

–¿Y qué? ¿Matarnos? ¿Acaso os importa lo que me suceda a mí y a este hijo al que habéis llamado bastardo?

Martín la agarra del brazo sin brusquedad, pero con la suficiente firmeza como para detenerla. Suspira antes de decidirse a hablar.

–Nunca os había visto reíros como lo habéis hecho hoy.

–¿Y eso os ha molestado?

"Pues claro que me ha molestado".

–No, no –le dice intentando sonar con firmeza–. Me ha gustado escuchar vuestra risa.

–Martín –le dice y su nombre casi suena como un latigazo en los oídos del interpelado–, el parto se precipitó después de sufrir una caída tonta. Me costó mucho traer a este hijo al mundo. Y poco después de nacer, tan pequeño y débil, estuvo a punto de morir.

–Lo sé.

–Estoy cansada.

–Os acompaño dentro.

–No hace falta. Me conozco el castillo de memoria.

La sangre le hierve. Está furiosa. Furiosa con Martín por haberle estropeado lo único bueno del día; furiosa con su padre y con los Almoravid y los Aibar por haberla obligado a casarse con la persona a la que odiaba.

Todo ha cambiado en Irulegui con la presencia de Margelina y de Lacarra. Gracia podría disfrutar como no lo hacía desde hace mucho tiempo, si no fuera por la amargura que le ha dejado la insinuación de Martín. Por las mañanas, las cuatro mujeres salen a caminar y a recoger frutos por los alrededores del castillo, mientras los hombres se dedican a trabajos de guerra y construcción. Muchos días llegan hasta el río Sadar y mojan sus pies en las aguas frías, riendo y cantando sin parar, mientras aprovechan para lavar la ropa. Después cosen hasta que el sol desaparece por el horizonte y, entre puntada y puntada, Gracia borda historias que parecen salir del pentagrama de su alma.

El mejor momento del día es al anochecer. Entonces, se reúnen con los hombres en el mirador de la fortaleza que cuenta con dos bancos. Allí se sientan todos muy apretujados, con un calentador en medio y Garra a sus pies. Se entretienen en amena charla mientras cuentan historias, leyendas y tradiciones. Lacarra es quien lleva siempre la voz cantante. Conoce un montón de versos que hacen las delicias de la sección femenina. E incluso entona alguna *chansonnes* en champañés, el idioma que se habla en el lugar de origen de su familia paterna: Champaña. Fortún no se queda a la zaga. Tras un par de

copas de vino, se atreve incluso a cantar. Sus rimas suenan roncas en comparación a las del señor de Lacarra. Gracia siente, en su voz rota, un dejo de nostalgia y de melancolía. Gracia no ha vuelto a contar ninguna historia. No se siente con ánimo.

Es jueves. El último día completo que Margelina pasará en Irulegui. "¡Qué rápido ha pasado el tiempo!", piensa Gracia.

–Tenemos que repetirlo –le dice a su amiga.

Las dos están solas en una habitación próxima a las cocinas. Gracia ha buscado un momento para ellas, sabiendo que quedan pocas horas antes de que Abiroc venga a buscar a la judía.

–¡Ojalá viviéramos más próximas!

–¡Quién sabe! Quizás en un futuro dejemos Irulegui por mandato del rey y nos aposentemos en un lugar más cercano a Tudela.

–Quiero daros las gracias.

–Al contrario. Soy yo quien debe dártelas –le asegura la dama, abrazándola.

–¡Cuando recuerdo todo lo que tuvisteis que pasar por mi culpa!

–No fue tu culpa. La culpa fue del señor Ananiel, que no me creyó. Y un poco también de Abiroc, que tampoco se fio de mi palabra. Pero ahora todo está olvidado.

–¿Y vuestra herida?

–¿Esta? –dice señalándose la cicatriz de la cabeza–. A veces me duele un poco, pero no es nada. ¡Vaya! ¡Si me hubieran dicho que iba a encontrar un tesoro en el barrio judío de Tudela, jamás me lo habría creído! Te voy a echar mucho de menos cuando mañana venga a buscarte Abiroc.

–Me ha encantado pasear por la orilla del río Sadar y conocer lugares como Laquidáin. Su iglesia de San Martín de Tours es muy bonita.

–A veces me gustaría que Irulegui contara con alguna capilla para no tener que bajar hasta allí.

Las dos se abrazan, mirándose como si quisieran grabar bien la imagen de la otra.

–Vamos, si queremos sorprender a todos con ese guiso tuyo, tendremos que empezar a prepararlo.

Cuando van a salir de la habitación para dirigirse a las cocinas, un grito desgarrador las detiene. Garra empieza a aullar.

Martín ha entrado en el castillo para recoger una cuerda. Quiere hacer unas mediciones ayudado por Lacarra y su abuelo antes de que estos se marchen de Irulegui. Ha estado muy a gusto haciendo de anfitrión, pero hay asuntos de los que el alférez y él se tienen que ocupar. Todavía colean en el reino las decisiones tomadas en la última sesión de Cortes. Martín ha sabido que las

discrepancias han provocado ciertas peleas en Pamplona y en Estella entre quienes son partidarios de presionar más a Francia y quienes opinan que hay que esperar a que llegue la fecha pactada.

Al llegar cerca de las cocinas, escucha las voces de su esposa y de la judía y se detiene un poco. No quiere espiarlas, pero siente curiosidad por saber de qué hablan. "¿Qué pueden tener en común para haber desarrollado esta amistad?". En ese momento, Gracia está expresando su deseo de tener una capilla en el castillo. Las palabras lo dejan pensativo. Sus cavilaciones se cortan de repente al escuchar un grito que desgarra el aire. Sin pensárselo, se gira y echa a correr. Su precipitación le hace chocar con Gracia y Margelina, que salen igualmente atropelladas de la habitación. Una vez recompuestos, los tres corren hacia el patio de armas. El primero en llegar es Martín. Se encuentra a María totalmente alterada, gritando incoherencias.

–Lo ha tirado. Ella lo ha tirado –grita y chilla agarrándose el regazo.

–María, ¿qué ocurre? –le pregunta el joven.

–Lo ha tirado. Yo lo he visto. Lo ha arrojado desde lo alto.

–¿Qué ha arrojado y quién ha sido?

–Ella lo ha dejado caer. Es el demonio. El demonio. Os avisé. Os lo dije. Os avisé.

–¡Oh! Dios mío! –exclama Gracia al percatarse de que María lleva en brazos al pequeño Ximenín, que está cubierto de sangre.

–¡Habla ya, mujer! –le espeta Martín.

–Ortissa ha dejado caer a vuestro hijo desde lo alto de la muralla.

Margelina lanza un grito horrorizada y Ximen llega corriendo, saltando desde el adarve como una gacela, gritando también como un loco. Detrás corren Lacarra y Fortún.

Martín ve cómo su esposa se acerca a María y le arrebata a su hijo, protegiéndolo con sus brazos. Sin detenerse en contemplaciones, corre al interior de la casa. El joven, impulsado por la reacción de su esposa, la sigue. En la puerta se encuentran con Ortissa y Azeari. En cuanto ve a la sirvienta, Gracia monta en cólera.

–Tú, sirvienta mala. No tardarás en morir –la amenaza sin dejar de caminar.

El joven aibarés nota el sofoco de su esposa y empieza a ser consciente de la tragedia. Corre por los pasillos, pero Gracia corre más deprisa hacia sus aposentos. Cuando Martín atraviesa el umbral de la puerta, ella ya tiene a su hijo tumbado en la cama. Le quita la ropa y lo examina. Hay mucha sangre.

–¿Respira? –pregunta él.

–No lo sé –responde ella mientras le tiembla la mano–. Ximenín, hijo mío, estoy aquí. Mamá está aquí. Ximenín –le dice con los ojos bañados en lágrimas–. Martín, pon agua a hervir y trae paños limpios. Que te ayude Margelina. Y que esa sirvienta se vaya lo más lejos posible de nosotros.

Ximenín, mi pequeño –le dice acariciando su carita colorada de sangre.

El joven sale a toda prisa. En las cocinas, Ortissa ya ha puesto agua al fuego, y Margelina, a su lado, la ayuda para que las llamas no se apaguen.

–¡Martín! ¡Martín! –le llama su hermano.

–Ahora no, Ximen.

–¡Martín! Tengo que deciros algo –insiste sin que el aludido le haga caso. En cuanto ve a la sirvienta, salta contra ella.

–¡Fuera de aquí, Ortissa! No queremos verte –le grita–. Tú y tu esposo estáis acabados.

–Pero, señor, yo…

–No quiero oírte ni verte. ¿Cómo has sido capaz de tirar al niño?

–Mi señor yo no… –su mirada se cruza un instante con la de María mientras Martín la empuja para que se vaya lejos.

En cuanto está el agua en ebullición, Martín llena un cubo pequeño y lo lleva hasta la habitación de Gracia. Ximen marcha tras él.

Los tres se encierran en la estancia. Gracia empapa uno de los paños en agua. Todavía está demasiado caliente. Se impacienta.

–¿Respira? –pregunta.

–Creo que sí. Pero apenas se mueve y… y… –Gracia hace lo imposible por contener sus emociones, por mostrarse fuerte.

Cuando cree que el agua ya no quema, comienza a lavar el cuerpecito de su hijo. Ximenín comienza entonces a llorar como si le hubieran roto el alma.

–Si le pasa algo a mi hijo, juro que mataré a esa condenada sirvienta con mis propias manos.

–Martín –dice Ximen–. La sirvienta no ha tenido nada que ver con lo que le ha pasado a vuestro hijo.

–¿Qué estás diciendo?

–Estaba subido en la almena, tal y como me habíais dicho, y he visto cómo María maniobraba para dejar caer a Ximenín. No desde demasiada altura, pero lo justo para que el niño sufriera algunas heridas.

–¡Mientes! ¿Por qué mientes, Ximen? María no sería capaz de hacer nada semejante.

–Digo la verdad, Gracia.

–Si sigues insistiendo en eso, te juro que tendrás que marcharte de Irulegui. Conozco a María desde que nací. Ella me ha criado. Nunca haría eso. Nunca.

–Martín, tenéis que creerme.

–¿Cómo está el pequeño? –le pregunta a su esposa.

Gracia lava con cuidado la piel de su hijo. Tiene un corte en su brazo izquierdo. De ahí parece que sale toda la sangre. La cabeza no parece herida.

–¡Martín! ¡Hermano!

En ese momento se escucha un golpe en la puerta.

–¿Quién es? –preguntan los tres a la vez.

–Soy Lacarra, ¿puedo pasar? Tengo algunos conocimientos que os pueden servir de ayuda.

–Adelante –Martín le da permiso para entrar, mientras su hijo no para de gritar y llorar.

Le hacen un sitio y Lacarra palpa con cuidado el cuerpecito de Ximenín desde la cabeza hasta los pies.

–No tiene ningún hueso roto. Solo algunos arañazos en los brazos y en las piernas. Lo más grave es la herida del brazo aunque, curiosamente, no parece hecha con ninguna roca. Si tuviera que apostar, diría que está hecho con algo cortante, como un cuchillo. Si tenéis aguja e hilo, yo mismo coseré la herida.

–Gracias, Lacarra –le agradece el joven aibarés, posando su mano en el hombro de su amigo.

–La voy a matar –dice Gracia entre dientes–. Juro que la mato con el mismo cuchillo.

–¡Martín! Ortissa no ha sido –le asegura el hermano cerca de su oído.

El joven aibarés mira a los dos y se muerde el labio inferior.

–¿Me dejáis probar algo? –les pregunta.

–¿Algo? ¿Qué pretendéis? –le cuestiona Gracia.

–Quiero poner en práctica algo que aprendí en la encomienda de Aberin.

–Si eso va a probar la culpabilidad de Ortissa, adelante –le anima su esposa.

–Si eso va a probar la inocencia de Ortissa, adelante –le dice al mismo tiempo su hermano.

En ese momento, Lacarra finaliza de coser la herida.

–Ya está. Os recomiendo que lo cojáis en brazos y lo coloquéis cerca de vuestro pecho para que los latidos de vuestro corazón lo calmen.

Antes de marcharse, Martín observa cómo Gracia toma a Ximenín en brazos y se sienta con él en la cama. Se abre los cordones de la camisa y pone la carita del niño cerca de su pecho. Los llantos del niño poco a poco decrecen. Al ver el efecto calmante de la receta de Lacarra, sonríe por primera vez. Luego sale de la habitación.

Nada más hacerlo, Ortissa se echa a sus pies, suplicándole que la escuche, que ella nada tiene que ver con lo que le ha pasado al niño. Que la tiene que creer. Junto a ella, Azeari también pide a su señor que escuche a su esposa. Por detrás, María jalea para hacerse oír por encima de los dos sirvientes.

–Ahora viene el arrepentimiento. Pero el mal ya está hecho y el pobre Ximenín lo ha pagado caro. Tan caro como lo vais a pagar los dos. La muerte. Eso es lo que merecéis –les increpa María.

–Basta de discusiones– pide muy serio el joven señor de Irulegui–. Quiero veros a todos en la sala grande de la planta baja.

Martín permanece en pie y mira a todos los reunidos.

–Ortissa, ponte en pie y acércate –la sirvienta obedece llena de temor–. Se te acusa de haber dejado caer a Ximenín desde la almena. ¿Qué tienes que decir?

–Yo no he sido, mi señor. No he sido. Debéis creerme. He estado todo el rato con mi esposo, limpiando los establos
–dice entre sollozos, sorbiéndose los mocos.

–Aquí hay una persona que os acusa, ¿no es así? –Martín ve cómo su hermano se encrespa. Le pide calma con la mirada.

María salta en cuanto escucha la pregunta y se coloca en el centro, mirando a Gracia.

–Lo he visto todo. He querido correr, pero cuando he llegado, el niño ya estaba en el suelo y ella había huido. La muy cobarde.

–¿Qué es lo que has visto exactamente, María?

–Todo, mi señor. Todo.

–¿Podrías ser más explícita?

–He visto cómo Ortissa subía por el adarve y luego a la almena más alta y dejaba caer al niño.

–¿Y cómo se ha subido hasta la almena con el niño en brazos?

–Yo no lo sé, señor. Será cosa del diablo que lleva dentro, que la ha ayudado. Pero lo he visto con mis propios ojos.

–Entonces, está claro que Ortissa dejó caer a mi hijo al suelo, por lo que tendrá que pagar severamente.

–Clemencia, mi señor. Quiero a ese niño con toda mi alma. Ayudé a traerlo al mundo. Sé lo que sufrió mi señora. Jamás les haría daño. Clemencia.

–Es tarde para la clemencia. Un acto así no se puede quedar impune –declara Gracia.

–Bien dicho –apoya María.

–Los hechos están claros –prosigue Martín–. ¿Hay en esta sala alguna persona que desee añadir algo más, antes de que dicte la sentencia?

–Yo –dice Ximen, levantándose con rapidez.

–¿Y qué tiene que añadir mi escudero?

–Yo estaba en la muralla oeste, mi señor, aguardándoos, tal y como me habíais mandado, cuando he visto cómo María salía al patio con vuestro hijo en brazos. Se ha dirigido hasta el adarve y ha subido allí de una manera peculiar. Se ha sentado en el primer escalón y se ha ido arrastrando hasta llegar arriba. Si se levanta y observáis sus faldas, podréis ver restos de tierra agarrados en ella. Me ha hecho gracia su forma de subir, pero luego, ha hecho algo extraño. Por un momento he perdido la vista de mi sobrino, tapado por el cuerpo de María, pero poco después he visto cómo se asomaba al adarve y dejaba caer a Ximeno. No me podía creer…

–Mientes, hijo de Satanás. Mientes con el único fin de difamarme y poner a Gracia en mi contra. Pero ella conoce el alma de su aya y nunca te creerá.

–No oses llamarme mentiroso. Ortissa dice que ella no ha sido y yo corroboro sus palabras. Así que ahora la acusada eres tú.

–¿Qué tienes que decir, María? –pregunta Martín.

Gracia va a decir algo, pero un gesto de su esposo la detiene.

La vieja aya aprieta fuertemente sus labios hasta casi hacerse daño. Se encorva y estira su dedo índice como una amenaza.

–Yo no miento.

–Yo veo tus faldas manchadas –acusa Ximen.

–Me he apoyado en las murallas. Apuesto a que tú también tienes tus calzas sucias –le argumenta, tocándose nerviosa la tela por delante.

En ese momento la discusión sube de tono y varias voces se interrumpen unas a otras. Martín está a punto de perder el control de la situación. Fortún mira con interés para ver cómo se desenvuelve su nieto. Margelina, que está asustada, no se atreve ni a mover un dedo. Azeari, rojo de indignación, ha cambiado su actitud sumisa por la de esperanza. Sabe que sus señores creerán a María antes que a su esposa. Sin embargo, tras las palabras de Ximen, se muestra más optimista.

–Silencio. Si no hay nadie más que tenga que decir algo, voy a dictar mi sentencia.

–Yo quiero añadir algo –dice Lacarra para sorpresa de todos.

–Adelante –le invita el tenente de Irulegui.

–Cuando nos dirigíamos a las murallas, Fortún y yo hemos pasado por delante de los establos. Y allí hemos visto a Ortissa y Azeari, adecentando el espacio. Desde donde estábamos, se veía claramente la puerta de los establos y no hemos visto salir a nadie de allí en todo el tiempo que hemos estado arriba. Hasta que hemos escuchado el grito. Entonces nos hemos asomado y es justo en ese instante cuando los sirvientes han salido también. Por otra parte, he examinado al pequeño. Y he visto su herida en el brazo. Es una herida limpia y recta que nunca se habría hecho de haberse cortado con una roca. Puedo aseguraros que se trata de una herida infligida con un arma blanca. Creedme. He visto muchas.

–Apuesto a que, si miramos debajo de sus faldas, encontraremos el cuchillo con el que hirió a mi sobrino –asegura Ximen, acercándose con intención de rebuscar.

–Gracia –María pide ayuda–. ¿No dejaréis que estos hombres rebusquen como si fueran sucios rateros, verdad?

–María, no tienes nada que temer. Yo creo en tus palabras. Si no ocultas nada, nada debes temer –le repite–. Deja que sea yo quien busque –le dice dejando a Ximenín en brazos de Margelina.

La joven se acerca a su vieja aya. Esta retrocede hasta chocar con la pared. Intenta escaparse, pero Gracia la detiene. Con agilidad, busca en su cintura, hasta dar con algo duro que saca ante los ojos de todos.

–Sabéis que siempre llevo un cuchillo para defenderme en los caminos.

–Lo único que sé es que este cuchillo está manchado de sangre.

–He estado cortando carne.

–María, ya basta.

–Gracia, ¿vos también?

La vieja aya intenta arrebatarle el cuchillo a la joven para clavárselo a sí misma, pero Gracia es más rápida, retira su mano y contiene a María.

–Me has decepcionado. No sabes cuánto. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido hacer algo tan horrible? ¿Por qué lo has hecho?

–Porque alguien debía abrirte los ojos respecto a ella –le dice señalando a la sirvienta.

–¡Basta, María! –exclama Martín. Permanecerás encerrada en tu habitación. Yo mismo guardaré la llave. En cuanto a ti, Ortissa, te pedimos disculpas. Hablaremos más despacio mañana.

La sirvienta se echa de nuevo a sus pies, dándole las gracias.

Al anochecer, todos menos María se reúnen en torno al mirador. Hay un silencio incómodo provocado por el incidente del aya, pero también por la consciencia de que esta será la última noche que pasarán todos juntos. Nadie se atreve a ser el primero en hablar. Las miradas se esquivan. La noche no está para chanzas ni elucubraciones amorosas; ni siquiera para historias ligeras. Además, a nadie parece venirle a la cabeza un cuento apropiado, un verso conveniente para introducir una velada lúgubre. Pero, en el mismo instante en que quizás alguno está pensando en excusarse para irse a descansar, Margelina entona una canción que hace que la atmósfera se agite con el leve rumor de las notas, llevando sosiego.

Mirando al fuego, un viejo trataba de recordar los episodios más gloriosos de su vida
y sus mayores alegrías. Y los recordó con cariño, reviviéndolos con júbilo y grato confort.
Sin embargo, no logró acordarse de aquellos que lo acompañaron en esos episodios.
Decidió después rememorar los pasajes más tristes de su existencia.
Y descubrió con asombro, que no solo se acordaba perfectamente de ellos,
Sino que era capaz de recordar quienes estuvieron a su lado.
Y, aunque viejo y solo, se sintió por un momento acompañado.
Y, aunque viejo y solo, se sintió por un momento querido.

Cuando concluye, las últimas notas permanecen un rato en el aire. Lacarra le pide que la cante de nuevo. Y, cuando comienza, él se une a ella con su voz tan distinta, pero a la vez tan complementada. Y la tercera vez que la repiten, todos se unen a su canto.

Antes de meterse a la cama, Martín se encierra en la pequeña habitación que se ha reservado para él en el castillo. Allí guarda anotaciones sobre las reformas que ha hecho o pretende hacer en la fortaleza, las cuentas… Se sirve un poco de vino en la copa que se trajo de París. Sorbe un trago y paladea el caldo antes de tragarlo. Sus ojos se posan sobre los pergaminos que tiene en una esquina de la pequeña mesa. Empezó a escribir en ellos cuando se instaló en Irulegui, siguiendo las indicaciones del conde de Valois. Poco a poco ha ido espaciando la escritura. Se pregunta si debería seguir anotando datos y sucesos en ellos. Si debería escribir sobre las últimas decisiones tomadas en las Cortes. Después de todo, nadie ha venido nunca a reclamarle información alguna. Toma otro trago.

Esta vez se lo bebe directamente. Posa la copa con delicadeza y toma otro papel en el que ha dibujado la planta del castillo y donde tiene señalados los lugares en los que está haciendo reformas. No sabe muy bien por qué, pero en ese momento le vienen a la cabeza las palabras que le escuchó pronunciar a Gracia justo antes de oír aquel espantoso grito. Ella hablaba sobre la ilusión que le haría tener una pequeña capilla en el castillo. Da varias vueltas al pergamino y después lo posa sobre la mesa. De pronto, despeja la superficie y toma la pluma. Se le acaba de ocurrir algo para cumplir el deseo de su esposa y, a la vez, dar las gracias porque su hijo sigue con vida, a pesar de los desafueros de María. Mira fijamente la planta del castillo y busca el lugar ideal. Sonríe. Ya lo tiene. Construirá no una, sino dos capillas. Una al norte y la otra, al sur.

Gracia ha visto a Martín meterse en el pequeño cuarto que se ha reservado en el castillo. A veces, siente curiosidad por saber en qué trajina cuando se encierra allí. Ha estado a punto de tocar en su puerta y de entrar. Pero se ha arrepentido. El episodio de María los ha unido en cierto modo, pero no puede dejar de pensar en la discusión mantenida con él respecto al nacimiento de su hijo ni en su acusación. Martín sigue siendo ese desconocido con el que un día se casó en Aibar. Ese extraño que es capaz de acusarla de haber tenido a Ximenín de una relación ilegítima y, después, mirarla con ternura infinita sin que una sola palabra salga de su boca, provocándole una extraña turbación. "Lo odio".

Se va a su cuarto y se sienta en el camastro. Poco después, alguien golpea su puerta.

–¿Estáis bien, señora? ¿Puedo ayudaros con el bebé?

–¿Todavía estás despierta, Ortissa?

–No me podía dormir.

–Yo, tampoco. Anda, ven y ayúdame con el pequeño.

La petición provoca una gran alegría en la sirvienta, cuyo efecto se refleja en su rostro. Ortissa toma a Ximenín en brazos y le da un beso en la frente. Después cambia su pañal y cura su herida. El niño protesta y llora, pero su madre lo coloca al pecho después y poco a poco se calma.

–Me gustaría disculparme –le dice Gracia.

–No tenéis que hacerlo, señora. Entiendo que os fiarais de las palabras de vuestra aya.

–Hace ya tiempo que la actitud de María estaba dando señales de que algo así iba a suceder. Y no he sabido verlo.

–Todo se ha resuelto bien.

–Tienes buen corazón, Ortissa. Creo que, en cierto modo, María me ha ido disponiendo en tu contra. Sé que mañana mi esposo ha prometido hablar con vosotros. En lo que a mí se refiere, me gustaría que continuarais con nosotros, aunque entendería que, después de lo que ha pasado, quisierais buscaros otros señores. Si esa es vuestra decisión, me entristecería, pero comprendería que os quisierais marchar. Os daré buenas referencias si eso ocurre. Sin embargo, me daríais una gran alegría si os quedarais en Irulegui.

–Mañana será otro día. Y lo importante es que Ximenín no parece correr peligro.

–Puedes retirarte a descansar, Ortissa.

–Que Dios os bendiga, señora.

Es viernes. Han sucedido tantas cosas desde el día que fueron a buscar a Margelina a Estella que le parece que ha pasado toda una vida. Y, al mismo tiempo, tiene que reconocer que se le ha hecho demasiado corto. Todo había ido tan bien los primeros días… No recordaba haberse reído tanto nunca. Tampoco recordaba a ninguna persona que conociera tantas historias como Lacarra o Fortún. Pero María lo había estropeado todo. "¡Ah! María. ¿Qué se te ha podido pasar por la cabeza para hacerle eso a mi hijo? ¿Qué pretendías con ello?". Gracia quería haber hablado de eso con Martín. Preguntarle qué había decidido hacer con ella. ¿La denunciaría? Tenía testigos más que suficientes para declarar contra ella. En el fondo le daba pena. Sentía una deuda hacia la mujer que la había criado. Pero, ¿cómo tenerla cerca, sabiendo que había intentado matar a su hijo? Un escalofrío la recorre de arriba abajo. Y, a pesar de ello, a pesar de saber que Ximenín podía haber muerto, no quiere dejarla en la calle, obligada a mendigar. En esos momentos, Martín y Fortún están hablando con su vieja aya. En otro tiempo hubiera irrumpido en la habitación, haciéndose oír.

Mientras divaga sobre lo sucedido, se encamina con el pequeño en su regazo hacia la estancia que ha ocupado Margelina. Todavía no se han ido sus

invitados, pero ya empieza a echarlos de menos. Sobre todo, a la judía. Empuja la puerta y entra. Margelina le dedica una amplia sonrisa. Está doblando sus vestidos y recogiendo sus enseres. Gracia le ayuda a terminar.

–Ha sido muy grato tenerte aquí.

–Y a mí me ha alegrado mucho veros. Siento el susto de Ximenín. Cada vez que lo pienso, me entra un escalofrío. ¿Habéis hablado con ella?

–No. Martín me ha dicho esta mañana que se quería encargar él de todo.

Se queda pensativa. Todavía le da vueltas a lo de no ser ella quien tome la decisión.

–Me gustaría comentaros algo.

–¿De qué se trata?

–Es algo que quería haberos dicho…

La llegada de la sirvienta interrumpe la frase de Margelina.

–¿Qué ocurre, Ortissa? ¿Es Ximenín?

–¡Oh, no, señora! El niño está perfectamente. Solo quería avisaros de que ya está aquí Abiroc.

–Atiéndelo. Nosotras salimos enseguida.

–¿Qué querías decirme, Margelina?

–Nada. No importa. Creo que tengo ya todo preparado.

Gracia le da un fuerte abrazo.

–Me gustó mucho la canción de ayer después de lo sucedido. Nunca podré olvidarte. ¿Lista?

–Sí –le dice bajando la cabeza.

Abiroc se ha quedado en el patio. Allí departe con los hombres de la casa. Por lo que parece, Fortún y Martín ya han terminado de hablar con María. Tendrá que esperar un poco más para saber qué decisión han tomado. A Gracia se le hace raro ver al joven judío en Irulegui. No sabe por qué, pero se le ve fuera de lugar. Tal vez sea por su indumentaria o porque, simplemente, ante Martín y Fortún, se achanta. Cuando se aproximan a él, Gracia lo recibe con una calurosa sonrisa. Él apenas se atreve a dirigir su mirada hacia ella.

–Abiroc nos acaba de contar la buena nueva –dice Martín sin darle tiempo a saludar al recién llegado.

–¿Qué buena nueva? –se interesa Gracia.

–Supongo que vos ya lo sabéis –dice el judío–. Os lo habrá contado Margelina.

Gracia mira a su amiga y esta se ruboriza.

–Iba a decíroslo ahora, pero…

–Bien ¿y de qué se trata?

–Abiroc y yo nos hemos comprometido.

–¿Comprometido? No entiendo –declara la joven, intentando disimular la

tremenda sorpresa que ha provocado la noticia–. ¿Por qué… por qué no me lo has dicho antes? Lo podríamos haber celebrado.

–Han sucedido tantas cosas que…

–No importa. Es una gran noticia. Me alegro mucho por ti. Por los dos. Pero me gustaría haber preparado un regalo apropiado.

–No necesito ningún regalo vuestro. Me conformo con nuestra amistad. Porque… seguimos siendo amigas, ¿no?

–Claro. ¿Por qué no íbamos a seguir siéndolo?

Nada más pronunciar estas palabras, Gracia siente cómo un abismo se abre ante ella. No es solo que Irulegui esté a punto de convertirse en ese lugar solitario y hostil que le pareció nada más poner un pie en él, sino que se siente traicionada por Margelina. En el fondo, sabe que es una tontería pensar así. Margelina no solo no tiene la culpa de lo que ella pudo sentir en el pasado, sino que se merece vivir con alguien como Abiroc, que seguro que la cuidará y la amará. Sin embargo, su corazón no entiende de razones en ese momento y sí de deslealtades.

Sellan las palabras con un abrazo y Gracia despide con un gesto de su cabeza al judío. Quiere decir algo, pero cualquier cosa que diga sabe que va a sonar inapropiada. El señor de Lacarra sale en su auxilio. La toma de las manos justo antes de hablar.

–Ha sido un placer conoceros y os doy las gracias por vuestra hospitalidad.

–El placer ha sido mío. Gracias por ayudarnos tanto con Ximenín.

–Espero volver a veros. Vuestra belleza es una gran fuente de inspiración –le dice sin ningún tipo de pudor ni vergüenza porque Martín esté justo a dos pasos de ellos.

–Sois muy galante –le contesta–. Les contaré a mis hijas vuestras historias.

Tal vez en otro momento habría entrado al juego y le habría contestado en un tono diferente a Lacarra, pero la buena nueva, como le había llamado su esposo, le ha puesto melancólica.

–Descenderé con Margelina y Abiroc y partiré inmediatamente hacia Lacarra.

–Que tengáis buen camino.

Desde el lienzo de la muralla oeste observa cómo sus invitados se marchan. Lacarra se gira pasado el viejo poblado y saluda con la mano antes de desaparecer entre los arbustos. Pero ni Margelina ni Abiroc se vuelven para un último adiós. Caminan uno al lado del otro, separados por la distancia de dos pasos. No sabe por qué, pero tiene la sensación de que no volverá a verlos más. Alza su mano y la deja inerte, en una postura rara, durante un buen rato. Luego la deja caer, sintiendo, por un lado, cierto alivio porque la vida vuelve a sus rutinas y, por otro, un vacío enorme por perder algo que le parecía

excepcional.

Se pasea por el adarve, dejando que el tiempo pase despacio. Ximenín está con Ortissa, pero no cree que tarde mucho en reclamar su alimento. En ese momento se siente exhausta. Se sube a una de las almenas y se sienta al cobijo de su sombra.

–Es peligroso sentarse así –la voz de Fortún la sobresalta–. Un golpe de viento os puede tirar hacia atrás.

Gracia no contesta nada mientras el viejo alférez se acerca hasta ella.

–Se está bien aquí.

–Demasiado viento para los huesos de un viejo como yo.

–No he conocido a nadie tan ágil como vos.

–A ningún bisabuelo tan ágil como yo –corrige con cierta sorna y el trazo de una sonrisa que dulcifica el gesto cruel de la cicatriz que le cubre parte de su rostro.

Gracia se pregunta en qué trágico suceso de su ajetreada vida al servicio de las armas se vio envuelto para que se produjera semejante herida. En cualquier caso, nunca se atrevería a interrogarlo sobre ello, así que, probablemente, jamás llegue a saberlo. Le devuelve la sonrisa al hermano del asesino de su abuelo. ¡Cuánto sufrió por su culpa la pobre abuela Elis!

–¿Estáis bien?

–Ha sido todo muy extraño –reconoce la dama.

El alférez toma su mano y ella se siente reconfortada.

–Fortún, ¿cómo era Martín de pequeño?

–Martín llegó a Sorlada cuando tenía siete años. Era un muchacho cohibido y asustado que se escondía detrás de las faldas de su abuela.

–¿En serio? Nadie lo diría.

–Le pedí a frey Pere que se lo llevara a la encomienda del Temple porque yo ya no sabía qué hacer con él para sacarlo de su caparazón. Estuve a punto de devolverlo a Aibar y olvidarme. No quería un escudero asustadizo a mi vera. Pero había algo en él. He de reconocer que siempre demostró tener agallas y amor propio. Y mucho ingenio.

–¿Y qué le gustaba hacer?

–Sobre todo, trabajar la piedra. Frey Pere me contó que era capaz de recrear fortalezas con las piedras que sacaban de remover la tierra para prepararla para la siembra.

–Eso explica por qué se pasa las horas colgando de las murallas.

El comentario arranca una sincera carcajada en el alférez.

–Parece que lo estoy viendo devorando esos pastelitos de almendras y miel que hacía su abuela –rememora con nostalgia.

–Me habría gustado conocerla.

–Estoy seguro de que a ella, a Teresa Artal de Alagón, también le habría

encantado conoceros.

–¿Qué buscais, señora?

–Ortissa, ¿tenemos almendras y miel?

–Creo que sí. Pero ahora lo compruebo.

Al poco, la sirvienta llega con los ingredientes que ha pedido su ama.

–¿Tú sabes hacer pastelitos de almendras?

–Nunca lo he hecho ni he oído hablar de ellos –asegura mientras se frota la barbilla como si estuviera meditando.

–¿Crees que podríamos preparar algo parecido?

–Podemos hacerlo –dice poniéndose manos a la obra–. Voy a empezar por cascar las almendras.

Muy pronto, la cocina se envuelve de un delicioso aroma cuyo resultado es un rico postre. Las dos lo prueban y deciden que les ha quedado muy bien.

–¿Queréis que los saque hoy para la cena?

–Sí. Quiero sorprender a Martín.

Gracia está contenta con el resultado. Los mira y cree que han acertado con la presentación y el sabor, aunque no tiene ni idea de cómo eran los que preparaba doña Teresa. Está segura de que, aun así, a pesar de que no se parezcan en nada, a Martín le gustarán. Cuando está ultimando los detalles, Azeari se acerca y le anuncia que Martín ha decidido cenar aparte con Ximen y Fortún. Tienen que tratar unos asuntos referentes a las últimas Cortes celebradas. Decepcionada, Gracia está a punto de tirar todos los pastelitos contra la pared.

–Cenaré sola –le anuncia entonces a Ortissa–. No hace falta que me sirvas, atiende a los hombres. ¡Ah!, y llévate dos pastelitos para ti y para Azeari. Y, ¿te importaría ocuparte de Ximenín durante un rato cuando acabéis?

–Estaré encantada de ocuparme del bebé. Y gracias por los pastelitos. En cuanto sirva la cena, me llevaré un rato al pequeño. ¿Queréis que les sirva los pastelitos de postre a los hombres o preferís llevárselos vos?

–Déjalos aquí. Yo me encargaré.

Gracia se queda sola con su hijo. Lo toma en brazos. En realidad, no tiene mucho apetito. Le sostiene la cabeza con mucho cuidado y le habla quedo. Se le ve sano, apenas se queja cuando lo mueve, así que la herida debe de estar curando bien. Ella misma se la podía haber cosido, pero reconoce el trabajo bien hecho de Lacarra. "¿Qué habrá pensado de mí? Desde luego, de Irulegui se lleva una historia que poder convertir en una de sus *chansones*; aunque creo que a él le gustan más los temas amorosos, como a su abuelo. ¿Se parecerá Lacarra a él en algo? Dicen que el rey Teobaldo era apuesto y un gran guerrero. Tal vez llegue a conocer al rey Louis. ¿Será cierto que va a venir a

Navarra? En los mercados ya hay chanzas sobre él y su viaje. Cuando algo se retrasa o alguien quiere dar largas a un asunto, dicen: eso ocurrirá cuando venga el rey Louis, como asegurando que eso nunca ocurrirá".

Mira a su hijo. Todavía se le hace extraña su presencia. Casi no se había acostumbrado a él y ha estado a punto de perderlo. Sabe que a menudo ocurre. Muchos niños pequeños mueren sin llegar a cumplir los dos años. Cuando Ortissa llega a por el pequeño, ella lo acaba de alimentar.

–No habéis probado la comida… –se lamenta la sirvienta–. ¿No es de vuestro agrado?

–He estado con mi hijo. Ahora comeré algo.

Ortissa toma al niño en brazos y se aleja. Gracia vuelve a notar otro vacío. No se reconoce a sí misma. Ella nunca ha sentido apatía ni desgana y ahora… ¿Qué le pasa? ¿Dónde está la Gracia que se subía a los árboles, que merodeaba por los caminos junto a Garra?

Como si hubiera escuchado su nombre, el perro fiel aparece a su lado.

–Ven, viejo amigo.

El animal se acomoda a sus pies y apoya la cabeza sobre sus propias patas.

Gracia mira la comida y luego a los pasteles.

"¡Seguro que ni siquiera los hubiera apreciado!", piensa tomando uno. Están bastante ricos. Y luego toma otro y otro y otro…

Justo cuando va a coger el quinto, Ximen se asoma por la puerta.

–¿Qué hacéis, cuñada?

–Comer pastelitos de almendras y miel –le informa con la boca llena.

–¿Cuántos os habéis comido?

–Creo que este es el quinto.

–¿Estáis bien? –dice sorprendido. Nunca había visto a su cuñada comer con esa desmesura.

–Los había hecho para tu hermano. Me ha dicho tu abuelo que son sus preferidos. Le iba a sorprender en la cena y, ya ves.

–Deberíais dejar de comerlos por hoy. Os van a sentar mal y pasaréis una mala noche.

–No te preocupes. Con Ximenín despertándose cada poco tiempo, apenas duermo.

El escudero se marcha y ella se queda de nuevo sola. Al poco, se da cuenta de que ni siquiera le ha invitado a comer uno.

–Espera, ¿quieres probar uno?

–Tal vez –se escucha contestar desde el fondo.

–¡Martín!

–Ximen me ha dicho que habíais preparado unos pastelitos de almendras y miel para mí.

–Llegáis tarde.

–¿De verdad? –dice mientras acaricia la cabeza de Garra.

–Y, además, seguro que no se parecen en nada a los que hacía vuestra abuela –le asegura, tapándolos con un trapo.

El joven caballero acerca su mano mientras Gracia los protege con su cuerpo.

–Vamos, dejadme probar uno y os daré mi opinión.

–No estoy segura de querer oír vuestra opinión.

–Aun así os la daré –dice forcejeando.

–No podréis porque no los vais a probar.

–Claro que sí. Los habéis hecho para mí.

–¿Quién os ha dicho eso?

–Ximen, ya os lo he dicho.

–Entonces –dice justo cuando Martín consigue robar uno y darle el primer bocado–, tendréis que castigar a vuestro escudero por mentir.

–Está muy bueno, aunque no se parece en nada a los que hacía mi abuela.

–No me interesa vuestra opinión. En cualquier caso, nunca más os preparé estos pastelitos.

–¿Tendré acaso que rogaros? –le dice acercándose a ella y arrodillándose a su lado.

Gracia mira a ese desconocido que tiene delante; al padre de su hijo. Le tiembla la mano cuando Martín se la agarra.

–¿Sabéis? Mi abuelo me ha regañado como solía hacer cuando era pequeño y era incapaz de hacer algo bien.

–¿Y por qué os ha regañado?

–En realidad, no lo sé. Pero tras escucharlo, solo he pensado que lo que más deseaba era estar con vos.

Martín la atrae hacia él y le acaricia el cuello. El cuerpo rígido y frío de Gracia, tras una férrea resistencia, por fin se relaja y abraza a su esposo, aunque su mirada se pierde en la lejanía.

Es sábado. Y es el primer día que se despierta al lado de su esposo desde su discusión. Es también la primera vez, desde que nació Ximenín, que este no la reclama desde la noche anterior. Se mueve para recolocarse y el brazo de Martín se desliza sobre su cintura. Siente sus pechos cargados de leche, lo que hace que, por un lado, desee que su hijo se despierte para comer, pero, por otro, le gustaría que no se despertara en un buen rato para poder observar a su esposo.

–¿Estáis despierta? –le pregunta en un susurro al notar que Gracia se va a incorporar.

–Se me hace raro que no se oiga a Ximenín.

–Está bien, me he levantado hace un rato y dormía tranquilo.

–¿Estáis seguro?

–Lo he comprobado varias veces.

La mano de Martín recorre su cuello y sus cabellos y Gracia tensa su cuerpo.

–Gracia, debería haber hablado con vos sobre María.

La joven se pregunta si también sería buen momento para hablar sobre la insinuación que hizo sobre Ximenín, pero no quiere ser ella quien saque eso a colación.

–¿Ya habéis tomado una decisión?

–Sí.

–Me gustaría saberla.

–No voy a denunciarla, pero tampoco quiero verla cerca de nuestro hijo ni de nadie a quien aprecie.

"¡Vaya, parece que ahora es nuestro hijo!".

–¿Entonces?

–Lo mejor es que profese en alguno de los conventos para mujeres del reino. Me encargaré de encontrarle un buen sitio. Mientras tanto, permanecerá encerrada en la habitación y solo yo tendré la llave. ¿Estáis de acuerdo?

Gracia asiente muy débilmente. En parte, se siente responsable de ella.

–¿Os ha dicho por qué lo hizo?

–Creo que ha perdido un poco el juicio. Dijo algo de que vuestro padre le había prometido casarse con ella cuando vos os desposarais. Os culpa de que Juan no cumpliera su palabra y dice que por eso castigó al niño. ¿Sabéis vos algo de eso?

–No. Pongo en duda que mi padre le prometiera casarse con ella. Es verdad que parece desvariar. Lo siento por ella; le tengo… le tenía gran afecto. Estoy apesadumbrada. ¿Podré verla?

–Podréis verla siempre y cuando yo esté presente. No quiero que os pueda hacer daño.

–De acuerdo.

–Me preocupo por vos y por nuestro hijo. Hablando de hijo, creo que os ha oído. Se acaba de despertar.

Martín parece de buen humor, pero a ella le cuesta sentirse alegre.

Poco después, Gracia ve a María por primera vez tras el incidente. Durante la entrevista, sus cambios de humor son patentes. Al principio se muestra sumisa y arrepentida. Intenta convencerla para que la saque de allí. Después, al ver que Martín no se marcha y que no va a poder obtener sus deseos, cambia de estrategia y comienza a insultar y a menospreciar a los Monteagudo y a los Aibar.

Como le había comentado Martín, no para de decir que Juan le prometió

matrimonio y le acusa a ella de haberlo engatusado, como hace siempre, para que cambie de opinión y rompa su palabra y le dice que no se arrepiente de haber atentado contra el pequeño para vengarse de ella.

Gracia se va de aquella habitación desolada. No quiere resignarse al hecho de que su aya haya perdido la cabeza. La entrevista la deja melancólica y triste.

---

23 Los reformadores eran funcionarios enviados por el rey francés para controlar la gestión del reino de Navarra.

PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, 31 DE OCTUBRE DE 1306

Frente a él descansan varios despachos provenientes de Navarra. Ha demorado su lectura porque no está de humor. Se lleva las manos a las sienes y se masajea la zona mientras su mirada pétrea descansa en los distintos sellos con que los documentos están lacrados; señal inequívoca de que nadie los ha abierto aún. Debería estar satisfecho. La marcha de los judíos ha reportado grandes ganancias a las arcas reales. Y, tras el primer revuelo, las aguas hace tiempo que han vuelto a su cauce y prácticamente nadie habla ya de ese asunto en las calles de París.

Con desgana, toma la primera de las misivas. Es de su gobernador en Navarra, Hugo de Visac. Le remite un aburrido resumen de las últimas Cortes celebradas en Estella. Lo que lee hace empeorar su humor. "¿Quiénes se han creído que son esos navarros para cuestionar mis designios? Y encima dan ultimátums ignorando los derechos de mi hijo. Y amenazan con no reconocerlo como rey hasta que no ponga un pie en el reino. ¿Es que no pueden comprender que mi hijo es todavía menor de edad y según nuestro derecho no puede tomar posesión del legado de su madre, y que yo soy su tutor? No tuvieron tanta prisa por hacer subir al trono a Teobaldo II. Pero claro, entonces nombraron un gobernador a su antojo. Pero, ¿por qué tendría yo que aceptar un gobernador que no defendiera los intereses de los Capeto?".

Todas esas reflexiones le vienen a la cabeza. Sin embargo, los últimos correos le hacen reconocer que no podrá demorar el viaje de Louis mucho más. Los ánimos empiezan a calentarse y la situación podría acabar en revuelta. Por supuesto, no tendría ningún problema para aplacarla, pero tampoco piensa que sea necesario llegar tan lejos. Entre otras cosas, porque no sería un buen momento. No se puede permitir gastos innecesarios.

Abre otro de los despachos. Es una carta que le dirige un tal Juan de Dios. Después de los saludos, le comenta que estuvo en París con la embajada navarra, cuando le ofrecieron la corona a su hijo. Lo cierto es que no lo recuerda, pero eso da igual. Por un instante está a punto de obviar la carta y

mandar que la raspen para volver a utilizar el pergamino. Pero decide leerla hasta el final. De repente da un puñetazo sobre la mesa. Si su mal humor era ya significativo, la misiva desborda la barrera que hasta entonces había contenido su ira.

–¿Cómo es posible que el alférez del estandarte real, ese tal Fortún Almoravid, esté considerando proclamarse rey si Louis no aparece en Navarra en el tiempo estipulado? ¿Quién se ha creído que es? Y lo que es más grave, ¿por qué ninguno de mis representantes en el reino ha sido capaz de decírmelo?

Esta pregunta le hace dudar un momento de la veracidad del contenido. Sin embargo, no puede pasar por alto la noticia. Deberá confirmarlo por otras fuentes. Se levanta de la silla de manera brusca, haciéndola caer hacia atrás. Con fría prospección se pasea por la estancia, como si estuviera en plena partida de ajedrez y pensara cuál debía ser su próximo movimiento. Porque, al parecer, es su turno y, aunque no tiene prisa por terminar el juego, no quiere que nadie le quite su ventaja. Ahora sus movimientos se dirigen hacia otros objetivos. Tiene que concertar una audiencia con el papa, y lo tiene que hacer de inmediato.

Sin más dilación, hace llamar a Nogaret. Le enviará a Bordèu[24] con un mensaje para Clemente V, pidiéndole una entrevista. No, mejor aún. Enviará a Nogaret por delante para anunciarle al papa que el rey de Francia está en camino y desea verlo. No quiere que le pueda dar una negativa o que posponga el encuentro. Nogaret sabrá cómo convencerlo para que la entrevista se haga sin demora y así se evitará las esperas. Viajará con Louis y será una prueba para su heredero. Quiere observarlo directamente. Alejarlo de la corte le hará bien para terminar de moldearlo. No quiere que sea un títere en las manos equivocadas.

Mientras pide a uno de sus sirvientes que vaya a buscar a su hijo, recuerda que la embajada enviada por María de Hungría para negociar el matrimonio de su hija, Leonor de Anjou, con su joven hijo, Robert, todavía se encuentra en el Louvre. Leonor apenas tiene un año de vida y pertenece a la rama Anjou de la familia real francesa. Philippe está satisfecho con esta alianza, pero ahora otros asuntos lo reclaman. Deberá dar por zanjadas las conversaciones. En estas cavilaciones está cuando llega su primogénito.

–¿Me habéis mandado llamar?

Louis llega sudoroso y sonrojado. Por el gesto de su rostro se nota que está contrariado. Seguramente la llamada de su padre lo ha pillado en uno de esos torneos que organiza dentro del palacio. Louis odia el frío. Por eso ha ordenado que preparen los campos para poder disfrutar de su juego favorito dentro del Louvre.

–Sentaos. O mejor, no os sentéis –dice mirando su aspecto con cierto

desdén y desprecio–. Partimos de inmediato a Bordèu, donde nos espera el papa.

–¿Quiénes?

–Vos y yo.

–¿Puede venir Marguerite? Creo que le hará ilusión conocer al papa.

–¡No! Iremos los dos solos.

–¿Cuándo partimos? –dice con la mandíbula apretada. Está más que harto. Empieza a ser el hazmerreír de París. El pobre rey de Navarra que no ha consumado su matrimonio.

–Inmediatamente.

–Por favor, padre. Dejad que mi esposa nos acompañe.

–Louis, mi respuesta es no.

El joven príncipe exhala todo el aire que contienen sus pulmones con una enorme fuerza y, sin mediar palabra o saludo, se marcha dándole la espalda a su padre.

"¿Cómo puede un hijo mío llamado Louis, sucesor en número de nuestro san Louis, ser tan distinto a él?", se pregunta con amargura. "¿Acaso no tiene un mínimo de piedad, de fervor? ¿Es que no ve el esfuerzo que estoy haciendo? No daré mi brazo a torcer. Le prometí a su madre que hasta que Marguerite no pudiera concebir con garantías no se la entregaría a mi hijo. Y cumpliré mi palabra".

Tras ordenarle a su sirviente que nadie lo moleste, se retira a orar a la capilla donde lo espera su confesor, el dominico Guillaume de París. El rey lo encuentra reclinado ante una pequeña cruz. Sus brazos abiertos en marcada meditación no le impiden percatarse de la presencia del rey de Francia. Se persigna y se dirige al encuentro del monarca.

–¿En qué puedo ayudaros, hijo mío?

–Solo he venido a rezar.

–¿Por vuestra esposa?

–Sí, por ella.

El dominico hace un gesto de aprecio. Sabe cuánto amaba Philippe a Jeanne y lo destrozada que dejó su alma la muerte de la reina.

–Pero también quiero meditar –añade.

–¿Todavía seguís empeñado en preparar una cruzada?

–Lo estoy.

–Alabo vuestra constancia y vuestro empeño. Rezaré a Dios por vuestra causa. Espero que Él os señale el camino. Siempre habéis demostrado ser el príncipe más fervoroso de toda la cristiandad y no os faltan ejemplos que seguir. Ahí tenéis a vuestro abuelo, el rey santo Louis IX.

–Lo tengo en mente a todas horas. A él me encomiendo para que haga que el maestre del Temple dé su brazo a torcer. Pero Jacques de Molay es tozudo.

–¿Sigue negándose a unificar las órdenes militares?

–Así es, y ni hablar de cederme el mando de la expedición. ¿Es que acaso no ve que su fracaso en Tierra Santa no tiene vuelta atrás? ¿Hasta cuándo tendremos que aguantar los cristianos esa obcecación suya?

–Quizás yo os pueda ayudar con eso.

–¿Vos? ¿Cómo?

El dominico enarca su ceja izquierda y se acerca confidencialmente al oído del rey.

–He oído ciertos rumores, *monseigneur*.

–¿Rumores acerca de qué o de quién?

–Es algo que habría que investigar y yo estoy muy interesado –al ver que tiene toda la atención del rey, hace una pausa y se coloca a su lado–. Me han dicho que hay cierto hombre que compartió prisión con un templario, quien le reveló ciertos secretos sobre la orden –Philippe clava en él una de sus pétreas miradas–. Dice que el templario le confesó que los freyres escupen sobre la cruz, mantienen relaciones sodomitas y adoran a un falso ídolo al que llaman Bafomet.

–¡Santísima Virgen María! –exclama haciendo tres veces la señal de la cruz–. ¿Es eso cierto?

–No lo sé, *sire*. Y yo no tengo potestad para investigar a una orden que está bajo la protección directa del papa, pero tal vez podáis presionar a Molay con esta información para que se doblegue ante vuestras más que razonables peticiones. Y, quizás, debáis poner al papa al corriente.

–Precisamente, en unas pocas horas parto con Louis hacia Bordèu para entrevistarme con él –la vista del rey se pierde por unos instantes en las paredes de la vieja capilla–. Decidme, ¿sabéis acaso el nombre de aquel que compartió celda con el templario?

–Se llama Esquieu de Floyran.

–¿Y dónde puedo encontrarlo?

–Es probable que él os encuentre, si es que acaso estáis interesado en hallarlo. Dicen que fue a la corte del rey aragonés, Jaime II, pero que este no dio ninguna credibilidad a sus acusaciones.

–Si me lo permitís –dice volviendo su mirada hacia el dominico–, voy a encerrarme en oración.

–Os dejaré solo, *monseigneur* –Guillaume de París hace una leve reverencia, se santigua y deja la capilla sin hacer ruido.

Philippe se arrodilla en su reclinatorio.

Cinco jornadas de aburrido viaje. Eso es lo que piensa Louis, mientras gira su cabeza hacia atrás, buscando el lugar donde viaja Eudeline.

–Espero que sepáis comportaros y no la dejéis preñada.

El comentario de su padre suscita una carcajada dura y corta, cargada de cinismo, en su hijo.

–¿No tenéis nada que decir?

–No sé de quién me habláis –Louis aprieta los labios y su rostro enrojece de rabia.

–Louis, ¿habéis oído lo que os he dicho?

–No temáis, padre. Al parecer, soy demasiado joven e inmaduro para poder consumar mi propio matrimonio. Sería realmente un milagro que dejara embarazada a ninguna mujer.

–Louis, entiendo que…

–No entendéis nada, padre.

–El que no entiende nada sois vos.

–Pues explicádmelo. Decidme por qué dejasteis que me desposara con Marguerite y me humilláis prohibiéndome que visite sus estancias. La tenéis retenida. Y ella me desprecia. Eso es lo que habéis conseguido, padre; que mi propia esposa me desprecie.

Louis pica espuelas y hace que su montura apriete el paso, dejando atrás a la comitiva. "¿Es que lo único que le importa al rey de Francia es que no deje preñada a Eudeline? ¿Y cómo está tan seguro de que mantengo una relación con ella?", se pregunta resentido. Pero enseguida recuerda, mientras en su rostro se dibuja una sonrisa espontánea de placer: "Orleans, en un granero, aprovechando una parada rutinaria para descansar, avituallarse y pasar la noche; Blois, en el castillo, tras una copiosa cena y varias jarras de vino; Tours, al cobijo de los muros de la catedral de Saint Gatien, poco antes de ponerse en marcha; Poitiers, de noche cerrada, en el dolmen de Saint-Fort-sur-le-Né, y el eterno río Loire, a cuyas orillas se sueña más allá de las estrellas, cuando el cielo abierto sirve de inspiración. Sí, tal vez no he sido lo suficiente discreto", se dice con falsa recriminación. En el fondo, él mismo sabe que no está de más que los sirvientes y caballeros de su padre hablen de que al hijo del rey de Francia, al mismísimo rey de Navarra, no le falta vigor en sus empresas.

Las luces se han empezado a encender en Bordèu casi al mismo tiempo que las estrellas en el cielo. Desde la distancia se observa la efervescencia de las antorchas que marcan el emplazamiento del *castrum* y del burgo de Saint-Éloi. Louis siente ya la humedad del Garone. Excitado como un niño, se acerca al galope. El río enorme exhibe toda su vorágine y la otra orilla se antoja lejana, peligrosa y, a la vez, excitante. "¿Y el puente?", se pregunta decepcionado. Mira hacia atrás, su padre no parece preocupado ni alarmado.

–¿Cómo cruzaremos?

–Ahora lo veréis.

En ese momento, se acercan varios hombres y preparan varias barcazas. Enseguida todos se afanan por subir a las bestias y enseres en ellas. Louis

ayuda a Eudeline a embarcar. Lo que más desea es cruzar a su lado y hacerla suya en la orilla de ese río grande y hermoso que deja al descubierto la ciudad de Bordèu.

Cubren el trayecto sin novedades y, poco después, todos desembarcan en el puerto de Saint Pierre. Con su fría mirada, Philippe insta a su hijo a no demorarse y a dejar a la sirvienta. "Seguro que piensa que estoy dejándolo en ridículo, pero me da igual", se dice el joven rey que parece satisfecho de poder retar a su padre.

En cuanto su caballo es depositado en la orilla, Louis monta en él. Observa de pasada el pequeño puerto donde, a las puertas de unos viejos almacenes, todavía se percibe el aparataje que utilizan para subir las mercancías, principalmente vino, a bordo de las embarcaciones.

Cuando se disponen a atravesar la puerta de Saint-Pierre, un pequeño escuadrón de diez hombres se acerca hacia ellos. En cabeza, Louis distingue al consejero de su padre. La mirada de Nogaret se posa sobre la figura del primogénito. Este toma buena nota de su comportamiento mientras se estira en la silla de montar, para remarcarle la distancia social que hay entre ambos.

–¿Habéis hecho cuanto os mandé? –escucha preguntar a su padre.

–Así es, *monseigneur*. El papa aguarda vuestra llegada.

–Eso está bien –concluye–. ¿Tuvisteis que convencerlo?

–Se hizo de rogar, como me advertisteis, pero se rindió ante el poder persuasivo de vuestras palabras, que le recordé tal y como me dijisteis. Todo se ejecutó según vuestros deseos y el papa está deseoso de recibiros. Y ahora, si me lo permitís, y si estáis preparado, os escoltaremos hasta vuestro alojamiento.

–Iremos directos a ver al papa. Ya habrá tiempo de descansar después.

–Se hará según vuestros deseos –le asegura Nogaret.

La comitiva se pone en marcha hacia el interior de la ciudad. Atraviesan el *castrum*, iluminado con antorchas para la ocasión. Una vez cerca de la catedral de Saint André, descabalgan. Philippe se dirige al interior de la iglesia. Se arrodilla ante el altar y reza durante largo rato. Detrás, Louis lo imita. Nogaret se adelanta para avisar al papa de la llegada de Philippe. Enseguida, uno de los acólitos del sumo pontífice acude para guiarlo hasta los aposentos de Clemente V.

–Louis, acompañadme –ordena.

Pasan a través de la sacristía, donde se arremolinan algunas de las herramientas y materiales utilizados en las obras que se están llevando a cabo en el templo.

Clemente los recibe con una sonrisa amable que apenas puede disimular su malestar. Sabe que es deudor del rey que le elevó a la silla papal, pero con el tiempo, Philippe tendrá que reconocer que el poder del papa en la Tierra es

superior al del rey. Parece que no se conforma con que haya nombrado a nueve cardenales franceses afines a sus designios. Se dirige hacia sus invitados y les ofrece el anillo para que lo besen.

–Bienvenidos a mi humilde residencia. ¿Qué son esos asuntos que queréis tratar conmigo con tanta urgencia? –les dice ofreciéndoles asiento.

–Veréis, desde 1276 pesa sobre la catedral de Pamplona la pena de entredicho[25].

–Contadme más al respecto.

–El barrio de la Navarrería de Pamplona se declaró en rebeldía tras la muerte del rey Enrique. Hicieron un pacto con Castilla y pretendieron casar a mi esposa con el heredero de la corona castellana. Afortunadamente, mi padre acogió a Jeanne en su corte. Como sabéis, su madre, la reina viuda de Navarra, Blanca de Artois, era prima suya y le tenía mucho cariño. Después de eso, envió a Beaumarchais como gobernador para controlar la situación. Pero esta se agravó hasta tal punto que hubo que enviar tropas al mando de Roberto de Artois. La Navarrería sucumbió, nuestras tropas la arrasaron. Y, en castigo, se decretó la excomunión.

–Sí, ahora lo recuerdo –dice sin mucha convicción.

La explicación de Philippe ha logrado atraer la atención de Louis. En cuanto ha escuchado la palabra Pamplona, sus oídos se han abierto como una flor en la mañana.

–Sería conveniente que levantarais el entredicho para que así mi hijo pudiera ser coronado en la catedral.

Louis ensancha su sonrisa mientras un cosquilleo de placer se asienta en su estómago. Inclina su cuerpo sobre la mesa y mira a los dos hombres que tiene a su lado con gran satisfacción. "Por fin –se dice–, por fin voy a ceñir la corona que me corresponde".

–Ese asunto se puede resolver fácilmente –acierta a decir Clemente–. Y sé que el rey de Francia no dudará en estar agradecido.

–Y lo estoy. ¿Cuándo estará listo? –pregunta Philippe de manera práctica.

–Me ocuparé de inmediato –le asegura, pensando en cómo se cobrará este favor.

Philippe mira de reojo a su hijo. Es la primera vez que le ve prestando atención a algo que no sea el *jeu de paume*. En cualquier caso, tendrá que pensar muy bien quiénes serán las personas que lo acompañen a Navarra. No le cree capaz de imponerse por sí solo.

–Hay otro asunto que quisiera discutir con vos –dice dirigiéndose al papa, pero mirando a su hijo–. Louis, ¿queréis disculparnos?

–Por supuesto, *monseigneur*.

Tan feliz se encuentra que no se percata del aire misterioso que envuelve la petición de su progenitor. Philippe espera a escuchar el sonido de la puerta al

cerrarse. Solo después dirige su mirada hacia Clemente. El rey alarga un poco más el momento. Sabe que tiene a Clemente bailando al son que él toca.

–¿Cuál es ese otro asunto que queréis tratar conmigo?

–Me gustaría retomar la cruzada.

–¡Ah! Ese asunto.

–No nos podemos permitir ser humillados por los enemigos de Dios.

–Eso es cierto –contesta con prudencia. No es ajeno a las dificultades económicas del monarca. Aunque dicen que el dinero de los judíos ha venido a paliar los problemas de la tesorería real. El papa se rasca la barbilla, dejando que Philippe diga lo que tenga que decir.

–Sería bueno que recordarais al maestre del Temple su fracaso y le presionarais para que acceda a fusionar las órdenes en una sola. Si queremos retomar el control de los lugares santos, debemos modificar nuestros últimos modos de actuación.

El papa escucha. El choque de pareceres entre Philippe y Jacques de Molay viene de largo y no es uno de los problemas que quiera recoger en sus primeros meses de mandato.

–Llamaré a de Molay y hablaré con él al respecto.

–Me gustaría estar presente cuando concertéis la entrevista –le asegura, temiendo que las palabras de Clemente no sean suficiente para convencer al terco maestre templario.

–Es un asunto que trataré primero con él, dado que la orden depende directamente de mí.

–Por eso os lo pido. Sois más razonable que él. Sabré ser generoso en armas, hombres, barcos y recursos; incluso estoy dispuesto a ceder el mando de todo el operativo a mi hijo, Louis. Pero debéis hacerle entender que, para tener éxito, debemos cambiar la estrategia. Y lo mejor para la cristiandad es formar un mando único y fusionar las órdenes en una sola. Los Caballeros de Jerusalén serían un arma poderosa e indestructible.

–Haré lo que pueda –el tono utilizado no satisface a Philippe, a quien parece que el papa no se está tomando en serio sus palabras.

–No sé si me estáis entendiendo bien, ilustrísima –enfatiza el rey clavando sus pupilas en los ojos de su interlocutor–.
No os estoy pidiendo que hagáis lo que podáis, os estoy diciendo que le recordéis a de Molay que os debe obediencia. Ahora todo está en vuestras manos.

El rey se levanta muy lentamente, desengancha una bolsa llena de monedas de su cinturón y la deja sobre la mesa.

–He oído rumores sobre el Temple.

–¿Qué rumores?

–Dicen que son adoradores de un falso dios, a quien llaman Bafomet, y que

entre los freyres se practica la sodomía.

Clemente se levanta de su asiento al escuchar semejante aberración.

–Nada he oído al respecto.

–Creo que lo deberíais investigar.

–Haremos una cosa. Nos reuniremos todos en Poitiers. Convocaré a de Molay y al maestre del Hospital. Creo que vuestro hijo debería retrasar su viaje a Navarra y asistir también a esta conferencia, si lo vais a presentar como el jefe supremo de esta expedición. Allí os entregaré la dispensa con el levantamiento del entredicho y hablaremos con calma sobre todo esto que planteáis –le propone mientras mira la bolsa calculando cuántas monedas habrá dentro.

–Veo que sois razonable –dice Philippe dirigiéndose hacia la puerta.

–En cualquier caso, no creo que sea necesario investigar al Temple tal y como pretendéis –dice, pero sus últimas palabras no son escuchadas por Philippe, que para entonces ya ha salido de la estancia.

Louis ha decidido dar un paseo por el *castrum*. No puede estar más feliz, piensa, mientras se asoma a los vestigios de una gran ciudad cuyo pasado está bien presente. De hecho, el joven rey de Navarra acaba de abandonar el lugar donde Leonor de Aquitania contrajo matrimonio con Louis VII de Francia. Ajeno a la historia de Bordèu, Louis no para de urdir planes. Irá a Navarra con Marguerite y se hará coronar en la catedral. También llevará a Eudeline. En cuanto lleguen a París, empezará los preparativos. Se hará coser las mejores prendas, que restregará a sus hermanos. Él mismo hará que le compren las telas más exquisitas y contratará a las mejores costureras de Francia. La emoción lo acaba excitando. Ya se ve en Pamplona, aclamado por la multitud en las calles. Las damas de Pamplona se pelearán por recibir sus cumplidos. Las jóvenes, por ser el centro de su atención. Tiene que contárselo a Eudeline.

Con prisas, se dirige hacia sus aposentos. Tiene la certeza de que ella estará allí, ordenando sus enseres. Camina con pasos prietos y rápidos; su mano izquierda apoyada en el pomo de su daga. Un pomo ricamente tallado con flores de lis engarzadas. Cuando abre la puerta, la sirvienta está arrodillada, limpiando algo con tal brío que hace que sus nalgas se muevan rítmicamente por debajo de sus faldas. Louis cierra la puerta y se acerca por detrás. Sin dar tiempo a que ella se gire, se agacha a su lado y busca el contacto de sus pechos.

–¡*Sire*! –exclama ella azorada.

–Tengo grandes noticias.

–Pues contádmelas.

–Te las contaré –le asegura mientras su mano izquierda sube por el muslo fuerte de la sirvienta.

El viaje de vuelta ha sido mucho más interesante que el de ida. Louis está transformado. Se muestra más accesible y cariñoso. En cada pueblo que paran, hace notar su presencia. A las gentes les gusta su simpatía y su sonrisa. Él mismo ha visto el efecto que causa. Y ha escuchado los comentarios sobre su persona. Su ego se ha hinchado. Ya no le parece aburrido el camino ni monótona la marcha de las monturas. Aparte de Eudeline, ahora tiene otros alicientes. Ha conquistado corazones y ha descubierto nuevos puentes que cruzar.

Lo primero que hace nada más llegar a París es convocar a sus hermanos.

–Me marcho a Navarra –les anuncia.

La única que se alegra de veras es su hermana, Isabelle.

–Es una gran noticia –le dice.

–Voy a ser rey de verdad. ¿Es que acaso no te has enterado, *gringalet*? –le dice a Felipe, zarandeándolo.

–Vais a Navarra, sí. Pero todavía no os han coronado, ¿no? Así que todavía no sois rey. Sois igual que yo, un príncipe.

–Soy rey.

–Ni siquiera podéis gobernaros a vos mismo. ¿Cómo vais a gobernar un reino?

–¿Cómo te atreves a decir eso, Felipe?

–No lo digo yo, lo dice nuestro padre.

–Vuelve a repetir eso si te atreves –le amenaza, abalanzándose contra él y dándole un fuerte golpe en la nariz, de la que comienza a brotar sangre.

Charles defiende a Felipe subiéndose a la espalda de su hermano mayor, mientras Isabelle grita pidiendo a los tres que detengan sus agresiones. Robert, en cambio, parece ajeno a todo cuanto está pasando. Desde que ha sido prometido en matrimonio, todo lo demás carece de importancia.

Philippe echa una larga mirada sobre el escritorio. En un montón bien ordenado, se encuentran los documentos relativos a Navarra. Pone una mano sobre ellos, pensando en su triunfo sobre Clemente y en que pronto doblegará a de Molay. Este último pensamiento le satisface. Si juega bien, puede conseguir al mismo tiempo comandar la próxima cruzada y librarse de pagar lo que adeuda al Temple. Ojea el primero de los documentos relativos al pequeño reino de su esposa. Unos dominios cuya extensión es ridícula comparados con Francia, pero que son la puerta de entrada para controlar otros reinos, como Castilla.

La primera carta es una respuesta a su pregunta sobre la actitud del alférez. En ella, su gobernador le dice que no ha escuchado nada sobre que haya querido proclamarse rey si no enviaba a su hijo a Navarra. Y que por ese lado puede estar tranquilo.

Las demás cartas versan sobre finanzas y algunas disputas de terrenos y heredades sobre las que sus gobernadores piden consejo. Tras varias misivas en los mismos términos, la última le depara una sorpresa. Es de su gobernador, haciendo unas matizaciones sobre el alférez. Le dice que, aunque no hay ninguna actitud explícita respecto al interés del alférez por la corona, tal vez alguna de sus manifestaciones puedan ir en esa línea. Aclara que Fortún Almoravid está a la cabeza de todas las protestas que reclaman la presencia de Louis y que ha habido algunos altercados en mercados y fronteras.

El silencio lo rompe una llamada a su puerta.

–Adelante.

La puerta se abre con rapidez.

–¡Valois!

–Hermano.

–Os hacía con vuestra esposa, lejos de aquí.

–Pues estoy en vuestra corte.

–¿Qué se os ofrece?

–Vuestros cachorros están peleándose en el pabellón noroeste.

–¿Y quién gana?

–¿Eso es lo único que os preocupa? ¿Quién gana? Con esa actitud alentáis sus disputas.

–Deben aprender a defenderse.

–En mi opinión, lo único que hacen es aprender a devorarse. Si continúan con esa actitud, destrozarán el reino de Francia.

Philippe se concede una de sus escasas sonrisas.

–Nosotros también peleábamos.

–Pero nuestro padre impartía disciplina, nos ponía el ejemplo de san Louis y nos hacía entender quién era el primogénito y qué significaba.

–Yo también lo hago. Decidme de una vez quién ha ganado.

–En un principio, Louis. Aunque creo que luego se ha impuesto la cordura de Isabelle.

Philippe asiente varias veces con su cabeza, procesando la información.

–Louis ha golpeado a Felipe y le ha partido la nariz. Le ha ganado, sí, pero pronto Felipe, que ya le supera en altura, lo superará también en fuerza.

–Louis crecerá.

–No os engañéis. Felipe ha heredado la altura de su abuelo Enrique y la de su antepasado, Sancho.

Philippe hace un gesto con la mano y su mirada se desvía al último papel que estaba leyendo.

–¿Algún problema que os preocupe? –le pregunta.

Philippe toma la carta y se la entrega a su hermano. Este, tras leerla, levanta una ceja y sonríe.

–Quizás yo os pueda ayudar con este tema.
–¿Vos? No sabría cómo.
–Hay alguien en el reino de Navarra que me debe un favor.

---

24 Clemente, antes de ser nombrado papa, había sido arzobispo de Burdeos y en esa época todavía se estaba haciendo cargo de la diócesis.

25 Excomunión. Censura eclesiástica por la cual se prohíbe a ciertas personas o en determinados lugares el uso de los divinos oficios, la administración y recepción de algunos sacramentos y la sepultura eclesiástica.

IRULEGUI, 30 DE NOVIEMBRE DE 1306

El extranjero llama a la puerta del castillo y pide ver a Martín Ximénez de Aibar. Su peculiar acento delata su procedencia francesa. El alcaide de Irulegui lo recibe con cordialidad, pero con algo de suspicacia.

–¿Quién sois? –le pregunta cuando se quedan a solas.

–Me envía Valois.

Martín reflexiona y sus recuerdos lo llevan hasta la corte parisina. Todavía recuerda con gran detalle el rostro del hermano del rey y sus palabras.

–Ya. ¿Y qué quiere Valois?

–Información.

Martín rebusca algo. Hace tiempo que dejó de rellenar aquellos papeles con detalle y asiduidad.

–Aquí está todo lo que he ido anotando…

–No he venido a por esto sino a preguntaros directamente una cuestión. ¿Debería el rey de Francia temer la actuación de alguna persona de este reino?

Martín se sorprende ante la pregunta.

–¿Por qué habría de hacerlo?

–Eso es lo que os he preguntado.

–Las reuniones de Cortes…

–Valois y el rey están informados sobre las reuniones de Cortes. Los gobernadores y los reformadores se ocupan de ello. Lo que quiero saber… lo que Valois quiere saber es lo que ocurre en la intimidad de los hogares, en las reuniones secretas y privadas con respecto a la corona.

El pulso de Martín se acelera. No sabe muy bien qué contestar. Nunca pensó que las palabras que intercambió con Charles en París entrañarían todo este interrogatorio.

–Los ricoshombres, clero y universidades de Navarra han dado su palabra. Si Louis viene a Navarra y se corona en la catedral, lo reconoceremos como rey.

–Vuestras palabras suenan a ultimátum.

–No sé a qué suenan mis palabras en los oídos del rey de Francia, pero…

–No habéis contestado a mi pregunta. ¿Qué pasará si Louis no llega en el plazo establecido?

–¿Acaso es eso lo que va a suceder? ¿Louis no va a venir?

–Soy yo el que hago las preguntas. Y seré directo. ¿Hay alguna persona que esté pensando en ocupar el trono?

–¿Qué? –pregunta totalmente sorprendido.

–¿El alférez, por ejemplo?

–¿Fortún Almoravid?

–¿Hay algún otro alférez?

–Es solo que me extraña vuestra pregunta.

–A Francia han llegado ciertos rumores y Valois solo quiere confirmar que no son ciertos.

–No hay nada de verdad en ellos.

–Si me mentís, las consecuencias serán terribles.

–Respondo de mis palabras.

El extranjero se levanta. Parece que da por terminada la entrevista.

–Me llevaré esto –le dice, tomando los legajos escritos por Martín.

–Valois me prometió recompensar mi trabajo.

–Valois ya os pagó por adelantado. ¿O es que creéis que aquella copa que os entregó Jean llegó a vos por casualidad?

Al ver el rostro de Martín, el extranjero suelta una carcajada.

–Que tengáis buen día, Martín Ximénez de Aibar.

La entrevista con el extranjero le ha dejado un regusto amargo. Buscando algo de paz, se dirige a los aposentos de su esposa.

–Venid –le pide ella al verlo en la puerta–. ¿No queréis ver la fuerza que tiene ya? Será un gran guerrero como su padre y como sus bisabuelos y como… –la imagen de Guante Negro se le aparece de pronto en su cabeza.

–¿Como quién?

–No sé, tal vez como su tío. Seguro que Ximen también se convertirá en un gran caballero.

Se sienta junto a su esposa. La ve muy distinta a esa Gracia que encontró en Tudela en brazos del judío.

–¿Qué ocurre? –le pregunta ella.

–Pensaba en nuestros primeros meses de matrimonio. Hace mucho que no me decís que me odiáis.

–¿Lo echáis de menos? En realidad, os sigo odiando, pero ya no os lo digo porque no parece molestaros.

–Estáis resignada.

–Resignada a este destino que nos ha juntado.

–Más que el destino, yo diría que han sido nuestras familias.

–El odio de nuestras familias, diréis más bien –el tono de Gracia no denota enfado sino cierta indulgencia.

–En eso, os tengo que dar la razón. El momento en que se decidió nuestro casamiento fue muy tenso.

–¿Vos estabais allí?

–Sí.

–¿Cómo fue?

–Fue todo un poco extraño. ¿Os suena el nombre de Beaumarchais?

–Por supuesto. Fue el gobernador de Navarra cuando estalló la guerra civil tras la muerte del rey Enrique.

–Eso es. Nuestra boda fue idea suya; del exgobernador, quiero decir.

–No entiendo.

–Se presentó en el reino hace seis años con la idea de restañar heridas antes de morir. Y creyó que la manera más eficaz de sellar la paz entre los Almoravid y los Cascante era a través del vínculo del matrimonio. Sabía que nuestras familias estaban enemistadas desde la Guerra de la Navarrería. Así que reunió en su casa de Pamplona a mis padres, mi abuelo y vuestra tía, Milia. Por lo que sé, en un primer momento, ninguno de ellos quería este matrimonio; salvo, quizás, mi madre.

–También os llamó a vos.

–No exactamente. Yo estaba allí por casualidad.

–¿Estabais en su casa por casualidad?

–En realidad, me recuperaba allí de unas heridas.

–¿Os habíais peleado?

–Más bien me metí en medio de una pelea para tratar de detenerla.

–¿Y quiénes estaban implicados en esa pelea?

–El alférez y Beaumarchais.

–¿Y os metisteis en medio?

–¿También creéis que fue una estupidez?

–Conociéndoos, estoy segura de que seguisteis fielmente el código de caballería.

Martín mira a su esposa. Los ojos de Gracia se ven oscuros; en sus pupilas se reflejan las llamas de la chimenea. Los de Martín han tomado una tonalidad azul más intensa.

–Así que tengo razón. Fue el odio de nuestras familias lo que nos ha unido.

–No me queda más remedio que daros la razón.

–Martín, ¿puede el odio engendrar algo tan precioso? –le pregunta mirando a su hijo y descansando la cabeza en su hombro.

El alcaide de Irulegui se levanta con la imperiosa necesidad de hablar con su

abuelo. La visita del extranjero lo ha dejado intranquilo. Si a Francia han llegado rumores de que el alférez quiere proclamarse rey, su vida puede estar en peligro.

Poco después Ximen y él están listos para partir hacia Sangüesa. Todavía no sabe qué le va a decir a Fortún. No puede decirle que Valois lo ha convertido en un espía de su propia familia. En cualquier caso, tiene todo el camino hasta casa del alférez para pensar en cómo le va a plantear la cuestión. El viaje se hace entretenido gracias a su hermano. Es increíble el buen humor que parece tener siempre. Después de un buen rato, comienza a cantar.

Quinde d'olide say
Preguntey por Ayvar
Edisse-mi log'assay
Aquel que hoy preguntar:
Señor, vos creed'a mi
Que o sey mui ben contar:
Eu vus contarey quant' a d'aquí a cas don Ximeno
Hun día mui grand'a hy, e hun jantar muy pequeño[26].

–¿Por qué me miráis así? ¿No os gusta mi canción? Es sobre nuestro padre –asegura Ximen.

Martín hace un gesto de incomprensión.

–¿Eso os sorprende?

–¿Hay una canción sobre la tacañería de nuestro padre?

–Sí.

–¿Y la cantas tan alegremente?

–He pensado que eso os haría reír. No habéis abierto la boca en todo el camino y ya casi hemos llegado a nuestro destino.

–¿La has compuesto tú?

–¿Por quién me tomáis? Yo nunca iría contra nuestra familia.

–Pero estás cantando esa canción.

–Mejor que la conozcáis por mí a que alguien pretenda faltaros al respeto con ella y os sorprenda.

–El que me ha sorprendido eres tú.

–Me alegra poder impresionar a mi hermano.

Los dos se miran unos instantes, cómplices.

–Recuerdo que cuando naciste te odié con todas mis fuerzas.

Ximen frunce el ceño.

–Fue porque a mí me enviaron a Sorlada con el abuelo entonces y pensé que lo hacían porque habías nacido tú y ya no me querían.

–En casa, madre siempre hablaba de ti. No hemos crecido juntos, pero es como si siempre hubierais estado a mi lado.

–Para mí, sin embargo, es extraño pensar en ti y en Pedro como mis hermanos.

–Pedro es diferente.

–Diferente. ¿No te llevas bien con él?

–Claro que sí. Simplemente digo que es distinto. Nunca se preocupó por mí como lo hacéis vos –le asegura en el momento en que llegan a casa del alférez.

–Ximen, me gustaría hablar con el alférez a solas.

–De acuerdo. Me ocuparé de los caballos. Cuando acabéis, saludaré al abuelo.

En la soledad de su casa, Fortún invita a pasar a su nieto y le ofrece un poco de vino y algo de comer. El alférez no pierde el tiempo y enseguida le pregunta a qué viene su repentina visita. Martín va directo al grano.

–¿Os acordáis de ese sirviente con el que entablé amistad en París? ¿Ese que había pertenecido al hostal de la reina Jeanne?

–¿Qué pasa con él? ¿Ha vuelto a Navarra?

–No, pero me ha hecho llegar un mensaje. Dice que en la corte de París se rumorea que vos tomaréis la corona si Louis no llega en el plazo estipulado.

Fortún no puede reprimir una carcajada.

–Vamos, abuelo. Tomaos este asunto en serio.

–Nadie en su sano juicio daría valor a esa información.

–Jean no me habría avisado si no lo considerara un asunto importante. Y el caso es que me da la impresión de haber escuchado esto antes a alguien.

–Juan de Dios.

–¿Qué tiene que ver Juan de Dios con todo esto?

–Habéis dicho que os suena que alguien comentó esto antes y yo os digo que fue Juan de Dios. Estábamos en Estella, el día que se celebraron Cortes allí. ¿Recordáis?

–Cierto. Ya veo. Ese maldito anda mandando falsos rumores a París.

–En cualquier caso, como os digo, nadie con un poco de sentido común creería esa falacia. Olvidemos este asunto. ¿Creéis que me quedaría bien la corona? Lo cierto es que disfrutaría siendo alzado sobre el pavés. Y os nombraría mi sucesor.

–No bromeéis, abuelo.

–Bebe, Martín. Bebe –le dice señalando su vaso y tomándose él hasta la última gota del suyo.

---

26 Versos que Pero da Ponte dedicó a Ximeno Martínez de Aibar, recogidos por las hermanas Iziz en *Los Aibar. Linaje de Reyes.* Dicen algo así: Cuando salí de Olite preguntando por Aibar, díjome así aquel a quien fui a preguntar. Señor creedme a mí que muy bien os lo voy a contar. Y así vos contaréis que de aquí a casa de don Ximeno hay un día muy largo de camino y, al llegar, muy pequeño yantar.

PALACIO DE LA CITÉ, PARIS, 23 DE DICIEMBRE DE 1306

Desde el calor de las estancias que le han preparado en el palacio de la Cité, Louis observa con gesto adusto los copos de nieve que se deslizan hacia el suelo. A su lado, su hermana Isabelle intenta convencerlo para bajar al patio y jugar con la nieve. Pero Louis, quien detesta el frío, solo piensa en acercarse a la chimenea, maldiciendo el mal tiempo que le impide iniciar su viaje.

–¡*Mordiable*!

–¿Decíais algo, hermano?

–Nada, Isabelle.

"Los pasos del Pirineo estarán cerrados. Los caminos intransitables, cubiertos de barro y nieve. Tendré que esperar a la primavera", se duele. Su viaje a Navarra se ha pospuesto *sine die*. Y su padre se niega a decirle cuándo podrá partir. Golpea la ventana.

–Vuestro mal humor no hará cambiar el tiempo.

Louis se gira, de manera que queda frente a su hermana.

–¿Qué os vais a poner para la fiesta de Marguerite de esta noche?

Louis se muerde los labios. Su esposa ha organizado una velada para celebrar la cercana boda de su prima, Jeanne de Bourgogne, con el príncipe Felipe. Ha pedido permiso al rey de Francia para invitar a toda la familia real. Conociéndola, será un éxito. Está deseando asistir, pero le enoja que su padre tenga restringidas sus visitas a su esposa y ahora le dé su permiso para asistir a esta fastidiosa fiesta en honor de su hermano. Y, además, le permita pasar la noche en la Cité.

–Todavía no lo sé.

–Dejadme ayudaros a elegir atuendo. Seréis el más apuesto de la fiesta– Isabelle sabe cómo alegrarle. De todos sus hermanos, ella es la preferida.

A Isabelle no le gusta el terciopelo, así que Louis no se sorprende cuando le muestra un traje de bocací[27] en tonos bermejos y verdes.

–Este es perfecto si lo combináis con vuestra capa oscura. ¿Habréis comprado algún detalle para Marguerite, no?

Louis entorna los ojos.

–Deberíais sorprenderla.

–Pero ya es tarde.

–Buscaré entre las joyas de madre.

–¡Isabelle! Sabéis que padre confiscó todas sus joyas.

–No todas –dice elevando su ceja izquierda, haciéndose la interesante–. Aguardad aquí.

Isabelle lo sorprende con un camafeo de nácar tallado con exquisita precisión y belleza.

–¿Estás segura de que quieres desprenderte de esta joya?

–¿Queréis sorprender a vuestra esposa o no?

–De acuerdo.

Marguerite pasa muchas horas sola. La organización de sus pequeñas fiestas es una de las pocas actividades que la entretienen de verdad. Y esta vez ha sido relativamente sencillo convencer a su suegro para que permita que toda la familia real participe en ella. Ya hace veinte meses que murió la reina Jeanne y, aunque parece que nada podrá devolver el brillo a los ojos de Philippe, al menos ha accedido a relajar el luto. Como detalle sorpresa, ha hecho preparar *gaufres*[28] para Louis. Sabe que le gustan mucho. Ella misma ha supervisado la confección de los moldes con las flores de lis. Ha preparado todo con gran detalle. Incluso ha conseguido un bebedizo que le han asegurado que hace enloquecer de amor a quien lo toma. Quiere que esta velada sea especial. Quiere oír de boca de su esposo todas las palabras que ella desea escuchar. Y será hoy, con la aquiescencia de su suegro o sin ella. Se mira en el espejo que Louis le regaló y ensaya esa mirada con la que piensa seducir a su esposo.

Alrededor, todo luce con las mejores galas. Ha hecho poner pendones y estandartes con las armas de Francia y ha cuidado en extremo las esencias que aromatizarán la sala. Y, para ella, ha elegido su atuendo de manera muy precisa, buscando el azul perfecto. Falta poco para que los invitados lleguen. Se acerca la Navidad y todo parece más trascendente. Manda encender las luces y observa con aprobación, retocando una flor aquí, un candelabro allá.

El primero en llegar es el homenajeado. Sonríe en cuanto ve a su cuñada, a la que saluda con extrema delicadeza. La piropea y ella ríe con falsa modestia, mostrando unos dientes cuidados. Enarca su ceja izquierda ligeramente y ladea la cabeza. Sabe de sobra que ese gesto atrae a los hombres y ella ha practicado en el silencio de su semiencierro. Él la coge de la mano y la lleva cerca de la ventana, donde un banco corrido de piedra invita a sentarse. La nieve cae ahora con fuerza, lo que hace que se sienta doblemente el calor del interior. Él le habla de lo impracticable que está París. La reina de Navarra le pregunta si está nervioso por su inminente matrimonio y él trata de averiguar algún

secreto sobre su prometida, que es prima de Marguerite.

–Si es la mitad de encantadora que vos, seré muy afortunado.

–Jeanne es afortunada por tener un prometido alto como los árboles del Louvre y hermoso como su padre.

La conversación se interrumpe al aparecer otros invitados. Robert llega con Charles. Poco después entra Valois y, algo más tarde, Louis con Isabelle. Marguerite mira de soslayo a su esposo y se toca el pelo para llamar su atención. Lo ve acercarse, pero ella lo ignora, continuando su conversación con Felipe.

–Marguerite –escucha decir a su esposo.

–Bienvenido, *sire*. Os echaba de menos –le dice, pasándose la lengua por los labios con coquetería.

–Estáis muy bella. Me gustaría agasajaros con…

Su frase se queda incompleta al abrirse de nuevo la puerta. Philippe entra acompañado de gran pompa. Nogaret, a su derecha; a su izquierda, Enguerrand de Marigny, uno de sus principales ministros. Detrás de él entra también la esposa de este último, Juana de Saint Martín, y el hijo primogénito del matrimonio, Luis, ahijado del rey de Navarra.

Un silencio solemne se hace en la estancia. Marguerite se acerca para saludar a su suegro.

–Sed bienvenido, *monseigneur*.

–¿Cómo está mi nuera preferida?

–Deseosa de veros –le asegura–. Os serviré el mejor vino que hayáis probado.

Tras saludar al rey, la anfitriona hace lo mismo con el resto de los invitados.

–¿Qué habéis preparado para nosotros? –le pregunta el rey.

–Un poco de poesía, un poco de música y, si luego alguno de los invitados quiere, puede contribuir con una rima. Tenéis que probar estos deliciosos *gaufres*, *monseigneur*.

–Tal vez después. Ahora preferiría probar el vino que habéis mencionado.

Marguerite hace un gesto con su cabeza y uno de los sirvientes atiende solícito a Philippe. La reina de Navarra tiene todo controlado. Quiere mostrar al rey lo buena anfitriona que es. La joven reina ha contratado los servicios de Jean de Condé a quien ha pedido que, además de alguna obra suya, recite también algún fragmento de *Roman de la Rose*; poema inacabado de Guillaume de Lorris que finalizó Jean de Meung. La reina tiene gran interés en que se mencione a Meung, ya que le consta el gran afecto que el rey de Francia sentía por él. Fallecido recientemente, el mismo año que la reina Jeanne, es, sin duda, una alusión que transita entre la nostalgia y el reconocimiento. Quiere hacerle saber a su suegro que está al tanto de lo que pasa en París, en Francia y, por supuesto, en la corte del Louvre.

La recitación de Condé es un éxito. Incluso Philippe aplaude con entusiasmo y en sus ojos se ve cierta calidez que hacía mucho no manifestaba. Su desgarradora ejecución hace que incluso los ojos de Juana de Saint Martin se humedezcan.

Tras una pequeña pausa, Marguerite pide a uno de sus sirvientes que llame a los músicos. Mientras tocan, ella aprovecha para organizar un ambiente más distendido, haciendo que sus invitados se levanten y charlen en grupos diferentes. Mientras agasaja a unos y a otros, se percata de que su esposo no le quita ojo de encima. Es su oportunidad y el momento de verter el bebedizo en el vaso de Louis. Se acerca a uno de los sirvientes y le pide que le sirva una copa para su esposo. Le da las gracias y le indica que ella misma se la va a ofrecer. Está nerviosa. Sus manos tiemblan ligeramente. Ahora que tiene la copa en la mano, no sabe cómo verter sobre ella el supuesto líquido amoroso. Tenía que haber pensado más en ello.

–Pondré un poco más –le indica al sirviente.

Cuando este hace el gesto de ser él mismo quien se ocupe de ello, le asegura que se encarga ella y le pide que pregunte a los invitados si desean alguna cosa más. Aprovecha la ocasión para dejar la copa en la bandeja y abrir el pequeño frasco que esconde en su manga. Con rapidez, derrama todo el contenido. Tras hacerlo, se pregunta si no tendría que haberlo dosificado.

–Antes nos han interrumpido –escucha una voz tras ella–. Lo que quería deciros es que estáis muy hermosa esta noche. Y que tengo un obsequio para vos.

–Me encantaría que me lo dierais a solas.

–¿Podría ser eso posible?

–Voy a disimular hablando con algún invitado. Luego me escaparé por aquella puerta. Da directamente a mis aposentos. Seguidme poco después. Llevad esta copa –le pide poniéndosela en las manos–. Brindaremos por nosotros.

Ninguno de los dos se percata de que Felipe no les quita el ojo de encima.

Louis se cuela por la puerta indicada. Deja la copa encima de la mesa y se acerca a ella.

–Es para vos –le dice, poniendo en su mano un paquete pequeño de terciopelo.

–Es muy hermoso –le asegura Marguerite al descubrir el camafeo.

–¿Me permitís que sea yo quien lo prenda en vuestro vestido?

–Por favor –se aproxima a él y Louis aprovecha para acariciarle la piel.

–*Ma reine* –le susurra cerca de la oreja.

–Decidme eso otra vez, *sire*.

–¿Os gusta escucharlo?

–Me gusta sentir vuestro aliento cerca.

–*Ma reine* –le repite–. *Ma reine*.

Louis busca con mano experta por debajo de su vestido.

–Más despacio, *sire*.

–*Ma reine* –le vuelve a decir mientras la coge en volandas y la deposita sobre la cama.

–Louis, podría entrar cualquiera –le dice con fingido decoro.

Pero Louis no parece escucharle. Está tan concentrado en su esposa que ni siquiera se da cuenta de que la puerta se ha abierto a sus espaldas.

–¡Marguerite, mi padre requiere a la anfitriona…! –las palabras de Felipe retruenan en sus oídos.

–¡*Mordiable*! –susurra Louis–. ¡Márchate, hermano! –le exige con odio en la mirada.

–Lo siento, pero padre me ha mandado venir a buscar a Marguerite. Quiere que toque su lira.

–Ahora voy.

–Estamos impacientes –asegura Felipe, dirigiéndose de nuevo hacia la puerta. Cuando pasa por delante de la mesa, se fija en la copa de vino y la coge.

–¡No! –le grita Marguerite. Pero Felipe la apura antes de que ella pueda terminar su exclamación.

Louis sonríe. *Sa reine* se ha enfadado porque le ha dejado sin bebida.

–No importa, me serviré más cuando salgamos.

"¡*Chiabrena*[29]!, se dice la joven.

–Será mejor que vos salgáis primero.

–Salgamos los dos. No tengo nada que esconder, *ma précieuse reine*.

–De acuerdo.

Louis toma de la mano a su esposa. En la puerta, hace que ella se detenga y le da un último beso.

–Esta noche, dejad la puerta abierta. Vendré a veros.

El joven no le da tiempo a replicar. Marguerite suspira profundo. Cuando salen, muestra orgullosa el regalo de Louis. Todos lo admiran. Después le piden que les deleite con alguna canción. Ella toma la lira y se sienta. Cierra los ojos antes de dejar que sus manos se deslicen mágicamente por las cuerdas. Marguerite interpreta tres piezas. Después pide hacer un brindis por Felipe y por su prima Jeanne de Bourgogne, a los que desea una muy feliz vida.

El homenajeado eleva su copa por encima de las de los demás y mira a su cuñada guiñándole un ojo. Entonces Marguerite recuerda que se ha bebido el vino con la pócima amorosa.

"*Chiabrena*".

Los invitados se despiden. Primero Isabelle y Robert. Después Nogaret, Marigny y su familia, Felipe y Louis, a quien su padre despacha con prisas.

Cuando se queda solo, Philippe agradece en privado a su nuera la organización de la pequeña fiesta.

–Seréis una gran reina de Francia.

–Gracias, *monseigneur*.

Louis se perfuma. Retoca su atuendo ayudado por Eudeline, quien le cepilla la túnica y los zapatos. Una última sonrisa a su amante antes de visitar a su esposa. "Soy rey que va al encuentro de su reina". Por los pasillos sueña con el momento en que despojará a Marguerite de su ropa, "si es que ella todavía no lo ha hecho". Se pregunta si lo esperará con tanta ansiedad y regocijo como camina él a su encuentro. Le embriaga una extraña sensación que emana de su estómago. Se siente eufórico y pleno. Al tomar el último tramo de pasillo, Louis ve una sombra al lado de la puerta de Marguerite.

–¿Qué haces ahí, Felipe?

–¿Louis? Desde hace unas horas oigo música en mis oídos.

–¿Se puede saber qué te pasa?

–¿No la oís vos?

–¿Estás borracho?

–Estoy henchido de felicidad. Quiero ver a mi musa.

–¿Tu musa?

–Siento deciros que vuestra esposa es mi musa. La música que me inspira.

Sin pensárselo, el joven rey de Navarra lanza un puñetazo a su hermano, pero este reacciona con rapidez, esquivándolo.

–¿Cómo os atrevéis?

Felipe lanza su puño contra el rostro de Louis. Este nota cómo su labio se abre. Incrédulo e indignado por su pequeña derrota, el heredero francés trata de devolver la afrenta. El escándalo de golpes e insultos hace que Marguerite se asome a la puerta.

–¿Se puede saber qué ocurre aquí? –pregunta sorprendida.

A pesar de sus esfuerzos, no puede separar a los dos contendientes, enzarzados como dos animales heridos sin dar su brazo a torcer.

–¡Basta! ¿Es que habéis perdido los dos el juicio? –insiste.

–Marguerite os está pidiendo que os serenéis y os comportéis como dos caballeros –se escucha una voz atronadora de repente.

–¡Nogaret! –exclaman los tres a la vez.

–Sí, soy yo. Y ahora me vais a explicar qué está pasando aquí.

–Un malentendido, *messire* –dice Felipe tomando la iniciativa–. Al parecer, caminaba dormido por los pasillos. Mi hermano ha escuchado ruidos y ha pensado que era un intruso. Me ha seguido y se ha echado sobre mí y… ya veis el resultado.

El consejero real menea su cabeza. Louis piensa que no se ha creído ni una

sola palabra de Felipe, pero no piensa contradecirlo.

–Cada uno a su cuarto –les replica, pretendiendo tener autoridad sobre los príncipes.

Sin rechistar, los dos se dan por vencidos. Antes de separarse, intercambian una mirada. A pesar de la escasa luz, los dos saben que solo es una tregua momentánea. Felipe da media vuelta y se pierde por los pasillos. Louis nota el roce de una mano sobre su brazo y eso hace que varíe el destino de su interés.

–Gracias por defenderme –escucha decir a Marguerite cerca de su oído.

Un beso fugaz, apenas rozando los labios ensangrentados antes de que Nogaret lo mande con cajas destempladas de vuelta a sus aposentos, le hace soñar despierto. Louis rezonga entre dientes y se lamenta de su mala suerte. Felipe y Nogaret. Nogaret y Felipe. ¿Es que nadie duerme hoy en el palacio de la Cité? Llega a sus aposentos y se tira en la cama. Luego se levanta con intención de buscar a Eudeline. Pero Eudeline esta noche está lejos de la cama del rey. Le ha pedido que vuelva al Louvre.

–¡*Mordiable*!

---

27 Bocací: tipo de tejido.

28 Gofres.

29 Chiabrena: mierda de mierda.

IRULEGUI, 23 DE DICIEMBRE DE 1306

Hace frío y nieva como Gracia jamás había visto. A este paso, pronto se quedarán aislados. Mentalmente repasa si tienen provisiones suficientes para varios días. Tal vez debería haber sido más previsora, recapacita.

–¿Estáis preocupada, cuñada?

–Lleva horas nevando.

–Y no os gusta la nieve…

–Lo que no me gusta es lo que viene después. Caminos impracticables, el aislamiento, la escasez de madera para el fuego, la imposibilidad de encontrar determinadas mercancías… y luego llega el hielo. Y el frío feroz. Y después aún peor: el deshielo. Los ríos se desbordan…

–Os veo muy pesimista, pero el río Sadar está muy lejos de aquí.

–¿Y Martín?

–Ha dicho que ahora venía a comer algo.

–¿Y cuándo ha dicho el ahora?

–Hará ya más de dos horas. Iré a buscarlo –dice al ver el gesto de Gracia.

–Déjame a mí. ¿No te importa cuidar de tu sobrino?

–Sabéis que lo hago encantado. Quiero que me conozca bien. Voy a ser una gran y buena influencia en su vida.

–Ya veremos. Si llora…

–Sí, ya lo sé. Si llora le daré a chupar el nudillo de mi dedo.

–¡Ximen! Bueno, cuida bien de él.

–Id tranquila. Si hay algún problema acudiré a Ortissa.

Gracia se encamina al encuentro de Martín. El sonido de unos golpes la dirigen hacia el lado norte de la fortaleza. Con voz potente grita el nombre de su esposo.

–Estoy aquí.

–¿Se puede saber qué hacéis en plena nevada en el lugar más frío de Irulegui?

–Es una sorpresa.

Al decirlo, la joven observa cómo el rostro de su esposo se ilumina.

–¿Qué tipo de sorpresa?

–Si os lo digo, ya no será una sorpresa.

Gracia se acerca a él y lo agarra por los hombros para cerciorarse de que tiene toda su atención.

–Será una sorpresa ahora.

–De acuerdo. Voy a construir dos capillas. Una en el lado norte y otra en el lado sur.

–¡Vaya! ¿Dos?

–Hice una promesa después de lo que le sucedió a nuestro hijo.

Gracia, embargada de una gran emoción, se echa sobre Martín y lo abraza estrujándolo mucho y buscando, de paso, un poco de calor.

–Si llego a saber de vuestra reacción os lo hubiera dicho antes. ¿Y esas lágrimas?

–Me he emocionado, Martín Ximénez de Aibar.

Los dos se quedan mirándose unos instantes. La joven siente los dedos ásperos de su esposo recorrer su rostro tratando de absorber sus lágrimas.

–Os amo.

Gracia siente un cosquilleo grato en todo su cuerpo. Es la primera vez que Martín le dice algo así.

–Os amo, Gracia –repite.

Ella cierra los ojos y deja correr el tiempo. Nota cómo la mano de su esposo se mueve sutilmente recorriendo despacio sus curvas.

–¡Gracia! –escucha el susurro cerca de su oído.

–No digáis nada y seguid.

–Quiero…

–Y yo, también.

Y en el frío de aquel recinto, mientras la nieve cae copiosa y lenta, Gracia siente los embates de un cálido invierno en los vaivenes del cuerpo de su esposo.

Martín tiene hambre. Se da cuenta de ello en cuanto mastica el primer trozo de pan. Acaban de matar el cordero que comerán el día de Navidad y, mientras las mujeres lo preparan para cocinarlo, se ha permitido escanciar el mejor vino que tiene e invitar a todos los que viven bajo el techo de Irulegui. El reino está sumergido en una tensa calma, escondida bajo el manto de nieve que ha dejado blanca media Navarra. Los pasos del Pirineo permanecen cerrados. No hay noticias de Francia. Todavía falta mucho para que se cumpla el plazo dado, pero todo parece paralizado y en quietud. Los nobles, infanzones, clero y universidades parecen haberse dado una tregua, coincidiendo con la Navidad.

Mira a su esposa. No sabe por qué, pero hoy le parece que está muy hermosa. Tal vez le siente bien el frío. O la sonrisa que lleva en su rostro cuando lo mira. Se sienta. Ximen entona una canción. Y los demás le siguen. Hasta Ximenín parece unirse con su voz diminuta. Los ojos de Martín se pierden en el vacío, soñando con las pequeñas capillas con que pronto contará el castillo de Irulegui, imaginando las piedras y sus contornos perfectos que hacen que encajen unas sobre otras y se sostengan en formas imposibles.

CORBEIL, 21 DE ENERO DE 1307

Philippe ha elegido el mismo lugar donde se casó su hermano, Charles de Valois, para celebrar los esponsales de su segundo hijo. Aunque pequeño, el castillo de Corbeil es acogedor y una de sus residencias favoritas. La fortaleza adquiere su carácter singular por su propia localización. Constreñida por el edificio que alberga Saint-Guenaut, la construcción muestra a la vez fuerza y seguridad y está lo bastante oculta para tener intimidad.

Esta vez, el rey no ha exigido un protocolo tan rígido como el que desplegó en la boda de Louis, pero sigue flotando a su alrededor esa aura de austeridad que lo persigue desde que murió la reina. Philippe se siente cómodo en Corbeil, donde a menudo ha establecido su corte. Y una de las razones para escoger este sitio es que no quería alejarse mucho de París mientras espera noticias de los movimientos y avances del papa respecto a Jacques de Molay.

La pequeña localidad ha recibido con gran afecto a la familia real. Hasta el Hôtel-Dieu, donde acogen a mendigos y enfermos, se ha engalanado con estandartes y pendones con las armas del príncipe y las de Bourgogne.

Una vez que concluyen los esponsales, Philippe se retira a descansar un rato. "Ya está hecho, Jeanne. Sé que Jeanne de Bourgogne había sido la primera opción que barajamos para nuestro primogénito. Pero creo que no nos equivocamos al cambiar de idea y pensar en Marguerite para él. Felipe… Es mejor opción para Felipe". Enfrascado en sus propios pensamientos, el rey apenas ha prestado atención a la comida ni a la música. Tampoco ha parecido importarle el hecho de que las parejas jóvenes hayan bailado y bebido en abundancia, relajando por unos instantes el rígido protocolo que le persigue.

Nogaret se acerca con sigilo. Ha cumplido el cometido encargado y así se lo hace saber al rey.

–Todo está preparado.

–Llevaos a Jeanne de Bourgogne y Marguerite tal y como quedamos.

El consejero asiente y se relame solo de pensar en la cara que pondrán los príncipes cuando se den cuenta de que sus esposas han desaparecido.

Por un instante todo ha parecido como en los tiempos en que vivía su madre.

La fiesta, el banquete, la contagiosa alegría de Corbeil, los invitados... Odia tener que reconocer que la boda de Felipe ha sido mejor que la suya, pero tiene que admitir que ha disfrutado como hacía mucho tiempo. "Mi hermano puede ser más alto que yo; incluso más apuesto, pero nadie brilla como Marguerite, y Felipe nunca podrá competir con el hecho de que yo soy el primogénito".

Louis nota el roce del vestido de su esposa en la pierna. Se acerca más a ella para sentir no solo el contacto de sus ropas, sino su aliento en el rostro. Sus mejillas sonrosadas, los suspiros que lanza de manera indeterminada, la caída de sus pestañas al cerrar sus ojos, el ligero movimiento de sus cabellos desprendidos sobre su rostro… Todo le invita a querer probar esa fruta prohibida en la que la ha convertido su padre. Mira a su hermano con cierto rencor. "No puede ganarme". Agarra a su esposa por la cintura y se acerca a su oído. El perfume que se ha puesto en el cuello produce un hormigueo de placer en su nariz.

–Esta noche, estéis donde estéis, iré a visitaros. Estad presta para mí.

Louis nota el temblor de Marguerite debajo de sus ropajes y sonríe feliz.

–¿Me deseáis, *ma reine*?

–Os deseo y anhelo, *sire*.

Al joven rey le invade una oleada de placer, anticipo de lo que vendrá después. Mira de nuevo a su hermano, que departe con sus suegros, Otón de Bourgogne y Mahaut de Artois. Detrás de ellos, vigilados por dos damas que pertenecieron a la corte de su madre, están Charles y Blanche, los próximos en casarse.

"Ninguno de los dos puede ganarme", reitera mirando a sus hermanos.

–Esta noche, Marguerite. Por fin será esta noche.

–Os estaré esperando ansiosa, *sire*. No tardéis mucho.

Louis mira por la ventana, anhelando ese manjar que espera hacer suyo mientras la luna reina en un firmamento que titila siguiendo el armonioso acorde del universo.

–La espera se me hará eterna, os lo aseguro.

–Y a mí.

–Marchémonos ahora, entonces.

–¿Qué decís? ¿Ahora?

–Sí. Sí –repite como si hubiera entrado en éxtasis.

Sin esperar respuesta, Louis toma a su esposa por la mano. Se giran para encauzar la puerta cuando la figura de Nogaret se interpone en su camino.

–*Madam*, vuestra tía, Mahaut, quiere hablar con vos.

–¿Ahora? –dicen los dos a la vez.

–¿No querréis hacerla esperar? Creo que es algún asunto referente a vuestra prima, Jeanne. Ya sabéis, creo que quiere ponerla bajo vuestra protección en la corte.

Los futuros amantes se miran contrariados. Es un ahora con el que no contaban. Louis suelta la mano de su esposa. Las estrellas parecen caer de ese firmamento que ya no titila. Marguerite acompaña a Nogaret, dejando a Louis mirando inquieto a todas partes. Su hermano Charles se le acerca.

–Creo que deberíais asomaros a la ventana.

–¿Para qué?

–Las gentes están aclamando vuestros nombres; el vuestro y el de Felipe.

Louis se precipita hacia la ventana. Quiere ser el primero en asomarse y recibir el júbilo del pueblo. Un viento gélido lo golpea en el rostro, pero la sensación desagradable desaparece cuando escucha cómo decenas de voces se unen para gritar salvas por él. Al poco aparece su hermano, desbancándole por un momento en su privilegio. Pero pronto las voces vuelven a fijarse en su figura. Tras unos momentos de gloria, saludan por última vez y se marchan, interpretando el juego de volver a asomarse, porque ninguno quiere ser el primero en retirarse. Charles, cansado, cierra definitivamente la ventana, empujando a sus hermanos, que protestan al unísono. Louis y Felipe se lanzan una mirada retadora. El primogénito toma una copa de vino y la eleva.

–A vuestra salud –le dice al novio.

Felipe lo imita.

–A la vuestra –le dice, marchándose al encuentro de sus suegros.

Louis se sienta. Al poco llega su hermano y toma asiento a su lado, aunque dándole casi la espalda.

–Padre ha llamado a Jeanne para hablar con ella –confiesa Felipe con pesar–. Creo que quiere darle algún regalo especial.

Su confesión hace que Louis suelte una carcajada.

–¿Qué os hace tanta gracia?

–Creo que esta noche no tendrás noche de bodas.

–¿Qué queréis decir?

–Que padre acaba de dejarte sin noche de bodas.

–Imposible.

–¿Te apuestas algo?

–Lo que queráis –le dice, apretando los dientes.

–Vuestro caballo, Châtain.

–Acepto. Pero si perdéis, me quedaré con Fortuné.

–Vamos a buscar a la novia.

Tras preguntar a varias personas, por fin, encuentran a la dama de compañía de la tía Mahaut.

–Jeanne se ha ido a París con Nogaret –les dice–. ¿No lo sabíais?

–Te lo advertí. Te has quedado sin caballo, hermano –dice un eufórico Louis, relamiéndose con la noticia–. Voy a buscar a mi esposa –dice mientras el semblante de Felipe se torna congestionado.

–Vuestra esposa también se ha ido a París, *monseigneur*.

–¡*Mordiable*! –deja escapar, dando un puñetazo a la pared que tiene más cerca. Su reacción hace que la dama de compañía se asuste y se marche todo lo deprisa que puede para no caer en la descortesía.

Felipe se deja caer al suelo y se queda pensativo. Louis, después de despotricar varias veces entre dientes, se sienta a su lado.

–Sé que estás disfrutando con la noticia.

–No disfruto, Louis.

–No tienes por qué disimular. Aunque no te voy a perdonar la deuda.

–Puedes quedarte con Châtain.

Los dos mantienen el silencio hasta que Louis vuelve a maldecir.

–Entonces… es cierto lo que se dice, que Marguerite y vos…

–Cállate. Lo hubiera conseguido si en la fiesta que dio Marguerite en tu honor no te hubieras comportado como un loco enamorado y no hubieras aparecido en la puerta de su dormitorio.

–Os juro que no sé lo que me pasó aquel día. Es como si alguien me hubiera dado un bebedizo de esos, un filtro de amor.

–¡Qué sandeces estás diciendo!

–Da igual. Louis, creo que deberíamos firmar una tregua. Ahora estamos los dos metidos en la misma guerra.

–No lo soporto más, Felipe. Nuestro padre…

–Por lo que se ve, nuestro padre va a interferir en nuestros matrimonios. Solo tenemos que ser más astutos que él.

Louis tuerce el gesto. Siempre es difícil saber qué ideas están cruzándose en la cabeza de su padre. Y no entiende por qué no quiere dejarles vivir con sus esposas. Se levanta de golpe, mirando impaciente, sin posar la vista en ningún sitio en concreto.

–Vamos a hablar con padre.

Felipe lo sigue. Encuentran a Philippe descansando en sus aposentos.

–¿Adónde os habéis llevado a nuestras esposas? –pregunta el mayor sin saludar.

–Están bajo mi protección y custodia y así permanecerán hasta que yo decida.

–Padre, ¿es que os habéis vuelto loco?

–Louis, volved a decir algo así y os apartaré del trono.

A duras penas se muerde la lengua. Más conciliador, Felipe trata de sosegar a su padre.

–Solo queremos saber dónde están y qué planes tenéis para ellas.

–Marguerite y Jeanne vivirán en el Hôtel de la Cité, donde ya residía Marguerite. Allí podréis visitarlas con mi permiso. Eso es todo. Ahora, dejadme descansar.

Louis va a replicar, pero su hermano logra hacerle contener a tiempo. Enfurecido, se dirige a los establos, ensilla a Châtain y sale de Corbeil al galope.

Aprieta sus talones sobre los flancos del caballo y lo lanza a una carrera frenética mientras su mente se transporta al Hôtel de la Citè. Se pregunta si el alojamiento de Marguerite seguirá estando en la Torre César o si, ahora que está también Jeanne, su padre habrá decidido otra cosa. El Hôtel está actualmente en obras. Philippe ha encargado la reforma a Enguerrand de Marigny. Cuando supo del comienzo de las reformas, no le dio importancia. Era lógico que su padre quisiera tener bien provisto el lugar que acogía la sesión de las Cortes. Sus recuerdos le llevan hasta el lugar donde antaño se habían celebrado grandes recepciones y banquetes. El Gran Salón, que acoge a los pares de Francia en sus reuniones con el rey, es digno de elogio. Recuerda uno de los festejos que organizó su madre. La mesa de mármol negro donde se sirvió el convite se llenó de ricos manjares. Esa fue la primera vez que lo sentaron al lado de Marguerite. ¿O fue en frente? No lo recuerda muy bien, pero está seguro de que entonces fue consciente de que su destino estaba unido al de esa niña que lo miraba con ojos desafiantes mientras le pegaba patadas por debajo de la mesa. "¿Así que serás rey algún día?", recuerda que le preguntó.

"Y ¿qué le contesté yo? Ni me acuerdo". Refrena al caballo; gesto que este agradece. "Hace frío", admite reconociendo la desagradable sensación que le acompaña. Odia el frío y todos los efectos que lleva aparejado: los temblores, el dolor en los huesos, el castañeo de los dientes, los sabañones, la sensación gélida de la cama… Pensando en la gran chimenea que preside el salón donde han comido, vuelve grupas y regresa al castillo de Corbeil.

OLITE, 28 DE ABRIL DE 1307

Prácticamente todo el pueblo de Navarra, empezando por los nobles y siguiendo por los infanzones, las universidades y el mismo clero han manifestado su disconformidad. El reino entero permanece en pie y no parece dispuesto a aguardar sentado a los acontecimientos. Muy al contrario, forzarán la situación hasta que el rey se presente en Pamplona. El pueblo está harto de promesas incumplidas y de todos los reformadores y gobernadores que Philippe manda desde Francia, cuando lo único que tiene que hacer es enviar a su hijo. Se ha pasado la fecha del 26 de marzo que pactaron con los representantes franceses. Incluso la del 3 de abril que dejaron de margen tras el acuerdo al que llegaron en las Cortes del pasado 11 de octubre. La gente quiere ver a Louis en la catedral de Pamplona mientras es alzado sobre el pavés.

La situación es de extrema fragilidad y nadie sabe qué puede ocurrir cuando las Cortes se reúnan hoy. Ya ha habido altercados en Pamplona y Estella, y en Olite los ánimos están muy exaltados.

Martín tiene claras todas las órdenes del alférez y los pasos que hay que dar. Mira hacia atrás para cerciorarse de que Ximen también ha ocupado su sitio. Le lanza una pregunta sin palabras, enarcando su ceja derecha. Su hermano le responde asintiendo con la cabeza un par de veces.

Desde el pasado día 4, Fortún y Martín se conjuraron para movilizar a todo el reino. Y bien que lo han conseguido. Su primer objetivo era poner al pueblo de su lado. Esa ha sido la parte sencilla del plan. Tras pasarse el plazo dado por el rey para su presencia en Pamplona, las protestas han ido subiendo de tono, por lo que el terreno estaba abonado. Se ha anunciado por todos los medios posibles la sesión de Cortes en Olite, para que todo aquel que quisiera estuviera presente. Y han tenido éxito, puesto que muchas gentes de las merindades de Sangüesa, Montaña, Olite, Estella y Tudela han viajado ex profeso para estar presentes hoy aquí.

Una vez que han logrado reunir a tan gran número de gentes, su siguiente objetivo es impedir que los reformadores y gobernadores entren en la sesión de Cortes. Para ello, los hombres del alférez han tomado todos los alrededores de

San Pedro.

–Parece que ya llegan –dice el alférez al ver cierto movimiento delante de ellos–. Iñíguez –se dirige a su lugarteniente–, busca cinco hombres y seguidme. Martín, también os quiero con nosotros. Ximen, quédate aquí y ve informándonos de lo que sucede.

Se abren paso como pueden. Martín ha desenvainado su espada y se lanza ya contra el primero de los hombres que trata de abrir un corredor al gobernador. Sin parar de dar mandobles, trata de asustar a las monturas para que reculen o dejen caer a sus dueños. No tarda en aparecer Ximen diciéndoles que han empezado a entrar a Cortes.

–Iñíguez y yo os cubriremos, alférez –dice Martín.

–De acuerdo –acepta–. Vamos.

Los hombres de Iñíguez, el lugarteniente del alférez, cubren la retirada de Fortún. Martín le pide a Ximen que acompañe a su abuelo y le avise cuando hayan llegado al escudo de hombres desplegados en abanico para proteger el acceso a la reunión.

El muchacho cumple su misión y, al poco, Martín recibe el aviso de que el alférez ya está en el punto. Entonces ellos se retiran también y marchan hacia la entrada a las Cortes.

–Franquead el paso al alférez –grita a los hombres de la barricada.

Un pequeño hueco se abre en el escudo humano y por él penetra Fortún mientras el resto de hombres que lo han acompañado se quedan a reforzar la defensa.

–¡Cerrad las puertas! –se escucha entonces.

Y, ahora, a resistir. Lo que pase de puertas adentro se lo tendrá que contar luego su abuelo. De momento, su cometido es impedir que el gobernador y los reformadores entren a la sesión. Visto el cariz que ha tomado el asunto, Martín se alegra de haberle prohibido a Gracia que entre en la ciudad, a pesar de que ha viajado con los hombres hasta aquí.

–¡Abrid paso al gobernador!

La orden es contestada con una algarada de gritos de desafío.

–¡Atreveos a venir, cobardes! –les grita el propio Martín.

–Nuestras espadas están sedientas de sangre –chilla Iñíguez.

El coro de improperios se repite. Los hombres del gobernador hacen ademán de acercarse un par de veces, pero cejan en su empeño. No parecen muy convencidos de querer medirse contra el muro humano que se ha formado delante de la puerta que da acceso a las Cortes.

–¿Creéis que atacarán? –le pregunta Martín a Iñíguez.

–Ahora mismo, creo que solo se lo están pensando.

–¿Podéis ver si nuestros arqueros han tomado posiciones?

–No.

–Ximen, ¿ves tú algo?

El muchacho se mueve entre los hombres que forman el escudo para buscar un lugar mejor de observación.

–Están en su sitio.

La noticia hace correr un rumor de alegría entre los defensores, que los señalan para que los extranjeros se den cuenta de que están en minoría. Al percatarse, el gobernador da la orden de bajar las armas, pero de mantener la formación. El silencio vuelve a la plaza. Olite se ha quedado mudo.

Una hora después, las campanas de San Pedro rompen el silencio.

–La sesión ha concluido –grita alguien.

Las puertas se abren y por ellas empiezan a salir los representantes navarros. El escudo humano abre un pasillo. Fortún, a la cabeza del grupo junto al notario, se acerca al gobernador y le entrega una carta.

–Aquí están nuestras decisiones. Como veréis, nadie obedecerá a gobernador ni oficial alguno venido desde Francia, si Louis no se presenta de inmediato en el reino.

De Visac desmonta con gesto adusto y toma la carta que le entrega el notario.

–Habéis ido demasiado lejos –le dice tras saber que casi todos se han hermanado y que aquel que se salga de los acuerdos tomados será castigado corporalmente y privado de sus bienes.

–No lo creo, considerando que estamos a finales de abril y vuestro rey no ha cumplido el trato.

–Cuidado, Almoravid. Vuestras palabras podrían considerarse un crimen de lesa majestad –le amenaza, sabiendo que cuenta con el respaldo de la iglesia de Pamplona, que le ha garantizado su apoyo.

–¿Cómo podría ser eso si no hemos jurado lealtad a ningún rey?

–Cuando lleguen las órdenes de París, ninguno de vosotros tendréis ganas de reíros.

–Que tengáis buen día, de Visac.

El gobernador se retira con sus hombres y la plaza se queda libre del poder extranjero.

–La sesión de Cortes se da por concluida –grita el secretario. Varios vítores se escuchan en las cercanías, contagiando a todos.

–Invito a una ronda –la promesa de un buen vino hace que la asamblea se disuelva definitivamente y la plaza se quede desierta.

Martín, Ximen, el alférez e Iñíguez se dirigen a una taberna.

–Brindemos –celebra el alférez.

–¡Por Navarra! –gritan los cuatro.

–¿Habéis visto la cara de de Visac?

–Creo que ahora habrá entendido que vamos en serio.

–¿Cómo ha ido todo? –pregunta Martín.

–Según nuestros planes. Básicamente se ha acordado decir al rey que seguimos considerando a Louis como nuestro señor natural, pero que no reconoceremos ninguna autoridad hasta que el rey no venga a Pamplona. Eso, más la exhibición que hemos hecho hoy, tiene que llamar la atención de Philippe de una vez por todas. Que sepa que somos conscientes de que si Louis no viene a Navarra es por su culpa. Él pretende ser el señor de un reino que no le pertenece. Jeanne era nuestra señora natural, no él. Y ahora lo es su hijo.

–Cierto. ¿Otro brindis?

Cuando les están llenando las jarras de nuevo, un caballero se acerca y le habla al oído a Martín.

–¿Qué ocurre?

–Al parecer, hay disturbios en las calles que rodean a San Pedro. Y Gracia se encuentra allí. Voy a buscarla.

–Sed indulgente.

–¿Indulgente? Me ha mentido. Me prometió que permanecería a las afueras y está en el mismo lugar donde se han celebrado las Cortes.

–Iremos contigo.

Dejan los vasos a medio vaciar y se dirigen de nuevo al lugar donde se han celebrado las Cortes.

El vino ingerido y el enfado que siente hace que se tambalee. Camina directamente hacia San Pedro. Los ánimos parece que se han aplacado un poco, pero hay una gran concentración de gentes; muchas de ellas armadas con palos y piedras. Se abre paso como puede. Le cuesta encontrar a Gracia, pero por fin lo hace. Azeari y Ortissa tratan de protegerla, pero está expuesta a los vaivenes de la multitud. En cuanto la ve, coge a Ximenín, agarra por el brazo a su esposa y la saca de allí a empellones, ayudado por sus tres acompañantes. Se alejan hacia el exterior de la ciudad. Martín se detiene bruscamente al lado del carro y rebusca entre las pertenencias que han llevado en él. Luego pide a todos que los dejen solos.

–¿Qué ocurre? ¿Qué buscáis?

–Esto –le dice, sacando una pequeña espada escondida entre el equipaje y las maderas del carro–. Cogedla.

–¿Por qué queréis que la coja?

–Obedecedme.

–Bien, ya la tengo, ¿y?

–¡Cruzad la espada con la mía!

–Martín, ¿estáis bien? Parece que habéis bebido demasiado.

–¡Cruzadla!

–De acuerdo.

–Presionad con fuerza.

–¿Así? –dice casi divirtiéndose.

–Con más fuerza. Estoy seguro de que tenéis mucha más fuerza.

Gracia presiona y Martín se deja llevar hasta que casi su espada roza su nariz.

–Presionad más fuerte.

–¿Estáis seguro? –dice imprimiendo toda la fuerza de que es capaz.

–¿Veis lo que habéis hecho?

–¿El qué?

–Habéis presionado demasiado y me he sentido amenazado.

–No os entiendo.

–Y si me siento amenazado, ¿qué creéis que debo hacer?

–Defenderos.

–No, Gracia. Atacar.

–¿Cómo?

Martín da un paso hacia el lado izquierdo. Deja caer su espada hacia atrás, hace con ella un giro y lanza una estocada hacia el lado derecho del cuello de su mujer. Esta, del susto, deja caer la espada.

–Me habéis mentido, Gracia. Me jurasteis que esperaríais fuera de la ciudad. Esa fue la razón por la que os dejé venir. Sabíais que podía ser peligroso. ¡Cómo habéis podido ser tan imprudente, con un niño pequeño y embarazada!

–Solo quería acercarme para saber qué se había decidido en las Cortes. Sé cuidarme sola y no hay ni una sola gota de cobardía en mi sangre.

–He marchado con los hombres de mi abuelo en campaña. He participado en el sitio de Mayorga y he sido sitiado en Nájera. ¿Y sabéis que he aprendido de todo eso? Que hay una diferencia muy grande entre ser valiente y ser un estúpido. Y vos… Y vos… habéis sido una estúpida.

Martín da la espalda a su esposa y se marcha.

"Te odio, Martín". Lo piensa con convencimiento, reprochándose que, no hace mucho, incluso llegó a sentir cierto cariño por él, cuando le contó lo de la construcción de las dos capillas. Él le dijo que la amaba, pero está claro que no era cierto. Se mira el regazo, el lugar donde crece el segundo hijo de Martín Ximénez de Aibar.

PALACIO DEL LOUVRE, PARÍS, 14 DE AGOSTO DE 1307

La llamada del rey le ha pillado al condestable, Galcherus de Castillione, organizando un viaje fuera de París. En cuanto ha recibido la comunicación, ha dejado todos los preparativos y se ha dirigido al Louvre, pensando que en breve estará de nuevo en su casa. La guardia le abre paso franco y un sirviente, en la puerta, le indica que Philippe lo recibirá en el pabellón del rey. Con paso sereno se dirige hacia el lugar indicado. Un caballero lo espera en la puerta.

–Philippe me ha pedido que os haga pasar en cuanto lleguéis.

A Galcherus le extraña la deferencia y las prisas, pero no le da tiempo a hacer especulaciones. Dentro de la sala lo esperan el rey de Francia y su primogénito. Al ver a Louis, esboza una sonrisa. Siempre es grato reencontrarse con su pupilo.

–*Monseigneurs* –saluda haciendo una reverencia, tras la cual se acerca a saludar al heredero francés con algo más de familiaridad.

–Os estábamos aguardando.

–Estoy a vuestro servicio.

–He decidido que mi hijo parta hacia Navarra, donde será coronado rey. Vos lo acompañaréis. Partiréis mañana mismo. Espero que eso no sea un problema para vos.

–No, ningún problema –le asegura sin poder disimular su sorpresa.

–Louis, me gustaría discutir con el condestable los pormenores del viaje. Podéis retiraros para concluir los preparativos.

–Con vuestra venia, *monseigneur* –le oye decir con notable tono de satisfacción.

Cuando están solos, el rey le pide que se acerque.

–Voy a ser muy conciso y breve. Partiremos mañana, al alba. Yo haré parte del camino con vosotros. Nuestro primer destino será Poitiers. Allí nos entrevistaremos con el papa. Después, vos partiréis con Louis hacia Toulouse y allí esperaréis mis disposiciones antes de iniciar el viaje definitivo hacia Navarra. ¿Está claro?

–Muy claro, *monseigneur*.

–Una vez en Navarra, deberéis aseguraros de que Louis es coronado y jurado por todos los estados. Me han dicho que es preceptivo que el nuevo rey visite las ciudades más importantes del reino. Después de eso, os retiraréis a San Juan de Pie de Puerto. No dejaréis que Louis se comprometa a nada que implique merma de su autoridad. Nombrará nuevos reformadores y senescales y tratará con mano rígida cualquier atisbo de desobediencia. Vos deberéis observar el cumplimiento de todas y cada una de las instrucciones que os dé. ¿Está claro?

–Lo está.

–Entonces, podéis retiraros. Nos vemos mañana al alba.

–Hasta mañana al alba, *monseigneur*.

Louis está exultante. Por fin. Mañana se va a Navarra. Y volverá con una corona. No puede evitar soñar con todo lo que hará en Navarra en cuanto lo coronen. Tendrá sus propios súbditos, que no serán los de su padre. No ve el momento de ser izado sobre el pavés. Sonríe al imaginarse alzado sobre un gran escudo sostenido por los doce ricoshombres del reino; los cabezas de las principales casas navarras.

Pero, antes de partir, disfrutará de una noche solo con su esposa. Su padre se lo ha prometido. Le ha dicho que no puede llevar a Marguerite a Navarra, pero a cambio le permite pernoctar junto a ella. Antes, tendrá que cenar con toda la familia. Una especie de despedida que ha propuesto su padre. Se muestra contento ante la perspectiva. Lo único que enturbia su felicidad es la presencia de su cuñada, Jeanne de Bourgogne, pero espera que su padre la haga regresar a la Cité después de la cena. Cuando entra en el comedor, todos lo aguardan. Él camina directo hacia su esposa.

–Estáis preciosa esta noche, *ma reine* –le dice al oído, llevándosela aparte.

Ella sonríe ante el cumplido.

–Es un placer veros tan elegante. Sois el más apuesto de vuestros hermanos.

–Os acompañaré a vuestro asiento –le dice él, tomándola de la mano y dirigiéndose hacia la mesa.

Louis piensa que su esposa está radiante. Quiere creer que se ha arreglado para él, que se ha mirado en el espejo que le regaló y que ha elegido el mejor vestido para impresionarlo. El joven rey ocupa también su sitio, enfrente de su esposa. Esta no para de halagarlo y de preguntarle por sus planes y su itinerario. Marguerite dirige la conversación a Navarra y el joven rey se da cuenta de que su esposa ha hecho los deberes, pues le pregunta por el gobernador, de Visac, y por los merinos y nobles de Navarra, atascándose en algunos de sus nombres, que encuentra difíciles de pronunciar. Esto acaba provocando alguna carcajada cómplice. El diálogo entre ambos es fluido y

pronto se olvidan del resto de los invitados.

La risa de su esposa le provoca cierto cosquilleo. La desea. Marguerite es dulce, piensa, y quiere probar su fruta prohibida cuanto antes. "Esta noche". La cena transcurre rápida. Encandilado por su hermosura y locuacidad, Louis no le quita los ojos de encima.

Marguerite pide permiso a su esposo para levantarse y después le habla al oído a su suegro. Este hace una leve afirmación con su cabeza. Un sirviente trae la lira de la princesa y esta interpreta unas canciones y recita unos versos, ante el entusiasmo de la audiencia y el deleite de su esposo. En las letras y musicalidad de los poemas, Louis encuentra un aliciente más para desear a su esposa. Embelesado, la contempla cuando termina y hace una leve reverencia, al saberse el protagonista de sus rimas y acordes. "Para mí, se dice, las ha compuesto para mí".

–Tengo una sorpresa más para vos. Un regalo para que me recordéis en Navarra".

Al abrir el obsequio, descubre un broche para sujetar su capa. Marguerite ha hecho labrar las armas de Francia y las de Navarra. Un fino y exquisito trabajo del mejor platero de París. Nada más tocarlo, Louis se imagina ya poniéndoselo en su capa para abrigarse en el otoño navarro.

–Lo luciré con orgullo y a todos contaré quién me lo ha regalado.

Felipe se acerca a él y le ofrece una copa de vino. Después, reclama la atención de todos para lanzar un brindis por su hermano, al que desea larga vida y felicidad. Haciendo un cumplido a la pareja, los mira y alza su copa.

–¡Por los reyes de Navarra! –dice apurando de un trago todo el contenido.

Louis lo imita y se bebe hasta la última gota. Se sienta, mientras le pide a su esposa que interprete una última canción para él.

Marguerite mira al rey de Francia y en su rostro nota una ligera sonrisa. Toma de nuevo su lira y, mirando a Louis, comienza a cantar.

A Louis le tiembla la mano tras sentir un ligero malestar en su estómago, seguido de un mareo. El malestar se pasa de pronto, aunque se siente flotar. "Es el embrujo de Marguerite". La interpretación desata los aplausos de los presentes. El ruido le molesta en sus oídos; un raro e inquietante eco. Se sacude la cabeza. Mira a los invitados. Se excusa y busca un sitio donde evacuar con rapidez. "Haré azotar al cocinero, se jura. Algo de lo que he comido debía de estar en mal estado". Cuando regresa al salón, todos están de pie despidiéndose.

–¿Estáis bien?

–Perfectamente, *ma reine*.

–¿Habéis preparado un lecho de rosas para mí?

–Mucho más que eso.

Algo confundido, mira a su esposa y después a su padre. Se siente aturdido

y con sueño. Su padre se acerca a él. Le cuesta enfocar su figura y parece como si le hubieran borrado el rostro.

–Que descanséis bien, hijos míos –les dice–. Espero que os portéis como un caballero.

Louis sonríe de forma tonta. No solo va a disfrutar de una noche con Marguerite, su primera noche juntos, sino que tiene licencia de su padre.

–Os veré por la mañana. Marguerite, gracias por deleitarnos con vuestros versos y música. No tenéis parangón en toda Francia.

–Gracias por el cumplido, padre.

Louis nota la mano de Marguerite sobre su brazo y comienza a caminar hacia la salida. Lo último que ve, antes de abandonar el salón, es la mirada de su hermano que le sonríe sin parar. El camino hacia su cámara se le hace largo y pesado. Ya no le duele el estómago, pero se siente abotargado y somnoliento. Marguerite, a su lado, no para de hablarle, pero sus palabras parecen resbalar en sus oídos sin que pueda entender muy bien lo que dice.

Una vez en la habitación, comienza a desatar el vestido de su esposa. Sus manos se muestran torpes, algo que no entiende. Ella hace lo mismo con Louis, que no le mira al rostro, sino a su pecho y a su cuerpo. El sueño trata de arrebatarle lo que tanto ha ansiado. Algo lejano en su interior le dice que coja un poco de agua de la jofaina y se lave el rostro, pero otra vocecilla le dice que se apremie o se quedará sin su premio. Lo que tan fácil es con Eudeline, ahora le parece pesado y complicado.

–¿Estáis bien, *monseigneur*?

–Os deseo, Marguerite –le dice encontrando por fin la llave para abrir lo que busca. Sin esperar, le levanta la falda y busca con sus manos con precipitación y rapidez, dejando a un lado la pasión que tanto había encumbrado y buscando solo la victoria sobre su hermano. Tan rápido es su acto, que apenas levanta suspiros; tan precipitado, que las pasiones se quedan para otro día. El sueño lo alcanza por fin y se derrumba, rendido a la evidencia de su destino.

Al otro lado del pabellón, Felipe sonríe de dicha. Ha preparado un lecho de pétalos de rosas, ha perfumado cojines y almohadas, ha elegido los más exquisitos manjares de la despensa del Louvre y ha escanciado el mejor vino. No le ha regalado un camafeo a Jeanne de Bourgogne, pero ha sido un amante dispuesto y apasionado.

Besa el cabello de su esposa, abrazada a él con su cuerpo desnudo junto al suyo. Luego busca el rincón de su cuello y el sabor húmedo de su boca, dispuesto a empezar de nuevo, con la misma sonrisa con la que ha entrado a su habitación, pensando en su hermano solo por un instante fugaz. “Espero que el vino os haya sentado bien, hermano”.

IRULEGUI, 19 DE AGOSTO DE 1307

Gracia lleva unos días repasando la ropa. Su segundo hijo está a punto de nacer, y quiere tener bien arreglados los pañales y la ropita para él. También quiere hacer un pequeño recuento de sus vestidos. Sabe que, aunque cuenta con la ayuda de Ortissa, no va a disponer de mucho tiempo de ahora en adelante. Y pretende dejar todo preparado.

Se siente extraña. Con Ximenín no llegó a engordar tanto. Sin embargo, no tiene las molestias que la acompañaron durante el último mes de su anterior embarazo. Se siente ágil y con fuerzas. Le ha sentado bien el aire de la montaña y las caminatas continuas entre Irulegui, Laquidáin e Ilundáin han fortalecido sus músculos. Además, sus viajes a Pamplona la han distraído y le han dado la oportunidad de ampliar su círculo de amistades. El incidente de Olite la ha alejado de su esposo pero, a cambio, se ha rodeado de mujeres, que la visitan continuamente en Irulegui. A veces es ella la que va a verlas. Disfruta de su compañía y ha aprendido mucho de la experiencia de las más ancianas. Ortissa la ha acompañado en todas las ocasiones y ha sido divertido poner en común muchas anécdotas. La joven tiene la impresión de que ha aprendido más de la vida en los últimos meses que en todos sus años anteriores.

–Esto es ya lo último –le dice Ortissa poniendo un montón de ropa encima de su cama.

La mujer examina todo lo que ha dejado la sirvienta. Aparta las prendas que están encima y una de ellas llama su atención. La coge y sonríe con nostalgia al ver la capa que Guante Negro le regaló el día de su boda. "¡Qué ingenua era entonces!", se reprende. "¿Qué habrá sido del tío de mi marido? No he tenido noticias suyas desde aquel día. Martín Almoravid de Elcarte, se dice. Me hechizaron vuestros ojos oscuros como la noche. Ojalá me hechizaran así los de mi esposo". Se coloca la capa por los hombros. Y la cubre una sensación de protección.

–¡Ay! –dice de repente, dejando la capa encima de la cama.

Ortissa la mira. Gracia y ella se entienden sin necesidad de hablarse. Esta vez la sirvienta ha tenido tiempo de prepararlo todo. No tendrá que improvisar

como la primera vez que su señora se puso de parto. Y, además, hoy no está María para contradecir todas sus órdenes.

–¡Ay! –repite.

Ortissa se acerca y pone la mano sobre su tripa.

–Creo que son las primeras contracciones.

–¿Estás segura? No siento el dolor extremo de la vez anterior.

–Cada parto es diferente y ya habéis tenido contracciones durante toda la semana. La dilatación va bastante adelantada.

–Pero… ¡Ah! –suspira.

–Le diré a Azeari que vaya a llamar a la partera.

–Ortissa…

–¿Qué?

–Creo que ya llega. Creo que noto su cabeza.

–Tumbaos y lo comprobaré.

Gracia obedece y se tumba con su ayuda.

–¡Dios mío!

–¿Qué?

–Ya está aquí.

Gracia siente un leve nerviosismo. Nota dolor, pero nada comparado a lo que recuerda de la primera vez.

–Si empujáis, no tardará en llegar.

Tal y como ha vaticinado Ortissa, el parto se desarrolla de manera muy rápida y, dos horas después, todo ha concluido.

–¿Es una niña? Por favor, decidme que es una niña.

–Es un niño, señora. Habéis alumbrado otro niño y, por lo que veo, va a ser muy gritón.

–Déjamelo ver –la sirvienta sigue todo el ritual antes de dar el niño a la madre. Solo cuando está limpio del todo, lo envuelve en una tela y se lo da.

–Es precioso, Ortissa.

–Lo es, señora. ¿Qué nombre creéis que elegirá vuestro esposo para él?

–Mi esposo no está aquí. Así que decidiré yo. Hola, precioso, te llamarás… Rodrigo. Sí, Rodrigo será tu nombre. ¿Qué te parece?

El niño deja de llorar unos instantes.

–¿Te gusta, eh? Mi pequeño Ruy. Creo que le vas a gustar a tu hermano Ximenín y tu tío Ximen te va a envidiar. Ahora duerme, Ruy. Bienvenido al mundo, bienvenido a tu casa.

La noche se les ha echado encima regresando de Sangüesa. Y todo por una visita inoportuna de cierta persona enviada por Valois, que lo ha asaltado en Pamplona. Esta vez, Martín estaba algo más preparado. Le ha vuelto a insistir en que a Francia han llegado de nuevo noticias de que Fortún quiere hacerse

coronar rey. A Martín le ha costado convencerlo de que no es verdad y que lo único que pretenden es presionar para que Louis venga cuanto antes a Navarra. Y le ha dejado claro que no pararán las protestas hasta que no vean al rey poner un pie en suelo navarro. Si Valois quiere saber lo que pasa en Navarra, que lo sepa. Y si se lo comunica al rey, mucho mejor para su causa.

Desde las últimas Cortes celebradas en abril en Olite, los representantes del reino, con Fortún y Martín a la cabeza, no han detenido sus reivindicaciones. Hay una pequeña oposición que se ha desmarcado a favor de los gobernadores pero, en general, en el reino se percibe la idea de que las presiones van a ir a más hasta conseguir que el rey se corone en la catedral.

–¿Creéis que es verdad lo que ha dicho de Visac?

–Yo hasta que no vea a Louis encima del pavés, ya no me creo nada, Ximen.

–Pero han dicho que el rey ha salido de París y que en estos momentos se encontrará ya camino de Poitiers para recibir la bendición del papa antes de partir hacia Navarra.

–Ha sido una mentira tras otra, hermano.

–¿Cómo será el rey?

–Es hermoso y gentil, lo que pondrá de su parte a las damas. Pero, ¿de qué nos sirve un rey bello si no tiene la valentía de venir a su reino?

–Os veo exaltado. ¿Creéis que vendrá acompañado de su esposa?

–Sería un detalle que no creo que los Capeto estén dispuestos a concedernos.

La respuesta de Martín hace que su hermano se ría.

–Es un asunto muy serio, Ximen. Anda, apretemos el paso o no podremos subir a Irulegui. ¿Ves ya luz del castillo?

–No.

–Debería verse ya.

–Tal vez la veamos un poco más arriba.

–Ximen, sé perfectamente el punto exacto desde el que se comienza a divisar la iluminación del castillo y te aseguro que la hemos rebasado hace tiempo.

Ximen apenas puede ver los rasgos del rostro de su hermano, pero nota la preocupación en su voz. Justo cuando va a preguntar qué cree que ha podido pasar, Martín pica espuelas y hace que su caballo acelere. El escudero lo imita. Suerte que se conocen el camino casi de memoria y ambos están acostumbrados a la ascensión pronunciada de Irulegui.

–¡Azeari! –grita Martín en cuanto pone un pie en el castillo.

Por Irulegui se extiende un gran silencio.

–¡Ortissa! ¡Gracia!

–¿Dónde se han metido todos?

–Espero que a mi esposa no se le haya ocurrido abandonar el castillo.

–A Gracia no se le ocurriría hacer algo así sin avisaros.

–No la defiendas, Ximen. No me digas que a veces se comporta de una manera muy rara.

–¿A qué os referís?

–Pasa más tiempo en Pamplona que en Irulegui. Se dedica a recoger hierbas y flores y le ha dado por bordar el escudo de los Aibar en todo lo que encuentra.

–Tal vez ella también piense que sois raro. Siempre andáis colgado de andamios y hasta habláis con las piedras.

–Estoy construyendo dos capillas y arreglando las murallas. Y no hablo con las piedras. ¡Gracia!

–Creo que he escuchado algo. Viene de allí, de los aposentos de vuestra esposa. Debe de estar dentro, puesto que se ve luz a través de la rendija del suelo.

Martín se acerca corriendo, pero se detiene justo delante de la entrada.

–¿Qué ocurre?

–Nada –dice el joven caballero, pero su tono denota lo contrario.

Martín acerca su mano al pomo de la puerta y la abre de golpe, precipitándose dentro. Detrás de él, Ximen también ha apretado el paso y casi se choca con la espalda de su hermano. En un primer momento, el joven Aibar no entiende por qué los sirvientes están en la habitación de su esposa. El fuego está encendido y hace mucho calor dentro.

–¿Qué ocurre?

–Enhorabuena, mi señor. Habéis sido padre de otro niño –la sirvienta se gira y le muestra el bebé que tiene en sus brazos.

Está tan sorprendido que no se hace a la idea. No recordaba que ya había llegado el momento del parto.

–¿Martín? –pregunta Gracia algo amodorrada. A su lado duerme Ximenín, ajeno a cuanto acontece a su alrededor.

–¿Nos podéis dejar solos?

Antes de salir, la sirvienta deja al nuevo miembro de la familia en brazos de su padre. Este lo coge y lo mira con curiosidad.

–Ximen, ¿te encargas tú de encender las luces exteriores?

–Por supuesto.

–Lo siento, mi señor –se disculpa Azeari–. Con el parto…

–No tiene importancia, pero hacedlo o desde las otras atalayas pensarán que ha ocurrido algo y se preocuparán.

La puerta se cierra y Martín se acerca al borde de la cama, sentándose en una esquina.

–¿Estáis bien?

–Ha sido un parto más sencillo y rápido que el de Ximenín.

Gracia se incorpora en la cama. A la luz de las velas y el fuego, su rostro se ve algo deformado, pero a la vez radiante.

–Por si queréis saberlo, se llama Rodrigo.

–Rodrigo –repite Martín, mirando a su hijo. Me habría gustado estar aquí en el momento de su nacimiento.

–A mí también me habría gustado, pero entiendo que vuestros compromisos políticos deben ser atendidos con prontitud y diligencia.

–Sois muy valiente –le asegura rozando su rostro con los dedos.

–Cierto caballero me dijo una vez que era una estúpida.

–Lo que quise decir es que vuestro comportamiento fue estúpido, no que vos lo fuerais. ¿Por qué no descansáis un poco? Yo cuidaré de nuestros hijos.

POITIERS, 19 DE AGOSTO DE 1307

En sus elegantes aposentos, Philippe está sentado en una cómoda silla. Tiene el codo apoyado en el reposabrazos y sobre su mano doblada descansa su barbilla. Su mirada está perdida en un punto del espacio. Su actitud tranquila y reposada enmascara el volcán que siente dentro y que amenaza con entrar en erupción. Su ira se dirige primero contra el papa, para ir a desbordarse después justo a los pies del maestre templario. No está satisfecho con las diligencias que ha realizado Clemente respecto al tema de la cruzada. Todo lo que el rey de Francia quería conseguir con la reunión de Poitiers se ha venido abajo. No hay fecha para una nueva campaña. No ha logrado que el mando único quede depositado en Louis. Y tampoco que las órdenes militares se fundan en una. Y Clemente ni siquiera ha iniciado la investigación sobre las acusaciones que él le transmitió contra el Temple. Lo único que le ha dicho es que está tranquilo al respecto. El papa no se cree lo que un testigo proscrito pueda decir contra una orden que ha defendido durante dos siglos los santos lugares con honor, derramando la sangre de miles de sus soldados.

Philippe tiene que hacer algo. No se puede quedar con los brazos cruzados. Presionará al papa y este presionará al Temple para que escuchen sus designios. Si quieren triunfar en Tierra Santa, esa es la única manera. Acabarán entendiendo o…

Los pensamientos del rey se detienen un instante. Está dispuesto a llegar hasta el final. Si Clemente no actúa, actuará él. Pero, ¿qué hacer exactamente?

Nogaret llega entonces. Y esa interrupción hace que Philippe empiece a ver las cosas claras.

–Venía a preguntaros si necesitabais alguna cosa.

–Pasad y sentaos.

–Vos diréis.

–¿Os acordáis del asunto del papa, Bonifacio VIII?

–Por supuesto, *monseigneur*.

–¿De todas las acusaciones que vertimos contra él?

–Todas ciertas.

Philippe se rasca la barbilla un instante.

–Nogaret, he sabido que un tal Esquieu de Floyran coincidió con un templario en la prisión y que este le contó que la orden profanaba la Santa Cruz y practicaba la sodomía. Quiero que encontréis a ese hombre o a cualquier otro que pueda elevar un testimonio parecido.

–Estad seguro de que hallaré al hombre u hombres que necesitáis.

–No esperaba menos de vos. Eso es todo, Nogaret.

El consejero se levanta. Parece dudar, como si quisiera decir algo. En ese momento el rey saca una bolsa con dinero y se la arroja. Nogaret la coge al vuelo.

–Sé que seréis discreto.

–Por supuesto, *sire*.

"Me cae bien este papa", piensa Louis mientras recibe su bendición. La audiencia ha sido amena y Clemente le ha agasajado con varias loas. Eso sin contar los excelentes manjares que le ha ofrecido. El joven rey de Navarra está entusiasmado con su viaje y las posibilidades que le ofrece su próximo destino. Las palabras del papa no solo le han reconfortado, sino que le han dado un empujón. Quiere ser un gran rey. Un rey recordado por su nobleza y su valentía. También quiere ser un rey poderoso y tener el prestigio y la reputación de un rey cruzado. Vencerá incluso allí donde san Louis no pudo. Y con él, Francia será un reino temido y admirado. En cuanto a Navarra…

Navarra es un reino pequeño. Cuando sea rey de Francia, se servirá de gobernadores, siguiendo el ejemplo de sus padres. Pero no pasa nada por disfrutar un poco de ese reino pequeño que le va a hacer ceñir la corona antes de que su padre muera. No le acompaña la dulce Marguerite, pero tiene a Eudeline. Clemente le dice que se levante. En sus manos pone una cruz de plata.

–Un obsequio, para que os sirva de sostén.

Louis le ofrece un pequeño dije que contiene una reliquia de san Louis.

–Para que os reconforte e interceda por vos ante Dios.

Louis besa el anillo que le presenta el papa y se despide de él. En cuanto sale, va a buscar a su sirvienta para contarle cómo le ha ido.

TOULOUSE, 24 DE AGOSTO DE 1307

Louis mira por la ventana. Sus inquietos ojos vuelan lejos del Capitol de Toulouse donde se hospeda. Junto a él está Castillione, que se ha tomado muy en serio su papel de supervisor y no para de revisar documentos y exigirle que recuerde nombres de lugares y de personas que no ha visto jamás. La puerta se abre y un sirviente anuncia que ha llegado Guillem Chaudenay. El joven rey espera a otro de los viejos hombres con los que su padre se ha empeñado en rodearle. Sin embargo, quien entra es un joven de cabellos largos y lacios, y vivaces ojos. Sus pasos son lo suficientemente firmes como para mostrar aplomo y sus modales refinados muestran que ha tenido una esmerada educación y conoce el lugar en el que se encuentra.

–*Monseigneur* –lo saluda con una reverencia.

Louis se levanta y acude a saludarlo.

–Vuestro padre me ha llamado, *sire*. Y me ha dicho que me ponga a vuestro servicio.

–¿Y os ha dicho mi padre, el rey, cuáles van a ser vuestros cometidos?

–No, *sire*, vuestro padre, el rey, ha preferido que seáis vos quien me informéis.

–Sentaos con nosotros. ¿Conocéis al condestable de Francia?

Galcherus y Guillem se saludan de manera cortés. Luego toman asiento uno a cada lado del rey.

–El condestable y yo discutíamos sobre asuntos de Navarra. ¿Conocéis mi reino?

–Por supuesto, no he estado allí nunca, *sire*, pero me he informado sobre Navarra. Sé que se divide en merindades, según un sistema que impulsó vuestro bisabuelo, Teobaldo I, y que eliminó los sistemas de tenencias. Es un reino cuya economía se basa en la agricultura. Sus gentes defienden a muerte sus costumbres. Para gobernarse otorgan fueros…

–Veo que os habéis informado bien. Os servirá para vuestra misión.

–Me encantaría conocer cuáles son vuestros designios para mi persona.

–Os voy a nombrar gobernador de Navarra.

–No me malinterpretéis, *sire*, pero pensaba que Hugo de Visac era el actual

gobernador.

–Os apoyaréis en él para conocer de primera mano la situación. Y me pasaréis esa información cuando yo llegue. Saldréis mañana mismo hacia mi reino y anunciaréis mi próxima visita.

–Será un placer y un honor ser vuestro emisario y serviros como gobernador en el futuro.

Louis se siente a gusto en compañía de Chaudenay.

–¿Sabéis jugar al *jeu de paume*?

–He jugado alguna vez, *sire*, pero no soy un reputado jugador, como vos.

–¿Por qué no seguimos nuestra charla mientras jugamos una partida? Quiero que me demostréis cuánto sabéis sobre Navarra.

–Con una condición, *sire*.

–¿Cuál es?

–Que nunca me pidáis que me deje ganar.

Louis suelta una carcajada. Le coloca el brazo en el hombro a su nuevo gobernador y salen de la sala.

Louis siente que puede confiar en Chaudenay. Espera que sea un digno rival en el *jeu de paume* y eficaz con los asuntos de Navarra. Los dos jóvenes se sonríen mientras se desprenden de las armas. La pista está preparada para el rey y su nuevo compañero. Louis es veloz y mortífero en sus pelotazos. Guillem aprende rápido. La sala se inunda de risas y también de algún que otro insulto. Entre golpeo y golpeo, hablan de temas tan dispares como los gobiernos, las mujeres, los caballos, las armas o el propio *jeu de paume*.

Exhaustos, se retiran por fin de la sala.

–Bien jugado –dice Louis.

–Me habéis dado una paliza, pero la próxima vez no seré un rival tan débil.

–Venid mañana a verme antes de partir. Me gustaría despedirme de vos y entregaros unas cartas que voy a redactar para todos los representantes de Navarra.

–Así lo haré, *sire*.

Louis se siente bien. Un agradable calor le sube desde las plantas de los pies hasta la cabeza. Está sumergido en un barreño lleno de agua caliente y la dulce Eudeline le frota con una esponja.

–Me excitáis, Eudeline –dice con los ojos cerrados.

–¿Queréis que me detenga, *sire*? –le dice al oído.

–Por supuesto que no –le asegura salpicándole el rostro. Ella le escurre el líquido de la esponja por el cabello. Louis ríe sin parar.

–Estáis de muy buen humor hoy.

–Lo estoy –le dice poniéndose de pie y buscando los labios de la mujer de la que se ha enamorado.

Philippe ha convocado a Castillione y Valois. Quiere hablar con ellos antes de que llegue Louis, que ha ido a despedir a Chaudenay. Junto al nuevo gobernador viajan Ferran Gil y Pedro Larriba, dos hombres buenos conocedores del camino y del reino que va a gobernar su hijo.

Castillione le dice que está sorprendido ante el cambio de actitud que mostró el heredero francés en cuanto habló con Chaudenay.

–¡Demos gracias a Dios! –dice sarcásticamente Philippe–. Parece que por fin hemos dado con el hombre que ha hecho despertar a mi hijo.

–¿Queréis creer que me ha pedido que le hiciera un informe de las finanzas del reino y de los acontecimientos más importantes? Por cierto, para esto último le pedí que hablara con vos, Valois.

–Le instruiré bien, no dudéis de ello.

–Y me consta que se ha pasado gran parte de la noche redactando unas cartas para que Ferran Gil y Pedro de Larriba lleven a Navarra.

–¿Las habéis repasado?

–Sí, pero me pidió consejo para escribirlas y lo ha seguido al pie de la letra.

Louis llama en esos momentos a la puerta.

–Padre –dice dirigiéndose al rey–. Me alegra veros esta mañana tan espléndido.

–Y a mí veros tan despierto.

–Señores –saluda entonces a los otros dos hombres mientras se sienta enfrente del rey de Francia–. ¿De qué queríais hablarme, padre?

–Philippe mira a Valois y Galcherus, que se levantan y se despiden de Louis.

Padre e hijo se quedan solos. Por la ventana entran los primeros rayos del amanecer. Philippe se queda mirando a su vástago. Es cierto lo que le ha comentado Galcherus; parece más interesado por sus nuevas tareas; incluso motivado. No sabe si ha sido el viaje o la presencia de Chaudenay lo que le hecho cambiar. En cualquier caso, bienvenido sea.

–Partiré en breve hacia París.

–¿Significa eso que ha llegado el momento de emprender la última parte de mi viaje?

–Todavía deberéis esperar un poco más. Recibiréis mis últimas directrices muy pronto. Dejad que Chaudenay sea vuestro emisario y os allane la llegada.

–De acuerdo, padre.

–Dejaos guiar por Castillione y tened por buenos los consejos que os dé vuestro tío, Valois, antes de partir. Él se quedará con vos en Toulousse hasta el último momento. Muy pronto seréis oficialmente el rey de Navarra; del reino de vuestra madre. Honradlo como ella hizo.

–Lo haré, padre.

Philippe se levanta y su hijo lo imita. Los dos se sitúan frente a frente.

–Partid con mi bendición.
–Gracias, padre.

PAMPLONA, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1307

Esta vez, Gracia no ha querido venir a Pamplona. Ni siquiera ha mencionado la idea de acompañarlo, a pesar de ser un viaje corto. Así que Martín está feliz por no andar preocupado por ella y los pequeños.

–¿Qué estáis pensando? –le pregunta su abuelo.

–Nada.

–Necesito que estéis centrado en la sesión de Cortes.

–Y lo estoy. ¿Será cierto que el rey Louis ha enviado a un emisario?

–Todavía no es nuestro rey, Martín.

–Era una forma de hablar. De alguna manera hay que nombrarlo.

–Entremos.

Dentro de la sala capitular de la catedral de Santa María hay gran barullo. Fortún y Martín toman posiciones en uno de los asientos principales. Prácticamente todos los representantes llamados a Cortes están ya dentro. Poco a poco, la sala se termina de llenar. El último en tomar asiento es el notario, Simón Martínez de Gallipienzo. Mientras se hace el silencio, Martín echa un rápido vistazo a todos los hombres congregados: los sobrejunteros de la Junta de Infanzones de Obanos, a los que ve intercambiar una mirada con su abuelo, el prior de Roncesvalles, los hombres buenos, representantes de las villas, arcedianos y procuradores.

La sesión se inicia con el anuncio de la llegada de varios representantes del hijo de la reina Jeanne. Se presentan Ferran Gil y Pedro de Larriba, trayendo varias cartas del rey para todos los representantes en Cortes. Junto a ellos, un nuevo gobernador, Guillem de Chaudenay. El anuncio de que el rey se encuentra ya en Toulouse y pronto llegará a Navarra queda prácticamente tapado por el griterío que provoca la noticia de que todavía tardará en presentarse en el reino. El alboroto y los gritos llegan casi a las manos y la sesión de Cortes se tiene que suspender entre las proclamas en contra de los gobernadores. Algunos intentan hasta romper las cartas, que son salvadas *in extremis* por el notario público. Fortún devuelve con cierto desprecio la suya al

que se hace llamar nuevo gobernador. Sin embargo, no quita ojo de las otras copias, que ahora están en poder del notario.

Para que no ocurriera como en las últimas Cortes, los hombres de de Visac han tomado las calles aledañas a la catedral y se han dejado ver durante todo el día por las inmediaciones. Ante un leve conato de resistencia, las fuerzas han actuado con contundencia, disolviendo enseguida a los que intentaban provocar disturbios. Incluso hay algún detenido al que han trasladado preso al castillo de Tiebas.

–Vayamos a casa del notario –les dice Fortún al terminar la sesión–. Quiero leer esas cartas.

Simón Martínez de Gallipienzo se ha encerrado en su morada. Tras varias comprobaciones, Fortún y su nieto obtienen el paso franco.

–Lo siento, pero tal y como están los ánimos, he de tomar máximas precauciones.

–¿Habéis podido leerlas?

–Estaba empezando ahora. Louis está en Toulouse tal y como han anunciado sus enviados. Parece cierto que tiene intención de ponerse en camino en breve. Leedlo vos mismo.

Fortún toma una de las cartas. De su boca sale un gran bufido.

–Dice que viene, sí, pero no pone fechas.

–¿Para qué si ha incumplido todas las que ha dado? –señala Martín.

–Pide paciencia. Se excusa diciendo que varios miembros de su séquito han enfermado y que está esperando a que sanen para venir. Deja caer que habrá represalias contra aquellos que inciten al pueblo a una sublevación.

–¿Represalias? –pregunta Martín.

–Eso dice –aclara pasando a su nieto la copia que acaba de leer.

–Traeré un poco de vino –dice el notario.

–Lo vamos a necesitar –le asegura Fortún.

Fortún lee las otras cartas, redactadas en los mismos términos, aunque dirigidas a otros sectores con representación en las Cortes.

–A pesar de las amenazas, diría que hay cierto tono conciliador –dice el notario.

–Sí. No creo que quiera llegar a Navarra y encontrarse con un pueblo en pie de guerra.

–¿Qué vais a hacer, Fortún?

–Seguir con las presiones.

–Tened cuidado. Los nuevos reyes o son generosos o severos, nunca las dos cosas a la vez.

–Entonces, esperemos que Louis esté arrepentido y sea generoso con el pueblo que le ha ofrecido la corona de su madre –añade Martín.

TOULOUSE, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1307

El mensajero llega a media tarde. Se le ve sudoroso y cansado pero, aunque se le ofrece un refrigerio, él pide ver directamente a Louis. Avisado, el joven recibe al heraldo junto a su tío.

–Me envía el rey, vuestro padre, con algunas instrucciones para vos –dice abriendo su zurrón–. Aquí tenéis las indicaciones básicas con nombres de personas y cargos que debéis memorizar. Vuestro padre, el rey, me pidió que os trasladara su deseo de que las leáis con frecuencia.

Louis toma el documento y lo deposita encima de la mesa, justo a la izquierda de donde está sentado.

–Estos otros son documentos que guardaba vuestra madre. El rey dice que les echéis un vistazo porque ahí se encuentran los nombres de algunas personas en las que podréis confiar –el recién llegado espera hasta que el rey de Navarra toma los documentos que acaba de mencionar–. Y, por último, os hago entrega de esta carta. El rey, vuestro padre, me ha dado unas directrices muy estrictas sobre ella. Ha dicho que debéis esperar hasta el alba del 13 de octubre para abrirla.

–¡Para eso falta un mes! –exclama, examinando la carta mientras crece la intriga sobre su contenido.

El mensajero se encoge de hombros. La sala se queda unos instantes en silencio.

–Eso es todo, *sire*. Vuestro padre os desea un buen viaje a Navarra, adonde ha dicho que podéis partir en cuanto hayáis leído estos documentos.

–Podéis retiraros.

Cuando la puerta se cierra, Louis lanza una exclamación rápida, algo exagerada. Su tío lo observa sin perder detalle.

–Supongo que no valoráis mis consejos, pero os diré algo que haríais bien en tener en cuenta. Leed bien todo lo que vuestro padre ha puesto en vuestras manos y seguid sus instrucciones. De eso dependerá el éxito de vuestro viaje a Navarra. No os dejéis embaucar por ningún noble navarro y, mucho menos,

por una mujer. Hacedme caso. No dejéis bastardos que luego puedan utilizar en vuestra contra. Al menos no en vuestro primer viaje. Sed prudente, pero estricto. Recelad del alférez, Fortún Almoravid, y de su nieto, Martín Ximénez de Aibar. No busquéis ejemplarizar, pero no dejéis ninguna afrenta sin castigo. Y, sobre todo, aguantad hasta el día 13 para abrir el documento que tanto miráis. ¿Louis?

–Os he escuchado, tío.

–Entonces, solo me queda recomendaros que os portéis como un rey y no como un niño.

–Sé comportarme como un rey.

–Partid entonces, con mi bendición.

Valois lo deja solo. El joven rey se acerca unos instantes a la ventana. Desde el edificio del Capitolio en el que se encuentra, puede ver las torres de la catedral de Saint Etienne y la basílica de Saint Sernin. Hasta él llega la humedad del Garona y el murmullo de la ciudad. Ahora que tiene permiso para partir hacia Navarra, no piensa demorar su viaje. Así que se enfrasca en la tarea de revisar los últimos documentos enviados por su padre.

PAMPLONA, 1 DE OCTUBRE DE 1307

Las calles de Pamplona se han engalanado con pendones que lucen las armas de Francia y las de Navarra. Las ventanas se han adornado con frutos y flores de otoño. El mercado bulle de actividad y los mercaderes vociferan sus mercancías sobre el sonido de las campanas. Las iglesias se han abierto y en ellas se ofician las misas que tanto tiempo llevaban sin celebrarse. Los fieles corren a celebrar bodas y bautizos y rezar a sus muertos, congratulándose porque el entredicho ha terminado. Todo el mundo se ha ataviado con sus mejores galas y en las calles se escuchan risas. Los niños juegan con gran alborozo, las tabernas están rebosantes de clientes, y rúas y plazas se han llenado de deliciosos aromas. Hay música y bailes por doquier. Los vecinos charlan por las esquinas, compartiendo anécdotas. Es un gran día de fiesta. Desde que Enrique I murió el 22 de julio de 1274, en Navarra no se había visto a ningún rey y hoy todos comentan lo afortunados que son, lo hermoso que es el hijo de la reina Jeanne. Las jóvenes suspiran por conocerlo en persona, sueñan con que les dedique una sonrisa, una palabra, tal vez un gesto. Louis es el nombre más repetido en todo el reino. Y todas las miradas se dirigen al palacio de San Jesucristo, donde ha pasado la noche.

–Todavía no me puedo creer que el rey carezca de una residencia acorde a su estatus en esta ciudad. Mi madre me comentó que un rey de nombre Sancho construyó un palacio en Pamplona, pero que su hijo, otro Sancho, lo vendió al obispo por deudas contraídas. La verdad es que no presté mucha atención. Entre las notas de mi padre, creo recordar que hay alguna referencia a que, en realidad, esta ciudad pertenece al obispo.

–Estáis en lo cierto, *monseigneur*.

–Quiero construir un castillo aquí, Guillem[30]. No soportaría venir otra vez de visita y no contar con mi propio *hôtel*. Vos me encontraréis el mejor emplazamiento.

–Lo haré, *sire*. ¿Habéis memorizado la ceremonia?

–Lo he hecho –le asegura mientras dirige su atención a Eudeline, que en este momento le ayuda a terminar de prepararse. Su contacto le hace sentir una corriente de placer que intenta disimular con un carraspeo. La sirvienta,

que le conoce muy bien, prolonga el contacto. Aunque exteriormente parezca distraída, bien sabe Louis que está atenta a todos sus movimientos, palabras y deseos. En ese momento se da cuenta de un detalle. Desde que salió de París no ha pensado ni un instante en Marguerite; no la ha echado de menos. Ahora se alegra de que su padre no le haya dejado venir.

–Esta noche iremos a celebrarlo. Buscadme la mejor taberna de la ciudad. Aseguraos de que nadie nos moleste y de que haya buena bebida y mejor yantar.

–Me encargaré ahora mismo. ¿A quiénes queréis invitar?

–Al condestable y a todo mi séquito. Que vengan también los reformadores.

–¿Algún navarro?

–No. A ellos los veré después de la ceremonia, en la comida que ha organizado el prior.

–¿Alguna mujer o dama?

–¡Ay!

–Lo siento, *monseigneur* –dice Eudeline con voz impostada tras pellizcar a posta al rey en la pantorrilla mientras estiraba sus calzas.

–Vuelve a hacer eso y te haré azotar –le asegura Louis, intercambiando con ella una mirada de complicidad.

–¿Queréis que yo me encargue de ella? –le dice un inocente Guillem.

–Creo que ha entendido bien el mensaje. ¿No es así?

–Por supuesto, *sire* –le asegura simulando humildad.

–En cuanto a lo que os estaba comentando… –prosigue Guillem.

–Sí, por supuesto. Buscad las mujeres apropiadas para la celebración.

Eudeline se levanta, hace una graciosa reverencia mientras pide la venia del rey y desaparece.

–Estáis impecable.

–Vayamos, entonces.

No hace calor, pero el sudor le corre por la espalda. A su izquierda, Martín sigue la ceremonia con toda la atención de que es capaz. Un mensajero de Aibar le comunicó ayer que su padre no se encontraba bien y que cedía la representación de la familia en él. Gracia ha intentado desde entonces penetrar en su mente, preguntándole de mil maneras cómo se siente ante esta perspectiva. En su opinión, debería estar exultante por ser uno de los doce ricoshombres que en breve van a hacer el juramento mutuo y van a elevar al rey sobre el pavés. Sin embargo, su semblante permanece impenetrable.

Se lleva la mano a la cabeza, a su cicatriz, donde desde hace un par de días siente un dolor agudo. El dolor comenzó justo después de que su fiel Garra muriera en sus brazos. No puede creer que la haya abandonado. Se siente cansada y febril. Además, lleva demasiadas horas sin dar de mamar a Rodrigo,

que se ha quedado fuera con Ortissa y Azeari, y siente que los pechos le van a reventar. Aunque Ximenín tiene una nodriza propia, ella sigue alimentando a Rodrigo. Martín se mueve. Ha llegado el momento. Gracia siente cierta emoción. No está demasiado cerca de Louis como para apreciar sus rasgos con nitidez, pero su posición es privilegiada. Los doce ricoshombres toman el pavés y lo elevan del suelo. Louis asciende. Un leve rumor recorre la catedral y alcanza el exterior, donde las gentes se han agolpado para intentar no perderse los detalles. Los ricoshombres, como si fueran uno, elevan el pavés por encima de sus hombros. Gracia quiere mirar a su esposo, pero su vista sigue a la figura del rey quien, a punto de cumplir los dieciocho años, se eleva majestuoso sobre las cabezas del resto de los hombres. "¡Real! ¡Real! ¡Real!". El grito inmenso, unánime, invade la catedral. Su eco se escucha en el exterior, alcanzando todos los extremos de la ciudad. Justo cuando las campanas de la catedral inician su repique de gloria, Gracia nota cómo la leche materna se desparrama, empapando la tela de su vestido.

Siente la necesidad de salir corriendo. Sabiendo que los ricoshombres sacarán en breve al rey al exterior y que la gente se agolpará para verlo, se mueve con rapidez hacia uno de los laterales. A pesar de la rapidez con la que ha actuado, le cuesta alcanzar la salida. Una vez en el exterior se dirige hacia su derecha marchando contracorriente. Se encamina hacia la rúa de los Peregrinos, donde la espera Ortissa.

–¿Estáis bien?

–Sí, pero por lo que veo, Rodrigo tiene hambre.

–Sí, ya no le puedo engañar más poniéndole mi dedo.

–Yo me encargo.

–¿Queréis que os acompañe?

Gracia sonríe. Sabe cuánta ilusión le hace a su sirvienta ver al rey.

–No, puedes ir a ver la salida del séquito. Descenderé hacia la orilla del río por la puerta del Abrevador. Allí no habrá nadie y estaré tranquila.

Louis está exultante. No puede dar crédito a todo lo que está viviendo. ¡Y pensar que su padre se había empeñado en no dejarle venir a Navarra! ¿Con qué derecho le privaba de todo esto? La corona, sobre su cabeza, es más ligera de lo que le habían dicho. Es indescriptible lo que se siente cuando todo un pueblo corea tu nombre, te lanza flores, te agasaja…

–¿Lo habéis visto, Guillem?

–Veo que estáis disfrutando de vuestro día. Y que el pueblo os adora. Deberíamos ir ya al refectorio.

–Que esperen un poco más. ¿Dónde podemos ir que no nos molesten?

–Podemos ir hacia la orilla del río, *monseigneur*. Unos pocos hombres nos bastarán para asegurar vuestra privacidad.

–Vamos.

Los dos hombres salen con rapidez, seguidos de una pequeña escolta de cuatro soldados. Louis ha cambiado su traje ceremonial por otro más sencillo para que nadie le reconozca. A pie, se dirigen hacia el portal del Abrevador y de ahí siguen el discurrir de las aguas durante varios cientos de pasos. Las hojas cubren las orillas.

–Es un sitio tranquilo.

–Lo es, *sire*.

–Pamplona es una ciudad tan pequeña… ¿Y decís que es la mayor del reino?

–Está Tudela, *monseigneur*.

–Cierto.

Louis se aproxima a la orilla y mete su mano en el agua. Muy cerca ve pasar un pez. Sigue su estela entre el reflejo de las ramas vacías de hojas que dibuja la superficie.

–¿Qué es eso? –pregunta levantándose.

–¿A qué os referís, *sire*? –pregunta Guillem, acercándose a la orilla.

–Ese sonido. Es como un niño llorando.

–Será un gato.

Louis se gira y busca entre los árboles sin ver nada.

–Viene de allí –dice señalando un punto hacia el este.

Gracia está apoyada contra el tronco de un árbol, en uno de los meandros que hace el río al bordear la ciudad.

–Nunca te das por satisfecho, Ruy. Eres un glotón. ¿Sabes cuánto fatigas a tu madre? –le pregunta cubriéndolo de besos. Pero el pequeño no parece querer cambiar los mimos por el alimento, así que comienza a llorar de nuevo–. De acuerdo. Tú ganas –le dice poniéndoselo otra vez al pecho.

Mientras Ruy succiona con fuerza, Gracia echa la cabeza atrás un instante y cierra los ojos, descansando. Cuando los vuelve a abrir, dos hombres la observan desde arriba. Ella los mira sin moverse, invitándolos a marcharse. Pero ellos no se mueven. "¿Es que acaso no ven que no quiero su compañía?". Puesto que no se mueven, los observa con detenimiento. Uno es alto, tiene el pelo ondulado y sus ojos son vivos y castaños. Aunque no sonríe, su gesto no es amenazante. A Gracia le parece atractivo. El otro es un poco más bajo. Sus ojos, de un tono azul pálido se mueven inquietos, como si quisieran rastrear todo su cuerpo. Aunque no hace calor, va mucho más abrigado de lo que cabría esperar para comienzos del mes de octubre. Lleva el cabello cortado por encima de su nuca, peinado en las puntas hacia arriba.

Gracia se pregunta si los ha visto antes. Le suenan sus rostros, pero no termina de ubicarlos en ningún sitio. Ruy, ajeno a lo que acontece alrededor de su madre, sigue mamando como si no tuviera espectadores. El segundo de los

hombres hace un gesto con su barbilla a su compañero. Este se aproxima a Gracia y toma a Ruy por la fuerza, separándolo de su alimento. Como consecuencia, comienza a llorar con gran escándalo, lo que hace reír al primero de los hombres. La joven reacciona de inmediato, poniéndose de pie y cubriéndose. Con un movimiento rápido intenta agarrar a Ruy, pero el segundo de los hombres la sujeta por detrás, de manera que pierde el contacto con su hijo.

–Devolvedme a mi hijo –les increpa.

–O si no, ¿qué? –dice el hombre de los ojos claros en un tono grave y un acento que a Gracia le suena raro en sus oídos.

Gracia se mueve con gran brío y logra desengancharse de los brazos que la sujetan. Su rostro congestionado mira a los dos hombres de hito en hito. Su respiración es agitada y su gesto, ligeramente inclinado hacia adelante, indica que está dispuesta a saltar encima de los dos si no le devuelven a Ruy.

–Si no me devolvéis a mi hijo, en unos instantes tendréis a todo el linaje de Monteagudo y Cascante, a los Almoravid, a los Aibar y muchas otras casas nobles de Navarra dispuestas a atacaros.

–¿Atacar a quién? ¿A su rey?

Ante la pregunta, Gracia relaciona enseguida todo lo que ha ocurrido desde que han aparecido los dos hombres.

Al descubrir la identidad del hombre que la acaba de sujetar aprieta la mandíbula unos instantes.

–A su rey, no. A él –dice señalando entonces al joven gobernador.

–¿Cómo una sirvienta tiene tanto poder como para convocar a todos los ricoshombres del reino?

–Os equivocáis si creéis que soy una sirvienta –dice mirando directamente a Louis, pero sin perder ojo de su hijo, percatándose de la equivocación del rey, al verla amamantando a una criatura. Algo que no hacen las damas de Francia.

–¿Acaso no lo sois?

–Por supuesto que no.

–Ya os advertí que los navarros son rudos.

–Y salvajes, por lo que veo.

Ajena a las palabras que intercambian los dos hombres, Gracia les interrumpe.

–Si me devolvéis a mi hijo, me iré de inmediato y no os molestaré más.

–¿Cómo os llamáis?

–Primero, mi hijo.

Louis centra su atención en la mujer. Se coloca delante de ella y, con un movimiento inesperado, la abofetea. La mano del rey, diestra en golpear la pelota en el *jeu de paume*, alcanza gran fuerza y velocidad. Al recibir el impacto, Gracia se tambalea. Se sujeta en un árbol cercano. Un hilo de sangre

corre desde su labio mientras mira a Louis directamente a los ojos con cierta decepción. Tanto tiempo esperando al rey para descubrir la bajeza de su comportamiento. De ser una sirvienta, la habría tomado por la fuerza a las primeras de cambio, pero parece dudar ante la posibilidad de que sea de verdad una dama.

–Creo que podemos empezar a entendernos. ¿Cómo os llamáis?

La pregunta queda interrumpida por la llegada de dos de los hombres que montan guardia. Louis se acerca a ellos.

–¿Qué ocurre?

–Hemos encontrado a un hombre merodeando por los alrededores.

–Traedlo aquí –pide.

Cuando Gracia ve a quién traen los guardias cierra los ojos.

–¡Bosta de caballo! –dice para sí.

–¡Gracia! ¿Qué ocurre? –la voz de Martín se le clava muy adentro.

Pero antes de que pueda contestar nada, el rey vuelve a tomar el control de la conversación, interponiéndose entre ambos de tal forma que parte de la silueta de su esposo queda tapada. De fondo se siguen escuchando los lloros de Ruy sin que el gobernador haga nada por apaciguarlos.

–Martín Ximenez de Aibar, ¿no es así?

–Cierto, *monseigneur* –dice inclinándose con respeto.

–¿Qué hacéis aquí?

–He venido a buscar a mi esposa.

–¿Ella?

–Sí, *monseigneur*. Si os ha causado alguna molestia, yo…

–Solo conversábamos.

–Ya.

A Martín se le ve algo confuso. Gracia está a punto de intervenir, pero el rey de nuevo se adelanta.

–¿Así que eso que chilla tanto es vuestro hijo?

–Lo es.

–Martín, me gustaría seguir hablando con vuestra esposa. ¿Os podríais hacer cargo de él mientras yo termino la conversación?

–Si es lo que deseáis, *sire* –dice a regañadientes.

–Lleváoslo. Os prometo que enseguida veréis a vuestra esposa en el banquete.

Guillem pone a Ruy sobre los brazos de su padre y este deja de llorar de inmediato. Martín duda unos instantes mientras mira a Gracia. Esta se ha limpiado la sangre con el reverso de su mano y espera que, desde la distancia, su esposo no se haya dado cuenta. "No os vayáis", piensa algo temerosa. Está segura de que su hijo representaba cierta barrera emocional para Louis, pero no conoce cuál puede ser la reacción del rey si se queda a solas con ella.

–Acompañadlo hasta la puerta de la ciudad –pide a sus guardias.

Gracia y Martín se miran antes de que este sea conminado a marcharse. Ella lo ve desaparecer entre los troncos de los árboles. Aprieta su puño para alejar el temblor que le acecha y se centra en Louis.

–Crasia. ¿Es así como os llamáis?

–Se pronuncia Gracia, pero está bien así.

–Me gustaría recibir vuestro homenaje.

–Solo los hombres pronuncian el homenaje ante el rey, *mon-señer*. ¿Es así como se dice?

–*Monseigneur* –le repite–, pero está bien así. A pesar de lo que decís, me gustaría que os arrodillarais y pronunciarais el juramento. Un juramento que supongo que os sabréis.

–Estáis en lo cierto.

–Entonces, juradme lealtad.

Antes de arrodillarse, Gracia estudia cuáles serían sus posibilidades de huir, pero se da cuenta de que estas son muy escasas. Tal vez si se tirara a la corriente… Se arrodilla, por fin, sin apartar los ojos de Louis. No va a consentir que vuelva a golpearla.

–Tomad mi mano.

La mano del rey está fría y contrasta con la ardiente mano de ella.

–Yo, Gracia Sánchez de Cascante, descendiente de los señores de Cascante, de Juan Sánchez de Montagut, actual señor de Cascante, y de Pedro Sánchez de Cascante, mi abuelo, que murió asesinado durante la guerra de la Navarrería en defensa de su reina, Jeanne de Champaña, reina de Francia, juro por Dios y los santos evangelios y por la santa cruz a vos señor, Louis, rey de Navarra, que yo cuidaré vuestro cuerpo y vuestra tierra y vuestro pueblo y os ayudaré lealmente a mantener los fueros y las otras cosas así como vos las habéis jurado. Asimismo, me pongo bajo vuestra protección, esperando ser amparada por vuestra persona.

–Y yo, Louis, acepto vuestro juramento –Louis agarra su mano diestra con las dos suyas–. Sois como el verano. Desprendéis calor.

Gracia frunce un poco el entrecejo. No está muy segura de haber comprendido las últimas palabras del rey.

–¿Os gustaría acompañarme a dar un paseo por la orilla del río?

La proposición y el tono sorprenden a Gracia. ¿Cómo puede haber un cambio tan radical en su conducta?

Asiente, no le queda otro remedio, mientras mira por última vez hacia el lugar por el que ha desaparecido su esposo. Guillem, distraído parece aguardar indicaciones del rey.

–¿Creéis que hablo bien vuestro idioma?

–Os hacéis entender, que es lo importante.

El labio de Gracia ha comenzado a sangrar de nuevo.

–Esa flor que lleváis bordada… ¿es en mi honor?

–¿La azucena? No.

–¿No?

–Es una promesa que hice hace tiempo.

–¿Una promesa de amor?

–Una estúpida promesa.

–¿Estúpida?

–Innecesaria, necia, ridícula…

Louis se ríe y al hacerlo parece más niño.

–¿La habéis bordado vos?

–Sí.

–¿Qué pensáis de mí?

–Sois el rey de Navarra.

–Lo podéis hacer mejor.

Gracia se detiene. El murmullo del agua se escucha con nitidez entre el gorjeo de los pájaros cercanos.

–¿Qué esperáis de mí? ¿Queréis la verdad o que os regale los oídos?

Louis se rasca la barbilla.

–No entiendo que queréis decir con regalar los oídos.

–Si lo que queréis es escuchar solo cosas bonitas, aunque sean mentira.

–No parecéis la clase de mujer que se entretendría regalando oídos.

La expresión divierte a Gracia, que se ríe.

–Entonces, queréis la verdad. Y la verdad es que sois un cretino voluble e impulsivo.

–¿Qué? ¿Cómo os atrevéis?

–Pensaba que era lo que queríais, *mon-señer* –dice haciendo un esfuerzo por pronunciar bien las palabras.

Los dos se miran unos instantes. Los ojos de ella clavados en el azul pálido de los de él. Los de él moviéndose inquietos por su rostro, memorizando todas sus facciones y expresiones.

–Podéis marcharos, Crasia.

–Gracias, *mon-señer*.

La joven hace un leve reconocimiento con su cabeza y se gira para marcharse. Antes de tomar el camino de regreso, se acerca a la orilla para limpiarse la sangre del rostro. Se agacha y toma agua con sus dos manos. Cuando se levanta, se encuentra de nuevo con la figura de Louis. Este le tiende un pañuelo blanco, impoluto. Él mismo limpia con su mano los restos de agua y sangre.

–Gracias.

–*Merci* a vos por vuestra sinceridad. Quedaos el pañuelo.

–*Merxi* –repite la joven, imitando como puede el acento del rey.

Se encamina hacia la puerta del Abrevador. Al pasar delante de Guillem le suelta un bufido. Este le devuelve la pequeña afrenta con una carcajada. Louis, detrás de ella, se detiene al lado del gobernador.

–Guillem –le dice–, ¿creéis que soy un cretino voluble e impulsivo?

–Por Dios, no, *monseigneur*. Sois un hombre tenaz y constante, un gran rey.

–Guillem, ¿me estáis regalando oídos?

–¿Qué queréis decir con que si os estoy regalando oídos?

–Nada. Olvidadlo.

Gracia se mira las azucenas bordadas en su vestido. Cuando eligió esa flor de entre todas las que crecían en el jardín de Abiroc, ni siquiera se percató de que pudiera tener una estrecha relación con los Capeto y su flor de lis. Y ni siquiera sabe por qué ahora, tanto tiempo después, sigue bordando azucenas en sus vestidos. Martín la observa por detrás mientras Ortissa retoca su peinado.

–Se os ve muy hermosa.

Gracia lamenta que se la vea hermosa precisamente hoy, cuando no quiere llamar la atención en la corte.

–Nada más, Ortissa. Puedes retirarte.

Se acerca a su esposo, pero un movimiento casi imperceptible de este le hace detenerse.

–El encuentro de hace un rato con el rey ha sido…

–No quiero saberlo.

–No os entiendo.

–No quiero saber lo que ha ocurrido a la orilla del río.

–Aun así os lo diré. No ha ocurrido nada. Solo hemos charlado.

–Lo sabré dentro de nueve meses –le dice circunspecto y serio.

–Esperaréis en vano –le asegura pasando de largo a su lado.

Martín la alcanza y le tiende su mano. Ella la acepta, aunque está enfada. Se dirigen hacia el refectorio. Allí es donde el cabildo catedralicio ha preparado el banquete en honor al rey. La sala está adornada con los pendones reales. La mesa principal, que ocupará el rey y todos sus allegados franceses, está vacía. Los invitados de más alto rango serán los últimos en entrar. Gracia y Martín son colocados en la mesa junto con Fortún y algunos otros nobles. Justo cuando va a tomar asiento, escucha que alguien la llama por detrás.

–¡Gracia!

La joven se vuelve y se encuentra cara a cara con su padre.

–Padre, me alegra veros –dice de manera correcta, pero distante, sin terminar de acercarse a su progenitor.

–¿Cómo estáis?

–Todos estamos bien, gracias a Dios.

–Martín me contó lo sucedido con María.

Le sorprende la revelación. No sabía que su esposo y su padre mantuvieran contacto.

–Eso ya pasó.

–¿Y vuestros hijos?

–Los dos crecen sanos. Gracias por preguntar por ellos.

–Tal vez, algún día podáis venir a visitarme los cuatro a Monteagudo.

–Quizás lo hagamos –le dice, sin tener intención de cumplirlo.

–Sería una alegría para este viejo. Os estáis convirtiendo en una gran mujer –le asegura, despidiéndose.

"Yo siempre he sido una gran mujer", le dan ganas de decirle, pero calla por respeto o porque en realidad ya no le interesa lo que piense el hombre que tiene delante. Justo en ese momento, llega su suegra. Johana saluda a todos con su característica afabilidad. Poco después, Lacarra se une al grupo. Los saludos se repiten aquí y allá. Los encuentros y reencuentros se suceden. Poco a poco se sumerge en el ambiente festivo y se olvida del incidente con Louis. Sus mejillas se arrebolan. En el refectorio hace calor.

El vocerío se detiene cuando el rey y su corte hacen la entrada. Un heraldo anuncia su presencia y todos le presentan sus respetos. El prior del cabildo le precede, acompañándolo a la mesa. Antes de sentarse, Louis dirige unas palabras a todos en su lengua natal. Sus nobles, gobernantes, reformadores y senescales se ríen. El resto simula haber entendido. Antes de sentarse, Louis hace un repaso rápido por todas las mesas. Gracia nota cómo sus ojos se detienen sobre su persona.

Los platos comienzan a servirse por la mesa principal. No tiene mucha hambre, pero piensa probarlo todo: carnes, pescados, frutos y frutas. Y también las bebidas, que se sirven en abundancia. La comida transcurre con rapidez y, cuando el rey se levanta para marcharse, todos dan por concluida la jornada. Los invitados salen al exterior. Cuando se están despidiendo, alguien tira del vestido de Gracia. Es una sirvienta joven y bien parecida. No recuerda haberla visto nunca. Le hace un gesto para que la siga. Ella duda.

–Martín, ¿conocéis a esta sirvienta?

Su esposo se vuelve y la examina y niega.

–¿Por qué? –le pregunta.

–Porque me está haciendo gestos para que la siga y no la conozco.

–Ve con ella, a ver qué quiere.

Gracia sigue a la muchacha, que se adentra en las dependencias de la catedral. Al encaminarse hacia el palacio de San Jesucristo, comienza a temblar. Algo dentro de ella le dice que es mejor volverse. Pero la sirvienta la apremia. Se detiene delante de una puerta y la abre. Se asoma, temerosa de

que el rey esté allí. Pero dentro solo la aguarda una mujer. Aliviada, se acerca a ella cuando le hace un gesto con la mano. Le señala unas telas que hay encima de una cama.

–Louis, Marguerite –le dice.

–Sí. Louis y Marguerite.

–Esta, Marguerite.

–De acuerdo. Las telas son para Marguerite.

–Tú –le señala con el dedo para luego hacer un gesto con las dos manos, como si estuviera cosiendo.

–Yo no… coso vestidos –le dice acompañando su explicación con los mismos gestos.

La sirvienta se señala a ella y hace el gesto de coser. Luego señala a Gracia y el bordado de su vestido.

–Tú coses y yo bordo –concluye Gracia.

–¡Eudeline! –la voz se escucha antes de que la silueta de Louis aparezca.

Inmediatamente se inclina para saludar al recién llegado, sintiéndose una intrusa en las estancias privadas del rey.

La sirvienta y él intercambian unas palabras en su idioma en un tono confidencial y bajo. Aguarda intranquila, sin quitar ojo de lo que ocurre delante. Louis se adelanta y Eudeline se queda un poco más atrás, retirada, pero sin marcharse.

–*Mon-señer*.

La pronunciación hace reír al rey.

–Crasia –esta vez la que ríe es ella–. Me ha costado reconoceros entre los invitados.

–No es extraño, mi señor. Teníais muchos invitados.

–El problema no era el número de invitados, sino que buscaba equivocadamente a una mujer con aspecto de sirvienta entre las nobles del reino.

El rey se acerca a ella y la toma por la barbilla mirando el aspecto de su labio. Asiente dando su aprobación.

–¿Os ha explicado Eudeline lo que quiero?

–Creo haber entendido que deseáis regalar un vestido a vuestra esposa y que queréis que yo lo borde. Pero habéis de saber que hay decenas de bordadoras muy cualificadas en el reino y que yo no soy la más habilidosa.

–Me da igual. Os haré llegar los hilos. Mientras Eudeline lo corta y cose, vos iréis haciendo los bordados.

–¿Me haréis llegar las telas a Irulegui?

–¿*Igulegui*? No. Vos y vuestro esposo me acompañaréis mientras recorro Navarra. Él me protege, vos bordáis. Espero que sepáis captar todo lo que yo quiero expresarle a mi esposa.

–¿Me hablaréis de ella?

–Eudeline lo hará. Ahora, podéis marcharos. Recibiréis instrucciones a través de ella.

–Con vuestra venia, *mon-señer*.

El acento de Gracia hace reír de nuevo al rey, que intercambia una mirada con su sirvienta. La joven busca la salida con algo de prisa. La extraña petición del rey ha dejado impresa en su frente una pequeña arruga. No entraba en sus planes acompañar al rey en su periplo. Suponía que Martín lo haría, igual que Fortún, pero ella iba a regresar a Irulegui. La nueva perspectiva le gusta, porque le hace sentir importante. En la corte de París, la reina Marguerite de Navarra llevará un bordado suyo. La mueca de sorpresa se cambia por otra que delata cierto placer. Martín aguarda en la puerta con su caballo. Quedan pocos invitados en los alrededores. Gracia no puede esperar para contarle lo que ha ocurrido.

–¡No os lo vais a creer! El rey quiere que borde un vestido para su esposa.

–¿Vos? Es extraño.

–¿Por qué? ¿No me creéis capaz de hacerlo?

–Sé que sois capaz de hacerlo –le dice mirando la azucena bordada cerca de su corazón–, pero no entiendo por qué os ha elegido a vos.

–Os da miedo que no le guste mi trabajo, que caiga en desgracia y que me encierre en la prisión de Tiebas… –dice medio en serio, medio en broma.

Mira a su esposo que permanece callado, aparentemente indeciso.

–Lo que me importa es que pueda encapricharse de vos. O que lo haya hecho ya.

–Eso no ocurrirá –despacio se acerca a él buscando el roce de sus cabellos entre sus dedos, pero Martín da un paso hacia atrás, evitando el contacto.

–Martín, ¿es que creéis que el rey va a estar mirando mientras bordo?

Su esposo no dice nada y eso enfada a Gracia. La llegada del rey, por la que tanto ha luchado Martín, se ha convertido ahora en un hecho que la distancia todavía más de él. "¡Bosta de caballo!".

–Vamos, nuestros hijos nos esperan. El joven coloca sus manos para ayudar a su esposa a subir al caballo. Esta avanza despacio, coloca su pie izquierdo en el hueco de las manos de Martín y se impulsa para pasar la pierna derecha a horcajadas. Cuando ve que él se prepara para subir, toma las riendas con fuerza, golpea los flancos del caballo y sale al trote.

–¡Gracia!

Pero Gracia no espera a su esposo. Sus celos le han puesto de mal humor. "*¡Borreu!*"[31].

¡Gracia! –repite siguiendo la estela de su caballo hasta verlo desparecer.

Martín siente el roce de los bajos del vestido de su esposa en sus manos

todavía unos instantes después de que esta haya desaparecido por las estrechas calles pamplonesas. Una pequeña vibración le recorre los brazos. "¡Bruja!".

Camina deprisa hacia el burgo de San Cernin. Su abuelo ha alquilado la misma casa que ocupó Beaumarchais en su última estancia en Navarra. El mismo lugar en el que Martín se recuperó de sus primeras heridas tras el duelo en el que ambos caballeros se retaron. Allí donde se forjó su matrimonio.

–¡Gracia! –llama.

A su encuentro no sale su esposa, sino su hermano.

–Se ha encerrado en el cuarto con sus hijos y Ortissa. Ha dicho que está muy cansada y que no quiere que nadie la moleste.

Martín no hace caso a las palabras de Ximen y se acerca a la puerta, golpeándola. De su interior no llega ninguna respuesta. Da unos golpes más hasta que, por fin, la puerta se abre.

–¿Y Gracia? –le pregunta a Ortissa, que es quien le ha abierto.

–Se ha acostado en cuanto ha llegado. Ha dicho que no se encuentra bien.

El joven se acerca a la cama. Su esposa está vuelta hacia la pared. Duerme o finge hacerlo. Acerca su mano a su frente. Ciertamente, está bastante caliente.

–Yo la cuidaré. No os preocupéis.

Resignado, Martín deja el cuarto que ocupa su esposa y se dirige a la sala donde sus padres, la tía de Gracia, Fortún y Beaumarchais decidieron su matrimonio. Él aceptó, recuerda. Aceptó unir a dos familias enemistadas a través de sus esponsales con Gracia. Y ese acuerdo se ha rubricado con sangre. Allí están Ximenín y Ruy para testificarlo. Ese día era él el que estaba febril. Los recuerdos se hacen borrosos un instante. Fue la primera vez que soñó con Gracia, con una Gracia que no conocía y que imaginó tan diferente. Tal vez nunca sean capaces de traspasar del todo la barrera de odio que sus familias tejieron a su alrededor. Su hermano entra en la sala.

–¿Tú sabías que Gracia estaba enferma?

–Sé que lleva mal desde que murió Garra.

–¿Por qué nadie me lo ha dicho? –dice molesto.

–¿Qué te pasa?

–Nada. ¿Y Fortún?

–Ha salido hace un rato con su lugarteniente. Ha dicho que nos espera en la taberna del Temple.

–Vamos.

Sin esperar a su hermano, Martín se dirige a la puerta de salida y avanza hacia la muralla lindante con la Navarrería, donde está ubicada la taberna del Temple. Se deja llevar por el jolgorio. El alférez está al fondo, sentado al lado de Lacarra. Iñíguez les hace una seña y los recibe con dos jarras bien llenas.

–¿Puedo beber? –pregunta Ximen.

Nadie le contesta, así que él mismo se sirve.

–Por mi escudero –dice Martín. Ximen eleva el vaso y brinda con todos.

Martín se deja llevar por el ambiente festivo, por las jarras que corren de un lado a otro, por los cánticos y los bailes improvisados, por las mujeres que se pasean por la taberna, a veces sensuales, a veces incluso impúdicas. El local está abarrotado. Los caballeros departen con villanos e infanzones, sin distinción de estamentos. Todos tienen ganas de reír y divertirse. Al son de las notas musicales aporrean mesas para llevar el compás.

La noche pasa rápida. Cuando se levantan y salen de la taberna, el día clarea. En la puerta se encuentran con un grupo de franceses. Martín, algo achispado, cree distinguir entre ellos al rey. También va ebrio como él.

Alguien grita "¡Real!". Varias voces se les unen. Algunos piden que les traigan un pavés para volver a elevar a Louis sobre él. Martín se acerca. Quiere participar. Con un poco de ayuda, Louis vuelve a estar sobre un escudo y es paseado por las calles cercanas. Martín lleva el escudo. Se siente ligero, como si tuviera alas. Por encima, Louis lanza proclamas en su idioma. Aunque nadie le entiende, todos imitan sus palabras, replicándolas como un eco.

Por fin el rey se baja del escudo. Al hacerlo, se apoya en el hombro de Martín. Los dos jóvenes se miran con ojos algo nebulosos.

–Vuestra esposa… vuestra esposa borda como los ángeles.

–Y la vuestra… y la vuestra… ¿qué hace la vuestra?

–La mía canta y toca la lira como los ángeles.

Los dos se ríen. Alguien toma del brazo al rey y se lo lleva. Las palabras en francés desaparecen de las calles. Martín, Fortún, Iñíguez y Ximen regresan a la casa alquilada. Fortún e Iñíguez se echan a dormir. Ximen se tambalea y cae al suelo.

–No me encuentro muy bien. Me duele el estómago y me da vueltas la cabeza.

Su hermano lo coge por el hombro y se lo lleva a los establos.

–Creo que voy a vomitar.

–Seguro que después te sientes mucho mejor. Palabra de hermano mayor.

Permite que Ximen se apoye en la pared. Él le ayuda por detrás. Debería haber vigilado un poco más todo lo que su hermano se ha echado al gaznate.

–¿Mejor? –le pregunta después de vomitar dos veces.

–Sí –le asegura, dejándose caer al suelo.

–Te llevaré a tu habitación. ¿Ximen?

–Creo que se ha quedado dormido –la voz de Gracia a sus espaldas le hace volverse algo sorprendido.

–¡Gracia! ¿Qué hacéis aquí?

–Ya ha amanecido. Siempre me despierto a estas horas –Martín intenta enfocar el rostro que tiene delante–. Llevemos a Ximen a la cama –le oye decir. Sus palabras reverberan dentro de su cabeza–. No deberíais haberle

dejado beber tanto. ¡Es solo un muchacho!

Sin esperar a que él le diga nada, Gracia agarra a su cuñado por debajo del sobaco izquierdo y se pasa su brazo por encima de los hombros. A Martín le sorprende su fuerza.

–Vamos, Ximen –le anima ella.

Con algo de rudeza, lo tumban en su camastro. Gracia trae agua y trapos limpios. Con suavidad asea el rostro de su cuñado y la ropa que se ha manchado al vomitar. Martín, cansado y abatido por el sueño, se deja caer al suelo y se queda sentado a los pies del camastro.

–¿Cómo está?

–Le vendrá bien dormir. Y a vos, también –le dice sin mirarle a los ojos.

–Gracia –le llama él, tirando de su mano.

–¿Sí?

–Sentaos conmigo.

La joven toma asiento a su lado. Martín apoya la cabeza sobre su hombro.

–Gracia, quiero hablar con vos.

–¿Martín? –le llama ella al ver que se ha quedado callado. A su lado solo se escucha un ronquido.

---

30 El castillo de Louis I se construyó en lo que hoy es la plaza del Castillo, de donde vendría su nombre.

31 *Borreu*: verdugo. No estaba bien visto ejercer como verdugo, de tal manera que se convirtió en un insulto.

PAMPLONA, 13 DE OCTUBRE DE 1307

Apenas ha dormido. Encima de una mesita, cerca de su cama, aguarda la carta que le entregó su padre hace un mes con la orden de abrirla hoy, al alba. Se pregunta qué contendrá. ¿Alguna recomendación? ¿Algún título? Bien podría ser, ya que acaba de ser coronado. Viernes, piensa. Un viernes que parece no querer despuntar. Se remueve inquieto, desasiéndose del abrazo de Eudeline.

–¿Louis?

–¿Crees que está amaneciendo? –le pregunta, mirando hacia la minúscula ventana de sus aposentos.

–Eso parece.

Se levanta y se coloca una gruesa capa de pieles sobre los hombres. Su amante le pide que no se aleje.

–Debo hacer algo –le dice–. Enciéndeme varias velas.

Eudeline atiende la reclamación de su señor.

–¿Está bien así?

Sin hacer caso a las palabras de su sirvienta, Louis rompe el sello de su padre y abre la carta. Al leerla, su ceño se frunce.

–¿Qué? –se pregunta para sí mismo.

–¿Ocurre algo, *monseigneur*?

Antes de contestar, relee el contenido de la carta. Luego la deposita sobre la mesita. La luz vacilante de las velas llena el papel de contenidos tenebrosos.

–¿*Monseigneur*?

–Ayúdame a vestirme y busca a Chaudenay.

–¿Malas noticias?

–Eudeline, es algo importante. Debo cumplir la palabra de mi padre. Ahora, haz como te he mandado.

Sin vestirse, obedece el mandato del rey. Este no puede dejar de esbozar una sonrisa.

–Eudeline, por favor, ponte algo de ropa antes de ir a buscar al gobernador.

Louis y Guillem están de pie, cerca de la chimenea. En el rostro del gobernador todavía se distingue el sueño agarrado a su piel. Se frota la cara para despertarse.

–A ver si lo he entendido bien. Queréis que prenda a todos los templarios del reino.

–Eso es. Y hacedlo de inmediato.

–Y queréis que los encierre bajo la acusación de herejes y de practicar ritos blasfemos y la sodomía.

–No perdáis el tiempo repitiendo lo que yo os he dicho y mandad soldados. Que requisen todos sus bienes y los pongan al servicio de la corona. ¿Cuántos templarios hay en Navarra?

–No lo sé.

–¿No lo sabéis?

–No estoy seguro, pero no creo que haya muchos.

–Me gustabais más cuando sabíais contestar a todas mis preguntas.

–Apenas ha amanecido…

–Chaudenay –le dice, sabiendo que llamarle por el apellido pone cierta distancia entre ambos–, no quiero excusas.

–Hay pocas encomiendas. Una en el sur, no me acuerdo bien dónde, otra en Aberin…

–De acuerdo. Utilizad todos los hombres que necesitéis y partid de inmediato. Quiero que al anochecer estén todos recluidos en… en…

–¿En Tiebas, *monseigneur*?

–Eso es.

–¿Estáis seguro de esto? Es una acusación muy grave.

–El papa lo ordena –sentencia, con aplomo–. Me lo ha asegurado mi padre.

Louis escucha los pasos de Chaudenay alejándose por el pasillo. Apoya su mano en la piedra que forma el marco superior de la chimenea. Está caliente. Cierra un instante los ojos y se imagina la escena que ahora mismo se estará repitiendo en toda Francia. Y se pregunta qué cara pondrá Jacques de Molay cuando los soldados de su padre vayan a prenderle. Él, que se cree el mayor defensor de la cristiandad, encarcelado por hereje y sodomita. Louis cree la acusación que su padre ha vertido contra la orden. La misma maniobra que Philippe utilizó contra el papa Bonifacio VIII. Su progenitor se quedará con las riquezas del Temple en Francia. Él se quedará con las riquezas del Temple en Navarra. Muy astuto.

Gracia ha madrugado para ir al mercado. Últimamente no soporta la actitud de Martín que la vigila constantemente. Le acompaña Ortissa, que va con ella a todas partes. Está segura de que su esposo le ha dado indicaciones para que no la deje nunca sola y le cuente qué hace. Cuando están en la rúa Mayor de

los Cambios, se tienen que apartar con rapidez. Varios jinetes pasan a galope tendido. Son hombres del rey. Gracia cuenta más de veinte.

–¡Abrid las puertas de la ciudad! –van gritando–. ¡Abrid las puertas en nombre del rey!

–¿Qué creéis que pasará?

–No lo sé –acierta a decir Gracia–. Volvamos a casa e informemos a los hombres.

Las dos mujeres vuelven sobre sus pasos. La joven va en busca de su esposo, pero se encuentra antes con Fortún y decide contárselo a él. Este entrecierra los ojos, llama a Iñíguez, Martín y Ximen y se encierra con ellos. Poco después, Gracia escucha cómo salen de la casa. Los oye regresar pasado el mediodía.

Se encierran solos en una sala, pero la puerta se queda abierta, por lo que Gracia puede escuchar su conversación.

–No me lo puedo creer –dice Iñíguez–. ¿Por qué?

–No tiene ningún sentido.

–Me voy –dice de pronto Martín–. Tengo que hacer algo o me volveré loco.

Gracia lo ve salir a toda velocidad. Detrás de él salen los otros tres hombres. A la joven de Cascante no le sorprende la reacción de su esposo. A estas horas, la noticia sobre el mandato del rey que dicta prender a los templarios ya ha corrido por todas las calles de Pamplona.

TIEBAS, 14 DE OCTUBRE DE 1307

La fortaleza que el rey Teobaldo II convirtió en su mejor palacio, funciona ahora como prisión. El edificio, con reminiscencias champañesas en sus acabados, se alza sobre una pequeña colina.

Llevan ya un rato por los alrededores, pero todavía no han conseguido ver a los prisioneros. Martín se siente impotente. Odia no poder hacer nada. No se puede creer que Louis se haya basado en unas acusaciones falsas para prender a los templarios. "¿Con qué fin?, se pregunta el joven. ¿Sodomía? ¿Herejía? ¿De verdad cree el rey capaz de algo así a la orden de los pobres caballeros de Cristo?".

Pasan las horas y todavía no tiene noticias de su abuelo, que es el que está negociando la visita. Nervioso, decide dar una vuelta por los alrededores mientras Ximen e Iñíguez se quedan vigilantes. Se sienta con la espalda apoyada en los muros de la fortaleza. Siente unos pasos cercanos y se levanta. Cuando descubre que es Juan de Dios quien se acerca, su rabia crece hasta multiplicarse por mil.

–Imaginaba que no andaríais lejos. Ya veis, al final, cada uno tiene lo que se merece. Y vos seréis el siguiente.

Martín saca su espada, dispuesto a atravesar el vil corazón del ser más repulsivo que conoce.

–¿Recordais esto? –Juan de Dios se saca el Lignum Crucis que se custodiaba en la encomienda de Aberin de debajo de sus vestiduras–. Si me atacáis, lo destruiré.

–Sois el demonio, Juan de Dios.

–Ellos han pagado y algún día os tocará el turno. Mientras vos andáis reparando murallas, es a mí a quien escucha el rey. Andaos con tiento o acabaréis en la prisión de Toulouse.

–Sois un cobarde.

–Adiós, Martín.

Está a punto de estallar. Siente deseos de clavar su espada en la espalda del acólito. Pero en esos instantes escucha un coro de voces que se eleva desde el suelo que pisa. Son ellos. Los monjes cantan loas y salmos a Dios. Le agrada

notar su fortaleza.

–¡Martín! –escucha en ese momento.

Envaina su espada y se dirige al encuentro de su hermano.

–Martín, ya podéis entrar a ver a frey Pere. Daos prisa, el alférez solo ha conseguido comprar unos minutos.

Se apresura. En la puerta le quitan su espada y lo registran a conciencia. Camina tras el guardia, que se jacta de haber sido uno de los hombres que han dado caza a los templarios. Martín se siente indignado ante el atropello que se ha cometido. Desde la puerta se escuchan los cánticos con más potencia. El ruido de la cerradura, sin embargo, hace que estos cesen.

–Vendré a buscaros enseguida.

Martín se encuentra ante una puerta de rejas. Al asomarse, ve a una docena de hombres arrodillados. Ninguno cambia su posición.

–¡Frey Pere! –llama–. Soy…

–¡Martín! ¿Qué hacéis aquí?

–¿Cómo estáis? –le pregunta al ver su rostro cubierto de sangre reseca.

–Estamos todos bien. ¿Es cierto lo que hemos oído? ¿Es cierto que el rey de Francia ha ordenado prender a todos nuestros hermanos?

–Eso es lo que afirman los hombres cercanos al rey Louis. Dice que cumple órdenes del papa pero, al parecer, la orden le ha llegado de su padre. ¿Qué puedo hacer para ayudaros? Frey Pere, sabéis que daría mi vida por vos.

–Y yo me enfadaría si hicierais eso. Pero hay algo que quizás podáis hacer –dice bajando la voz.

–Decidme, haré cualquier cosa.

–En Puente la Reina vive un hombre de nombre Isaac. Buscadlo y dadle un mensaje de mi parte. Decidle solo *Lignum-Signum*[32].

–Lignum–Signum.

–Eso es. Él sabrá qué hacer.

–¿Solo eso?

–Él lo entenderá.

El ruido de la puerta al abrirse hace que Martín mire sobre su hombro.

–El tiempo ha terminado.

–*Salutem in Domino Sempiterna*[33], Martín.

–*Salutem in Domino Sempiterna,* frey Pere.

---

32 Literalmente, madero signo.

33 Literalmente: La salvación eterna en el Señor. Se puede interpretar por: Que el Señor te guarde y te preserve para siempre.

PUENTE LA REINA, 15 DE OCTUBRE DE 1307

No les es difícil encontrar a un hombre de nombre Isaac en Puente la Reina. Pero, al verlo, Martín duda de que sea al que frey Pere se ha referido. Lo abordan cerca de las propiedades del Temple, que se encuentran custodiadas por los hombres del rey. Aunque de aspecto débil y envejecido, no se arredra por su presencia.

–¿Quiénes sois?

–Venimos en son de paz –le dice Martín.

–Muchas espadas veo yo para venir en son de paz.

–Isaac, me envía frey Pere.

La expresión del viejo se torna arisca.

–No sé de qué me habláis –dice tratando de evitarlos y seguir su camino, pero los cuatro reaccionan, cerrándole el paso.

–Debo daros un mensaje –le dice Martín.

–Os equivocáis de hombre.

El joven, muy a su pesar, le abre camino, pero, aprovecha cuando pasa a su lado para darle el mensaje.

–*Lignum-Signum*.

Las palabras parecen calar en él.

–Aquí, no. Seguidme.

Y sin esperarlos, continúa su camino hacia el interior de la localidad. Los cuatro se miran, aguardan un instante y lo siguen a cierta distancia. El hombre entra en una casa próxima. El interior está oscuro.

–¿Así que los rumores son ciertos? ¿El Temple ha caído?

–¿Puedes ayudarlos?

–Frey Pere debe confiar mucho en vos si depositó ese mensaje en vuestras manos –comenta sin contestar a la pregunta de Martín.

–Fue mi maestro durante algún tiempo.

–No sois templario, por lo que veo.

–No, no lo soy. Pero conozco a frey Pere y ninguna de las acusaciones que se

han levantado contra él y sus hermanos son ciertas. ¿Puedes ayudarlos?

–Puedo intentarlo.

–Me gustaría colaborar contigo.

–Lo tendré en cuenta.

–Soy…

Isaac levanta su mano, haciéndole callar.

–No quiero saberlo. Ahora, si me disculpáis, debo ponerme en camino.

–¿Adónde irás? Podemos escoltarte.

Isaac, que no se ha sentado, pone una mano sobre su hombro.

–No hace falta, pero gracias por el ofrecimiento. Ahora, debéis marcharos y esperar acontecimientos.

Martín tiene que admitir que no puede hacer nada más por el momento. Deciden volver a Pamplona. No puede alejar de su pensamiento la visión de frey Pere en la prisión. Ese rostro bañado en sangre, pero para nada derrotado. No puede fallarle. En su empeño está ayudar a su antiguo maestro con todas las consecuencias.

Ximen cabalga a su lado. Lo mira de reojo, buscando el mejor momento para hablarle.

–Siento mucho lo que le ha pasado a vuestro maestro y a sus hermanos –Martín suspira y asiente varias veces–. ¿Qué creéis que ocurrirá?

–No lo sé. Pero espero que esta situación se resuelva cuanto antes y pronto los templarios de Navarra puedan volver a sus encomiendas.

–¿Adónde creéis que viajará Isaac?

–Los templarios de Navarra dependen del maestre provincial de Aragón. Supongo que es allí adonde lo ha enviado frey Pere. Pero solo lo supongo.

Llegan a Pamplona al atardecer. Todos en la casa están expectantes. Hasta los niños callan cuando los escuchan llegar.

–¿Qué ha ocurrido? –pregunta Gracia.

No es Martín quien le contesta, sino Fortún. Él le cuenta su visita a Tiebas y da algunos detalles de la situación de los freyres, pero sin comentar nada de su viaje a Puente la Reina ni de su encuentro con Isaac. Lo han hablado los cuatro por el camino y, si quieren que los templarios sean puestos pronto en libertad, deben dejar que Isaac haga su trabajo.

Martín está alicaído.

–No entiendo por qué el rey ha ordenado semejante atropello. ¿Qué mal han hecho los templarios?

Mientras comen algo, su mirada permanece perdida y su semblante serio. Sin mediar palabra, se levanta y se va. No atiende a la llamada de su esposa, que repite en alto su nombre. Sale de la ciudad, atravesando el portal de San Lorenzo y se dirige hacia el Campo del Arenal[34]. Un leve viento sisea entre las

ramas de los árboles, mientras estas se dejan mecer dócilmente. Algunos pájaros aletean entre las hojas ocres sentenciadas a morir en el doliente otoño. Nadie grita en el lugar donde se resuelven los duelos entre caballeros. Nada se escucha en el sitio donde la justicia se ejecuta y los malhechores sucumben mientras la soga rodea su cuello. Sus pasos lo dirigen hacia un descampado. Se detiene, quizás buscando su propia sangre. Aquella que vertió hace años en el loco duelo entre su abuelo y Beaumarchais. Se lleva la mano al pecho y luego al brazo, donde recibió las dos heridas. Sus dos primeras heridas. Por más que mira alrededor, por más que lo piensa, no puede comprender por qué frey Pere y sus hermanos están encarcelados en Tiebas. Con los últimos acontecimientos, no está de humor para acompañar al rey en su periplo por el reino. Es su deber, pero ¿con qué cara va a mirar al hombre que ha ordenado el aprisionamiento de su maestro? Gruñe y su grito gutural espanta a una picaraza escondida en algún sitio cercano. Emprende el vuelo y él la sigue con la mirada.

---

34 Hoy, Taconera.

ESTELLA, 20 DE OCTUBRE DE 1307

El cortejo real se ha puesto en marcha. Es costumbre que los reyes, después de ser coronados, inicien un periplo por el reino confirmando fueros, recibiendo el juramento de los vecinos y distintos estamentos. En este caso, además, a Louis le servirá para conocer las ciudades más destacadas y principales de su nuevo reino, entre las que se incluyen Estella, Olite, Tudela y Sangüesa. El humor de Louis es excelente esta mañana. Cada vez le gustan más los agasajos.

Le acompaña gran séquito en el que se incluyen sus hombres de confianza y varios nobles entre los que se encuentran Martín y Fortún. También viajan con ellos algunas mujeres, como Gracia.

Es mediodía cuando llegan a Estella. El propio rey ha insistido en conocer el castillo Mayor, la Atalaya y el castillo de Beaumarchais antes de instalarse. Quiere visitar el lugar desde el que dicen que se despeñó accidentalmente su tío, el infante Teobaldo, mientras lo cuidaba su aya. "¡Qué osado y extraño es a veces el destino!", piensa. La muerte de su tío dejó la corona en manos de su madre y, ahora que ella ha muerto, recae sobre él. Tras la corta visita, el séquito se dirige al palacio que construyó Sancho VI en la misma ciudad, muy cerca de las orillas del Ega.

El rey pide agua para refrescar su rostro. Desde sus aposentos se escuchan los murmullos de las gentes congregadas alrededor. Incluso puede oír su nombre pronunciado por decenas de personas con ese acento tan diferente que tienen los navarros.

–Me adoran –le confía a Guillem cuando este entra en sus aposentos.

–¿Está todo a vuestro gusto?

–De momento, no me puedo quejar. Pero, decidme, ¿qué os trae hasta mis aposentos? Si os conozco bien, diría que no habéis venido solo a ver si todo es de mi agrado.

–Lo cierto es que han llegado dos heraldos desde Tudela.

–¿Y qué quieren?

–Será mejor que los escuchéis vos mismo.

Louis sale acompañado del gobernador, quien lo guía hasta la sala que han

preparado para las audiencias. Los dos hombres que aguardan se inclinan ante él en cuanto lo ven entrar.

–*Monseigneur* –le dicen.

–¿Qué nuevas traéis?

–Hemos interceptado a tres templarios en Tudela, *monseigneur*. Dicen que vienen de Aragón, enviados por su maestre, al saber de las detenciones de sus hermanos en Navarra. El merino de Tudela nos envía para preguntaros qué debe hacer con ellos.

–Que los lleven a Tiebas y los encarcelen junto al resto de sus hermanos.

–De acuerdo, *monseigneur*. Llevaremos vuestra orden al merino.

–Hacedlo cuanto antes.

Cuando los dos heraldos se han marchado, Guillem se acerca a él.

–¿Creéis que es prudente encarcelarlos también a ellos?

–¿Por qué lo preguntáis? ¿Acaso no son templarios? ¿Acaso la orden que ha llegado de Francia los excluye de alguna manera?

–Solo digo que tengáis en cuenta que son templarios de Aragón y eso puede crear un conflicto… de intereses que no os conviene en estos momentos.

–Hay algo que no entiendo, Guillem. ¿Por qué esos templarios se pasean a sus anchas por mi reino? ¿Es que acaso quieren desafiar mi autoridad, sabiendo que he mandado encerrarlos a todos?

–No lo sé. ¿Pero no creéis que sería cosa necia venir a Navarra, conociendo que iban a ser detenidos?

–Hay otra cosa que no entiendo, Guillem. ¿Por qué esos templarios no han sido detenidos en Aragón? ¿Acaso allí no han obedecido la orden papal?

–Eso no lo puedo saber, *monseigneur*.

–Averiguadlo.

–Ahora mismo, *monseigneur*.

Fortún y Martín vigilan la entrada al palacio. Han visto llegar a los dos heraldos y esperan a que salgan para hablar con ellos. El alférez le ha pedido a su nieto que le deje ser él quien los interrogue –Briosos ejemplares –les dice Fortún, refiriéndose a los dos magníficos caballos que les aguardan–. Veo que Ponz de Eslava sigue teniendo unas cuadras excelentes.

–¿Cómo sabéis que son de él?

–Porque nadie más que él engalana a sus caballerías con este freno. ¿Qué os trae por aquí? –les dice invitándoles a vino y algo de comer, intuyendo que nada de eso se les ha dado en palacio.

–¿Os queréis creer que hemos interceptado a tres templarios que venían de Aragón?

–¿Y qué ha pasado? –inquiere Martín, con interés.

–Ponz de Eslava los tiene retenidos. Hemos venido a preguntar al rey qué habíamos de hacer con ellos.

–¿Y qué ha decidido?

–Muy pronto, esos tres templarios acompañarán a sus hermanos en las celdas de Tiebas.

–¡Maldito bastardo! –se le escapa a Martín.

–¿Decíais?

–Mi nieto pregunta hasta cuándo; hasta cuándo van a estar encerrados.

–Eso no lo sabemos.

Les devuelven el pellejo y con el último bocado de carne todavía sin terminar, se suben a sus monturas y se alejan de Estella. Cuando se quedan solos, Fortún se pone enfrente de su nieto y lo toma por los hombros.

–Debéis tener más cuidado o acabaréis compartiendo celda con vuestro mentor y eso no le va a ayudar.

–Lo sé. Lo siento.

–Estamos demasiado cerca del rey y ya habéis visto lo voluble que es. Ahora tenéis familia y, si eso no es suficiente para vos, pensad en el encargo de Gracia. Cualquier paso en falso la expone a ella a la ira del rey.

La mención a Gracia hace que su cuerpo se tense. No soporta la idea de que Louis pueda estar cerca de ella.

–Juradme que seréis prudente.

Martín se queda callado y el alférez le insta de nuevo al juramento.

–Os lo juro. Voy a dar un paseo por la orilla del Ega.

–Si eso hace que os tranquilicéis… Llevaos a Ximen con vos.

–Preferiría ir solo.

–Que os acompañe vuestro escudero –insiste.

Pero Martín se marcha sin compañía.

El Ega baja caudaloso por las últimas lluvias, lamiendo la ciudad con sus aguas crecidas. El murmullo del agua se escucha con claridad y Martín se deja llevar por él, recordando el día en que Juan Alfonso de Haro le enseñó a pescar en esas mismas aguas. Hace tiempo que no sabe nada de él ni de su tío y se pregunta en qué menesteres andarán los dos. El tintineo de sus espuelas de oro se mezcla con el crujir de las hojas caídas. Sus manos enguantadas se abren y se cierran sobre el pomo de su espada y la empuñadura de su daga. Se aleja por la orilla del río. Solo cuando el sol está rayando el horizonte decide regresar. Antes de entrar de nuevo en Estella, se detiene en un meandro; tal vez el mismo en el que pescó su primer pez.

–Parece que estamos destinados a encontrarnos en la orilla del río –escucha de pronto.

La voz le hace girarse deprisa. Al ver a Louis, echa su rodilla izquierda al suelo para saludarlo.

–*Monseigneur*.

–¿Qué hacéis aquí?

–Buscaba el sitio donde solía venir a pescar de pequeño.

–Yo también pescaba a las orillas del Sena, cuando mi madre vivía.

–¿Puedo preguntaros algo, sire?

Louis baja su cabeza a modo de asentimiento. Martín va a preguntarle al rey por los templarios pero, en el último momento, cambia de parecer.

–Respecto a los… respecto a vuestra estancia en el reino, ¿es así como os imaginabais Navarra?

–Sois hombres rudos en Navarra y, si queréis saber la verdad, no me fío de ninguno de vosotros. ¿Acaso sois vos un hombre en el que puedo confiar, Martín Ximénez de Aibar?

–La confianza hay que ganársela, *sire*. Eso solo vos lo podréis contestar.

–¿Habéis sido armado caballero hace poco?

–Hace ya siete años que fui armado caballero.

–¡Vaya! ¿Habéis oído eso, Guillem?

–Lo he oído.

–Ya veis cómo son los navarros.

–En realidad, *monseigneur*, fue un francés quien me armó caballero.

–¿Quién sería tan estúpido como para hacer algo así?

Martín permanece callado.

–¿Os habéis quedado mudo?

–Fue Eustache de Beaumarchais –dice alzando la mirada en busca de la fortaleza que mandó levantar el exgobernador de Navarra y que domina la ciudad del Ega.

–Levantaos.

Martín obedece. Es algo más alto que el rey. A su lado, Guillem Chaudenay lo mira con recelo.

–Vuestra esposa… –Martín aprieta sin querer los puños– borda muy bien. ¿Dónde aprendió? ¿Le enseñó su madre?

–Su madre murió al nacer ella, *monseigneur*. Supongo que sería su aya y nodriza quien le enseñó, aunque no lo sé con seguridad.

–Me gustaría conocer a esa mujer.

–Ella también murió –dice precipitadamente. Ni por un momento quiere contarle al rey la historia de María y su locura.

–Os dejamos que sigáis rememorando vuestros días infantiles –dice por fin el rey.

Martín baja la cabeza y espera a que los dos hombres se alejen un poco. En el fondo se arrepiente de no haberle preguntado al rey por los templarios.

OLITE, 1 de noviembre de 1307

Louis se ha levantado de mal humor a pesar de los grandes festejos preparados por los olitenses en su honor, a pesar del ambiente festivo que se respira por toda la localidad, a pesar del buen vino que degusta desde que llegaron y a pesar de que Guillem y Eudeline se esfuerzan por entretenerlo. Hoy nadie parece capaz de hacerle entrar en razón. Cuando se obstina en algo, es mejor dejarlo solo.

Chaudenay se ha encerrado en sus aposentos, tratando de atender unos asuntos concernientes al gobierno que Louis ha dejado en sus manos. Sabe cuándo es mejor alejarse del rey y hoy es uno de esos días. Está revisando unos papeles cuando alguien llama a su puerta.

–¿Quién es? –pregunta, malhumorado.

La puerta se abre y por ella entra un hombre al que no conoce.

–Un enviado del rey de Aragón pregunta por el rey.

–¿Y qué quiere?

–No me lo ha dicho, *messire*. Pide ser recibido por el rey.

–Está bien. Que espere. Voy a avisar a Louis.

"Lo que me faltaba", piensa esperando que los ánimos del rey hayan cambiado.

Chaudenay llama a la puerta de los aposentos reales.

–He dicho que no quiero ver hoy a nadie –escucha.

–¿Quién es? –pregunta la voz de Galcherus en francés.

–Soy Guillem –contesta también él en francés.

–Pasad. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Me tenéis que importunar con tonterías?

–Ha venido un enviado del rey Jaime II de Aragón. Quiere veros.

–Atendedlo vosotros. Los dos.

–Pero, *sire*…

–¡*Mordiable*! ¿Qué parte de mi orden no habéis entendido?

Guillem y Galcherus salen dispuestos a cumplir su cometido. Ninguno de los dos habla hasta llegar a la sala donde aguarda el heraldo. El recién llegado se identifica como Pedro de Mur y les dice que le ha enviado el rey Jaime II para tratar el tema de los templarios. Los dos franceses se presentan y le dicen

que el rey Louis les ha pedido que lo atiendan, porque él se encuentra en estos momentos ocupado. Pedro de Mur quiere saber por qué se ha detenido a los templarios navarros y por qué se retiene también a los tres hombres que fueron enviados por el maestre provincial y que están bajo la protección de la corona aragonesa.

Tanto el gobernador como el condestable se muestran afables con él, pero responden con evasivas y aprovechan para interrogar al enviado sobre la situación del Temple en Aragón.

–Comprended que mi rey está muy extrañado por esta curiosa situación. No entiende por qué se ha arrestado a los templarios en Navarra.

–¿Acaso no ha llegado la orden a Aragón? –pregunta el condestable perplejo.

–No. En Aragón no se ha recibido ninguna orden al respecto.

–Es sorprendente.

–No sé qué está ocurriendo, pero el rey Jaime está muy preocupado por la situación de sus súbditos. Me ha enviado para saber qué ha ocurrido y para exigir que, como súbditos suyos, sean liberados de inmediato.

–Los templarios han sido arrestados en toda Francia con su maestre Jacques de Molay a la cabeza.

–No sé lo que ha ocurrido en Francia, pero en Aragón no tenemos noticia oficial alguna sobre este asunto y comprenderéis que no entendemos lo que está pasando. El rey Jaime me ha enviado a mí, pero, si no encuentra respuestas y sus súbditos siguen encarcelados, está dispuesto a venir en persona para exigir su puesta en libertad.

–Transmitiremos vuestro mensaje al rey Louis.

–Aguardaré en Olite la respuesta. Vengo dispuesto a escuchar y negociar.

–De acuerdo. Os avisaremos en cuanto sea posible.

Pedro de Mur se marcha y los dos hombres se quedan hablando sobre el tema. Galcherus se muestra partidario de dejar las cosas tal y como están. Sin embargo, Guillem prefiere atar todos los cabos sueltos.

–Coincido con vos en que el rey de Aragón no puede inmiscuirse en los asuntos navarros, Galcherus. Y os apoyo en eso. Pero pensemos bien en la situación de los tres freyres aragoneses. Jaime puede considerar una injerencia navarra tenerlos retenidos aquí y ya habéis oído decir a Pedro de Mur que su señor estaría dispuesto a venir personalmente a pedir explicaciones y a ninguno de los dos nos conviene dejar la puerta abierta a un posible conflicto con nuestros vecinos.

Galcherus pasea y se lo piensa antes de volver a hablar.

–No creo que Jaime se atreva a tomar ninguna acción al respecto, pero tenéis razón, sería mejor convencer a Louis para que libere a los tres freyres dependientes de Aragón.

–¿Se lo diréis vos?

–He tenido que lidiar con él todo el día. Los asuntos de Navarra os conciernen a vos.

–De acuerdo, se lo diré yo, pero acompañadme.

Los dos hombres se dirigen a los aposentos del rey. Les cuesta que los escuche y después les cuesta hacerle entrar en razón.

–Está bien –impone al final–. Consentiré en que liberen a los tres rehenes aragoneses. Pero no se lo digáis todavía a ese tal Pedgro de *Mugr* o como se pronuncie. Hacedle esperar un par de días. Y que los templarios navarros se queden donde están.

Louis ha decidido ser él en persona quien dé la noticia a Pedro de Mur. Pero no ha querido convertir este acto en algo especial, así que ha convocado una audiencia abierta a un determinado número de personas. Como testigos, ha reunido a varios nobles navarros y a sus hombres de confianza.

–Pedro de Mur –anuncia el portero–, enviado del rey de Aragón, Jaime, el segundo de su nombre.

Al oír la interpelación, Fortún y Martín se miran. El joven frunce el ceño expectante.

–Acercaos –dice Louis.

El emisario obedece y hace una reverencia de cortesía al rey.

–Hemos escuchado vuestro ruego sobre los templarios –a Martín le tiembla todo el cuerpo–. Y hemos decidido poner en libertad –el corazón de Martín palpita con fuerza y su sonrisa se ensancha– a los tres templarios llegados de Aragón para que sea el rey Jaime, el segundo de su nombre, quien se haga cargo de ellos –toda la ilusión del joven aibarés se desploma de golpe–. Aquí os entrego la orden con la que podréis excarcelarlos. Id en paz y transmitid mis saludos y bendiciones a vuestro rey. Disponéis de dos días para abandonar Navarra. Si dentro de ese plazo seguís en mi reino, todos seréis hechos prisioneros.

Pedro, viendo que nada más va a conseguir, hace una reverencia.

–Partiré de inmediato a Tiebas y llevaré vuestro mensaje al rey de Aragón con vuestras bendiciones y saludos que él también os envía.

En cuanto ve partir a Pedro de Mur, Martín sale tras él, abandonando sin permiso la audiencia.

–Esperad –dice al aragonés cuando ya se está subiendo a su montura–. ¿Y qué pasará con los demás templarios? Quiero ayudarlos.

–No lo sé. Ya habéis oído a vuestro rey.

–¿Qué noticias hay en Aragón?

–Todo es muy confuso. Cuando los freyres enviaron a un hombre a Aragón para pedir ayuda, el maestre provincial trató de obtener noticias por otros

medios. En Aragón no hemos recibido ninguna orden de encarcelar a los templarios. Ahora estamos esperando más noticias de Francia y las directrices que lleguen del papa.

–Gracias por las noticias. Llevaos a los tres freyres y ponedlos a salvo. Y, si tenéis ocasión de hablar con los monjes navarros, decid a frey Pere que Martín sigue intentando liberarlos.

Pedro se despide y monta raudo, desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos de su vista. Martín desearía hacer más. Confía en el papa. Confía en que pronto llegue esa orden y todos los templarios de Navarra puedan regresar a sus encomiendas. Ansía el momento de tener delante a su antiguo mentor y poder fundirse en un abrazo con él.

TUDELA, 30 DE NOVIEMBRE DE 1307

Eudeline es muy bella. A veces ha sorprendido al rey buscándola con la mirada y Gracia se ha preguntado si entre ellos existirá algún tipo de relación. La sirvienta parece una persona muy segura de sí misma, a pesar de sus orígenes humildes. Es, también, amable, metódica y muy exigente. Gracia ha llegado a conocerla bastante bien, tras pasar muchas horas bordando a su lado. Ya hace casi dos meses que salieron de Pamplona. Sus quehaceres como bordadora real la tienen ocupada prácticamente todo el día. Apenas ve a sus hijos, que viajan con Ortissa y su ama de crianza. En cuanto a Martín, es como si se lo hubiera tragado la tierra hace ya muchas jornadas. Desde que supo del encarcelamiento de los templarios, anda ensimismado en sus propios asuntos.

El sol cae despacio sobre el horizonte y las calles se empiezan a cubrir de sombras. Melancólica, se traslada por los pasillos hasta la habitación habilitada como sala de costura. Lo primero que hace es preparar la chimenea y avivar el fuego. Después enciende las velas con rapidez, sin pensar, replicando un ejercicio que repite todas las noches desde hace más de cincuenta. Sobre la mesa descansa un magnífico vestido en tonos verdes, todavía incompleto. El tejido es rico y magnífico; digno de una reina. Eudeline es una hábil y entusiasta costurera. En cuanto a ella, está cansada de bordar. Le duelen los dedos, que se han llenado de callos. Se mira las manos, surcadas por pequeñas heridas practicadas con la aguja, por su falta de experiencia en labores de tan larga duración. Pasa su mano diestra sobre el bordado en el que se mezclan flores de lis y el carbunclo de Navarra y, también, después de consultarlo con Eudeline, las barras del escudo del duque de Bourgogne. En realidad, no está quedando mal, pero no se atreve a decir que el resultado pueda llegar a ser del agrado de Louis. ¿Acaso lo conoce? Cuanto más tiempo pasa en su corte, más desconocido se le hace. Sus costumbres, su acento. ¿Se lo parece a ella o está cambiando su actitud respecto a los habitantes de Navarra? Últimamente se muestra irascible, falto de paciencia. Ha visto a más de uno alejarse de él por temor a que su ira caiga sobre su persona. Pero hay veces en que el rey brilla de una manera especial. Cuando sonríe, todo él se ilumina y su boca se llena de

cumplidos. Su mal humor desaparece y se muestra tranquilo y apasionado con cuanto hace. Toma el vestido, decidida a centrarse en su cometido. En cualquier caso, la política del reino no es asunto suyo ni está en sus manos. Se sienta y toma la aguja. Eudeline no tardará en llegar y quiere que la encuentre trabajando. El rey no ha escatimado en gastos y les ha facilitado las mejores mercancías. Coge en sus manos el hilo de oro. Sí, hilo de oro, se tiene que decir cada vez que lo toma. ¿Alguna vez soñó con poder utilizar algo así? Se sienta. Antes de dar la primera puntada, mira a través de la ventana. Durante un instante contempla esa ciudad donde perdió la inocencia de su niñez. ¡Si la vieran ahora Cidiela y Bonastruga bordando para el rey! ¿Qué pensarían?

Su mente se llena de lejanas vivencias que quiere olvidar; los recuerdos de una niña enamoradiza que no sabía nada de la vida. Margelina… Abiroc… ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Qué habrá sido de Cidiela y los Falaquera? ¿La recordarán? No, claro que no. ¿Quién iba a acordarse de la niña cristiana que provocó un asalto a la judería y que estuvo a punto de morir en un incendio? Se lleva la mano a la cicatriz de su cabeza. A veces, todavía duele. Desde su llegada a Tudela ha pensado que tal vez pudiera ir a visitarlos. Pero siente que no tendría ningún sentido hacerlo.

Da la primera puntada siguiendo el trazado del dibujo que ha ideado. La flor de lis prácticamente sale sola. Ha bordado tantas que las podría hacer sin mirar. Mientras cose, se pregunta si el mismísimo Sancho el Fuerte estuvo alguna vez en esa habitación, si meditó allí su participación en la batalla de las Navas de Tolosa. Si, tal vez, Berenguela, la esposa de Ricardo Corazón de León, y su hermana Blanca, esposa del conde Teobaldo de Champaña, bordaron alguna vez en la misma silla en la que ella está sentada. Si el rey Teobaldo I estuvo allí en su primera visita a Navarra, si miró a través de esa misma ventana, buscando inspiración para sus trovas… La puerta se abre a sus espaldas.

–Hola, Eudeline –dice sin levantar la vista de su labor–. Tengo alguna idea que quiero comentarte para la parte alta del vestido. Creo que el escudo de Tudela quedaría bien colocado aquí, ¿ves?

–Soy poco imaginativo. Tendré que verlo bordado para daros mi opinión.

–¡*Mon-señer*! Me habéis asustado –dice poniéndose en pie, girándose con rapidez y haciendo una reverencia. Al levantarse, la labor cae al suelo–. Pensaba que era Eudeline. Ella todavía no ha venido.

–Lo sé –le dice el rey.

Los dos se agachan para tomar el vestido. Sus manos coinciden en el mismo lugar durante un instante.

–Yo lo recojo, *mon-señer* –le asegura tomándolo con delicadeza y apoyándolo en la mesa.

–Se dice *monseigneur* –le explica el rey.

–*Monseigneur* –repite ella.

–Crasia…

–Se dice Gracia, *monseigneur*.

–Olvidaos de eso. Seréis Crasia o Marie para mí. Podéis elegir.

–Sé muy bien que no dejaríais que yo eligiera por vos.

Louis se queda en silencio unos instantes, luego habla precipitadamente.

–Quiero ver el vestido.

–Aquí lo tenéis –le dice acercándoselo de nuevo.

–Quiero que os lo pongáis.

–No os entiendo.

–No sabré si a Marguerite le va a sentar bien si no os lo veo puesto a vos.

–Estoy segura de que la reina y yo no nos parecemos en absoluto.

–Ponéoslo y yo sacaré mis conclusiones.

–¿Y si no es de mi talla y se rompe?

–Tendréis que trabajar más deprisa.

Gracia toma el vestido y se aleja hacia uno de los rincones, donde hay un biombo. Se sitúa detrás de él, se desviste y se pone el vestido que están preparando para la reina de Navarra. Le encaja perfectamente. Sale y se coloca delante del rey. Sin articular palabra, Louis recorre los bordes del vestido con sus dedos y después los desliza por la espalda, deteniéndose en cada uno de los bordados. Gracia se separa un poco. El contacto de la mano del rey la turba.

–Contadme, ¿en qué os habéis inspirado para bordarlo?

–En los lugares en los que habéis estado, *monseigneur*. Así, podréis contar a Maraguerite todo vuestro periplo y vos recordaréis también vuestra primera visita a Navarra cada vez que ella se lo ponga.

Acerca de nuevo sus dedos a los bordados y cierra los ojos.

–Vuestros bordados componen una hermosa melodía. Todo encaja en su sitio. Puedo reconocer cada lugar que habéis plasmado aquí. Bordad para mí un río y así os recordaré también a vos.

Eleva la vista. Su mirada es tan intensa que Gracia retrocede hacia la pared. Él avanza y, de repente, la agarra de las manos y se las sube hasta sujetárselas a ambos lados de la cabeza, haciendo fuerza contra esa misma pared que ha frenado la escapatoria de Gracia. Louis la besa con firmeza, casi con brutalidad, mientras Gracia intenta desasirse de él.

–No quiero tomaros. Solo quería saber cómo besan las navarras.

–Sois cruel.

–Cuidado, Crasia. Lo tomé a broma la primera vez que me insultasteis, pero no pasaré por alto una segunda vez.

–Lo que habéis visto es solo la reacción de una navarra cuando su rey la besa por la fuerza, sin preguntarle. Si de verdad queréis saber cómo besa una navarra, yo os lo puedo enseñar.

Y, sin pensar en la reacción que pueda tener el rey, Gracia se acerca a él y lo besa agarrando fuertemente su nuca y metiendo la lengua sin pudor entre sus dientes, buscando la suya. El rey reacciona encontrando cierto placer en lo que acaba de hacer la bordadora. Su mano izquierda, ágil, busca subirle la falda del vestido mientras la derecha se acerca a su pecho. Gracia reacciona entonces colocando sus brazos entre ambos.

–Habéis dicho que no os interesaba acostaros conmigo y estoy segura de que decíais la verdad. Y tampoco creo que os interese dejar un bastardo en Navarra que pueda hacer sombra a las pretensiones de vuestros herederos.

–¡*Mordiable*! ¡Crasia!

El corazón de la joven palpita con tal fuerza que parece a punto de salírsele del pecho. Temblorosa, se precipita detrás del biombo y se cambia de ropa con rapidez. Cuando sale, Louis se ha acercado a la chimenea y se calienta las manos cerca del fuego. Se miran. Sin decir nada, la joven se sienta y sigue bordando. Aunque todavía tiembla, Gracia siente cierto placer en lo que ha hecho. Y no por Louis, sino por Martín. No podía haber encontrado mejor forma de vengarse de sus celos que besando al rey.

Poco después, la puerta se abre. Esta vez sí es Eudeline. Al ver allí a su rey, la sirvienta se acerca y, tras hacer una gran reverencia, le pregunta si todo está en orden. Gracia, que va entendiendo algo del francés, cree que Louis le dice que solo ha ido a ver el vestido y que la navarra ya se lo ha enseñado. Tras intercambiar alguna que otra frase en susurros, Louis se va de la habitación. Gracia se levanta cuando está a su altura y le hace un gesto de cortesía. Los dos se miran un instante fugaz. La habitación se queda en silencio. La joven trata de comportarse con naturalidad y le explica a la sirvienta su idea sobre el bordado. Las dos lo estudian con detenimiento y, después de algún cambio, llegan a un acuerdo de por dónde y cómo seguir. Unos instantes después, Eudeline le dice que se tiene que marchar y la deja sola en la habitación.

En un primer momento, tiene miedo de que el rey regrese y quiera continuar lo que se ha quedado a medias. Pero, tras ver cómo pasa el tiempo sin que nadie aparezca, comprende que lo que de verdad ha ocurrido es que Louis ha llamado a Eudeline a su cama. Suspira y borda. Borda y suspira mientras las velas se van consumiendo. Y, entre el fino humo que se desliza hacia el techo, pretende imaginar otras siluetas que a veces toman la forma de Martín y, en alguna ocasión, la de un demonio.

Martín regresa a sus aposentos después de un largo día. Los consejeros del rey y los ricohombres del reino tienen una visión muy diferente de su organización y sus fueros. Mientras el rey recorre las poblaciones más importantes entre aclamaciones y entusiasmo de las gentes, los nobles se están dando cuenta de que no se está cumpliendo lo que dictan esos mismos fueros que el rey está

jurando. Los cargos más importantes de Navarra deberían estar en manos de navarros, tal y como dictan las leyes y costumbres del reino. Sin embargo, los puestos de gobernador y reformadores han sido asignados a extranjeros. Y encima se rumorea que Louis quiere acabar con el sistema de merindades que creó su bisabuelo, Teobaldo I, instaurando senescalías siguiendo el modelo francés. Entre los nobles empieza a haber cierta inquietud por lo que pueda pasar. Cada día es más difícil acceder al rey, que solo se muestra en público para recibir las alabanzas y loas de su pueblo y para agradecer los regalos que le entregan para él y para su esposa. Mientras, en privado se rodea de sus gentes de Francia. Se había imaginado que la visita del rey sería de otra manera. Además, no puede sacarse de la cabeza la situación de los templarios. A menudo espía las puertas del castillo de Tudela y a los emisarios que salen y entran, esperando ver en uno de sus zurrones la orden que los ponga en libertad. Se acerca a la chimenea, situada no lejos de donde sus hijos duermen bajo la supervisión de Ortissa. Los mira. Se agacha y les acaricia.

–¿Y Gracia?

–Todavía no ha regresado, señor.

–Iré a buscarla –afirma justo cuando Gracia entra por la puerta.

–Se me ha hecho tarde. ¿Están bien los niños, Ortissa?

–Todo en orden, señora –le asegura.

–Puedes retirarte ya a descansar, Ortissa.

Cuando se quedan solos, Gracia se acerca a él.

–Creo que me voy a retirar a descansar –le dice–. ¿Venís conmigo?

–Debo atender unos asuntos.

–Dejadlos para mañana y venid conmigo. Vamos, Martín, soy vuestra esposa.

–Una esposa cuyo comportamiento…

–¿Todavía estáis dándole vueltas a ese asunto? –le pregunta enfadada–. Os bastaría con observar mi sangrado que ha regresado después de dejar de dar de mamar a Ruy, en vez de obligaros a pasar nueve meses de abstinencia –Gracia hace una pausa y se lleva la mano derecha a la frente–. ¡Oh!, necia de mí. ¿Cómo he sido tan estúpida? ¿Con quién estáis? ¿Quién es la mujer que os retiene apartado de mí?

–Estáis loca –le dice Martín marchándose.

Asomada a la minúscula ventana, busca un poco de aire. Está enfadada. De hecho, lleva varias jornadas furiosa. Sin embargo, hasta este momento ha dejado que su enojo se desvaneciera entre los hilos de oro, las flores de lis y las armas de Navarra. No se arrepiente de haber dejado que Louis la besara y de haberle besado ella después. En esos momentos le gustaría espetárselo a Martín a la cara, exagerando las muestras de cariño del rey.

Necesita salir del castillo de Tudela. Después de barajar varias posibilidades y de descartar visitar a Margelina, decide acercarse a Monteagudo. Busca a Ortissa y lo organizan todo para salir de inmediato. Le pide a Azeari que informe a Martín de su decisión y, a través de un sirviente, envía aviso a Eudeline de su ausencia.

Una vez fuera de Tudela, cierra los ojos y deja que el cierzo golpee su rostro. Por un instante, es como si volviera a la libertad de su infancia. Cuanto más se acerca a Monteagudo, mejor se siente. Abre los ojos enfocando la silueta de Narbona, la ama de crianza que buscó Ortissa. Se pregunta si será ella la que ha robado el corazón de su esposo. Descarta la idea. No quiere pensar en nada. Solo quiere disfrutar de unas horas tranquilas. Vuelve a cerrar los ojos, adormecida por el traqueteo del carro.

Un viejo aroma despierta sus sentidos, reconociendo un lugar familiar. Siente unas tremendas ganas de recorrer los lugares de su infancia, de volver a tropezarse con los vecinos, de visitar el castillo y su viejo pozo. Y, sobre todo, de volver a rezar sobre la tumba de su madre. Como si hubiera intuido su llegada, Juan sale de la casa. Parece alegrarse al ver el carro lleno de gente. Le tiende su mano y Gracia la toma para descender. El contacto se le hace extraño. Juan coge en sus brazos a los dos pequeños. Primero, a Ximenín que, aunque de manera torpe, ya anda por su cuenta. Después, a Ruy.

Juan le pregunta cómo se llaman. Tras escuchar sus nombres, los repite varias veces. Después de descansar un poco, deciden caminar por los alrededores. Abrigados, comen a resguardo del cierzo. El sol del mediodía calienta sus rostros. Juan le dice que se alegra de que haya venido a visitarlo. Ella le sonríe sin saber qué decir, porque se siente extraña ante ese padre que la amenazó hace tiempo con encerrarla en un convento si tenía quejas de su esposo.

Están sentados alrededor de varias cestas con viandas. Ximenín la agarra por detrás y estira de sus cabellos. Se vuelve, coge en volandas a su hijo y le hace cosquillas. La risa del niño le hace sonreír también a ella. Su hijo es delgado, de pocas carnes y un poco torpe. En cambio, Ruy casi abulta tanto como su hermano, a pesar de la diferencia de edad. Son tan distintos…

El pequeño mete una castaña en la boca de su madre. El abuelo las acaba de asar en la hoguera que ha encendido. Cuando se alborota y está contento, Ximenín gorjea como si se hubiera inventado un idioma. Su hermano, cuando lo oye, también hace ruiditos. ¿Se entenderán así o se estarán riñendo? Se tumba y coge a sus dos hijos, colocándoselos encima. Se oyen risas. "Juradme. Juradme los dos que os defenderéis y no traeréis el agravio sobre nuestra familia", desea.

–Gggrruuuy –dice Ximenín mientras golpea la espalda de su hermano en lo que pretende ser seguramente una caricia.

Cuando se cansa, deja a su madre y busca el contacto de Ortissa, primero, y de Narbona, después. Luego mira a su abuelo; ese desconocido que le hace gestos con sus manos para que acuda a su lado. El pequeño lo mira con recelo hasta que Juan lo soborna con un trozo de manzana. Ximenín adora las manzanas. Aunque más que comérselas, lo que hace es juguetear con ellas, raspando con sus pocos dientes para sacarles todo el sabor que puede. Luego escupe la pulpa.

Regresan despacio. Empieza a hacer frío y tienen que ponerse en camino hacia Tudela. Gracia le dice a su padre que antes de irse quiere visitar la tumba de su madre. Se lleva con ella a Ximenín y se acerca a la iglesia de la Virgen del Camino. Al llegar, se arrodilla. Mira a su hijo, en el que quiere verse ella misma junto a la madre que nunca conoció.

–Aquí está tu abuela. Madre, os presento a vuestro nieto. Es un Aibar y también tiene un poquito de Almoravid. Espero que me perdonéis por haberme vendido al enemigo. Después de rezar, se levanta y toma a su hijo en brazos. En el exterior hace frío. Se coloca la capucha, pero su hijo se la retira entre risas. En el camino, a poca distancia, un caballero aguarda montado en su caballo. Los dos se miran. Ella le sonríe con cierta prudencia. El caballero desmonta.

–Ve con tu padre –le dice a Ximenín, dejándolo en el suelo.

El niño corre, tropieza, se cae, se levanta y vuelve a correr. Gracia puede escuchar su risa entre el sonido del tintineo de las espuelas de su padre.

–Me alegra que hayáis venido –le dice ella.

Martín, con su hijo en brazos, se acerca a su esposa. Ximenín, en cuanto ve a su madre, quiere cambiar de brazos. Ella lo coge y lo protege del viento envolviéndolo en su propia capa. Siente los ojos de su esposo sobre su persona. No ve en ellos recriminación o malestar, pero tampoco sabe interpretar lo que esconden. Le gustaría entender su mirada silenciosa, pero se conforma con caminar a su lado. Los dos se miran de soslayo. A veces, él. A veces, ella.

Cuando llegan a casa de su padre, todo está preparado para partir. Ximen, con su talante abierto y divertido, ha conseguido que todos rían tras contarles las anécdotas de la corte. Gracia se despide de su padre. Es un adiós sencillo, rápido. Martín la ayuda a subir en el carro y se aleja unos instantes para hablar con Juan. Gracia se pregunta si le estará transmitiendo sus dudas respecto a ella, si le estará contando su encuentro con el rey a la orilla del río y estarán planeando llevarla a un convento. Cierra los ojos. La visita a Monteagudo, el reencuentro con su padre y el recuerdo de su madre han hecho que su ánimo se vuelva taciturno. Tras comprobar que todos están subidos al carro, Martín monta y coloca su caballo a la altura de su esposa. Cuando él da la orden de partir, todos se ponen en marcha. Ximen protege el otro flanco del carro. Gracia gira su cabeza hacia atrás, fijando sus ojos en la figura de su padre. Juan

levanta su mano. Ella le responde con un corto saludo, antes de perderlo definitivamente de vista. Mira a su esposo. Él también la mira. Sus miradas se esquivan y se buscan; se buscan y se esquivan.

Cuando llegan a Tudela, la tarde comienza a romperse, trazando sobre la ciudad un cielo oscuro de nubarrones. El viento rola y trae humedad. Las primeras gotas les pillan atravesando la puerta Ferreña. En cuanto llegan, Martín coge a los niños en brazos. Ximen ayuda a Gracia a apearse del carro. A la mente de la joven acude un recuerdo fugaz, de otra lluvia. De la lluvia cayendo sobre Aibar mientras su entonces futuro cuñado la escoltaba hasta la casa familiar. Entra en el castillo. Mientras Ortissa y Narbona se hacen cargo de sus hijos, ella se desviste y cuelga el vestido mojado cerca de la chimenea. Se sienta con las piernas cruzadas frente al fuego y lo mira. Se deja hechizar por la danza frenética de las llamas. No gira su cabeza cuando escucha que la puerta se abre, pero siente la presencia de Martín en la habitación.

–Os he traído algo caliente –le dice, poniendo en su mano un cuenco y sentándose a su lado.

–Gracias –contesta ella, tomando entre sus manos el recipiente.

El calor que transmite es realmente agradable. Bebe despacio, deleitándose mientras su cuerpo se entona. Sorbe con lentitud. Se mantiene callada. No quiere perturbar su propia paz; ni provocar a su esposo. Necesita calma y tranquilidad, porque es como si hoy su corazón se hubiera empeñado en interpretar una melodía triste.

Martín observa cómo las llamas se reflejan en los iris de su esposa. Ella tiene la mirada perdida. Le gustaría decir algo, pero no encuentra las palabras adecuadas para iniciar una conversación. ¡Cuánto desearía que fuera Gracia quien tomara la iniciativa! Pero parece abstraída. Ve cómo mueve sus brazos para acercarse el cuenco a los labios. Se toma su tiempo. Lo hace despacio, en un movimiento ralentizado que él contempla ensimismado. Por un momento, desea que regrese esa Gracia belicosa y rebelde en continua sublevación, que le provoca y le excita. Sin embargo, hoy parece aletargada.

Toma los cuencos ya vacíos, se levanta y los deposita sobre la mesa. Luego regresa junto a su esposa y se sienta detrás de ella. Nota cierta rigidez en su espalda cuando la rodea por detrás con sus brazos y la atrae hacia sí. Ella cede y reposa su cuerpo sobre su pecho. Martín acerca su cabeza a la suya. Al hacerlo nota un olor agradable que se desprende de sus cabellos.

–A mi padre le ha gustado ver a sus nietos.

–Lo sé. Me lo ha dicho. Me ha agradecido la visita.

–Le he mentido a Eudeline. Le he dicho que me tenía que ir porque me habían avisado de que mi padre estaba enfermo –Gracia hace una pausa antes de continuar–. ¿Creéis que Eudeline es la amante del rey?

Martín suelta una estruendosa carcajada.

–¿De dónde sacáis eso?

–Creo que son amantes.

–Creo que tenéis demasiada imaginación.

–He visto cómo se miran. Cuando están juntos en la misma habitación, es como si hubiera una corriente que los uniera. Me pregunto si…

–Os preguntáis si…

–Da igual. No es de mi incumbencia.

Martín besa el cuello de su esposa y siente su turbación a modo de leve temblor. Se nota que no está relajada.

–Os traeré algo de comer –le oye decir–. Debéis de estar hambriento.

–No. No hace falta que os molestéis –le asegura, interrumpiendo el movimiento que ella ha iniciado para levantarse.

Se quedan en silencio. Quietos. Su mano titubea un instante al apartar el cabello de su nuca. Ella continúa rígida, como en vigilancia. Desde lejos se escuchan voces llamando a Martín, circunstancia que ella aprovecha para levantarse y separarse de él. Poco después entra Ximen.

–Fortún os busca –le avisa.

El joven mira a su esposa antes de irse. Pero ella no lo mira. Se ha quedado de espaldas a él, de manera que no puede ver su rostro.

–¿Martín?

–Voy –dice con fastidio, pero a la vez aliviado. Si su hermano llega a tardar un poco más, habría roto su propia promesa de no tocar a su esposa hasta saber si espera un hijo del rey.

PAMPLONA, 13 DE DICIEMBRE DE 1307

Gracia mira por última vez el vestido en tonos verdes. Por un instante quiere imaginarse a la reina Marguerite con él. Recrea en su mente el momento en que la reina tenga ante ella el obsequio. Incluso puede ver sus ojos muy abiertos y su ancha sonrisa. Cuando Eudeline entra, la encuentra con el vestido en la mano.

–Buenos días, Gracia. El rey os da permiso para marcharos a vuestro hogar. Ayer vio el vestido terminado y se da por satisfecho. Se ha alegrado de ver el río concluido.

La joven deja el vestido sobre la mesa.

–Me ha gustado trabajar contigo.

–Y a mí, con vos.

Gracia se gira. Le cuesta caminar hacia la puerta. La abre. Su pecho se llena con un suspiro corto. Vuelve su cabeza una última vez. Mira el vestido y después a la sirvienta. Cierra la puerta. Se detiene y se apoya en ella. Se le hace raro haberse liberado de su tarea. Se había acostumbrado a ciertas rutinas. Aunque, en parte, también tiene ganas de retornar a Irulegui y retomar su vida habitual. Añora a las mujeres del valle, las reuniones con las vecinas, los paseos por la orilla del río Sadar… y tiene ganas de ver terminadas las obras en las dos capillas… Se separa de la puerta, dispuesta a recogerlo todo y emprender el camino de vuelta a casa. Ortissa, Azeari, Narbona y los niños la esperan en la casa de San Cernin. Cuando llega, también están allí los hombres.

–Eudeline me ha dicho que el rey me libera de mis tareas y se da por satisfecho con el bordado.

–¿Os ha pagado? –le pregunta Martín.

–¿Pagado?

–Pregunto si el rey os ha pagado por vuestros servicios como bordadora.

Ella se le queda mirando unos instantes sintiendo una extraña turbación. Por un momento le ha dado la impresión de que la pregunta llevaba segundas intenciones. Martín incluso parecía insinuar si el pago había sido en especie.

–Eudeline nunca me dijo que el rey me pagaría por la confección del vestido.

–¿Lo veis? Además de un hombre sin honor es mezquino y tacaño.

La efusiva respuesta de Martín hace reír a Fortún e Iñíguez.

–Dejadlo estar –le aconseja el alférez–. Mañana, Louis será agua pasada.

–Agua que va a dejar remolinos.

–¿Por qué no preparamos todo y volvemos a Irulegui hoy? –sugiera ella.

Gracia nota cómo los hombres intercambian miradas.

–¿Qué ocurre? –pregunta.

–Mañana tenemos unos asuntos que resolver en Estella. Pero pasado mañana tendréis a vuestro esposo en Irulegui –le asegura Fortún.

–De acuerdo. Entonces, si os parece bien, nosotros nos pondremos en marcha en cuanto tengamos todo listo.

–¿No queréis esperar para ver mañana la marcha del rey? Será todo un acontecimiento –le pregunta Martín. Gracia cree encontrar en el tono de su esposo cierta ironía.

–Llevamos ya mucho tiempo fuera de casa. Me apetece regresar cuanto antes –se sorprende a sí misma. ¡Quién le iba a decir que tendría ganas de volver a Irulegui!

Louis está de muy buen humor. Sabe que es su último día en Pamplona y que Guillem está preparando algo especial para homenajearlo. Mientras aguarda impaciente en sus aposentos a que le hagan saber en qué va a consistir la programación, se imagina la bienvenida que le prepararán en la corte parisina. A partir de ahora, todos lo tratarán como el rey que es. Solo pensar en la envidia que les dará a sus hermanos, le produce una inmensa satisfacción. Eudeline llega dispuesta a ayudarle a vestirse.

–Te veo muy hermosa hoy –le dice, agarrándola por la cintura.

Ella toma sus manos y las lleva hacia su tripa.

–Hay una razón para ello, *monseigneur*.

–¿Sí?

–Una razón que… –Eudeline se gira y se queda mirando al rey–. Si os dijera que hay una criatura, carne de vuestra carne, creciendo en mis entrañas, ¿qué diríais?

Louis se aproxima a ella hasta sentir todas las curvas de su cuerpo.

–¿Es eso posible?

Eudeline se calla y mira a su señor con intención provocativa. El rey la coge en brazos y la lleva a la cama. La desnuda despacio y la observa antes de acostarse a su lado. Recorre su cuerpo con las manos y, cuando llega a su vientre, desliza por él sus labios muy despacio.

–Soy el hombre más feliz del mundo.

La velada ha sido más agradable de lo que se imaginaba. Chaudenay ha preparado una exhibición de un juego de pelota que se practica en Francia. A Martín le ha parecido divertido. Y tiene que reconocer que no hay nadie que juegue como el rey, quien ha dejado muy claro que no le gusta perder. Después de la exhibición, han compartido un pequeño refrigerio y ahora se encuentran en el refectorio de la catedral, donde se ha habilitado el espacio para la despedida oficial del rey, quien regresa mañana mismo hacia Francia.

Ahora, aguardan el discurso de despedida. Después, todo habrá acabado y quién sabe cuándo regresará Louis a su reino. Martín escucha con atención la voz del rey cuando anuncia los últimos nombramientos. Deja a Chaudenay y de Visac como gobernadores, algo que entraba dentro de toda lógica. Luego ordena a sus oficiales que respeten los fueros, costumbres y franquezas de todos los musulmanes del reino. Eso también entraba dentro de lo previsto. Pero lo que le sorprende de verdad son las designaciones de los reformadores. Pierre de Condet, Esteban Borret, Pedro de Santa Cruz, Raoul Rosselet y García Arnal, señor de Nailles y Salt, va diciendo. Ninguno de entre la vieja nobleza del reino. Casi todos, extraños a Navarra. Las elecciones provocan un murmullo entre los oyentes. El discurso del rey tiene que interrumpirse. Desde su sitio, Martín tiene la sensación de que a Louis no le importa; más bien se crece ante los abucheos. Terminado el acto, todos los asistentes se colocan en fila para despedirse personalmente del rey. Cuando es llamado, Martín hinca su rodilla derecha en el suelo y aguarda a que el rey tome la iniciativa.

–Martín Ximénez de Aibar, ¿no es así?

–Tenéis buena memoria, *monseigneur*.

–No os han gustado mis nombramientos.

–No es eso, *monseigneur*, pero esperaba menos gente extraña al reino.

–¿Vos?, por ejemplo.

–No, *monseigneur*.

Louis hace una mueca que Martín no sabe interpretar.

–Vuestra esposa… Crasia… ha hecho un buen trabajo.

–Me alegro de que haya sido de vuestro agrado.

–Por cierto, no la veo.

–Se ha marchado ya a Irulegui, uno de nuestros hijos estaba enfermo.

–Y vos, ¿la seguiréis ahora?

–Antes tengo que atender unos asuntos en Estella.

–Acercaos, Martín.

El joven obedece y se aproxima hasta donde Louis le señala con el dedo.

–Por cierto, vuestra esposa besa muy bien –le susurra al oído.

–¿Qué? –pregunta perplejo.

Pero ya no le da tiempo a nada más. Sustituida su presencia por otro caballero, Martín se aleja sin despegar la vista de la del rey, que parece

disfrutar con el efecto que ha provocado su revelación.

Airado, sale en busca de los suyos. En el camino, escucha unos sollozos que llegan desde el claustro. Se acerca con pasos sigilosos hasta que ve cómo un hombre con hábitos sacerdotales acorrala a una sirvienta contra la pared.

–¡Dejadla! –grita, acercándose–. ¿No me habéis escuchado?

Le pone la mano en el hombro para llamar su atención.

–Marchaos. Este asunto no es de vuestra incumbencia.

–Os apremio a que la soltéis o no me quedará más remedio que usar la fuerza –repite.

Cuando el hombre se gira, molesto, Martín no puede reprimir un grito de sorpresa.

–¡Vos! –escucha decir. La risa torpe de Juan de Dios revuelve sus tripas–. ¡Vaya! De entre todos los caballeros del reino, tenía que ser Martín Ximénez de Aibar quien deambulara por el claustro.

–¿Por qué no me sorprende verte en estos menesteres? Te has convertido en un ser abominable.

–Mucho cuidado con lo que hacéis o decís.

–¿Estás completamente ido? ¿Sabes quién es ella?

–Una simple sirvienta, una criatura maligna, creada por el demonio, que hay que castigar y doblegar, una tentadora de hombres.

–Esta simple sirvienta, como tú la llamas, es la sirvienta del rey.

–¿Creéis que eso me va a disuadir? Es una mujer tan repugnante como todas las de su clase.

–Suéltala.

–La estrangularé si no os marcháis.

–Te destriparé si no la sueltas.

–¡Oh, sí! Usad vuestra espada. Matad al acólito del prior y aguardad a que la ira de Dios caiga sobre vos por asesinar a un miembro del clero a quien, como caballero, habéis jurado defender.

Martín no espera más y agarra a Juan de Dios por detrás. Este acto pilla desprevenido al acólito, que suelta por un momento a la mujer. Martín aprovecha para interponerse entre ambos.

–¡Vete! –le grita a la sirvienta–. ¡Corre!

Ella huye lo más rápido posible. Sin embargo, al llegar a la primera esquina, se queda allí, aguardando acontecimientos.

Liberar a Eudeline le ha supuesto descuidar su guardia y recibir un fuerte golpe en la zona lumbar.

–¿Con espada, Martín? –le interroga Juan de Dios al ver el movimiento de su mano hacia la empuñadura de su arma.

–Solo te pido que te vayas y olvidaré este asunto.

–¿Qué asunto? –le pregunta caminando directamente hacia la punta de la

espada. Os aseguro que mañana mismo estaréis encerrado por atentar contra la vida del acólito del prior.

Juan de Dios se lanza contra él como si quisiera atravesar él mismo la espada. El joven, al ver su maniobra, retira el arma, lo deja pasar y con el pomo le golpea en la cabeza. Juan de Dios pierde el sentido. Martín se agacha y comprueba que respira. Lo coge de los hombros y lo arrastra hasta el rincón donde hace unos instantes trataba de forzar a Eudeline. Allí lo coloca en posición sentada y se aleja.

–¡Maldito hijo del diablo!

Al doblar la esquina, Eudeline se echa sobre él, arrodillándose.

–¡*Merci*! ¡*Merci*! –le declara.

Martín le hace levantar y le pregunta si está bien. Ella asiente varias veces y se agarra a él, abrazándolo.

–¡*Merci*! ¡*Merci*! –le repite mientras Martín puede sentir todavía el temblor de todo su cuerpo.

–Todo ha pasado –le dice–. Todo está bien ahora.

Falta poco para su marcha. Todo está preparado y los primeros mulos con los enseres menos importantes han iniciado ya el regreso. Hace un frío intenso. Louis charla por última vez con el prior de la catedral, quien le ha enseñado alguno de los tesoros que se conservan allí, entre los que se encuentra la Santa Espina regalada por su antepasado, san Luis de Francia, a su yerno, Teobaldo II. Tras recibir su bendición, el rey se dirige a sus aposentos para recoger su capa. Tiene muchas ganas de ver a Eudeline, de encontrarse con su mirada. Ya sueña con ese hijo que crece en sus entrañas. Eso compensa un poco la separación de Marguerite y los desdenes de su padre. En el claustro, le parece escuchar unas voces. Se acerca para observar. No puede dar crédito a lo que ve. ¿Es esa Eudeline? ¿En brazos de otro hombre? ¿En brazos de Martín Ximénez de Aibar? Su rostro se congestiona y su mandíbula tiembla mientras su cuerpo pide venganza.

–¡*Mordiable*!

Los mataría a los dos allí mismo, pero prefiere rumiar su venganza. Con los puños fuertemente apretados, se aleja hacia sus aposentos. Allí le aguarda Guillem.

–Quería despedirme de vos… ¿*Monseigneur*? –pregunta al ver entrar al rey como si fuera un animal acorralado.

–Guillem.

–¿Sí, *monseigneur*?

–Enviad hombres armados a Estella. Mañana, a primera hora, quiero que apreséis a Martín Ximenez de Aibar, al alférez y a cuantos estén con él. Y preparad también el arresto de Martín Pérez de Janáriz, de Remiro de

Beortegui y de algunos ricoshombres más de los que os daré cuenta. Quiero que, en cadenas, los llevéis a mi presencia. Os esperaré en San Juan de Pie de Puerto.

–*Monseigneur*, ¿puedo…?

–No, no podéis. Ahora, id a ejecutar mi orden.

–Por supuesto, *sire*. Nos veremos mañana mismo en San Juan de Pie de Puerto.

Cuando Guillem lo deja solo, Louis camina por la habitación de un lado a otro. De reojo mira hacia la puerta por donde en unos instantes debería aparecer Eudeline. Cuando se abre por fin, Louis salta sobre ella y la empuja dentro.

–¡*Ribaude*[35]! –la insulta, golpeándola en el rostro.

Eudeline cae de rodillas. Sin entender lo que está pasando, la sirvienta trata de pedir explicaciones, pero una patada a la altura de su pecho la deja sin respiración. Jadea y se encoge en el suelo, sabiendo que será imposible escapar a la ira del rey, que repite *ribaude* una y otra vez. Por el rostro de Eudeline no caen lágrimas sino penas. Encogida, con las manos sobre su vientre, trata de proteger lo que más quiere en ese momento. Por fin, el rey se cansa y deja de lanzar golpes. La mujer no se mueve. Tiene los ojos cerrados. Louis repite otra vez la palabra maldita, *ribaude*. Después, se va fuera de sí.

---

35 *Ribaude*: puta.

PAMPLONA, 14 DE DICIEMBRE DE 1307

Una gran caravana de animales de carga y soldados está preparada para partir de Pamplona. Louis escucha cómo sus hombres dan las últimas indicaciones a los arrieros. Ha pasado mala noche y esta mañana, todavía entre sueños, anhelaba ver a Eudeline. Hasta que a su consciencia ha llegado el episodio de ayer. Entonces, la ira ha vuelto a apoderarse de él. Sobre la cama, esperando, se encuentra su gruesa capa, que conserva caliente gracias a las piedras que ha mantenido cerca del fuego durante las últimas horas. Impaciente, camina hacia la chimenea y se coloca al calor de las llamas. Alguien golpea la puerta con suavidad.

–Adelante.

–*Monseigneur*, la han encontrado –le dice de Visac.

–¿Dónde?

–En el río.

–¿Muerta?

El gobernador no contesta.

–¿Muerta? –repite el rey.

–No, pero como si lo estuviera.

–Traedla aquí.

–*Monseigneur*…

–He dicho que la traigáis.

Poco después, un hombre que no conoce llega con Eudeline en brazos. Está pálida. Sus labios morados nada bueno barruntan.

–Déjala sobre la cama y vete.

Espera a que el sirviente se haya marchado.

–Ayudadme –le pide al gobernador.

–¿Qué vais a hacer? –le pregunta sorprendido.

–Voy a quitarle estos vestidos mojados.

A de Visac le parece extraña su petición, pero, por su gesto, el rey intuye que no se atreve a decir nada al respecto. Una vez desnuda, el rey tapa a

Eudeline con su capa caliente. Tampoco esta vez el gobernador se atreve a decir nada.

–¿Qué ha ocurrido?

–No lo sabemos, *monseigneur*. Dos guardias la encontraron tendida a la orilla del río. Dicen que no la han forzado, pero tiene numerosos golpes. He mandado abrir una instrucción…

–Olvidaos de la instrucción. Nos vamos de inmediato y no quiero que la gente ande especulando sobre lo que ha ocurrido mientras yo estoy en Francia. Que nadie hable del asunto. Me encargaré personalmente. Haced que preparen una litera.

–¿Para ella?

–Sí.

–¿No sería mejor que la dejarais aquí al cargo de algún monasterio?

–He dicho que se prepare una litera.

–Lo que ordenéis –acepta retirándose.

Mientras aguarda, Louis mismo viste a la sirvienta. Cierra los ojos, horrorizado por todo lo que ha pasado. "¿Por qué, Eudeline? ¿Por qué me has hecho esto? ¿Y por qué has tenido que elegir a Martín Ximénez de Aibar? Tal vez no debí decirle que había besado a su esposa".

–Todo está listo tal y como habéis pedido –le anuncia un sirviente al servicio del gobernador.

–Entonces, marchémonos de Navarra.

ESTELLA, 14 DE DICIEMBRE DE 1307

Un estruendo en la puerta saca a Martín de su sueño. Hay ruidos de gente en la casa. Se escuchan pasos precipitados. Su corazón comienza a latir con ritmo frenético mucho antes de que su cuerpo reaccione. Da un codazo a su hermano, que duerme a su lado.

–¿Qué pasa? –pregunta somnoliento.

Martín no contesta. Su cuerpo es apenas una sombra que se mueve entre la leve luz que penetra por la ventana. Con su mano izquierda agarra a Ximen y le hace colocarse detrás de él mientras su mano diestra ase la espada. Se dirige hacia la puerta. La abre despacio, dejando solo un resquicio para mirar. Varias sombras se mueven por la planta baja. "¿Qué demonios está ocurriendo?", se pregunta al escuchar cuchicheos en francés.

–¿Qué pasa, Martín?

–Cálzate –le pide, poniéndose él mismo las botas–. Despierta al alférez y a Iñíguez. Voy a salir.

Martín asoma la cabeza. Son al menos seis los hombres que han entrado en la casa. Sin pensárselo mucho, se lanza sobre ellos, sajando y cortando a destajo. La sorpresa inicial más el apoyo casi seguido de Fortún e Iñíguez hace que los asaltantes retrocedan. Cuando estos se rehacen, la pelea se iguala. Martín se revuelve en el poco espacio que queda, tratando de liberarse de los dos hombres que le atacan. Detiene el tajo de uno de sus rivales y contraataca metiendo la punta. El hombre retrocede un poco, propiciando que el joven aibarés le pueda golpear con su pierna en la rodilla. Su rival cae, momento que aprovecha Martín para darle con el pomo de su espada en la cabeza. Ximen, a su lado, trata de defenderse como puede.

–Ve a la habitación y abre la ventana para que podamos escapar por allí.

El muchacho obedece, pero poco después vuelve al lado de su hermano. Su rostro, del que brota sangre de una pequeña herida en la mejilla, está pálido y congestionado.

–¿Qué te ha ocurrido?

–La casa está rodeada. Están lanzando proyectiles sobre nosotros. Por lo que he podido ver, preparan flechas incendiarias.

–¡Fortún! –se escucha el grito de Iñíguez.

–Lo he oído –corrobora este.

Los hombres que estaban peleando con ellos huyen poco después.

–¿Estáis todos bien? –pregunta el alférez.

Asienten mientras se preguntan qué está ocurriendo. En ese momento, desde el exterior les llega una voz potente.

–En nombre del rey Louis, primero de su nombre, os conmino a deponer las armas y rendiros. Martín Xímenez de Aibar, Fortún Almoravid, Juan Iñíguez. Se os acusa de desobediencia al rey. Bajad vuestras armas y salid de la vivienda.

–¿Podremos resistir aquí? –pregunta Ximen algo tembloroso.

Martín, tras examinar todos los puntos de la casa, se coloca delante de su hermano y lo agarra por los hombros.

–Ximen, escúchame bien. ¿Ves ese hueco encima de nosotros? –el joven alza la mirada. El contacto de las manos de su hermano le transmite tranquilidad. Te voy a aupar para que pases por él. Escóndete en ese hueco y huye en cuanto puedas.

–No –le dice–. Estoy con vosotros.

–Escúchame bien, Ximen. Te ordeno que subas ahí de inmediato. Y, si las cosas se ponen mal, huye. No mires atrás. No nos esperes. Corre a ponerte a salvo.

–Pero…

–Obedece a tu señor, escudero –le dice Fortún.

Ximen mira a los tres hombres. En su gesto se ve lo profundo de su frustración. Su hermano le ofrece las manos para que pueda apoyar el pie. De un impulso, lo lanza hacia el techo, que no es demasiado alto. El muchacho se agarra a uno de los travesaños que sujetan el tejado y se introduce por el hueco. Una vez a salvo, los tres hombres hacen un pequeño cónclave.

–¿Por qué esa acusación ahora? El rey ya debe de estar de regreso a Francia –pregunta Iñíguez.

Fortún se acerca con cautela a varias ventanas. Los dos hombres esperan su veredicto.

–Es extraña ciertamente esa acusación, pero el gobernador Chaudenay en persona está afuera y vienen en serio. Por lo que veo, hay más de treinta hombres.

Martín siente un nudo en la garganta. La voz de Chaudenay vuelve a sonar fuerte. Los dedos de su mano diestra se mueven sobre la empuñadura de su espada.

–Si no salís de inmediato, prenderemos fuego a la casa.

Martín mira hacia arriba y se encuentra con la mirada de su hermano.

–Deberíamos salir –decide Fortún.

Martín sabe que no tienen otra opción, si quieren poner a salvo, al menos, a su hermano. Los tres se mueven hacia la salida.

–No –escuchan la voz de Ximen.

Martín y él se miran una última vez.

–Si nos prenden, no intentes ninguna locura. Júramelo.

–Lo juro, hermano. Pero también os juro que, si eso ocurre, no descansaré hasta veros en libertad.

–¡Vamos a salir! –grita Fortún, a la vez que abre la puerta y la atraviesa. Los otros dos hombres lo siguen.

–¿De qué se nos acusa?

–De desacato a la autoridad del rey, rebeldía, desobediencia y sublevación.

–¿Cuándo ha sucedido eso?

–Yo solo tengo órdenes de llevaros ante el rey. Soltad las armas y nadie saldrá herido.

"Tarde", piensa Martín, acordándose de los hombres que han herido en la trifulca de hace unos instantes. Fortún se agacha y deposita su arma en el suelo. Los otros dos lo imitan. Inmediatamente, varios hombres se aproximan a ellos y los maniatan. Martín se obliga a controlar el temblor que acude a sus manos. Mira a su espada. No se atreve a girarse por miedo a delatar la presencia de su hermano. Espera que nadie registre la casa.

–En marcha –ordena el gobernador.

–¿Adónde nos lleváis? –pregunta Martín.

Guillem se acerca a él, encarándolo.

–Marchamos a San Juan de Pie de Puerto, donde responderéis ante el rey mismo, y, por lo que sé, creo que acabaréis en la prisión de Toulouse, de la que nadie sale si no es con los pies por delante.

Martín aguanta la mirada fiera de Chaudenay. Fortún da un paso adelante y se coloca al lado de su nieto.

–No nos demoremos más –grita el gobernador con autoridad.

Abuelo y nieto intercambian una mirada. Y en esa mirada se contiene un único nombre: García Almoravid, hermanastro de Fortún, tioabuelo de Martín, señor de la Cuenca y de la Montaña, rebelde, banido, derrotado en la Guerra de la Navarrería de 1276 y muerto en la prisión de Toulouse algunos años después. El cuerpo de Martín se estremece en un rígido escalofrío.

IRULEGUI, 14 DE DICIEMBRE DE 1307

Gracia respira hondo. El aire frío abrasa su garganta antes de depositarse en los pulmones. Lleva de la mano izquierda a Ximenín y con la derecha sujeta una cesta donde ha depositado setas y hierbas. Mientras camina, su cabeza da vueltas a todos los proyectos que tiene en mente. El pequeño tropieza con una raíz. Lejos de llorar, ríe cuando su madre lo alza para que no caiga.

–Más –le pide.

Gracia suelta la cesta y toma a su hijo con ambas manos, alzándolo al aire.

"¡Qué feliz se le ve!", piensa con agrado. Ximenín ha heredado los cabellos claros y rizados de su padre y también sus ojos azules.

–Tenemos que volver ya, hijo –le dice, después de lanzarlo unas cuantas veces adicionales a lo alto–. ¿No tienes hambre? Supongo que no. Tú nunca tienes hambre. Parece que te alimentas del viento.

–… ento –repite el pequeño.

–Regresemos. Yo sí tengo hambre.

El suelo está húmedo. Sobre él se reflejan los rayos que se cuelan a través de los árboles. El calor del mediodía hace que el agua almacenada sobre el lecho de hojas muertas se evapore, formando un efecto similar a la niebla. Gracia toma aire. El periplo real, los bordados, incluso el propio rey, parecen ahora muy lejanos. Un episodio extraño de su vida. Para ella quedarán el raro encargo del rey, el encuentro a orillas del Runa y aquel par de besos que se dieron por pura insensatez. Un extraño juego al que el rey la precipitó. Sí, la imprudente, belicosa e impulsiva Gracia quería demostrar que podía vengarse del estúpido comportamiento de su esposo y que, incluso, podía ser pretendida por un rey.

Sacude la cabeza. Intenta que los recuerdos de los últimos días se diluyan entre las hojas yermas que ahora pisa. En cuanto a Martín… Le ha dado dos hijos varones. Ha cumplido con lo que se esperaba de ella. Tal vez ese era su destino. Ser la madre de Ximenín y de Ruy.

–¡Ortissa! Ya estamos de regreso.

Entra en las cocinas y supervisa todo lo que hay en ellas. Se cerciora de que el fuego está lo suficientemente avivado, de que todo está debidamente almacenado, de que Ruy está bien atendido… Echa un vistazo rápido y da algunas indicaciones a la sirvienta y a Narbona, a esta para que se encargue de dar de comer a Ximenín.

–Acaba de llegar un viajero, señora –le comunica Ortissa–. Está con Azeari en los establos.

–Iré a ver quién es.

Gracia camina hacia las caballerizas, intrigada por saber quién es la persona que ha decidido visitar el castillo de Irulegui justo cuando no está su esposo.

–Azeari –le llama cuando entra en los establos–, me ha dicho Ortissa que ha llegado un visitante.

–Así es, mi señora. No sabía que ya habíais regresado. Está en la capilla del lado norte.

Camina hacia allí. Arrodillado ante la imagen de una pequeña virgen, se encuentra un caballero. Al escuchar el ruido de pasos, este se santigua, se levanta y se gira.

–¡Guante Negro! –dice, sintiendo un pálpito que hacía tiempo no notaba.

–Gracia –la llama, tomándola de las manos y observándola sin ningún disimulo–, no sabéis qué placer me produce volver a veros.

–Sed bienvenido. ¡Menuda sorpresa! ¿Qué os trae por aquí?

–¿Tal vez os importuna que me haya presentado sin avisar?

–Bien sabéis que no –Gracia lo toma del brazo y lo conduce hacia el exterior de la capilla–. Me alegra que estéis aquí, aunque he de advertiros que vuestro sobrino no se encuentra en Irulegui. Ha ido a Estella a atender unos asuntos.

–Eso me ha dicho vuestro sirviente.

–No creo que tarde en regresar. Fortún me aseguró que estaría aquí mañana. ¿Os quedaréis a esperarlo?

–Por supuesto –le asegura mientras observa con agrado la capa que Gracia lleva sobre sus hombros. La misma que él le regaló el día de su boda.

–Vayamos dentro. Estaréis hambriento.

–Estáis en lo cierto. El camino me ha abierto el apetito –le asegura, siguiéndola al interior del castillo–. Estáis incluso más hermosa que el día que os conocí –le dice mientras le hace detenerse para contemplarla.

Gracia recuerda en ese momento el beso que ambos compartieron el día de su boda y se pregunta si él estará pensando lo mismo.

–Señora –la voz de Ortissa interrumpe su conversación–, ¡oh!, disculpadme, no sabía que estabais atendiendo a vuestro invitado.

–¿Te acuerdas de Martín Almoravid, tío de mi esposo? Se quedará hasta

que regrese de Estella. ¿Te encargas de preparar un alojamiento digno para él?

–Por supuesto. Los niños están en la cocina…

–Yo me encargo.

–¿Niños? –pregunta algo desconcertado Guante Negro.

–Sí, niños. Venid, os presentaré a vuestros sobrinos. Estos son Ximenín y Ruy.

–No sabía que habíais sido madre. ¡Y dos veces! –le dice con una amplia sonrisa.

–Siento el caos que reina en estos momentos en Irulegui, pero acabamos de venir de Pamplona después de varios meses siguiendo al rey por el reino. Es como volver a empezar de nuevo.

Un rato después, mientras Azeari y Ortissa se ocupan de las viandas y demás enseres y también de los niños, Gracia y Guante Negro conversan sobre los últimos acontecimientos del reino. Ella le cuenta sus impresiones sobre el rey Louis y el viaje que les ha llevado hasta Tudela. Le cuenta incluso el encuentro con el rey a las orillas del Runa y cómo le encargó bordar para su esposa; aunque, obviamente, nada le dice del incidente del beso. Eso es algo que quedará para ella. ¿Cuántas mujeres habrá en el mundo que puedan decir que han besado al rey de Navarra y futuro rey de Francia?

Gracia está sentada cerca del brasero, en el mismo sitio donde se acomodaba para escuchar las historias de Lacarra. Se levanta para remover las brasas y un hilo de humo asciende hacia el alto techo. Por un momento, da la espalda a su tío político.

–¿Qué os trae por Navarra? –le pregunta cuando se vuelve a sentar.

–Nada en especial.

–¿Así que no es a mí a quien habéis venido a ver? –le pregunta medio en broma.

Gracia ve cómo Guante Negro enarca su ceja izquierda, algo que acentúa las arrugas de su frente y también la profundidad de su mirada. Él la observa sin decir nada durante unos instantes.

–¿Y si os dijera que es vuestro recuerdo el que me ha traído hasta aquí? Me tortura pensar que hubo algo que dejé a medias.

–Martín Almoravid de Elcarte…

La frase se queda en el aire, interrumpida por un estallido de gritos y jaleo proveniente del exterior.

–¡Gracia! ¡Gracia!

Los dos salen corriendo. Frente a ellos se encuentran a un Ximen descompuesto, al que las palabras parecen no salir con coherencia.

–Fatalidad… Gracia… Desgracia… presos.

La mujer frunce el ceño.

–Ximen, ¿qué estás diciendo? ¿Dónde está Martín?

Ante la pregunta, el muchacho baja la cabeza. Parece hacer un gran esfuerzo por controlarse.

–Se los han llevado, Gracia.

–Vamos a sentarnos los tres y nos lo cuentas todo. ¿A quién se han llevado?

Al hacer mención a los tres, el joven se percata de que su cuñada no está sola.

–¿Tío? –pregunta. Y su cuestión va acompañada de un tono algo más calmado.

Se sientan frente al fuego. Allí, Ximen les desgrana todo lo que ha sucedido esta madrugada; la llegada de los hombres del gobernador, cómo los atacaron a traición y cómo Martín le obligó a esconderse mientras ellos se entregaban.

–El gobernador mismo se ha encargado de cubrirlos de cadenas, Gracia. Les acusa de desobediencia al rey y rebelión. ¿Qué vamos a hacer?

La joven se levanta. Da varios pasos, reflexiva.

–¿Tienes alguna idea de adónde los han llevado? –pregunta al cabo.

–Los he seguido hasta Pamplona. Gracia, ¿qué vais a hacer?

Muchos son los pensamientos que desbordan su mente en unos instantes. Se pregunta si un beso puede salir tan caro. Si un beso atrevido y descarado puede haber provocado la desgracia de su esposo y, con él, la de sus más próximos. Cierra los ojos y suspira muy profundo.

–Me marcho a Pamplona.

–Gracia –Guante Negro la coge de la mano y la retiene. Ella trata de soltarse, pero él la sujeta con más fuerza–, es una acusación muy grave. Necesitaréis ayuda. Iré con vos.

–Y yo –se ofrece Ximen.

–No hace falta que vengáis conmigo. Guante Negro, os lo agradezco, pero estando vos al servicio del rey de Castilla no creo que sea buena idea…

–Se trata de mi padre y de mi sobrino, Gracia. Los asuntos familiares no entienden de reyes ni de fronteras.

Mira al hombre que tiene delante y al muchacho que, nervioso, parece a punto de arrancar a correr.

–Ximen. –dice por fin–, cabalga discretamente a Aibar y habla con tu madre y solo con ella. Cuéntale lo que ha pasado. Johana sabrá cómo alertar a los Aibar, a los Almoravid y a los Cascante y Monteagudo. Nos reuniremos mañana en Pamplona. Mientras, Guante Negro y yo trataremos de averiguar dónde los tienen.

Tras dejar todo organizado con sus hijos, cada uno parte hacia el lugar de su destino. Gracia monta sobre un palafrén pardo dócil, pero potente, acostumbrado a subir y bajar las laderas de Irulegui. Va tan deprisa que Guante Negro tiene problemas para seguirla. Gracias a su veloz caballo, la

alcanza cuando ya han tomado el camino hacia Pamplona. Hace frío, pero ella solo siente un torozón que abrasa su pecho. El torozón de la culpabilidad.

–¡Gracia! ¡Gracia! –Guante Negro tiene que llamarla dos veces y colocarse junto a ella para conseguir que centre su atención en él–. Será mejor que descabalguemos y que me contéis vuestros planes.

Lo mira como si acabara de darse cuenta de que el tío de su esposo está con ella. Hasta que él agarra de sus riendas.

–De acuerdo –claudica ella.

Guante Negro la ayuda a descabalgar. No era así como se había imaginado el reencuentro. Dadas las circunstancias, no debería parecerle extraño. Pero por un momento, cuando Ximen les ha dado la noticia, le hubiera gustado abrazarla, abrigarla bajo su pecho. Gracia no ha reaccionado como él esperaba y eso le turba y le fascina a partes iguales. Ahora mismo, mientras la ve con la mirada perdida, siente que hay un abismo entre los dos.

–Si los han aprisionado, estarán en la Torre del Rey.

–De acuerdo. Vayamos allí.

Se dirigen hacia el burgo de San Nicolás. Guante Negro se coloca a su lado. Tan cerca que sus brazos se chocan al caminar por las calles estrechas del burgo. Amarran sus monturas a la entrada. Gracia pregunta por su esposo, Fortún e Iñíguez. Después de un buen rato, un oficial les informa de que no hay en la Torre del Rey ningún prisionero que se corresponda con esos nombres y les asegura que hoy no han encarcelado a nadie allí. Gracia le pregunta si se los han podido llevar a Tiebas.

El oficial se ríe y les dice que las cárceles de Tiebas están llenas de templarios y que allí no cabe ni un hombre más.

–¿Y dónde pueden estar? –se pregunta Gracia en alto.

El oficial se encoge de hombros. En ese momento, Guante Negro se adelanta y saca dos monedas de su faltriquera.

–Serán tuyas si nos dices adónde se han llevado a los hombres que buscamos.

–Chaudenay se los ha llevado camino de San Juan de Pie de Puerto. He oído decir que el rey tiene intención de encerrar en Toulouse a todos los hombres que se ha llevado presos del reino –les dice mirando con codicia las dos monedas que le ofrece el caballero.

–¿Todos? ¿A cuántos se ha llevado?

–Dicen que a cincuenta –asegura cogiendo el dinero.

Se han alojado en una posada del burgo de San Cernin. Gracia no ha hablado ni una sola palabra desde que han salido de la Torre del Rey. Guante Negro la observa de reojo. La joven está apoyada en la pared de la habitación con la

mirada puesta en el exterior. Él se acerca despacio y la toma de los brazos con cierta ternura.

–Gracia, me gustaría saber qué estáis pensando.

–Es todo por mi culpa.

–¿Por qué va a ser por vuestra culpa? ¿De qué habláis?

La joven dama fija los ojos en los suyos antes de volver a hablar.

–Voy a ir a Toulouse, Martín Almoravid de Elcarte. Reuniré todo el dinero que pueda. Me arrojaré a los pies del rey Louis y los bañaré de sollozos para ablandar su corazón.

Guante Negro comprende que habla en serio.

–Iré con vos.

–Es algo que debo hacer yo sola.

–No podéis viajar sola. Es más, no os dejaré viajar sola.

–Iré con Ximen. Vos tendréis asuntos que tratar en Castilla.

–Gracia, no voy a dejar que Ximen y vos viajéis solos. Hay que atravesar los Pirineos, es invierno, hay lobos, bandidos…

–Si pensáis que vuestras palabras me van a asustar y que me voy a echar atrás, estáis muy equivocado.

–Solo pretendo haceros comprender que no ayudaréis a vuestro esposo ni a Fortún ni a Iñíguez exponiéndoos a la muerte.

Guante Negro puede notar el escalofrío que la atraviesa en este momento. Ella cede un instante y apoya la cabeza en su pecho. La abraza. En ese momento siente que sus corazones laten al mismo compás.

PAMPLONA, 15 DE DICIEMBRE DE 1307

El suelo está duro y los charcos se han convertido en una gruesa capa de hielo que se extiende por doquier. Gracia contempla en ella su propio reflejo, quebrado por los diminutos cristales del agua helada; una imagen compuesta por una sucesión infinita de colores oscuros. Al ver su imagen deforme, empieza a darse cuenta de la tarea tan inmensa que tiene por delante. No se atreve a mirar a Guante Negro, por miedo a delatar su equivocación, al tomarse ciertas libertades con el rey. Si eres un caballero, puedes permitirte algún que otro alarde de insubordinación con tu señor natural, pues en alguna ocasión, este terminará por requerir de tus servicios y te perdonará casi cualquier falta. Pero si eres una mujer, entran en juego tantas fuerzas que casi te valdría más la pena estar muerta. Al pensarlo, mira hacia el fondo de la calle. Cuando por ella aparezca Ximen, ya no habrá vuelta atrás. Siente la mano de Guante Negro sobre su hombro y cierra los ojos, invadida por una pequeña turbación. Sabe que debería convencerlo para que no la acompañara a Toulouse, pero no tiene ni idea de cómo hacerlo. Cuanto más ha intentado persuadirlo durante toda la mañana, más obstinado se ha vuelto en su deber de acompañarla.

–Ya viene.

Las palabras de Guante Negro le hacen fijarse en las tres figuras que acaban de aparecer por el extremo de la calle Mayor de los Cambios.

–¿Es Johana la que viene con él?

–Yo diría que sí. Y viene también…

Gracia echa a correr envuelta en un pálpito de esperanza.

–¡Martín! ¡Martín! –grita.

Se detiene de golpe, con el corazón abandonado a sus pies. En la distancia ha confundido a Martín con su padre. Johana es la primera en alcanzarla y abrazarse a ella.

–¿Cómo estáis? ¿Dónde están mi hijo y mi padre? ¿Sabéis algo?

–Se los han llevado a Toulouse –les explica mientras mira a Ximeno

Ximénez de Aibar como si se tratara de un fantasma.

Johana se lleva las manos al pecho y da un paso atrás.

–¿Cómo ha sucedido?

–No sabemos mucho más.

Guante Negro se aproxima en ese momento y saluda a los recién llegados.

–Propongo que nos traslademos a Irulegui y hablemos allí con calma.

–No hay tiempo que perder… –replica Gracia nerviosa.

–Entiendo vuestros sentimientos, pero hemos de preparar todo con sumo cuidado.

–De acuerdo –aceptan los recién llegados, partiendo todos hacia la tenencia de Martín.

En cuanto llegan, la joven dama da las primeras órdenes para que Ortissa prepare sus enseres. Mientras, toda la familia se reúne alrededor de un buen fuego. Guante Negro y Gracia les ponen al corriente de lo poco que han averiguado hasta ese momento.

–Que no os hayan echado de Irulegui es una buena señal. Eso significa que vuestro esposo todavía es el alcaide –le dice su suegro.

–Es cierto –corrobora Guante Negro.

–¿Estáis segura de que queréis marchar a Francia? –le pregunta Johana–. Mi hermano, mi esposo y mi hijo Ximen serán unos buenos embajadores. No tenéis por qué exponeros a viajar en invierno –Debo ir, Johana. Debo ir yo en persona –dice con la culpabilidad abrasando su alma.

–Entonces, me quedaré aquí hasta vuestro regreso. Me haré cargo de vuestros hijos.

–No sabéis cuánto os lo agradezco. Sé que con Ortissa y Narbona van a estar bien cuidados, pero que vos os quedéis aquí me deja más tranquila.

–Será mejor que os retiréis a descansar –le sugiere su suegra.

–Debo comprobar que todo está preparado.

–Os acompañaré. Estarán bien. Y conseguiréis traerlos de regreso.

–¿Será suficiente dinero?

Este ha sido uno de los temas que más controversia ha suscitado entre Guante Negro y ella.

–Estoy de acuerdo con mi hermano. Los ladrones tienen un sexto sentido para oler monedas. Debéis negociar el pago del rescate en plazos y entregar solo una pequeña parte como aval.

Cuando da por terminados todos los preparativos, Gracia se acerca al cuarto donde habitualmente duerme su esposo y se sienta cerca de la chimenea. Ximenín y Ruy dormirán hoy ahí con ella. Entre el crepitar del fuego trata de enlazar los recuerdos que la unen a Martín. "Es mi deber", se dice. "Aunque sea lo último que haga en mi vida. Si es necesario, me ofreceré para canjearme

por él". Su mirada se pierde entre las llamas amenazadoras. Nunca ha hecho un viaje tan largo. Nunca ha salido de su reino. Nunca ha abandonado a sus hijos. Se gira para mirarlos. Los ve tan pequeños, tan indefensos… Acurrucada junto a ellos, trata de dormir un poco, preguntándose cuándo será la próxima vez que los vea.

SAN JUAN DE PIE DE PUERTO, 15 DE DICIEMBRE DE 1307

Los escurridizos días de diciembre se precipitan hacia su final. El año se acaba. Pronto será Navidad. Hay una melodía que se repite en su cabeza y no sabe muy bien a qué canción pertenece. Hace mucho frío. Será por eso que sus sentidos parecen aturullarse. Las cadenas le laceran las muñecas y le provocan pequeñas heridas por las que siente penetrar el gélido invierno. La mandíbula le tiembla, aunque lo disimula manteniendo la tensión de los músculos faciales.

–¡Aibar!, el rey quiere veros.

Martín se levanta, digno y serio. Es la oportunidad que esperaba. Mira hacia atrás un instante para sacar fuerzas de los dos hombres de armas en los que más confía. Se deja llevar colina arriba hasta penetrar en el castillo de Mendiguren. Observa sus lienzos y sus muros, comparándolos, sin querer, con los de Irulegui. El recuerdo de su tenencia es tan vívido, que casi puede oler los guisos de Ortissa. Eleva la vista para observar bien sus defensas, tomando modelo para aplicarlo en Irulegui; hasta que se da cuenta de que ha perdido su libertad para regresar junto a los suyos. Aprieta la mandíbula ante el recuerdo de Gracia y los niños mientras le invaden sentimientos contrapuestos. Por un lado, se arrepiente de no haber tomado a su esposa cuando tuvo la oportunidad. Por otro, se mantiene firme en su obstinada decisión de comprobar su comportamiento leal hacia él. Los muros abrigados de la fortaleza le transmiten un poco de calor. Se ve obligado a esperar un buen rato. Cuando por fin se abre la puerta que da acceso a la persona del rey, siente que sus ánimos se reavivan. Al final de la estancia se encuentra Louis, charlando en tono quedo con Chaudenay. Guillem camina directo hacia él.

–Arrodillaos –le dice con desprecio mientras lo empuja.

El joven Aibar muestra sus respetos clavando las dos rodillas sobre la piedra rígida del castillo.

–Dejadnos solos –Louis dirige la orden a su gobernador con voz firme.

–*Monseigneur*…

–Os veré luego, Guillem. Comeremos juntos antes de que regreséis a Pamplona.

–De acuerdo –claudica. Antes de retirarse, se dirige a Martín–. Rezad todo lo que sepáis.

Martín no mira atrás. Toda su atención se concentra en el rey, al que ve aproximarse muy despacio. La sala está mal iluminada. La luz penetra desde una ventana superior, alargando su haz visible hasta el suelo donde el joven permanece arrodillado.

–Apenas me fijé en vos cuando acudisteis la primera vez al Louvre con la embajada navarra. Si entonces hubiera sabido lo que sé ahora, os habría mandado ahogar en el Sena.

–*Monseigneur*, no os entiendo. ¿Qué es lo que sabéis sobre mí que os hace desear mi muerte?

–Sois insolente, Aibar. Me he informado bien sobre vos. Mis hombres dicen que sois un insubordinado; un elemento perturbador en mi reino.

–Solo quiero servir a mi señor natural.

–¡Es tarde! Encadenado estáis y encadenado moriréis.

–¡Por piedad!, *monseigneur*. No sé qué os habrán dicho sobre mí, pero creo que tengo derecho a defenderme de los cargos de los que se me acusa. Os ruego que me concedáis esa merced –dice con aparente calma.

–¡Callad si no queréis que os atraviese aquí mismo con mi espada! Levantasteis al pueblo de Navarra contra mí.

–Deseábamos veros en Navarra, ofreceros en persona la corona de vuestro reino. Lo que hicimos fue porque ansiábamos teneros como rey.

–Y acepté vuestra corona y luego vos volvisteis a traicionarme.

Martín frunce el ceño.

–¿Qué queréis decir, *monseigneur*?

–No os hagáis el loco. Sé lo que ocurrió en las sesiones de Cortes. Pero eso no es lo peor que hicisteis –Martín mira a Louis sin poder imaginar qué acto tan terrible ha podido cometer para que esté así–. ¿No sabéis a qué me refiero? Me habéis arrebatado el don más preciado a mi corazón.

Un gesto de incomprensión se dibuja en su rostro

–Perdonad mi atrevimiento, pero ¿os estáis refiriendo a Marguerite?

–¿Pensáis que os hablo de mi esposa? –dice en tono casi jocoso.

–¿De quién si no?

En la sala se abre un abismo de silencio. Martín desvía su mirada al suelo, como si allí estuviera la respuesta que está buscando.

–Os vi con ella en el claustro de la catedral.

La voz de su esposa se abre paso entonces en su mente. “Creo que el rey y Eudeline son amantes”.

–Malinterpretáis lo que visteis, *monseigneur*. Nunca la toqué.

–La abrazasteis.

–La defendía de otro hombre, que quiso propasarse con ella.

–Pero yo me tomé justa venganza con vuestra esposa.

–¿Qué? ¿Qué le habéis hecho? –pregunta, haciendo amago de levantarse tras perder la calma.

–Si os levantáis, sois hombre muerto –le amenaza.

Martín vuelve a arrodillarse. El ruido de sus cadenas reverbera en la sala. Su respiración se agita. La silueta de Louis se desvanece durante un instante y sobre ella dibuja Martín la de Gracia. Con su espada, el rey golpea el suelo y la figura de su esposa se desvanece.

–¡Marchaos! Moriréis en Toulouse como el ser despreciable que sois.

–No he tocado a Eudeline –dice en susurros. Se levanta y, sin dar la espalda al rey, retrocede hasta la puerta. Su corazón se desgarra. Un guardia le acompaña de vuelta al exterior. Desanda los pasos que le han conducido a Mendiguren. Al hacerlo, le parece como si se borraran murallas y lienzos y sobre el mundo solo quedara un eterno y gélido invierno.

–¿Qué ocurre, hijo? –le pregunta Fortún, al verlo llegar pálido y trasmutado.

–El rey nos lleva a Toulouse. No creo que tenga intención de juzgarnos. Al menos, en lo que respecta a mí, ya ha dictado sentencia.

TOULOUSE, 19 DE DICIEMBRE DE 1307

Martín apenas ha abierto la boca desde el encuentro en Mendiguren con el rey. Todo esfuerzo de Fortún e Iñíguez por arrancarle alguna palabra sobre su conversación con Louis ha resultado en vano. Tampoco han conseguido que hable mucho más sobre ningún otro asunto. La comitiva se detiene un instante ante las murallas de Toulouse. Martín las mira con interés, intentando tomar modelo para Irulegui, aunque luego se da cuenta de que es bastante probable que nunca regrese allí. Las palabras del rey lo torturan y ahora marcha lleno de odio porque no puede socorrer a su familia. Tiene que haber alguna forma de limpiar su nombre ante Louis y demostrarle que se equivoca respecto a él y a Eudeline.

–Seguro que el rey Sancho VII el Fuerte llegó con un espíritu diferente al nuestro cuando alcanzó estas murallas hace más de cien años –comenta jocosamente Fortún.

–Como que venía victorioso tras tomar Muret –responde Iñíguez en igual tono.

–¿Cómo podéis bromear así? –se queja Martín.

Los dos hombres se miran. Al menos han conseguido arrancarle unas palabras. Los conducen directamente hacia las prisiones. El nerviosismo impide a Martín captar en toda su intensidad el horror que se esconde bajo el techo que le cobija.

–¿Veis algo? –pregunta el lugarteniente.

La puerta hace un ruido metálico al cerrarse. Martín aguarda a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad, pero no lo hacen.

–No –responde el alférez, tras dejar pasar algo de tiempo–. ¿Hay alguien? –inquiere poco después.

–¿Fortún?

La pregunta hace que los tres se detengan.

–Identificaos –exige.

–Janáriz y Beortegui.

–¡Vosotros también aquí! ¿Hay más navarros?

–Los hay. Aunque no estamos muy seguros de quiénes son. Acercaos. ¿Quiénes están con vos?

–Mi lugarteniente, Iñíguez, y mi nieto, Martín de Aibar. ¿Cuándo habéis llegado?

–Supongo que hará unas horas –dice Beortegui– ¿De qué os han acusado?

–De desobediencia al rey.

–Igual que a nosotros.

–¿Por qué creéis que lo habrá hecho?

Nadie tiene la respuesta. Martín, algo más hecho a la oscuridad –ahora ya puede ver las siluetas de los otros prisioneros–, comienza a deslizar su mirada por el espacio. Su mano se apoya en la pared del fondo. La piedra es viscosa y húmeda. Acerca su oreja, pero no escucha nada. Por el camino que les han hecho tomar para conducirlos hasta allí, calcula que deben de estar en el ala sur. Se acerca a la puerta y la palpa. Quiere saber si tiene algún punto débil. Tras un primer examen deduce que es fuerte y gruesa. Mientras sigue con su tarea, escucha las conversaciones de sus compañeros, pero no les presta atención. Conforme su vista se adapta al espacio, ve más detalles del lugar. Los techos son altos y la luz penetra por una ventana situada en la parte superior. No es muy grande, pero al menos no los deja en la oscuridad total. Necesitará herramientas, piensa. Tal vez haya alguna piedra movida, restos de los huesos de algún animal… lo que sea. Se pasea despacio, palpando con la punta de sus dedos entre las piedras y deslizando sus pies por el suelo, en busca de algo que le pueda servir. En una primera inspección no encuentra nada.

–Martín, ¿qué hacéis?

–Busco la forma de salir de aquí –replica.

TOULOUSE, 21 DE DICIEMBRE DE 1307

Gracia contempla con asombro la muralla de Toulouse. Ha llegado el momento, piensa. Solo una duda le asalta; ¿qué sucederá si el rey ya no está en Toulouse? ¿Y si ni siquiera ha viajado hasta esta ciudad y se ha ido directamente a París? Cada cosa, a su debido tiempo, se obliga a decir. Todas las pistas que han seguido delatan que Louis está aquí y que con él ha traído a numerosos caballeros navarros para encarcelarlos. ¿Tiene eso algún sentido? Se ha intentado convencer de que la encarcelación de Martín nada tiene que ver con ella, puesto que son muchos los nobles navarros en la misma situación, pero no puede dejar de pensar que, si ella no se hubiera atrevido a besar al rey, su esposo no estaría encarcelado.

Sabe que Guante Negro, Ximen y su padre la observan. De hecho, ninguno de los tres le ha quitado un ojo de encima desde que salieron de Irulegui. La han protegido, la han arropado y se han desvivido porque viajara segura e, incluso, con ciertas comodidades. Pero las circunstancias no han logrado que se sienta cómoda. ¿Cómo compartir las dolencias de su alma con alguno de sus acompañantes? ¿Cómo decirle a Ximeno que besó al rey por despecho, porque quería herir a su hijo? ¿Cómo explicarle al fiel hermano, al leal escudero, que ella traicionó a su señor? ¿Cómo pedirle a Guante Negro que deje de mirarla con ese fervor que a veces ve en sus ojos? ¿Cómo hacerle comprender que solo merece su desprecio y no su afecto? Intenta mirar con entereza, pero se le hace difícil disolver la nebulosidad que se precipita hacia ella.

–Buscaremos un alojamiento –las palabras de Guante Negro la alejan de sus pensamientos funestos.

–Sí –dice con rotundidad, escondiendo a los ojos de sus acompañantes el sentimiento de culpa que cada día le pesa más.

Guante Negro se mueve con pericia preguntando a unos y otros. Gracia lo observa con interés. Tiene la desenvoltura propia de los Almoravid. Posee ese grado de orgullo que la primera casa noble de Navarra lleva tan grabado a fuego. Fortún también es así. Si se empeñan en algo, han de hacerlo hasta

conseguirlo, a cualquier precio. Esa es la esperanza, pero también el miedo de Gracia. Conoce a Louis lo suficiente como para saber que no cederá si otra fuerza bruta se encara a la suya. Lo ha visto jugar a ese juego que trajo de París. No recuerda cómo se llama. Pero al rey no le gusta perder. Y a los Almoravid, tampoco. En cuanto a ella… Ella está dispuesta a perder si con eso gana la libertad de Martín. Se ofrecerá en prenda. Lo hará. No quiere pensar en las consecuencias. Lo hará y ya está.

La posada está cerca de la residencia del rey. Si se asoma a la ventana, puede ver los gruesos muros del edificio del Capitol. Guante Negro ha salido a informarse y ha dejado a los Aibar custodiándola. No quita los ojos del edificio. Detrás, Ximeno pasea de un lado a otro. Durante el viaje, Gracia ha constatado su dependencia del vino. Ha visto cómo necesita beber y cómo le tiembla el pulso. Cuando está bebido, se pone arisco. Y cuando está sobrio, irascible. Ha intentado ocultarlo durante el viaje. Ximen y Guante Negro también lo han intentado. Pero hay cosas que no se pueden esconder por mucho tiempo.

–¿Podéis quedaros quieto? –le pide el joven.

–Me voy a… Me voy –anuncia Ximeno.

–Debemos permanecer aquí hasta que tío vuelva.

–Solo voy a por un poco de bebida.

–Padre…

–¿Crees que puedes darme lecciones? –dice marchándose.

–Será mejor que vayas con él –le aconseja Gracia.

Se queda sola. El momentáneo silencio la empuja a actuar. No piensa, solo obedece a un impulso. Se coloca la capa. Se asoma a la puerta. Esquiva miradas, evita prescindibles cruces con otras personas y sale a la calle. Aprieta el paso. Casi corre. Y, de pronto, se da de bruces con la residencia del rey.

Louis ultima los preparativos para su viaje. Si se da prisa, aun a costa de reventar algún que otro caballo, estará en París para el día de Navidad. Pero para poder hacerlo, tiene que salir ya.

–¿Cómo está? –pregunta al cirujano que acaba de entrar en sus aposentos.

–Sigue igual. No habla, no abre los ojos y solo come si alguna de las sirvientas pone mucho empeño en ello. La cuidaré y os mandaré noticias. ¿Queréis verla antes de marcharos?

–No. ¿Por qué habría de querer ver a una sirvienta? Haced lo que podáis por ella –le dice, dándole unas monedas.

–Lo haré, *monseigneur* –le asegura, retirándose.

El rey de Navarra echa un último vistazo alrededor y se coloca la capa justo en el momento en el que llaman a la puerta.

–Y ahora, ¿qué quieres?

–¿Es así como recibe el rey de Navarra a su tío?

–¿Valois? Tío, ¿qué hacéis aquí?

–Hay un asunto que debo tratar con vos.

–Me disponía a viajar a París.

–París deberá esperar.

–No os entiendo.

–Veréis, sobrino. Ha habido un nuevo levantamiento en la ciudad de Lyon. Vuestro padre os ordena que sofoquéis la revuelta.

–¿Yo? –dice volviéndose hacia la ventana para ocultar a su tío la frustración que siente. Cerca del muro ve a una mujer parada, envuelta en una gruesa capa negra. La observa intrigado.

–¿Me habéis oído bien?

–Por supuesto, tío –le asegura girando la cabeza hacia él. Cuando vuelve a mirar por la ventana, la mujer ha desaparecido.

–¿Y a qué esperáis para organizarlo todo?

Louis mira a su alrededor, inquieto.

–¿Quién se ha sublevado? –pregunta por fin.

–Los mercaderes.

–¿Y acaso el arzobispo, que tiene el poder sobre la ciudad, no puede hacer nada?

–Lo está haciendo. Le ha pedido ayuda a vuestro padre y vos sois esa ayuda.

–¿Y dónde están los hombres que me ha enviado mi padre? –pregunta volviendo a mirar por la ventana.

–Vos tendréis que buscar esos hombres.

–¡*Mordiable*! Dejadme solo. He de meditar esta… esta campaña.

–Yo he traído conmigo algunos hombres que pongo a vuestra disposición –le dice.

–¿Cuántos?

–Una treintena.

–¿Qué clase de broma es esta, tío?

–Sobrino, habéis ido a Navarra a recibir una corona, no lo olvidéis. Y por lo que veo, habéis regresado con ella.

–¡Marchaos! –le grita tirando su corona contra la cama.

Gracia se detiene de golpe. Ahora que está cerca, no sabe qué hacer. Su primer impulso ha sido dirigirse a la puerta principal, pero algo dentro de ella le ha hecho detenerse. Si pide una audiencia con el rey, pasarán días sin poder conseguirla y será imposible atravesar la puerta sin que le den el alto. Tiene que haber otra manera de llegar al rey. Sí, eso es. Y esa otra manera es Eudeline. Desanda los últimos pasos y rodea el edificio en busca de la puerta por la que transitan los criados. No le es difícil atravesarla después de que un hombre salga por ella. Se tropieza con dos jóvenes sirvientas; como ninguna

de ellas dice nada, sigue adelante. Toca varias puertas. Algunas están cerradas y, las más, son habitaciones en las que no encuentra a nadie. Si quiere hallar a Eudeline no le va a quedar más remedio que preguntar por ella. Por fin ve a una mujer que se acerca.

–¿Eudeline? –cuestiona, poniendo su mejor acento francés.

Le señala una puerta y la anima a entrar. Al abrirla, Gracia se encuentra con una habitación minúscula. Huele raro. En frente hay una cama y, sobre ella, un bulto inmóvil. Alguien ha dejado un cuenco olvidado con algo de comida en el suelo. Hace frío pero, curiosamente, la habitación tiene una pequeña chimenea. Se acerca al camastro.

–¿Eudeline? –llama en tono suave. No entiende muy bien por qué la sirvienta está a estas horas en la cama–. ¿Te encuentras bien?

La sirvienta está muy pálida y muy quieta. Su respiración es muy débil. Toca su frente. Al notar el calor que emana, retira su mano–. Eudeline, tienes que ayudarme. Necesito ver al rey.

Nada más pronunciar estas palabras, ella misma se da cuenta de lo inadecuado, impertinente y banal de su requerimiento. Aun así, insiste.

–Necesito que le digas al rey que estoy aquí, necesito que consigas que me reciba –suplica.

Viendo lo infructuoso de su proceder, se sienta en una esquina de la cama y se lleva las manos al rostro. "¿Qué voy a hacer ahora?". Como si alguien la hubiera oído, la sirvienta que le ha acompañado regresa con otra muchacha. Las dos van cargadas con agua, toallas y trapos, sábanas limpias, algo de comida y de ropa… Hablan mucho y deprisa y Gracia no comprende qué es lo que pretenden. Tal y como han llegado, se van, dejando de nuevo la habitación en silencio. Tras un momento de indecisión, en el que está a punto de marcharse, se quita la capa y los guantes y enciende el fuego. Mientras la habitación se caldea, descubre la cama con intención de lavar a Eudeline y de cambiarle de ropa. Pero al hacerlo, se encuentra con algo que no esperaba. El cuerpo de la sirvienta está cubierto de golpes y grandes moretones surcan sus piernas, torso y brazos.

–¡Ah! ¿Qué te ha pasado?

Despacio, la despoja de la camisa empapada en sudor, lava su cuerpo y su rostro, la seca con trapos limpios y le coloca una camisa seca. Luego posa un trapo húmedo sobre su frente.

–¿Qué te ha pasado, hermosa Eudeline? ¿Quién te ha hecho esto?

Frustrada, se acerca al fuego. Su estrategia no ha salido como esperaba. A esas horas pensaba estar ya hablando con el rey. Con o sin Eudeline tendrá que hacerlo. Decidida a encontrar por su cuenta el camino que conduzca a las partes nobles del edificio, se dirige hacia la puerta.

–Gracia –escucha pronunciar en un tono muy bajo y muy despacio.

La joven se vuelve y se sienta al lado de la sirvienta.

–¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? Eudeline, necesito hablar con el rey. Necesito que me lleves ante él.

Se acerca a la cama e incorpora a la sirvienta, colocando varios cojines tras su espalda. Toma el cuenco e intenta darle algo de comer. Nada consigue en los primeros momentos.

–No puedo ayudaros –le dice de repente mientras cierra los ojos.

–Por favor –le suplica–. Ruégale al rey de mi parte. Solo pido una oportunidad para hablar con él. Ha encarcelado a mi esposo y necesito verle.

–No puedo ayudaros –le repite mientras de sus ojos se escapan las primeras lágrimas en muchos días.

No se va a dar por vencida. Tapa con una manta a Eudeline y se dispone a darle de comer. La sirvienta pone una mano en la de ella y la mira agradecida, dispuesta a aceptar el alimento. La mente de Gracia busca otra solución. Si Eudeline no la puede ayudar, deberá hallar otra manera. Y lo único que se le ocurre es encontrar al rey por su cuenta, después de todo, piensa, ya se halla dentro del Capitol y las dependencias de los sirvientes deben conectar de algún modo con la parte noble del edificio. Cuando Eudeline se termina todo el contenido, se despide de ella y sale de la habitación. Recorre pasillos hasta dar con una puerta que conduce a una estancia de paso. "Tiene que ser aquí". Al abrir la puerta suspira aliviada. "Ahora, a encontrar al rey".

Frustrado y herido en su orgullo, Louis sale en busca de su tío.

–¡No tengo hombres! ¿Cómo se supone que voy a sofocar un motín si mi padre no me envía caballeros?

–Tranquilizaos, sobrino. Y, sobre todo, cerrad la puerta.

Cuando va a proceder, algo se abate sobre él y cae a sus pies. Sobresaltado, da un paso atrás y saca su espada.

–Por favor, *monseigneur*, os lo suplico, os lo ruego, haré lo que vos me digáis, seré vuestra esclava hasta que os canséis de mí, pero perdonad a mi esposo. No le carguéis a él con la culpa de mis pecados. Os lo suplico.

–¿Quién sois y qué hacéis aquí? Juro ante Dios que haré matar a toda la guardia del Capitol por permitir este asalto. ¡Hablad!

Sin levantar el rostro del suelo, agarrada con fuerza a los pies del rey, Gracia continúa con sus súplicas.

–Como súbdita vuestra que os ha jurado fidelidad y a la que habéis jurado proteger, os lo suplico, *monseigneur*, perdonad a mi esposo y castigadme a mí. Pagaré su rescate y, si acaso os ofendí tocando lo que no era mío, insinuando lo que un corazón puro y obligado por las más nobles intenciones no debe anhelar, pido ahora vuestro perdón y os ruego…

–¡Basta! Me indigna este asalto. No escucharé más tonterías. ¡*Mordiable*!

¡Marchaos!

Valois se acerca a Gracia y se agacha a su lado. En un tono más moderado que el de su sobrino, le pide que se levante. Varios guardias han acudido ante los gritos. Valois levanta su mano y les asegura que todo está controlado. Después, se encara con la mujer, agarrándola del brazo, sin brusquedad, pero con firmeza, y le hace entrar en la sala.

–Cerrad la puerta, sobrino –le pide–. En cuanto a vos, no deberíais estar aquí.

–No era mi intención molestar a mi señor, solo busco compasión y piedad; una compasión y una piedad que solo él puede darme.

–¿Quién sois? –le pregunta con cierta amabilidad.

–¡No es nadie! –se adelanta Louis.

–Tenéis razón al decir que no soy nadie ante vuestros ojos, *monseigneur*, pero soy madre y esposa y, como madre y esposa, tengo un nombre. Soy Gracia Sánchez de Cascante, esposa de Martín Ximénez de Aibar.

–¿Martín Ximénez de Aibar? –pregunta Valois.

–Sí, ¿acaso lo conocéis?

–No. No. ¿Por qué iba a conocerlo? –le miente.

–¿Cuánto más vais a prolongar esto, tío? No tengo tiempo para los plañidos de una mujer. Necesito hombres que me acompañen a luchar a Lyon y sofocar la revuelta. Y no los tengo.

–Os equivocáis, *sire* –le dice de pronto Gracia–. Tenéis decenas de hombres que os acompañarán adonde vos mandéis.

–Estáis loca, mujer.

–Habéis traído con vos a los mejores hombres de Navarra. Vuestras cárceles están repletas de los caballeros más experimentados, más recios, más nobles y más leales que haya tenido rey.

–¡Basta!

–Solo tenéis que decir una palabra y marcharán con vos a Lyon. El rey de Navarra cabalgará con sus navarros y derrotarán al enemigo del rey de Navarra. Lo harán si vos se lo pedís. Estad seguro.

Louis cierra los ojos y se gira para no mirar a Gracia.

–No sabéis lo que decís, mujer.

–*Monseigneur*…

Louis se gira de nuevo y clava sus ojos un instante en los de la joven dama. Su pecho sube y baja con celeridad mientras ella le sostiene la mirada. Es ella la primera que aparta sus ojos llorosos, agachando su cabeza en acto de sumisión.

–Retiraos –le dice–. ¡Marchaos! No quiero volver a veros –en este momento se arrepiente de no haberla tomado cuando tuvo la oportunidad.

Gracia hace una leve reverencia y se dirige a la puerta. Antes de marcharse,

hace un pequeño ademán. Tal vez un último intento de decir algo. Se arrepiente. La puerta se cierra.

–¿Y bien? –le escucha decir a su tío.

–¿Bien, qué?

–¿Es cierto que habéis encarcelado a Martín Ximénez de Aibar y otros caballeros navarros?

–¿Y qué si es cierto? Se lo merecían. Han estado urdiendo planes a mis espaldas, arrogándose mi potestad e intentando poner al pueblo en mi contra.

–Y, a pesar de eso, ceñís la corona que esos mismos hombres, que decís que preparaban un complot contra vos, os han guardado.

–No me liéis, tío. Y, como os he dicho, mis problemas son otros.

–Unos problemas cuya solución os han ofrecido en bandeja.

Louis da un golpe sobre la mesa.

–No. No los liberaré –en este momento echa en falta a Castillione. Se arrepiente de haberlo enviado directamente a París.

–Os dejo solo, para que lo meditéis.

Valois pasa por delante de su sobrino y pone una mano sobre su hombro.

–¡Ah! ¿Os he dicho que pronto seréis tío? La esposa de vuestro hermano, Felipe, está embarazada.

Los ojos de Louis se achican al escuchar la noticia.

–¡*Mordiable*! –dice mientras en la sala retruenan los pasos de Valois. El rey de Navarra lanza el primer objeto que encuentra contra la pared.

Guante Negro no regresa con muy buenas noticias. Ha localizado las prisiones, pero le han informado de que el rey está a punto de abandonar la ciudad para dirigirse hacia París. Así que, si quieren hablar con él antes de que deje Toulouse, deben darse prisa. Así se lo comunica a Ximen, porque su cuñado parece demasiado adormilado como para comprender lo que está diciendo.

–Voy a decírselo a Gracia.

–No, yo se lo diré –contesta un vacilante Ximen.

–Aparta, muchacho –le dice Guante Negro. Con paso decidido avanza a grandes pasos hacia el cuarto que han alquilado.

–¿Dónde está? –pregunta al ver la habitación vacía–. Ximen, ¿dónde está Gracia? ¡Habla!

–No lo sé, tío. No lo sé. Tuve que vigilar a padre. Ya veis como está. Y Gracia debió aprovechar para escaparse.

–Voy a buscarla. Tú quédate aquí con tu padre.

–No hace falta que vayáis a buscarme.

–¡Gracia! –exclama Ximen, corriendo a abrazar a su cuñada.

–¿Adónde habíais ido?

–He hablado con el rey –les explica después de cerrar la puerta.

–¿Habéis conseguido algo?

–No lo sé muy bien. Me he arrojado a sus pies, le he implorado, le he suplicado. Pero él parecía estar solo interesado en buscar hombres que lo acompañen a Lyon para sofocar una revuelta que se ha desatado allí. Al parecer, dice que no tiene a ningún caballero que lo acompañe.

–Más problemas. ¿Qué vamos a hacer? –pregunta Ximen, claramente preocupado.

–Le he dicho al rey que sí tiene hombres. Que hay un montón de navarros en las cárceles de Toulouse que le acompañarían sin dudarlo.

–¿Y qué ha dicho?

–No ha dicho nada –se lamenta.

–Al menos, sabemos que el rey permanecerá un poco más en Toulouse. En la prisión, donde he estado, me han asegurado que la partida de Louis hacia París era inminente. Si tiene que conseguir hombres e ir a Lyon, es un tiempo que ganamos.

–Sí –dice ella no muy convencida–. Mañana volveré al palacio. Hay una mujer con la que he contactado que me puede ayudar a convencer a Louis.

–Yo, mientras, pediré una audiencia con él. Diré que voy en representación de todos los navarros capturados.

–Su tío, Valois, está aquí también. Tal vez él pueda convencer a Louis.

–Lo tendré en cuenta.

–¿Y yo? ¿Qué hago yo? –pregunta Ximen.

–Tú te quedarás aquí con tu padre –le dice Guante Negro, todavía enfadado con él por haber dejado que Gracia se marchara.

–¡Vaya manera de relegarme!

–Y harás de enlace entre Guante Negro y yo –concilia Gracia–. Deberás estar atento a cuanto te digamos, para que los dos estemos informados de lo que hace el otro. ¿De acuerdo?

–De acuerdo, Gracia –dice algo más entusiasmado.

TOULOUSE, 24 DE DICIEMBRE DE 1307

Un sirviente arroja varios troncos sobre la chimenea y atiza el fuego. Louis nota con agrado cómo el calor se esparce en su entorno. No sabe por qué, pero no se puede sacar de la cabeza la mirada de Gracia. Se pregunta si Marguerite actuaría así si él fuese capturado (Dios no lo quiera). Si sería capaz de arrojarse a los pies de su enemigo y postularse como ofrenda. Sacrificar su vida, dejarse engullir por las fauces de una prisión para salvar su vida.

El sirviente se retira al mismo tiempo que llega el cirujano para tratar sus sabañones. Le aconseja que no acerque tanto las manos al fuego. El cirujano prepara un jugo con varias cebollas que ha llevado, empapa varios trapos y lo extiende por las manos de Louis.

–¿Es necesario todo esto? Me parece repugnante. Me hace llorar y luego todo el día parece que estoy envuelto en capas de cebolla.

–Creo que enseguida sanarán vuestras manos, igual que está sanando esa sirvienta vuestra. Ya sé que me dijisteis que no os interesaba mucho lo que le ocurriera, pero es que casi es un milagro. Desde que vino esa navarra y la obligó a comer, parece otra. Sus cuidados han hecho que mejore considerablemente. Ayer por la tarde, incluso dio varios pasos por la habitación.

–¿De qué navarra me estáis hablando?

–No sé cómo se llama. Tiene un nombre muy raro. Eso sí, tiene unos ojos que cuando te miran… Bien. No quiero entreteneros más, *monseigneur*. Dejad que el jugo penetre bien y, luego, vendré a retiraros los vendajes y a lavaros bien las manos.

–No hace falta que volváis. Yo lo haré.

–Como queráis. Volveré mañana.

Louis se queda pensativo. Así que Gracia ha estado con Eudeline. ¿Por qué? ¿Por qué la estará cuidando? ¿Por compasión? ¿Por interés? ¿Sabrá que Eudeline es la amante de su esposo? ¿Sabrá que espera un hijo? No, si lo supiera, no perdería el tiempo con ella. Desde que Valois le dijo que su

hermano iba a ser padre ha pensado mucho en Eudeline y ese hijo que quiso hacerle creer que era suyo. ¿Y si lo es? ¿Y si es suyo?

Su tío interrumpe sus divagaciones.

–No veo movimiento de tropas, Louis. No veo que nadie se esté ocupando del avituallamiento.

–He escrito a mi padre. Y le he pedido que me mande hombres.

–Si ese escrito no ha salido de Toulouse, os aconsejo que lo interceptéis y no deis a vuestro padre la excusa para que os trate como a un niño.

–No liberaré a los navarros.

–Obstinado sobrino. ¿No habéis entendido que no tenéis otra opción?

–Debe haberla.

–Sabéis que no y estáis perdiendo un tiempo maravilloso.

–No puedo hacerlo. Si los libero para que me acompañen a Lyon, se escaparán y ni lucharán a mi lado ni podré retornarlos a la prisión.

–¿Por qué habríais de volver a encarcelarlos? Ofreced la libertad a quien vaya a Lyon y luche a vuestro lado. Decidles que, si vencéis, conseguirán la libertad.

–Estamos en las mismas. Aprovecharán cualquier oportunidad para huir en medio de la pelea.

–Son hombres de honor. Si os dan su palabra, la cumplirán y tienen obligación de serviros con las armas si les llamáis a la guerra.

–Sería un necio si me fiara de la palabra de un hombre encarcelado que no tiene más que jurar en vano para conseguir lo que desea.

–Os bastará con la fidelidad de dos hombres y ellos harán que los demás os obedezcan. Y si alguno abandona el campo real deliberadamente, os juro que yo mismo lo perseguiré.

–Habláis de dos hombres. ¿Os referís a alguien en concreto?

–A Martín Ximénez de Aibar y a su abuelo, el alférez del estandarte real.

–¿Me estáis diciendo que mi futuro depende de esos dos agitadores? ¿Esos sobre los que vos mismo me previnisteis?

–Os aconsejé que los vigilarais –matiza, aunque puede que esas no fueran sus palabras– pero, ¿acaso os dieron problemas mientras estuvisteis en Navarra? Ellos tienen mucho peso sobre el resto de los hombres. Pensadlo bien, pero hacedlo pronto. Cada día que pasa, los comerciantes de Lyon se hacen más fuertes contra los intereses del arzobispo.

Se queda solo. Sus ojos recorren con rapidez todo el espacio que ocupan las llamas de la chimenea. El tiempo apremia. ¿Por qué ha de tomar una decisión totalmente desfavorable a sus intereses? Quería mandar un mensaje claro a su pueblo. Él es el rey. No acepta ninguna sublevación. Los nobles navarros que ha traído a Toulouse son sus rehenes. Ejemplo para que nadie en Navarra ose levantarse contra él o sublevarse a sus gobernadores y regidores. Hace sonar

una campana y enseguida aparece un escudero.

–Avisa al canciller. Dile que no envíe ninguna carta a mi padre. Luego llama a los despenseros, botilleros y a cuantos miembros de mi hostal estén aquí presentes. Que reúnan viandas, ropas y bebidas para un ejército de cien personas durante veinte días. ¡Ah! Y luego trae a mi presencia todas las armas requisadas a los navarros. Todo tiene que estar listo para partir mañana, ¿me has entendido?

–¿Mañana, *monseigneur*? Es un poco…

–¿Algún problema?

–No, por supuesto que no.

–Entonces, no te demores.

Louis se quita las vendas y las echa a la chimenea. Arruga la nariz. No le gusta el olor a cebolla. Se lava las manos mientras sus ojos se enrojecen y lagrimean. Luego se seca con cuidado e introduce sus manos en unos guantes de piel. "¡Yo que pensaba pasar la Navidad en París!".

Sale de la habitación. Recorre pasillos y atraviesa puertas, hasta llegar a la zona donde viven los sirvientes. Se acerca con cuidado. No quiere que nadie lo vea allí. Sabe perfectamente cuál es la habitación de Eudeline. Él mismo la eligió en un acto de total masoquismo contra sí mismo. La puerta está medio abierta. Por la apertura se escapa la sombra de dos mujeres. Sus voces, aunque quedas, le llegan con claridad.

–No os empeñéis. He caído en desgracia.

–Estoy desesperada y tú eres la única que le puede convencer.

Silencio.

–Eudeline, por favor. Eres la última opción que me queda.

–Perdéis el tiempo. Os he dicho que él me ha expulsado de su hostal.

–Pero, ¿por qué? No entiendo nada. Pensaba que tú… pensaba que él…

–Estoy embarazada, Crasia.

Silencio.

Gracia pregunta algo, pero Louis no puede descifrar sus palabras.

–¿Qué más da? –le oye replicar a la sirvienta.

–Está bien –claudica la dama–. No me queda más remedio que echarme de nuevo a sus pies.

–No os servirá de nada. Vos también habéis caído en desgracia.

–Sí, lo sé. Lo besé, ¿sabes? Y eso jamás me lo va a perdonar. Pero lo intentaré mientras me quede vida. Si no consigo salvar a mi esposo, mi vida no tendrá ningún sentido.

Louis escucha una pequeña risita, suave, casi infantil, que le provoca una punzada conocida en la boca de su estómago.

–Ese beso nada tiene que ver con la situación de vuestro esposo.

–¿Ah! ¿No?

–El rey hizo una apuesta con el gobernador para ver quién conseguía los besos de más damas. El problema es que él cree que vuestro esposo es mi amante y que la criatura que llevo en mi vientre es un pequeño bastardo navarro.

Louis escucha el ruido de una banqueta al caerse al suelo y se imagina a Gracia sofocada, malhumorada y con sus ojos profundos cayendo en un enorme pozo vacío.

–¿Y tiene razón?

–¿Vos también dudáis?

–No. No dudo. Pero dime algo, ¿por qué cree que mi esposo y tú sois amantes?

–Porque nos vio abrazados y su calenturienta imaginación le hizo creer cosas que no son ciertas.

–¿Abrazados?

–Yo estaba terminando de preparar las cosas para nuestra partida. Pasé por el claustro y allí me asaltó ese acólito que siempre sigue al prior del cabildo.

–¿Juan de Dios?

Silencio.

–No sé cómo se llama. Os juro que me hubiera forzado de no ser por la aparición milagrosa de vuestro esposo. Él me salvó de sus manos y de…

El rey escucha un sonido gutural de repugnancia y luego unos sollozos.

–Debemos contárselo.

–Lo intenté. Y no me creyó.

–Él…

La frase de Gracia muere y Louis no sabe si ha terminado la sentencia en un tono demasiado bajo para escucharlo él o si realmente la ha dejado inconclusa.

–¿Qué vas a hacer?

Louis escucha cómo Eudeline solloza durante un tiempo que se le hace insoportable. Aprieta los dientes y se golpea una mano contra la otra.

–¿No hueles como a cebolla? –pregunta de pronto Gracia. Louis se aparta por temor a que la navarra decida salir a investigar–. No soporto el olor a cebolla, me hace llorar. ¿Lo ves? Ya estoy llorando.

–No quiero pensar ahora en el futuro. Y vos, ¿qué vais a hacer?

–Lo seguiré allí donde vaya y continuaré arrojándome a sus pies. Gritaré en las esquinas, me pondré bajo la protección de la Iglesia…

Louis se gira. Ya no quiere escuchar más. "Así que Eudeline decía la verdad".

El frío ha calado en sus huesos. Un dolor agudo transita por su tuétano. Intenta acallarlo mientras piensa en la forma de forzar la puerta, mientras

escruta cada rincón de esa celda en busca de algo que le pueda servir. Se le acerca Iñíguez y le aconseja que pare, pero él sigue empeñado en encontrar la forma de marcharse de allí. Está frustrado y la frustración le pone irascible.

Martín deja de lado su búsqueda y se acerca a su abuelo. Es el momento del día en que más luz entra en la celda. Las únicas horas en que se pueden ver las caras y vislumbrar el efecto del paso del tiempo. ¿Estará su rostro tan sombrío como el de aquellos que comparten celda con él? No han pasado muchos días. Cuatro. Cuatro días. Está seguro de ello. ¿O son solo tres? Nunca pensó que la privación de libertad fuera tan dura ni que la monotonía de los días le hiciera perder la noción del tiempo. En esos momentos se acuerda de frey Pere y de todos los templarios encarcelados. El cuerpo de su abuelo parece ajeno a cuanto acontece alrededor. Sin embargo, pronto se da cuenta de que Fortún no está tan indiferente a su entorno como parece dar a entender.

–Martín, desde que llegué aquí he pensado mucho en mi hermano García. Él murió solo, en una celda como esta. Tal vez, en esta misma celda. Me niego a seguir su destino. Seguid buscando una forma de sacarnos de aquí –le oye decir.

–Entonces, ¿creéis que lo conseguiré?

–¿No sois acaso aquel que logró trasladar una piedra más pesada que vos mismo por el patio de nuestra casa en Sorlada?

–¿Todavía os acordáis de eso? –se sorprende.

–Algún día seréis el alférez del estandarte real, Martín. Tengo fe en ello.

Martín coloca su mano izquierda en el hombro de su abuelo y se levanta, dispuesto a seguir con su empresa.

En la celda solo se escucha el sonido de los pasos de Janáriz y el de los dedos furtivos de Martín. Fortún no se puede esconder a sí mismo que siente cierto temor. Su espíritu Almoravid le obliga a no rendirse, pero es consciente de su vulnerabilidad. La presencia de su nieto le recuerda que debe comportarse con la dignidad de su condición de caballero, con la ejemplaridad de un padre hacia su hijo y con el honor de quien ha dirigido a decenas de ejércitos a la batalla. Se niega a creer que no volverá a ver ondear al viento el estandarte de Navarra, que no sentirá de nuevo el miedo que corre por el campamento antes de una batalla, que su mano no se levantará, una vez más, dando la orden de ataque. Echa de menos esa sensación que envuelve la tierra ante el avance de la caballería. Necesita escuchar el sonido del filo de su espada cortando el viento antes de que caer sobre el cuello del enemigo. Algún día, si Dios quiere, tal vez pueda volver a vivir todo aquello. Una sonrisa se asienta en su rostro al imaginarse sobre un caballo, cabalgando al unísono con sus hermanos –García, a su derecha; Iñigo, a su izquierda– tal y como hacía cuando eran unos jóvenes en busca de sus espuelas de oro. Por un instante, piensa en sus biznietos, Ximenín y Ruy. Algún día ellos también cabalgarán

sobre el solar navarro.

"Los reyes de Francia solo nos traerán problemas", recuerda que una vez le dijo su hermano cuando entraron a reinar los de la casa de Champaña. "¡Si supierais cuánta razón teníais!".

TOULOUSE, 25 DE DICIEMBRE DE 1307

Louis ha asistido a misa a primera hora de la mañana. Mientras en las cocinas se prepara una comida especial, él anda dando vueltas por sus estancias con fatigosa reflexión. El nuevo inquisidor de Toulouse, el dominico Bernardo Gui, ha anunciado que quiere aprovechar la festividad de la Natividad del Señor para entrevistarse con él. Y su tío sigue insistiendo para que salga de una vez hacia Lyon con los caballeros navarros, tal y como le propuso Gracia. No entiende ese cambio de actitud respecto a Martín Ximénez de Aibar. Ahora Valois le asegura que debe soltarlo por sus muchos servicios prestados a la corona francesa y navarra. ¡Qué sabrá él que no ha estado en Navarra! Además, si Martín hubiera prestado esos grandes servicios a la corona que ostenta ahora en su cabeza, él bien lo sabría.

Le llaman a comer cuando todavía masculla su decisión de liberar a los navarros, porque sería como darles la razón, como reconocer que se ha equivocado. Y eso no lo hará jamás. Y, sin embargo, empieza a comprender que es su única opción. Un sirviente le avisa de que la comida está servida y de que los notables de la ciudad, sus autoridades y el nuevo inquisidor aguardan ya su presencia en el comedor. Se vuelve, buscando la aprobación de Eudeline, y se da cuenta de que hace días que la echó de su lado. También en el asunto de la sirvienta, devolverla a su hostal significaría reconocer su error. Y tampoco quiere hacerlo. Un rey no se equivoca. Nunca. Así se lo dijo el día anterior a su tío. Y este no le quitó la razón cuando se lo dijo, aunque sí matizó la rotunda afirmación de su sobrino al añadir: "Pero puede cambiar de opinión. Y sabe aprovechar las circunstancias". Estira su túnica, mitad verde y mitad roja, y pasa sus dedos por los botones de sus mangas. Aprueba el reflejo de su silueta en el bruñido espejo de la pared y sigue al sirviente.

Los invitados se giran ante él y, en un protocolario orden, son presentados mientras lo saludan. El nuevo inquisidor tiene asiento a su izquierda. Es muy hablador. Se nota que es muy versado y erudito, pero sus extensos conocimientos sobre las herejías, que comparte con Louis, terminan por

aburrirlo. Además, cuando intenta cambiar de tema, el dominico insiste una y otra vez en la importancia de los dogmas y en combatir la herejía, venga esta de donde venga. El catarismo, el valdismo, el beguinismo, el… "¿Acaso existen tantas herejías?", se pregunta el rey, hastiado.

Durante los postres, Louis se levanta con su copa en la mano. Tras dar las gracias a los presentes por compartir su mesa, anuncia que debe iniciar una campaña por obediencia a su padre, en la que le acompañarán sus tropas navarras. Ruega a todos ellos, en especial a Bernardo Gui, que recen por él y su empresa y que se acuerden de todos sus hombres de armas que han llegado desde su reino. Desde su asiento, Valois eleva su copa y le hace un guiño.

"Ya no hay vuelta atrás", piensa Louis cuando se recluye en su habitación. Lo ha dicho, ha empeñado su palabra y ha hecho que todos sus comensales juren que rezarán a Dios por el éxito de su empresa. Eso le recuerda su tío, que está sentado junto a él, disfrutando de su victoria.

–¿Cuándo vais a ordenar marchar a vuestros ejércitos?

–Os burláis de mí, tío.

–Hablo en serio, Louis –le dice con un afecto que nunca antes había utilizado con él–. Deberíais hacer llamar al alférez y a Martín a vuestra presencia y contarles ya el plan. Es sumamente importante que la revuelta esté resuelta antes de finalizar el año y…

–No hace falta que sigáis –le corta–. Hacedlos llamar. ¿Estáis contento?

Valois sonríe sin decir nada. Le va a encantar ver la cara de los navarros cuando descubran su nuevo destino.

Martín ha encontrado por fin un hueso pequeño pero incisivo con el que está intentando aflojar una piedra cercana a la puerta. Lo hace con suma paciencia. Aprovecha la conversación intencionada, subida un tanto de tono de sus compañeros, para ocultar cualquier ruido sospechoso. De pronto, se detiene. Le ha parecido escuchar pasos lejanos.

–Alguien se acerca –alerta. Todos han ensayado qué hacer si la puerta llegara a abrirse y toman posiciones para anular a quien ponga un pie en la celda.

Los pasos son cada vez más cercanos. Siente las respiraciones contenidas de sus compañeros. Su cuerpo se inclina y adelanta su pie izquierdo. Los guardianes están muy cerca. En su cabeza tiene toda la secuencia de lo que ha de hacer. Solo hay que esperar a que la puerta se abra. La llave gira, lenta. Dentro, la tensión crece. En cuanto nota que hay un resquicio abierto, Martín agarra el brazo que se asoma para intentar reducir a la primera persona que entra. Pero, para su asombro, recibe un fuerte golpe en el pecho y otro en el rostro que le hace retroceder. Varias antorchas iluminan la estancia. La repentina luz hace daño a sus ojos. Dolorido, se retira ante el avance de más de

veinte soldados. Traga saliva mientras intenta digerir la situación.

–¿Es él? –escucha mientras una antorcha casi le quema el rostro.

Dos soldados lo agarran con fuerza y atan sus manos. La gruesa cuerda se desliza entre sus muñecas y aprieta hasta casi cortar su circulación. Lo sacan de la celda. Mira hacia atrás. También han cogido a su abuelo. Este le hace un gesto y Martín recobra el control que estaba a punto de perder. Los conducen hasta una sala alargada donde un guardián espera con los pies subidos a la mesa. El joven vuelve a mirar hacia atrás, esperando ver llegar a sus otros compañeros, pero solo está su abuelo. Aguardan varios minutos que les parecen eternos, hasta que un caballero bien vestido se presenta ante ellos.

–¿Me recordáis? –le pregunta a Martín.

–Sí –contesta, reconociendo a Valois.

–El rey, mi sobrino, quiere veros. Os voy a conducir a la parte noble del palacio. Si intentáis cualquier tontería, he dado órdenes de que os maten. ¿Está claro?

Asiente, preguntándose por qué Louis quiere verlos. La punta de una espada se clava en su clavícula como si su asentimiento no fuera suficiente para probar que está dispuesto a obedecer. Escoltados por seis soldados, entran en la estancia, donde les aguarda el rey. Louis está de espaldas. Mira por la ventana. Parece concentrado en algo que ocurre más allá de esos aposentos. Valois se acerca a él y le dice algo al oído. Louis se gira muy lentamente. No disimula su gesto de desagrado al verlos.

–Vuestro juramento, ¿sirve de algo?

Abuelo y nieto se miran de reojo sin saber muy bien qué contestar.

–Me jurasteis fidelidad como señor natural de Navarra. Jurasteis que me asistiríais en la guerra, que marcharíais conmigo. Vuestro juramento, ¿sigue en pie?

Martín se dispone a replicar, pero su abuelo se le adelanta.

–Fuimos a buscaros a París, os ofrecimos la corona de vuestra madre y os alzamos rey en la catedral. Os juramos lealtad al grito de ¡Real, Real, Real! Y hemos sido encarcelados. Si nuestro juramento nos lleva a la cárcel, decidnos, *monseigneur*, ¿hemos de seguir atados a ese juramento?

El rey parece no hacer caso de las palabras de Fortún, pues habla como si siguiera su propia línea argumentativa.

–Marcharéis conmigo a Lyon a sofocar una revuelta. Todo aquel que me siga, podrá regresar a Navarra si nuestra empresa fructifica. Decid eso a todos los navarros que están con vosotros. Os doy mi palabra de que os dejaré libres al concluir y os juro también que, si alguien deserta, será perseguido y muerto por las fuerzas de mi padre y de mi tío. Me reuniré con todos aquellos que me quieran seguir dentro de una hora en el patio de armas. Ese es el tiempo que tenéis para convencer a vuestros compañeros, porque partiremos de inmediato.

Y si alguno intenta algo contra mi persona o se comporta de tal manera que hace que esta misión fracase, juro que no habrá lugar en Francia y Navarra donde pueda esconderse.

–Yo responderé por mis hombres.

–¿Vuestros hombres?

–Como alférez, al menos lo era cuando salí de Navarra, respondo de los hombres que se pongan bajo el estandarte real.

–Una hora, alférez. Quiero ver a mis hombres en formación y dispuestos a marchar.

Martín aprecia el brillo en la mirada de su abuelo. Sabe cuándo un guerrero está dispuesto para una nueva empresa y no puede negar que Fortún ha recogido el guante lanzado por el rey. Convencerá a los nobles navarros encarcelados y los conducirá a Lyon. Hay muchas cuestiones que se han quedado en el aire. Aunque ahora Martín se pregunta contra quién deberán luchar y cómo es la ciudad a la que van a aproximarse, espera que todas esas preguntas sean respondidas en breve. La libertad a cambio de librar una guerra. Todavía tardará en regresar a Navarra, pero ahora sabe que lo hará.

Louis tiene dos asuntos pendientes. En realidad, tiene varios frentes abiertos, pero hay dos temas que quiere tratar antes de partir hacia Lyon. No dispone de mucho tiempo, así que se apresura. Recorre los pasillos hasta llegar a la puerta de Eudeline. Levanta la mano derecha para llamar y anunciar su presencia, pero se arrepiente. ¿Desde cuándo el dueño de la casa ha de llamar para que le abran? Al entrar, encuentra a la muchacha sentada cerca de la ventana. Tiene las manos en el regazo. Ella lo mira un instante y después aparta la vista sin decir nada. De su rostro, no se mueve ni un músculo. No le cuesta reconocer en ella a la mujer que excitaba sus deseos, a la alegre muchacha que sabía comprenderlo sin límites. Le abrasan sus ojos que no le miran. Le atormentan las manos que no le acarician. Contrariamente a lo que ha pensado, es duro decir adiós. "¡*Mordiable*!". Pero ha traspasado dos límites. Uno crece en el vientre de Eudeline. El otro mora todavía en sus carnes, testigo de una mano que se alzó contra ella sin merecerlo. Como rey, no puede reconocer que se equivocó, aunque se arrepienta. Por eso ha de abandonarla.

Le gustaría que ella dijera algo. Pero no se mueve. Solo sus pupilas cambian y se posan en sus ojos cuando se coloca frente a ella. Y esa mirada le quema, porque le transmite, a la vez, sentimientos de odio y de amor.

–Nunca os faltará nada ni a tu hijo ni a ti. Pero comprenderás que no puedes regresar a la corte conmigo.

Con movimientos pausados, Eudeline se pone en pie y lo rodea. Louis se siente incómodo y le pregunta qué hace. Pero ella no contesta hasta completar su examen.

–¿Queréis que le hable de vos?

–Nunca negaré que es mi hijo.

–¿Ya no creéis que es de Martín?

–No –le contesta tras una pausa.

–¿Qué os ha hecho cambiar de parecer?

–Tú –le dice sin más explicaciones y ella tampoco se las pide.

–Esta será la última vez que nos veamos. Eso es lo que habéis venido a decirme.

Las aletas de la nariz de Louis se ensanchan. Él aparta la mirada, temiendo que Eudeline pueda entrever sus sentimientos. No sabe muy bien qué decir, pues la frase que acaba de pronunciar bien puede ser una pregunta o una afirmación. "Esta será la última vez que nos veamos". La sentencia lo precipita a la verdad. Por mucho que él quiera, por mucho que la curiosidad le oprima el pecho, acaba de darse cuenta de que es bastante probable que nunca conozca a ese vástago que se gesta en el vientre de una sirvienta. Pero es rey y, si quiere, podrá verlo cuando lo desee. Se acerca a ella, en un gesto que antaño fue de familiaridad y que ahora parece inadecuado. Eudeline se aparta, echando su cuerpo hacia atrás.

–No sabéis cuánto odio despertáis en mí.

Un rayo de ira traspasa su iris a toda prisa. Pero hoy ha decidido ser benévolo.

–He dispuesto todo para que te acojan en Vernon –le dice, entregándole una carta con su sello. Nada te faltará mientras yo viva.

Eudeline no hace amago de tomar la carta, así que Louis la deposita sobre el humilde camastro.

–Pregunta por Hugues de Vernon –insiste, mirándola por última vez a los ojos, para después descender la mirada hasta su vientre.

Esta vez, Guante Negro no ha permitido que Gracia se desplace sola hasta el Capitol, a pesar de que ella le ha insistido y le ha contado con todo lujo de detalles dónde estará y a qué hora. A pesar, también, de que le ha jurado que no hará nada que la ponga en peligro. Se encuentran próximos a la entrada del Capitol cuando una patrulla pasa a su lado. Poco después, otro contingente de hombres se abre camino a paso ligero.

–No me gusta este movimiento de tropas –advierte Guante Negro.

Gracia siente una punzada en el pecho. El tiempo se está agotando. Si el rey se marcha de Toulouse, las esperanzas de conseguir la libertad de los navarros disminuyen. Clava sus ojos en su acompañante.

–Sé que os he jurado que no intentaré ver al rey, Guante Negro. Pero tal vez…

–De acuerdo –accede–. Pero os acompañaré.

Se dirigen a la parte de atrás cuando una patrulla se acerca a ellos. Sin mediar palabra, los amenazan con sus armas y se los llevan a empellones. Gracia trata de hacerles entender que solo quiere ver a Eudeline, pero nadie parece escucharle.

–¡Gracia! –le llama él, intentando transmitirle calma.

–¡Guante Negro! –le contesta ella con la voz más firme que puede.

La empujan, conminándola a andar más deprisa. El grupo de soldados que la custodia la aleja de su acompañante. Mira hacia atrás y ve cómo Guante Negro intenta zafarse de ellos, sin conseguirlo. A la fuerza, lo obligan a hincar sus rodillas y lo inmovilizan en el mismo sitio mientras a ella la llevan lejos.

–¡Guante Negro! –esta vez grita lo más fuerte que puede. Le parece escuchar respuesta poco después, pero para entonces ya han doblado la esquina y el rastro del caballero ha desaparecido.

Comienza a estar atemorizada. La conducen casi en volandas, a través de varios pasillos y estancias del interior del Capitol. Empieza a rezar en silencio, resistiéndose. Se abre una puerta delante de ella y la arrojan al interior de la estancia. Del impulso, cae de rodillas, golpeándose fuertemente en ellas. Un mechón de su pelo resbala sobre su rostro.

–¿Es así como os presentáis ante vuestro rey?

Gracia mira hacia arriba. En el otro lado de la habitación se encuentra Louis.

–*Monseigneur*, ¿me habéis hecho llamar? –la palabra, perfectamente pronunciada le hace gracia al monarca.

Se acerca y le tiende la mano. Ella duda un instante, pero viendo que la mano del rey sigue tendida, extiende la suya. Entonces le llega un cierto olor a cebolla, que le recuerda la charla que mantuvo hace poco con Eudeline. Se pregunta si el propio Louis estaría escuchando su conversación, pero, después, aparta ese pensamiento de su cabeza, por ilógico e imposible. Al ver sus manos, comprende que el cirujano se las trata con jugo de cebolla y, de ahí, el olor.

–He decidido tomar a bien vuestras reclamaciones y excarcelar a vuestro esposo.

El rostro de Gracia se enciende y esboza una leve sonrisa. Exhala aire de golpe, como si acabara de darse cuenta de que no había respirado desde que ha entrado en la habitación. Se arroja a los pies de Louis, dándole las gracias una y mil veces. Y, entonces, se acuerda de los demás. Se levanta despacio y pregunta por ellos; por Fortún y los demás navarros.

–¿Queréis verlos?

–Sí, *monseigneur*. Nada me agradaría más.

Louis la toma de la mano y la conduce hasta la ventana. A través de ella, ve el patio de armas donde decenas de hombres están formando. Rebusca con la

mirada hasta que lo ve. Está pertrechado con su equipación militar, aunque lleva una curiosa sobrevesta con las armas de Navarra y Francia que Gracia desconoce. Levanta su mano, como si quisiera saludarlo, pero él está inmerso en múltiples quehaceres y nada sospecha de su presencia en Toulouse.

–Parece que se preparan para una batalla.

–Y lo hacen.

–¿Acaso hay una guerra?

–Un motín. En Lyon. ¿No recordáis?

Asiente mientras rememora su primera conversación en Toulouse con el rey.

–¿Está Lyon cerca de Toulouse?

–No.

Louis se queda en silencio, como si quisiera permitir que Gracia sacara sus propias conclusiones.

–Entonces, os lleváis a los navarros con vos a Lyon… –dice para sí, para hacerse a la idea, pero no tan bajo como para que el rey no la oiga.

–Tal y como me sugeristeis, Crasia. Me dijisteis que eran los más valientes y más nobles.

–Y después, ¿volverán a Navarra?

–Aquellos que sobrevivan lo harán; si ellos quieren. En cuanto a vos, ¿estáis dispuesta a pagar el precio que asumisteis por la libertad de vuestro esposo?

Su rostro se ensombrece. Se le hace difícil tragar saliva en este momento. En un instante intenta abarcar todo lo que ha ganado y todo lo que ha perdido. Por fin, se atreve a mirar al rey a los ojos. El azul de sus iris palpita en agitado compás. Ya no parece quedar en él nada del niño que llegó a Navarra hace unos meses. Extiende sus brazos y ofrece sus manos en señal de rendición.

–Lleváosla.

La orden no le pesa tanto como había esperado. Nunca se había planteado morir en una prisión. Y mucho menos, hacerlo tan lejos de Navarra. ¿Qué será de Guante Negro? ¿Qué hará Ximeno? ¿Será capaz de sobreponerse a su ebriedad? ¿Y qué será de Ximen? Se mira las manos con la sensación de que el tiempo se le ha escapado entre los dedos. Por un instante, le parece estar flotando. Pero esa sensación se pierde pronto. Le entra un escalofrío mientras los guardias vuelven a poner sus manos sobre ella.

–¿Me odiáis? –escucha que le pregunta el rey.

Se gira y mira a Louis por última vez.

–Esta será la última vez que nos veamos, *monseigneur*. Y no creo que os interesen lo más mínimo mis sentimientos. Pero, si de verdad queréis conocerlos, os lo diré. Lo único que siento ahora mismo por vos es una honda pena. Solo puedo desearos que os suceda todo aquello que os merecéis.

El rey la abofetea. Se le saltan las lágrimas por el dolor, pero ningún quejido

sale de su boca. Los soldados la empujan y la obligan a caminar hacia la salida. Ella se revuelve y consigue girarse y hacer una leve reverencia.

–Si queréis un consejo, vuestros sabañones se curarán mejor con aceite de lavanda en vez de con jugo de cebolla.

Momentos después, alguien abre una celda. La arrojan a su interior y todo a su alrededor se queda a oscuras.

Martín mira al frente. El viento le golpea el rostro y él se deja mecer por su fuerza. ¡Cómo saborea la recién recobrada libertad! No entraba en sus planes terminar haciendo la guerra en Francia. Pero es un hombre de armas y, como tal, se debe a su señor y rey. Todavía se maravilla de la facilidad con la que el alférez ha convencido a todos los navarros cautivos en Toulouse para que lo sigan, a él y no a Louis, hasta Lyon. Todavía no saben a quién se enfrentarán ni con cuántos hombres marchará el rey. Solo sabe que su abuelo miraba la intendencia con ojos reprobatorios y gruñía cada vez que alguien aludía a ella mientras se preparaban.

Puede sentir la tensión que se extiende entre los hombres allí reunidos, el compañerismo que se asoma mientras se miran y el buen humor con el que todos afrontan un destino incierto, al final del cual puede que solo aguarde la muerte.

El rey aparece en el patio de armas y un murmullo abrumador irrumpe en el pequeño espacio. Los hombres golpean el suelo al grito de ¡Navarra, Navarra, Navarra! A Louis se le ve enaltecido, recreándose en su propia vanagloria. Da la señal. Las columnas se ponen en movimiento. Unos pocos curiosos se han acercado para ver al ejército navarro del rey. Valois ha aportado también algunos hombres.

–¡Martín! –escucha, pero no encuentra a la persona que lo llama.

"¿No es esa la voz de mi hermano?".

–¡Martín!

–Ximen, ¿qué demonios haces aquí?

–Hemos venido a sacaros de la prisión.

–¿Hemos?

–Sí, Guante Negro…

–Escucha. No tengo tiempo –le interrumpe–. Debéis volver a Navarra. Nosotros vamos a luchar con el rey a Lyon y de allí regresaremos a Navarra. ¿Me has escuchado bien? Dile a nuestro tío que debéis retornar.

–Sí, pero…

–Sal ya de aquí, o acabarás engrosando las filas de este ejército y no te podré salvar. Si el rey ve que te sales de la formación, pensará que desertas y ha ordenado matar a todo aquel que intente huir antes de pelear a su lado. Nos veremos pronto –le asegura, cogiéndolo con ambas manos del cuello y

acercando su cara–. Ahora, vete –lo empuja y le obliga a salir de la formación.

Regresa a su columna mientras mira hacia atrás. La cara de su hermano está pálida y triste. Parece indeciso. Le hace un leve gesto con la mano, que mantiene hasta que desaparece de su vista. ¡Así que Guante Negro y él han venido para sacarlos de la cárcel! ¡Menuda historia!

No sabe cuánto tiempo ha pasado desde que la han metido en la celda. Lo odia, sí. Odia a su rey. Odia al hombre que ha jugado con ella, que le hizo creer… Se da cuenta de lo estúpida que ha sido. Añora a Ximenín y Ruy, pero sabe que están en buenas manos con Johana y Ortissa. En cuanto a Martín, pronto regresará al reino y cuidará de todos ellos.

Un ruido en la puerta la pone alerta. Siente miedo. La puerta se abre. Un carcelero la agarra fuerte. Sus manos sucias se arrastran por su piel. Le tiembla todo porque sabe que no puede hacer nada, que está a merced de ese hombre y ahora Garra no está con ella para defenderla. Forcejea con su vestido. Gracia intenta hacerse fuerte dentro de su propia cabeza.

–No –le dice, aunque sabe que es inútil–. Pero es un no que se dirige también a ella. Ese no es su resistencia. Odia a Louis. Odia al rey que un día fue alzado en el pavés ante decenas de navarros. Odia al hombre que le hizo bordar hasta agotarse flores de lis, las armas de Navarra y las de Bourgogne y ese maldito río cuyo recuerdo solo traerá aciagas melodías a su memoria.

Chilla y le araña, pero no puede desasirse de su contacto. Grita hasta quedarse ronca. Le repugna sentir sus labios sobre su cuello. Le falta el aire. El hombre la tira al suelo y la obliga a abrir sus piernas. Se desgañita. Intenta morderle. Pero el otro la golpea con furia. Las lágrimas resbalan hasta inundar el suelo. Y, cuando piensa que ya no va a poder resistir más, la fuerza del hombre desaparece.

–¡Mal nacido! –escucha.

Al verse libre, se arrastra hasta la pared, pero es incapaz de ponerse en pie.

–¡Guante Negro!

El caballero no tarda en deshacerse del carcelero. Se acerca a ella y se agacha a su lado.

–¿Estáis bien?

Gracia se agarra a su cuello y esconde la cara en el hueco de su hombro. Él acaricia sus cabellos con su mano izquierda, envuelta en un guante negro.

–Vámonos de aquí –le dice cogiéndola en brazos.

En la posada, Ximen los aguarda con impaciencia. Al ver el rostro de Gracia, se queda totalmente preocupado, a pesar de que esta le asegura que está bien. Se encierran en su habitación. Más calmados, mientras Guante Negro limpia las heridas de la joven, los tres desentrañan su parte de la historia, con un

Ximeno callado y somnoliento. La parte más curiosa es la que concierne a Guante Negro.

–Cuando nos separaron los guardias –comenta–, me llevaron a una sala donde aguardaba un hombre. Me dijo que se llamaba Charles Valois y que era el tío del rey de Navarra. Hablamos en latín. Me dijo que Louis os había encerrado como garantía para que Martín lo obedeciera y que le había dejado a él encargado de liberaros en cuanto las tropas partieran de Toulouse. Cuando llegó el momento, me dio instrucciones y la llave para ir a buscaros.

–¡Pero me hizo creer que me iba a dejar presa toda la vida!

–Mañana regresamos a Navarra –afirma contundente Guante Negro.

Gracia está dormida, cuando escucha golpear en su puerta. Sobresaltada, pregunta quién llama. Al otro lado, la voz de Ximen la pone en alerta. Al acercarse para abrir, escucha el griterío que le llega desde fuera y comienza a alarmarse.

–¿Qué sucede?

–Es padre.

Se coloca la capa por encima antes de salir, al sentir el frío de la noche. En la sala que hace de comedor, un exaltado Ximeno discute con el posadero. Su cuñado le hace un breve resumen.

–Padre ha bebido más de lo que puede pagar y el posadero exige que salde su deuda. Gracia, no me queda nada del dinero que me asignasteis. Pensaba saldar la deuda yo mismo, pero al ir a buscarlo, el dinero no estaba. Mucho me temo que padre se haya hecho con él y lo haya malgastado.

–¿Has avisado a tu tío?

–Creo que, en este asunto, tanto al posadero como a padre les irá mejor con vuestra ayuda que con la de mi tío. Y a mí, también.

–Tranquilo, Ximen. Resolveremos esto.

Gracia se mete en medio de la discusión entre su suegro y el posadero. Este amenaza con denunciarlos si no pagan lo debido. Ximeno le llama embustero. Gracia pide silencio.

Está claro que Ximen tiene razón. Si Guante Negro se despierta, correrá la sangre y mucho se teme que no le importará que sea la del posadero o la de su cuñado.

–¿Cuánto os debe mi suegro?

En cuanto escucha el montante, se da cuenta de que se trata de una deuda imposible de saldar.

–¡Miente! –le dice Ximeno–. ¡Exagera! –su tono delata su estado de embriaguez.

–Dejad que yo me ocupe.

–¿Acaso creéis que no soy capaz de solventar mis asuntos?

–Creo que me gustaría ayudaros y creo, también, que deberíais dejar que lo haga. Ximen, ¿quieres llevarte a tu padre afuera para que le dé el aire?

El aludido cede y se deja llevar por su hijo. Gracia se queda a solas con el posadero y le asegura que siente todo lo que ha sucedido.

–No queremos causaros problemas. Nos iremos mañana a primera hora. Aceptad esta cantidad –le dice entregándole parte de lo que había separado para pagar el rescate de los prisioneros.

–No es suficiente –le asegura con avaricia.

Gracia baja la cabeza. No puede darle más dinero. Lo necesitan para regresar a Navarra.

–Os entregaré también este broche –le dice, quitándose el que sujeta su capa y mostrándoselo sin dejar que lo toque–, si mañana nos preparáis algo de comer para proseguir camino.

Tras pensárselo un rato, el posadero asiente y se levanta.

–No quiero veros más por aquí.

Gracia se queda sola y suspira aliviada. Sobre el crepitar del fuego le parece escuchar un ruido a sus espaldas. Se gira, pero no ve a nadie. Se levanta ella también y sale fuera. Al verla, Ximen parece reconfortado.

–Entremos, padre –le dice Gracia, agarrándolo del brazo–. Aquí hace mucho frío.

La joven lo dirige al cuarto que comparten padre e hijo. Lo acuestan entre los dos. Coge una banqueta y se sienta al lado de su suegro, cogiéndole de la mano. Sopla la vela. La habitación, la posada, Toulouse… todo se queda en silencio. En la oscuridad, trata de poner en orden lo ocurrido, pero se queda dormida apoyada en la mano de su suegro.

LYON, 31 DE DICIEMBRE DE 1307

La de Lyon no es sino una de las muchas revueltas que vienen sucediéndose en la ciudad durante el último siglo. Disputas entre el poder eclesiástico, con el arzobispo y los canónigos a la cabeza, quienes poseen los poderes políticos y jurídicos, frente a la emergente burguesía; comerciantes, principalmente pañeros, paleros y abogados.

El guardián, así se conoce a la persona que se encarga de informar al rey de Francia en persona de los asuntos de Lyon, sale a recibirlos. Se apresura a guiarlos y los acompaña hasta su alojamiento. Louis les ha dicho que permanezcan alerta y en perfecta formación mientras él se reúne con el guardián. A la entrevista convoca también al alférez.

En espera de órdenes, Martín observa las aguas tranquilas del Saône desde la altura de la colina Forvière. Está algo decepcionado. Pensaba que iba a participar en un asedio, que se iban a medir a un ejército poderoso, que iba a haber botín de guerra. Y se encuentra con lo que al parecer es una pequeña revuelta de unos comerciantes que llevan años de disputas con la Iglesia para controlar la ciudad. Con un poco de suerte, el asunto se puede encauzar sin grandes problemas.

Fortún se acerca por la espalda y lo llama. Juntos van al encuentro de Iñíguez. Una vez que están los tres a solas, el alférez les cuenta en qué ha consistido el consejo de guerra. Cuando pronuncia esta expresión, se le salta la risa porque, como les comenta, pretender que esta revuelta pueda tratarse como una guerra y necesitar de un consejo de guerra, no es sino para que a un curtido guerrero le dé por reír.

–Le he aconsejado al rey que extienda el rumor de que esta no es sino la vanguardia de un ejército mucho mayor que prepara su padre. Hemos quedado en formar patrullas para controlar las calles y que no haya asaltos ni saqueos. Al parecer, los comerciantes han levantado barricadas en el puente del Saône. Teníais que haber visto al guardián. No paraba de persignarse mientras aseguraba que teme que los comerciantes vuelvan a intentar asaltar el claustro de Saint Jean como hicieron en 1269. Le he jurado al rey que controlaremos las calles y que no provocaremos nosotros ningún desmán. No podemos robar

ni saquear, pero en caso de que nos ataquen personalmente, entonces sí podemos responder y quedarnos con cuanto lleven los atacantes. Voy a comunicárselo al resto. Quiero que vosotros dos os encarguéis de formar los grupos y los dirijáis personalmente. Martín, vos os haréis cargo del turno de noche y vos, Iñíguez, del de día.

Louis observa el movimiento de su pequeño ejército. No ha conseguido reunir al centenar de unidades que pretendía. Pero, al menos, su tío le ha prestado algunos hombres con experiencia que suplen al bajo número de participantes. Ha hecho correr el rumor de que su padre lo apoyará con un gran ejército que está ya en camino, como le ha sugerido Fortún. Le parece una buena estrategia que puede dar sus frutos en unos días. Espera que no muchos, porque si no, alguien empezará a darse cuenta de que todo era un bulo. En cuanto a negociar, tal y como han sugerido el guardián y el alférez, no le apetece mucho, pero ha de reconocer que tal vez su mermado ejército no sea suficiente para controlar a todos los burgueses, por lo que tampoco tiene que desechar la idea.

Examina a su contingente y escruta personalmente a Martín Ximénez de Aibar. Han formado varias patrullas y parece instruirlas sobre cómo deben actuar. Él mismo pasa revista y comprueba que todos los hombres están debidamente armados. Decide bajar y pasearse entre ellos.

Cuando llega, los navarros dejan lo que están haciendo y aguardan en perfecta formación las instrucciones de su señor natural. Louis se pregunta si debería decirles unas palabras. En ese momento, Fortún se le acerca y justo le hace esa proposición. Louis toma aire.

–Os he traído conmigo para sembrar la paz en Lyon. Ese es mi deseo y esa es la orden que os doy. Pacificad esta ciudad y regresad en concordia.

A su corto discurso, le sigue un estrepitoso clamor. Parece que sus hombres están dispuestos a dejarse oír. Y eso le complace. Los gritos de "¡Louis, Louis, Louis!" se extienden hasta la orilla del río. Espera que los sublevados que han tomado el puente del Saône los oigan y tiemblen. El rey está aquí.

Martín regresa al alba a la colina Forvière después de que la primera patrulla de Iñíguez le dé el relevo. Ha sido una noche de frío, aunque no tanto como el que recuerda haber sentido en su prisión. Ha habido algunos conatos de vandalismo, sofocados con prontitud. Entre sus hombres no ha habido ninguna baja. Y, aunque ha tenido que sacar su espada en un par de ocasiones, no ha llegado a tocar carne en ninguna de ellas. La ciudad parece ahora amanecer bajo una tensa calma. El humo de las barricadas se ha disuelto en la noche y sobre la orilla del Saône se levanta una pequeña niebla. Espera a que regresen todas las patrullas y él mismo toma buena nota del informe de cada

una de ellas para dar el parte al alférez.

–¿Novedades? –le pregunta su abuelo.

–Tan solo incidentes menores. Un par de ataques con armas arrojadizas desde las barricadas y ventanas, que no han causado daños.

–Id a descansar. Os buscaré si os necesito.

Martín se dirige a la habitación destinada a dormitorio. Se trata de una sala alargada, con camas preparadas en el suelo. Elige una al fondo y se tumba. No tiene mucho sueño. El frío y la excitación de la noche todavía lo mantienen fresco y demasiado alterado como para relajarse y caer rendido. Da vueltas. Muy cerca de él se instalan aquellos que han patrullado durante la noche a su lado. Tampoco ellos parecen tener sueño, pues, en corros, comentan sus experiencias. Se duerme bajo el murmullo de las voces roncas.

Nunca ha visto un león, pero en su sueño, sabe que ese animal que tiene enfrente es uno de ellos. Lo mira aparentemente tranquilo, aunque sabe que le va a atacar. No tiene ningún arma a mano y cualquier enfrentamiento será mortal. Echa a correr y el león sale tras él. Es un animal veloz, poderoso. Siente su aliento muy cerca y sabe que en cualquier momento se va a lanzar sobre su espalda y lo va a tirar al suelo. Cuando lo hace, la primera de sus patas aterriza sobre su hombro izquierdo. Es una zarpa gruesa, cálida. Varios embates lo zarandean. Escucha una voz lejana y se aferra a ella.

–¡Martín! ¡Martín! ¡Despertad!

–No hace falta que me sacudáis más del hombro –le pide a Iñíguez con una extraña sensación.

–El alférez os reclama. Los burgueses han pedido al rey que haga de interlocutor entre ellos y los canónigos. Estos también han aceptado.

Martín se coloca su cinturón y su espada y coge ropa de abrigo. Luego sigue al lugarteniente. Se lleva la mano derecha al hombro izquierdo y se lo masajea. Fuera, está nublado. Su abuelo lo espera en el patio exterior. Los navarros comen, beben y juegan en corros. Fortún le hace un gesto con la mano. Desciende con él la colina de Forvière y caminan perpendiculares al río Saône. Los restos del humo de las barricadas nocturnas todavía se extienden por las calles adyacentes. Fortún le confirma lo que ya le ha explicado el lugarteniente. Louis espera que sean ellos quienes garanticen el orden mientras dura el encuentro entre las dos partes enfrentadas. Se han citado en la iglesia de Saint Jean. Martín observa cómo su abuelo lo ha planificado todo al detalle. Varios soldados navarros están apostados en lugares estratégicos. Al rey, sin embargo, le siguen solo sus hombres de confianza franceses. Se prepara para una larga espera cuando un comentario de su abuelo lo sorprende.

–El rey ha pedido que lo acompañéis en representación de los hombres de Navarra.

–¿Por qué yo? ¿No sería más lógico que fuerais vos?

–Lo ha pedido expresamente. Id allí. Estad atento y luego nos lo contáis todo.

Obedece. Las armas de Francia y de Navarra lucen en su sobrevesta. Un rayo de sol se cuela entre las nubes y roza el pomelado de su emblema. Se acerca al rey. Este lo mira un instante sin decir nada. Cuando penetran en la catedral, le asombra el silencio solemne que transmite y que ni siquiera el sonido de los pasos de decenas de hombres puede penetrar.

Se instalan en una sala rectangular. Louis ocupa la cabecera. El representante de los canónigos se sienta a la derecha del rey y el de los comerciantes, a su izquierda. Martín toma posiciones de pie, detrás de Louis.

La reunión es larga. Hay muchas discusiones que el joven Aibar sigue con atención. Louis interviene para calmar los ánimos. A veces se levanta. Habla con uno, pone su mano sobre el hombro del otro. Martín descubre a un Louis diferente del que salió de Navarra. Y se sorprende de su volubilidad. A media tarde ambas partes llegan a un acuerdo. Se estrechan manos y se firma un acuerdo.

Los representantes de las dos partes en conflicto se marchan juntos. El rey se gira hacia él.

–Martín, entregadme vuestras armas –le ordena.

Obedece. Entrega su espada a la mano tendida sin cuestionar nada.

–Vos y yo tenemos algunos asuntos pendientes –Martín se queda en silencio, aguardando las palabras de su señor–. Vuestra esposa estuvo en Toulouse.

–¿Gracia?

–¿Cuántas esposas tenéis?

–Solo una, *monseigneur*.

–Me imploró por vos, se arrojó a mis pies y los llenó de lágrimas. Me dijo que la encarcelara a ella y que os soltara a vos. Y eso hice.

Aprieta fuerte los labios para contener su ira. El azul claro de sus ojos se enciende un instante mientras los del rey chisporrotean. Se deja caer de rodillas. Ahora entiende por qué Louis le ha quitado sus armas.

–Devolvedme a la prisión y dejadla libre a ella. Os lo ruego. Imploro a vuestra misericordia.

–Las conversaciones han ido bien. Mañana, se rubricará el acuerdo entre burgueses y canónigos y vos regresaréis a Navarra.

–Por favor, *sire*. Haré cuanto me ordenéis, pero no regresaré a Navarra sin ella.

–¿Por qué suplicáis así por la vida de una mujer que no vale nada? ¿Una mujer que, como todas las demás, estaría dispuesta a agradar a su rey con tal de medrar en la corte?

–Lo que haya habido entre vos y ella no es de mi incumbencia. No quiero

saberlo –dice cabizbajo, pero mostrando entereza, a pesar de estar confirmando lo que sospechaba–, pero juré defenderla el día que nos desposamos.

–¿Qué haréis con ella si la suelto?

–Eso, *monseigneur*, no es de vuestra incumbencia.

–Debería haceros azotar por vuestra insolencia, como debí haberlo hecho con ella cuando se atrevió a rechazarme. ¿Sabéis qué me dijo? Me dijo que seguramente no me gustaría que ella engendrara un bastardo que luego pudiera disputar el trono de Navarra a mis hijos legítimos.

–Entonces, ¿no estuvo con vos?

–Vuestra esposa no es la clase de mujer a la que invitaría a mi cama, pero he de reconocer que sabe besar hasta hacer encender el deseo. Después de despegarme de sus labios, pasé la mejor noche de mi vida con… Eso no os incumbe. Regresad mañana a Navarra. Crasia estará ya cerca de sus fronteras. Ordené que la pusieran en libertad en cuanto nosotros dejáramos Toulouse.

–Gracias, *monseigneur*.

–Podéis levantaros ya, pero hay una cuestión más sobre la que quiero preguntaros. Sé que fue Juan de Dios quien intentó forzar a una de las sirvientas de mi hostal –Louis coloca la mano sobre su hombro izquierdo; el mismo en el que el león ha imprimido su huella en su sueño–. Y sé que fuisteis vos quien la protegisteis.

Martín asiente sin añadir ninguna palabra. ¿Qué agradecimiento ha de esperar por defender a una sirvienta, aunque esta sea la amante del rey?

–Regresad a Navarra, Martín. Regresad y proteged mi reino.

–Protegeré Navarra, tal y como me pedís.

–Creo que todos nos merecemos una celebración.

Martín cree que Louis no es fácil de entender. Su abuelo le ha contado cómo de par de mañana ha salido a patrullar con ellos, se ha colocado en primera línea y ha retado a cuantos estaban en la barricada a enfrentarse a él. Fortún le ha asegurado que se ha sentido decepcionado cuando nadie ha contestado a su desafío y que, por un momento, ha temido que fuera capaz de saltar por encima de las llamas con su propio caballo. Sin embargo, ha de reconocer que, cuando se trata de celebraciones, Louis sabe cómo hacerlo. No ha faltado el vino ni los asados ni la música. No recibirán ningún emolumento por su ayuda en Lyon, pero al menos, se llevarán un grato recuerdo del festejo. Tiene ganas de ver a sus hijos y ningún león le va a impedir regresar a Navarra.

SAN JUAN DE PIE DE PUERTO, 31 DE DICIEMBRE DE 1307

La nieve es copiosa y los caballos tienen dificultades para avanzar. Y lo peor de todo no es el clima adverso, que probablemente los retenga en San Juan de Pie de Puerto más tiempo del que pretendían, sino el estado de Ximeno. Gracia está preocupada por él. Desde que salieron de Toulouse, su suegro se muestra irritable, nervioso y tiene arrebatos de pánico. En ocasiones grita y señala al aire como si viera demonios. Ahora, además, se encuentra enfermo. Hace ya algunas leguas que cabalga tumbado sobre su caballo, al que le han atado para que no se caiga. Las ráfagas de viento arrecian y golpean sus cuerpos regalándoles gélidas descargas que penetran a través de sus ropajes.

–Allí –grita Guante Negro, señalando hacia su izquierda.

Gracia aguza la vista. Entre la nieve cree ver lo que parece la forma de un tejado. San Juan de Pie de Puerto los recibe con silencio. No hay nadie por las calles y los copos de nieve caen ahora con fuerza. Les cuesta encontrar alguien que les abra la puerta y sus peticiones de asilo son recibidas con cierto recelo, enviándolos de un sitio a otro. Por fin, Gracia encuentra una casa donde les conceden refugio, pero el precio que piden es demasiado alto.

–Habéis estirado el dinero cuanto habéis podido, Gracia –Guante Negro se pone delante de ella, cerrando su puño sobre las escasas monedas que le quedan–. Sé lo que tuvisteis que hacer para pagar las deudas de mi cuñado.

–¿Cómo lo sabéis?

–Sus gritos me despertaron y me asomé dispuesto a intervenir. Como acertadamente dijo mi sobrino, si lo hubiera hecho, habría utilizado mi espada y, probablemente, o el posadero o Ximeno no estarían hoy vivos. Esto es lo que me queda a mí.

–No puedo aceptarlo –a pesar de su negativa, Guante Negro pone las monedas en su mano y la cierra.

Tío y sobrino salen en busca de algo de leña para encender un fuego.

–Tío, ¿puedo haceros una pregunta? –Guante Negro asiente–. Está mal

enamorarse de una mujer que no te corresponde, ¿verdad?

Tras sentir una punzada en el corazón, como si le hubieran clavado una daga, calcula su respuesta. Mira a su sobrino de hito en hito antes de atreverse a contestar.

–No es malo enamorarse. De hecho, si ha de suceder, creo que sería del todo imposible luchar contra esos sentimientos.

–Pero, ha de haber algún modo de poder hacer que no te atormente el corazón.

–Ximen, ¿qué es exactamente lo que te atormenta? Puedes confiar en mí.

–Y confío en vos, tío. Por eso os estoy haciendo esta confidencia. Es… –titubea–. Es Gracia, tío. Creo que me he enamorado de ella.

Guante Negro vuelve a sentir esa punzada.

–Lo que sientes, sobrino, solo denota que estás entrando en una etapa nueva de tu vida. Es normal que nuestros primeros sentimientos amorosos los despierten quienes tenemos cerca. En cuanto a Gracia, lo que sientes por ella se te pasará en cuanto regrese tu hermano.

–¿Estáis seguro?

–Seguro. Y después te enamorarás de otra muchacha y, luego, de otra y, luego, de otra y, después, te casarás con una mujer de la que no estés enamorado.

–¡Vaya decepción!

La sentencia de Ximen le hace reír.

–Volvamos y encendamos ese fuego.

De regreso, no puede apartar de su mente la figura de Gracia. Los consejos que le acaba de dar a su sobrino no sirven para él. Sabe que sus sentimientos no desaparecerán cuando regrese Martín. Sabe que nunca podrá quitarse a la dama de Cascante de su cabeza.

Cuando se despierta, Gracia está atizando el fuego. Guante Negro se aproxima y le pregunta por Ximeno.

–No tiene calentura y está tranquilo, pero me quedan pocas hierbas de las que uso para ayudarle a dormir. Cuando se acaben, no sé qué pasará.

–Para entonces, estaremos ya en la Alta Navarra.

–Los caminos están impracticables. Habrá lobos y…

–Encontraremos la forma. Dejadme eso a mí.

Gracia sale al exterior. Se siente culpable. Ximeno ha terminado exasperándola. Por no escucharlo más, ella misma le ha servido un vaso de vino. Sabe que eso no solventará ningún problema, que tan solo ha ganado unos instantes y que después será aún mucho peor. Un hombre avanza hacia ella. Por su forma de caminar, sabe que se trata de Guante Negro. Hay algo en él que la atrae. Lo experimentó el día de su boda cuando bailaron juntos,

cuando lo tuvo cerca en la torre. Y, después, cuando la salvó en la prisión de aquel ser ruin. Se siente turbada si la mira con esos ojos que poseen la atracción de un pozo oscuro en el que ella quisiera precipitarse. No debería tener esos pensamientos sobre el tío de su esposo. Jugar con la seducción tiene sus peligros. Lo ha comprobado en propias carnes. Bastante tiene con lidiar con Martín y su estúpida idea de que le ha sido infiel con el rey. ¡Maldito Louis! ¡Ojalá no hubiera viajado nunca a Navarra! Lo único que ha hecho es jugar con todos nosotros, igual que hace con la pelota de ese pretencioso *jeu de paume*.

–Gracia, he hablado con varios pastores. Hay algunos refugios entre San Juan de Pie de Puerto y Roncesvalles. Y dicen que no va a nevar más en los próximos días. Si salimos mañana podremos estar en la Alta Navarra en dos, a lo sumo tres días. Ya sé que es mucho si tenemos en cuenta que ese camino se realiza sin problemas en una jornada, pero creo que vale la pena intentarlo. Gracia, ¿me estáis escuchando?

–Me preocupa Ximeno –dice por fin–. ¿Y si le pasa algo durante el camino?

Guante Negro se la queda mirando. La toma del brazo con cuidado y la mira a los ojos.

–Ya habéis visto cómo está. No para de gritar por las noches. ¿Cuánto tiempo creéis que tenemos antes de que nuestros benefactores nos echen?

Ella baja la mirada. Sabe que tiene razón. Aun así, hay otro problema añadido. Serán un blanco perfecto para los lobos. Como si le hubiera leído el pensamiento, Guante Negro le comenta que un grupo de pastores quiere intentar rescatar a un rebaño que se encuentra en una zona cercana al camino que van a seguir. Ellos y varios peregrinos a Santiago van a partir al día siguiente. Es una buena oportunidad.

"Sí, lo es", reconoce ella mientras le asegura que preparará todo para poder partir al día siguiente.

IRULEGUI, 6 DE ENERO DE 1308

Tiene los pies llenos de ampollas, los bajos de su vestido mojados hasta las rodillas y un cansancio infinito. Ximen y Guante Negro se han encargado de protegerla durante todo el camino mientras ella cuidaba de su suegro. Ha habido momentos en los que ha creído que no lo conseguirían. Se ha encomendado a todos los santos que conocía y ha prometido que, si llegaban todos sanos y salvos a Irulegui, consagraría las capillas que está construyendo su esposo a San Nicolás de Bari y a la Virgen del Camino, en agradecimiento.

Además, ha prometido que, si llegaban antes del 6 de enero, haría una fiesta especial en el castillo. Sonríe. Desde la ladera puede ver la punta de la torre de Irulegui. Se la señala a sus acompañantes. Hace mucho frío. La ladera está helada y es peligrosa. Hay que tener cuidado de dónde se colocan los pies.

Cuando hollan el viejo poblado vascón abandonado, Gracia respira con profundo descanso. Mira las atalayas que su esposo ha dejado a medio construir mientras grita con todas sus fuerzas los nombres de Johana, Ortissa y Azeari. Sus gritos son pronto respondidos desde el interior. Varias cabezas se asoman entre las almenas. Gracia siente una inmensa alegría. Se percata de cuánto ha echado de menos a sus hijos. ¿Estarán bien?, se pregunta con cierto temor. Los gritos del interior la sacan de dudas. Si los reciben con tanta alegría, es que todo va bien.

Ximeno sigue débil. Lo ayudan a desmontar y lo introducen en el interior entre su cuñado y su hijo. Azeari se encarga de las bestias mientras Gracia se abraza a las mujeres y a sus hijos. Los coge en brazos, los colma de besos. Ruy la llena de babas, Ximenín le pellizca la cara y luego se la muerde. Gracia ríe feliz. Hasta Ximeno parece contagiarse por un momento del bullicio y la alegría. Se aviva el fuego, se ponen a hervir los pucheros, se empiezan a preparar ricos guisos mientras los recién llegados se cambian sus ropajes y descansan.

Con más calma, una vez que ha anochecido, todos se sientan en el mismo lugar que ocupaban cuando los visitó Lacarra. Cerca de un brasero, los recién llegados desgranan sus andanzas, su viaje, el breve encuentro de Ximen con su hermano, la marcha de las tropas hacia Lyon y la esperanza de que pronto

puedan estar de regreso en Navarra. La duda sobre el destino que puedan estar corriendo los hombres de la familia y todas las tropas navarras envuelve de un halo de tristeza el júbilo del regreso. La felicidad plena solo llegará cuando los hombres estén en Irulegui. Gracia teme ese momento por la incertidumbre que conlleva, pero decide que eso es un problema del futuro y que lidiará con él cuando llegue.

Se siente cansada, pero feliz por poder estar con sus hijos. Ximenín se ha quedado dormido en sus brazos, mientras que Ruy todavía está despierto, pasando de brazo en brazo hasta que se queda con Guante Negro. Los comentarios sobre lo ocurrido en Toulouse continúan hasta bien entrada la noche. Ortissa se lleva a los niños a acostar. Azeari se excusa y se va a comprobar que todas las entradas al castillo están bien cerradas. Johana se lleva a su esposo. En la pequeña galería solo quedan Gracia, Ximen y Guante Negro. La joven dama se sienta entre ambos y toma sus manos.

–Quiero daros las gracias por cuidarme y protegerme. Sobre todo, a vos, Guante Negro. Si no llegáis a aparecer, ese hombre…

–Ha sido un placer acompañaros –le dice evitando que termine la frase.

–Eso pienso yo también –añade Ximen–. Creo que voy a irme a dormir –se excusa el escudero.

–Que descanses –le desean.

Gracia y Guante Negro se quedan solos. Ella se levanta y recoge el brasero.

–Creo que es hora de que nosotros vayamos también a descansar –dice.

El veterano caballero se levanta y toma su mano.

–Gracias por no comentarle nada a mi hermana sobre el problema de Ximeno con el dinero. Yo os resarciré de todo lo que tuvisteis que empeñar.

–Sabéis que no tenéis que hacerlo. Será un secreto entre nosotros.

–Gracia, debo volver a Castilla.

–Me gustaría que os quedarais hasta el regreso de vuestro padre y de vuestro sobrino, pero comprendo que tenéis deberes y aquí ya os hemos retenido demasiado.

–Hay una conversación que se quedó inacabada entre nosotros, en este mismo lugar. Y un encuentro aún más lejano, cuyo recuerdo me hace hervir la sangre. Quiero confesaros algo. Es cierto que vine a veros a vos y solo a vos.

–Sabéis que bromeaba cuando os lo pregunté.

–Me gustaría creer que no, pero sería necio por mi parte pensar que una joven tan hermosa como vos…

–Chiss –le dice sellando sus labios con el dedo gordo de su mano derecha–, por favor, Guante Negro. Sabéis que os aprecio muchísimo y que os respeto por ser el tío de mi esposo.

–La diferencia entre vos y yo es que, cuando uno llega a mi edad, ya no le da miedo decir la verdad. Y la verdad es que no me puedo ir sin deciros que

siento por vos un afecto que va más allá del estrictamente familiar.

Le habla en susurros y eso lo hace todo mucho más complicado. La confidencia destroza su corazón. Guante Negro está muy cerca de ella. Puede sentir su aliento sobre su mejilla en cada palabra.

–¿No decís nada?

–Lo único que puedo deciros –habla por fin con harto esfuerzo–, es que me entristece escucharos decir eso, ya que no puedo corresponderos.

–¿Es esa la verdad?

–Lo es.

–¿La verdad que quiere oír vuestro corazón o vuestra cabeza?

–La verdad que anida en mi corazón –coge su mano derecha y se la lleva al pecho.

Él deja que lo haga, a pesar de que no permite que nadie toque el muñón de esa mano que perdió durante la Guerra de la Navarrería, al ser pisoteada por un caballo. Y ella cubre tanto su mano como su no mano con las suyas. La sensación es tan agradable que desearía que durara para siempre. El pecho de Gracia sube y baja con absoluta calma. A Guante Negro le gustaría decir que siente su corazón desbocado, palpitando por él. Pero lo único que nota es un calor tranquilo y sereno que se transmite a través de su camisa. Para su desgracia, constata que ese calor no es menos atractivo que los latidos de un corazón enamorado.

–No podéis corresponderme –repite él, sabiendo que hay muchas maneras de perder–. Sea entonces como vos queréis. Que tengáis buena noche, querida sobrina.

Guante Negro se aleja. A Gracia le parece ver una ligera sonrisa en su rostro. Pero es un reflejo fugaz que se desvanece en la oscuridad de la noche, sin que pueda confirmarlo. Cuando su figura desaparece, siente de repente un vacío inmenso. Se sienta. El brasero se ha apagado y nota una corriente de frío anudada a su pecho. Sin quererlo, rompe a llorar. Está confusa y alterada. Quizás es ahora, cuando le sale todo el cansancio y la tensión del viaje, cuando se encuentra más vulnerable. ¡Qué fácil habría sido dejarse llevar en volandas por las palabras de Guante Negro! ¡Qué gratificante verse envuelta en sus brazos fuertes, acariciar, besar e incluso lamer su mano imperfecta! Esa que cubre con un guante negro. Sabe que ha hecho lo que debía. Entonces, ¿por qué se siente tan mal? ¿Por qué desea haberle dicho que ella también sentía por él algo que va más allá del afecto familiar? Las lágrimas corren por su rostro despacio y se quedan colgando un instante de su barbilla.

–¿Gracia? –la voz de su suegra hace que le dé un vuelco el corazón– ¿Qué os ocurre?

Es incapaz de contestar. Incapaz de articular palabra.

–Debéis tener fe –le dice Johana–. Volverán. Ya lo veréis. Martín estará

pronto a vuestro lado.

Johana la abraza y su desconsuelo es todavía mayor. "¡Si supierais por qué lloro, Johana!".

Guante Negro está de espaldas. Inquieto, parece rebuscar algo entre sus pertenencias.

–¿Echáis en falta esto?

Se vuelve. Gracia está en la puerta. La luz de la estrecha ventana de la estancia se refleja sobre ella, dando a su figura un realce de leyenda. Guante Negro no aparta la mirada. Le gusta ese último recuerdo que se va a llevar de Gracia a Calahorra.

–Sí –le dice alargando la mano para recoger la túnica que ella le ofrece–. ¿Qué es esto? –pregunta rozando la hilera de botones que ella ha cosido en las mangas.

–Es la última moda en París. Me lo contó Eudeline, la sirvienta del rey Louis. También está de moda la combinación de colores, por eso he añadido esa parte verde.

–¿Cuándo la habéis arreglado?

–Esta noche, a la luz de las velas.

–Son botones de plata. E hilo de oro.

–Entre las cosas que fui acumulando durante el periplo del rey por Navarra han aparecido ciertos tesoros que no le devolví.

–Parece que no queréis que os olvide.

Gracia sonríe.

–Yo nunca lo haré. Nunca os olvidaré. A Martín le entristecerá saber que no habéis aguardado su regreso.

Guante Negro dobla la túnica y la guarda con el resto de sus enseres. Echa un último vistazo por la pequeña habitación y confirma que no se deja nada.

–Me alegro de haber servido a una dama y de llevarme su melodía prendida a mi túnica.

–Y a mí me alegra haber sido servida por un caballero de vuestro linaje.

–Espero que mi sobrino os haga feliz.

No aguarda a la contestación. Aunque tiene una sensación agridulce, siente que fue acertado seguir esa corazonada que tiraba de él hacia Irulegui. Ese deseo que le mordía el corazón y que le ha permitido pasar muchos días a su lado, descubriendo, para su desgracia, que la esposa de su sobrino es una mujer virtuosa.

Johana y Ximeno lo están esperando. Los acompañará a Aibar y después él enfilará camino de Calahorra. Gracia ha insistido para que sus suegros se queden en Irulegui unos días más, hasta que Ximeno se restablezca del todo. Pero Johana ha dicho que era mejor regresar a su casa. Ya hace mucho tiempo

que dejaron su hogar desatendido.

Guante Negro se despide de sus pequeños sobrinos y de Gracia en la explanada del poblado vascón. También está allí Ximen, a quien encarga, bajo juramento, que proteja a la mujer de su hermano con su propia vida. Sabe que lo hará.

Monta en su caballo con la agilidad de un muchacho de veinte años. Mira una última vez a Gracia. Lleva puesta su capa.

IRULEGUI, 15 DE FEBRERO DE 1308

Gracia ha descubierto en su cuñado a un gran colaborador y protector. Pasan muchas horas juntos. Fiel a la promesa que le hizo a Guante Negro, Ximen la protege a todas horas. El retorno de Gracia ha levantado mucha expectación en los alrededores. Muchos la conocen ahora como la bordadora del rey. Eso ha llevado a sus puertas a numerosas mujeres que quieren aprender a bordar y, de paso, conseguir las últimas noticias y comentarios de la corte y de Francia. Incluso en el mercado de Pamplona, los comerciantes de telas le ofrecen precios especiales. Todo ocurrió tan de repente, que tuvo que habilitar sin demora una sala para recibir a las mujeres y a sus vástagos. Lejos de intentar disuadirlas para que no acudieran, Gracia vio en ello una oportunidad de relacionarse y ganar fama para Irulegui y su familia. Odia tener que reconocer que debe al rey su prestigio, pero no puede hacer nada para remediarlo. El castillo ha cobrado una vida inusual. Las visitas son constantes y entre sus paredes se habla igual de tejidos e hilos que de maternidad y cocina. Durante las largas tertulias se preparan ricos platos y se comparten secretos culinarios y de alcoba. A Gracia le sirve para olvidar por un momento a su esposo ausente y la incertidumbre de no saber qué suerte puede estar corriendo.

La joven dama ha aprendido a llevar un control de la despensa en su cabeza. Sabe también de memoria cuántas gallinas, cabras y ovejas tienen en el castillo. Conoce perfectamente los alrededores y los sitios donde crecen plantas y flores útiles en recetas y remedios. Para esto último, Ortissa es un pozo sin fondo de conocimientos. Y lo mejor de todo es que sus hijos tienen siempre compañía, pues las mujeres suelen traer a sus vástagos cuando acuden al castillo a tejer, bordar o a realizar cualquier otra actividad. Varios campesinos han pedido permiso incluso para establecerse en el antiguo poblado vascón de la ladera noroeste.

Gracia anda ahora metida en otra idea. Quiere convertir en tierras de cultivo cuantas más pueda. Para esto ha pedido a Ximen que implique a todos los hombres del valle y pregunte cuántos estarían dispuestos a trabajar esas tierras. Algunos recelan, porque Martín no está en el castillo y dudan de que

realmente quiera seguir adelante con este proyecto cuando regrese. En cualquier caso, Gracia ya le ha mandado a su cuñado a preguntar unas cuantas veces sobre cómo debería tratar la tierra cercana al poblado para sembrar allí y poder recoger la primera cosecha el próximo verano.

A pesar de las nuevas tareas que ha tenido que asumir Ximen, Gracia no ha permitido que descuide su formación con las armas. Ha organizado el pequeño patio para que practique con el arco, ha colocado anillas para que afine su puntería con la lanza y ha invitado a otros jóvenes escuderos para que acudan por las mañanas al castillo y así entrenar su destreza con la espada. La dama de Irulegui lo ha organizado todo para no sentirse sola, para, aun terminando todos los días subida a la almena, oteando el horizonte en busca de Martín, no dejarse arrastrar por el desasosiego. A pesar de todo ello, no puede evitar meterse en la cama cada día y sentir una soledad extraña.

Irulegui y sus alrededores han amanecido cubiertos de escarcha. A primera hora del día, todo en decenas de leguas a la redonda se veía de un curioso blanco transparente. Como cada mañana, Gracia se acerca al almacén y hace un repaso de todas las existencias. Se dirige hacia las cocinas. Nunca sabe a quién se va a encontrar allí. Hay pajes, escuderos y sirvientes que se quedan a dormir en el castillo y buscan el abrigo de esa estancia para pasar la noche. Cuando entra, Azeari se encuentra ya allí, tratando de avivar los fogones. Esquiva a un par de bultos que hay en el suelo y se acerca al calor de las llamas que prenden con fuerza. Los dos escuderos se levantan al escuchar la voz de Gracia y se ofrecen a ayudar. Ximen llega poco después. El castillo comienza a tomar vida. Enseguida se escuchan voces y risas que, junto a los llantos de los niños, forman una melodía que cada vez gusta más a Gracia.

Pasa buena parte de la mañana en las cocinas y después se retira a la sala de costura. Es la más luminosa que ha encontrado libre. Está orientada para que entre el sol durante buena parte del día. Y está situada justo encima del ganado, por lo que el calor está asegurado. Se abriga con la gruesa capa de lana corta que cubre sus hombros. Espera visita por la tarde. Revisa las labores comenzadas, los hilos, los tejidos… y mira si hay algo para remendar o para reconvertir en otra prenda. Todo está en un cuidado orden. Da su aprobación con un golpe de cabeza y sale.

El sol ya ha alcanzado su posición más alta. Antes de comer algo, sale al exterior. Cierra los ojos y respira lo más profundo que puede. En el patio, los muchachos practican sin descanso. Los observa. Se entretiene escuchando el chocar de las espadas, el zumbido de las flechas al atravesar el aire, el característico sonido del arco al liberar la saeta, el ruido ronco y seco del primer choque en el cuerpo a cuerpo, los sonidos guturales de los muchachos al imprimir su fuerza, los improperios cuando fallan. Y, por encima de ellos, la voz chillona del maestro de armas que ha contratado.

Gracia se acomoda entre las almenas. La piedra está fría. Nota un escalofrío, pero se está bien, porque el sol le da de lleno y no anda viento. Desde el exterior le llega el sonido de los hombres que ya han comenzado a levantar las primeras casas y aprovechan los días despejados para avanzar en las obras. Todo está tranquilo y en orden. Una vez que la rutina se instala en el castillo, todo parece funcionar solo. Aunque, en realidad, sea la mano de la señora de Irulegui la que controla cada tarea. A veces, cuando llega la noche, se siente tremendamente cansada, pero el amanecer siempre parece traer nuevos bríos que la abrigan para hacer frente a una nueva jornada.

Alguien entra en el patio y todo se queda en silencio. Gracia se pone de pie y mira al hombre al que todos miran. Está de espaldas a ella. Ximen se adelanta hacia él y lo abraza. A la joven señora le da un vuelco el corazón. Ve cómo su cuñado señala hacia donde está ella y la cabeza del recién llegado se gira para mirarla. Gracia contempla a Martín. Martín contempla a Gracia. Parece como si ninguno de los dos supiera cómo saludarse, cómo organizar su reencuentro. Ella toma la iniciativa. Atraviesa el adarve deprisa y desciende los peldaños hasta el patio. Se detiene a unos pasos de él, esperando un gesto que no llega. Entonces avanza y se coloca delante. El maestro de armas llama al orden a los muchachos y el castillo se llena de nuevo de sonidos marciales. Gracia eleva su mano y la pasa por el rostro de su esposo de manera muy delicada, como si quisiera cerciorarse de que es él. Después, lo abraza y apoya su cabeza en su pecho mientras le da la bienvenida. Martín tarda en encerrarla entre sus brazos. Es un abrazo frío, flojo. Pero, curiosamente, ella siente alivio. Se separa de él y lo mira a la cara.

–Me alegra teneros de vuelta –le dice–. ¿Todo bien? –le pregunta.

–Sí, todo bien –le responde él.

Lo toma del brazo y lo conduce al interior. Anuncia a los sirvientes, casi gritando, el regreso del señor. Azeari acude a mostrar sus respetos y a darle la bienvenida. Ortissa trae a los niños. Gracia ordena a la sirvienta que cocine pastelitos de almendras y mate un cordero. Martín dice que no está hambriento y que no hace falta que preparen un asado. Aun así, Gracia, en un momento en que su esposo no la mira, hace un gesto a Ortissa para que siga adelante con el proyecto. Invitarán a quienes visiten hoy el castillo para celebrar el regreso de su señor.

Acaba de llegar a casa, pero ya echa de menos el camino y la camaradería de sus compañeros de armas. Su abuelo e Iñíguez han preferido viajar directamente a Sangüesa, por lo que ha hecho solo el último tramo hacia Irulegui. Gracia se muestra servicial con él. Ha sentido alivio al ver que ella y los niños están bien. A pesar de su proximidad, todavía se le hace un poco extraña su presencia. Cuando lo ha abrazado, ha notado el aroma a lavanda

que emana de sus cabellos. Ahora la tiene delante, más bien a sus pies, poniendo un cuenco de comida en sus manos e intentando quitarle las botas. Él no le deja hacerlo. Toma el cuenco y se retira a sus estancias. Se le hace raro estar allí, tras pasar tantos días al raso. Igual de insólito que se le hacía cabalgar hacia Lyon después de sus días de encierro en la prisión de Toulouse. A partir del día siguiente se centrará en sus trabajos en la muralla y despedirá a ese intruso que pretende enseñar el oficio de las armas a su escudero. ¿Y quiénes son todos esos muchachos que invaden su patio de armas? Tocan en la puerta. Ximen entra exaltado, ávido de noticias.

–Tenéis que contármelo todo.

–Ahora no, Ximen.

–Claro, primero querréis contárselo a Gracia. ¿Habéis visto cómo ha organizado todo? Se ha encargado incluso de que no me descuide con las armas.

–Eso es algo de lo que tenemos que hablar. ¿Quién se ha creído que es para decidir quién debe enseñarte? ¿Y qué es eso de invitar a otros escuderos?

–Ella solo… ¿Qué es lo que os pasa, hermano?

–Eres mi escudero, Ximen. Y debes comportarte como tal.

El joven va a decir algo, pero se calla. El gesto alegre se le torna serio. Recoge el cuenco de comida y le pregunta si necesita algo más. Tras recibir una negativa, sale.

Martín se queda solo. Se tumba en su camastro y se duerme. Lo despierta cierta algarabía que llega desde el otro lado del castillo. Intrigado, acude a ver qué sucede. Se encuentra a una docena de familias. Al verlo, todos acuden a saludarlo. Unos han traído huevos, otros quesos, otros heno, otros…

Mira a su esposa y esta se encoge de hombros. Le apetece estar solo, pero no parece que vaya a conseguirlo. Le hacen sentarse a una mesa y todos comparten la comida. Uno le habla de las pocas lluvias que han caído, el otro de una yegua que quiere vender. El de más allá, algo más atrevido, le pregunta por su viaje. Después de un rato, se excusa diciendo que está cansado. Atardece. Se sube a las almenas y contempla el descenso del sol.

–Ya se han marchado todos –le anuncia Gracia, acercándose a la almena y sentándose a su lado.

–Os dije que no quería ninguna fiesta especial.

–Sabía que en cuanto se enteraran en el pueblo de vuestro retorno, vendrían a veros, y es de buena hospitalidad corresponder.

–¿Qué es lo que habéis hecho, Gracia?

–¿A qué os referís?

–Habéis metido en Irulegui a un montón de desconocidos.

–No son desconocidos. Son gentes que viven en los alrededores, que dan

vida al castillo. Son vuestros feudatarios.

–Maldita sea, Gracia. No podéis hacer lo que os venga en gana sin consultármelo.

–No estabais aquí. ¡Bosta de caballo! He recorrido decenas de leguas para conseguir vuestra liberación. ¿Y lo único que os preocupa es que hay demasiada gente en Irulegui?

Enojada, se levanta y se va corriendo. Las últimas luces del día resbalan por los lienzos de la muralla. Gracia se tumba en su camastro y llora de rabia. Cuando se le pasa, se levanta de nuevo dispuesta a no llorar más por cuestiones que tengan que ver con su esposo. Se acerca a ver a los niños y le dice a Ortissa que hoy dormirá ella con ambos. Se mete con ellos en la misma cama, protegiéndolos con su abrazo. Los mira mientras se duermen. Ximenín, tranquilo, reposado, pausado, y el inquieto Ruy, que atrapa su dedo índice y se lo mete a la boca. Sintiendo sus pequeños mordiscos, se queda dormida.

Se despierta al amanecer, cuando entra la nodriza a dar de mamar al pequeño. Ella aprovecha para vestirse y comenzar un nuevo día. Sale al exterior. Hoy necesita sentir el frío del amanecer. El agua del barril exterior está helada. Toma una gran piedra y rompe la capa de hielo. Introduce la mano. Siente que se le congelan los huesos, pero no retrocede. Coge un poco de agua y se la echa sobre el rostro. Se siente viva. Vuelve dentro. Hoy no hay nadie en las cocinas y Azeari todavía no se ha acercado por allí. Coge leña y la echa al fuego, avivándolo para que esté listo. Repasa las tareas del día y recuerda que Martín está en Irulegui. Se pregunta si eso alterará sus rutinas. Se pasa por la sala de costura. La jornada anterior, con la llegada de Martín, se quedó en suspenso el encuentro habitual con las mujeres de los alrededores. Espera poderlo retomar hoy mismo. Baja a los establos. Allí se entretiene un rato comprobando que todos los animales estén bien. Prepara sus comidas, revuelve el heno, vigila a las ovejas, a las gallinas… Tira el agua sucia y se dirige al aljibe para rellenar los cubos de nuevo. Así se le pasa media mañana. Entra de nuevo en el castillo. Se cerciora de que los niños están bien y vuelve a los establos. Ensilla un palafrén y sale. Desciende hasta Laquidáin. Allí hace un par de visitas. Cuando termina, decide regresar dando un rodeo. Pone a su caballo al galope. Deja las riendas por un momento y eleva sus brazos, gritando feliz. Retiene un poco a su montura. Es un palafrén viejo y no resiste mucho rato a pleno esfuerzo. Y ha de durarle muchos años más. Desmonta y se adentra en el bosque cercano. De las alforjas extrae algunos almendrucos que ha cogido de las despensas. Busca una piedra del tamaño adecuado para cascarlos. Con habilidad, da un golpe seco. El fruto sale. Gracia lo tira a lo alto, abriendo después la boca para que caiga dentro. Casca algunos más, hasta que, en un descuido, en vez de acertar en el almendruco, golpea de pleno sobre su dedo.

–¡Bosta de caballo! –grita al ver manar la sangre y sentir el dolor intenso que sigue.

–Deberíais tener más cuidado –escucha decir a alguien por detrás–. Y, sobre todo, no andar sola por estos lugares.

–No estoy sola. Mi esposo no está lejos y, si osáis acercaros, os atravesará con su espada.

–¿Una espada como esta?

Gracia se gira para observar la espada que Martín le muestra, siguiéndole el juego.

–Mucho más grande. Así que, si no queréis verla salir por vuestra garganta, será mejor que me dejéis sola.

–No temo enfrentarme a vuestro esposo –Martín avanza hacia ella despacio. Gracia se levanta y retrocede los mismos pasos que ha avanzado él–. Os habéis llevado un buen golpe.

–No os acerquéis a mí o sobre vos caerá la venganza de mi esposo.

Gracia echa a correr. Martín envaina la espada y comienza su persecución. La escucha reír mientras se esconde entre los árboles. La alcanza y la coge del brazo. Mira su dedo.

–¿Os duele?

–Creo que me he machacado el hueso. El dolor es ahora muy intenso –dice haciendo un gesto con sus ojos y dejándose caer como desmayada.

–¡Gracia! –grita él, asustado, cogiéndola al vuelo.

Ella comienza a reírse.

–No tiene gracia –le dice, dejándola caer al suelo.

–Yo siempre tengo gracia, ¿me oís?

Martín resopla y se agacha a su lado.

–Tenéis razón. Siempre tenéis *gracia* y un don para provocarme –Martín cierra los ojos y mete sus dedos entre los cabellos de su esposa–. Os he echado de menos. ¿Cómo se os ocurrió recorrer cientos de leguas para ir a buscarme?

–Me sentía culpable.

–¿Por besar al rey?

–¿Cómo sabéis eso?

–Louis me lo dijo y también me contó cómo lo rechazasteis.

Se queda en silencio. Martín acaricia su rostro y la besa.

–Venid conmigo, Gracia –le susurra pegado a sus labios–. Cabalguemos hasta Vadoluengo. No sabéis cuánto deseo escucharos decir que me odiáis, mientras nos sentamos bajo nuestro árbol.

Begoña Pro Uriarte *me fecit*
21 de marzo de 2022

NOTAS HISTÓRICAS

Al morir la reina Jeanne I en 1305, toda Navarra se conjura; los navarros se movilizaron para coronar a su hijo, Louis. Organizaron una embajada que se dirigió a París para hacerle llegar tanto a él como a su padre, Philippe IV de Francia, sus voluntades y requerimientos. Esta embajada estaba encabezada por el prior del cabildo catedralicio, López de Lumbier, Fortún Almoravid y su nieto, Martín Ximénez de Aibar. Louis tardó casi dos años en llegar al reino, tiempo durante el cual Navarra estuvo agitada. Se convocaron numerosas sesiones de Cortes y hubo altercados debido a los innumerables incumplimientos en los plazos de llegada que fue estableciendo Philippe IV. Son ciertos los rumores que llegaron a París de que Fortún pretendía hacerse coronar rey si Louis no se presentaba en el reino, aunque no hay constancia de que tuviera realmente la intención de llevar esto a efecto. Antes de dejarle venir a Navarra, Philippe IV organizó el matrimonio de su hijo con Marguerite de Borgoña. El rey francés obligó a su nuera a establecerse en el Hôtel de la Cité, bajo su vigilancia, sin dejar que Louis y ella llevaran una vida conjunta en sus primeros meses de casados. En 1308 compró para ellos la torre Nesle, donde se instalaron junto con los hermanos de Louis, Felipe y Charles, y sus esposas, Jeanne y Blanche.

El nuevo rey fue coronado en Pamplona el 1 de octubre de 1307, tres días antes de cumplir los dieciocho años. Antes de llegar a Navarra estuvo unos días en Toulouse, donde esperó a que su padre resolviera su plan contra los templarios y adonde le haría llegar la carta con la orden de hacer detener a los freyres en Navarra al mismo tiempo que en París: el 13 de octubre de 1307.

Cuando Louis regresó a Francia tras su periplo por Navarra, parece probado que se llevó consigo a numerosos ricoshombres, entre los que estaban Martín y Fortún. Algunas fuentes señalan que se los llevó presos a Toulouse como castigo a su rebeldía y que Fortún murió allí, mientras que Martín logró ser excarcelado gracias a la intervención de Valois. Otras, que el rey les hizo acompañarlo para luchar con él en Francia.

El rey Louis I de Navarra ha pasado a la historia con el apodo de *Hutin*, que en francés significa obstinado y rebelde y que representaría muy bien su carácter. Pero también hay algunos autores que creen que este apodo podría venir de *mutin* (en francés, motín) y que se lo habría ganado tras solventar una

revuelta que se declaró en Lyon.

Del castillo de Irulegui todavía quedan los restos de algunos lienzos de su muralla y la planta bien trazada, que se puede visitar mientras se disfruta de una bonita excursión desde Laquidáin. A sus pies se puede ver el poblado vascón, en el que se están llevando a cabo excavaciones para sacarlo a la luz. Durante el periodo en que se desarrolla esta novela, se construyeron las dos capillas mencionadas.

PERSONAJES

Con asterisco, los personajes que son históricos.

Los Monteagudo / Cascante

*** Pedro Sánchez de Monteagudo,** señor de Cascante. Abuelo de Gracia Sánchez de Cascante. Gracias a su estrecha colaboración con la casa real de Champaña, se casó con la champañesa Elis de Traynel. Con ella tuvo al menos dos hijos: Juan y Milia. Pedro participó activamente en la política del reino tras la muerte de Enrique I. Durante la crisis sucesoria de 1274–1276, la que desembocó en la Guerra de la Navarrería, se enfrentó a García Almoravid, quien terminó asesinándolo en la casa donde se hospedaba en Pamplona. Al parecer, entraron de noche y lo mataron a lanzadas en su lecho.

*** Juan Sánchez de Cascante**, hijo de Pedro Sánchez de Monteagudo y de Elis Traynel de Champaña. En 1277 consta como alcaide de Estella.

*** Gracia Sánchez de Cascante,** nieta de Pedro Sánchez de Monteagudo / Cascante. Se desconocen quiénes fueron sus padres. De los tres posibles hijos de Pedro Sánchez, el mayor, al que se alude como Sancho Ferrándiz, murió en 1281, por lo que es poco probable que fuera el padre de Gracia, a pesar de que aparece nombrada como Gracia Sánchez y este apelativo nos podría llevar a la idea de que lo tomó por ser hija de un Sancho. Pero el hecho de que tanto Juan como Milia, los otros dos hijos de Pedro Sánchez, tomaran también el apellido Sánchez en vez de el de Pérez, lleva a confusión y tal vez decidieran en la familia perpetuar el Sánchez del señor de Cascante, asesinado en 1276, durante la Guerra de la Navarrería, para reivindicarse como señores de Cascante en el litigio que mantenían con la corona por este señorío. De Milia se sabe que se casó con un Aibar, mientras que nada se sabe sobre el matrimonio de Juan. Descartando posibilidades, he tomado para este libro la más probable y es que Gracia fuera hija de Juan.

*** Elis Traynel de Champaña,** dama que llegó a Navarra tras el advenimiento de la dinastía champañesa a la corona con Teobaldo I. Se casó con Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante. Tras ver cómo

asesinaban a su esposo durante la Guerra de la Navarrería, inició una cruzada para vengarse de García Almoravid y reivindicar las rentas que le correspondían a través de su esposo.

*** Bernardo de Berrens y Juan de Villanova,** aparecen en 1294 como los dos alcaides de Monteagudo.

María, aya de Gracia.

Don Pere, cura de Monteagudo.

Los Aibar

*** Ximeno Martínez de Aibar I,** hijo de Martín Ximénez de Aibar I y de María Jordán. Se casó con Johana Almoravid. Al parecer, se trata del Ximeno que luchó en la batalla de Vadoluengo en 1312, donde seguramente perdería la vida.

*** Martín XimÉnez de Aibar II,** hijo de Ximeno Martínez de Aibar y de Johana Almoravid. Sus abuelos paternos fueron Martín Ximénez de Aibar y María Jordán. Sus abuelos maternos fueron Fortún Almoravid y Teresa Artal de Alagón. Participó en la embajada que se envió a Francia para ofrecer la corona a Louis I. En 1307 (1 de septiembre) participó en las Cortes celebradas en Pamplona donde, ante la tardanza de Louis en presentarse en el reino, se ratificó la carta de hermandad aprobada un año antes en Estella. En ella, los participantes se habían comprometido a no obedecer ni a gobernador ni a lugarteniente ni a ninguna otra autoridad hasta que Louis jurara los fueros y recibiera el juramento de los representantes del reino. El gobernador, Guillem de Chaudenay, les mostró las cartas que Louis había enviado el 24 de agosto desde Toulouse. Martín fue nombrado alférez del estandarte real en 1318, durante el reinado de Felipe II de Navarra, y participó en la embajada que se envió a París para tomar el juramento al nuevo rey, como representante de la nobleza. Según la tradición, murió en la batalla de Beotíbar, Gipuzkoa, el 19 de septiembre de 1321.

*** Pedro XimÉnez de Aibar,** segundo hijo de Ximeno Martínez de Aibar y Johana Almoravid. Hermano de Martín Ximénez de Aibar II.

*** Ximeno XimÉnez de Aibar,** tercer hijo de Ximeno Martínez de Aibar y Johana Almoravid. En la novela aparece con el nombre de Ximen para diferenciarlo de su padre y de su sobrino. Hermano de Martín Ximénez de Aibar II.

* **Ximeno MartÍnez de Aibar,** primer hijo de Martín Ximénez de Aibar y Gracia de Cascante. En la novela aparece como Ximenín para diferenciarlo de su tío y de su abuelo.

* **Rodrigo MartÍnez de Aibar,** segundo hijo de Martín Ximénez de Aibar y Gracia de Cascante. En los documentos históricos se le nombra como Ruy.

Azeari, sirviente de Martín Ximénez de Aibar, esposo de Ortissa.

Ortissa, sirvienta de Martín Ximénez de Aibar, esposa de Azeari.

Los Almoravid

* **FortÚn Almoravid,** hijo de García Almoravid el Viejo. Entre 1305 y 1306 suscribió varios documentos reclamando la presencia de Louis Hutin en Navarra, tras la muerte de su madre. Viajó a Francia como embajador para ofrecerle la corona a Louis. A partir de ese momento, las noticias sobre su figura son confusas. La primera hipótesis dice que en 1307 comenzaron a correr rumores en París de que se quería proclamar rey. Como consecuencia, parece que el monarca se lo pudo llevar prisionero junto con su nieto, Martín. Según esta hipótesis, Fortún habría muerto en la prisión de Toulouse. Sin embargo, en los Annales del Reyno de Navarra, Tomo III, se dice que no hay ningún documento que avale esta tesis y se considera probado que participó en la batalla de Vadoluengo, como alférez, y se señala el año de 1312 como el de su muerte, por lo que es factible que muriera en esta campaña.

* **Johana Almoravid,** hija de Fortún Almoravid y de Teresa Artal de Aragón. Se casó con Ximeno Martínez de Aibar.

* **Juan IÑÍguez,** lugarteniente de Fortún Almoravid.

* **MartÍn Almoravid de Elcarte (Guante Negro),** probablemente, hijo de Fortún Almoravid y de Teresa Artal de Alagón. Fue señor de Calahorra junto a Juan Alfonso II de Haro.

* **Juan Alfonso II de Haro,** señor de los Cameros. Hijo de Juan Alfonso I de Haro y de su primera esposa, Constanza (Mayor) Alfonso de Meneses. Se casó con María Fernández de Luna. Fue tenente de Calahorra junto con Martín Almoravid de Elcarte. Murió lanceado en Agoncillo en 1334 por orden del rey de Castilla, tras ser acusado de traición. Fue caballero de la Orden de la Banda.

Teresa, sirvienta de Joahana.

Dinastía de Champaña

*** Juan Enríquez de Lacarra,** hijo natural del rey Enrique I de Navarra y de una dama de Lacarra, a la que se alude como doña Lacarra Garaztar o Garaztar de Lacarra. Juan nació en 1269 y murió en 1321, probablemente durante la batalla de Beotíbar. Fundó el linaje de los Lacarra que tuvo mucha relevancia en los años posteriores a su fallecimiento.

*** Jeanne I de Navarra,** hija de Enrique I de Navarra y de Blanca de Artois. Heredó el reino cuando tenía dieciocho meses. Ante la división originada por la regencia y las reivindicaciones de Castilla y Aragón sobre Navarra, su madre decidió llevársela a Francia y ponerla bajo la protección de su primo, el rey Philippe III. Se casó con el heredero francés (futuro Philippe IV) y vivió en Francia durante toda su vida, sin volver a pisar suelo navarro. Murió en Vincennes, el 4 de abril de 1305.

*** Garaztar de Lacarra,** amante del rey Enrique I de Navarra, con quien tuvo un hijo natural, llamado Juan Enríquez, antes de que el rey se casara con Blanca d´Artois.

Dinastía Capeta

*** Philippe I de Navarra y IV de Francia,** rey consorte de Navarra tras desposarse con Jeanne I de Navarra. Su reinado, caracterizado por grandes problemas económicos, tomó un carácter absolutista. Se enfrentó a los judíos, a los que expulsó de Francia, a los lombardos, al papa y a los templarios. Inició un proceso contra el maestre Jacques de Molay, que terminó condenando a la orden a su desaparición. Murió el 29 de noviembre de 1314 en Fontainebleau, tras varios días de convalecencia después de sufrir un accidente mientras cazaba. Parece que recibió un golpe en una pierna que pudo provocar o sacar a la luz una enfermedad vascular cerebral. A consecuencia de esto perdió la capacidad de hablar.

*** Louis I de Navarra y X de Francia,** hijo de Philippe I y de Jeanne I de Navarra. Al morir su madre, los estados de Navarra lo reconocieron como su señor natural y enviaron una embajada a París para ofrecerle la corona. Tras años de demora, por fin su padre accedió a dejarle venir a Navarra para ser coronado. Durante su estancia en el reino, realizó un viaje por las principales localidades, otorgando y confirmando fueros. Se retiró a París después de tomar medidas represivas muy duras contra los navarros; se cree que incluso

pudo llevarse detenidos a algunos nobles para escarmiento de todo el reino. Entre ellos estarían el alférez, Fortún Almoravid, y su nieto, Martín Ximénez de Aibar. Nunca más regresó a Navarra.

* **Marguerite de Bourgogne,** reina consorte de Navarra por su matrimonio con Louis I (X de Francia). Nació en 1290 en Château-Gaillard. Era hija de Agnès de Francia (hija de Louis IX) y de Robert II, duque de Bourgogne. En 1305 se casó con Louis en Vernon. Tenía 14 años. En 1314 fue encontrada culpable de adulterio tras el escándalo de la torre Nesle, en el que también se vieron implicadas las otras dos nueras del rey Philippe, Jeanne y Blanche. Como consecuencia, fue encerrada en el castillo de Gaillard. Murió en extrañas circunstancias un año después, probablemente estrangulada por orden de su esposo Louis. Fue enterrada en la iglesia de los Cordeliers de Vernon. Tuvo una hija, Juana, que se convirtió en reina de Navarra en 1328, como Juana II.

* **Felipe II de Navarra y V de Francia,** hijo de Philippe I de Navarra (IV de Francia) y de Jeanne I. Al morir su hermano Louis en 1316, maniobró para presentarse como regente de su sobrino no nato y, después, para apartar del trono a su sobrina Juana, a través de una ley según la cual solo los varones podían heredar el trono. Parece que se pudo basar en una antigua ley de los francos sálicos. De ahí que a partir de entonces a lo largo de la historia se haya conocido como ley sálica aquella que excluye a las mujeres del acceso al trono. Falleció tras una larga enfermedad que le sobrevino tras visitar a su hermano Charles, en Crecy. Murió sin herederos varones, por lo que la misma ley que él había aplicado contra su sobrina apartó a sus hijas del trono.

* **Jeanne de Bourgogne,** hija de Otón IV, conde de Bourgogne, y de Mahaut de Artois. Reina de Francia y de Navarra. Esposa de Felipe II de Navarra y V de Francia.

* **Charles I de Navarra y IV de Francia,** hijo de Felipe I y de Juana I. Al morir su hermano en 1322 sin heredero varón, tomó la corona de Francia y se autoproclamó rey de Navarra. Murió en 1328. A pesar de casarse tres veces, no dejó ningún heredero varón que continuase su linaje, por lo que en Francia entraron a gobernar los Valois.

* **Blanche de Bourgogne,** Hija de Otón IV, conde de Bourgogne, y de Mahaut de Artois. Primera esposa de Charles I de Navarra. Acusada en el escándalo de la torre Nesle de haber mantenido una relación ilícita con Gaultier d'Aunay, fue encontrada culpable y encerrada en la torre Gaillard junto a su prima Marguerite. Cuando su esposo heredó el trono de Francia,

llegó a un acuerdo con ella para romper su matrimonio. Fue entonces liberada y vivió el resto de sus días retirada en un convento.

* **Robert de Francia,** hijo pequeño de Philippe I de Navarra (IV de Francia) y Jeanne I. Fue prometido en 1306 a Constanza de Sicilia, pero murió en agosto de 1308.

* **Isabelle de Francia,** única hija de Philippe I de Navarra (IV de Francia) y Jeanne I. Se casó con Eduardo II de Inglaterra. Fue quien destapó el *affaire* de la torre Nesle, un jalón más en su novelesca biografía, parte de la cual comentamos en una nota a pie de página. Su nacimiento se documenta entre 1292 y 1295.

* **Charles de Valois,** tercer hijo de Felipe III de Francia y de Isabel de Aragón. El papa Martín IV lo invistió rey de Aragón, aunque nunca pudo acceder a su gobierno. Duque de Anjou, Maine y de Perche y emperador titular de Constantinopla.

* **Agnes de Francia,** duquesa de Bourgogne. Madre de Marguerite de Bourgogne. Fue hija de Louis IX de Francia y Marguerite de Provenza. Casada con Robert de Bourgogne, fue la única que defendió los derechos de su nieta, Juana II de Navarra, a los tronos de Francia y de Navarra y a su herencia del condado de Champaña y Brie.

* **Robert II de Bourgogne,** duque de Bourgogne. Padre de Marguerite de Bourgogne, reina consorte de Navarra. Hijo de Hugo IV de Bourgogne y de Yolanda de Dreux.

* **Hugo de Visac,** gobernador de Navarra. A partir de 1307 coincidió en el cargo con Guillem de Chaudenay.

* **Guillem de Chaudenay,** gobernador de Navarra desde 1307.

* **Eudeline,** doncella con la que se cree que Louis pudo tener una hija a la que pusieron el mismo nombre que su madre.

* **Guillermo de Nogaret,** consejero del rey de Francia y jurista. Participó junto con Philippe IV en los planes para expulsar a los judíos, acabar con la orden del Temple y acusar a Bonifacio VIII. Murió en extrañas circunstancias, supuestamente tras ser envenenado por encargo de Mahaut de Artois.

* **Galcherus de Castillione,** tutor de Louis I de Navarra y X de Francia. Fue condestable de Champaña y, posteriormente, de Francia. Destacó en sus

intervenciones en los conflictos de Flandes. En 1307, cuando Louis I inició su viaje a Navarra, Philippe IV dispuso que fuera uno de sus acompañantes, junto con el conde de Bolougne, Roberto VI.

* **Ferran Gil y Pedro Larriba,** enviados por Philippe IV a Navarra con cartas para los estados.

Iglesia

* **Íñigo López de Lumbier,** prior de Pamplona y vicario general de la seo vacante tras la muerte, el 30 de octubre de 1304, del obispo Miguel Pérez de Legaria.

* **Guillaume de Flavacourt,** arzobispo de Rouen. No es histórico el hecho de que fuera él quien casó a Louis y Marguerite.

* **Clemente V,** su verdadero nombre era Bertrand de Got. Fue canónigo de Burdeos y capellán del papa Bonifacio VIII. Fue elegido papa con el beneplácito de Philippe IV de Francia. Fue cómplice de la desaparición del Temple. Trasladó la sede papal a Aviñón. Murió el 20 de abril de 1314.

Juan de Dios, acólito de Íñigo López de Lumbier y canónigo de la catedral.

Orden Del Temple

* **Frey Pere de Zarradorta,** fue comendador de Aberin entre 1295 y 1296.

* **Jacques de Molay,** último maestre templario. Fue encarcelado por orden de Philippe IV de Francia. Murió en la hoguera, después de siete años de encarcelamiento y suplicios, junto con sus compañeros Godofroi de Gonneville, maestre de Aquitania, Geoffroi de Charney, maestre de Normandía, y Hugues de Peraud, visitador de Francia.

Judíos

* **Familia Falaquera** aparece destacada en la historiografía de los siglos XII y XIII como una de las más influyentes de Tudela.

* **Ananiel Be Aboraç,** del linaje de los Falaquera.

Bonastruga, mujer de Ananiel.

Cidiela, cocinera de Ananiel y de Bonastruga.

Abiroc, sobrino de Ananiel y Bonastruga.

Margelina, vecina del barrio judío de Tudela.

Micelan, padre de Margelina, de la familia de los Bayo.

Suamen, médico judío.

Otros personajes

Hugues de Vernon, joven de la baja nobleza de Vernon.

Antoine, maestrehostal.

* **Simón Martínez de Gallipienzo,** notario.

* **Ponz de Eslava,** merino de Tudela.

* **Pedro De Mur,** enviado del rey aragonés.

* **Bernardo Gui,** dominico, inquisidor de Toulouse.

BIBLIOGRAFÍA

Aragonés Estella, Esperanza. "La moda medieval navarra: siglos XII, XIII y XIV". *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*. Año nº 31, Nº 74, 1999. http://www.culturanavarra.es/uploads/files/03_CEEN74_0521–0561.pdf

Bóchala, Michel. *El control del puerto de Burdeos y de su tráfico mercantil del siglo XIII al XV; Jurisdicciones y estructuración del espacio*. Universidad de La Rochelle, 2005.

Buces Cabello, Javier; Moraza Barra, Alfredo; Agirre Mauleón, Juantxo; Pescador Medrano, Aitor; Legorburu Arzamendi, Mikel. *Un enclave estratégico en la Cuenca de Pamplona: el castillo medieval de Irulegi (Lakidain, Navarra). Balance de los trabajos arqueológicos (2007 - 2012). Trabajos de Arqueología Navarra.* Nº 25. Separata.

Carrasco, Juan. *Judería y sinagogas en el reino de Navarra*. Universidad Pública de Navarra, 2001.

Ciérbide, Ricardo. *Onomástica de los judíos navarros (siglo XIV)*. Universidad del País Vasco. Facultad de Filología, 1996.

De Moxo y Montoliu, Francisco. *Los templarios en la corona de Aragón*, Universidad Complutense. Conferencia pronunciada en El Escorial el 16 de agosto de 1990.

Garde Garde, Juan Manuel. "Notas para la historia medieval de Mélida". *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, Nº 10, 2000.

Iziz Elarre, Rosa y Ana. *Los Aibar. Linaje de Reyes*. Aibar. Gráficas Biak. S.L., 2011. Patrocinado por el Ayuntamiento de Aibar-Oibarko Udala.

Labeaga Mendiola, Juan Cruz. "La batalla de Vadoluengo, 1312, y sus consecuencias". *Revista Zangotzarra*, nº 16, diciembre de 2012.

Martínez Monje, Juan. *Historia de Monteagudo (Navarra) y de la imagen de la Virgen del Camino y de su Santuario (en la misma Villa)*, Zaragoza, 1947.

Maruri Orrantia, David y Juanto Jiménez, Consuelo. "La Villa del Real-Sangüesa". *Revista Zangotzarra*, nº 3, 1999.

Mussou, Amandine y Tabard, Laëtitia. *La règle du jeu au Moyen Âge: "On ne peut bien sans regle ouvrer"*. Open Edition Journals, 2010. https://journals.openedition.org/questes/662

Munita Loinaz, José Antonio. *Regesta documental del monasterio de La Oliva (1132 - 1526)*. www.navarra.es/appsext/bnd/GN_Ficheros_PDF_Binadi.aspx?Fichero...0205...pdf

Pinard, T. "Le château de Corbeil (Seine-et-Oise)", *Revue Archéologique* 7, n.º 1 (1850): 96–117. http://www.jstor.org/stable/41745896.

Quiroga, María Dolores. *Filiación genealógica y curiosos pormenores de la Casa de Rada*. www.navarra.es/appsext/bnd/GN_Ficheros_PDF_Binadi.aspx?Fichero...0061...pdf

Sagredo, Iñaki. *Navarra. Castillos que defendieron el Reino. Tomo I. De Laguardia a Foix, y del Moncayo al Goierri*. Editorial Pamiela, 2006.

Sánchez Roldán, Antonio Manuel. "La vida infantil en la Edad Media". *Revista Anahgramas*. Número V. Año 2018.

Encomienda del Temple en París: https://www.monestirs.cat/monst/annex/fran/illaf/ctemple.htm

Zavala Fernández de Heredia, Luis. *El castillo de Gorriti. Un pueblo recupera su memoria*. 2003. https://www.archivozavala.org/sites/default/files/2019–04/GORRITI–b.pdf

Remírez Vallejo, Salvador. "Aproximación al Estudio de la Encomienda Templaria de Ribaforada a través del Inventario de sus bienes muebles". Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela, 2010. http://www.academia.edu/3160493/Aproximaci
%C3%B3n_al_Estudio_de_la_Encomienda_Templaria_de_Ribaforada_a_trav
%C3%A9s_del_Inventario_de_sus_Bienes_Muebles_Approximation_to_the_study_of_the_Ribaforad